LX- 513P

ANT
XIX
782

OBRAS

DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

R.67.469



NUEVA EDICIÓN

DE LAS OBRAS DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

APÓSTOL DE ANDALUCÍA

CON PRÓLOGOS, NOTAS, DIRECCIÓN Y CORRECCIÓN

del presbítero

DR. D. JOSÉ FERNÁNDEZ MONTAÑA

TOMO SEGUNDO

Contiene: Nuevas cartas. Prólogo á esta edición. Prólogo del Autor. Tratado del *Audi Filia*. Pláticas para sacerdotes. Doctrina admirable para servir á Dios. Documentos. Bienaventuranzas. Reglas provechosas para andar en el camino de Nuestro Señor. Avisos. Elogios y vidas de algunos discípulos del Beato.

Con las licencias necesarias.



MADRID
TIPOGRAFÍA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, 1.—Teléf. 4,181.

1895

NOTA

Antes de dar principio al humilde prólogo que ha de llevar el segundo tomo de las obras de nuestro Beato, donde se contiene el incomparable libro del Audi Filia, *con otros Tratados que más adelante se describirán por manera breve, deben insertarse aquí mismo aquellas otras cartas del Bienaventurado autor, que no imprimió el Ldo. Martín Ruiz de Mesa, insertas más tarde en diferentes volúmenes y lugares de alguna que otra edición según fueron apareciendo. En la que dió la Imprenta Real de esta villa y corte á fines del siglo último pasado y principios del presente, aparecen publicadas en el tomo V, harto separadas, por consiguiente, de la colección. Y porque no salgan separadas en ésta se insertan aquí en el tomo II, uniéndolas así á la postrera del primero y, por tanto, á continuación unas de otras, resultando de este modo los respectivos volúmenes mejor proporcionados y regulares. Helas ahí:*

ALGUNAS CARTAS DEL AUTOR

escritas á diferentes personas, que incluímos en esta edición, no impresas por el Licenciado Martín Ruiz de Mesa.

CARTA Á UN CABALLERO:

ENSÉÑALE QUE LA PERSONA QUE SIENTE HABERSE RESFRIADO EN LA VIRTUD, TIENE RAZÓN DE SENTIRLO MUCHO; Y QUE ESTE DESMEDRO VIENE POR DESAGRADECIMIENTO, Ó POR NEGLIGENCIA EN LOS BIENES RECIBIDOS, Y EL REMEDIO ES PONER EL MAYOR CUIDADO, Y LLORANDO LO PASADO, COMENZAR CON NUEVOS ALIENTOS.

El que algún tiempo vió su ánima aprovechada en la virtud, y de presente la ve desmedrada, tiene mucha razón de penarse y procurar remedio por cuantas vías pudiere; porque si se siente la diminución en los bienes temporales, ¿cuánto más se debe sentir en los del ánima, que verdaderamente lo son? Job (capítulo XXIX) decía con suspiro *que deseaba estar como en el tiempo de su mocedad, cuando el Señor le mandaba, y lucía su candela sobre la cabeza*. Estas y otras cosas que dice que antes tenía y al presente le faltaban, más debían ser sentimientos regalados y devotos que del Señor tenía y entonces le faltaban, que no virtudes de que al presente careciese; porque pues tan buena cuenta dió de sí en el tiempo de la prueba, que es el tiempo en el cual se ve de verdad qué fuerza tiene uno, no tenía por qué quejarse, que el Señor no le guardaba, ni velaba su lumbre sobre Él. Sentíase desconsolado, no sólo de fuera, mas también de dentro; y por esto dice, *que quién le diese ser como antes era y estaba*. Y si de esto se queja, ¿qué es razón que haga quien siente desme-

dro en la misma virtud, y siente irse su ánima apartando poco á poco, no sólo del sentimiento de Dios, que algún tiempo tuvo, con que se consolaba, mas de la guarda de su ley y conformidad con su voluntad? Y aunque este mal es grande por la pérdida presente, es muy mayor por la que se teme. Porque víspera de gran caída es la pequeña caída, y de ser vomitado la vida tibia.

Dios, por su preciosa Pasión, guarde á todo hombre de este mal, pues es tan grande, que dice San Pedro serles mejor á los tales no haber conocido el camino del Señor, que después de haberlo conocido y caminado por él, dejarlo y entrar en los malos caminos. Y no sin gran misterio dijo el Señor al enfermo de treinta y ocho años: *Mira que ya estás sano, no quieras más pecar, porque no te acaezca otra cosa peor.* Pesarse deben estas palabras y temerse, pues son recia amenaza, y dichas por la boca de la misma verdad; y suelen muchas veces ejecutarse en los que no le temen ni ponen remedio para no caer en ellos. Acaéceles cosa peor, porque los pecados en que después caen, son más calificados en culpa que los de antes, como quien cae con los ojos abiertos, ó con ojos cerrados, como hombre que tiene seso y hace obras de loco, ó como quien no tiene seso, ó muy poco. Como hombre que debía toda su vida agradecer y servir la merced recibida, ó como hombre que no ha recibido. Una cosa es encontrar al Rey por la calle, y viendo quién es no le hacer cortesía, y hacerle desacato, y otra no le conocer, ó poco, ó no mirar quién es el que pasaba por la calle.

Muy grande merced hace Dios á quien le da conocimiento de sus pecados, y conocimiento con amor de Dios, mas á mucho le obliga, *pues conforme á la dádiva* — dijo el Señor (Luc., XII)—*que había de ser la cuenta de ella;* y si es mal no dar bien en pago de bien, ¿qué será dar mal por el bien recibido, y responder con ofensas en igual de servir? Acaéceles cosa peor á éstos, pues suelen pecar más que antes, y con peor circunstancia que antes, y vienen poco á poco á endurecerse y secarse de manera que aún no son para hacer el bien que de antes hacían, no sólo cuando estaban prósperos en el Señor, mas aun antes que el Señor los llamase á su servicio. Suspiran entonces, aunque con corazón duro y desabrido, por haber un poquito de bien, y no lo hallan, sino sienten que el cielo les es de metal y la tierra de hierro, porque no llueve en ellos gota de agua que les ablande el ánima ni les dé fruto con que les

mantengan. Y aquellos que en algún tiempo eran visitados y llovidos con muchas inspiraciones, á las cuales no se dignaban responder, ya desean una y no la alcanzan. Así son castigados los ricos fastidiosos, con matarlos de hambre, como el rico avariento era castigado con sed: y de dureza de corazón á infiernos, muy pocas leguas hay; pues dice la Escritura (Luc., I y XVI): *Cor durum male habebit in novissimo.* Y el sanar de este mal es cosa cara y de gran privilegio en Nuestro Señor, como San Bernardo dice: *Nullus unquam duri cordis adeptus est salutem, nisi quem forte Deus misertus sanaverit, et abstulerit ab eo cor lapidem, et dederit cor carneum.*

Estos son los paraderos de los malos hijos, que después de recibidos por tales y tratados como tales, olvidan al Señor suyo: *Qui possedit fecit et creavit te.* (Deut., XXXII.) Y quien de esto no tiembla, ya da testimonio que tiene duro corazón, y tanto más debe temer cuanto menos teme. Y por esto, señor, prevengamos señales de que quiere venir, y cuando vemos que se caen terrones de la pared, pongamos remedio, pues somos avisados del peligro. Temamos mucho el desmedro de un solo día, y no dejemos pasar sin castigo el defecto, aunque parezca pequeño; y digo aunque le parezca, porque en la verdad ninguno es pequeño, pues tanto mal nos hace, aunque unos son mayores que otros. Entendamos que este mal viene por una de dos causas, que son: ó por no agradecer bien el recibido, ó por guardarlo negligentemente. San Bernardo dice que la causa por qué dando Dios á muchos bienes grandes sin que ellos se los pidiesen, les niega otros chicos que ellos pedían, es por haber sido ingratos á los primeros mayores, por lo cual se hacen indignos de recibir los menores. Y no es cosa nueva perderse los bienes, aunque grandes, de quien les pone mal cobro, como que no sea menester trabajo para conservar lo ganado. Así que, señor, agradezcamos de nuevo el bien recibido, y pongamos cobro de nuevo en lo que nos queda, porque no se acabe de perder y nosotros con él. Aflojemos en otros negocios para entender bien en éste, pues que fuerzas pequeñas repartidas en muchas partes, se tornan casi ningunas; y débese contentar quien ha recibido bienes del cielo, con guardarlos y ser rico en ellos, aunque haga alguna falta á los bienes de acá, porque si se quiere cumplir muy por el punto con lo de acá, temo que ha de ser á costa de lo que más vale. Pues

está el mundo tan maligno, y nuestras fuerzas son tan pequeñas, que somos como flaca candelica entre muchos vientos, que en faltando diligente guarda, se nos apaga. Tal es la desventura de los que vivimos en este destierro, y por eso los que seso tienen, gimen y temen y desean salir de aquí.

Haga vuestra merced cuenta que esta es su principal hacienda, honra, salud y vida, y aquí ponga su ojo derecho y en lo demás el izquierdo; y si algo se ha de perder, sea lo que se ha de perder por mucho que lo guardemos, y quede en salvo aquello que si nosotros no lo perdemos nos salvaremos para siempre. Jacob puso en la delantera del peligro la mujer é hijos que menos amaba, diciendo (Genes., XXXI): *Que si algún mal acaeciese, fuese en aquello y no en lo más amado;* y cada día en lo temporal hacemos lo mismo, perdiendo lo menos por guardar lo más. Entendamos, pues, que mejor es tener buena conciencia que mucha hacienda; tener nombre delante de Dios que en la tierra, y así en lo demás, y procurando con penitencia y confesión amansar al Señor por lo pasado; comencemos nuevo propósito y nueva vida con alientos nuevos, muy enojados contra nosotros, porque hemos sido ingratos á nuestro bienhechor y descuidados en lo que nos cumple. Los ejercicios de penitencia, oración y lección y frecuencia de sacramentos no se deje aunque se haga secamente, y la humilde oración y quebrantado corazón no falte; que la misericordia del Señor, que está esperando que vayamos á Él para nos hacer bien, nos saldrá al camino y nos cobijará con el manto de su misericordia, y dará nuevas fuerzas para que de nuevo y con fervor le sirvamos y ganemos nuevos méritos para su reino. Á Él plega hacerlo así con vuestra merced para perpetua gloria de su bondad. Los libros que vuestra merced pregunta me parece que le convienen: *Confesiones* de San Agustín y *Meditaciones morales* de San Gregorio, *Summa mysteriorum fidei,* de Titelman y el Cartujano. Dios sea con vuestra merced siempre.

CARTA DE UN SU DEVOTO:

DE CUÁN GRAN CEGUEDAD ES POR LOS BIENES TEMPORALES PERDER LOS ETERNOS

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vuestra merced. Una carta recibí los días pasados fecha en Sevilla, y aunque con ella holgué mucho, más me holgara en hallarme allá para gozar, señor, de vuestra conversación, que tantos días había deseado: plega á Cristo nos veamos en el cielo, adonde reposen nuestros deseos, poseyendo al que es verdadera hartura de ellos. Mucho, señor, querría que el humo de estas cosas perecederas no cegase nuestros corazones para impedirnos la vista de las eternas. Cuán mal trueco hace quien por lo de fuera, que no es sino corteza ó cáscara, pierde lo que de dentro se posee, que es el verdadero fruto. ¡Ay de aquel que tiene más cuidado de la hacienda que de la conciencia, y que pone á peligro su ánima por asegurar la vida del cuerpo! No así, hombres, no así, mas como hizo Joseph, que por guarecer la castidad dejó la capa en manos de quien le quería robar su tesoro del ánima. Sentencia es de Cristo (Matth., V): *Que si nuestro ojo derecho nos es ocasión de pecar, lo saquemos y lancemos de nos.* El ojo derecho es el amor que tenemos á la hacienda, honra, vida ó parientes, el cual, si con la demasía nos es ocasión de pecar, así como quien por el amor de estas cosas ofende á Nuestro Señor, nos habemos de extrañar á él y cortarle de nos porque no nos extrañemos á Dios.

Ninguna cosa nos debe ser tan amada que no la hollemos si nos estorba estar bien con Dios. No se da la amistad del reino soberano sino á quien piensa que compra barato, aunque le cueste la misma vida; que los que quieren cumplir con sus afectos y con el amor del Señor, muy engañados están amando á Dios como á una de las otras cosas, queriendo Él ser amado sobre todas. ¡Oh engaño de los hijos de Adán! Y ¿quién los engañó? Y ¿quién los desengañará? ¿Quién les sacó los ojos para traerlos alrededor *moliendo esta pesada tahona como otro Sansón*, viviendo al querer de los vicios y al desplacer de Nuestro Señor? ¿Quién les hará entender que andan engañados en buscar primero los dineros y después la virtud? Y si algún caso acaece, donde todo no lo puede tener, quédase sin virtud

por no quedarse sin el dinero, poniendo la luz en tinieblas y las tinieblas por luz. ¡Oh, si Dios abriese los ojos de aquéstos, y cuán amargamente llorarían viendo cuán mal truecan! Por dicha ¿no es mejor la amistad de Dios, que con las virtudes se gana, que todo lo que desearse puede? Por dicha ¿no son más para desear los Mandamientos de Dios que millares de oro ni plata? ¿Adónde está un verdadero peso para pesar cada cosa en lo que es para no vivir en mentira?

Los hombres huyen todos de ser engañados en lo que poseen; ¿por qué no huyen con mayor diligencia de serlo en lo que más les va? Quéjanse si son engañados en las cosas que compran en la mitad de justo precio, y no les podemos apaciguar de pedir remedio para su engaño, y están tan prestos á perder el ánima por una poca de ganancia, ó por una murmuración ú otro pecado, que no los podemos atraer á que ellos lo sientan para que digan: Engañado estoy, deshágase tan gran maldad. *Más vale, hombres, más vale el ánima que perdéis, que todo lo que en trueque de ella se os puede dar.* ¿Qué aprovecha ganarlo todo si á ti sólo pierdes? ¿Qué aprovecha tenerlo todo bueno, si á ti sólo tienes malo? ¿Qué aprovecha ganancia en la bolsa, y daño en el ánima y gran nombre delante de los hombres, y ser ignorado delante los ojos de Dios? Vendrá día, y cierto vendrá, cuando destruya Dios todos los que obran maldad, y ¿qué aprovechará entonces lo que aquí más buscaron? ¡Oh día de cuenta de todos los días, y cuán poco eres mirado, y por eso tan poco temido! Y qué á rienda suelta corren los hombres por esta florecilla que tan presto se pasa, y que cada día ven que se pasa de entre las manos, y nunca falta quien la quiera tener, aunque ella se les vaya huyendo. No es aquí, señor, nuestro reino ni nuestro descanso.

¿Qué es esta vida sino un camino desde nuestra casa hasta el lugar donde nos han de matar, pues que cada día más caminamos, y no á otra parte sino á la muerte? ¿Quién sería, pues, tan desatinado que llevándole á matar, y muy aprisa, se acongojase por no ir muy subidamente vestido, ó se divirtiese á entender en vidas ajenas, ó le deleitase mirar algunos juegos, ó se penase porque no le quitaron bien el bonete? ¿Pues cuántos vemos, por nuestros pecados, tan fuera de sí, que yendo, como todos vamos, al paradero de la sepultura, y cierto más corriendo que una saeta, unos se detienen en vanos vestidos, otros en

humillo de honra, otros se enojan muy de corazón que no se hace lo que ellos quieren, y lo que quieren es cosa que ni les excusa su perdición ni les alcanza su bien? ¿Qué es aquello que así nos cegó para hacer de la eternidad tiempo y del tiempo eternidad? Así han despreciado los hombres el eterno bien que Dios en el cielo les promete, como si fuera temporal, y así han puesto todo su amor en esto perecedero, como si esto fuese lo eterno. ¿Cuántos habrá que pasen por esto como extranjeros, según San Pedro nos manda, y asienten sus corazones en lo por venir como en su ciudad y reposo? Diga la lengua lo que quisiere, pues las obras dicen que somos ciudadanos de este mundo, pues tanto deseamos y procuramos ser engrandecidos y abastecidos, y deseamos ser al otro mundo extranjeros, pues no procuramos ser ciudadanos de allá.

Pensamos quizá que se ha de ganar este reino sin mucho cuidado. Por cierto, aun los cuidadosos que tienen que hacer y lo tienen en duda. ¿Qué será del descuidado, sino perderlo del todo? *Nuestra vida lucha es, y quien lucha*—dice el Apóstol (I Cor., IX)—*que de todo se desembaraza para ganar la corona*. Parejas corremos, y la joya es el reino de los cielos; mas no todos los que corren llevan la joya, sino quien mejor corre. Cuán gran necedad sería atarse el hombre los pies y pensar que había de llevar el premio que se da á quien muy bien corre. Y no es menos quien enlaza su ánima con afectos pesados, que no le dejan correr hacia Dios. Manda Dios (Matth., V): *Quien en un carrillo te hiere, vuélvele el otro;* que quiere decir: "Si te injuriare, no sólo no te vengues de la injuria recibida, mas ten el corazón aparejado para sufrir otra si te viniere; y si otra viniere, vuelve otro carrillo, que es aparejarte más; de manera que antes se canse el otro de hacer mal, que tú de sufrirlo; porque mayor ha de ser la bondad tuya, que la maldad ajena." ¿Pues cómo podrá correr este camino quien tiene grillos del amor de su honra? Éste hace que la injuria se vengue, porque, según San Gregorio dice (Matth., XIII): *Ninguno siente la deshonra sino el que ama la honra*. Pues si este amor no se quita, ¿cómo correremos? Si manda Dios que antes muramos que pequemos un pecado mortal, ¿cómo lo cumpliremos, si no quitamos las cadenas del amor demasiado de la vida? Cadena es la codicia que no nos deja guardar la verdadera proximidad. Cadena la envidia, cadena la ira, cadena y raíz de las otras el

amor de sí mismo. ¿Qué necedad es pensar que siguiendo un hombre lo que su placer, puede correr la carrera de los que corren á Dios? Contentándose á sí, piensa que puede contentar á Dios, y viviendo consigo quiere vivir con el Señor.

Despertemos ya por amor de Dios; despertemos antes que nos despierte el infierno, y sepamos que el reino de Dios es tesoro escondido, y quien le halla vende todas las cosas para comprarle, teniéndose por más rico con sólo esto que con tener todas las cosas. No es menester quedarse un hombre sin hacienda para ganar este reino; mas es menester por el amor de este reino quitar la ocasión del amor demasiado de la hacienda, y de la honra, y de la vida regalada, de nuestra voluntad. Desnudos nos quiere Cristo para que pasemos á Él, pues Él desnudo murió por nosotros. Desnudo está quien lo que tiene para su vida y honra lo tiene puesto debajo de la voluntad de Cristo, haciendo de ello, no lo que quiere la honra ó deleite, mas lo que quiere Cristo, y que lo tiene en tan poco como si no lo tuviese, aparejado antes á ponerle fuego á todo que ir contra la amistad de Nuestro Señor en un solo pecado ni ofenderle. Y aunque entienda en hacienda no ha de ser por el amor que le tiene, mas porque Dios lo manda. Si vive, no porque ame á la vida, haciendo en ella su postrer paradero, mas quiérala para Dios, para ponerla por él antes que ofenderle, y si se viste, no toma consejo con la vanidad de cómo será por los vestidos estimado; mas con la palabra de Dios, que manda usar de estas cosas, no por superfluidad, mas á honesta necesidad, y así éste no se tiene por suyo, mas por de Dios; no mira lo que él quiere, mas lo que Dios manda; tiénelo todo, y á sí debajo de los pies, por tener á Dios sobre su cabeza. Manda Dios, y obedece él; rige Dios, y va tras ello él; y así como la sombra sigue al cuerpo, así la voluntad de éste sigue á la de Dios.

Estos son los hijos de la obediencia, á los cuales está prometido *que se sentarán á la mesa de Dios*, para que así como el Hijo verdadero de Dios por obediencia padeció, y así entró en el reino, así los hijos adoptivos por obediencia entren allá. No es razón que habiendo uno servido á los mandamientos del turco vaya á pedir salario al Emperador, porque luego le responderá: "Págueos á quien habéis obedecido„; y así responderá Dios á quien ha vivido en obediencia de sus apetitos cuando vayan á pedir la gloria. Muchas gracias á Cristo, que de esto

nos avisó, porque si queremos mirar en ello, no nos hallaremos burlados en Cristo, que tanto nos estima. El aviso es (Mattheo, VII): *No todo aquel que me llamare Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; mas quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en ellos, aquél entrará en la gloria.* ¿Qué es menester más, pues la palabra de Cristo no puede faltar? Y ¿quién será aquel que á aquesto no despierte, pues va en ello, no reino de tierra, mas el del cielo, si allá no entra sino el que hace la voluntad de Dios? Estudiemos en esto, hablemos en esto, aconsejemos esto, miremos con vigilancia aquello que los hombres tenemos que no esté conforme á la voluntad de Dios; y porque nuestra vigilancia no basta, llamemos al mismo Señor que nos ayude, conozcamos nuestra miseria, y pidámosle de corazón misericordia.

No es el Señor que nos ayuda tal que se niegue á quien de entrañas le busca. Si de verdad le llamásemos, cierto nos abriría; y aquél llama de verdad que llama con oración y buenas obras: y aquél llamando será oído, que oyó á su prójimo cuando le llamó, y ayudó en su necesidad, y le perdona sus yerros, y no hace mal á los otros, y sufre con paciencia lo que le hacen á él. *Estos son la generación de los que buscan al Señor, y éstos le hallarán.* Vamos, pues, á correr esta carrera, que bienaventurados son los trabajos que por alcanzar tal joya se pasan, y pasarse han presto; mas el galardón durará para siempre. Atesoremos allí, que bástanos poseer á Dios, y no perdamos el tiempo que para esto nos es concedido; mas para esto vivamos, para que vivamos para siempre, y así pasaremos de la bajeza á la altura, del destierro á la propia tierra, de esta pobreza á la riqueza, que poseeremos en los siglos de los siglos. Amén.

CARTA Á UN HIJO DE PENITENCIA

PARA PERSEVERAR EN EL CAMINO DEL SEÑOR: DE LOS COMBATES QUE EL DEMONIO DA PARA IMPEDIRLO Y MEDIOS PARA VENCERLOS.

Son tantos los peligros que nos están de continuo amenazando, que sería bien que los que deseamos salvarnos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, muy de continuo nos incitásemos y amonestásemos á mirar por nuestra salud para que, así

velando á nuestros enemigos, evitásemos sus continuos lazos que traen á muerte. No debe nadie, hermano muy amado, estar sin recelo; pues que dice San Pedro Apóstol *que nuestro adversario, el demonio, anda rodeando, buscando á quien trague.* Y pues tal enemigo tenemos, que tanto sabe y puede, y tanto desea nuestro mal que en ninguna cosa entiende sino en dañarnos, no debemos estar descuidados porque no nos trague, haciéndonos caer en algunas tinieblas de errores ó de pecados, y haga burla de nosotros porque nos dormimos en tiempo de vela. El Profeta David dice *que le escondieron, los soberbios, lazo en el camino que andaba.* (Psalm. CXXXIX.) Pues ¿cómo pensaremos nosotros que no corremos peligro? Y es de mirar que, no sólo tiene puesto lazo á los que andan fuera del camino de Dios, mas dice: En el camino que andaba me escondieron lazo. Este camino es el del conocimiento y amor de Dios, en el cual arma el demonio lazo á los que andan por él. No pensemos que basta haber comenzado, porque de los muchos que comienzan pocos perseveran. Mas ¿qué aprovecha comenzar, *pues el que perseverare aquél será salvo?* Ropa hasta los tobillos hizo Jacob á su hijo José. Vida buena y que dure y llegue á nuestras postrimerías habemos de tener para ser amigos de Dios.

¡Oh, cuántos entrados en el camino de la verdad han sido trastornados por sutiles engaños de este demonio! *Los cuales* —según dice San Pedro—*son tan malaventurados, que les fuera mejor nunca haber nacido en ellos la verdad, que después de conocida dejarla.* La gracia que el Señor da debe con mucho gozo ser recibida, porque con ella se nos da esperanza de ser siempre salvos; mas debémosla tener con recelo, no se nos pierda por nuestra culpa lo que el Señor nos dió por su bondad. Y porque él demonio sabe cuán miserablemente caen los que después de encaminados salen del camino, trabaja más por derribar al que ya caminaba, que por estorbar al que no entró en el camino. Mas, pues, que este enemigo es tan de temer, y la carga tan peligrosa, ¿qué remedio tenemos? El mismo San Pedro, que nos avisó el peligro y combate, nos enseña el remedio para no ser vencidos, diciendo (II Petr., V): *Al cual resistid fuertes en la fe.* Esta es la defensa fortísima contra todas las asechanzas del demonio. Quien ésta tiene, no ha menester más para la batalla, lo cual confirma aquel gran caballero de Jesucristo, San Pablo, el cual dice que conoce las astucias de Sata-

nás, y por eso es muy de mirar qué armas, qué arte, qué golpe nos enseña para vencer á éste que tantas artes y maneras tiene para combatirnos; y la enseñanza es aquésta (Ephes., VI): *En todas las cosas toma del escudo de la fe, con el cual podéis apagar todas las saetas encendidas del malo.* ¡Oh, cuán ardiendo vienen las tentaciones del enemigo! ¡Oh, cuán enarboladas son sus saetas de hierba mortal y encendidas con infernal fuego! Y aunque así sea, es más fuerte la fe para apagar aquel fuego, que el fuego para arder en esta agua.

¿Qué puede el demonio traer que no vaya vencido y corrido si la fe le ponemos delante? Contra él se tornan sus tiros cuando con la fe nos escudamos. No tiene él en todas sus artes sino estas dos para engañar á los hombres, conviene á saber, *hacerles que no crean las cosas invisibles y que crean las visibles;* y pues quien fe tiene cree lo que no ve, ya es el demonio vencido cuanto á la primera pelea, y quien tiene viva fe desprecia lo que ve que no es conforme á la ley de Dios, ya queda la segunda vencida. ¿De dónde vinieron tantas victorias á tantos millones de mártires que del demonio triunfaron? ¿De dónde tanto vencer á Reyes y á sabios y á un mundo entero? ¿De dónde aborrecer tantos premios como les prometieron, y abrazar tantos tormentos con que los amenazaban? Y lo que más es, aborrecer amor de hijos y mujeres, y de todo lo que en este mundo amaban, y por sólo agradar á Cristo desagradar á todo lo que no es Él. Cierto, no de otra parte, sino de la fe, que les mostraba cuán grandes bienes son los que con aquello ganaban, y cuán breves los que despreciaban, y esforzados con esto, por una parte, y mirar que Cristo murió primero por amor de ellos; por otra, eran hechos invencibles, y las muchas aguas de las tribulaciones no pudieron apagar el encendido fuego de la caridad de Cristo que ardía en sus ánimas. Poco podía el cuchillo de hierro, porque el cuchillo de la palabra había traspasado sus afecciones de la carne y avivado las del espíritu. ¿Qué aprovechaba amenazar con hambre á los que comían y estaban hartos del pan celestial? No aprovechaba quitarles la hacienda, porque estaban hartos de Dios; y si les deshonraban, teníanse por más honrados en ser deshonrados por Cristo, y á este solo Señor mirando parecíales los azotes picaduras de moscas y los tormentos ser cosa de burla.

¡Oh fe, esfuerzo de corazones, victoria de los tiranos, so-

siego de los turbados, ojo de las cosas invisibles y fundamento de todo el fundamento espiritual! ¡Perla preciosa, sin la cual cuanto uno más tiene más pobre está; camino sin yerro para Dios, fuera del cual quien más anda menos anda, y pensando que sube al cielo baja al infierno; puerta por donde Dios á nosotros da disposición para dársenos el Espíritu Santo! ¡Honra de Dios, del cual, mientras cosas más altas queremos y que sobrepujan á nuestro corazón, más le honramos y más nos le sometemos! ¡Oh columna de luz, que en la obscuridad de este mundo alumbra á los hijos de Israel para entrar en la tierra de Promisión, casa debida á los justos: *Justus ex fide vivit.*

Mas quien es incrédulo, no estará derecha en él la honra de Dios en el mundo, pues por ella se hacen los milagros que dan testimonio de su infinito poder. Esta es la luz, que es la primera cosa que Dios cría en el ánima cuando la justifica. *Y así como antes de la distinción de las cosas crió una nube de luz,* y después de aquella poca luz sucedió este sol que tiene tanta abundancia de ella, así en la ánima donde la luz de la fe viviere, sucederá la copiosa luz de ver á Dios en el cielo. Esta conviene tener, porque así como Dios entró en el vientre de María haciéndose hombre, *porque ella creyó la palabra que le fué dicha,* así venga Dios en el ánima por la palabra de la fe. Abraham fué justificado por la fe, y los que tienen fe son verdaderos hijos de Abraham (Génes., XXII), al cual prometió Dios que enviaría uno de su semilla en el cual fuesen benditos todos los linajes del mundo; y así como son sus hijos los que creyeron que había de venir este Prometido, así también los que creen haber venido. Esta es la obra que habemos de obrar para alcanzar mantenimiento que nunca perece, y la obra que dice en el Evangelio: "Creed en aquel que Dios envió, que es Nuestro Señor Jesucristo."

Mas miremos que esta fe no ha de ser estéril, mas llena de frutos y flores; flores han de ser de buenos deseos, y frutos de buenas obras; porque de otra manera acaecerle ha lo que á una higuera, que pasando por ella Nuestro Señor Jesucristo y habiendo gana de comer higos, llegó á ella, y como viera que no los tenía sino las hojas, maldíjola diciéndola: *Nunca de ti nazca fruto para siempre; y en aquel punto se secó.* No tuvo aquella higuera culpa de no tener higos, pues el Señor no se los había dado ni era tiempo de tenerlos; mas significa aquella hi-

guera á nosotros, que somos árboles plantados en el huerto de su Iglesia, los cuales no nos habemos de contentar con solas palabras buenas ni sola confesión de la fe sin tener frutos de buenas obras; porque de otra manera maldecirnos ha el Señor cuando nos muramos, é iremos adonde nunca más demos fruto. Y porque no pensemos que hemos de aguardar tiempo para dar frutos, maldijo el Señor la higuera en tiempo que no era tiempo de higos, por darnos á entender á las higueras vivas que no digamos: "Cuando sea viejo serviré á Dios; cuando acabare este negocio que traigo entre manos, entenderé en mi conciencia; cuando venga la Cuaresma, me confesaré, y perdonaré, y restituiré; mas dejadas todas las longuras, demos fruto en todo tiempo„: y por decirnos el Señor esto, maldijo la higuera, que ninguna culpa tenía: y plega á Dios que entendamos lo que tan dicho nos está y que tanto nos cumple, y que no nos acaezca lo que vemos que á otros acaece, que se echan buenos y amanecen muertos, y siéntanse riendo en una silla y no se levantan sino para la sepultura. Estas y otras semejantes burlas acaecen por acá y pueden acaecer por allá, y nosotros todavía buenos que buenos, ó por mejor decir, malos que malos.

¡Oh dureza de corazones! ¡Oh descuido tan perjudicial! ¡Oh olvido tan digno de reprensión! ¡Y cuándo ha de venir este día que despertemos, mirando cuán mal se ha gastado la vida pasada, y cuántos peligros en la por venir! ¿Cuándo tan de corazón servimos á Dios, cuánto algún tiempo servimos al mundo, carne y diablo? ¿Por qué no me deleitaré tanto en buscar y mirar la honra de Dios, cuanto me deleité en buscar la mía? Si mi vida era en seguir mi voluntad mala, ¿por qué de aquí adelante no será en seguir la buena y muy buena de Dios? ¿por qué ha de valer conmigo más la suciedad que la limpieza? ¿la bondad menos que la maldad? ¿el diablo más que Dios? y, finalmente, ¿por qué no me dan en rostro mis males, y me dan buen olor y sabor los bienes que siempre debiera haber amado? Basta para los hombres lo hecho, basten los enojos dados á Dios, tornen los malos á su corazón y digan á Dios, no de burlas, no á media cara, no interesadamente ni á tiempos, mas en todo y por todo y por siempre y con todo: *Sirvamos, loemos y adoremos á quien para siempre sea bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.*

CARTA Á UN AMIGO SUYO

QUE DIOS HABÍA LLAMADO Á VIDA ESPIRITUAL

Á muchas obligaciones que vuestra merced me echa con sus cartas respondo tarde y mal, y aunque de ello me confundo, *sed non emendor*, con pensar que ha dado Cristo á vuestra merced alguna migaja de caridad y la primera condición que ella tiene, según lo atestigua aquel que mucha tenía y bien la conocía (II Cor., XIII): *Quia patiens est*. Plega á la inmensa fuente de ella la de acrecentar en vuestra merced hasta que sea bastante, hasta dar la vida por enemigos, pues Cristo la dió por nosotros. Quéjase vuestra merced de sequedad, aunque creo no es queja, sino relación que da al que ama de la disposición de su alma, y digo, que cuando la sequedad no llegue y entibie á la virtud, no es cosa que debe dar mucha pena, pues lo que se arriesga es perder una suavidad en las cosas de Nuestro Señor, aunque los que de ella se saben aprovechar, suéleles ser espuela para más dejarse y más pasarse á Dios; y porque deseo á vuestra merced bien en lo mucho y en lo poco, le deseo amor fuerte, sabio y dulce, pues Aquel á quien debemos amor le son debidas. Mas si Él no da sino el fuerte y sabio, será para por otros modos que no sabemos hacernos otras secretas mercedes, para con éste desatinarnos, ejercitar nuestra caridad, que es mucho menester para tratar con Él, que es sapientísimo, y amigo que nadie lo sea en sus propios ojos. Así, señor, el cuidado de vuestra merced sea seguir las fuerzas que Nuestro Señor le da, y no faltará su gracia, y darle gracias por lo que entiende y no entiende, y en esto está la salud.

Andando la edad, y viniendo experiencias de cuán poca parte es el hombre para efectuar negocios, por pequeños que sean, se confirmará vuestra merced más en la buena costumbre que ha comenzado á tomar en lo del callar, y verá que se hace muy bien el negocio hablando muy á la larga con Dios y á la corta con el hombre. Indecible cosa es nuestra ignorancia, nuestro adelantarnos, nuestros necios celos, y á duras penas puede ser creído sin habernos costado errar en muchos, porque heredamos de nuestros primeros padres un secreto deseo de divinidad, aunque robada, que nos hace imitarles en ello, y querer que las cosas se hagan cómo y cuando nos parece, con

otras secretísimas raíces que no se ven sin lumbre del cielo; ésta no se puede alcanzar sin oración larga. En los negocios de esas almas que vuestra merced desea remediar digo lo dicho, que se encomiende el negocio de corazón al Señor y se tenga esperanza en el uno y otro; y no esté vuestra merced congojado, pues ha conocido tener padre en el cielo que le llamó para sí, y le será guía en su camino.

Gaste lo mejor que pudiere el rato de vida que de presente le da, y por el venidero no esté congojoso, sino haciendo cuenta que nadie le puede quitar á Dios sino su propia pereza; pelear con ésta, y si la venciere, verá que la plaza es celda y los negocios río. Más diligencias pide el camino en que Dios á vuestra merced ha puesto de la que por su carta dice que pone en el llegarse á los buenos ejercicios con perseverancia, y si en presencia fuera, contárale cosas acaecidas á personas que son flojas en los ejercicios en que vuestra merced viera cómo no tiene Nuestro Señor por pequeño mal ser uno lunático, ya ejercitándose, ya no. Señal clara es de ánimo cautivo de propia voluntad el hacer bien cuando se le antoja y cesar otra vez por lo mismo, y como falta la propia negación, van manchados cuando no hacen y también cuando hacen, porque viven consigo: y los castigos del Señor á éstos es no darles copia de sí cuando ellos la quieren, pues ellos no se la dan á Él cuando Él la pide, y por esto conviene pedirle perdón de la poca perseverancia y enmendarla con entera renunciación en las manos del Señor de lo que de los ejercicios saliere.

Ose perderse por Nuestro Señor obedeciendo lo que manda, y no mire lo que sale de allí, que ahora sea sequedad, ahora devoción, todo es merced, pues todo es contentamiento del Señor, y cuanto pudiere estar vivo á contentarse con éste, y muerto á buscar el propio, tanto le irá de bien. Ningún rato gaste vuestra merced en pensar si será bien aceptar ó repudiar aquel negocio de que escribieron se haría sin duda, porque es señal de corazón no ofrecido al recogimiento, y que presto pierde el tiempo presente con cuidado de cosas por venir. Olvídelo, y suplique á Nuestro Señor no le traiga en tentación, pues conoce su flaqueza, y viva sin congoja en el corazón celebrando fiesta al Señor, de arte que, preguntado á su corazón qué cuidado tiene, le responda ninguno, sino de dar este ratico mi corazón al Señor. Lo que fuera de esto sale no es bueno por

muy colorado que venga, y aquí entra el pensar mudarse á otra parte. Efectos son todos esos de corazón tibio y no ocupado en lo que le llamaron, que es trato continuo con el Señor que cada momento le mira y le pide que le mire, *y le abra el corazón á Él, pues es suyo, y lo niegue á todo lo que Él no es.* Desvergonzado de un hombre en cuyo corazón Dios quiere reposar y darle reposo, y él anda por acá y por allá trabajando, y dice que para buscar reposo *éntrese en sí y muérase allí*, que allí hallará su vida y su salud, y nacerle ha un sol que le quite todas esas tinieblas y tristezas, y sabrá lo que no sabe. Humildad pide esto, y trabajo de tener encerrado en su corazón; mas para esto murió el Señor, para que tengamos esfuerzo para morir nosotros por Él y hacer esto. Cristo sea su luz, y guárdese de saber más por especulación de cosas de oración que por práctica, que el Señor es maestro de los niños: *Et abscondit se, et sua a prudentibus.*

CARTA

PARA UN CABALLERO DE ESTOS REINOS

¿Qué aprovechan espuelas cuando el jumento es tan perezoso como yo? Y juntándose con esto la carga de mi poca salud, no es maravilla que no escriba ni responda. Esta se escribe con tanta angustia *temporum,* que no sé si irá de provecho. Heme alegrado de la ablactación del niño, aunque sé que algunos mueren entonces por no tener fuerzas para comer pan con corteza; mas como tenga vuestra merced por hijo de promisión como á Isaac (Génes., XVII), espero de Jesucristo que no morirá con manjar de piedras, sino que lo gustará como Cristo el vino mirrado. El consentimiento le quitará Dios: el sentimiento será tormento de cruz para gloria del que nos amó en ella; y rogándonos nuestros enemigos que descendamos de ella, queremos más confesar á Cristo y estar en ella, que llegar y descansar.

Ya sabe vuestra merced la suma y omnipotente bondad de nuestro celestial Padre, que llega á sacar bienes de males y calor de frío, y por esto no desmaye de verse apartado de alas de padre que en la tierra vive, ni de hallar esterilidad donde pensaba hallar mantenimiento abundante. Ose vuestra merced estar á solas con Cristo, no desperdiciar los medios de los sier-

vos de Él, mas por obedecer su ordenación cuando quiere que quede vuestra merced sin abrigo en la tierra; porque entonces es costumbre usada en el Señor nuestro hacer mercedes visibles y mayores, que por medio de los suyos las hacía, y aprende el tal hombre que tiene Dios, y muy buen Dios, y dice (Joannis, XVI): *Non sum solus, quia pater mecum est.* Y comienza á crecer en la fe, y ensancha su oración en el amor, siendo ayudado del amor con que ve ser amado, y así crece con lo que parecía y temía que había de desmedrar, y halló compañía en la soledad, y anduvo sin báculo el flaco: no falte cuidado de recibir al que es todo nuestro bien; esté siempre diciendo con verdad (IReg., I): *Loquere, domine, quia, audit servus tuus.*

Encastíllese en su corazón que, aunque es de flaqueza de vidrio, el que á él vendrá á morar lo hará tan poderoso, que todo lo que lo quería combatir será vidrio, y él más fuerte que acero; y por no hacer esto hay flaqueza en el corazón cuando la hay, según está escrito (Oseas, X): *Divisum est cor eorum, nunc interibunt;* no hay lugar seguro donde asentar el corazón sino en el secreto encerramiento y escondrijo interior donde no entra sino sólo Cristo (Joann., XX): *Januis clausis.* Y fuera de aquí andan á tanto peligro como moza liviana fuera de casa entre malos hombres. Y si hubiese justo castigo, y bien ejecutado por cada salida á callejear el corazón *forte*, escarmentaríamos como hace un jumento; aunque quien atento estuviere luego verá el castigo que del cielo viene sobre el mismo corazón (Jerem., XIV): *Quando diligis movere pedes*, y es lo que luego se sigue, *et Domino non placuit.* Uso quiere este negocio, que después el mismo corazón se está quedo, aunque le abran la puerta, como ave doméstica en jaula; y esta es la raíz de todo aprovechamiento, porque á los pies de Cristo lo ha de haber si verdadero ha de ser: *Christus Jesus sit cum omnibus.* Amén.

CARTA

Á UN CABALLERO DE ESTOS REINOS

Una de vuestra merced recibí llena de buenas nuevas acerca de la oración y obediencia. A Nuestro Señor di gracias por ello; por vuestra merced suplico que conozca el valor del metal, y la indignidad de quien lo recibe, y la grandeza de quien lo da; porque si cualquiera cosa de éstas pide agradecimiento,

¿qué hará donde todas tres concurren? Y usar bien de los mismos dones es gran parte para que el dador de ellos dos conserve y acreciente; y, por tanto, tenga vuestra merced cuidado de guardar su ánima limpia de imaginaciones desaprovechadas y pensamientos mortecinos para que no impidan la secreta habla con el Señor, que pide silencio con las criaturas, porque hablar á ellas y á Él es imposible. Aun á San Agustín parece que para la perfecta oración debe el ánima callar aun á sí misma, y un viejo de los Padres dijo: *Non est perfecta opatio monachi, quando monachus quod orat intelligit.* Bien creo que miradas estas cosas en sí, no serían nada ayudadas por el estudio de la filosofía humana: mas pues les es mandado á vuestra merced, tómelos sin dudar y sin contradecir, que la obediencia verdadera, *sepulchrum est propriae sententiae, propriae voluntatis.* Que no es nuevo este don celestial hacer milagros en la tierra; y por uno de ellos tengo crecer principiante en la oración, y salir con ella usando juntamente estudio de artes. Ya ve vuestra merced cómo sabe Dios alumbrar los partos sin presencia de predicadores y á más á sabor que cuando estuvimos presentes. A Él gracias por sus misericordias, y plégale que no sean solamente exteriores y transitorias, sino que nos sean motivos para entrar dentro de nos á recibir otras tanto mayores, cuanto va de ánima á cuerpo, que son las que Dios pretende dar por medio de éstas. En lo que vuestra merced manda de mi vida, le suplico lo deje á lo que Nuestro Señor me encaminare, sin recibir deservicio de ellos, porque Él me encaminará el cómo y el cuándo; pues á lo que siento, menos oportuno tiempo es para mí ir á ser presente en regocijos que á dolores de parto. A la ciudad hablé el lunes; dicen que se recibió bien. Todo lo encamine Nuestro Señor como sabe que más le hemos de servir, y le haga á vuestra merced todo suyo, lo cual es cuando su solo amor reina en nosotros; *porque si de Él no somos, ¿con quién nos irá bien?*

CARTA

PARA EL MISMO CABALLERO

La voz del mensajero que se parte me toma de noche y sin papel con las ordinarias indisposiciones. El Señor Todopoderoso le diga á vuestra merced por sí lo que le había de decir

por mi pluma, pues no hay en mí merecimiento ni aparejo. Las quejas que vuestra merced tiene de la prudencia son justas; admítalas y hágalas justicia, temiéndose siempre del enemigo tan astuto y andándole contando sus pasos para conocer sus engaños, y en estas tentaciones el conocerlas es vencerlas; haga consigo la cuenta que el otro monje hacía: *No vine á juzgar á nadie, sino á ser juzgado de todos.*

Dígase vuestra merced. No vine á ser celador, si no es de mí; no me pone Dios en estado de guía, sino de ser guiado. Y ¿quién es tan desatinado que piense acertar en lo que Dios no le pone? pues que *omnis plantatio*, etc. Y si por obediencia conviene dar algún parecer, pídaselo á Nuestro Señor, y délo con temor y como cosa que la ofrece para que sea examinada por ajeno juicio y no con determinación de arte que lo arroje con tanta libertad que ni quiera que sea aprobada ni ejecutada porque á él le pareció, ni que por aquello valga algo, sino que se haga en aquello lo que á otros pareciere, ó aceptando aquel parecer ó desechándolo, entendiendo que ya cumplió vuestra merced su obediencia y que no tiene más cosa propia en aquel negocio.

Los que tienen lumbre del cielo, ó los que han aprendido á poder de caídas, tanto temen los buenos deseos de cosas particulares como los acontecimientos de los malos, y por alguna manera más, por ser el engaño de ellos más difícil de entender y de vencer; y este temor les hace no arrojarse luego á recibirlos, sino á estarse en su puesto encomendando al Señor aquel deseo, y preguntando. Y este temor es principio de salud, y el fin de ella en ésta se puede aquí mal declarar; mas para quien tiene á quién obedecer, todo es declarado con contarlo y recibir el consejo. Cuando se hubiere conocido servirse Dios de los negocios y convenir que se traten, ha de ser de modo que Su Majestad no se ofenda de quien los tratare, porque se hinche el corazón de cuidados y distraimientos, mayormente fuera de tiempo, no es tratar justamente lo justo. Bueno es tenerse por ministro mandado y no por guía del negocio, ni por maestro mayor, sino por mozo de daca aquello, haz lo otro.

Cuando viniere el cuidado fuera de tiempo, decir: No me manda mi Señor ahora nada de eso: no tengo yo que pensar, todo irá errado por ir de mi cabeza. Cuando mi Señor me mande que haga he de hacerlo: oiré y haré, y para esto es bien

tener tiempo determinado para estos cuidados, porque no vengan á hacer estruendo cuando el hombre ha de estar en silencio con Dios; y si dan congoja que inquiete, entender que no es aquel el camino de Dios ni cumplimos su palabra de *nolite soliciti esse: labor enim exercendus, solicitudo tollenda* (Matthaeo, VI), pues dice el Señor que confiemos en el celestial Padre para quitarla. Quien la tiene, cierto siente que el negocio pende de él, y que su saber le puede encaminar en él, y por esto se ha de persuadir el cristiano que no es de provecho, aun para el mismo negocio, aquella angustia inquieta, ni aquel demasiado pensar vedado por la Escritura (Eccl., XXX): *Ne afligas temetipsum in consilio tuo.* Dígase á sí mismo: Dios lo ha de hacer, no yo: *forte* no quiere Dios que se remedie esto por aquí, y si lo quiere, con paz ha de ser y con ganancia mía y no con pérdida, y así procurar que el corazón ande celebrando siempre el cristianismo que dice San Pablo, y de que diga el Señor: Venid á mi corazón, que desembarazado está, y no tengo cosa que me estorbe de oiros y hablaros. Y tiene vuestra merced razón de pedir socorro de oraciones para ello, porque no así fácilmente se alcanza. *El Señor que llamó á vuestra merced para sí le conserve en su gracia, y después le lleve consigo á su eterno descanso.*

CARTA PARA UN CONOCIDO:

DE LA CEGUEDAD DEL MUNDO, Y DIFERENCIA QUE HAY DE LOS QUE LE SIGUEN Á LOS QUE SIGUEN Á CRISTO

Mucho me he holgado con las cartas de vuestra merced oyendo la misericordia de Nuestro Señor que en esa ciudad obra. Costámosle caro, no es maravilla que viéndonos enajenados de sus enemigos y nuestros, se apiade de nosotros y nos saque de servidumbre tan dura, y nos traslade á su luz y reino, donde hay toda verdad, paz y consuelo. Grande es, por cierto, la ceguedad del mundo, y viendo ser el Príncipe dél condenado, le quieren seguir y ser participantes en su deshonra y tormentos, convidándolos el Príncipe de la paz en su compañía. ¿En qué juicio cabe querer más arder con Lucifer que reinar con Cristo, dando el uno tan poco por llevar al infierno, y pidiendo el otro tan poco para dar el cielo? Y aun lo que pide Él, Él lo da; pues por su gracia cumplimos lo que nos manda en su ley.

Estas cosas tan claras no las conoce el mundo, porque él está en ceguedad, y como el Señor dice (Joann., XIV): *No puede recibir el Espíritu Santo porque no le conoce ni ve.* Pues triste del mundo si no puede recibir al Espíritu Santo; forzosa cosa es que reciba al espíritu malo; y de aquí le vienen los males, que como gente guiada por espíritu de error y maldad, hacen cosas conformes á su corazón. Mas sentencia es firme de Dios que el mundo se pasa y sus codicias, y que el que hace la voluntad del Señor vive y permanece para siempre. Triste de aquel á quien hallare el día postrero debajo de la bandera del demonio, pues por el mismo caso es el bando contrario á Cristo. *Y á quien tiene por contrario á Cristo, ¿quién le defenderá?* Pronto vendrá el día, y cierto vendrá en que se vea, y todos le vean, qué diferencia va de seguir las leyes mundanas ó las celestiales.

Condenado será quien á sí se amó, el que vivió con su voluntad, atormentado será, y ninguna cosa será hecha á su voluntad; mas quien dejare la suya por hacer la de Dios, gozará de contentamiento eterno, y no habrá cosa que se haga contra su querer para darle pena. Que tal es Dios, que no pide sino para dar, y pide poco para dar mucho; porque Él es mucho en bondad; si demanda nuestra voluntad, es para dárnosla después en el cielo, y si nos quita acá de placeres es para dárnosla después en el cielo, y si nos quita acá de placeres es para dárnoslos en la eternidad. ¿Quién no se dejará llevar por Señor tan bueno, que todo su cuidado es mirar cómo dará, y más dará, y no para su voluntad, hasta darse á sí mismo? ¡Oh dichoso día para corazón que le ha de poseer! *Y dichosas orejas que tal palabra oyen y ponen por obra.*

CARTA Á UN DISCÍPULO:

QUE SE DEBEN DEJAR TODAS LAS COSAS POR CRISTO, Y CUÁNTO BIEN GANAMOS PERDIÉNDONOS

Charissime: Pues que vos no os acordáis de me hacer saber de vos, quiero yo ganar esta joya, que pues vos habéis sido primero en hacerme buenas obras, no es mucho que yo lo sea siquiera en palabras. Deseo veros desenredado del mundo, para que, vuestras cadenas sueltas, pudiésedes correr tras el que corrió hasta la cruz, para desde allí correr al descanso del

cielo. No es cosa ligera ser uno cristiano en las obras; regla es muy santa, que los que tienen el corazón partido pasan mucho trabajo y corren mucho peligro en este negocio; el cual sólo es el que nos debe poner cuidado, porque ¡ay de nos si lo hacemos mal! San Pablo dice: *Quiero que todos estéis sin cuidado;* esto es, que cuando faltare el cuidado en lo temporal, tanto lugar hay en lo espiritual, para lo cual es menester mucho, porque mucho es lo que va en ello, y muy mucho es este Dios á quien hemos de servir. No os ocupéis, pues Dios os ha librado; no os hagáis sujetos de tierra á quien hizo herederos del cielo. ¿Qué podéis tener aunque todo el mundo tengáis? ¿Tenéis, quizá, más contento ó seguridad de vuestra salvación? Sabed que á quien más dan, más cuenta le han de pedir, y debajo de las mayores dignidades hay peligros para mayores maldades; escondeos porque no os hallen los que siempre andan buscando á quien traguen.

No luchéis vestido porque no ganaréis la corona, no corráis con grillos, que os cansaréis y no llevaréis la joya. Si el más aparejado para la lucha suda para vencer, ¿qué espera el mal aparejado sino ser vencido? Salid de Sodoma y salvaros habéis en el monte, que todo este mundo está puesto en el mal; y no sólo de ella, mas de sus alrededores, que son las ocasiones para caer. Quien trata la miel, algo se le pega, y quien trata la pez, será con ella entiznado; y así es difícil cosa tratar negocios corporales y no perder algo del ánima. Si estuviérades metido en yugo de matrimonio, dijéraos vuestro peligro, mas amonestáraos á paciencia y cuidado; mas estando libre dígoos *que no son para vos cuidados de acá,* y que no quiero que tengáis paciencia para ser esclavo de la tierra, *mas que busquéis alas de paloma para descansar en Dios.* San Pablo amonesta que compremos, porque los días son malos.

Haced vos así, que esta ocasión y oportunidad que ahora tenéis de seguir á Cristo en reposo, no la vendáis por codicia de tener más dineros; mas compradle, aunque os cueste cuanto tenéis. *El reino de Dios es margarita preciosa,* y quien la halla, todo cuanto tiene vende para comprarla, y con ella sola se tiene por más rico que con todos los bienes; no duda perderlo todo, aun hasta su vida, por ganar esta rica y cierta esperanza de ser heredero del cielo. No negará Dios á quien todo lo niega por Él. Dios, que dárseos ha; perdeos, que hallarlo habéis, y

á vos con Él; porque así como el que á sí se busca, pierde á Dios y á sí mismo, también quien á Dios busca, halla lo que busca, que es á Dios, y también á sí mismo que no se buscaba. No es menester dilación para cosa tan clara y tan buena; no seáis como los yernos de Loth, que se hicieron sordos á quien les amonestaba salir de Sodoma, y la pena de su dilación fué ser quemados con los otros por el fuego que del cielo llovió. *Con mucha prisa*—decían los ángeles á Loth (Génes., XIX)—*que saliese,* y no quieren que haya dilación en huir del peligro, porque no sean envueltos en él, hallándose burlados los que pensaban que no les comprendería.

Hermano, no dió Cristo licencia al mancebo que le quería seguir que viniese á ordenar su casa y hacienda, antes le dijo (Luc., IX): *Que ninguno que ponía la mano al arado y torna atrás, es bueno para el reino de Dios,* y esto porque sabe cuántos se han quedado pescados del mundo en el corazón por haberse llegado con las manos á sus negocios: si no podéis presto desatar negocios, cortadlos, que si algo esperáis nunca veréis ese día. ¿Qué os pena la temporal pérdida, pues Cristo promete aquí ciento y tanto, y después la vida eterna? Ensanchad el seno para recibir los bienes divinos, y no os fiéis en cosas perecederas, porque no perezcáis vos con ellas. Básteos Dios, pues basta á los ángeles, y para que de mejor gana quiera ser de vuestra parte, no toméis otra parte; que quien á Él tiene, todo lo tiene y le sobra todo. ¿Por qué queréis hambrear migajas de criaturas teniendo tal hartura de mano del Rey? Esforzaos á servir á Dios, que alcanzarlo habéis; tanto alcanzaréis de Él cuanto perdiereis de vos. Tanto os consolará, cuanto por Él trabajárades, y tanto seréis ensalzados, cuanto acá humillados. Atreveos un poco á confiar de Dios todo esto presente, y ha de seros dado lo que no se puede decir ni pensar; porque sobre todo pensamiento será lleno y abastado quien por Él se empobrece; porque así como Dios es grande, así lo es para los que se apocan para Él, para manifestación de su eterna é infinita bondad y por eterno provecho de ellos. Esperadlo, no aquí, sino en el cielo, *adonde plega á Nuestro Señor Jesucristo nos veamos. Amén.*

CARTA PARA UN CABALLERO

DE ESTOS REINOS, ESTANDO ENFERMO: DEL BIEN DE LA PACIENCIA EN LAS ENFERMEDADES

Qué rico y contento debe estar vuestra merced ahora con sus calenturas; creo que no las daría por el oro del Perú. No puedo creer sino que como vió al Licenciado con ellas, de envidia tanto bien proveyó Dios que gozase lo que deseaba y tuviese compañía en ellas, á quien tiene compañía en el amor. Nuestro Señor sea bendito en todo y siempre, cuya mano sabe dar lo que conviene mejor que nosotros desearlo, y al cual habemos de estar tan devotos, y agradecidos y reverentes en el tiempo del trabajo como del consuelo; y aunque la salud se emplee bien, no escandalicemos que el Señor la quite, porque quiere probar á los suyos de una parte y de otra, para que de cualquiera parte caigan bien con figura cuadrada. Muy bien gastaba Job su hacienda, y *quitósela el Señor;* porque quien había ganado coronas de buen despensero de pobres, la ganase en el ser él buen pobre y enriquecer más su ánima con la pérdida que antes lo era con la abundancia, y servirse más el Señor con tener paciencia en el trabajo que antes en servirle con salud; porque como San Crisóstomo dice: "Nunca tanto ganó en todas las limosnas que hizo como en aquel *'Sicut Domino placuit, etc., sit nomen Domini benedictum.*" Así que, señor, aunque la salud de vuestra merced se emplease bien, más se huelga Dios con la paciencia en la enfermedad, porque es cosa donde más se ejercita el amor, que con la ganancia de la salud.

Él sabe lo que envía, y sepamos recibirlo nosotros, y guardemos la conformidad con su voluntad, *et usque ad mortem crucis.* Sospecha tengo de vuestra merced y del Licenciado, y de él más, que algunos excesos de penitencia han sido causa de la enfermedad, y si no fuera porque están enfermos, yo les riñera agriamente; mas sanarán y hacerse ha, que no menos debe ser reñida la voluntad propia, aunque sea en cosas buenas, que en otras notables, pues la misma voluntad propia las hace malas. Esto me atrevo á escribir á vuestra merced porque está algo mejor. Al Licenciado no oso, porque está enfermo. *Sea el Espíritu Santo salud entera de vuestra merced, y le haga vencedor en todo.*

CARTA

PARA UN SU CONOCIDO, QUE TENÍA CARGO DE UNOS ENFERMOS

Días ha que recibí una carta de vuestra merced, por la cual vi la merced que Nuestro Señor le ha hecho en tomarle por instrumento para hacer misericordia con sus prójimos, ó por mejor decir, con Él mismo, pues es tanto su amor con ellos, que toma por hecho á Él lo que á ellos se hace. Sepa, señor, agradecer esta merced, y conózcase por indigno de ella; pues no es á todos dado emplearse en las obras de Nuestro Señor, y gozarse de la merced mirando que Dios quiere recibir de él servicio, por tener ocasión de galardonarle; y tema su flaqueza y la alteza de la obra, y no sea vuestra merced hallado falto en ella. Acuérdese de la diligencia que ponen los hombres en los negocios que sus señores les encomiendan, cuanto más si tocan á los mismos señores en sus personas: y viva vuestra merced confiado, mirando que le ha Nuestro Señor encomendado una cosa, por cuyo amor perdió la vida; y llámele pidiéndole gracia, y espérela de Él pues le dió la primera, y traiga siempre delante sus ojos al mismo Señor puesto en la cruz y cercado de nuestros pecados y de nuestros dolores, y por Él esfuércese á sufrir pesadumbre de pobres y á saber llevar á cada uno como es menester, haciéndose todo á todos, para que aproveche á todos. Y entre estas cosas no olvide vuestra merced su propia ánima, y déle el cebo que ha menester para estar fuerte; porque algunos hay que so color de aprovechar á otros dejan sus ánimas sin oración, sin lección y sin semejantes ejercicios, y así faltan en la obra exterior, ó la hacen mal hecha; porque faltando el interior esfuerzo todo va lleno de flaqueza, y para tener éste es menester ganarle de nuevo, que de otra manera no hay caudal, por grande que sea, que no se gaste, si sacan de él y no gana.

Por esto es comparada la oración con mucha razón al sueño, porque en ella cobra el ánima nuevos espíritus, como el cuerpo en el sueño; y la palabra de Dios es manjar, porque restaura lo que con las ocupaciones, aunque buenas, perdemos. El camino es estrecho: mire vuestra merced no se aparte á una parte ó á otra, ó entendiendo en él sólo, ó en los otros con olvido suyo. Haga como el Señor, que velaba y oraba hasta su-

dar gotas de sangre, y luego visitaba y consolaba á sus discípulos, y después tornaba á la oración, para darnos doctrina que se ayudan maravillosamente tratar con Dios y hacer bien á prójimos, y que lo uno y lo otro es menester. El Señor le enseñará, y allá tiene personas con quien puede tomar consejo sobre el orden que puede tener, en particular sobre ese negocio. *Cristo que lo comenzó lo acabe para su gloria y honra.*

CARTA

PARA OTRO DISCÍPULO SUYO QUE ESTABA ATRIBULADO

Esta tarde vi una letra de vuestra merced, y pues que Dios le ha dado á entender que por atribulaciones hemos de ir á su reino, no se debe desmayar por las que le envía. Pruebas son de amor, no señales de reprobación; que como es señal propia de cristiano amar á quien no le ama, así no lo es devoto y agradecido á Dios cuando envía lo que queremos. Él es Nuestro Señor, y nosotros sus sujetos: algún día se había de probar la obediencia que le debemos, porque no fuese obediencia de nombre. Á Abraham tentó: mándale dejar su casa y tierra, y después mandóle matar su unigénito hijo; y porque obedeció en simplicidad de fe, sin mirar á sus razones, fué llamado amigo de Dios; y lo que más es, el Unigénito de Dios Señor Nuestro fué aprobado con obediencia muy agradable. Mandóle su Eterno Padre que ofreciese á beber el cáliz muy amargo de la Pasión, aunque su carne sintió trabajo de esta obediencia, para dar á entender que era hombre verdadero, y como tenía hambre, cansancio y tristeza, así tenía también temor natural; mas enteramente y de corazón se ofreció todo á la voluntad de su Padre, y quiso que aquélla fuese cumplida, queriendo más quedar con la obediencia que quedar con la vida: y porque así se humilló y obedeció, fué ensalzado y clarificado por su Padre, y quedó hecho ejemplo de obediencia á los hijos adoptivos, al cual mirando se esforzasen á obedecer, aunque dura cruz les fuese impuesta, y esperasen con certidumbre que siendo obedientes serán esforzados y hallarán gracia delante de los ojos de Dios.

Y pues vuestra merced es hijo adoptivo en la sangre del Hijo natural Jesucristo, no le sea molesto pasar por la ley que pasó su Señor; que aunque nuestras culpas merezcan cualquier

castigo que nos sea enviado, es tanta la misericordia del Señor. que mediante el castigo perdona nuestros pecados, y después nos da corona de gloria, porque sufrimos lo que justamente merecemos. Y no es pequeño bien desquitar un hombre lo que debe, y que faltándonos los merecimientos, nos quite Dios los azotes por servicios. Con la tribulación el justo es probado, y el pecador es guardado; todos debemos recibirla con hacimiento de gracias, así por nuestro provecho como por el contentamiento de nuestro celestial Padre, al cual debemos estimar en tanto cuanto Él estuviere contento. Estemos nosotros, aunque muy afligidos, muy pagados: Él enviará bonanza tras aquesta tempestad, porque así lo suele hacer; y como la prosperidad se pasa presto, y le sucede adversidad, así ésta también se muda, y viene el tiempo del consuelo, por lo cual es bueno el consejo del Sabio (Eccl., XI): *Que en el día de los males no te olvides de los bienes, y en el de los bienes no te olvides de los males*, para que viviendo en una igualdad templada no seamos combatidos con los vientos de la instabilidad, ya subiendo hasta el cielo, ya descendiendo hasta los infiernos; mas nuestros ojos puestos en Dios estemos fijos, teniendo cuenta no tanto con lo que nos viene como quien lo envía; y bajado nuestro cuello á su azote, esperar de Él su misericordia, *la cual cobije á vuestra merced siempre y le haga bienaventurado*. Amén.

CARTA

PARA UN DISCÍPULO SUYO QUE ESTABA ENFERMO

Paréceme que el amor que Cristo os tiene no es cualquiera, pues os ha tornado á visitar con sus tercianas. Hermano, añadid fe y paciencia, pues Él añade en qué os ejercitéis: sedle muy de veras agradecido, que os aflige en lo poco para haceros mil bienes en lo que de verdad es. ¿No sabéis que es buen trueco á trueco de penas de cuerpo recibir bienes de ánima? *Nisi forte* pensáis que *Christus delectetur in poenis filiorum suorum: sed punit et percutit, ut sanet, mortificat, ut vivificet:* y no da sólo un papirote que temprano ó tarde no lo pague con abrazos. Vuestros ojos verán, vuestra ánima lo gozará lo que ahora os hace pasar. Y con mucha ventaja excede el bien al mal; porque es mucha la ventaja del obrar miseraciones al obrar punitiones. Suyo es el hacer mercedes, y nuestros los castigos; por-

que si no le compeliésemos á castigar con nuestras malas obras, Él dulce es, y no tiene amargura; mas como Él es mayor que nosotros, así usa con mucha más ventaja el hacer mercedes que le son propias, que el hacer castigos, que son como obra ajena á Él. Por tanto, Hermano, regraciadle de corazón esas mercedes, sed hijo de fe, que cree amor en lo que parece ira, y ganancia en la pérdida. No miréis la mano que os lastima, sino el piadoso corazón que os quiere hacer mercedes, mediante el azote. Amad de verdad al que de verdad os ama (Eccl., XXX). *Nam qui diligit filium, assiduat illi flagella*, y cuando convenga Él quitará el azote, pues es Padre que dispensa lo que mejor nos está. *In hac spe dormi et requiesce.*

CARTA

PARA UN DISCÍPULO SUYO, PARA LA CONFORMIDAD EN LOS TRABAJOS

Bendito Nuestro Señor, que os dió su mano en tiempo de tanta necesidad, que en ello os da á entender que os ama, pues no os desampara. No os pese de ser trabajado, pues los trabajos son prueba de nuestra fe, y nuestra fe nos alcanza corona, y la corona es tan grande que todos los trabajos son pequeños para la alcanzar. Con todo esto se pasará presto, y ya se va pasando; haced de manera que de esto que se pasa os aprovechéis á sacar lo que para siempre ha de durar, pues á ese fin lo envía Nuestro Señor. Mirad mucho no juzguéis según vuestro sentido los juicios de Dios, que erraréis más que el ciego en juzgar colores, y que un animal en juzgar un ángel. Adorado debe ser Dios en todo lo que hace, no juzgado; obedecido, no murmurado. Si á vuestros juicios miráis, pareceros han desastres vuestros acaecimientos; mas mirad el saber con que vienen dispensados, y aunque no lo alcancéis vos, creeréis á lo menos que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, tan acertada que el fin de ella es vuestro provecho; porque el amor que el Señor os tiene en su unigénito Hijo no le dejará hacer otra cosa, sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó su Hijo á dolores de cruz.

Alabadle en todo aunque vos no lo entendáis, confiado en Él siempre, y cuanto más azotado, más confiado; que escrito está (Job, III): *Cum iratus fueris, misericordiae recordaberis.* Y todo lo tened por misericordia aunque os parezca ira; porque

si es ira, es ira de Padre, que hiere para sanar, y castiga para tener ocasión de más galardonar. No os queráis para este mundo, y ahorraréis las penas que los trabajos suelen traer. En el cielo está vuestra morada: pensad que se os vende muy barato por mucho que os pidan, y día vendrá en que estiméis en más lo que habéis pasado que todos los placeres del mundo juntos. Paréceme que por ahora os estéis quedo, pues también sois recreado, y tomaréis algunas fuerzas, las cuales cuando el Señor os las diere os enviaré á decir lo que debéis hacer. Cristo sea vuestra luz para que en todo acertéis.

CARTA Á OTRO DISCÍPULO SUYO:

DE LA SEGURIDAD QUE HAY EN SERVIR Á DIOS POR TRABAJOS MÁS QUE POR CONSUELOS

Algunas de vuestras cartas he recibido, y he dado gracias á Nuestro Señor por daros salud, y su bendita ayuda para estar en gracia delante sus ojos, llevando adelante el bien que en vos ha comenzado; y así confiad en Él que lo hará hasta el fin, pues sus obras son acabadas. Merced es ésta que os ha de hacer, y no merecimiento vuestro, ni os ha de dejar en vuestro cuidado ó regimiento; mas Él que por su gloria ha de tomar la mano del negocio de vuestra salud, y como sapientísimo médico, ya con los halagos, ya con las señales de ira, dando una vez luz de consuelo, y otra amargor de ajenjos, ya escondiéndoseos para aprobar vuestra fe, ya demostrándoseos para acrecentarla, y con otros mil modos que Él tiene, dará vuestra ánima sana sin sentirlo vos hasta que lo estéis. No os turbéis, hermano, en vuestro juicio, ni para gloriaros cuando os parece que os va bien, ni tampoco deis sentencia sobre vos pensando que ya es todo perdido, cuando sentís en vos lo que os descontenta.

Malo es el corazón del hombre, y no se puede escudriñar sino del saber del mismo Dios, y á Él á su juicio debéis remitir la sentencia del cómo os va, y caminar vos en buena confianza de su misericordia y en religioso temor de su alta Majestad. No os apartéis á una mano ni á otra; no os fiéis de santidad ninguna si le falta el temor santo y casto que hace humillarse, mirando ser ajeno el bien que tiene, y hace estar colgado de las orejas de Dios, suplicándole con oración conti-

nua no le quite el bien que por su bondad le ha dado, el que sin injusticia le puede quitar. Ni tampoco creáis á espíritu ninguno, que por graves tentaciones que os vengan, ni desconsuelos interiores, ni por tinieblas y angustias en que vuestra ánima estuviere metida, ú os quisiere hacer desmayar, y os dijere que desconfiéis del Señor que os ama; decidle que si dijera que confiárades en vos, no tuviera razón, pues no tenéis sino flaqueza; mas que en la salud común no tengáis vos salud, decidle que miente y acertáis en ello. Más os ama Cristo de lo que pensáis, sino que conviene que se os esconda este amor; porque quizá conocido, os sería mayor ocasión de peligro de vanidad, que la sospecha que tenéis del no ser amado os es desesperación; porque sin duda menos hombres pueden recibir la prosperidad sin mezcla de alguna elación, ó demasiado contentamiento del dulce manjar que les dan, que la amargura de la tribulación.

Por tanto, pensad que el Señor os guarda en puerto de seguridad, debajo de la cáscara amarga de la tribulación, para que no os corrompáis con la mucha dulzura, mas seáis preservado con lo amargo de la mirra. Y de esto no os debe pesar, pues debéis escoger lo que eternamente os será provechoso, más que lo que temporalmente os diera un poco de consuelo. Y en las espirituales consolaciones no se saca tanto provecho cuanto deleite; ni os será demandado cuantos consuelos tuvisteis, mas cuantos desconsuelos sin faltar en la fe y á amor padecisteis, creyendo que aquello recibe Dios en servicio que siendo contrario á vuestra sensualidad y propia voluntad, lo aceptasteis vencido de su amor, y no aquello que un hombre, por sensual que fuese, lo tomaría de buena gana; porque si esos regalos fuesen el verdadero servir á Dios, no tendría Él tan pocos servidores, pues hay muchos que por acá ó por allá buscan las consolaciones, los cuales no entienden cuán ajeno es de Dios no consolar cuando conviene á sus llorosos y trabajados, y tan ajeno le es el parecerle bien los que quitando los ojos de su penosa cruz, los ponen en buscar consuelos, pensando que mientras más tienen de ellos, más amados son y mejor les va; y no miran cuán pobres parecerán el día que escudriñe Dios á Jerusalén con candelas, y nos pida cuenta si de lo más profundo de nuestro corazón le amamos á Él, y á nosotros para Él, y en Él y por Él, ó á Él por nosotros y para nosotros; y entonces parecerán muchas obras ser carnales é inficionadas

del propio amor é interés que resplandecía como el fino oro en los ojos de quien las hacía.

Por tanto, hermano, más seguro vais del propio contentamiento é interés viniéndoos cosas que os causan amargura. Sólo el amor de Dios os convide á las sufrir, hasta que Nuestro Señor os provea de otro estado, en el cual tengáis tanta fortaleza de Espíritu Santo que abundéis en caridad y paz y gozo, teniendo vuestras pasiones holladas y vuestra ánima embalsamada de gracia. Y aunque tengáis el gozo no lo queráis para vos; mas lo empleéis con mayores fuerzas al que os lo dió, sacando del todo crecimiento de mayor amor, pues por amor os fué dado. Aquel Señor que se acordó de vos, olvidándoos de Él, os esfuerce en el interior hombre para que lo sepáis adorar, obedecer y amar, enviando en vos su Santo Espíritu, que os guíe á la tierra de la perpetua claridad. Amén.

CARTA

Á UNOS DISCÍPULOS QUE TENÍA EN LA CIUDAD DE ÉCIJA

La paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Amén. Después que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes; porque el amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amaos para Dios, pues que ya una vez os disteis á Él y yo fuí testigo de ello; y por tanto, querría que no os arrepintiésedes de haberos ofrecido á Dios, pues Él se ofreció á la muerte por vos. Combates tendréis, y no pequeños, porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles; por tanto, no os descuidéis, si no luego sois perdidos. Si los que velan aún tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensáis será de los descuidados, sino ser todos vencidos? Acordaos que el placer que el pecado nos ofrece es poco, y sucio y breve, y el dolor que después queda muy grande, y la pérdida que nos viene muy mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida que es perder á Dios? ¡Oh cosa para temblar en sólo oirla! Que si amamos al pecado no tendremos parte en Dios. Quien á esto no despierta, muerto está, no durmiendo.

Miremos, pues, cómo vivimos, que en breve pareceremos delante de Dios á dar cuenta de nuestra vida. No nos engañen la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del

demonio; mas miremos á Cristo puesto en la cruz, y verle hemos atormentada su carne, y deshonrado del mundo, y vencedor del demonio. ¿Quién á Cristo miró que fuese engañado? Ninguno, por cierto. Pues no apartemos nuestros ojos de Él si no queremos tornarnos ciegos; no le parezca que le tenemos en tan poco, que aun muriendo por nosotros no le queremos mirar. Por eso murió porque nosotros nos esforzásemos mirando á Él, para morir á nuestros pecados. Muera, pues, ya en nosotros nuestro viejo hombre, pues murió por nosotros en cruz nuestro nuevo Hombre, que es Cristo. Lleguemos á Él nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy más lo fué á Él apartar su alma de su cuerpo cuando murió, porque nosotros para siempre vivamos.

Ea, pues, cobremos ánimo para seguir á tal Capitán, pues que Él va delante de nosotros en el hacer y en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con Él, porque no vivamos según los deseos de ella, mas según el espíritu. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentiremos las injurias por tan suaves como una música acordada, y las piedras nos parecerán piedras preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesucristo, y cuán fuerte es tu amor! Y cómo todas las cosas conviertes en bien, como dice San Pablo. Cierto quien de tu amor se mantiene no morirá de hambre, no sentirá desnudez, no echará menos todo cuanto en el mundo hay; porque poseyendo á Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos, pues, muy amados hermanos, deseo de ir á ver aquesta visión, *cómo arde la zarza y no se quema* (Exodo, II). Quiero decir, cómo los que aman á Dios en las injurias no sienten injurias; en la hambre están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; hollados, están en pie; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos; acá no conocidos, y muy familiares á Dios. Todo esto y más hace el noble amor de Jesucristo en el corazón donde se aposenta. Y ninguno puede venir á esto si no se descalza los zapatos, que son afecciones mortecinas que nacen del amor propio, que es la raíz de la muerte, como el amor de Dios es causa de Dios.

La vida santa no sufre zapatos, ni la vida espiritual los deseos del propio amor. Quien á Cristo ama, á sí se ha de aborre-

cer. Quien á Cristo no quisiere serle crudo, no sea á sí piadoso. Los que son dulces á sí, amargos son á Cristo; y los que á sí miran, no pueden mirar á Dios. Demos, pues, nuestro todo, que es chico todo, por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo, y por verle en su gloria hermoso, y con gozo abracemos acá su deshonra y trabajo. Cierto no va engañado quien tal trueco hace; porque cuando aparezca Dios con sus Santos, y venga á dar á cada uno según sus obras, entonces parecerá locura lo que ahora es tenido en gran precio, y llorarán los que ahora gastan su vida en deleites; y sólo aquel será conocido de Cristo que acá hiciere su santa voluntad. ¡Oh, cuánto será el gozo de los buenos entonces, cuando honrados por Dios se asienten en las sillas aparejadas *ab aeterno,* y junto con los coros angélicos alaben á Dios su Señor! ¡Oh, cuánto será el gozo de aquellos que han de ver al Rey en su hermosura, en la cual contemplando estarán tan contentos que ningún seno quedará que no rebose de lleno de aquel licor y bálsamo que crió todos los licores buenos: al cual comparada toda hermosura es fealdad, y la luz del cielo es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas en comparación de ésta no son cosa, ni por algo se deben contar.

¡Oh Dios, que eres todas las cosas, y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! Y ¿cuándo ha de ser el día que te habemos de ver? ¿Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? ¿Cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar á Ti, descanso verdadero de los que descansan? No miremos, hermanos, á otra parte sino á Dios. Llamémosle en nuestro corazón, y tengámosle muy apretado con nos, porque no se nos vaya: que tristes de nos, ¿qué haremos sin Él, sino tornarnos en nada? Echemos ya esto detrás que tan delante traemos, y comencemos ya algún día á gozar cuán suave es el Señor. Corramos tras de aquel que corrió á nosotros desde los cielos para llevarnos allá. Vamos á quien nos llama, y con tanto amor desde lo alto de la cruz despedazada su carne, y quemada con fuego de amor para que más sabrosa nos sea. ¡Oh, si comiésemos! ¡Oh, si nos quemásemos! ¡Oh, si nos transformásemos! ¡Oh, si nos hiciésemos un espíritu con Él! ¿Quién

nos detiene? ¿Quién nos estorba? ¿Quién nos engaña que no nos lleguemos á Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla, despreciémosla. Si es nuestra hacienda, desechémosla si podemos, y si no, tengámosla como estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice San Pablo *que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen.* Si los hijos, querámoslos para Dios, tanto que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta. Las lágrimas nos lavarían, el fuego nos quemaría, y seríamos animales santos ofrecidos á Dios en fuego.

¡Oh Dios que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes! ¡Y cuán sabrosamente quemas! Y ¡con cuánta dulcedumbre abrasas! ¡Oh, si todos y del todo ardiésemos por Ti! Entonces dirían nuestros huesos (Psalm. XXXIV): *Señor, ¿quién es semejante á Ti? Pues quien dice que te conoce y no te ama, es mentiroso.* Amémoste, pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen; y poseyendo á Ti seamos poseídos de Ti, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios Trino y Uno, Rey infinito, sabio, poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que á Ti se convierten, sustentador de los que á Ti se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfección no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de Ti sólo eres del todo conocido. *Á Ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.*

PRÓLOGO AL SEGUNDO TOMO

I

AUDI FILIA



L título que con las palabras *Audi Filia* puso el bienaventurado Maestro Juan de Ávila á uno de sus libros más admirables y recomendados, está tomado, como todos saben, del versículo 12, perteneciente al Salmo XLIV, que comienza así: *Eructavit cor meum verbum bonum.* El dicho verso *Audi Filia*, entero y vertido al idioma castellano, es como sigue: «Oye, hija, é inclina tu oído, y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, y el Rey deseará tu hermosura.» Como esta maravillosa obra del *Audi Filia*, según enseña su mismo santo autor, fué compuesta para la noble virgen y penitente doncella Doña Sancha Carrillo, cuádrale con suma propiedad el nombre ó título con que la quiso apellidar. Y es cosa digna de ponderarse despacio, y que manifiesta bien el fecundo ingenio de nuestro Beato, cómo sobre un solo versículo del susodicho Salmo, y con tan pocas palabras, pudo componer un libro, cual es el *Audi Filia*, tan hermoso, tan sólido, de tanta y tan escogida doctrina mística, teológica y aun filosófica, y de tanto provecho para todo linaje de fieles cristianos, constituído nada menos que de 113 largos capítulos, formando todo

ello junto un cuerpo perfectísimo de gran belleza, sabiduría y hermosura.

Pues cuán acertado estuvo el bienaventurado Apóstol de Andalucía en dar tal título á este su áureo é incomparable libro, resulta claro del pequeño y humilde análisis, ó si quier, razón ligera que cualquiera puede hacer, ó tomarse del cántico susodicho, el cuadragésimocuarto del Profeta David. Helo aquí. «Una de las cosas más difíciles en el estudio serio y científico de los Salmos es la interpretación recta, fiel y segura de sus correspondientes títulos.» Y el que lleva á la cabeza éste que ahora estudiamos, tampoco es de los más llanos y fáciles. Ni siquiera en su versión á nuestra hermosa lengua castellana he de fiarme yo de mis escasos conocimientos en las lenguas viejas de Oriente. Prefiero dejar aquí grabadas las varias traducciones que de tal título dieron al mundo hombres peritísimos en el sagrado y primitivo idioma del pueblo de Dios.

El celebrado Cardenal Belarmino lo vertió, poco más ó menos, al latín, equivalente en castellano á esto: «Hasta el fin: á quienes son transformados; á los hijos de Coré; para inteligencia; canto al Amado.» Y aquel nuestro Jacobo de Valencia, Prelado insigne y admirable comentador é intérprete de los Salmos, trasladó al latín el mismo título, que en romance viene á ser el siguiente: «Hasta el fin: para los que se remueven; á los hijos de Coré; cántico al Amado.» Pero tradujo también directamente del hebreo el mismo título así: «Al que vence sobre rosas; á los hijos de Choré; instrucción; cántico de amores.» Nuestro celebradísimo orientalista Benito Arias Montano, por manera sencilla, literal y aceptable, dejó versión del dicho título en esta forma: «Al vencedor sobre lirios; á los hijos de Corach: inteligencia; cántico de amores.» San Jerónimo, versadísimo en hebreo, caldeo y otras lenguas de Oriente, nos dejó traducido este referido título de la siguiente manera: «Al victorioso, á la prole de los hijos de Choré, cántico amantísimo.»

Como cualquiera ve, de las versiones precedentes de tal título se colige presto tratarse en el Salmo que le lleva al frente, de triunfos, de vencedor glorioso, resultando un himno ó cántico de amores, cantado á coro, según costumbre de los más remotos y primitivos tiempos del género humano, por la compañía, los individuos ó la familia de Coré. Y es muy cierto que conociendo con fundamento la fuerza y expresiva significación de las palabras hebreas, se ostenta de relieve en dicho título el aire y la forma en que había de ser cantado el Salmo; á quien va dedicado; el místico y sacrosanto epitalamio que allí se ensalza, celebra y canta, y la procedencia del cántico santo ó la inspiración del espíritu de Dios que lo dictó ó inspiró á su profético autor el Rey David. No cabe en este lugar, y nos extraviaría mucho del camino comenzado, la demostración filológica y gramatical de lo que se acaba de sentar en orden al contenido del título analizado. Pero aquellos á quienes interese, pueden haber satisfacción cumplida leyendo á los autores sabios que han disertado sobre los títulos de los Salmos, como Jacobo de Valencia, en su prólogo profundo al *Salterio de David;* Arias Montano, en su *Aparato Bíblico;* Gheringhelo en nuestros días, y cien otros que trataron esta importante materia.

Por lo demás, es corriente entre los intérpretes y comentaristas cristianos y aun heterodoxos y hasta judíos, que el Salmo XLIV, *Eructavit*, de donde tomó nombre el precioso libro de nuestro Beato que llamamos *Audi Filia*, contiene y se celebra en él la glorificación y alabanza de un Esposo triunfador, que es el Mesías, ó el divino Verbo, Hijo consubstancial de Dios, encarnado, Nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero; y de una Esposa, que la común y literal interpretación de todos convence hasta á los ciegos, ser nuestra santa Madre la Iglesia católica apostólica romana, única verdadera, como *la sola y única* fundada por el divino Esposo Jesucristo Señor Nuestro. Todas las demás son falsas, como lo denuncian sus mismos nombres, que sin poderlo resis-

tir las llevan á sus fundadores, como las luteranas, á Lutero; las calvinistas, á Calvino; las zuinglianas, á Zuinglio; las arrianas, á Arrio; las montanistas, á Montano, y así de las demás. Esto no impide, que en sentido místico y espiritual, permaneciendo siempre el mismo divino Esposo, sea la esposa el alma pura, santa y enamorada de Dios, las vírgenes y principalmente la Virgen Madre, Nuestra Señora, María Inmaculada.

II

Á este Esposo de la Iglesia y de las ánimas escogidas, Jesucristo, llama el título de nuestro Salmo el *Dilecto,* el *Amado*, nombre de ternura celestial con que en sus proféticas visiones le apellidó David y le fué dado por el mismo Padre Eterno, según nos enseñó el Espíritu Santo por San Mateo, III, 17, con aquellas palabras: *Hic est Filius meus dilectus:* Este es mi Hijo *Amado*. Es el *Amado* eternamente del Padre en las mansiones de los cielos, y por todos sus moradores bienaventurados, y con ardoroso amor acá en la tierra por cuantos le llegan á conocer. Lo cual forzosamente ha de suceder así, porque este Esposo de la Iglesia y del alma fiel y santa, es de infinita suavidad, de inefable dulzura y de belleza divina, y de tal forma, que en viéndole bien las almas con sus ojos espirituales, quédansele mirando absortas, prendadas y cautivas, y vanse tras Él, sin querérsele separar, maravilladas de sus hazañas incomparables que llevó á término gloriosísimo desde el portal de Belén hasta el ignominioso patíbulo de la cruz, y principalmente aquella de la divina Eucaristía que las excede á todas, las contiene y las ostenta por manera clara sobre los altares, en los Sagrarios de nuestros templos. Como que el Espíritu Santo le llamó en el sagrado libro de la Sabiduría, VII, 26: «Candor de la luz eterna y espejo sin mancilla.» De todo esto podrá

asimismo ir coligiendo el amador estudioso de estas bíblicas materias, que no deben separarse nunca de nuestras manos ungidas y sacerdotales, cómo la divina ciencia y sabiduría de los Salmos está toda ella contenida y encerrada, cual el árbol en la semilla, en sus títulos respectivos y correspondientes.

Y mándase allí que sea dado á los hijos de Coré ó Chorach, para que por manera inteligente, artística y debida lo ejecuten ó canten todo hasta el fin. Y esto, en loor y gloria de las rosas, de los lirios, ó de los que se transforman, según las varias y diversas traducciones que arriba fueron vistas. Las cuales flores, rosas, azucenas, ó los lirios del campo, no son sino entrambos esposos, el Amado y su Iglesia. El Amado, lirio divino que en el Antiguo Testamento se nos ofrece sesteando recostado entre lirios, entre cándidas y virginales azucenas, y la Iglesia, que es la Esposa comparada en el Cantar de los Cantares, II, 2, «al lirio entre las espinas», que acá en la tierra nunca le faltan: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* Ahora con tales datos va también resultando clara la fidelidad y base científica de las distintas versiones antes copiadas del título ó encabezamiento del Salmo de que en seguida se dará breve razón y cuenta.

Ni debe causar maravilla al conocedor de la lengua santa, que donde unos traducen rosas y lirios, otros viertan *qui commutantur*, los que se cambian, mudan y transforman. Porque esto procede y nace de la naturaleza y doble significación del vocablo hebreo *chochan* ó *chechan*, cuyo plural suena *chochanim*, el cual lo mismo equivale en nuestro romance de Castilla á *lirio* ó *azucena*, que á quienes *se cambian y se transforman*. Esto afirman los lexicones hebraicos que corren de mano en mano, y esto enseñan asimismo los sabios orientalistas y mejores hebraizantes. A la cabeza de todos ellos se puede poner el Doctor de la Iglesia San Jerónimo, autoridad de gran peso en estas disciplinas, como lo prueba con mucha erudición en su celebrada epístola á la *Virgen*

Principia, donde explica y comenta magistralmente este Salmo.

Lirios son, sin duda alguna, los sacrosantos Esposos, Jesucristo y su Iglesia, porque entrambos son purísimos, inmaculados, sin arruga ni mancilla; Jesucristo por divina y propia naturaleza; la Iglesia por gracia y asistencia permanente y continua del Esposo. El cual divino Esposo, también por nuestro amor y remedio, quiso mostrar en sí mismo aquellas inefables y maravillosas transformaciones, vistiendo nuestra mortalidad, humanándose, tomando el Señor forma de siervo, apareciendo como pecador y delincuente, cuando siempre fué impecable é inocentísimo; y, por fin, cubriéndose y disfrazándose con los velos específicos y humildes del pan y del vino en el misterio de sus ternuras, de sus amores, y de nuestra incalculable dicha, felicidad y alegría, en el Santísimo Sacramento del Altar.

III

Pues las transformaciones de la esposa, ¿quién no las ve? Nuestra santa Madre la Iglesia de Cristo se formó de los judíos en su nacimiento, y luego después principalmente de los paganos y gentiles que yacían, cuando vino Dios al mundo, por espacio de muchos siglos, en las sombras de la muerte, en los errores diabólicos de la idolatría. Llamada por el divino Esposo la gentilidad, mediante la predicación apostólica, acudió desde su pobreza y humildad, dejándose regenerar y transformar en las aguas del bautismo, de la penitencia y en la Sangre de Cristo recibida en la mesa eucarística y en los demás Sacramentos. Con los cuales baños y divinos lavatorios se tornó realmente, y no en apariencia, de inmunda en limpia é inmaculada; de pobre en rica; de pecadora en santa; de mundana en celestial; de esclava en señora; de sierva en reina y esposa. De suerte, que en pocas palabras se reduce el títu-

lo de nuestro Salmo, á lo que ahora sigue: «Cántico dado á los hijos de Coré, para que con inteligencia y arte se ejecute y cante hasta el fin: trata de los lirios, esposos que se transforman, del Amado.» Y en esto se encierran las versiones varias del mismo título, que lleva el Salmo *Eructavit* en que se halla el apellido bíblico que puso á su obra *Audi Filia* nuestro bienaventurado Padre y Maestro Juan de Avila.

Quien intentase ahora dar noticia de todos y cada uno de sus versículos; de la doctrina, los misterios y las bellezas que en ellos se encierran, necesitaría escribir un libro mucho más voluminoso que aquel al cual un solo verso dió título y materia al santo Beato para componerlo. Baste sólo repetir aquí que en este canto bellísimo de David se celebran y alaban los místicos desposorios de Nuestro Señor con su amada Esposa la Iglesia, por más que en sentido espiritual se entienda también con el ánima pura y santa, y muy en particular con la Inmaculada Virgen la Madre de Dios, como ya se indicó arriba. Por eso la Iglesia, en las festividades de esta Señora nuestra, y en el común de vírgenes, lo canta y lo recita en todos sus templos y santuarios.

Los Santos Padres y expositores sagrados, comentando este Salmo XLIV, en el texto hebreo con el número 45, enseñan que tres nupcias espirituales y misteriosas hizo el Padre Eterno á su divino Hijo: las primeras fueron aquellas celebradas en el seno inmaculado de María Santísima, donde por obra del Espíritu Santo se unió la Divinidad á la humanidad en estrechísima unión, que llamamos personal, y, á todo ello junto, la Encarnación del Verbo divino, que San Juan, I, expresó diciendo: *Et verbum caro factum est et habitabit in nobis.* Las segundas fueron hechas cuando este divino Verbo encarnado, Jesucristo, nos reconcilió á todos con su Eterno Padre, lavándonos en el Jordán de su Pasión y muerte con las aguas purificadoras de su Sangre preciosa. De estas segundas nupcias dejó escrito San Ambrosio: «Hoy

quedó la Iglesia unida al celestial Esposo, lavando Cristo nuestros crímenes en el Jordán.» Y las terceras llevó Nuestro Señor á cabo cuando en el día de su gloriosa Resurrección volvió á tomar su cuerpo glorificado, cosa que todos haremos al fin del mundo en el día del juicio universal, que será el día de la justicia de Dios. A este propósito repite San Juan en el Apocalipsis, II, aquellas palabras: «Gozaos en mucha alegría, porque ya tuvieron lugar las nupcias del Cordero y se adornó y vistió de gala su Esposa.» Y estos y no otros desposorios son los que en primer término se cantan y ensalzan en nuestro Salmo.

Todavía se ha de apuntar, siquiera de paso, que algunos expositores han atribuído este Salmo á Salomón; pero los más graves, de mayor saber, autoridad y peso, y hasta los mismos rabinos, enseñan haber sido compuesto *Spiritu Sancto inspirante* por el Profeta David. Ni hay tampoco inconveniente grande en transigir con aquellos críticos que nos aseguran haberse escrito este sagrado canto para celebrar las bodas de Salomón con la hija del Faraón egipcio; mas todo este desposorio humano sólo sería la figura del otro místico y espiritual arriba explicado, conviene á saber, de Jesucristo con la Iglesia, su verdadera Esposa. Por lo demás, los intérpretes sagrados declaran que este profético canto aparece dividido en dos partes: comprende la primera desde el principio *Eructavit* hasta el verso 11 *Astitit regina;* y la segunda desde éste hasta el final. En aquella primera parte, profetizando el Rey David sobre el divino Esposo, dice de Él cosas admirables. Comienza con una especie de exordio manifestando en los dos versículos primeros que no le cabe en el pecho el gozo, y que le rebosa de alegría el corazón por haber concebido palabra buena y obra poderosa que quiere dedicar al Rey Supremo *Eructavit cor meum verbum bonum...*

Y dirigiéndose ya al divino Esposo con lengua rápida y ligerísima, le llama el más hermoso y perfecto entre los hijos todos de los hombres, y le dice que están sus labios

llenos de gracia. Y añade ser tal y tanta su belleza y hermosura, y su alma tan dulce y tan amable, que ha llegado á enamorar al mismo Dios, atrayendo á sí sus bendiciones y miradas soberanas, y esto con amor eterno. Y aunque para domar á los poderosos y soberbios de este mundo no lo necesite, le invita á ceñir sobre su muslo el formidable acero, por más que su donaire, gallardía y fortaleza le baste y sobre para tomar volando posesión de su permanente, dilatado y alto reino. Le ve el Profeta sentado ya en su trono inmortal, y se maravilla de su gobierno y régimen incomparable, sin usar más armas que la mansedumbre, la verdad y la justicia, la sabiduría y la equidad. Pues al contemplarle ungido de Dios Omnipotente, su Eterno Padre, por soberano Rey de los orbes y de los siglos todos con unción superior á toda unción, el Profeta santo exclama y le dice: «Tus casas y vestiduras extienden por doquiera que vas olor suavísimo y fragancia inefable de mirra, áloes, canela y ámbar; pero sobre todo ello brilla y resplandece á tu lado la Reina, Esposa tuya, con su rostro de claridad dulcísima é inimitable hermosura.» Tal es el bosquejo de la primera parte.

IV

Ahora, en la segunda, comienzan ya, verso 11, las glorias, los elogios y loores de la Iglesia, querida Esposa de Cristo, salida de su divino Corazón por la llaga del costado. Las cosas y los encomios que á esta amorosísima Esposa dirige el salmista, no se pueden fácilmente ponderar. Mirándola, extasiado, de arriba abajo, nos dice que va vestida con vestiduras de oro fino, rodeada de grandes méritos y virtudes, de dulzura y gracias cautivadoras y atractivas. Y en seguida, movido del Espíritu Santo, se dirige á ella y le dice: *Audi, filia: escucha, hija*, atiende y mira lo que te digo; sigue mi consejo; ol-

vida desde luego la casa de tu padre y también á tu pueblo, porque así verá el Rey con mayor placer y afecto tu decoro; y las hijas de Tiro y las naciones, gentílicas y extrañas, vendrán rendidas á ofrecerte muy ricos dones y tesoros. Es admirable tu gloria, ¡oh Princesa!; tus riquezas varias y tus arreos son incomparables, aunque más hermosa que todo ello es tu alma por su virtud interna. La cual tan grande y levantada es, que arrastrará en pos de sí esta celestial Esposa á millares de vírgenes puras y almas seguidoras é imitadoras de su vida inmaculada y santa. Y de esta manera continúa David cantando las magnificencias y preciosidades de nuestra santa Madre la Iglesia, y acaba profetizando como Isaías, que á ella, á la Esposa de Cristo, correrán por servirla y ser súbditos fieles suyos los Príncipes, los reinos con sus provincias y regiones y pueblos numerosos que cantarán su gloria y santidad en todos los tiempos y á través de las generaciones hasta el fin de los siglos.

Después de todo lo cual aparece ahora muy de manifiesto la verdad y propiedad del nombre que el Beato puso á su libro intitulado *Audi Filia*. Según queda ya apuntado, lo escribió para provecho y regla de vida de Doña Sancha Carrillo, virgen nobilísima y modelo de doncellas santas, castas y penitentes. Al final de este volumen, entre los discípulos del Maestro Ávila está ya impresa la hermosa biografía que de esta hija espiritual del mismo santo Beato escribió el Licenciado Luis Muñoz, cronista de mucho vuelo. Y ya antes nos la dejó perfectamente retratada de cuerpo entero el muy reverendo P. Roa, gloria no pequeña de la insigne Compañía de Jesús. Estaría, pues, demás decir aquí que Doña Sancha Carrillo, dama nombrada entonces de la Emperatriz Doña Isabel, la esposa de Carlos V, fué hija de los señores y Marqueses de Guadalcázar D. Luis Fernández de Córdova y Doña Luisa de Aguilar, familia de tantas virtudes y religiosidad como nobleza y poderío. Vivían en Écija cuando vino allí á predicar el bienaventurado Maes-

tro, con quien se confesó Doña Sancha, joven de rara discreción y hermosura.

Lo que en el santo tribunal de la Penitencia pasó entre confesor y confesada sólo Dios lo sabe y ellos: mas el resultado fué tornarse á su morada la noble virgen con sus galas y tocados, encerrarse, hecha un mar de lágrimas, en su habitación, cortar su larga y rubia cabellera, cambiar los riquísimos vestidos por pobre y humilde basquiña, y presentarse así á sus padres y hermanos y con su licencia retirarse del mundo y vivir con austeridad y penitencia asombrosa en una choza ó celda modestísima inmediata á su palacio, sin comer más de las mondajas de frutas y patatas y troncos de berzas que caían de la cocina de su familia. Al cabo de tres años, dirigida y reglamentada por el Beato, expiró de amor divino, cambiando los alcázares imperiales por el permanente y eterno alcázar de los cielos. Esta conquista gloriosa de la gracia divina y la transformación admirable de la noble doncella Doña Sancha por modo tan radical y prodigioso, ponen de relieve el grande espíritu de Dios que llenaba el corazón del bienaventurado Maestro, que en su primera entrevista con ella la arrancó de las cautivadoras y falaces manos del mundo para dársela por siempre á Cristo su Señor, Criador y Redentor.

Pues de la famosísima obra que llamamos *Audi Filia,* ¿qué podré yo decir después de lo mucho que la han elogiado varones santos, doctores canonizados y todo linaje de escritores amantes de la verdad, de la doctrina y de la buena literatura? Quien intente conocer el mérito de este prodigioso libro de nuestro Beato Juan de Ávila, tómelo en la mano, abra y lea, y por sí mismo verá ser escrito digno de la fama y admiración de los siglos, joya de grande precio para toda clase de familias religiosas, así de hombres como de mujeres; para los príncipes seculares y los eclesiásticos; para todo género de fieles cristianos de cualquier clase y condición que sean; para pobres y ricos; para maestros y discípulos, para sabios é ignorantes.

Porque no se da persona alguna que de tal libro no pueda sacar fruto, riquezas y provecho. Como que allí se enseña cuáles lenguajes hay, buenos y malos, y cómo no hemos de oir lo que nos habla el mundo, el demonio y la carne, enemigos traidores y solapados de nuestras almas y salud eterna. Los capítulos en que trata esta importantísima doctrina son excelentes, y en ellos, con lugares muy propios y escogidos de las divinas Escrituras, da consejos saludables y de valor intrínseco incalculable.

Después nos enseña lo que se puede y debe mirar y ver y lo que nunca se ha de hacer, donde hallan los maestros de espíritu y todos los fieles cristianos la manera debida de habernos con Dios, con los prójimos y con nosotros mismos; cómo se han de gobernar y dirigir las almas en sus modos tan diferentes de ser; cómo deberemos estar sumisos y rendidos al prudente y discreto mandato, al consejo y á la dirección de los maestros de espíritu, y cómo la humildad, la paciencia y obediencia cristianas son virtudes fundamentales de nuestra vida espiritual; todo esto y mucho más expone allí con claridad y sencillez el Beato Apóstol de Andalucía. Hay también en este inspirado libro capítulos preciosos sobre las virtudes inestimables de la castidad, don singularísimo que Nuestro Señor reserva para sus amigos, que son los limpios de corazón, enemigos de la carne y sus bestiales deleites, y cuáles cosas y puntos doctrinales han de ser creídos, y en cuál manera, con los bienes que consigo lleva la verdadera fe católica, contraria á la falsa de los herejes, y del grande provecho que nos trae.

Trata, además, del propio cononcimiento, y de nuestras obras buenas y malas, y de la penitencia por nuestros pecados, y de la divina gracia, santificación y justificación del hombre, rebatiendo de paso las ponzoñosas enseñanzas de las sectas protestantes, convirtiéndose así esta admirable obra del *Audi Filia* en preciosa apología de nuestra Iglesia y santa fe católica y en refutación bien fundada de las teorías luteranas y demás gentes y fami-

lias hereticales que pululaban entonces por Alemania, Holanda, Francia y otras naciones presas de la llama infernal heterodoxa que las tornó en devorador incendio de guerras intestinas y espantosa desolación.

Son incomparables y preciosísimos los capítulos que allí dedica el santo Beato á los inefables misterios de la Encarnación, Pasión y muerte de Nuestro Señor, y cómo se han de estudiar y meditar ; del modo mejor de mortificar y vencer nuestras pasiones y desordenados apetitos, con muchos otros puntos á cual más interesantes para andar derechamente el camino del cielo. Y entre ellos sobresalen los que tratan de la oración y meditación, donde con claridad y mucha solidez expone nuestro Beato tan delicadas materias y la mejer forma de haberse en ellas con provecho de las almas y mayor pureza y perfeccionamiento de las conciencias. Tras todo lo cual sigue en el inapreciable libro *Audi Filia* el punto nuevo y delicado de «Cómo Dios nos oye y mira», que, cierto, robustece mucho y da alientos, y firme esperanza, y grande consolación á las almas fieles y ya enamoradas de Nuestro Señor.

Luego enseña en otros capítulos el amor que hemos de tener á Cristo, y el de nuestros prójimos, en cuyos dos preceptos están encerrados y como en compendio la divina ley y los profetas. Y haciendo en seguida aplicación de las palabras del Salmo arriba dicho mandando el divino Esposo á la Esposa marcharse de la casa de sus padres y de su pueblo, escribe el bienaventurado Maestro capítulos de mucha doctrina y hermosura, en los cuales nos enseña cómo hemos de salir de nuestra propia voluntad, que es la ciudad de los malos por donde andan y pasean los hombres mundanales arrastrados de sus apetitos. Y por fin acaba esta obra magistral y admirable tratando de la hermosura perdida y hallada por Cristo, que, como las materias todas declaradas en el *Audi Filia,* es lectura regalada y de sumo provecho para las almas.

Y para poner remate á esta ligerísima monografía del

Audi Filia, se ha de recordar que fué libro predilecto, muy leído y citado de grandes Santos y Príncipes, así eclesiásticos como seculares, desde el siglo XVI hasta nuestros tiempos. Sobre todo, los escritores místicos de la Compañía de Jesús y aun sus historiadores, ponderan y recomiendan en gran manera esta inestimable joya teológica y literaria de nuestro Beato. El Licenciado Muñoz, en el folio 132 de la *Vida del venerable Padre Maestro Juan de Avila*, tratando de este mismo libro, escribió las palabras que aquí siguen: «Estimóle grandemente la prudencia y la piedad del Rey D. Felipe II, nuestro señor; alabábale mucho, y preguntándole uno de su cámara qué libros había de llevar á El Escorial, nombrando algunos dijo: No olvidéis el *Audi Filia*, en que mostró lo mucho que gustaba de su lectura. Valíase de él en sus enfermedades y dolores; decía que era todo grano, y que en él estaba toda nuestra santa fe, y era importantísimo para las almas.» Hasta aquí el Rey Prudente, que en estas delicadas materias de espíritu, provecho de los hombres y bellas letras, fué muy entendido, tanto como en el difícil arte del gobierno y régimen de los pueblos.

V

Inclúyense, además, en este segundo volumen otros Tratados más cortos, es verdad, pero de grandísimo valor y mérito doctrinal y literario. Entre ellos merecen muy particular mención las famosas é inimitables *Pláticas para sacerdotes*. No son sino dos, pero equivalen á mil, por ser de lo mejor y más excelente que nuestro santo Beato nos dejó. Leyéndolas despacio sirven perfectamente de materia utilísima para meditar. Y cualquiera de las máximas espirituales, ideas y bíblicas sentencias que con calor y unción de cielo allí se exponen, es substancia bastante para orar mentalmente, horas, noches y aun semanas enteras. No con facilidad hallará nadie manjar

más á propósito para alimentar á los ministros del Señor y transformarlos de flojos en robustos, de obreros tibios en verdaderos sacerdotes, llenos de fuego y divino amor, que estas pláticas de nuestro Beato Juan de Avila. Las compuso y predicó en Córdoba, hallándose reunido en aquella ciudad un Concilio diocesano. El Licenciado Luis Muñoz, que las insertó en su hermosa *Vida* del Beato, dada á luz por los años 1634, les apellida con el título de *bastantísimo libro*. Y con efecto: son bastánte libro, singularmente para nosotros los sacerdotes, porque cada frase, cada sentencia, cada punto doctrinal de los allí señalados por su bienaventurado autor, equivale á todo un libro; de modo que no ya libro, sino excelente biblioteca pueden ser apellidadas las admirables pláticas del santo Maestro. Pues ¿quién no ve un verdadero libro en esta frase tan inspirada y levantada con que comienza la primera plática diciendo: *Grande es la alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para el alteza del oficio sacerdotal!* Como ésta, y aun superiores á ella, son todas las demás.

De aquellos otros Tratados que van comprendidos en este segundo volumen, no hay que decir sino que son nacidos del espíritu santísimo y apostólico de nuestro Beato. Si por ventura comienza cualquiera á leer la primera de sus *Reglas muy provechosas para andar en el camino de Nuestro Señor*, pues no se sabe ni se puede pasar adelante, porque detiene la mente á ponderar despacio cada palabra y la substancia que encierra, y lo que allí se significa y aconseja; y todo junto cautiva el ánimo, y lo transforma, y le hace temer los juicios de Dios, mucho más cuando al final de la regla le declara la razón en que se funda, exclamando: «Porque según sentencia de nuestro Salvador, es la puerta angosta, y es menester porfiar para entrar por ella.» Dice el bienaventurado autor de estas santas reglas haberlas compuesto para que los fieles anden por el camino de Nuestro Señor. Pues yo aseguro sin titubear que quien diariamente las lea despacio y las

pese como ellas merecen, no se apartará un punto de la vía feliz que lleva derechas las almas al cielo. Pudiérase muy bien, asimismo, decir aquí, hablando de estas preciosas reglas y de los *Diez documentos de bien vivir* que á ellas siguen, lo que el Licenciado Muñoz de las pláticas, conviene á saber: que son bastantísimo libro.

Los demás Tratados del santo Beato que son comprendidos en este sobredicho volumen han de ser igualmente provechosos para todos los fieles cristianos y devotos católicos. La explicación de *las ocho bienaventuranzas*, ó sermón de la Montaña de Nuestro Señor, aunque harto breve; pero es substanciosa, nutritiva á las almas y de grande unción. Los *Avisos* que el venerable Maestro Juan de Avila dió á D. Diego de Guzmán y al Doctor Loarte cuando iban á entrar en la Compañía de Jesús, se ofrecen inspirados en grande sabiduría y suma prudencia. Son documentos de vida; y quienquiera tenerla perfecta y santa dentro y fuera del nunca bastantemente alabado Instituto de San Ignacio, póngalos á todas horas delante de sus ojos, y sean el espejo en que sin cesar se mire. Este mismo concepto han debido merecer los *Avisos* á la religiosa y mínima familia de la Compañía; porque los sabios individuos de ella encargados de publicar y anotar las hermosísimas cartas de su santo Padre en nuestros mismos días, aquí en Madrid, han tenido buen cuidado de darles lugar en el volumen quinto por vía de aprendice, pág. 458 y siguientes.

Ha parecido asimismo útil y conveniente incluir en este segundo tomo de nuestra edición la historia y vida de los principales discípulos del bienaventurado Apóstol de Andalucía escrita clásicamente por el mencionado Luis Muñoz; porque de una parte son todos ellos reflejo y testimonio clarísimo de la santidad y virtudes heroicas de su Maestro, y de otra pueden muy bien servirnos, principalmente á los ministros del Señor, de modelo y ejemplar en predicar é imitar á Cristo nuestro divino Redentor; y esto sin más interés ni retribución que la glo-

ria de Dios y la salvación de las almas. Y es verdad, que cuando despacio se pesan y miran las vidas de celo apostólico, amor divino, austera penitencia, humildad y pobreza de tan laboriosos y solícitos obreros de la viña de Cristo, formados y educados por nuestro santo Beato en su maravillosa escuela, enciéndese el rostro y se cubre de vergüenza, y viénese á la mente con temor y espanto el juicio, de Dios, que ha de ser inexorable para quienes tanto recibimos y tan escaso fruto y mísero lucro ofrecemos y presentamos. La vida santísima de aquellos hombres y varones llenos de virtudes y espíritu de Dios, que pasaban el día predicando penitencia á los grandes y doctrina cristiana á los pequeños, y las noches en oración, acusa y condena la tibieza y dolorosa apatía de la nuestra. ¡Quién sabe si el retrato ejemplarísimo de estos admirables discípulos del Beato Juan de Avila, que es retrato verdadero de Cristo, contemplado en este volumen, se grabará en nuestro corazón y nos transformará á todos, sacerdotes y seglares, en verdaderos ministros del santuario á unos, y á otros en servidores fieles y leales de Dios! No, en verdad, con otro objeto van reimpresos y comprendidos en el tomo presente, cuyas materias todas juntas constituyen muy abundante arsenal y riquísimo tesoro de sabiduría, religión y ciencia.

José Fernández Montaña,
Presbítero.

PRÓLOGO DEL AUTOR

AL LECTOR CRISTIANO



EINTISIETE años ha, cristiano lector, que escribí á una religiosa doncella, que muchos años ha que es difunta, un Tratado sobre el verso del Salmo XLIV, que comienza: «Oye, hija, y ve»; y aunque muchos de mis amigos me habían afirmado muchas veces que, corregido el Tratado y poniéndolo en orden para imprimirse, recibirían provecho los ánimos de los que lo leyesen, no había salido á ello por parecerme que para quien se quiere aprovechar de leer en romance hay tantos libros buenos que éste no les era necesario; y para quien no, también sería éste superfluo como los otros: y ayudábame á esto mi enfermedad continua de casi ocho años, que basta por ejercicio, y así se había quedado el Tratado sin imprimirlo, y aun casi sin acordarme de él, hasta que el año pasado, vencido ya de ruegos de amigos, comenzaba poco á poco á corregirlo y añadir para que se imprimiese, aunque sabía lo mucho que me había de costar de mi salud.

Al cabo de pocos días supe que se había impreso un Tratado sobre este mismo verso, y con título de mi nombre, en Alcalá de Henares, en casa de Juan Brocar, año de 1556. Maravilléme de que hubiese quien se atreviese á

imprimir libro la primera vez sin la corrección del autor, y mucho más de que alguno diese por autor de un libro á quien primero no preguntase si lo es, y procuré con más cuidado entender en lo comenzado para que, impreso este Tratado, el otro se desacreditase. Mas las enfermedades que después acá aún han crecido, y haber añadido algunas cosas, han sido causa para que más presto no se acabase. Ahora que va, recíbelo con caridad y no tengas el otro por mío ni le des crédito. Y no te digo esto solamente por aquel Tratado, mas también por si otros vieres impresos en mi nombre hasta el día de hoy, porque yo no he puesto en orden cosa alguna para imprimir, sino una declaración de los diez Mandamientos que cantan los niños de la doctrina y este Tratado de ahora.

También te aviso que, á las escrituras de mano que con título de mi nombre vinieren á ti, no las tengas por mías si no conocieres mi letra ó firma, aunque también en esto hay que mirar, porque algunos han procurado contrahacerla. También me parece avisarte de que, como este libro fué escrito á aquella religiosa doncella que dije, la cual y las de su calidad han menester más esforzarlas el corazón con confianza que atemorizarlas con rigor, así va enderezado más á lo primero que á lo segundo; mas si la disposición de tu ánima pide más rigor de justicia que blandura de misericordia, toma de aquí lo que hallares que te conviene, y deja lo otro para otros que lo habrán menester. Y todo el libro, con el autor, va sujeto á la corrección de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

TRATADO DEL AUDI FILIA [1]

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata cuánto nos conviene oir á Dios, y del admirable lenguaje que nuestros primeros Padres tenían en el estado de la inocencia, el cual, perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos.

"Oye, Hija, y vé é inclina tu oreja, y olvida tu Pueblo, y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura."

(Psalm. XLIV.)

ESTAS palabras, devota Esposa de Jesucristo, dice por el Profeta David, ó por mejor decir, Dios en él, á la Iglesia cristiana, amonestándole lo que debe hacer para que el gran Rey Jesucristo la ame, de lo cual á ella se le siguen todos los bienes. Y porque vuestra ánima es una de las de esta Iglesia, por la gran misericordia de Dios, parecióme declarároslas, invocando primero el favor del Espíritu Santo, para que rija mi pluma y apareje vuestro corazón, para que ni yo hable mal, ni vos oigáis sin fruto; mas lo uno y lo otro sea á perpetua honra de Dios y aplazamiento de su santa voluntad.

Lo primero que nos es amonestado en estas palabras, es que

1 Aunque este maravilloso libro intitulado *Audi Filia*, aparece en ediciones posteriores al año 1588 dedicado al célebre y virtuosísimo Marqués de Priego, D. Alonso de Aguilar; pero sucede tal por habérselo dirigido á él los discípulos del autor y santo Beato, Juan de Villaras y Juan Díaz, Padres y Misioneros dignos de tal maestro. Que por lo demás, notorio es haber escrito este Tratado admirable nuestro Bienaventurado Maestro Juan de Ávila para aquella su ilustre y nobilísima hija espiritual Doña Sancha Carrillo, modelo acabado de virtudes y ejemplar de penitencia austera y rigurosísima. Véase el prólogo á este segundo volumen de la presente edición.

oigamos, y no sin causa, porque como el principio de la vida espiritual sea la fe, y ésta éntre en el ánima, como dice San Pablo (Rom., X), mediante el oir, razón es que seamos amonestados primero de lo que primero nos conviene hacer, porque muy poco aprovecha que suene la voz de la verdad divina en lo de fuera si no hay orejas que la quieran oir en lo de dentro. Ni nos basta que cuando fuimos bautizados nos metiese el sacerdote el dedo en los oídos, diciendo que fuesen abiertos, si los tenemos cerrados á la palabra de Dios, cumpliendo en nosotros lo que de los ídolos dice el Profeta David. (Psalm. CXIII.) *Ojos tienen y no ven; orejas tienen y no oyen.* Mas porque algunos hablan tan mal, que oirlos es oir sirenas que matan á sus oyentes, es bien que veamos á quién tenemos de oir y á quién no. Para lo cual es de notar, que Adán y Eva, cuando fueron criados, un sólo lenguaje hablaban (Genes., XI), y aquél duró en el mundo hasta que la soberbia de los hombres, que quisieron edificar la torre de la confusión, fué castigada con que en lugar de un lenguaje que todos se entendían, sucediese muchedumbre de lenguajes, con los cuales unos á otros no se entendiesen. En lo cual se nos muestra que nuestros primeros padres, antes que se levantasen contra el que los crió, quebrantando con atrevida soberbia su mandamiento, un sólo lenguaje espiritual hablaban en su ánima, el cual era una perfecta concordia que uno tenía con otro, y cada uno consigo mismo y con Dios, viviendo en el quieto estado de la inocencia, obedeciendo la parte sensitiva á la racional, y la racional á Dios, y así estaba en paz con Él, y se entendían muy bien á sí mismos y tenían paz uno con otro; mas como se levantaron con desobediencia atrevida contra el Señor de los cielos, fueron castigados, y nosotros en ellos, en que en lugar de un lenguaje bueno y con que bien se entendían, sucedan otros muy malos é innumerables, llenos de tal confusión y teniebla, que ni convengan unos hombres con otros, ni uno consigo mismo, y menos con Dios. Y aunque estos lenguajes no tengan orden en sí, pues son el mismo desorden, mas para hablar de ellos, reduzcámoslos al orden y número de tres, que son lenguaje de mundo, carne y diablo, cuyos oficios, como dice San Bernardo, son: del primero, hablar cosas vanas; del segundo, cosas regaladas; del tercero, cosas malas y amargas.

CAPÍTULO II

Que no debemos oir el lenguaje del mundo y honra vana, y cuán grande señorío tiene sobre los corazones que la siguen, y lo será el castigo de los tales.

El lenguaje del mundo no le hemos de oir, porque es todo mentiras, y muy perjudiciales para quien las creyere, haciéndole que no siga la verdad que es, sino la mentira que tiene apariencia y se usa. Y con esto engañado el hombre, echa tras sus espaldas á Dios y á su santo agradamiento, y ordena su vida por el ciego norte del aplacimiento del mundo, y engéndrasele un corazón deseoso de honra y de ser estimado de hombres. Semejable al de los antiguos soberbios romanos, de los cuales dice San Agustín que por amor de la honra mundana deseaban vivir, y por ella no temieron morir. Précianla tanto, que en ninguna manera pueden sufrir ni una liviana palabra que contra ella se diga, ni cosa que sepa ni huela á desprecio ni de muy lejos. Antes hay en esto tantas sutilezas y puntos, que por maravilla hay quien se escape de no tropezar en alguno de ellos y ofender al sensible mundano, y aun muchas veces sin pensar que le ofende. Mas éstos tan fáciles son en el sentir el desprecio, cuan difíciles y pesados en lo despreciar y en lo perdonar: y si alguno lo quisiere hacer, qué tropel de falsos amigos y de parientes se levantarán contra él, y alegarán tales leyes y fueros del mundo, que de ellos se concluya que es mejor perder la hacienda, salud, casa, mujer é hijos: y aun esto les parece poco, pues dicen que se pierda la vida del cuerpo y del ánima, y todo lo de la tierra y del cielo; y que el mismo Dios y su ley sean tenidos en poco, y puestos debajo de los pies, porque la vanísima honra no se pierda, y sea estimada sobre todas las cosas y sobre el mismo Dios. ¡Oh honra vana!, condenada por Cristo en la cruz á costa de sus grandes deshonras, ¿y quién te dió asiento en el templo de Dios, que es el corazón cristiano, con tan grande estima, que á semejanza del Anticristo quieras tú ser más preciada que el Altísimo Dios? ¿Quién te hizo competidora con Dios, y que le lleves ventaja en algunos corazones, en ser preciada más que Él, renovándole aquella grave injuria que le fué hecha cuando quisieron á Ba-

rrabás más que á Él? (Matth., XXVII.) Grande por cierto es tu tiranía en los corazones de los sujetos á ti, y con gran presteza y facilidad te hacen servicio por costoso que sea. Pensaba Aarón (Exodo, XXXII) que por pedir él los zarcillos de oro que traían en las orejas las mujeres, é hijos é hijas de aquellos que le pedían ídolo á él, que por no ver despojados á los que amaban, se apartarían de la demanda del falso dios: y no fué así, porque no bien fueron pedidos cuando fueron dados. Ni se tuvo cuenta, ni se tiene con lo que han menester, casa ni hijos, con que haya ídolo de honra al cual sacrifiquen. Y acaece muchas veces, que algunos de los que te sirven entienden cuán vana cosa y sin tomo eres, y cuán perdida cosa es seguirte: y pudiendo librarse de tu grave yugo con sólo romper contigo, es tanta su flaqueza y miseria que eligen más reventar y hacer contra la honra de Dios, que descansar y honrar á Dios huyendo de ti. Serviréis á dioses ajenos de día y de noche, echa Dios por maldición á los que sirven á los falsos dioses, y cúmplese muy bien en los que adoran la honra. Hablando San Juan de una gente principal de Jerusalén (Jerem., V; Joann., XII) que creyeron en Cristo, mas no osaron publicarse por suyos por respeto de los hombres, dice de ellos con gran vituperio que amaron más la honra de los hombres que la honra de Dios. Lo cual con mucha razón se puede decir de estos amadores de la honra, pues vemos que por no ser despreciados de los hombres desprecian á Dios, cuya Ley se avergüenzan de seguir, por no ser avergonzados de los hombres. Mas hagan lo que quisieren; honren su honra hasta que no puedan más, que fija y firme está la sentencia pronunciada contra ellos por Jesucristo, Soberano Juez, que dice: *Quien se avergonzare de Mí y de mis palabras, avergonzarse ha de él el Hijo de la Virgen, cuando viniere en su Majestad, y de su Padre y de sus ángeles.* Y entonces cantarán todos los ángeles y todos los Santos (Psalmo CXIII): *Justo eres, Señor, y justos tus juicios, que si el vil gusano se avergonzó de seguir al Rey de la Majestad, que tú, Señor, te avergüences, siendo la misma honra y alteza, de que una cosa tan baja y tan mala esté en compañía de los tuyos y tuya.* ¡Oh, con qué ímpetu será entonces echada la honra de Babilonia en los profundos infiernos, en compañía de tormentos del soberbio Lucifer, pues quisieron ser compañeros de él en la culpa de la soberbia! No se burle nadie, ni tenga por pe-

queño mal el amor de la honra del mundo, pues el Señor, que escudriña los corazones, dijo á los fariseos (Joann., V): *¿Cómo podéis creer en mí, pues que buscáis ser honrados unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y pues este mal afecto es tan poderoso que bastó á hacer que no creyesen en Jesucristo, ¿qué mal no podrá? ¿Y quién de él no se santiguará? Por lo cual dijo San Agustín que ninguno sabe qué fuerzas tiene para dañar el amor de la honra vana, sino aquel á quien ella hubiere movido guerra.

CAPÍTULO III

De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la vana honra del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer.

Mucha ayuda contra este mal nos debía ser, que la misma lumbre natural lo condene; pues nos enseña que el hombre ha de hacer obras dignas de honra, mas no por la honra, merecerla y no preciarla. Y que el corazón grande debe despreciar el ser preciado y el ser despreciado: y que ninguna cosa debe tener por grande sino la virtud. Mas si con todo esto no tuviere el cristiano corazón para despreciar esta vanidad, alce los ojos á su Señor puesto en cruz, y verle ha tan lleno de deshonras, que si bien se pensaren, pueden competir con la grandeza de los tormentos que recibía. Y no sin causa eligió el Señor muerte con extrema deshonra, sino porque conoció cuán poderoso tirano es el amor de la honra en el corazón de muchos que no dudan de ponerse á la muerte, y huyen del género de la muerte si es con deshonra. Y para darnos á entender que no nos ha de espantar lo uno ni lo otro, eligió muerte de cruz, en la cual se juntan graves dolores con excesiva deshonra. Mirad, pues, si ojos tenéis, á Cristo estimado por el más bajo de los hombres, y aviltado con graves deshonras; unas, que la misma muerte de cruz trae consigo, pues era la más infame de todas; y otras, con que particularmente ofendieron á Nuestro Señor, pues ningún género de gente quedó que no se emplease en le blasfemar, despreciar é injuriar con géneros de deshonras no vistos, y veréis cuán bien cumple lo que predicando había dicho (Joann., VIII): *Yo no busco mi honra, haced vos así.* Y si

paráredes las orejas de vuestra ánima á oir con atención aquel lastimero pregón que contra la misma inocencia se dió, pregonando á Jesucristo Nuestro Señor por malhechor por las calles de Jerusalén, confundiros habéis vos cuando viéredes que os honran, ó cuando deseéis ser honrada, y diréis con gemido entrañable: "¿Oh Señor, vos pregonado por malo, y yo alabada por buena?„ (Eccl., XXIII.) ¿Qué cosa de mayor dolor? Y no sólo se os quitará la gana de la honra del mundo, mas tendréis gana de ser despreciada, por ser conforme al Señor, seguir al cual, como dice la Escritura (Galat., VI), es grande honra. Y entonces diréis con San Pablo (Hebr., XIII): No plega á Dios que yo me honre sino en cruz de Jesucristo Nuestro Señor; y desearéis cumplir lo que el mismo Apóstol dice (Joann., XVI): *Salgamos á Cristo fuera de los reales, imitándole en su deshonra.* Y si es poderosa cosa el afecto de la honra vana, muy más poderosa es la medicina del ejemplo y gracia de Cristo, que de tal manera la vencen y desarraigan del corazón, que le hacen sentir que es cosa muy abominable, que viendo un cristiano al Señor de la majestad bajarse á tales desprecios, se quede el gusano vil hinchado con amor de la honra. Por lo cual el Señor nos convida y esfuerza con su ejemplo, diciendo: *Confiad, que yo vencí el mundo;* como si dijese: Antes que yo acá viniese, cosa recia era tomarse con el mundo engañoso, desechando lo que en él florece y abrazando lo que él desecha; mas después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventando nuevo género de tormentos y deshonras, todo lo cual yo sufrí sin volverle el rostro, ya no solamente pareció flaco, pues encontró con quien pudo más sufrir; mas aún queda vencido para vuestro provecho, pues con el ejemplo que yo os di, y fortaleza que os gané, lo podéis ligeramente vencer, sobrepujar y hollar. Mire el cristiano, que pues el mundo despreció al bendito Hijo de Dios, que es eterna verdad y Bien sumo, no hay por qué nadie en nada le tenga ni en nada le crea. Antes mirando que fué engañado en no conocer una tan altísima luz, y en no honrar al que es verdaderísima honra, aquello repruebe el cristiano que el mundo aprueba, y aquello precie y ame que el mundo aborrece y desprecia, huyendo con mucho cuidado de ser preciado de aquel que á su Señor despreció; y teniendo por grande señal de ser amado de Cristo, el ser despreciado del mundo, con Él y por Él. De lo cual resulta,

que así como los que son de este mundo no tienen orejas para escuchar la verdad y doctrina de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar ni creer las mentiras del mundo. Porque ahora halague, ahora persiga, ahora prometa, ahora amenace, ahora espante ó parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar, y con tales ojos lo debemos mirar. Pues es cierto que en tantas mentiras y falsas promesas le hemos tomado, que las medias que un hombre dijese, en ninguna cosa nos fiaríamos de él, y á duras penas, aunque dijese verdad, le daríamos crédito. No es bien ni mal verdadero lo que el mundo puede hacer, pues no puede dar ni quitar la gracia de Dios. Ni aun en lo que parece que puede, no puede nada, pues que no puede llegar al cabello de nuestra cabeza sin la voluntad del Señor (Matth., X): y si otra cosa nos quisiere hacer entender, no le creamos. ¿Quién habrá que ya no ose pelear contra un enemigo que no puede nada?

CAPÍTULO IV

En qué grado y por qué fin es lícito desear la buena honra, y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando.

Para que mejor entendáis lo que se os ha dicho, habéis de saber que una cosa es amar la honra ó estimación humana por sí misma y parando en ella, y esto es malo según se ha dicho, y otra cosa es cuando estas cosas se aman por algún buen fin, y esto no es malo. Claro es que una persona que tiene mando ó estado de aprovechar á otros, puede querer aquella honra y estima para tratar su oficio con mayor provecho de los otros; pues que si tienen en poco al que manda, tendrán en poco su mandamiento aunque sea bueno. Y no solamente estas personas, mas generalmente todo cristiano debe cumplir lo que está escrito (Eccl., XLI): Ten cuidado de la buena fama. No porque ha de parar en ella, mas porque ha de ser tal un cristiano, que quien quiera que oyere ó viere su vida, dé á Dios gloria, como la solemos dar viendo una rosa ó un árbol con fruto y frescura. Esto es lo que manda el Santo Evangelio (Matth., V), que luzca nuestra luz delante de los hombres, de manera que viendo nuestras buenas obras den gloria al celestial Padre, del cual

procede todo lo bueno. Y este intento de la honra de Dios y de aprovechar á los prójimos movió á San Pablo (II Cor., IV) á contar de sí mismo grandes y secretas mercedes que Nuestro Señor le había hecho, sin tenerse por quebrantador de la Escritura, que dice (Prov., XXVII): *Alábete la boca ajena y no la tuya*. Porque contaba él estas sus alabanzas tan sin pegársele nada de ellas como si no las hablara. Cumpliendo él mismo lo que había dicho á los de Corinto (I Cor., VII), que los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran como si no llorasen, con otras cosas semejables á éstas.

En lo cual quiere decir, que aquel que provechosamente usa de lo temporal próspero ó adverso, gozoso ó triste, no se le pega el corazón á ello; mas pasa por ello como por cosa vana y que presto se pasa. Y cierto; cuando San Pablo contaba estas cosas de sí, con un corazón las decía, no sólo despreciador de la honra, mas amador del desprecio y deshonra por Jesucristo, cuya cruz él tenía por honra suprema. Y de estos tales corazones bien se puede fiar que reciban honra, ó digan ellos cosas que aprovechen para tenerla, porque nunca harán estas cosas sino cuando fuere muy menester para algún buen fin. Mas así como es cosa de mucha virtud tener la cosa como si no la tuviesen, y no pegarse al corazón la honra que de fuera nos dan, así es cosa dificultosa y que muy pocos la alcanzan. Porque como San Crisóstomo dice, andar entre honras y no pegarse al corazón del honrado, es como andar entre hermosas mujeres sin alguna vez mirarlas con ojos no castos. Y la experiencia nos ha mostrado, que las dignidades y lugares de honra muy pocas veces han hecho de malos buenos, y muy muchas de los buenos malos. Porque para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella, es menester gran fuerza y virtud. Porque, según San Jerónimo dice, *los montes más altos con mayores vientos son combatidos*. Y cierto es, que se requiere mayor virtud para tener mando que para obedecer (Joann., VI). Y no sin causa y gran causa, nuestro soberano Maestro y Señor, que todo lo sabe, huyó de ser elegido por Rey. Y pues Él no podía peligrar en estado, por alto que fuese, claro está que es doctrina para nuestra flaqueza que debe ella huir de lo peligroso, pues huyó el que estaba seguro. Y si es atrevimiento muy grande y contra el ejemplo de Cristo recibir el estado de honra cuando lo ofrecen, ¿qué será desearlo y qué será procurarlo?

Porque para decir cuánto mal es dar dineros por ello, no hay hombre que baste.

Cosa es de grandísimo espanto, que pudiendo un hombre andar seguramente por tierra llana, escoja los peligros de andar por la mar; y no con bonanza, sino con tempestades continuas. Porque, según San Gregorio dice, *¿qué otra cosa es el poderío de la alteza, sino tempestad del ánima?* Y tras estos trabajos y peligros que en el lugar alto hay, sucede aquella terrible amenaza dicha por Dios, aunque de pocos oída y sentida (San Gregorio): *Juicio durísimo será hecho en los que tienen mandos.* ¿Qué será esto, que siendo el juicio ordinario de Dios tal que los más estirados en la virtud tiemblan y dicen: no entres en juicio con tu siervo, Señor (Psalm. CXLI), hay gente tan atrevida que elija entrar en juicio, no cualquiera, mas estrechísimo y durísimo? Y viendo que un Rey Saúl (I Reg., X), á quien fué el reino ofrecido de parte de Dios, sin que por ello él se ensalzase ni hiciese caso de él, y aun se escondió por no recibirlo, y fué hallado porque Dios le manifestó, con todo esto maltratóle tan mal la alteza de la dignidad, con sus ocasiones, que habiendo precedido elegirlo Dios, y huirlo él, sucedió tan mala vida y mal fin, que debe poner temor y escarmiento á los que entran en estados de honra, aun llamados y por buena puerta, y muy mayor á los que no entran por tal. Y cierto, es cosa de maravillar que haya gente tan rasada en el servicio de Nuestro Señor, que si les dicen que hagan algo, aunque muy bueno, andan mirando y remirando si es cosa que no les obliga á pecado mortal para no la hacer; porque dicen que son flacos y no quieren meterse en cosas altas y de perfección, sino andar camino llano como ellos dicen. Y éstos por una parte tan cobardes en buscar la perfecta virtud para sí mismos, que con la gracia del Señor les fuera fácil de alcanzar, por otra parte son tan atrevidos en meterse en señoríos, mandos y honras, que para usar bien de ellos y sin daño propio, es menester perfecta ó aprovechada virtud, que se hacen entender que la tienen, y que darán buena cuenta del lugar alto, sin que peligren sus conciencias en lo que muchos han peligrado: tanto ciega el deseo de la honra y mandos y de intereses humanos, que á los que no osan acometer lo fácil y seguro, hace acometer lo que está lleno de peligros y dificultad. Y los que no fían de Dios que les ayudará en las buenas obras que tocan á sí mismos, se prometen

con grande osadía que los traerá Dios de la mano en lo que toca á regir á los otros, pudiendo Dios responder con mucha justicia, que pues ellos se metieron en aquel peligro, ellos se ayuden á valerse en Él. Porque de estos tales dice Dios: *Ellos reinaron, y no por mi parecer: fueron Príncipes, y yo no lo supe.* Quiere decir, no lo aprobé ni me pareció bien. Y quien mirare que desechó Dios de su mano al Rey Saúl, habiéndole el mismo Dios metido en el reino (Oseas, VIII), tendrá mucha razón para desengañarse, pues que no hay quien le asegure de que no sea tan flaco como Saúl, sino la soberbia y gana del mando. Y por muy buena entrada que tenga en él, no será mejor que la de Saúl.

Razón tuvo San Agustín en decir que el lugar alto es necesario para regimiento del pueblo, aunque cuando se tiene se administre como conviene; mas cuando no se tiene, no es lícito desearlo. Y él decia de sí mismo, que deseaba y procuraba salvarse en el lugar bajo, por no peligrar en el alto. Especialmente se debe esto hacer cuando el tal lugar tiene regimiento de ánimas. Lo cual es tan dificultoso para hacerse bien, que se llama arte de artes. Huir se deben estos peligros en cuanto buenamente fuere posible, imitando el ejemplo ya dicho, que el Señor nos dió, en huir de aceptar el reino, y el que nos han dado muchas personas santas y sabias que los han huído con todo su corazón. Y para entrar bien en ellos ha de ser ó por revelación del Señor, ó por obediencia de quien lo puede mandar, ó por consejo de persona que entienda muy bien la obligación del oficio y los peligros de él; y tenga el juicio de Dios delante sus ojos, y muy atrás de ellos todo respeto temporal. Y si estas condiciones no se hallaren, será menester que haya tales conjeturas de que Dios es de ellos servido, que sean de tanto peso que pueda el tal hombre fiarse de ellas para entrar en tan grave peligro. Y con todo esto aún hay que temer, y conviene velar y suplicar al Señor, que pues guardó la entrada de mal, guarde también la salida, porque no pare en eterna condenación. Porque á muchos de los que han vivido contentos en estos estados, hemos visto morir con deseo de no los haber tenido, y con grandes temores de lo que primero, á su parecer, estaban seguros. Débese mejor parecer la verdad de las cosas temporales, cuanto el hombre más se aleja de ellas y más se acerca al juicio de Dios, en el cual hay toda verdad.

CAPÍTULO V

De cuánto debemos huir los regalos de la carne; y cómo es peligrosísimo enemigo, y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo.

La carne habla regalos y deleites; unas veces claramente, y otras debajo de título de necesidad. Y la guerra de esta enemiga, allende de ser muy enojosa, es más peligrosa, porque combate con deleites, que son armas más fuertes que otras. Lo cual parece en que muchos han sido del deleite vencidos, que no lo fueron por dineros, ni honras, ni recios tormentos. (II Reg., XX; Matth., XXVI; Marc., IV; Luc., XXII.) Y no es maravilla, pues es su guerra tan escondida y tan á traición, que es menester mucho aviso para se guardar de ella. ¿Quién creerá que debajo de blandos deleites viene escondida la muerte, y muerte eterna? Siendo la muerte lo más amargo que hay, y los deleites el mismo sabor. Copa de oro y ponzoña de dentro es el falso deleite, con el cual son embriagados los hombres que no miran sino á la apariencia de fuera. Traición es de Joab que abrazando á Amasas lo mató, y de Judas que con falsa paz entregó á la muerte á su bendito Maestro. Y así es, que en bebiendo del deleite del pecado mortal, muere Cristo en el alma, y Él muerto, el ánima muere; porque la vida de ella viene de Él. Y así dice San Pablo (Rom., VIII): *Si según la carne viviéredes, moriréis.* Y en otra parte (Tim., V): *La viuda que en deleites está, viviendo está muerta.* Viva en la vida del cuerpo y muerta en la del ánima. Y cuanto la carne es á nos más conjunta, tanto más nos conviene temerla; pues el Señor dice (Matth., X), que los enemigos del hombre son los de su casa. Y ésta no sólo es de casa, mas de dos paredes que tiene nuestra casa, ella es la una. Y por esta y otras causas que hay, dijo San Agustín *que la pelea de la carne era continua, y la victoria dificultosa.* Y quien quisiere salir vencedor, de muchas y muy fuertes armas le conviene ir armado. Porque la preciosa joya de la castidad no se da á todos, mas á los que con muchos sudores de importunas oraciones y de santos trabajos la alcanzan de Nuestro Señor. El cual quiso ser envuelto en sábana limpia de lienzo, que pasa por muchas asperezas para venir á ser blanco;

para dar á entender que el varón que desea alcanzar ó conservar el bien de la castidad y aposentar á Cristo en sí como en otro sepulcro, conviénele con mucha costa y trabajos ganar esta limpieza, la cual es tan rica que, por mucho que cueste, siempre se compra barata. Y así como se piden otros trabajos más ásperos de penitencia y satisfacción al que mucho ha ofendido á Nuestro Señor que á quien menos, así, aunque á todos los que en esta carne viven convenga temerla, y guardarse de ella, y enfrenalla, y regilla con prudente templanza, mas los que particularmente son de ella guerreados, particulares remedios y trabajos han menester. Por tanto, quien esta necesidad sintiere en sí mismo, debe primeramente tratar con aspereza su carne, con apocarle la comida y el sueño, con dureza de cama, y de cilicios y otros convenientes medios con que la trabaje; porque, según San Jerónimo dice, con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne; y San Hilarión, que decía á su propia carne: *Yo te domaré y haré que no tires coces, sino que de hambrienta y trabajada pienses antes en comer que en retozar.* Y San Jerónimo aconseja á Eustoquia, virgen, que aunque ha sido criada con delicados manjares, tenga gran cuenta con la abstinencia y trabajos del cuerpo, afirmándola que sin esta medicina no podrá poseer la castidad. Y si de aqueste tratamiento se sigue flaqueza á la carne ó daño á la salud, responde el mismo San Jerónimo en otra parte: *Más vale que duela el estómago que no el alma;* y mejor es que mandes al cuerpo, que no que le sirvas; y que tiemblen las piernas de flaqueza, que no que vacile la castidad. Verdad es que en otra parte dice, que no sean los ayunos tan excesivos que debiliten el estómago. Y en otra parte reprende á algunos que él conoció haber corrido peligro de perder el juicio por la mucha abstinencia y vigilias.

Para estas cosas no se puede dar una general regla que cuadre á todos, pues unos se hallan bien con unos medios y otros no, y lo que daña á uno en su salud, á otro no. Y una cosa es ser la guerra tan grande que pone al hombre á riesgo de perder la castidad, porque entonces á cualquier riesgo conviene poner el cuerpo por quedar con la vida del alma, y otra es pelear con una mediana tentación, de la cual no se teme tanto peligro ni ha menester tanto trabajo para la vencer. Y el tomar en estas cosas el medio que conviene, está á cargo del que fuere guía prudente de la persona tentada; habiendo de parte de entram-

bos humilde oración al Señor, para que dé en ello su luz. Y pues San Pablo (I Cor., IX), vaso de elección, no se fía de su carne, mas dice que la castiga y la hace servir, porque predicando él á otros que sean buenos, no sea él hallado malo cayendo en algún pecado, ¿cómo pensaremos nosotros que seremos castos sin castigar nuestro cuerpo, pues tenemos menos virtud que él y mayores causas para temer? Muy mal se guarda la humildad entre honras, y templanza entre abundancias, y castidad entre regalos. Y si sería digno de escarnio quien quisiese apagar el fuego que arde en su casa y él mismo le echase leña muy seca, muy más digno de escarnio es quien por una parte desea la castidad y por otra hinche de manjares y de regalo su carne y se da á la ociosidad; porque estas cosas no sólo noa pagan el fuego encendido, mas bastan á encenderlo á quien muy apagado lo tuviere. Y pues el Profeta Ezequiel (Ezech., XVI) da testimonio que la causa por que aquella desventurada ciudad de Sodoma llegó á la cumbre de tan abominable pecado, fué la hartura y abundancia de pan y ociosidad que tenía, ¿quién osará vivir en regalos ni ocio, ni aun verlos de lejos, pues los que fueron bastantes á hacer el mayor mal, con facilidad harán los menores? Ame, pues, la templanza y mal tratamiento de su carne quien es amador de la castidad; porque si lo uno quiere tener sin lo otro, no saldrá con ello, mas antes se quedará sin entrambas cosas. Que á los que Dios juntó, ni los debe el hombre querer apartar, ni puede aunque quiera.

CAPÍTULO VI

De dos causas de las tentaciones sensuales, y qué medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio.

Debemos mucho advertir que el remedio que habemos dicho de afligir la carne suele ser provechoso cuando la tentación nace de la misma carne como suele acaecer á los mozos y á los que tienen buena salud y regalada su carne. Y entonces aprovecha poner el remedio en ella, pues está en ella la raíz de la enfermedad. Mas otras veces viene esta tentación de parte del demonio: y verse ha ser así en que más combate con pensamientos y feas imaginaciones del ánima, que con feos senti-

mientos del cuerpo, ó si los hay, no es porque la tentación comience en ellos, mas comenzando con pensamientos resulta el sentimiento en la carne, la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como á San Jerónimo acaecía, según él lo cuenta. Y tienen también otra señal, que es venir importunamente y cuando el hombre menos querría y menos ocasión hay para ello. Y ni catan reverencia á tiempos de oración, ni de Misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento y abstenerse de pensar estas cosas. Y algunas veces son tantos y tales estos pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen. Y en la fuerza con que vienen y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Cuando estas y otras señales semejables hubiere, tened por cierto que es persecución del demonio en la carne, y que no nace de ella aunque se padece en ella, la cual guerra es más peligrosa que la pasada, por querernos muy mal quien la hace, y por ser enemigo tan infatigable para guerrear, velando y durmiendo, y en todo tiempo y lugar. Y el remedio de este mal es procurar alguna buena ocupación que ponga en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones. Y á este intento procuró San Jerónimo, según el mismo lo cuenta, de estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto, y dice: *Siempre te halle el demonio bien ocupado.* Y también hablando en este propósito, de cuán provechosa es para esto la vida de los Monasterios, la aconseja diciendo: "Y en ella cumplas cada día lo que te fuere encargado, y seas sujeto á quien no querrías, y vayas cansado á la cama, y andando te caigas dormido, y sin haber cumplido con el sueño seas constreñido á te levantar, y digas tu Salmo cuando te viniere, y sirvas á los hermanos, y laves los pies á los huéspedes; y siendo injuriado, calles y temas como á señor al Abad del Monasterio, y le ames como á padre, y creas que todo lo que él te mandare es cosa que te conviene, y no juzgues á tus mayores, pues que tu oficio es obedecer y cumplir lo mandado, según dice Moisés: *Oye, Israel y calla.* Y estando ocupado en tantos negocios, no tendrás lugar para otros pensamientos; y pasando de una obra en otra, aquello solamente tendrás en la memoria que de presente eres constreñido á hacer." Esto dice

San Jerónimo, y conforme á esto se usaba entonces en los Monasterios ejercitar á los mozos en buenas ocupaciones, más que en soledad y larga oración, por el peligro que de parte de su carne y pasiones no mortificadas les puede y suele venir.

Aunque esta regla tiene excepciones, por haber en las personas disposiciones diversas y dones particulares de Dios, por lo cual con justa causa puede darse la oración larga al mozo y quitarse al viejo. Y dije que no ocupaban al mozo en larga oración, entiendo de aquella en la cual se gasta casi todo el tiempo y se tiene como por oficio; porque no tener algunos ratos de ella sería yerro muy grande, por los bienes que perdería, y porque aun para bien hacer la ocupación es menester ganar espíritu y fuerzas en la oración; que de otra manera suelen los ocupados quejarse y andar desabridos, como carro cargado y no untado con la blandura de la devoción. Y estén advertidos los principiantes á que el demonio particularmente procura de traerles las tales imaginaciones al tiempo de la oración, por hacer que la dejen y descanse él. Porque aunque el demonio nos fatiga mucho con sus tentaciones, mucho más le fatigamos á él y le queman nuestras devotas oraciones, y por eso procura que no las hagamos, ó que las hagamos mal hechas. Mas nosotros debemos, como á porfía, trabajar todo lo que nos fuere posible por no dejar nuestro ejercicio, pues en la persecución que en él tenemos se demuestra bien cuán provechoso nos es. Y si tanto nos acosare la guerra haciendo la oración mentalmente, y sintiéremos mucho peligro por las tales imaginaciones, debemos á más no poder orar vocalmente y herir nuestros pechos, lastimar nuestra carne, poner los brazos en cruz, alzar las manos y los ojos al cielo pidiendo socorro á Nuestro Señor, de manera que, en fin, se gaste bien aquel rato que para orar teníamos diputado, ó hacer algo que nos divierta, especialmente hablar con alguna buena persona que nos esfuerce; aunque esto ha de ser á más no poder, porque no se muestre nuestra flaqueza á querer vencer huyendo, y nos haga nuestro enemigo perder el lugar de nuestra pelea y las fuerzas de pelear, que, en fin, el Señor piadoso y poderoso mandará cuando nos convenga que nuestro adversario calle y no nos impida nuestra secreta y amigable habla que solíamos tener con Él.

CAPÍTULO VII

De la grande paz que Dios Nuestro Señor da á los que varonilmente pelean contra este enemigo, y de lo mucho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres.

Todas estas escaramuzas se suelen pasar en esta guerra de la castidad, cuando el Señor lo permite para probar sus caballeros, si de verdad le aman á Él y la castidad por quien pelean. Y después de hallados fieles, envía su omnipotente favor, y manda á nuestro adversario que no nos impida nuestra paz ni nuestra secreta habla con Él. Y goza el hombre entonces de lo trabajado, y sale bien y le es más meritorio.

Es también menester, y muy mucho, para guarda d ela castidad, que se evite la conversación familiar de mujeres con hombres, por buenos ó parientes que sean, porque las feas y no pensadas caídas que en el mundo han acaecido acerca de aquesto nos deben ser un perpetuo amonestador de nuestra flaqueza y un escarmiento en ajena cabeza, con el cual nos desengañemos de cualquier falsa seguridad que nuestra soberbia nos quisiere prometer, diciendo que pasaremos sin herida nosotros flacos, en lo que tan fuertes, tan sabios y, lo que más es, tan grandes Santos fueron muy gravemente heridos. ¿Quién se fiará de parentesco leyendo la torpeza de Amnón con su hermana Thamar (II Reg., XIII), con otras muchas tan feas, y más, que en el mundo han acaecido á personas que las ha cegado esta bestial pasión de la carne? ¿Y quién se fiará de santidad suya ó ajena (I Reg., XIII) viendo á David, que fué varón conforme al corazón de Dios, ser tan ciegamente derribado en muchos y feos pecados por sólo mirar á una mujer? ¿Y quién no temblará de su flaqueza oyendo la santidad y sabiduría del Rey Salomón (III Reg., III) siendo mozo, y sus feas caídas contra la castidad, que le malearon el corazón á la vejez, hasta poner muchedumbre de ídolos y adorarlos, como lo hacían y querían las mujeres que amaba? Ninguno en esto se engañe, ni se fíe de castidad pasada ó presente, aunque sienta su ánima muy fuerte y dura contra este vicio como una piedra; porque gran verdad dijo el experimentado Jerónimo, que ánimas de hierro, la lujuria las doma. Y San Agustín no quiso morar con su hermana, diciendo:

Las que conversan con mi hermana no son mis hermanas. Y por este camino de recatamiento han caminado todos los Santos, á los cuales debemos seguir si queremos no errar.

Por tanto, doncella de Cristo, no seáis en esto descuidada; mas oid y cumplid lo que San Bernardo dice: *Que las vírgenes que verdaderamente son vírgenes, en todas las cosas temen, aun en las seguras;* y las que así no lo hacen, presto se verán tan miserablemente caídas, cuanto primero estaban con falsa seguridad miserablemente engañadas. Y aunque por la penitencia se alcance el perdón del pecado, no se alcanza la corona de la virginidad perdida. Y cosa fea es, dice San Jerónimo, que la doncella que esperaba corona pida perdón de haberla perdido. Como lo sería si tuviese el Rey una hija muy amada y guardada para la casar conforme á su dignidad, y cuando al tiempo de ello viniese, le dijese la hija que pedía perdón de no estar para casarse, por haber perdido malamente su virginidad. Los remedios de la penitencia, dice San Jerónimo, remedios de desdichados son, pues que ninguna desdicha ó miseria hay mayor que hacer pecado mortal, para cuyo remedio es menester la penitencia; y, por tanto, debéis trabajar con toda vigilancia por ser leal al que os escogió, y guardar lo que prometisteis, porque no probéis por experiencia lo que está escrito. "Conoce y ve cuán amarga cosa es haber dejado al Señor Dios tuyo, y no haber estado su temor en ti, mas gocéis del fruto y nombre de casta esposa, y de la corona que á tales está aparejada.

CAPÍTULO VIII

Por qué medios suele engañar el demonio á los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne, y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar.

Debéis estar advertida, que las caídas de las personas devotas no son al principio entendidas de ellas, y por esto son más de temer. Paréceles primero, que de comunicarse sienten provecho en sus ánimas, y fiados de aquesto usan, como en cosa segura, frecuentar más veces la conversación, y de ella se engendra en sus corazones un amor que los cautiva algún tanto y les hace tomar pena cuando no se ven, y descansan con verse y hablarse: y tras esto viene el dar á entender el

uno al otro el amor que se tienen, en lo cual y en otras pláticas, ya no tan espirituales como las primeras, se huelgan estar hablando algún rato, y poco á poco la conversación que primero aprovecharía á sus ánimas, ya sienten que las tienen cautivas, con acordarse muchas veces uno de otro, y con el cuidado y deseo de verse algunas veces y de enviarse amorosos presentes y dulces encomiendas ó cartas, las cuales cosas, con otras semejantes blanduras, como San Jerónimo dice, el santo amor no las tiene; y de estos eslabones de uno en otro suelen venir tales fines, que les da muy á su costa á entender que los principios y medios de la conversación, que primero tenían por cosa de Dios, sin sentir mal movimiento ninguno, no eran otros que falsos engaños del astuto demonio, que primero los aseguraba para después tomarlos en el lazo que les tenía escondido. Y así, después de caídos aprenden que hombre y mujer no son sino fuego y estopa, y que el demonio trabaja por los juntar; y juntos, soplarles con mil maneras y artes para encenderlos aquí en fuegos de carne, y después llevarlos á los del infierno. [1] Por tanto, doncella, huid familiaridad de todo varón, y guardad hasta el fin de la vida la buena costumbre que habéis tomado de nunca estar sola con hombre ninguno, salvo con vuestro confesor: y esto no más de cuanto os confesáis, y aun entonces decir con brevedad lo que es menester, sin meter otras pláticas, temiendo la cuenta que de la habla que habláredes ó que oyéredes habéis de dar al estrecho Juez. Y tanto más habéis de evitar esto en la confesión, cuanto más es para quitar los pecados hechos, y no para cometer otros de nuevo ni para enfermar con la medicina; y la Esposa de Cristo, especialmente si es moza, no fácilmente ha de elegir confesor, mas mirando que sea de muy buena y aprobada vida, fama y de madura edad, y de esta manera estará vuestra conciencia segura delante de Dios, y vuestra fama clara y sin mancha delante de los hombres; porque tened entendido, que entrambas cosas habéis menester para cumplir con el alteza del estado de virginidad.

1 En esto andan conformes los Doctores y Santos Padres de la Iglesia, y es bien sabido aquello de que "muchas amistades y simpatías comenzaron por espíritu y piedad, y acabaron en liviandad y carne.„ "Acuérdate siempre que una mujer fué quien arrojó del paraíso á su dueño.„ Y San Agustín enseña que bajo la capa de piedad, suele el demonio esconder inmundicias de liviandades; y añade que él mismo ha visto caer en este lazo y rendirse miserablemente á muy altos cedros del Líbano.

Y cuando tal confesor halláredes, dad gracias á Nuestro Señor, y obedecedlo y amadlo como á cosa que Él os dió. Mas mirad mucho, que aunque el amor sea bueno, por ser espiritual, puede haber exceso en ello por ser demasiado, y puede poner en peligro al que lo tiene, porque fácil cosa es el amor espiritual pasar en carnal. Y si en esto no tenéis freno, vendréis á tener un corazón tan ocupado como lo tienen las mujeres casadas con sus maridos é hijos. Y ya vos veis, que esto sería gran desacato contra la lealtad que debéis á Nuestro Señor que por Esposo tomasteis. Porque, como dice San Agustín, *todo aquel lugar ha de ocupar en vuestro corazón Jesucristo, que si os casáredes había de ocupar el marido* No tengáis, pues, metido en lo más dentro de vuestro corazón á vuestro Padre espiritual, mas tenedle cerca de vuestro corazón, como amigo del Desposado, no como á Esposo. Y la memoria que de Él tengáis, sea para obrar su doctrina, sin parar más en Él, teniéndole por cosa que Dios os dió, para que os ayudase á juntar toda con vuestro celestial Esposo, sin que Él se entremeta en la junta. Y debéis estar aparejada á carecer de Él con paciencia, si Dios lo ordenare, en el cual sólo ha de estar colocada vuestra esperanza y arrimo; y lo que en San Jerónimo leemos del amor y familiaridad que entre Él y Santa Paula hubo, conforme á estas reglas fué, aunque muchas cosas son lícitas y seguras á los que tienen santidad y edad madura, que no lo son á quien les falta lo uno ó lo otro, ó entrambas cosas. De esta manera, pues, os habéis de haber con el Padre espiritual que eligiéredes, siendo tal cual os he dicho. Mas si tal no halláredes, muy mejor es que os confeséis y comulguéis en el año dos ó tres veces, y tengáis cuenta con Dios y con vuestros buenos libros en vuestra celda, que no por confesar muchas veces poner vuestra fama á algún riesgo. Porque si, como dice San Agustín, la buena fama nos es necesaria á todos para con los prójimos, ¿cuánto más necesaria será á la doncella de Cristo? La fama de las cuales es muy delicada, según San Ambrosio dice: y tanto, que tener confesor á quien falte alguna calidad de las dichas, pone una mancha en su fama de ellas, que por ser en paño tan preciado y delicado, parece muy fea, y en ninguna manera se debe sufrir. Y porque las que se contentan con decir: no hay mal ninguno, limpia está mi conciencia, y tienen en poco la fama de su honestidad, no se pudiesen favorecer de que á la sacratísi-

ma Virgen María le hubiesen impuesto alguna infamia de aquéstas, quiso su benditísimo Hijo que ella fuese casada, eligiendo antes que lo tuviesen á Él por hijo de José, no lo siendo, que no que dijesen los hombres alguna cosa siniestra de su sacratísima Madre si la vieran tener hijo y no ser casada. Y, por tanto, las que estos escándalos no curan de quitar, busquen con quien se amparar, que lo que de la Santísima Virgen María y de las santas mujeres pueden aprender es limpieza de dentro y buena fama y buen ejemplo de fuera, con todo recatamiento en la conversación. Y aunque de las demasiadas conversaciones ninguna cosa de éstas se siguiera, aún se debían huir, porque con pensamientos que traen quitan la libertad del ánima para libremente volar con el pensamiento á Dios, y quitándole aquella pureza que el secreto lugar del corazón, donde Cristo solo quiere morar, había de tener, parece que no está tan solo y cerrado á toda criatura como á tálamo de tan alto Esposo conviene estar; ni del todo parece haber perfecta pureza de castidad, pues hay en él memoria de hombre. Y habéis de entender, que lo que se os ha dicho es cuando hay exceso en la familiaridad ó nace escándalo de ella, porque cuando no hay cosa de éstas, no habéis de tratar con quien conviene con turbado ó amedrentado corazón, porque de esto suele muchas veces nacer la misma tentación; mas tratar con una santa y prudente simplicidad, no descuidada ni maliciosa.

CAPÍTULO IX

Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas que hace aborrecer las mundanas.

En un capítulo pasado se os dijo cuán fuerte arma es la oración, aunque no muy larga para pelear contra este vicio. Ahora sabed, que si la oración es devota, larga y tal, que en ella se da el gusto, según á algunos es dada la dulcedumbre divina, no sólo la tal oración es arma para pelear, mas del todo degüella á este vicio bestial; porque luchando el ánima con Dios á solas, con los brazos de pensamientos y afectos devotos, por un modo muy particular alcanza de Él, como otro Jacob, que la bendiga con muchedumbre de gracias y entrañable suavidad,

y queda herida en el muslo (Genes,, III); que quiere decir en el sensual apetito, mortificándosele de arte, que de aquí en adelante cosquea de él, y queda viva y fuerte en las afecciones espirituales, significadas por el otro muslo que queda sano; porque así como el gusto de la carne hace perder el gusto y fuerzas del espíritu, así gustado el espíritu es desabrida toda la carne, y algunas veces es tanta la dulcedumbre que el ánima gusta siendo visitada de Dios, que la carne no la puede sufrir, y queda tan flaca y caída como lo pudiera estar habiendo pasado por ella alguna larga enfermedad corporal. Aunque acaece otras veces con la fortificación que el espíritu siente ser ayudada la carne y cobrar nuevas fuerzas, experimentando en este destierro algo de lo que en el cielo ha de pasar, cuando de estar el ánima bienaventurada en su Dios y llena de indecibles deleites, resulte en el cuerpo fortaleza y deleite, con otros preciosísimos dotes que el Señor ha de dar. ¡Oh soberano Señor, y cuán sin excusa has dejado la culpa de aquellos que por buscar deleite en las criaturas te dejan y ofenden á Ti, siendo los deleites que en Ti hay tan de tomo, que todos los de las criaturas que se junten en uno son una verdadera hiel en comparación de ellos! Y con mucha razón, porque el gozo ó deleite que de una cosa se toma es como fruto que la cosa de sí da; y cual es el árbol, tal es su fruto: y por eso el gozo que se toma de las criaturas es breve, vano, sucio y mezclado con dolor, porque el árbol de que se coge, las mismas condiciones tiene; mas el gozo que en Ti, Señor, hay, ¿qué falta ó brevedad puede haber, pues que Tú eres eterno, manso, simplicísimo, hermosísimo, inmutable y un bien infinitamente cumplido? El sabor que una perdiz tiene, es sabor de perdiz, y el gusto de la criatura sabe á criatura, y quien supiere decir quién eres Tú, Señor, sabrá decir á qué sabes Tú. Sobre todo entendimiento es tu ser, y también lo es tu dulcedumbre, la cual está guardada y escondida para los que te temen y para aquellos que por gozar de Ti renuncian de corazón el gusto de las criaturas. Bien infinito eres, y deleite infinito eres: y por eso, aunque los celestiales ángeles y bienaventurados hombres que en el cielo están y han de estar gozando de Ti, y con fuerzas dadas por Ti, que no son pequeñas, y aunque muchos más sin comparación se juntasen con ellos á gozar de Ti y con muchas mayores fuerzas, es el mar de tu dulcedumbre, tan sin medida, que nadando y andando ellos em-

briagados y llenos de tu suavidad, queda tanto más que gozar de ella que si Tú, Omnipotente Señor, con las infinitas fuerzas que tienes no gozases de Ti mismo, quedaría el deleite que hay en Ti quejoso, por no haber quien goce de él cuanto hay que gozar.

Y conociendo Tú, Señor Omnipotente, como Criador nuestro, que nuestra inclinación es á tener descanso y deleite, y que un ánima no puede estar mucho tiempo sin buscar consolación buena ó mala, nos convidas con los santos deleites que en Ti hay, para que no nos perdamos por buscar malos deleites en las criaturas. Voz tuya es, Señor (Matth., XI): *Venid á Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que Yo os recrearé.* Y Tú mandaste pregonar en tu nombre (Isa., LV): *Todos los sedientos venid á las aguas.* Y nos hiciste saber, que hay deleites en tu mano derecha que duran hasta la fin. Y que con el río de tu deleite, no con medida ni tasa has de dar á beber á los tuyos en tu reino. Y algunas veces das á gustar acá algo de ello á tus amigos, á los cuales dices (Cant., V): *Comed y bebed, y embriagaos, mis muy amados.* Todo esto, Señor, con deseo de traer á Ti con deleite á los que conoces ser tan amigos de él. No ponga, pues, nadie, Señor, en Ti tacha que te falte bondad para ser amado, ni deleite para ser gozado, ni vaya á buscar conversación agradable ni deleitable fuera de Ti, pues el galardón que has de dar á los tuyos es decirles (Matth., XXVI): *Entra en el gozo de tu Señor, porque de lo mismo que tú comes y bebes, comerán ellos y beberán; y de lo mismo que tú te gozas, ellos se gozarán;* porque convidados los tienes á que coman sobre tu mesa en el reino de tu Padre. ¿Qué dirás á estas cosas, hombre carnal? (Luc., XXI.) Y tan engañado, que llega tu engaño á que los sucios deleites que hay en la carne de que gozan, y con mayor abundancia, los viles y malos hombres, y aun las bestias del campo, tienes en más que la soberana dulcedumbre que hay en Dios, de la cual gozan Santos y ángeles, y el mismo Dios Criador de ellos. Cosa es de bestias lo que tú precias y amas, y tus pasiones bestias son: y tantas veces pones al Altísimo Dios debajo de los pies de tus vilísimas bestias, cuantas veces le ofendes por tus deleites carnales. Huid, doncella, de cosa tan mala, y subíos al monte de la oración, y suplicad al Señor os dé algún gusto de sí, para que esforzada vuestra ánima con la suavidad de él, despreciéis los lodosos placeres que hay en la carne: y habréis entonces compasión

entrañable de la gente que anda perdida por la bajeza de los valles de la vida bestial; y espantada diréis: ¿Oh hombres, y qué perdéis? ¿Y por qué? Al dulcísimo Dios, por la vilísima carne. ¿Y qué pena merece tan falso peso y medidas sino eterno tormento? Y cierto les será dado.

CAPÍTULO X

De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con estos primeros golpes.

Los avisos que para remedio de esta enfermedad habéis oído, son cosas que ordinariamente habéis de usar, aunque sea fuera del tiempo de la tentación. Ahora oid lo que habéis de hacer cuando os acometiere y os diere el primer golpe. Señalad luego la frente ó el corazón con la señal de la cruz, llamando con devoción al santo nombre de Jesucristo, y decid: no vendo yo á Dios tan barato. Señor, más valéis Vos y más quiero á Vos. Y si con esto no se quita, abajad al infierno con el pensamiento, y mirad aquel fuego vivo cuán terriblemente quema, y hace dar voces, aullar y blasfemar á los miserables que ardieron acá con fuegos de deshonestidad, ejecutándose en ellos la sentencia de Dios, que dice (Apoc., XVIII): *Cuanto se glorificó en los deleites, tanto le dad de tormento y lloro.* Y espantaos de tan grave castigo, y aunque justísimo, que deleite de un momento se castigue con eternos tormentos; y decid entre vos lo que San Gregorio dice: *Momentáneo es lo que deleita, y eterno lo que atormenta.* Y si esto no os aprovecha, subíos al cielo con el pensamiento, y represénteseos aquella limpieza de castidad que en aquella bienaventurada ciudad hay, y cómo no puede entrar allí bestia ninguna, quiero decir, hombre bestial, y estaos un rato allá, hasta que sintáis alguna espiritual fuerza con que aborrezcáis vos aquí lo que allí se aborrece por Dios.

También aprovecha dar con el cuerpo en la sepultura, según vuestro pensamiento, y mirar muy despacio cuán hediondos, y cuáles están allí los cuerpos de hombres y mujeres. También aprovecha ir luego á Jesucristo puesto en la cruz, y especialmente atado á la columna y azotado, y bañado en sangre de pies á cabeza, y decirle con entrañable gemido: ¿Vuestro vir-

ginal y divino Cuerpo, Señor, tan atormentado y lleno de graves dolores, y yo quiero deleites para el mío, digno de todo castigo? Pues Vos pagáis con azotes tan llenos de crueldad los deleites que los hombres contra vuestra ley toman, no quiero tomar placer tan á costa vuestra, Señor. También aprovecha representar súbitamente delante de vos á la limpísima Virgen María, considerando la limpieza de su corazón y entereza de su cuerpo, y aborrecer luego aquella deshonestidad que os vino, como tinieblas que se deshacen en presencia de la luz. Mas si sabéis cerrar la puerta del entendimiento muy bien cerrada, como se suele hacer en el íntimo recogimiento de la oración, según adelante diremos, hallaréis con facilidad el socorro más á la mano que en todos los remedios pasados. Porque acaece muchas veces que abriendo la puerta para el buen pensamiento, se suele entrar el malo; mas cerrándola á uno y á otro, es un volver las espaldas á los enemigos y no abrirles la puerta hasta que ellos se hayan ido, y así quedarán burlados. También aprovecha tender los brazos en cruz, hincar las rodillas y herir los pechos; y lo que más, ó tanto como todo junto, es recibir con debido aparejo el santo Cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor, el cual fué formado por el Espíritu Santo, y está muy lejos de toda impuridad. Es remedio admirable para los males que de nuestra carne concebida en pecado nos vienen. Y si bien supiésemos mirar la merced recibida en entrar Jesucristo en nosotros, tendríamonos por relicarios preciosos, y huiríamos de toda suciedad por honra de Aquel que en nosotros entró. ¿Con qué corazón puede uno injuriar su cuerpo habiendo sido honrado con juntarse con el santísimo Cuerpo de Dios humanado? ¿Qué mayor obligación se me pudo echar? ¿Qué mayor motivo se me pudo dar para vivir en limpieza, que mirar con mis ojos, tocar con mis manos, recibir con mi boca, meter en mi pecho al purísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, dándome honra inefable para que no me abata á vileza, y atándome consigo, y dedicándome á Él por su entrada? ¿Cómo ó con qué cuerpo ofenderé al Señor, pues en este que tengo ha entrado el Autor de la puridad? ¿He comido á Él y con Él á una mesa, y serle he traidor ahora ni en toda mi vida? Así es razón que se estime esta merced para que recibamos corona en nuestra flaqueza. Mas si mal lo recibimos ó mal de él usamos, sucede el efecto contrario, y se siente el tal hombre más

poseído de la deshonestidad que antes de haber comulgado. Y si con todas estas consideraciones y remedios la carne bestial no se asosegare, debéisla tratar como á bestia, con buenos dolores, pues no entiende razones tan justas. Algunos sienten remedio con darse recios y largos pellizcos, acordándose del excesivo dolor que los clavos causaron á Nuestro Señor Jesucristo. Otros con azotarse fuertemente, acordándose de cómo el Señor fué azotado. Otros con tender las manos en cruz, alzar los ojos al cielo, herirse el rostro y con otras cosas semejantes á éstas, con que causan dolor á la carne, porque otro lenguaje en aquel tiempo ella no entiende. Y este modo leemos haber tenido los Santos pasados, uno de los cuales se desnudó y revolcó por unas espinosas zarzas, y con el cuerpo lastimado y ensangrentado cesó la guerra que contra el ánima había. Otro se metió en tiempo de invierno en una laguna de agua muy fría, en la cual estuvo hasta que el cuerpo salió medio muerto, mas el ánima muy libre de todo peligro. Otro puso los dedos de la mano en una lumbre, y con quemarse algunos de ellos, cesó el fuego que atormentaba su ánima. Y un mártir, atado de pies y manos, con el dolor de cortarse con sus propios dientes la lengua, salió vencedor de aquesta pelea. Y aunque algunas de estas cosas no se han de imitar, porque fueron hechas con particular instinto del Espíritu Santo, y no según ley ordinaria, mas debemos aprender de aquí que en el tiempo de la guerra, en que nos va la vida del ánima, no nos hemos de estar quedos ni flojos, esperando que nos den lanzadas nuestros enemigos, mas resurtir del pecado como de la faz de la serpiente, según dice la Escritura (Eccl., XXI), y tomar cada uno el remedio con que mejor se hallare y según su prudente confesor le encaminare [1].

1 Todos los remedios aconsejados y mandados por el Beato son tan selectos como eficaces; y viénense á la mente, leyéndolos, aquellas tan repetidas palabras que San Jerónimo puso en boca del Santo anacoreta y penitente Hilarión; el cual, tentado de la carne, exclamaba: "Ya te obligaré yo, asnillo, á no retozar ni tirar coces. No con cebada, sino con paja te alimentaré; hambre y sed te haré sufrir, y con peso gravoso te cargaré, y haré que antes pienses en comida que en lascivia.„ Carne que busque deleites, darle cilicios y callará, y la angelical virtud de la pureza será salva: tal recomiendan los maestros de espíritu en general. "Á servidumbre reduzco yo mi cuerpo,—dijo el Apóstol,—porque predicando á otros, no me torne por ventura yo mismo réprobo.„

CAPÍTULO XI

De algunas causas allende de las dichas, por las cuales vienen algunos á perder la castidad, para que huyamos de ellas si no la queremos perder, y con qué medios nos debemos animar.

Ningún cuidado ni trabajo que por la guarda de esta limpieza se ponga debe parecer demasiado, si se sabe estimar el precio y mérito de ella y su galardón. Y pues que Nuestro Señor os ha dado á entender el valor de esta joya, y os ha dado gracia para que la eligiésedes y prometiésedes, no será menester tanto deciros la excelencia de ella cuanto daros avisos de cómo no la perdáis, enseñándoos algunas causas más de las ya dichas por donde algunos la pierden, para que sabidas las evitéis, porque no la perdáis y vos seáis perdida con ella. Piérdenla unos por tener recias inclinaciones naturales contra ella, y por no ser importunados ni pasar guerra contra sí mismos tan cruel y durable se dan maniatados á sus enemigos con miserable consejo, no entendiendo que el propósito del cristiano ha de ser morir ó vencer, con la gracia de Aquel que ayuda á los que por su honra pelean. Otros hay, que aunque no son muy tentados, tienen una vileza y pequeñez natural del corazón, inclinada á cosas bajas. Y como ésta sea una de las más viles y bajas y que más á mano se les ofrece, encuentran luego con ella y danse á ella como á cosa proporcionada con la bajeza y vileza de su corazón, que no se levanta á emprender aun vida de hombres regidos por razón natural; con la cual enseñado uno, dijo que en los deleites carnales no hay cosa digna de magnánimo corazón. Y otro dijo que la vida según los deleites carnales es vida de bestias, porque no sólo la lumbre del cielo, mas aun la de la razón natural, condena á los que en esta vileza se ocupan, como á gente que no vive según hombres, cuya vida ha de ser conforme á razón, mas según bestias, cuya vida es por apetito. Y si bien se mirase, podría con mucha justicia quitar á estos tales el nombre de hombres, pues teniendo figura de hombres, viven vida de bestias, y son verdadera deshonra de hombres. Y no sería cosa poco monstruosa ni que diese pequeña admiración á los que la viesen, traer una bestia enfrenado á un hombre y llevándolo adonde ella quisiese,

rigiendo ella á quien la había de regir. Y hay tantos de éstos regidos por el freno de apetitos bestiales, bajos y altos, que no sé si por ser muchos no hay quien eche de ver en ello. O lo que más creo, es porque hay pocos que tengan lumbre para mirar qué miserable está una ánima muerta con deleites carnales, debajo de un cuerpo especialmente hermoso y de fresca edad. ¡Oh, á cuántas ánimas de éstos y de otros tiene abrasados este fuego infernal, y ni hay quien eche lágrimas de compasión sobre ellos, ni quien diga de corazón: á Ti, Señor, daré voces, porque el fuego ha comido las cosas hermosas del desierto! Que, cierto, si hubiese muchas viudas en Naim (Joel, I), que amargamente llorasen á sus hijos muertos, usaría Cristo de su misericordia para los resucitar en el ánima, como lo usó con el hijo de la otra en el cuerpo, de quien el Evangelio hace mención (Luc., VII). No debe dormirse el que en la Iglesia tiene oficio de orar é interceder por el pueblo con afecto de madre, porque no castigue Dios al orador y su pueblo, diciendo (Ezech., XXII): *Busqué entre ellos varón que se pusiese por muro, y se pusiese contra Mí, porque no destruyese la tierra, y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, en el fuego de mi ira los consumí.* Guardaos, pues, vos de tener corazón tan pequeño y envilecido que os parezcan bien y os contenten estas vilezas. Y acordaos de lo que San Bernardo dice: *Que si bien consideráredes el cuerpo y lo que sale de él, es un muladar muy más vil que cualquiera que hayáis visto.* Despreciadlo de corazón con todos sus deleites, atavíos y flor, y haced cuenta que ya está en la sepultura convertido en un poco de tierra. Y cuando algún hombre ó mujer viéredes, no miréis mucho su faz ni su cuerpo, y si lo miráredes, sea para haber asco de él; mas enderezad vuestros ojos interiores al ánima que está encerrada y escondida en el cuerpo, en las cuales no hay diferencia de hombre á mujer; y aquella ánima engrandeced como cosa criada de Dios, cuyo valor de una sola es mayor que de todos los cuerpos criados y por criar. Y así despedida de la bajeza de los cuerpos, buscad grandes bienes y emprended nobles empresas, y no menores que aposentar á Dios en vuestro cuerpo y vuestra ánima con entrañable limpieza de corazón. Miraos con estos ojos, pues dice San Pablo (I Cor., III): *¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros?* Y en otra parte dice: *¿No sabéis que vues-*

tros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el cual Dios os lo ha dado, y que no sois vuestros? Y pues sois comprados por precio grande, honrad á Dios en vuestro cuerpo. Considerad, pues, que cuando recibisteis el santo Bautismo fuisteis hecha templo de Dios, y consagrada vuestra ánima á Él por su gracia, y vuestro cuerpo, por ser tocado con el agua santa; y de ánima y de cuerpo se sirve el Espíritu Santo, como un Señor de toda su casa, moviendo á buenas obras á ella y á él. Y por eso se dice, que también nuestros miembros son templo del Espíritu Santo.

Grande honra nos da Dios en querer morar en nosotros, y honrarnos con verdad y nombre de templo; y grande obligación nos echa para que seamos limpios, pues á la casa de Dios conviene toda limpieza. Y si miráredes que fuisteis comprada, como dice San Pablo, con precio grande, que es con la vida de Dios humanado que por vos se dió, veréis cuánta razón es honrar á Dios y traerlo en vuestro cuerpo, sirviéndole con él y no haciendo cosa en él que sea para deshonra de Dios y daño vuestro. Porque verdadera y justa sentencia es que quien ensuciare el templo de Dios, lo ha de destruir Dios, y que no ha de haber en su templo sino cosa de honra y de su alabanza. Y acordaos de lo que dijo San Agustín: *Después que entendí que me había Dios redimido y comprado con su sangre preciosa, nunca más me quise vender.* Y añadid vos, cuanto más por vilezas de carne. Obra habéis comenzado de gran corazón, pues queréis tener en la carne corruptible incorrupción, y tener por vía de virtud lo que los ángeles tienen por naturaleza, y pretender particular corona en el cielo, y ser compañera de las vírgenes, que cantan el nuevo cantar y acompañan al Cordero doquiera que va. Mirad vuestro título que de presente tenéis, que es ser esposa de Cristo, y el bien que esperáis en el cielo cuando vuestro Esposo os ponga en su tálamo allá; y amaréis tanto la limpieza de la virginidad, que de buena gana perdáis la vida por ella, como lo hicieron muchas vírgenes santas, que por no dejarlo de ser pasaron martirio, y con grandeza de corazón, la cual procurad de tener, porque es muy necesaria para conservar el grande estado en que Dios os ha puesto.

CAPÍTULO XII

Que suele Dios castigar á los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad, para humillarlos, y de cuánto conviene ser humildes para vencer á este enemigo.

Otros ha habido que han perdido esta joya de la castidad por vía de castigarles Dios con justo juicio, en entregarlos, como dice San Pablo (Rom., XII) en los deseos deshonestos de su corazón, como en manos de crueles sayones, castigando en en ellos unos pecados con otros pecados, no incitándolos Él á pecar: porque del sumo Bien, muy extraño es ser causa que nadie peque; mas apartando su socorro del hombre por pecados del mismo hombre, lo cual es obra del justo Juez, y si justo, bueno. Y así dice la Escritura (Prov., XXIII): *Pozo hondo es la mala mujer, y pozo estrecho la mujer ajena;* aquel caerá en él con quien Dios estuviere enojado. No se asegure, pues, nadie con que no da enojos á Dios cerca de la castidad, si los da en otras cosas, pues que suele dejar caer en lo que el hombre no caía ni querría, en castigo de caer en otras cosas que no debía; y aunque esto sea general en todos los pecados, pues por todos se enoja Dios y por todos suele castigar más particularmente, como dice San Agustín: *Suele castigar Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria.* Y así se figura en Nabucodonosor (Daniel, IV), que en castigo de su soberbia perdió su reino, y fué alanzado de la conversación de los hombres, y le fué dado corazón de bestia, y conversó entre las bestias; no porque perdiese la naturaleza de hombre, sino porque le parecía á él que no lo era: y así estuvo hasta que le dió Dios conocimiento y humildad con que conociese y confesase que la alteza y reino es de Dios, y que lo da Él á quien quiere. Cierto, así pasa, que el hombre que atribuye á la fortaleza de su brazo el edificio de la castidad, lo echa Dios de entre los suyos, y salido de tal compañía, que era como de ángeles, mora entre bestias, con corazón tan bestial como si no hubiera amado á Dios, ni sabido qué era castidad, ni hubiese infierno, ni gloria, ni vergüenza, tanto que ellos mismos se espantan de lo que hacen, y les parece no tener juicio, ni fuerzas de hombre, sino del todo rendidos á este vicio bestial, como bestias, hasta que la misericor-

dia del Señor se adolece de tanta miseria y da á conocer al que de esta manera ha caído que por su soberbia cayó, y por medio de humildad se ha de levantar y cobrar. Y entonces confiesa que el reino de la castidad, por el cual reinaba sobre su cuerpo, es dádiva de Dios, que por su gracia la da, y por pecados del hombre la quita. Y este mal de soberbia es tan malo de conocer, y por eso mucho de temer, que algunas veces lo tiene el hombre metido tan en lo secreto de su corazón que él mismo no lo entiende.

Testigo es de esto San Pedro y otros muchos, que estando agradados y confiados de sí, pensaban que lo estaban de Dios, el cual con su infinita sabiduría ve la enfermedad de ellos, y con su misericordia, junta con su justicia, los cura y sana con darles á entender, aunque á costa suya, que estaban mal agradados y mal confiados de sí mismos, pues se ven tan miserablemente caídos, y aunque la caída es costosa, no es tan peligrosa como el secreto mal de soberbia en que estaban, porque no le entendiendo, no le buscaban remedio, y así se perdieran, y entendiendo su mal con la caída, y humillados delante la misericordia de Dios, alcanzan remedio de Él para entrambos males. Y por esto dijo San Agustín, que castiga Dios la secreta soberbia con manifiesta lujuria, porque el segundo mal es manifiesto á quien lo comete, y por allí viene á entender el otro mal que secreto tenía. Y habéis de saber, que estos soberbios unas veces lo son para consigo solos, y otras despreciando á los prójimos por verlos faltos en la virtud, y especialmente en la castidad. Mas, ¡oh Señor, y cuán de verdad mirarás con ojos airados aqueste delito, y cuán desgraciadas te son las gracias que el fariseo te daba, diciendo: *No soy malo como los otros hombres, ni adúltero, ni robador como lo es aquel arrendador que allí está!* No lo dejas, Señor, sin castigo; castígaslo, y muy reciamente, con dejar caer al que estaba en pie, en pena de su pecado, y levantas al caído por satisfacerle su agravio. Sentencia tuya es, y muy bien la guardas (Luc., VIII): *No queráis condenar, y no seréis condenados; y con la misma medida que midiereis seréis medidos, y quien se ensalzare será abajado.* Y mandaste decir de tu parte al que desprecia á su prójimo (Matth., V): *Ay de ti que desprecias, porque serás despreciado.* ¡Oh, cuántos han visto mis ojos castigados con esta sentencia, que nunca habían entendido cuánto aborrece Dios

aqueste pecado, hasta que se vieron caídos en lo que de otros juzgaron, y aun en cosas peores! En tres cosas—dijo un viejo de los pasados—juzgué á mis prójimos, y en todas tres he caído. Agradezca á Dios el que es casto la merced que le hace, y viva con temor y temblor por no caer él, y ayude á levantar al caído, compadeciéndose de él y no despreciándolo. Piense que él y el caído son de una masa, y que cayendo otro cae él cuanto es de su parte. Porque, como dice San Agustín: *No hay pecado que haga un hombre que no lo haría otro hombre, si no lo rige el Hacedor del hombre.* Saque bien del mal ajeno, humillándose con ver al otro caer; saque bien del bien ajeno, gozándose del bien del prójimo; no sea como ponzoñosa serpiente que saque de todo mal, soberbia en las caídas ajenas y envidia en los bienes ajenos. No quedarán estos tales sin castigo de Dios; dejarles ha caer en lo que otros cayeron, y no los dará el bien de que hubieron envidia [1].

CAPÍTULO XIII

De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar.

Entre las miserables caídas de castidad que en el mundo ha habido, no es razón que se ponga en olvido la del Rey y Profeta David, porque por ser ella tan miserable y la persona tan calificada, pone un escarmiento tan grande á quien lo oye, que no hay quien deje de temer su propia flaqueza. La causa de aquesta caída, dice San Basilio *(super Psalm. XXXVII)* que fué un liviano complacimiento que David tomó en sí mismo, una vez que fué visitado de la mano de Dios, con abundancia de mucha consolación; y se atrevió á decir: *Yo dije en mi abundancia: no seré ya mudado de este estado para siempre.* Mas ¡oh! cuán al revés le salió, y cómo después entendió lo que primero no entendía, que en el día de los bienes que tenemos nos hemos de acordar de los males en que podemos caer. Y que se debe tomar la consolación divinal con peso de humildad,

1 "Difícilmente conoce el hombre altivo su propia soberbia, como San Gregorio Magno enseña *(Moral*, I, 24); porque cuanto más este vicio se padece, menos se echa de ver.„ Y eso que es reina la soberbia de todos los vicios, señal clara de réprobos, compañera de Satanás, moradora de su ciudad y verdugo de toda virtud, de toda justicia, de todo orden y de toda paz interior y exterior.

acompañada del santo temor de Dios, para que no pruebe lo que el mismo David luego dijo (Psalm. XXIX): *Quitaste tu faz de mí, y fuí hecho conturbado.* Otra causa de su caída nos da á entender la Escritura Divina, diciendo (II Reg., I): "Que al tiempo que los Reyes de Israel solían ir á las guerras contra los infieles, se quedó el Rey David en su casa, y andándose paseando en un corredor, miró lo que le fué causa de adulterio y homicidio, y no de uno, mas de muchos hombres: todo lo cual se evitara si él fuera á pelear las peleas de Dios, según otros Reyes lo acostumbraban, y él mismo lo había hecho otros años." Si vos os estáis paseando cuando están recogidos los siervos de Dios, y si estáis ocioso cuando ellos trabajan en buenas obras, y si derramáis vuestros ojos con soltura cuando ellos con los suyos lloran por sí y por los otros amargamente, y si al tiempo que ellos se levantan de noche á orar vos os estáis durmiendo y roncando, y perdéis, por lo que se os antoja, los buenos ejercicios que solíades tener, que con su fuerza y calor os tenían en pie, ¿cómo pensáis guardar la castidad estando descuidado y sin armas para la defender, y teniendo tantos enemigos que pelean contra ella, fuertes, cuidadosos y armados? No os engañéis, que si á vuestro deseo de ser casta no acompañan obras con que defendáis vuestra castidad, vuestro deseo saldrá en vano, y acaeceros ha á vos lo que á David, pues ni sois más privilegiada que él, ni más fuerte ni santa. Y para dar conclusión á esta materia de las causas por qué se suele perder aquesta preciosa joya de la castidad, debéis saber que la causa por que Dios permitió que la carne se levantase contra la razón en nuestros primeros padres, que de allí lo heredamos nosotros, fué porque ellos se levantaron contra Dios; desobedeciendo su mandamiento, castigóles en lo que pecaron; y fué, que pues ellos no obedecieron á su superior, no les obedeciese á ellos su inferior; y así el desenfrenamiento de la carne esclava y súbdita contra su superior, que es la razón, castigo es de inobediencia de la razón contra Dios, su superior. Y, por tanto, guardaos mucho de desobedecer á vuestros superiores, porque no permita Dios que vuestro inferior, que es la carne, se levante contra vos, como permitió que Adad se levante contra el Rey Salomón, su señor (III Reg., XI), y os azote y persiga, y por vuestra flaqueza os derribe en el profundo del pecado mortal. Y si estas cosas ya dichas, que con los ojos del cuerpo habéis

leído, las habéis bien sentido con lo interior del corazón, veréis cuánta razón hay para que miréis por vos, y qué hay en vos. Y porque vos no bastáis á conoceros, debéis pedir lumbre á Nuestro Señor para escudriñar los más secretos rincones de vuestro corazón, porque no haya en vos algo que sepáis ó que no sepáis, por lo cual se ponga á riesgo de perder por algún secreto juicio de Dios la joya de la castidad que tanto os importa que esté bien guardada con el amparo divino.

CAPÍTULO XIV

De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, á quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular á la Virgen Nuestra Señora.

Todo lo dicho, y más que se pueda decir, suelen ser medios para alcanzar esta preciosa limpieza; mas muchas veces acaece, que así como trayendo piedra y madera y todo lo necesario para edificar una casa, nunca se nos adereza el edificarla, así también acaece, que haciendo todos estos remedios no alcancemos la castidad deseada. Antes hay muchos que después de vivos deseos de ella y grandes trabajos pasados por ella, se ven miserablemente caídos ó reciamente atormentados de su carne, y dicen con mucho dolor: Trabajado hemos toda la noche, y ninguna cosa hemos tomado. Y paréceles que se cumple en ellos lo que dice el Sabio (Eccl., VII): *Cuanto más yo la buscaba, tanto más lejos huyó de mí;* lo cual muchas veces suele venir de una secreta fiucia que en sí mismos estos trabajadores soberbios tenían, pensando que la castidad era fruto que nacía de sus solos trabajos y no dádiva de la mano de Dios, y por no saber á quién se había de pedir, justamente se quedaban sin ella; porque mayor daño les fuera tenerla y ser soberbios é ingratos á su Dador, que estar sin ella llorosos y humillados y perdonados por la penitencia. No es pequeña sabiduría saber cuya dádiva es la castidad, y no tiene poco camino andado para alcanzarla quien de verdad siente que no es fuerza de hombre, sino dádiva de Nuestro Señor, la cual nos enseña el Santo Evangelio diciendo (Matth., XIX): *No todos son capaces de esta pa-*

labra, mas aquellos á los cuales es dado por Dios. Y aunque los remedios ya dichos para alcanzar este bien sean provechosos y debamos ejercitar nuestras manos en ellos, ha de ser con condición que no pongamos nuestra fiucia en ellos; mas hagamos con devota oración lo que David hacía y nos aconseja, diciendo (Psalm. CXX): *Alcé mis ojos á los montes, de donde me vendrá socorro; mi socorro es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

Buen testigo será de esto el glorioso San Jerónimo, que cuenta de sí que le ponían en tanto estrecho aquestos aprietos carnales, que no le libraban de ellos ayunos muy grandes, ni dormir en el suelo, ni largas vigilias, ni estar su carne casi muerta. Y entonces, como hombre desamparado de todo socorro y que en ningún remedio hallaba remedio, se echaba á los pies de Jesucristo Nuestro Señor y los regaba con lágrimas, y limpiaba con sus cabellos en su pensamiento devoto. Y aun alguna vez le acaecía dar voces á Cristo todo el día y la noche; mas en fin era oído, y le daba Dios el deseo de su corazón con tanta serenidad y espiritual consolación, que le parecía estar entre coros de ángeles. Así socorre Dios á los que le llaman con entera voluntad y están firmes en la guerra por Él hasta que Él envíe socorro. Y no sólo debemos llamar á Dios que nos favorezca, mas también á sus Santos, significados por los montes que aquí dice David: y principalmente más que ninguno de ellos debe ser llamaba la limpísima Virgen, importunándola con servicios y oraciones que nos alcance esta merced, las cuales Ella oye y recibe de muy buena gana, como verdadera amadora de lo que le pedimos. Especialmente haber venido provechos notables por medio de esta Señora á personas molestadas de flaqueza de carne, por rezarle alguna cosa en memoria de la limpieza con que fué concebida sin pecado, y de la limpieza virginal con que concibió al Hijo de Dios. A esta Señora, pues, tomad por particular Abogada para que nos alcance y conserve con su oración esta limpieza; y pensad que si hallamos en las mujeres de acá algunas tan amigas de honestidad que amparan con todas sus fuerzas á quien quiere apartarse de la vileza de este vicio y caminar por la limpieza de la castidad, ¿cuánto más se debe esperar de esta limpísima Virgen de vírgenes, que pondrá sus ojos y orejas en los servicios y oraciones del que quisiere guardar la castidad, que Ella tan de corazón ama? No

os falte, pues, deseo de haber este bien. No falte fiucia en Cristo, ni oración importuna, ni otros servicios como hemos dicho; que ni faltará en sus Santos cuidado, ni amor para orar por vos, ni misericordia celestial para conceder este don, que Él sólo lo da, y quiere que todo hombre á quien lo da así lo conozca y le dé gloria de ello, pues, según verdad, se le debe.

CAPÍTULO XV

Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente á todos, porque á algunos lo da solamente en el ánima, y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar.

Y es de mirar con atención, que este don no lo da Dios por un igual á todos, mas diferentemente, según á su santa voluntad place; porque á unos da más de él y á otros menos. A algunos da castidad en el ánima sola, que es un propósito firme y deliberado de no caer en este vicio por cosa que sea. Mas con este propósito bueno tiene este tal en su ánima imaginaciones feas, y en la parte sensitiva tentaciones penosas, que aunque no hagan consentir á la razón en el mal, aflígenla y danle que hacer en defenderse de sus importunidades; lo cual es semejable á Moisés y á su pueblo, que estando él en lo alto del monte en compañía de Dios, estaba el vulgo del pueblo adorando ídolos en lo bajo de él. Y quien en este estado está, debe hacer gracias á Nuestro Señor por el bien que le ha dado en su ánima, y sufrir con paciencia la poca obediencia que su parte sensitiva le tiene; porque así como aunque Eva comiera sola del árbol vedado no se cometiera el pecado original si Adán su varón no consintiera y comiera, así mientras aquel propósito bueno de no consentir cosa mala estuviere vivo en lo más alto del ánima, no puede hacer la parte sensitiva, por mucho que coma, que haya pecado mortal, pues el varón no consiente con ella, antes le desplace y le reprende; en lo cual debéis estar advertida, que no dejéis que las imaginaciones ó movimientos se estén en vos, sin las desechar; porque quien ve el peligro en que está con tener aquel fuego infernal dentro de sí y la serpiente en su seno, cuánto más si ha probado otras veces que de aquello le

suele venir el consentimiento en la mala obra ó en aquel mal deleite, juzgase la tal negligencia por pecado mortal, pues vió el peligro y lo amó por no desechallo. Mas mientras hubiere propósito vivo de no consentir en mala obra ni en mal deleite, y resistir, aunque flacamente, cuando miráis el peligro en que estáis, pensad que no os dejó Nuestro Señor caer en pecado mortal, y porque en esto á duras penas se puede dar cierta sentencia, sin información de quien lo padece, conviene informar de ello al docto confesor, y tomar su consejo: y si con todo esto se le hiciere de mal sufrir guerra tan continua dentro de sí, mire que con el trabajo de la tentación se purgan los pecados pasados, y se anima el hombre más á servir á Dios, viendo que le ha menester; y conocemos nuestra flaqueza, por locos que seamos, viéndonos andar á tanto peligro y en los cuernos del toro, que á dejarnos Dios un poquito de su mano, caeríamos en la espantosa hondura del pecado mortal. Y hasta que esta flaqueza sea muy de raíz confesada y experimentada, no cesarán en ti las tentaciones de la carne, que son como tormentos y golpes que te hagan confesar cómo no mora en ti este bien, si de arriba no es concedido. Y si fueres fiel siervo de Dios, mientras más tu carne te combatiere, tanto más tú con tu ánima te esforzarás á guardar tu castidad, y las tentaciones serán como golpes que te ayudarán á arraigar más en ti la limpieza, y verás las maravillas de Dios, que así como por ocasión de vuestra maldad parece mayor su bondad, así por la flaqueza en nuestra ánima, diciendo el espíritu, no, á lo que la carne le convidaba, y afirmarse de nuevo en el amor de la castidad, cuantas veces la carne le convidaba á perderla. Y así, por medio de un contrario tan molesto y vil obra Dios el otro, que es la castidad, tan precioso y tan digno. Y acuérdate que vale más buena guerra que mala paz, y que es mejor trabajar nosotros por no consentir, y dar en ello placer á Nuestro Señor, que por tomar un poco de placer bestial, que en pasando deja doblado dolor, y dar enojos á quien con todas nuestras fuerzas debemos amar y agradar. Llámale con humildad y con fiucia, que no dejará de socorrer á quien por su honra pelea, que al fin Él hará que salgas con ganancia de aquesta pelea, y te contará este trabajo en semejanza de martirio. Pues como los mártires querían antes morir que negar la fe, así tú, padecer lo que padeces por no quebrar su santa voluntad, hacerte ha compañero en la gloria

con ellos, pues lo eres acá en el trabajo. Y entretanto, consuélate con tener en ti mismo una prueba de que amas á Dios, pues por su amor no haces lo que tu carne apetece [1].

CAPÍTULO XVI

De cómo el don de castidad es concedido á algunas personas, no sólo en lo interior del ánima, mas también en la sensualidad, y esto por una de dos maneras.

A otros da Nuestro Señor este bien de castidad más copiosamente, porque no sólo les da en el ánima este aborrecimiento de sus deleites, mas tienen tanta templanza en su parte sensitiva y carne que gozan de grande paz, y casi no saben qué es tentación que les dé pena, y esto suele ser en dos maneras: unos tienen paz y limpieza por natural complexión; otros por elección y merced de Dios. Los que por complexión natural, no deben de engreirse mucho con la paz que sienten, ni despreciar á quien ven tentado; porque no se mide la virtud de la castidad por tener esta paz, mas por tener propósito firme en el ánima de no ofender en este pecado á Nuestro Señor. Y si uno, siendo tentado en su carne, tiene este propósito bueno en su ánima con mayor firmeza que el otro que carece de aquestas guerras, más casto será éste combatido que el otro con su paz. Ni tampoco deben estos bien acomplexionados desmayarse diciendo: poco hago ó gano en ser casto; mas deben aprovecharse de su buena inclinación, eligiendo con el espíritu la castidad por agradar al Señor, á la cual su inclinación les convida. Y de esta manera servirán á Dios con lo superior de su ánima por la elección virtuosa, y con la parte sensitiva con su obediencia y buena inclinación. Otros hay, que no por inclinación natural, mas por merced de Nuestro Señor, son tan castos que en su ánima sienten entrañable aborrecimiento á aquesta vileza, y en su parte sensitiva tanta obediencia que no va arrastrando

1 Las malas sensaciones y los pensamientos deshonestos no son sino golpes y aldabadas que da el demonio, ó la pasión concupiscible, á la puerta de nuestro corazón pidiendo entrada; no solamente no se le ha de abrir, pero ni aun siquiera escuchar. Y quien le da oídos y le abre dejándole solo introducir el dedo, cuéntese por perdido; porque tras el dedo se colará la mano y el brazo y todo el cuerpo, tomando posesión y asiento do estaba sentado y reinando el Espíritu Santo. Lo cual es traición y venta más inicua y horrenda que la de Judas. ¿No sabéis que vuestros cuerpos, templos son del Espíritu Santo, dijo el Apostol?

á lo que le manda la razón, mas obedece con deleite y presteza, teniendo en entrambas entrañable paz. Este excelente estado rastrearon los filósofos que dijeron que había algunos varones tan excelentes que tenían sus ánimos tan purgados, que no sólo obraban el bien sin guerra de pasiones, mas aun de muy vencidas las tenían olvidadas, y que no sólo las pasiones no los vencían, mas aun ni los acometían.

Mas esto que los filósofos hablaban y no tenían, porque sin gracia no hay verdadera virtud, los buenos cristianos lo tienen; á los cuales Dios quiere conceder este don perfecto, no ganado por fuerza de ellos, mas concedido por el fuerte y celestial Espíritu Santo suyo; el cual se da por Jesucristo Nuestro Señor, á semejanza del mismo Señor, que tuvo en carne corruptible entereza de virginidad. Este celestial Espíritu infunde perfecta castidad en los que á Él place. Y hace esto, que así como lo superior del ánima está con perfecta obediencia sujetísimo á Dios y recibe de Él poderosas fuerzas y excelentísima lumbre, estando unido tan perfectamente con Él y tan regido por la voluntad de Él, que diga el Apóstol (I Cor., VI): *El que se llega á Dios, un espíritu es con Él*, así esta eficacia de Dios que infunde fuerza y pone disposición en la parte sensitiva hace que, dejada la bestialidad y fiereza que de su naturaleza tiene, obedezca con deleite á la razón y se le dé muy sujeta. Y aunque en la naturaleza sean diversas, por ser una espiritual y otra sensual, mas allégase tanto la parte sensitiva á la razón, y toma tan bien su freno, que anda domada y doméstica: y aunque no es razón, anda como razonada, no impidiendo, mas ayudando al espíritu, como fiel mujer á su marido. Y así como hay ánimas de algunos tan miserablemente dadas á su carne que no se rigen por otro norte sino por el apetito de ella, y siendo de naturaleza espiritual se abaten á la miserable sujeción de su cuerpo, tan transformados en su carne que se tornan encarnizadas, y parecen en su voluntad y pensamientos un puro pedazo de carne, así la sensualidad de estotros se junta tanto con la razón que parece más razón que las mismas ánimas de los otros. Dificultosa cosa de creer es ésta; mas, en fin, es obra y dádiva de Dios, concedida por Jesucristo su único Hijo, especialmente en el tiempo de la Iglesia cristiana. Del cual tiempo estaba profetizado (Isa., XI), que habían de comer juntos lobo y cordero, oso y león; porque las afecciones irra-

cionales de la parte sensitiva, que como fieros animales querían tragar y maltratar el ánima, son pacificados por el don de Jesucristo; y dejada su propia guerra, viven en paz, como dice Job (cap. V): *Las bestias de la tierra te serán pacíficas, y con las piedras de la región tendrás amistad.* Y entonces se cumple lo que es escrito en el Salmo LIV, que dice: *Tú, hombre, unánime conmigo, y guía mía, y conocido mío, que comías conmigo los dulces manjares, y anduvimos en la casa de Dios de un consentimiento.*

Las cuales palabras dice el hombre interior á su exterior, teniéndole tan sujeto que le llama de un ánima, y tan conforme á su querer que dice que comen entrambos dulces manjares y andan en uno en la casa de Dios; porque están tan amigos, que si el interior come castidad, ú ora, ayuna y vela, y otros santos ejercicios, hallando mucha dulcedumbre en ellos, también el hombre exterior hace estas obras y le saben como dulce manjar. Mas no entendáis por aquesto que venga uno en este destierro á tener tanta abundancia de paz que no sienta algunas veces en esto ó en otras cosas movimientos contra su razón. Porque sacando á Cristo nuestro Redentor y á su Madre sagrada, no fué á otros concedido este privilegio. Mas habéis de entender, que aunque haya estos movimientos en las personas á quien Dios concede este don, no son tales ni tantos que les den mucha pena; antes, sin ponerles en estrecho de mucha guerra ni quitarles la verdadera paz, son ligeramente por ellos vencidos. Como si viésemos en una ciudad á dos muchachos reñir y luego se apaciguasen, no diríamos que por aquella breve contienda faltaba paz en la ciudad si la hubiese en los restantes del pueblo. Y pues este estado confesaban los filósofos, sin conocer las fuerzas del Espíritu Santo, no sea dificultoso al cristiano confesar esto y desearlo á gloria de la Redención de Cristo y de su poder, al cual no hay cosa imposible. De cuyo advenimiento estaba profetizado que había de hacer en él abundancia de paz. La cual llama Isaías (Isa., VI; Jerem., XLVI; Psalmo LXXI; Philip., IV; Genes., III), *ser como río.* Y San Pablo dice *ser sobre todo sentido.* Pues cuando la carne así estuviere obediente y templada, entonces estamos bien lejos de oir su lenguaje, y seguros de caer en la terrible maldición que echó Dios á Adán nuestro padre porque oyó la voz de su mujer. Antes nosotros hacemos á ella que nos sirva y oiga nuestra voz; y

como á pájaro encerrado en jaula, le enseñamos á hablar nuestro lenguaje, y ella lo aprende, pues con presteza nos obedece. De la cual larga obediencia que á la razón tiene queda tan bien acostumbrada, que si algo pide no son deleites sino necesidad, y entonces bien la podemos oir, según Dios mandó á Abraham (Genes., XVIII) que oyese la voz de su mujer Sara, que era ya muy vieja, y su carne tan enflaquecida y mortificada que no tenía las superfluidades de otras mujeres de menos edad. Y de esta tal carne algo más podemos fiar oyendo lo que nos dice, aunque no debemos tanto creerla que su dicho nos baste; mas debemos examinarla por la prudencia del espíritu, porque la que pensábamos estar muerta no se haga engañosamente mortecina, y tanto más peligrosamente nos derribe cuanto por más fiel la teníamos.

CAPÍTULO XVII

En que se comienza á tratar de los lenguajes del demonio y cuánto los debemos huir, y que uno de ellos es ensoberbecer á un hombre para le traer á grandes males y engaños, y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia.

Los lenguajes del demonio son tantos cuantas son sus malicias, que son innumerables; porque así como Cristo es fuente de todos los bienes que se comunican á las ánimas de los que con obediencia se sujetan á Él, así el demonio es padre de pecados y tinieblas, que instigando y aconsejando á sus miserables ovejas, las induce á maldad y mentira, con que eternalmente se pierden. Y porque sus astucias son tantas que sólo el Espíritu del Señor basta para descubrirlas, hablaremos pocas palabras, remitiendo lo demás á Cristo, que es verdadero enseñador de las ánimas. Por muchos nombres es llamado el demonio, para declarar los males que él tiene; mas entre todos hablemos de dos, que son ser llamado dragón y león. *Dragón*, dice San Agustín, porque secretamente pone asechanzas. *León*, porque abiertamente persigue. El asechanza que tiene para engañar es aquesta: alzarnos con la vanidad y mentira, y después derribar con verdadera y miserable caída. Ensálzanos con pensamientos que nos inclinan á estimarnos en algo, haciéndonos caer en soberbia: y como él sepa por experiencia ser este mal

tan grande que bastó á hacer en él mismo de ángel demonio, trabaja con todas sus fuerzas de hacernos participantes en él, porque también lo seamos en los tormentos que él tiene. Sabe él muy bien cuánto desagrada la soberbia á Dios y cómo ella sola basta á hacer inútil todo lo demás que el hombre tuviere, por bueno que parezca. Y trabaja tanto por sembrar esta mala semilla en el ánima, que muchas veces dice verdades y da buenos consejos y sentimientos devotos solamente para inducir á soberbia, teniendo en muy poco lo que pierde en que uno haga algún bien con que le pueda ganar todo entero, con el pecado de la soberbia y con otros que tras él vienen; porque así como un Rey suele andar acompañado de gente, así la soberbia de otros pecados.

La Escritura dice: *Principio de todo mal es la soberbia, y quien la tuviere será lleno de maldiciones.* Quiere decir de pecados y de castigos. De un solitario leemos, al cual el demonio apareció mucho tiempo en figura de ángel de Dios, y le decía muchas revelaciones y hacía que cada noche relumbrase la celda, como si en ella hubiera lumbre de alguna vela ó candil: después de todo lo cual le persuadió que matase á su propio hijo para que fuese igual en merecimientos al Patriarca Abraham. Lo cual el solitario engañado se aparejaba á hacer, si el hijo que lo sospechó no se fuera huyendo. A otro apareció también en figura de ángel, y le dijo mucho tiempo muchas verdades para acreditarse con él, y después díjole una gran mentira contra la fe, la cual el otro engañado creyó. También leemos de otro, que después de haber vivido cincuenta años con muy singular abstinencia y con guarda de soledad más estrecha que cuantos estaban en aquel yermo, le hizo el demonio entender en figura de ángel que se echase en un hondísimo pozo para que por experiencia probase que á quien tanto había servido á Dios como él, ni aquello ni otra cosa le podía empecer: todo lo cual él creyó, y lo puso por obra. Y siendo con mucho trabajo sacado medio muerto del pozo, y siendo amonestado por los santos viejos del yermo que se arrepintiese de aquello, porque había sido ilusión del demonio, no lo quiso creer ni hacer: y lo que peor es, que aunque murió al tercero día, tenía tan metido el engaño en su corazón, que aun viéndose morir por causa de la caída creyó todavía que había sido revelación de ángel de Dios. ¡Oh, cuánto conviene á los aprovechados en la virtud vivir en

el santo recelo de sí, como gente, que aunque tengan conjeturas de que están bien con Dios, mas no certidumbres, ni saben si son dignos de amor ó de aborrecimiento en el tiempo presente, y menos lo que será de ellos en el tiempo que les resta de vivir! Y especialmente se deben de guardar mucho de creerse á sí mismos, acordándose de aquella profunda sentencia de San Agustín: *La soberbia merece ser engañada.* Y si como os he contado estos engaños pasados, os hubiese de contar los que han acaecido en tiempos presentes, ni se podrían escribir en pequeño libro, ni los podríades leer sin mucho cansancio. Por una parte es así, según lo podemos juzgar, que llueve Dios en los corazones de muchos aguas de misericordias particulares, con que no sólo hacen frutos exteriormente buenos, mas aun tienen con el Señor comunicación interior, y tan familiar, que con dificultad podrá ser creído. Y por otra parte se tiene también experiencia, que trae el demonio, permitiéndoio Dios, particular diligencia en estos tiempos, para engañar con falsos sentimientos y falsas hablas, exteriores é interiores, y con falsa luz de entendimiento á los que son soberbios, y amigos de su parecer con título, que es parecer de Dios, y aun también para ejercitar por diversas vías á los que con humildad y cautela sirven á Dios, por lo cual en aquestos tiempos, en los cuales parece haberse soltado Satanás, como dice San Juan, conviene que haya diligencia doblada en los que sirven á Dios para no creer fácilmente estas cosas, y profunda humildad y santo temor para que Dios no los deje engañar. Y procurar luego de dar cuenta de lo que sienten y pasa en ellos á sus Prelados y mayores, que les pueden enseñar la verdad. El Profeta dice, que debajo de la lengua de los malos hay ponzoña de víboras; ¿cuánto mayor la habrá en el lenguaje del demonio, más malo que todos los malos? Y si él nos ensalzare por los bienes que tenemos, humillémonos nosotros mirando los males que hacemos y que hicimos, los cuales fueron tantos, que si el Señor por su gran misericordia no nos fuera á la mano y nos saliera al camino en que tan de corazón caminabámos, para quitarnos de él, como hizo á San Pablo, fuéramos creciendo en maldades como en edad, hasta que los infernales tormentos fueran pequeños para nuestro castigo. ¡Oh abismo de misericordia, y qué te movió á dar voces desde el cielo en nuestro corazón y decir: *¿Por qué me persigues con tu mala vida?* En las cuales nos

derribaste de nuestra soberbia, y nos hiciste saludablemente temer y temblar, y que con dolor de haberte ofendido y deseo de te agradar te dijésemos: Señor, ¿qué quieres que haga? Y quieres Tú, Señor, que el remedio de nuestros males lo esperemos de Ti, mediante las medicinas de tu palabra y Sacramentos que tus ministros en tu Iglesia dispensan, y mandas que vayamos á ellos, como San Pablo á tu siervo Ananías.

Así, que sabemos muy bien que la perdición fué de nosotros, y el remedio fué tuyo: y confesamos que tu infinita bondad te hizo llamar para Ti los que tan vueltas tenían las espaldas á Ti, y acordarte de los olvidados de Ti, haciendo mercedes á los que merecían tormentos, tomando por hijos á los que habían sido malos esclavos, y aposentando tu Real Persona en los que primero fueron hediondos y establo de suciedades. Estos males que entonces hicimos, nuestros eran; y si otra cosa somos, por Dios y en Dios lo somos, como dice el Apóstol (Philip., V): *Érades algún tiempo tinieblas, mas ahora luz en el Señor.* Conviene, pues, acordarnos del miserable estado en que por nuestra flaqueza nos metimos, si queremos estar seguros en el dichoso estado en que por su misericordia Dios nos ha puesto. Creyendo muy de verdad que lo mismo haríamos que entonces hicimos, si la poderosa y piadosa mano de Dios de nos se apartase. Y si miramos á los muchos peligros á que estamos sujetos por nuestra flaqueza, no osaríamos del todo alegrarnos con el bien que de presente tenemos, por el temor de los pecados que podemos hacer. Y entenderemos cuán sano consejo es el de la Escritura (Psalm. CXI): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.* Item (Philip., II): *Obrad vuestra salud con temblor y temor.* Item (I Cor., X): *El que está en pie, mire no caiga.* Gemido ha de costar el pecado cometido para ser perdonado, y temor ha de costar el que está por hacer para que de él seamos librados. Como se figura muy bien en el temor que tuvo Jacob á Esaú (Genes., XXXIII; Exodo, XV), cuando de Mesopotamia venía, aunque Dios le había mandado venir. Grande alegría mostraron los hijos de Israel, y devotos cantares hicieron á Dios cuando tan gran maravilla hizo con ellos, que los pasó por el mar á pie enjuto: y parecíales, que pues en tan gran peligro no habían peligrado, ninguna cosa había de ser bastante para los derribar ni impedir que alcanzasen la tierra por Dios prometida.

Mas la experiencia salió de otra manera, porque después de aquel gran favor sucedieron tentaciones y pruebas, y fueron hallados flacos é impacientes en la prueba y pelea los que habían sido devotos y alegres después de la pasada del mar; y porque no alcanzan la corona prometida por Dios sino los que son hallados fieles en las pruebas que les envía, éstos no lo alcanzaron porque no lo fueron, mas en lugar de la vida prometida fueron castigados con morir en el desierto. ¿Quién será, pues, tan desatinado que ahora mire á la vida pasada, ahora á la que le resta de vivir, que ose alzar su cabeza á tomar alguna soberbia, pues en lo pasado ve que tan miserablemente cayó, y en lo por venir á tantos temores está sujeto? Y si bien conociere y sintiere la verdad de cómo todo lo bueno viene de Dios, verá que el tener dones de Dios no ha de ensalzar vanamente á los que los tienen, mas bajarlos más, como quien más agradecimiento y servicio debe. Y cuando piensa que creciendo las mercedes crece la cuenta que ha de dar de ellas, como el Evangelio dice, parécenle los bienes que tiene una carga pesada que le hace gemir y ser más cuidadoso y humilde que antes. Y porque es tanta nuestra liviandad y tenemos tan metida en los huesos la secreta soberbia que fuerzas humanas no bastan á limpiarnos del todo de este pecado, debemos pedir á Dios este don, suplicándole importunamente no nos permita caer en tan gran traición, que nosotros somos robadores de la honra que de todo lo bueno á Él es debida. Con el ayuno se sanan las pestilencias de la carne, y con la oración las del ánima. Y por eso conviene al que esta pestilencia siente en su ánima, orar con toda diligencia y continuación y presentarse delante del acatamiento de Dios, suplicándole le abra los ojos para conocer la verdad de quién sea Dios y de quién sea él, para que ni atribuya á Dios algún mal, ni atribuya á sí algún bien: y así estará lejos de oir el falso lenguaje del soberbio demonio, que con la propia estima lo querría engañar. Mas oye la verdad de Dios, que dice que la verdadera honra y estima de la criatura no consiste en sí misma, mas en recibir mercedes y ser estimada y amada de su Criador: y porque adelante se hablará más largo de esta materia cuando se hable del propio conocimiento, no os diré más ahora.

CAPÍTULO XVIII

De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre, y cómo nos habremos contra él.

Otra arte suele tener el demonio contraria á esta pasada, la cual es no haciendo ensalzar el corazón, mas bajándolo y desmayándolo, hasta traerlo á desesperación; y esto hace trayendo á la memoria los pecados que el hombre ha hecho, y agravándolos cuanto puede para que el tal hombre, espantado con ellos, caiga desmayado como debajo de carga pesada, y así se desespere.

De esta manera hizo con Judas, que al hacer el pecado quitóle delante la gravedad de él, y después trájole á la memoria cuán gran mal era haber vendido á su Maestro, y por tan poco precio y para tal muerte, y así cególe los ojos con la grandeza del pecado y dió con él en el lazo, y de allí en el infierno. De manera, que á unos ciega con las buenas obras, poniéndoselas delante y escondiéndoles sus males, y así los engaña con la soberbia; y á otros escondiéndoles que no se acuerden de la misericordia de Dios y de los bienes que con su gracia hicieron, y traerles á la memoria sus males, y así los derriba con desesperación. Mas así como el remedio de lo primero fué queriéndonos él vanamente alzar en el aire, asirnos nosotros más á la tierra considerando no nuestras plumas de pavón, mas nuestros lodosos pies de pecados que hemos hecho, ó haríamos si por Dios no fuese, así en estotro engaño es el remedio quitar los ojos de nuestros pecados y ponerlos en la misericordia de Dios y en los bienes que por su gracia hemos hecho. Porque en el tiempo que nuestros pecados nos combaten con desesperación, muy bien hecho es acordarnos de los bienes que hemos hecho ó hacemos, según tenemos ejemplo en Job (cap. XIII), y en el Rey Ezequías (IV Reg., XX); y esto, no para poner confianza en nuestras buenas obras en cuanto son nuestras, porque no caigamos en un lazo huyendo de otro, mas para esperar en la misericordia de Dios; que pues Él nos hizo merced de que hiciésemos el bien con su gracia, Él nos lo galardonará, aun hasta el jarro de agua que por su amor dimos; y

que pues nos ha puesto en la carrera de su servicio, no nos dejará en la mitad de ella; pues sus obras son acabadas, como Él lo es; y más hizo en sacarnos de su enemistad que en conservarnos en su amistad. Lo cual nos enseña San Pablo diciendo (Philip., I): *Si cuando éramos enemigos fuimos hechos amigos con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora, que somos hechos amigos, seremos salvos en la vida de Él.*

Cierto, pues su muerte fué poderosa para resucitar á los muertos, también lo será su vida para conservar en vida á los vivos. Si nos amó desamándole nosotros, no nos desamará, pues le amamos. De manera, que osemos decir lo que dice San Pablo (Philip., I): *Confío que aquel que comenzó en nosotros el bien, lo acabará hasta el día de Jesucristo;* y si el demonio nos quisiere turbar con agravarnos los pecados que hemos hecho, miremos que ni él es la parte ofendida, ni es tampoco juez que nos ha de juzgar; Dios es á quien ofendimos cuando pecamos, y Él es el que ha de juzgar á los hombres y demonios. Y, por tanto, no nos turbe que el acusador acuse; mas consolémonos, que el que es parte y juez, nos perdona y absuelve mediante nuestra penitencia y sus ministros y Sacramentos. Esto dice San Pablo así (Rom., VIII): *Si Dios es por nos, ¿quién será contra nos?* El cual á su propio Hijo no perdonó, mas por todos nosotros lo entregó. ¿Pues cómo es posible que dándonos á su Hijo no nos haya dado con Él todas las cosas? ¿Quién acusará contra los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién habrá que condene? Todo esto dice San Pablo. Lo cual bien considerado, debe esforzar á nuestro corazón á esperar lo que falta, pues tales prendas de lo pasado tenemos: ni espanten nuestros pecados, pues el Eterno Padre castigó por ellos á su Unigénito Hijo, para que así viniese el perdón sobre quien merecía el castigo, si el tal hombre se dispusiere á lo recibir. Y pues Él nos perdona, ¿qué le aprovecha al demonio que dé voces pidiendo justicia? Ya una vez fué hecha justicia en la cruz de todos los pecados del mundo, la cual cayó sobre el inocente Cordero, Jesucristo Nuestro Señor, para que todo culpado que quisiere llegarse á Él y gozar de su redención por la penitencia, sea perdonado. ¿Pues qué justicia sería castigar otra vez los pecados del penitente con infierno, pues ya una vez fueron suficientemente castigados en Jesucristo? Y digo castigar con infierno, porque hablo del penitente bautizado, que por vía del

sacramento de la Penitencia recibe perdón y la gracia perdida, conmutándosele ordinariamente la pena del infierno, que es eterna, en pena temporal, que en esta vida satisfaga con buenas obras, ó en el purgatorio padeciendo las penas de allá.

Mas no piense nadie que no quitarse toda la pena sea por falta de la redención del Señor, cuya virtud está y obra en los Sacramentos; porque copiosa es, como dice David (Psalmo CXXIX), mas es por falta del penitente, que no llevó disposición para más: y tal dolor y vergüenza puede llevar, que de los pies del confesor se levante perdonado de toda culpa y de toda pena como si recibiera el santo Bautismo, que todo esto quita á quien lo recibe aun con mediana disposición. Sepan todos, que el óleo que nos dió nuestro grande Eliseo, Jesucristo Nuestro Señor, cuando nos dió su Pasión, que obra en sus Sacramentos riquísimos, es para poder pagar con él todas nuestras deudas y vivir en vida de gracia, y después de gloria; mas es menester que nosotros, como la otra viuda, llevemos pasos de buenas disposiciones, conforme á los cuales recibirá cada uno el efecto de su sagrada Pasión, que en sí misma bastantísima es, y aun sobrada.

CAPÍTULO XIX

De lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos á Jesucristo Nuestro Señor, y cuánto lo debíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos.

Mucha razón tiene Dios de quejarse, y sus pregoneros, para reprender á los hombres de que tan olvidados estén de esta merced, digna que por ella se diesen gracias á Dios de noche y de día; porque, como dice San Juan: *Así amó Dios al mundo, que dió á su Unigénito Hijo para que todo hombre que creyere en Él y le amare, no perezca, mas tenga la vida eterna.* Y en esta merced están encerradas las otras, como menores en la mayor, y efectos en causa. Claro es que quien dió el sacrificio contra los pecados, perdón de pecados dió cuanto es de su parte: y á quien el Señor lo dió, también le dió el señorío. Y, finalmente, quien dió su Hijo, y tal Hijo dado á nosotros, y nacido para nosotros, no nos negará cosa que necesaria nos sea; y quien no la

tuviere, de sí mismo se queje, que de Dios no tiene razón; que para dar á entender esto, dijo San Pablo: *Quien el Hijo nos dió, todas las cosas nos dará con Él;* más dijo: *Todas las cosas nos ha dado con Él, porque de parte de Dios todo está dado, perdón, y gracia y el cielo.* ¡Oh hombres!, ¿por qué perdéis tal bien, y sois ingratos á tal amador y á tal dádiva, y negligentes á aparejaros para recibirla? Cosa sería digna de reprensión que un hombre anduviese muerto de hambre y desnudo, lleno de males, y habiéndole uno mandado en su testamento gran copia de bienes con que podía pagar y salir de sus males y vivir en descanso, se quedase sin gozar de ellos por no ir dos ó tres leguas de camino á entender en el tal testamento. La redención hecha está tan copiosa, que aunque perdonar Dios las ofensas que contra Él hacen los hombres sea dádiva sobre todo humano sentido, mas la paga de la Pasión y muerte de Nuestro Señor excede á la deuda del hombre en valor, mucho más alto del cielo y más profundo del suelo, como dice San Agustín: *Azotes debía el hombre culpado, y ser preso, y escarnecido y muerto;* ¿pues no os parece que están bien pagados con azotes y tormentos y muerte de un Hombre, no sólo justo, mas que es Hombre y Dios? Inefable merced es que adopte Dios por hijos los hijos de los hombres, gusanillos de la tierra. Mas para que no dudásemos de esta merced, pone San Juan otra mayor, diciendo (capítulo I): La palabra de Dios es hecha carne, como quien dice: No dejéis de creer que los hombres nacen de Dios por espiritual adopción, mas tomad en prendas de esta maravilla otra mayor, que es el Hijo de Dios ser hecho Hombre, é Hijo de una Mujer. También es cosa maravillosa que un hombrecillo terrenal esté en el cielo gozando de Dios y acompañado de ángeles con honra inefable; mas mucho más fué estar Dios puesto en tormentos y menosprecios de cruz, y morir entre dos ladrones, con lo cual quedó la Justicia divina tan satisfecha, así por lo mucho que el Señor padeció como principalmente por ser Dios el que padeció, que nos da perdón de lo pasado y nos echa bendiciones con que nuestra esterilidad haga fruto de buena vida y digna del cielo, figurada en el hijo que fué dado á Sara (Genes., XVIII), vieja y estéril; porque el becerro cocido en la casa de Abraham, que es Jesucristo crucificado en el pueblo que de Abraham venía, fué á Dios tan gustoso que de airado se tornó manso, y la maldición conmutó en bendición, pues reci-

bió cosa que más le agradó que todos los pecados del mundo le pueden desagradar; ¿pues por qué desesperas, hombre, teniendo por remedio y por paga á Dios humanado, cuyo merecimiento es infinito? Y muriendo, mató nuestros pecados, mucho mejor que muriendo Sansón murieron los filisteos (Jud., XVI); aunque tantos hubiésedes hecho tú como el mismo demonio, que trae á desesperación, debes esforzarte en Cristo, Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, del cual estaba profetizado que había de arrojar todos nuestros pecados en el profundo del mar, y que había de ser ungido el Santo de los santos, y tener fin el pecado, y haber sempiterna justicia. Pues si los pecados están ahogados, quitados y muertos, ¿qué es la causa, por qué enemigos tan flacos y vencidos te vencen y te hacen desesperar?

CAPÍTULO XX

De algunas cosas que suele traer el demonio contra el remedio ya dicho para desmayarnos, y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor.

Mas ya oigo, hombre, lo que tu flaqueza responde á lo dicho, que ¿qué te aprovecha á ti que Cristo haya muerto por tus pecados, si el perdón no se aplica á ti? Y que con haber muerto Cristo por todos los hombres están muchos en el infierno, no por falta de su redención, que es copiosa, mas por no aparejarse los hombres á la recibir: y por esta parte es tu desesperación. A lo cual digo, que aunque dices verdad, no te aprovechas bien de ella. San Bernardo dice, que para tener uno testimonio de buena conciencia que le dé alegría de buena esperanza, no basta creer en general que por la muerte de Cristo se perdonan los pecados, mas es menester confirmar y tener conjeturas que se aplica el perdón al tal hombre en particular, mediante las disposiciones que la Iglesia enseña, pues que con creer lo primero puede desesperar, mas no con tener lo segundo, porque esperando no puede desesperar. Mas debes mirar que es mucha razón que viendo tú las entrañas del celestial Padre abiertas para dar á su Hijo, como lo dió, y viendo tal costa hecha, y el Cordero divino ya muerto para

que tú comas de Él y no mueras, debes desechar de ti toda pusilanimidad y pereza y procurar de aprovecharte de la redención, confiado que te ayudará Dios para ello. Y pues que para ser tú perdonado no es menester que Cristo trabaje de nuevo, ni muera por ti, ni padezca poco ni mucho, ¿por qué piensas que ha de querer que, pues está hecha la costa de su convite, falten convidados para le comer? No es así cierto, ni es de su voluntad que el pecador muera, mas que se convierta y viva; y porque así se hiciese, Él perdió su vida en la cruz.

Y no pienses que lo que has menester hacer para gozar de su redención es alguna cosa imposible, ó tan dificultosa que desesperes de salir con ella, según eres flaco; un gemido de corazón que á Dios des con dolor por haber ofendido á tal Padre, y con intención de la enmienda, manifiesta tus pecados á un sacerdote que te pueda absolver, y oirán aún tus orejas de carne para mayor consolación tuya la sentencia de tu proceso, por la cual te digan: *Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo*, etc. Y si aún te parece que tu dolor no es tan cabal como había de ser, y por esto desmayas, no te fatigues, porque es tanta la gana que el Señor tiene de tu salvación, que suple Él nuestras faltas con el privilegio que dió á su Sacramento, para hacer del atrito contrito. Y si te parece que aun para hacer esto poco no eres, dígote que no presumas de lo hacer tú á solas, mas llama al celestial Padre, y pídele que por Jesucristo su Hijo te ayude á dolerte de la vida pasada, y á proponer la enmienda de lo por venir y á bien confesarte, y, finalmente, para todo lo que has menester. Y Él es tal que no hay por qué esperar de sus manos sino toda blandura y socorro, pues el mismo que da el perdón inspira la disposición para ello. Y si con todo esto no sientes consuelo, aunque oiste la sentencia de tu absolución, no te desmayes ni dejes lo comenzado, que si en una confesión no sentiste consuelo, en otra ó en otras lo sentirás, y se cumplirá en ti lo que dijo David penitente: *A mi oído darás gozo y alegría, y gozarse han mis huesos humillados* (Psalm. L). Cierto así pasa, que las palabras de la absolución sacramental, ya que no den á un hombre tanta certidumbre del perdón que tenga de ello fe ni evidencia, mas danle tal reposo y consuelo con que se pueden alegrar las fuerzas de su ánima, que por el pecado estaban humilladas y quebrantadas. No cese el hombre de buscar el perdón; que si en la demanda

porfía, el Padre de las misericordias saldrá al encuentro á su hijo pródigo y se lo dará, y le vestirá con celestial ropa de gracia, y se holgará de ver ganado á su hijo por la penitencia, que estaba perdido por el pecado. Y no sea á nadie increíble de que Dios usa con los pecadores leyes de tanta blandura y dulzura sacadas de su bondad y verdaderísimo amor, pues que usó con su Hijo leyes de tanto rigor, que queriéndolo tanto como á sí mismo, y siendo quien es, y pagando por pecados ajenos, no le hizo suelta de un solo pecado de que su justicia quedase por satisfacer. Y por esto, como un león, aunque bravo, si está bien harto y contento no hace daño á los animales, que si hambriento estuviera se los tragára, así la divina Justicia, con el satisfecho que tiene en Jesucristo, Cordero divino, no hace mal á los que ve llegarse á Él para incorporarse en su cuerpo, ni impide á la misericordia para que haga en ellos según su costumbre; y de aquí viene, que en lugar de airado Juez nos sea Dios piadoso Padre.

CAPÍTULO XXI

En que se prosigue la grandeza de la misericordia de Dios que usa con los que le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación.

Peligrosa ponzoña bebe quien hace pecado: feísima y terrible faz tiene para espantar á quien de verdad lo conoce, y muy bastante para desmayar á cualquier hombre, por fuerte que sea, si se pára á considerar con vivo sentido lo que ha hecho y contra quien lo ha hecho, y las promesas del bien que ha perdido, y amenazas del mal que están sobre su cabeza. Mirando las cuales cosas, David, aunque hombre esforzado, dice: *Mi corazón se me ha desmayado.* Mas este mal tan grande no lo deja Dios sin remedio, según hemos dicho. Y porque tome este remedio la persona que lo hubiere menester, manifestaré algo de la grandeza de la misericordia de Dios, de que usa con los pecadores que le piden perdón. El demonio hará de las suyas, y asombraros ha, según hemos dicho, con la muchedumbre y grandeza de vuestros pecados; no le respondáis vos, mas volveos á Dios y decidle: *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi maldad, porque mucha es.* Y si Dios da á sentir el misterio

de aquestas palabras, cierto estaríades bien lejos de desesperar, por mucho que hayáis pecado. ¿Visteis nunca, ú oisteis tribunal de juez, donde siendo uno el acusado de muchos y grandes pecados, con intención de que sea condenado y castigado según él merece, él mismo confiese sus culpas y conceda su acusación, y tome por medio para que le absuelvan la confesión de aquello que el acusador mucho exageraba y en que estrivaba para lo condenar? Dice el culpado al juez: *Señor, yo concedo y confieso que he pecado mucho, mas vos me perdonareis por la honra de vuestro nombre;* y sale con ello por parte de Dios y por parte de sí. El Señor Dios tiene justicia y misericordia, y cuando mira nuestras culpas con su justicia, provócanle á ira; y mientras más pecados tenemos, á mayor castigo le provocamos. Mas cuando mira nuestros pecados con misericordia, no le mueven á ira sino á compasión, porque no los mira como á ofensa suya sino como á mal nuestro; y como ningún mal nos puede venir que tanto daño nos haga como el pecar, ninguno es materia de misericordia tan á lo propio como la culpa, mirándola según he dicho. Y cuanto más hemos pecado, tanto más nos hemos hecho más mal, y tanto más se provoca á misericordia el corazón que la tiene y quiere usar de ella, como lo es el corazón del Señor misericordioso y Hacedor de misericordias. Ahora sabed, que en una de dos maneras se han los hombres que mucho han pecado. Unos, desesperados de remedio, como Caín, vuelven las espaldas á Dios y entréganse, como dice San Pablo (Ephes., IV), á toda suciedad y pecado, y endurécesele cada día más su corazón para todo bien, hasta que cuando vienen al profundo de los pecados no se les da nada de ellos, gloriándose en su malicia, y tanto más dignos de ser llorados cuanto ellos menos se lloran. Lo que á éstos acaecerá es lo que la Escritura dice (Eccl., III): *El corazón duro mal le irá en sus postrimerías.* ¡Y ay de aquel que este mal ha de probar, que muy mejor le fuera no haber nacido! Otros hay, que habiendo hecho muchos pecados, tornan sobre sí con el socorro de Dios, é hiriendo su corazón con dolor, y llenos de confusión y vergüenza, humíllanse delante de la misericordia de Dios, tanto con mayor humildad y gemido cuanto han sido sus pecados más y mayores. Y como Dios tenga sus ojos puestos en el corazón contrito y humillado, y dé su gracia á los tales humildes, da mayor gracia á los más humildes; y la oca-

sión de ello fué haber pecado muchos pecados, los cuales ellos confiesan y gimen; mas no desesperan, y alegan delante la misericordia de Dios, que pues su miseria y daño es muy grande, sea con ellos la misericordia de Él copiosa y muy grande; y así decía David: *Habe, Señor, misericordia de mí según tu gran misericordia.* Y como Dios, según hemos dicho, mira con ojos de misericordia al pecador contrito y humillado, da aquí mayor perdón y mayor gracia que donde no hay tantos pecados ni tanta humildad. Cumpliéndose lo que dijo San Pablo (Rom., V), que donde el pecado abundó, la gracia sobrepujó, y resulta la mayor caída del hombre en mayor alabanza de Dios, pues le da mayor perdón y más gracia.

¿Quién, pues, habrá que esto entienda que se desespere por tener muchas deudas, pues que ve que la libertad y merced del Señor es manifestada y más glorificada en dar mayor suelta, y que toma Dios por honra de su nombre el perdonar, y perdonar mucho? Antes, conociendo que es cosa justa que el Señor y su nombre sean glorificados, diremos, no con desesperación, mas muy confiados: *Por tu nombre, Señor, me perdonarás mi pecado, porque es mucho.* Y la gloria que de aquí Dios saca no nace de nuestro pecado, pues que de sí mismo es desprecio y desacato de Dios; mas procede de la omnipotente bondad divinal, que saca bien de los males, y hace que le sirvan sus enemigos con dar materia para que sus amigos le alaben. Acordaos, que estando el pueblo de Dios, cuando de Egipto salió, en muy grande aprieto, y que esperaban la muerte de mano de los enemigos que tras ellos venían, díjoles Moisés (Exodo, XIV): *No temáis, porque estos gitanos perecerán, y nunca más los veréis.* Y como la mar ahogase á los gitanos y los echase á la orilla, paráronselos á mirar los hijos de Israel, y aunque los vieron, viéronlos muertos, y tan sin temor de mirarlos como si nunca más los miraran, y tomaron ocasión de dar gloria á quien los mató, y dijeron: *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, que al caballo y al caballero ahogádolos ha en el mar.* Todo lo cual es figura de aquel aprieto en que nuestros pecados nos ponen, representándonos como enemigos muy fuertes que nos quieren matar y tragar; mas la divina palabra, llena de toda buena esperanza, nos esfuerza diciendo que no desesperemos ni tornemos atrás á los vicios de Egipto, mas que siguiendo el propósito bueno

con que comenzamos el camino de Dios, estemos en pie confortados con su socorro, para que veamos sus maravillas, las cuales son, que en la mar de su misericordia y en la sangre bermeja de Jesucristo su Hijo son ahogados nuestros pecados y también el demonio que caballero en ellos venía, para que ni él ni ellos nos puedan dañar; antes acordándonos de ellos, aunque nos duelan como es razón, nos den ocasión que demos gracia y gloria al Señor Dios Nuestro por habernos sido piadoso Padre en nos perdonar y sapientísimo en sacar bienes de nuestros males, matando de verdad el pecado que nos mataba, y lo que queda vivo de él, que es la memoria de lo haber cometido, hace que sirva para que sus escogidos sean más aprovechados que antes y ensalzadores de la honra de Dios.

CAPÍTULO XXII

Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo su Majestad nuestros enemigos por admirable manera.

Esta admirable hazaña de Dios, que saca triaca de la ponzoña contra la misma ponzoña, sacando del pecado la destrucción del mismo pecado, nace y tiene semejanza de otra hazaña que el Altísimo hizo, no menor, sino mayor que ésta y que todas: la cual fué la obra de su Encarnación y Pasión, en la cual no quiso Dios pelear con sus enemigos con armas de la grandeza de su Majestad, mas tomando las armas de nuestra bajeza, vistiéndose de carne humana, que aunque limpia de todo pecado, fué semejable á carne de pecado; pues fué sujeta á penas y muerte, lo cual el pecado metió en el mundo, y con estas penas y muerte que sin deberlas tomó, venció y destruyó nuestros pecados, destruídos los cuales, se destruyen penas y muerte que entraron por ellos, como si uno pegase fuego á un tronco de un árbol con los mismos ramos del árbol, y así quemase el tronco y los ramos. ¡Cuán engrandecida, Señor, es tu gloria; y con cuánta razón te debemos cantar y alabar mejor que al otro David, que salió al campo contra Goliath, que ponía en aprieto al pueblo de Dios, sin haber quien lo pudiese vencer ni aun osase entrar en campo con él! Mas tú, Señor, Rey nuestro y honra nuestra, disimulando las armas de tu omnipotencia y

vida divina, que en cuanto Dios tienes peleaste con él, tomando en tus manos el báculo de tu cruz y en tu santísimo Cuerpo cinco piedras, que son cinco llagas; lo venciste y lo mataste. Y aunque fueron cinco las piedras, con sola una bastaba para la victoria, porque aunque menos pasaras de lo que pasaste, había merecimientos en Ti para nos redimir. Mas Tú, Señor, quisiste que tu Redención fuese copiosa y que sobrase, para que así fuesen confortados los flacos y encendidos los tibios con ver el excesivo amor con que padeciste y mataste nuestros pecados, figurados en el Goliath, al cual mató David, no con espada propia que él llevase, mas con la misma que el gigante tenía, por lo cual la victoria fué más gloriosa y el enemigo más deshonrado.

Mucha honra ganara el Señor si con sus propias armas de vida y omnipotencia divina peleara con nuestros pecados y muerte, y los deshiciera; mas mucha más ganó en vencerlos sin sacar Él su espada, antes tomando la misma espada y afecto del pecado, que son penas y muerte, condenó al pecado en la carne, ofreciéndole Él su carne para que fuese penada y tratada como si fuera carne de pecador, siendo carne de justo y de Dios, para que por esta vía, como dice San Pablo, la justificación de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos según la carne, mas según el espíritu. Y pues la justificación de la ley se cumple en nosotros por andar según el espíritu, claro es que estas tales obras con que se cumple la ley son cuales ella las pide, y con las cuales ella se satisface; y así parece haber falsamente hablado quien dijo que todas las obras que hacía un justo eran pecado [1]. Cristo venció perfectamente al pecado, mereciéndonos perdón para los hechos y fuerza para no los hacer, y así libró nuestra ánima de la ley del pecado, pues no le tenemos ya por señor, y librónos del daño de las penas; pues que dándonos gracia para sufrirlas, satisfacemos con ellas la pena que en purgatorio debemos, y ganamos en el cielo coronas: y también nos libró de la ley de la muerte; porque aunque hayamos de pasar por ella, no hemos de permanecer en ella, mas como quien se echa á dormir, y después recuerda, nos ha el

1 Alude á la doctrina luterana en orden á las acciones humanas, que condenó el Concilio Tridentino, imposibilitada entonces de penetrar eu España merced á los robustos diques con que la contenía el Monarca Prudente D. Felipe II, y que hoy corre suelta y sin freno alguno por toda la Península gracias al *nuevo régimen* y modernas libertades reprobadas y anatematizadas por la Iglesia de Dios.

Señor de resucitar para vivir una vida que nunca más muera, y tan bienaventurada que reformará el cuerpo de nuestra bajeza y lo hará conforme al cuerpo de su claridad, y entonces alegres y asegurados del todo, despreciando nuestros enemigos y triunfando, diremos: *Muerte, ¿qué es de tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón?* El cual es el pecado en quien la muerte tiene su fuerza para herir, como la abeja en su aguijón, pues por el pecado entró la muerte en el mundo. El un enemigo y el otro que solían enseñorearse y herir á las gentes, ahogados quedan en la Sangre bendita de Jesucristo, y muertos con su muerte preciosa. Y en lugar de ellos sucede sempiterna justicia, con que el ánima aquí es justificada, y después sucede vista de Dios, faz á faz en el cielo, y vida bienaventurada en cuerpo y ánima para siempre. ¿Qué diremos á estas cosas, doncella, sino lo que nos enseña San Pablo diciendo: *Gracias á Dios que nos dió victoria por Jesucristo, al cual adorad, y con corazón amoroso y agradecido decidle: "Toda la tierra te adore, y te cante y diga cantar á tu nombre"; y decidlo muchas veces al día, y en especial cuando en el Altar es alzado su Sacratísimo Cuerpo por manos del sacerdote?*

CAPÍTULO XXIII

Del grande mal que hace en el ánima la desesperación, y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría, y diligencia y fervor en el servicio de Dios.

Es la desesperación y caimiento del corazón tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido á conciencias de muchos, deseo hablar algo más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algún provecho. Acaece así, que hay personas que andan cargadas con muchedumbre de grandes pecados, y ni saben qué es desesperación, ni aun un poco de temor, ni les pasa por pensamiento, sino andan asegurados con una falsa esperanza y presunción loca, ofendiendo á Dios y no temiendo castigo. Y si la misericordia de Dios luce en sus ánimas y comienzan á ver la graveza de sus males, siendo razón, que pues piden á Dios misericordia con deseo de enmienda, y reciben el beneficio y consuelo de los Sacramentos,

con esto estuviesen esforzados para contra lo pasado; y para lo que en el camino de Dios se les pudiese ofrecer, tienen extremo de demasiado temor, como antes lo tenían de falsa seguridad; no entendiendo que los que á Dios ofenden y no se arrepienten, tienen por qué temer y temblar, aunque todo el mundo les favorezca, pues tienen provocada contra sí la ira del Omnipotente, al cual no hay quien resista, y que los que se humillan á Dios y reciben sus santos Sacramentos y quieren hacer su voluntad, deben tener, como dicen, un ánima de león, pues les está mandado que con estas prendas confíen que Dios es con ellos, al cual como lo tienen por enemigo de malos, y por haberlo ellos sido, por eso temen, es mucha razón que lo tengan por amigo de buenos, y que por aquella buena voluntad que les ha dado pueden confiar que lo es de ellos, y lo será acrecentando el bien que Él mismo plantó, y perfeccionando lo que comenzó. Cierto es así, que en diciendo un hombre de verdad lo que decía David: "Alcé mis manos para obrar tus Mandamientos, que yo amé, *pone Dios sus ojos y corazón* donde el hombre pone sus manos, para favorecer al tal hombre." Y que como quien es bueno por infinita bondad, acoge debajo su amparo y de su bando al que quiere pelear por su honra, haciendo guerra á sí mismo por dar contentamiento á Dios.

Y aunque es verdad que cuando el hombre comienza á servir á Dios con llamamiento particular suyo, que le incite á (despreciadas todas las cosas) buscar la margarita del Evangelio con perfección de vida espiritual, se levantan contra el tal hombre tales asechanzas y guerras de los demonios por sí y por medio de los malos hombres, y le ponen en tal aprieto que al primer paso que se levanta de tierra y pone el pie en la primera de las quince gradas para subir á la perfección, es constreñido á decir: *Como fuese atribulado, llamé al Señor y oyóme: Señor, libra mi ánima de los labios malos y lengua engañosa.* Labios malos son los que abiertamente impiden el bien, y lengua engañosa la que solapadamente quiere engañar. Y algunas veces se ofrecen, ó lo parece, tan grandes impedimentos para salir con lo comenzado, que son semejables á aquellos grandes gigantes que decían los hijos de Israel (Núm., XIII): "Comparados nosotros á ellos, somos como unas pequeñas langostas. Y parecen los muros de la ciudad que hemos de comba-

tir llegar con su alteza á los cielos, y que la tierra que allí hay traga á sus moradores„; mas con todo esto debéis mirar, y miremos todos con ojos abiertos cuánto desagradó á Dios el desmayo y desesperación que los hijos de Israel tuvieron con estas cosas ya dichas, pues que los pecados que en el desierto habían hecho, aunque eran muchos y grandes, y uno de ellos fué adorar por Dios al Becerro, que parece no poder más crecer la maldad; todo esto les sufrió Dios, y les dió su favor para proseguir la empresa comenzada, y no les sufrió la desconfianza y desesperación de su misericordia y poder que tuvieron, y les juró en su enojo, como dice David (Psalm. XCIV), que no entrarían en su holganza, y como lo juró lo cumplió. ¿No os parece que tenemos razón para maldecir este vicio contrario á la honra de la bondad divinal, la cual es mayor que nuestra maldad, cuanto Dios es mayor que el hombre? (Psalm. V, 9.) Y tened por cierto, que como el camino de la perfecta virtud sea una muy reñida batalla, y con enemigos muy fuertes dentro de nos y fuera de nos, no puede llevar consigo quien comienza esta guerra cosa más perjudicial que la pusilanimidad de corazón, pues quien ésta tiene, de las sombras suele huir.

Con mucha causa mandaba Dios en tiempos pasados que cuando su pueblo estuviese en la guerra, antes que comenzasen á pelear, sus sacerdotes esforzasen al pueblo, no con esfuerzos humanos de muchedumbre de gentes y de armas, mas con la sombra del Señor de los ejércitos, en cuya mano está la victoria, el cual suele vencer los altos gigantes con las pequeñas langostas, para gloria de su santo nombre. Y conforme á esto que Dios mandaba, dice aquel valeroso San Pablo á los que quieren entrar en la guerra espiritual (Ephes., IV): *Confortaos en el Señor y en el poder de su fortaleza, para que así confortados peleen las peleas de Dios con alegría y esfuerzo.* Como de Judas Macabeo se lee, que peleaba con alegría, y así vencía. Y San Antón, hombre experimentado en las espirituales guerras, solía decir *que la alegría espiritual es admirable y poderoso remedio para vencer á nuestro enemigo.* Que cierto es, que el deleite que se toma en la obra acrecienta fuerzas para la hacer. Y por esto San Pablo nos amonesta (Philip., XLVIII): *Gozaos siempre en el Señor.* Y de San Francisco se lee que reprendía á los frailes que veía andar tristes y mustios, y les decía: *No debe el que á Dios sirve estar de esta manera si no es*

por haber cometido algun pecado; si tú lo has hecho, confiésate, y torna á tu alegría. Y de Santo Domingo se lee parecer en su faz una alegre serenidad que daba testimonio de su alegría interior, la cual suele nacer del amor del Señor y de la viva esperanza de su misericordia, con la cual puede llevar acuestas su cruz, no sólo con paciencia, mas con alegría, como lo hicieron aquellos que les robaron los bienes y quedaron alegres; y la causa fué porque aposentaron en su corazón que tenían mejor hacienda en el cielo. Experimentando lo que dijo San Pablo (Rom., XII): *Gozosos en la esperanza, y sufridos en la tribulación;* porque sin lo primero, mal se puede haber en lo segundo. Mas cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasión ver lo que pasan personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza desaprovechada, anhelados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza de la misericordia de Dios que por poco no tendrían ninguna. Y muchos hay de éstos que no cometen pecados mortales, ó muy raramente; mas dicen, que por no servir á Dios como deben y como desean, y por los pecados veniales que hacen, están de aquella manera.

Como en la verdad sean tales las cosas que se siguen de aquella pena demasiada, que les daña mucho más lo que de la culpa sucede, que la misma culpa que cometieron. Y lo que pudieran atajar si prudencia y esfuerzo tuvieran, lo hacen crecer, y de un mal caen en otro. Deben éstos procurar y trabajar de servir á Dios con toda diligencia; mas si se vieren caídos, lloren, mas no desconfíen: y conociendo ser más flacos de lo que pensaban, humíllense más, y pidan más gracia, y vivan con mayor cautela, tomando avisos de una vez para otra. Y hacen muchos al revés de esto, que son descuidados y perezosos en servir á Dios, y en cayendo en la culpa no se saben valer, sino dan consigo en el pozo de la desconfianza y de mayor negligencia; como en la verdad la principal causa para evitar la desesperación sea evitar la tibieza y descuido en el servicio de Dios, porque habiendo estas raíces, quiera el hombre, ó no, no puede tener aquel vigor de corazón y esfuerzo que de la buena y diligente vida se siguen. Y si éstos considerasen que pasan mayor trabajo con estos sentimientos tristes y desesperados que de la tristeza se siguen, que pasarían en cortar de raíz las malas afecciones y peligrosas ocasiones que les impi-

den de servir á Dios con fervor, y ya que fuesen amigos de huir trabajos, habían de elegir los que tienen anejos á la perfecta virtud, por huir los que se siguen á la falta de ella. San Pablo dice (Tim., IV): *Fin del mandamiento es la caridad que procede de puro corazón y conciencia buena y fe no fingida.* Y llama conciencia buena, como dice San Agustín, *á la esperanza,* para darnos á entender que si no buena conciencia, teniendo fe y amor y buenas obras, que de aquí proceden, no habrá viva esperanza que nos dé alegría: y si hay alguna falta en la buena conciencia, habrála también en el conforte y alegría que se causan por la perfecta esperanza, porque aunque no muera, pues el tal hombre está en gracia, mas en fin obrará flacamente. Así que los que dicen: cree que Dios te perdona y te ama, y serás perdonado y amado, y otras semejantes palabras á éstas, muy gravemente se engañan, y dan testimonio que hablan de imaginación, y no de experiencia ni según la fe [1]. Y aquellos tales esfuerzos, como no son de Dios, no pueden tener en pie al hombre cuando se ofrece tribulación que sea de verdad. El esfuerzo del corazón, el gozo de la buena conciencia, frutos de la buena vida son; el cual hallan dentro de sí los que bien viven, aunque no miren en ello: y cuanto más crece lo uno, más crece lo otro. Y de causa contraria se sigue el efecto contrario, según está escrito (Eccl., III): *El corazón malo da tristeza, y de ésta nace la desconfianza y otros males contra ella.*

CAPÍTULO XXIV

De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor, y que conviene no acobardarnos, aunque el remedio de la tentación se dilate; y cómo hay corazones qne no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso les conviene ser así curados.

Lo que de todo esto habéis de sacar es, que pues tanto os conviene andar confortada con la buena esperanza y alegre en el servicio de Dios, procuréis para ello dos cosas. La primera, la consideración de la bondad y amor divinal, que en darnos á Jesucristo por nuestro se nos manifiesta. Y la segunda, que

1 Igualmente alude el Beato y refuta aquí la idea herética protestante de Lutero, quien con sus desventurados seguidores predicaba por escrito y de palabra que *sólo* la fe basta para salvarse; proposición condenada en Trento: sin tener en cuenta la doctrina de Santiago, que *la fe sin obras es cosa muerta.*

echando de vos toda pereza y tibieza, sirváis con diligencia á Nuestro Señor: y cuando en alguna culpa cayéredes, que no os desmayéis con desconfianza, mas que procuréis el remedio y esperéis el perdón. Y si muchas veces cayéredes, muchas procuréis os levantar; porque ninguna razón sufre que vos os canséis de recibir el perdón, pues Dios no se cansa de os lo dar; que quien mandó que perdonásemos á nuestros prójimos (Matth., XVIII) no sólo siete veces al día, mas setenta veces siete, que quiere decir, *que perdonemos sin tasa*, muy mejor dará el Señor su perdón cuantas veces le fuere pedido; pues su bondad es mayor y está puesta por ejemplo, á la cual sigamos nosotros; y si la entereza de vida y remedio que vos deseáis no viene tan presto como vos querríades, no por eso penséis que nunca os ha de venir, y no seáis semejable á los que dijeron: Si en cinco días no enviare Dios remedio, darnos hemos á nuestros enemigos, porque con mucha razón reprendió á estos tales la Santa Judith, y les dijo (Judith, VII): *¿Quién sois vosotros, que tentáis al Señor?* No es tal palabra como ésta para provocarle á misericordia, mas antes para despertar su ira y encender su furor. ¿Habéis vosotros señalado tiempo de la misericordia del Señor? ¿Y habéis señaládole día conforme á vuestra voluntad? Aprended, pues, á esperar al Señor hasta que venga con su misericordia, y no os canséis de padecer, pues os va en ello la vida (Luc., V). Y si los aprietos grandes os enflaquecen la esperanza, ellos mismos os la deben esforzar, porque suelen ser vísperas del remedio; pues la hora del Señor para librar es cuando la tribulación ha mucho tiempo durado; y en el presente aprieta más, como parece en sus discípulos, á los cuales dejó padecer tres partes de la noche, y á la postrera los consoló. Y á su pueblo libró del cautiverio de Egipto (Exodo, XX) cuando estaba más crecida la tribulación que padecía; y así hará á vos cuando no penséis. Y si os parece que quisiérades tener una vida muy santa y perfecta y que toda ella diera gloria al Señor, sabed que hay personas tan soberbias y yertas, que no se saben humillar sino á costa de tentaciones y de desconsuelos, y aun de caídas. Y son tan flojas, que no andan el camino de Dios con diligencia, sino á poder de muchas espoladas. Y tienen un corazón tan duro, que han menester para quebrantarlo tener muchos males. Y no saben tener discreción ni cautela, sino después de haber muchas veces errado; en fin, tienen un

corazón que con pocos bienes se hincha y hace vano, y han menester muchos males para andar humillados para con Dios y los prójimos. Y la cura de estos males ya vos veis que no puede ser sino con cauterios de fuego, de permitir Dios desconsuelos é ignorancias, y aun pecados, para que así lastimados se humillen y sean libres de los males ya dichos. Dice el Profeta Micheas (Mich., IV): *Vendrás hasta Babilonia, y allí serás librado, y te redimirá Dios de la mano de tus enemigos;* porque en la confusión de estas caídas y vida se suele el hombre humillar y buscar el remedio de Dios y hallar, ó que (por ventura) á no haber caído, lo perdiera por soberbia, ó no lo buscara con diligencia y dolor. Gracias, Señor, á Ti para siempre, que de males tan perjudiciales sueles sacar bienes del cielo, y que tan bien eres glorificado en perdonar pecadores como lo eres en hacer justos y tenerlos en pie. Y salvas por vía de corazón contrito y humillado al que no fué para servirte con lealtad. Y haces que los pecados den ocasión á que el hombre sea humilde, cauto y diligente. Y que como Tú dijiste (Luc., VII): *A quien más sueltan, más amé.* Y así se cumple lo que dijo tu Apóstol, que misericordia en justicia hace parecer más ilustre tu justicia, pues parece mayor tu bondad en perdonar y salvar á los que han pecado y se tornan á Ti. Y en otra parte dijo (Rom., VIII) *que los que aman á Dios, todas las cosas se les tornan en bien,* y aun los pecados que han hecho, como dice San Agustín; lo cual no teméis por ocasión de tibieza, ni de pecar fácilmente, pues por ninguna cosa se debe hacer; mas si tal desdicha os viniere que ofendáis á Nuestro Señor, no hagáis otro peor mal en desconfiar de su misericordia.

CAPÍTULO XXV

Cómo el demonio procura traer á desesperación poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios, y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones.

Otras veces suele el demonio hacer desmayar trayendo pensamientos contra la fe, ó muy sucios y abominables contra las cosas de Dios, y hace entender al que los tiene que salen de Él y que Él los quiere. Y con esto atribúlale de tal manera, que le quita toda la alegría del ánima y le hace entender que está des-

echado de Dios y condenado de Él, y pónele gana de desesperar, diciéndole que no puede parar en otra parte sino en el infierno, pues ya tiene blasfemias y cosas semejables á las de allá. No es tan necio el demonio que no se le entiende que un cristiano católico no ha de venir á consentir en cosas tan aborrecibles á su cristiano corazón; mas su intento es desmayarle para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y trabajado con tales importunidades venga á perder la paciencia, y así traiga el corazón alborotado y desabrido, que es cosa de que los demonios suelen sacar mucha ganancia, por el aparejo que tienen de imprimir cualquier mal en tal corazón. Lo primero que entonces debemos hacer, si no está hecho, es mirar con cuidado y muy de reposo nuestra conciencia y limpiarla con la confesión de todo lo malo que en ella sintiéremos, y ponerla en concierto, ni más ni menos que si aquel día hubiésemos de morir, y de allí adelante vivir con mayor cuidado que antes en servir á Nuestro Señor; porque acaece algunas veces permitir el soberano Juez que nos vengan estas cosas tan espantables contra nuestra voluntad en castigo de otras en que caemos por nuestra propia voluntad y descuido que en su servicio tenemos, lo cual el Señor quiere curar con azote que tanto duele, para que, lastimados con él, dejemos de pacer en las cosas vedadas y aguijemos en nuestro camino, como lo suele hacer un animal sin razón cuando es azotado de quien camina tras él. Aunque otras veces envía el Señor este tormento por otros fines que su alta sabiduría sabe; mas ahora, sea el azote enviado por uno ú otro fin, debe cada uno hacer lo que es dicho, de purificar su conciencia é ir diligente en el servicio de Dios, pues este remedio á ninguna cosa daña y para todo es de provecho: y luego, confiado en la misericordia de Dios y pidiéndole su socorro, ya que no puede dejar de oir este lenguaje, pues el demonio, aunque no queramos, puede traernos pensamientos y hablas interiores, á lo menos haga el hombre como que no los oye, y estése en su paz, sin desmayarse con ellos y sin tomarse á palabras ni respuestas con el enemigo, según dice David (Psalm. XXXVII): *Y como sordo no oía y como mudo que no abre su boca.* Dificultoso es esto de creer á los que poco saben de las astucias del demonio, los cuales si no dejan de pensar ó hacer el bien que hacían, y se ocupan en oir y andar matando las moscas de los tales pensamientos, piensan que por el mis-

mo hecho les han dado consentimiento. Y no saben que va mucha diferencia de sentirlos á consentirlos, y que mientras más los tales pensamientos son tanto abominables, tanto más pueden confiar en Nuestro Señor, que Él los guardará de consentir en males tan grandes, y á los cuales ninguna inclinación tiene, antes sí aborrecimiento. Y así el mejor remedio es no curar de ellos, con una sosegada disimulación, pues que no hay cosa que más lastime al demonio, como á soberbio, que el despreciarle tan despreciado que ningún caso hagamos de él ni de lo que nos trae; ni hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar, y á bien librar, hácenos perder tiempo y dejar de proseguir el bien que hacíamos. Y por esto debemos cerrarle la puerta de nuestro entendimiento cuan fuerte pudiéremos, y unirnos con Dios, y no responder á nuestro enemigo.

Y para nuestro consuelo y satisfacción debemos decir algunas veces al día que creemos lo que cree nuestra Madre la Iglesia, y que no es nuestra voluntad consentir en pensamiento falso ni sucio: y decir al Señor lo que está escrito (Isa., XXVIII): *Señor, fuerza padezco, responded Vos por mí;* y confiar en su misericordia que así lo hará, porque la victoria de nuestra pelea do está colgada de menear nuestros brazos á solas, mas lo principal de ella es invocar al Señor todo poderoso y acogernos nosotros á Él; porque si muchas hablas y respuestas tenemos con nuestros enemigos, ¿cómo le diremos á Dios que responda por nos? *Vosotros callaréis*—dice la Escritura (Exodo, XIV)—*y el Señor peleará por vosotros.* Y en otra parte dice Isaías (cap. XXX): *En silencio y esperanza será vuestra fortaleza;* y en faltando cualquiera de estas dos cosas, luego el hombre se enflaquece y se turba: y con este callar con disimulación y buena esperanza he visto á muchas personas haber sanado en el breve tiempo de aqueste mal trabajoso, y haber el demonio callado, viendo que ni le oían, ni respondían, como lo suelen hacer los perrillos que ladran, que si el hombre pasa y calla, también callan ellos, y si no, más ladran ellos.

CAPÍTULO XXVI

Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios, y que el remedio es creer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima, y por qué fin se pueden éstos desear.

Mas dirá algún flaco: quítanme estos malos pensamientos la devoción y suélenme venir cuando yo más me llego á la devoción y á las buenas obras, y por no oir tales cosas me da gana algunas veces de dejar el bien comenzado. Mas la respuesta está clara, que eso mismo es por lo que el demonio andaba, aunque iba por rodeo de traer pensamientos diferentes de aqueso; mas debéis antes crecer en el bien que menguar, como persona que adrede lo hace por hacer ir al demonio con pérdida de lo que pensó llevar ganancia. Y si faltare ternura de devoción no te penes por ello, pues no se miden nuestros servicios sino por el amor, el cual no es devoción tierna, mas un libre ofrecimiento y propósito de nuestra voluntad para hacer lo que Dios y su Iglesia quiere que hagamos, y para pasar lo que Él quiere que padezcamos por darle contentamiento á Él. Y si algunos que parece que dejan lo que en el mundo tienen por servir á Dios, dejasen también la desordenada codicia de los dulces sentimientos del ánima, vivirían más alegres de lo que viven, y no hallaría el demonio cabellos de codicias de que asirles para traerles la cabeza alrededor, lastimarlos y aun engañarlos. Desnudo murió Jesucristo en la cruz, desnudos nos hemos de ofrecer nosotros á Él. Y nuestra vestidura sola ha de ser hacer su santa voluntad, según está declarada en los Mandamientos de Él y de su Iglesia, y recibir con amorosa obediencia lo que Él nos quisiere enviar, por duro que sea. Igualmente hemos de tomar de su mano la tentación y la consolación, y darle gracias por uno y por otro; San Pablo dice (Ephes., V), *que en todas las cosas demos gracias á Dios*. Porque como la señal del buen cristiano es amar por amor de Dios á quien le hace mal, pues al bienhechor quien quiera le ama, así el dar gracias á Dios en la adversidad, no mirando lo áspero que de fuera parece, mas la merced escondida que debajo de aquello

Dios nos envía, es señal de hombre que tiene otros ojos que los de carne, y que ama á Dios, pues en lo que le duele se conforma con su voluntad. Y así no hemos de estar asidos á los flacos ramos de nuestros deseos, aunque nos parezcan buenos, mas á la fuerte columna de la divina voluntad, para que obedeciéndola, según hemos dicho, participemos á nuestro modo del sosiego é inmutabilidad que ella tiene, y evitemos las muchas mudanzas que en nuestro corazón hemos de sentir si en él hay codicia. Cierto, poca diferencia va de servir uno á Cristo por dineros, ó por consolaciones y gustos del ánima, por cielo ó por tierra, si el postrer paradero es codicia mía. Lucifer, según muchos Doctores dicen, deseó la bienaventuranza; mas porque no la deseó como debía y de quien debía, y que se le diese cuando Dios quería, no le aprovechó, que lo que deseaba era bueno, mas pecó por no desearlo bien, y así fué codicia y no buen deseo. Pues de esta manera os digo que no estemos asidos con ahinco y desorden á gustos espirituales; mas ofrecidos á la cruz del Señor, tomar de buena gana lo que nos diere, sea miel dulce ó hiel y vinagre.

Ni tampoco he dicho esto porque estas cosas de sí sean malas ni desaprovechadas, si de ellas se sabe usar y se reciben, no para parar en ellas, mas para tener mayor aliento en el servicio de Dios, especialmente para los que comienzan, los cuales ordinariamente han menester, conforme á su edad, leche de niños, y quien los quisiere criar con manjar de grandes y en un día hacerlos perfectos, errarlo ha mucho, y en lugar de aprovechar dañará. Tiene cada edad su condición y su fuerza, conforme á lo cual se ha de dar su mantenimiento: y como dice el experimentado y santo Bernardo, *el camino de la perfección no se ha de volar, sino pasear*. Ni piense nadie que es todo uno entenderla y tenerla. Y, por tanto, si el Señor da estas consolaciones, recíbanse para llevar su cruz con mayores fuerzas, pues que es su costumbre consolar discípulos en el monte Tábor, para que no se turben en la persecución de la cruz. Y ordinariamente, primero que éntre la hiel de la tribulación envía miel de consolación, y nunca vi estar mal ni tener en poco las consolaciones espirituales sino á quien ha experimentado qué son. Mas si el Señor nos quisiese llevar por camino de desconsuelos y que oigamos el penoso lenguaje de que estamos hablando, no nos debemos desmayar por cosa que Él nos envía, mas beber

con paciencia el cáliz que el Padre nos da, y porque Él nos lo da, y pedirle fuerzas para que le obedezca nuestra flaqueza. Ni tampoco penséis que os enseño que se puede excusar el gozo cuando el Señor nos visita, ó dejar de sentir su ausencia y el ser entregados á nuestros enemigos para ser de ellos tentados y atribulados; mas lo que os quiero decir es que procuremos con las fuerzas que Dios nos diere de nos conformar con su santa voluntad con obediencia y sosiego, y no seguir la nuestra, de la cual por fuerza se han de seguir desconsuelos y desconfianzas y cosas de aquéstas. Suplicad al Señor nos abra los ojos, que más claro que la luz del sol veríamos que todas las cosas de la tierra y del cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ella se apartase la voluntad del Señor. Y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si á ella se junta la voluntad del Señor, no sea de mucho valor. Más vale sin comparación estar en trabajos, si el Señor lo manda, que estar en el cielo sin su querer.

Y si una vez de verdad desterrásemos de nosotros nuestra secreta codicia, caerían con ella muchos malos frutos que de ella proceden, y cogeríamos otros más valerosos de gozo y de paz que de la unión con la divina voluntad suelen venir, y tan firmes que aun la misma tribulación nos los puede quitar, pues aunque los tales se sientan atribulados y desamparados, mas no por eso desesperados ni muy turbados, porque conocen ser aquel el camino de la cruz, á la cual ellos se han ofrecido, y por el cual Cristo anduvo; como parece que estando en la cruz dijo á su Padre : *Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* (Mattheo, XXVII) Mas poco después dijo : *En tus manos, Padre, encomiendo el Espíritu mío.* (Joann., XVI.) El Señor dijo: *Otra vez os veré, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno os lo quitará;* porque quien de este estado goza, no hay tribulación que allá en lo de dentro del ánima le desasosiegue notablemente, porque allá dentro está muy unido con la voluntad del que lo envía : y si así lo hiciésemos, engañaríamos al engañador, que es el demonio, pues que no desmayándonos ni tornando atrás del bien comenzado por el mal lenguaje que él nos traía, antes tomando lo que el Señor nos envía con obediencia y hacimiento de gracias, salimos sin daño de esta pelea, aunque dure toda la vida, y aun con mayor provecho que antes teníamos, pues que nos dió ocasión para ganar en el cielo coro-

nas, en galardón de la conformidad que con la voluntad del Señor tuvimos, sin curar de la nuestra, aun en lo que muy penoso nos era.

CAPÍTULO XXVII

Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en tener paciencia para las sufrir y esperanza del favor del Señor, que en la fuerza de querer hacer que no vengan.

Este vencimiento de que hemos hablado, más viene por maña de tener paciencia en lo que nos viene, que por fuerza de querer hacer que nos venga. Y por eso dice el Esposo en los Cantares (Cant., II): *Cazadnos las pequeñuelas zorras que destruyen las viñas, porque nuestra viña ha florecido.* La viña de Cristo nuestra ánima es, plantada por su mano y regada con su sangre. Esta florece cuando pasado el tiempo en que fué estéril comienza nueva vida y fructifica al que la plantó.

Mas porque á los tales principios suelen acechar estas y otras tentaciones del astuto demonio, por esto nos amonesta el Esposo florecido, que pues nuestra ánima, viña suya, ha florecido, procuremos de las cazar: en la cual palabra da á entender que ha de ser por maña, como hemos dicho. Y en decir que son zorras, da á entender que vienen solapadas, y que pareciendo que tiran á una parte hieren en otra. Y en decir pequeñuelas, da á entender que no son mucho de temer para quien las conoce; porque el conocerlas, es vencerlas del todo ó enflaquecerlas. Y en decir que destruyen las viñas, da á entender que hacen mucho daño en los hombres que no las conocen; porque amedrentados y desconfiados de salir con el negocio de Dios, dejan su camino, y con miserable consejo danse abiertamente á pecar, pareciéndoles que hallan más paz por el camino ancho de la perdición que por el estrecho de la virtud que lleva á la vida. Y los fines de éstos, si al buen camino no tornan, muchas veces es tal que trae muy ciertas señales de eterna perdición, como la Escritura dice (Eccl., XVI): *Al que se pasa de la justicia al pecado, Dios le aparejó para el cuchillo;* que quiere decir, *para el infierno.* Debieran éstos mirar que así como los gabaonitas, por haber hecho amistades con Josué (cap. X), fueron cercados y perseguidos de los enemigos, y siendo llamado Josué de ellos para que los socorriese, los so-

corrió y libertó, teniendo la causa por suya, pues por haber hecho paces con él eran perseguidos de los enemigos, así en comenzando los que sirven á Dios á ser de su bando, luego son perseguidos de los demonios como antes no eran: lo cual parece en que si quisiesen dejar el bando de Cristo cesaría contra ellos la persecución comenzada; y si la padecen, por tener en pie el bando de Cristo la padecen, lo cual es una merced muy particular que Dios hace, como dice San Pablo (Philip., I): *Á vosotros es dado por Cristo* (Jacob., I), *no solamente que creáis en Él, mas que padezcáis por Él.* Y si los ángeles del cielo pudiesen haber envidia de los hombres de la tierra, de esto la habrían, de que padecen por Dios. Aunque por palabra de Dios está prometida corona al varón que sufre tentación y fuere probado en ella: el cual galardón es muy bien hecho que lo consideremos y deseemos, para con mayores alientos no ser tibios en el obrar ni flacos en el padecer, según se dice de Moisés, que miraba al galardón. Y David también. Mas el verdadero y perfecto amor del Señor crucificado estima en tanto el conformarse con él, que tiene por muy gran merced y galardón el padecer por su Dios; porque, como dice San Agustín, *dichosa es la injuria de la cual Dios es causa.* Y pues no hay hombre que no ampare al que padece porque le entró á servir, mucho más se debe esperar esto de la Bondad divinal, y que tomará la causa por suya, según David lo pedía: *Levántate, Señor, y juzga tu causa, y acuérdate de tus injurias que el insipiente dice contra Ti todo el día.* A Dios toca el negocio que el que le sirve pretende; y por eso Dios sale á él con gran lealtad, y en esta esperanza y no en la nuestra hemos de osar emprender la empresa del servicio de Dios.

CAPÍTULO XXVIII

Del grande remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado á quien se dé entera cuenta y crédito, y lo que el confesor debe hacer con tales, y del fruto de estas tentaciones.

Suele á los que estas tentaciones tienen dar mucha pena el haberlas de decir abiertamente á su confesor, por ser cosas tan feas y malas que no merecen ser tomadas en lengua y que

sólo nombrarlas causa desmayo. Y, por otra parte, si no las dicen muy por extenso y no relatan cada pensamiento por menudo que sea, paréceles no ir bien confesados, y así nunca van satisfechos, ora lo digan, ora lo callen, mas con más tristeza de la que trajeron. Deben las tales personas buscar un confesor sabio y experimentado y darle á entender las raíces de la tentación, de manera que él quede satisfecho y entienda el negocio, y darle muy entero crédito en lo que dijere, porque en esto consiste el remedio de estas personas que, ó por su poco saber, ó por estar apasionados, no son parte para ser buenos jueces de sí [1].

Y el tal confesor debe orar mucho al Señor por la salud de su enfermo, y no cansarse porque le pregunte el tal penitente muchas veces una misma cosa, ni por otras flaquezas que suelen tener, de las cuales no se espante, ni le desprecie por ellas; *mas háyale compasión entrañable, y corríjale en espíritu de blandura*, como dice San Pablo (Galat., VI), porque no sea él también tentado en aquello ó en otro, y venga á probar á su costa cuánta es la humana flaqueza. Encomiéndele la enmienda de la vida y que tome los remedios de los Sacramentos, y déle á entender que ningún pensamiento hay tan sucio ni malo que pueda ensuciar el ánima si no lo consiente; y déle buena esperanza en la misericordia de Nuestro Señor, que á su tiempo le librará, y que entretanto sufra este tormento de sayones en descuento de sus pecados y por lo que Jesucristo pasó. Y así confortado el penitente, y llevando su cruz con buena paciencia y ofreciéndose á la voluntad de Nuestro Señor para llevarla toda la vida, si Él fuere de ello servido, ganará más con aquella hiel y vinagre que el demonio le da, que con la miel de devoción que el deseaba. Y sucede de aquí, que estando nuestra ánima en flor de principios, comience á dar fruto de hombres perfectos, pues mamando antes leche de devoción tierna comemos

1 De las condiciones singulares que ha de tener el buen pastor y director de las ovejas de Cristo, que son las almas, tratan los autores: el mismo Beato, en las reglas que da para conservar y acrecentar la vida espiritual y unión con Cristo por la gracia y, sobre todo, por la divina Eucaristía, dice que nos vayamos con pies de plomo en la elección del director y guía de nuestra conciencia: y allí es donde enseña que tratándose de directores de las almas sólo se halla *uno entre mil*. Santa Teresa los prefería que fuesen letrados; pero lo mismo ella que San Carlos, San Alfonso de Ligorio y cuantos este delicado punto dilucidaron, requieren que el buen director tenga y pueda ostentar las dos alas sin las cuales no es posible volar, conviene á saber: muy grande virtud, suficiencia y sabiduría. Y cierto que en este particular toda prudencia, discreción, humildad, piedad y paciencia es poca por mucha que muestre el director de conciencias.

ya pan con corteza, manteniéndonos con las piedras duras de las tentaciones, las cuales él nos traía para probarnos si éramos hijos de Dios, como hizo con Nuestro Señor. (Matth., IV.) Y así sacamos de la ponzoña miel, y de las heridas salud, y de las tentaciones salimos probados, con otros millones de bienes, los cuales no hemos de agradecer al demonio, cuya voluntad no es fabricarnos coronas, sino cadenas; mas hémoslo de agradecer á aquel Sumo y Omnipotente Bien, Dios, el cual no dejará acaecer mal ninguno sino para sacar bien por más alta manera, ni dejaría á nuestro enemigo y suyo atribular á nosotros sino para gran confusión del enemigo que atribula y bien del atribulado. Según está escrito (Psalm. II): *Que Dios hará burla de los burladores, y el que mora en el cielo mofará de ellos:* porque aunque este dragón juega y burla en la mar de este mundo tentando y amartillando á los siervos de Dios, hace Dios burla de él, porque saca bien de sus males; y mientras él piensa más dañar á los buenos, más provecho les hace, de lo cual él queda tan corrido y burlado que por su soberbia y envidia no quisiera haber comenzado tal juego, que salió tan á provecho de los que él mal quería: y la maldad y lazo que á otros armó, cayó sobre su cabeza, y queda muerto de envidia de ver que los que él tentó, van libres y cantando con alegría (Psalm. CXXIII): *El lazo ha sido quebrado, y nosotros quedamos libres; nuestra ayuda es del Señor, que hizo el cielo y la tierra.*

CAPÍTULO XXIX

Cómo el demonio procura con medios exteriores quitarnos de los buenos ejercicios, y cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer, y de otras cosas que ayudan para quitar este miedo, y del fruto de esta tentación.

Es tanta la envidia que de nuestro bien tienen los demonios, que todas las vías tientan para que no gocemos de lo que ellos perdieron. Y cuando en una batalla van de nosotros vencidos, y por mejor decir, de Dios en nosotros, mueven otra y otras, para si alguna vez hallaren algún descuidado á quien traguen. Mudan armas y género de batalla, pensando que á los que no vencieren en una, vencerán en otra; por lo cual, después que han visto que por astucia no nos han podido empecer por estar

enseñados con la verdadera doctrina cristiana, que nos enseña á ponernos en el justísimo querer del Señor, y sufrir con paciencia lo que nos envía de dentro ó de fuera, intentan guerra más descubierta, haciéndose león feroz el que antes era dragón escondido. Ya nos tienta de uno y va á parar en otro, mas claramente se quiere hacer temer, pensando alcanzar por espanto lo que por arte no pudo. Aquí no le verán hecho zorra, mas león fiero, que con su bramido quiere espantar, como dice San Pedro (I Petr., V): *Hermanos, sed templados y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león bramando rodea, buscando á quien trague, á lo cual resistid fuertes en la fe.*

No deben ser destemplados ni descuidados los que tienen tal enemigo, y mucho conviene velar y orar al verdadero Pastor Jesucristo las ovejas que se ven cercadas del león tan bravo. ¿Mas qué son las armas con que se vence este enemigo para que vaya confundido de esta guerra como de la pasada? Estas son, como dice San Pedro y San Pablo, *la fe.* Porque cuando un ánima con el amor de Dios, que es vida de la fe, desprecia lo próspero y adverso del mundo y cree y confía en Dios, al cual no ve, no hay por donde el demonio le éntre. Y también como esta lumbre de fe enseña á confiar, cuando hay peligros, en la misericordia de Dios, si el tal combatido se quiere aprovechar de ella, cobra grande ánimo para pelear contra el demonio, que es cosa muy necesaria para esta guerra; porque si el medroso de corazón no era bueno para la guerra de los enemigos visibles, y por esto mandaba Dios que se tornase de la guerra, cuánto menos será para pelear, no contra carne y sangre, mas contra los demonios, príncipes de las tinieblas, como dice San Pablo: *Y aunque delante el acatamiento de Dios debemos estar postrados, y temiendo no nos desampare Él por nuestros pecados;* mas en el tiempo de la guerra que nuestro enemigo nos acomete, en todo caso conviene que estemos con ánimo esforzado, despreciándolo á él, y llamando á Nuestro Señor. De esta manera leemos (Marc., XIV) que el mismo Señor oró á su Padre antes de su prendimiento, postrado y con angustia de corazón. Y de allí salió tan esforzado, que Él mismo fué á recibir á sus enemigos. El principal intento del demonio en esta batalla es quitar el esfuerzo del corazón para que por esta vía se deje el bien comenzado. Lo cual él procura, tomando unas veces figura de dragón, ó de toro, ó de otros ani-

males, y estorbando la oración con estruendos, é impidiendo el reposo del sueño, como al santo Job (cap. VII) se lee que hacía, y echando un entrañable temor en el hombre, que aunque sea esforzado le hace temblar, y otras veces sudar con angustia y cosas semejables á éstas, que dan testimonio que anda por allí este lobo infernal. Claro es, que pues todo el ardid de su guerra sea por vía de miedo, las armas principales que hemos de tener, son esfuerzo del corazón confortado, no con nuestra confianza (Isa., XII), sino con la fiucia en Nuestro Señor; porque ésta es la que en esta guerra nos hace victoriosos, pues que la fiucia vence al temor, según está escrito. *Confiadamente lo haré, y no temeré.*

Y tened por cierto, que no os arrepentiréis de haber puesto en Dios vuestra fiucia, que es una esforzada esperanza; ni diréis: *Engañado me ha, pues no me salió como yo pensaba.* Porque la esperanza, como dice San Pablo (Rom., V), *no echa en vergüenza, ni quien espera en el Señor, será confundido.* Nunca ella falta al hombre si el hombre no falta á ella, y entonces le falta cuando pierde la caridad, que es vida de la esperanza y de toda virtud. Y conociendo los viejos del Yermo cuán necesario era este corazón confortado para no ser vencidos en estas peleas contra los demonios, que eran muy usadas entre ellos, iban de noche á hacer oración en la soledad á los sepulcros de los difuntos, para ganar libertad del miedo, cuyo señorío es muy dañoso. Y si el consejo de Cristo tomamos, muy seguros viviremos de aqueste temor; porque Él nos lo quita diciendo: *Yo os enseñaré á quien temáis: temed á aquel que después de haber muerto el cuerpo, puede echar en el infierno: á éste temed.* Quien á Dios no teme, ha de temer por su mala conciencia al mundo y demonio. Mas quien á Dios teme, no teme al demonio, pues el temerle es un cierto modo de sujeción, como que nos puede dañar en algo; y como no pueda ni llegar al cabello de nuestra cabeza sin la licencia de Dios, no hay por qué temerle á él, sino al Señor, que puede darle licencia (Matth., X). Y por eso debemos estar siempre humillados, y con santo temor delante de Dios; mas para con el demonio, muy esforzados con la esperanza de Dios, y llenos de una santa soberbia. Y cuanto él más bravezas mostrare, tanto vos temed á Dios, y os encomendad á Él, y tanto menos temed al demonio. Así leemos de aquel gran vencedor de demonios San Antón, que viéndose

cercado de ellos en figura de fieros animales, que parecía que lo querían tragar, les decía: "Si tuviésedes algunas fuerzas, uno sólo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois quebrantados quitándooslas Dios, procuráis de juntaros á una muchos de vosotros para atemorizar. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, veisme aquí, tragadme; mas si no lo tenéis, ¿por qué trabajáis en balde?„ Y así solía decir este Santo, que contra los demonios la señal de la cruz y la fe del Señor (que algunas veces quiere decir confianza) nos es á nosotros muro inexpugnable. Y aunque cotejadas nuestras fuerzas con las de Él, son muy pequeñas y flacas; mas la fe nos dice, si sordos no estamos, que el Señor es defendedor de todos los que esperan en Él.

Y pues que Él tiene bondad para prometernos su amparo y socorro y para poner su corazón y sus ojos en su Iglesia, figurada en el templo de Salomón, y tiene verdad y poder para cumplir sus promesas, sin que nadie sea bastante á resistirle en cielo, ni en tierra, ni á quien es ayudado por Él, no sentiría el cristiano como cristiano de Dios, y de su verdad, bondad y poder, si no creyese que Él de su parte cumple muy bien las promesas de su socorro. Mas como éstas y otras semejables á éstas, que Él hace, se entiendan con condición que el hombre esté en estado de gracia, ó se apareje para lo estar, no por sólo creer á las promesas en general, ni por creer que les son aplicadas á él en particular, mas por la penitencia y medios que la Iglesia católica enseña, aunque creamos de cierto que hay en la Iglesia cristiana muchas personas que están en estado de gracia, á las cuales, sin duda ninguna, Dios cumple sus promesas, de que es defendedor de los que esperan en Él. Mas como ninguno esté cierto, sin especial revelación, que él esté en estado de gracia, debe de creer por católica fe que nunca deja de cumplirse de parte de Dios. Mas puede y debe temer, que por ventura no se efectúan en él, por su culpa ó negligencia de no hacer lo que debe. De manera, que con algún temor de su parte y con confianza de parte del Señor, procurará de esforzarse y aprovecharse de las palabras de Dios, que promete socorro á los que pelean por Él. Y el temor é incertidumbre en que Dios nos dejó, que no supiésemos de cierto si estábamos en su amistad, aunque parece penoso es provechoso, para guarda de nuestra humildad, y para no despreciar

á los prójimos, y para ponernos espuelas para bien obrar. Y tanto con mayor cautela y aviso, cuanto menos sabemos de cierto si agradamos al Señor. Mas no penséis que por esto habéis de traer vuestro corazón desmayado con vano temor, pues que siendo verdad lo que os he dicho, no es estorbo para que diga David (Psalm. XXVI): *Si se levantaren contra mí reales, no temerá mi corazón; y si se levantare contra mí guerra, en Dios esperaré.* Y así amonesta San Pablo (Hebr., XIII), que nos aprovechemos de las palabras que dijo Dios: *No te dejaré, ni desampararé.* De tal manera, que confiadamente digamos: el Señor es mi ayudador, no temeré lo que me haga hombre. Las cuales y semejantes palabras no quitan del todo el temor que un cristiano por su parte debe tener, mas quitan el demasiado con la confianza que en Dios debe tener.

Y así entre estas dos cosas camina: temor y esperanza. Y cuanto más crece el amor, crece también la esperanza, y va decreciendo aqueste temor; por eso si queréis sentir el mucho esfuerzo y poco temor que sienten los varones perfectos, lanzad de vos la tibieza y tomad el negocio de la virtud á pechos, y leeréis en vuestro corazón el esfuerzo y seguridad que leéis en los libros. Y entonces pelearéis contra el demonio con osadía, aunque os rodee como león para tragaros, porque tendréis esperanza que os defenderá Jesucristo, fuerte león de Judá, el cual siempre vence en nosotros, si no perdemos su confianza, y si como cobardes no nos damos las manos atadas á nuestros enemigos, sin querer pelear. No deja el Señor venir estas guerras y tentaciones á los suyos sino para mayor bien, pues está escrito (Jacob., I): *Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque siendo probado recibirá la corona de vida, que Dios prometió á los que le aman.* Quiso Él así, que la paciencia en los trabajos y el estar en pie por su honra en las tentaciones fuese el toque con que sus amigos fuesen probados: porque no es señal de amigo verdadero acompañar en el descanso, mas estar fijo con el amigo en el tiempo de la tribulación. Y como cualquier hombre se huelga de tener amigos probados, con hacerle preferencia en el tiempo de su tribulación tomándola por propia de ellos, así se huelga Dios de los tener, y como agradecido les dice: *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones.* Y como copioso galardonador les dice (Luc., XXII): *Yo os dispongo el reino como mi Padre lo dis-*

puso á Mí, para que comáis y bebáis sobre mi mesa en mi reino, compañeros en los trabajos, y después en el reino. Esforzaros debéis á pelear varonilmente las guerras que contra vos se levantan, por apartaros de Dios, pues que Él es vuestro ayudador en la tierra y vuestro galardón en el cielo. Acordaos cómo San Antón, siendo reciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda y entrar por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia huyeron todos los demonios, y el dolor de las llagas de él fué quitado, y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: "¿Dónde estabas, ¡oh buen Jesús? ¿Dónde estabas cuando yo era tan mal tratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aquí al principio de la pelea, para que impidieras ó sanaras todas mis llagas?„ Á lo cual el Señor respondió, diciendo: "Antón, aquí estuve desde el principio, mas estaba mirando cómo te habías en la pelea. Y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la redondez de la tierra„; con las cuales palabras, y con la virtud del Señor, se levantó tan esforzado, que entendió por experiencia haber recobrado más fuerzas que primero había perdido.

Y de esta manera trata el Señor á los suyos, que los deja muchas veces en trances de tanto peligro, que no hallan donde hacer pie, ni hallan en sí un cabello de fortaleza á que se asir, ni se pueden aprovechar de los favores que en tiempos pasados han recibido de Dios, y quedan como desnudos, y en unas obscuras tinieblas entregados á persecución de sus enemigos. Mas súbitamente, cuando no piensan los visita el Señor, y libra, y deja más fuertes que antes estaban, y les pone debajo los pies á sus enemigos. Y el ánima, aunque más flaca en naturaleza que el demonio, siente dentro de sí un esfuerzo tan poderoso, que le parece que despedaza al demonio como á cosa muy flaca y sin resistencia. Y no sólo con uno, mas con muy muchos osaría pelear; tal es el esfuerzo que siente, que de nuevo le vino del cielo, con el cual no sólo se defiende, mas dice como David: *Perseguiré á mis enemigos, y tomarlos he, y no tornaré hasta que sean vencidos; quebrantarlos he, y no podrán estar en pie, y caerán debajo de mis pies.* ¿Qué cosa más provechosa que la que pide San Agustín, cuando dice: *Señor, conózcate á Ti con amoroso conocimiento, y conózcame á mí?* ¿Y qué cosa tan á lo propio para conocerse un hombre á sí mismo, como verse por

experiencia en tales trances? Que toca con sus manos, como dicen su propia flaqueza, tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima; y por otra parte experimenta cuán verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de su necesidad, cuán fuerte en librar los suyos de tanta flaqueza y en darles admirable fortaleza súbitamente, y cuán lleno es de misericordia, pues visita y apiada á los que tan estremadamente están fatigados; con lo cual el hombre cae en su faz, conociendo su poquedad y miseria, y adora á su Dios, amándolo y esperando socorro de Él, si en otro peligro se viere. Lo cual afirma San Pablo haberle acaecido á él de esta manera (Rom., V): *No quiero, hermanos, que ignoréis nuestra tribulación que pasamos en Asia, en la cual sobremanera, y sobre nuestras fuerzas, fuimos atribulados, tanto, que nos daba fastidio el vivir, y nosotros, dentro de nosotros, tuvimos por cierto que no habíamos de escapar de la muerte.* Y esto acaeció así, para que no tengamos fiucia en nosotros, mas en Dios, que da vida á los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, en el cual esperamos que también nos librará de aquí adelante.

CAPÍTULO XXX

De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea, y de dos significaciones que tiene esta palabra creer.

Según San Gregorio dice, el cumplimiento de las cosas pasadas da certidumbre de las cosas por venir. Y pues los hombres fían sobre prendas, no parece que se hace mucho con Dios en esperar que nos librará en la tribulación que nos viene, pues nos ha librado muchas veces en las pasadas. Claro es que si un hombre nos hubiese enseñado su amor y favor, socorriéndonos en nuestros trabajos diez ó doce veces, creeríamos que nos amaba y que nos favorecería, si en otros trabajos tuviésemos necesidad de él. ¿Pues por qué no tendremos esta credulidad de que Dios nos amparará en nuestros peligros, pues que no doce, sino muchas veces hemos experimentado su socorro en las tribulaciones? Acordaos bien de cuántas veces os ha sacado á vos con victoria de estas peleas, tan reñidas con nuestro adversario, y le

fuisteis agradecida por ella, y concebisteis crédito y confianza del que os amaba, pues tras la tempestad os había enviado bonanza, y tras las lágrimas, gozo; y os había sido verdadero Padre y amparo. ¿Pues por qué ahora que os quiere probar con la tribulación presente, la confianza, amor y paciencia, y hace como que se esconde, y que no responde á vuestros clamores, os enflaquecéis tanto, que una prueba que de presente os viene os hace perder la confianza que en muchas habíades ganado? Ya sabéis que lo que de presente tenemos lo sentimos más. Y si miráis al aprieto que de presente tenéis, y como el Señor no os saca de él, juzgaréis que el cuidado que el Señor tenía de vos lo ha ya perdido y diréis lo que dijeron los Apóstoles en una grave tempestad de la mar, al Señor que estaba durmiendo (Marc., IV): *¿Maestro, no se te da nada de que perecemos?*

Y de esta manera comprenderos ha la reprensión de la Escritura, que dice (Eccl., XXVII): *El necio se muda como la luna:* conviene á saber, porque ya está de una manera, ya de otra. Y seréis como la veleta del tejado, que aun en un día tiene muchas mudanzas, porque con cada viento se muda. Tuvisteis al Señor en posesión de cuidadoso de vos y de amparo en vuestros trabajos, porque entonces os sopló el viento de su misericordia y consolación, con que os libró, y disteisle gracias. Y porque ahora os sopla otro viento, con que el Señor os quiere probar y atribular, no tenéis el crédito ni la confianza que antes teníades. De manera que no creéis sino lo que veis. Y no tenéis al Señor en otra posesión, sino según de presente lo hace con vos, sin aprovecharos de lo que muchas veces pasadas experimentasteis, para estar confortada en el Señor en la prueba presente. Extraña incredulidad fué la de aquellos que habiendo visto en Egipto las maravillas de Dios, y las victorias y favores que en el desierto obró Dios con ellos, no creyeron á su palabra, con que les había prometido la entrada en la tierra de promisión; por lo cual, como dice San Pablo, no entraron allá; y así, aunque no según igualdad, mas según semejanza, es grande la desconfianza y pusilanimidad de aquel hombre, que habiéndolo Dios librado muchas veces de peligros pasados no cobra fiucia de que no será desamparado ni confundido en el peligro presente, ni aun en los por venir; pues según hemos dicho, la esperanza que en el Señor se pone, si el hombre no le falta, no echará á nadie en falta, ni le será causa que diga, engaña-

do fuí. Y conviene saber, que unas veces se toma creer, por aquella obra que el entendimiento hace, afirmándose en las verdades de la fe católica con suprema certidumbre, según arriba se dijo. Y el que cree contra esta fe, se llama y es hereje é incrédulo á boca llena: y el tal error creído, tiene nombre de herejía é incredulidad. Y de esta manera este desconfiado de quien estamos hablando, ni es incrédulo ni tiene incredulidad, pues que ni tiene obligación de creer, como cosa de fe católica, que Dios le librará de este trabajo, como eran los del desierto obligados á creer que les diera Dios vencimiento de los enemigos que estaban en la tierra de promisión, si fueran á pelear contra ellos.

Mas otras veces suelen los santos, y el uso común del hablar, llamar creer al tener una opinión, causada de razón ó conjeturas, la cual llaman credulidad; y si es vehemente, llámase fe. Y esta manera de credulidad tiene uno, que por conjeturas probables cree que está perdonado de Dios, y en su gracia, y que Dios le ayudará en lo que adelante hubiere menester. Y esto, que en el entendimiento está, ayuda á la confianza ó esperanza que están en la voluntad: y por esto algunas veces se toma incredulidad por desconfianza, y credulidad ó fe por confianza. Y de esta manera se puede decir que éste, que por haberle Dios librado de otros peligros, y por otros motivos, tenía razón para creer, no con certidumbre, que Dios también le librara en este peligro, tiene incredulidad, no contra la fe católica, mas contra la que resulta de las conjeturas. Mas porque los luteranos usan tomar unas palabras de éstas por otras, debemos los católicos hablar distintamente, llamándola fe y confianza con sus propios nombres, declarando el creer ó la incredulidad de qué manera se entiende, pues lo que en un tiempo se puede seguramente decir por unas palabras, en otro se debe evitar. Tornando, pues, al propósito, huid de la desconfianza y de las mudanzas que la Escritura reprende, que el necio tiene como la luna. Y procurad de tener parte en la estabilidad de que alaba al justo, diciendo (Eccl., XXVII): Como sol permanece: quiere decir, que siempre está de una manera. Aprended de unas veces como habéis de haberos en otras, y como la Escritura dice (Eccl., XI): *En el día de los bienes, no te olvides de los males: y en el día de los males, no te olvides de los bienes;* para que templando lo próspero de lo uno

con lo adverso de lo otro, viváis en una igualdad, que ni estéis derribada en el tiempo de la tribulación con el peso de la desconfianza y tristeza, ni tampoco desvanecida la cabeza con la demasiada alegría, en el tiempo de las consolaciones espirituales. Así se lee de aquella Santa Ana, madre del Profeta Samuel (I Reg., I), que después de haber orado en el templo de Dios, no fué su rostro mudado en cosas diversas : quiere decir, que guardó aquesta igualdad de corazón. Isaías dice (Isa., IV; Ezech., XXXIV) : *Que había de haber una morada que diese sombra contra el calor del sol, y que diese seguridad y fuese defensa contra el torbellino y la pluvia.* Y sería bien que procurásedes de vivir en esta morada, para que teniendo una fortaleza de corazón, confiado en la misericordia de Dios, os causase esta seguridad aun en los negocios y lugares en que suele haber peligro, según está profetizado del tiempo de la nueva ley, que en los bosques habían de dormir los hombres seguros.

Y aunque parece cosa entraña tener sosiego y seguridad en este destierro; mas así como en comparación de la que hay en el cielo, es muy pequeña, mas en comparación de los temores que tienen los malos, es muy grande y de mucha estima, la cual dice Job (Job, XI), *que tendrá quien echare de sí la maldad.* Y particularmente dice San Pablo (Hebr., VI), *que la virtud de la esperanza es como áncora firme y segura del ánima;* porque aunque tenemos por enemigo al demonio, que con estas peleas nos quiere amedrentar y desconfiar, también tenemos un amigo más fuerte que él y más sabio. Y si él nos aborrece, mucho más nos ama Cristo, sin comparación. Y si él no duerme, buscando cómo los dañe, los ojos benditos de Dios velan sobre nosotros, para ayudarnos á salvar, como sobre ovejas, por quien dió su sangre preciosa. Pues si tenemos con nos el brazo del Omnipotente, ¿qué temeremos al demonio, cuyo poder es flaqueza en comparación del Divino? ¿Cómo temerá al demonio quien cree muy de verdad, si se quiere aprovechar de la fe, según arriba se dijo, que en ninguna cosa puede el demonio dañarnos sin tener licencia de Dios? ¿Pudieron, quizá, los demonios, sin tener primero esta licencia, tocar en Job ó en cosa suya, ó ahogar los puercos de los gerasenos? Pues quien no puede tocar á los puercos, ¿podrá tocar á los hijos? Confortaos, pues, en el Señor, dice San Pablo (Ephes., VI), y en

la potencia de su virtud, y tomad las armas de Dios para poder estar en pie contra las asechanzas del demonio. Y habiendo contado algunas particulares armas, añade diciendo: *En todas las cosas, tomando el escudo de la fe, en el cual podáis apagar todas las lanzadas encendidas con fuego.*

Porque como este enemigo pueda más que nosotros, debemos aprovecharnos del escudo de la fe, que es cosa sobrenatural, escudándonos con alguna cosa de nuestra fe, así como con una palabra de Dios, ó con recibir los Sacramentos, ó con una doctrina de la Iglesia. Y creyendo firme con el entendimiento que todo el poder es de Dios, y confortados con el capacete de la esperanza, y ofrecidos á Dios con el amor, tomando de buena gana lo que Él nos enviare, venga por donde viniere, haremos burla de nuestro enemigo y adoraremos al Señor, que nos dió contra Él victoria, no sólo por sí, mas aun mediante el socorro de sus santos ángeles, los cuales pelean por nos, como fué enseñado al criado del gran Eliseo (IV Reges, VI), el cual tenía mucho temor de un gran ejército de gente que venía á prender á su señor, al cual dijo Eliseo: *No quieras temer, porque más son por nosotros que contra nosotros:* y como orase Eliseo diciendo: *Abre, Señor, los ojos de este mozo porque vea,* abrió Dios los ojos del mozo, y vió que estaba un monte lleno de caballería y carros en derredor de Eliseo, los cuales eran ángeles del Señor, venidos á defender al Profeta de Dios. De manera que si queremos ser del bando de Dios, tendremos de nuestra parte muchedumbre de ángeles. Uno de los cuales puede más que todos los infernales poderes. Y lo que más es, tendremos al Señor de los ángeles, el cual solo puede más que los infernales y celestiales poderes. Y, por tanto, bastarnos debe tanto favor para despreciar al demonio, dejando todo vano temor y hacernos fuertes leones contra él, en virtud de Cristo, que fué manso Cordero en entregarse por nosotros á muerte, y fué león en despojar los infiernos, y venciendo y atando los demonios, y defendiendo con su brazo á sus amadas ovejas. Y si á alguno le parece que he sido largo en esta materia, atribúyalo al deseo que tengo de que no seáis vos uno de los muchos que he visto, por miedos del demonio, dejar el servicio de Dios.

Bien sé que hay otras guerras contra este enemigo más crueles que aquestas dichas. Y también sé, que en el extremo

de la tribulación, cuando ya ni hay fuerza en quien padece, ni sabiduría en quien rige la nao, y cuando el león y oso infernal piensa tener tragada la oveja, viene el esforzado y piadoso David Jesucristo, y saca la oveja libre y salva de la boca del león, despedazando á quien la llevaba. Y soy testigo de mayores tribulaciones que no pudiera creer si no las viera : y de la maravillosa y piadosa providencia de Dios, que no desampara en las tribulaciones á los que le buscan, aunque sea con flaquezas y faltas. Y aunque he visto haber muchos de los que temen á Dios gravemente atribulados en estas peleas, ninguno he visto que haya parado en mal. Por tanto, quien en estos trances se viere, como metido en el vientre de la ballena, llame desde allí á Jesucristo, y ayúdese de los buenos consejos que su confesor le da, y tengan entrambos buena esperanza en el buen Pastor, que dió su vida por sus ovejas, que mortifica y vivifica, mete en los infiernos y saca; porque ya que en un tiempo envíe trabajos, en otro los quita, y con mucha ganancia del atribulado.

CAPÍTULO XXXI

Que lo primero que debemos oir es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón.

Todo lo que hasta aquí se os ha dicho, ha sido daros á entender á quién no habéis de oir, y daros para ello los avisos que habéis leído [1]. Resta deciros á quién habéis de oir, para que cumpláis la primera palabra que el Profeta dice: *Oye*, *hija*, *y*

1 Son, pues, los tres capitales y encarnizados enemigos del hombre quienes jamás han de ser oídos, ni obedecidos, poco ni mucho, según enseña el Santo Beato en los treinta capítulos anteriores; conviene á saber: el mundo, que es mónstruo horrendo de cien cabezas, trastornador de familias, consumidor de fortunas y robador incansable del sosiego y reposo cristiano que goza quien huye y anda libre de sus garras; el demonio, espíritu perversísimo, engañador y falsa divinidad de gente sectaria, viciosa, desventurada y ciega que en antros y logias le canta himnos y adora: justo castigo de quien se rebela contra Dios y le niega su debida adoración; y, finalmente, la carne, enemigo más temible y más taimado que el mismo Satanás y el mundo susodichos, por ofrecer sus mortíferas y ponzoñosas dulzuras al ánima en su propia casa, vendiéndola y esclavizándola con beso traidor á lo Judas, y clavándole el puñal hasta las entrañas con abrazos de mentida paz. No hay libertad posible, sino miserable y triste esclavitud, desventura y, al fin, muerte en quien escucha y sirve á cualquiera de los tres. La verdadera libertad y felicidad posible acá en el mundo sólo está en la verdad cristiana: *véritas liberabit vos*.

sabed que quien merece que le oigan, la verdad sola es. Mas porque hay muchas verdades que el oirlas ó conocerlas hace poco á nuestro propósito, pues aquí queremos hablar de la fe católica que tenemos los cristianos, os digo que la habéis de oir y aprender de lo que habla Dios en su Divina Escritura y en su Iglesia católica. Y esta fe es el principio de la vida espiritual: y por eso, como arriba dijimos, con mucha razón somos primeramente amonestados por el Profeta de lo que primeramente nos conviene hacer, pues que dice San Pablo (Romanos, X) *que la fe nos entra por el oído.* Esta fe es la primera reverencia con que el ánima adora á su Criador, sintiendo de Él altísimamente, como de Dios se debe sentir: porque aunque algunas cosas de Dios se pueden por razón alcanzar, las cuales llama San Pablo (Rom., I) *lo manifiesto de Dios.* Mas los misterios que la fe cree, no puede la razón alcanzar cómo sean. Y por eso se dice, que cree la fe lo que no ve, y adora con firmeza lo que á la razón es escondido: lo cual se nos da á entender en que los dos serafines tenían cubierta la faz de aquel gran Señor que en el templo vió Isaías (Isa., VI). Y también cuando Moisés se acercó á tratar con el Señor en el monte, dice la Escritura (Exodo, XXIV), *que entró en la obscuridad ó niebla donde estaba el Señor.* Cosa muy extraña parece de Dios poner su morada en tinieblas, pues es lucidísima luz, en el cual ningunas tinieblas hay, como dice San Juan (Joann., I).

Mas porque es luz tan lucida y tan sobreluciente, que, como dice San Pablo (I Tim., VI), *mora en una luz que nadie puede llegar á ella,* dícese morar en tinieblas; porque ningún ojo criado, de hombre ó ángel, puede con su razón alcanzar sus misterios: y por eso para el tal ojo, tinieblas se llama la luz: no porque sea luz obscura, mas porque es luz que excede á todo entendimiento sobre toda manera, como cuando se mueve una rueda velocísimamente, solemos decir que no se menea, y hablamos así porque nuestros ojos no pueden tener cuenta con tan veloz movimiento, no por ser falto, sino por ser muy sobrado á los ojos humanos. Y no sólo reverencia á Dios nuestra fe, creyendo lo que no alcanza razón; mas también nos predica ser tan alto, que aunque por su lumbre Dios sea visto claramente en el cielo, ningún entendimiento humano ni angélico puede ver tanto de Él cuanto hay que ver en Él. Ninguna voluntad, ningún gusto, aunque todos se junten á una, pueden

amar ni gozar cuanto hay en Él que amar y gozar. Sólo Dios es el que se comprende; que los demás, después que le ven, aman, y gozan y alaban, con todas las fuerzas de su corazón le reverencian, con conocer, que en comparación de lo que Él es y de lo que de Él se puede decir, y del servicio que se le debe, es muy poco todo lo que de Él conocen y por Él hacen. Y así, cayendo en sus faces, le adoran con un profundo silencio, confesando que Él sólo es su perfecta alabanza, á la cual ellos no pueden llegar. Y este silencio es honra muy propia de Dios, porque es confesión que se le deben tales alabanzas, que son inefables á toda criatura. Y de esta honra dice David (Psalm., LXIV): *A ti conviene alabanza, ¡oh Dios!, en Sión.* De manera, que aunque en el cielo haya voz sin cesar de alabanza divina, diciendo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de las batallas,* con otros admirables loores que allá le dan, mas también confiesan con el silencio que es el Señor mayor de lo que pueden entender ni decir, porque se subió sobre el querubín y voló sobre las alas de los vientos (Isa., VI, y Psalm. XVII); porque nadie, por mucha ciencia que tenga, le puede comprender; y todos han de decir, los que le conocieren ó vieren, lo que dijeron los hijos de Israel cuando vieron el pan que del cielo venía, *¿Manhu?* (Isa., VI, y Psalm. XVII.) Que quiere decir: *¿Qué es esto?* Admirándose, como la Reina Sabá, de un infinito abismo de lumbre, del cual, aunque ven en el cielo más que de él oyeron en la tierra, mas no pueden comprender todo lo que en él hay. Tal es el Dios que tenemos, y tal nos lo predica la fe, cantando lo que dice David (Psalm. XC): *El cielo del cielo es para el Señor.* Porque este secreto de quién Él es, de la manera ya dicha, para sí sólo es, pues Él sólo se comprende.

CAPÍTULO XXXII

De cuán conforme es á razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón.

Es menester que estéis advertida á que por haber oído que nuestra fe cree cosas que aunque no sean contra razón, no se pueden alcanzar por razón: no por eso penséis que el creerlas es cosa contra razón ó sin razón. Porque así como está

muy lejos de quien cree, entender claramente lo que cree, así es cosa ajena del creer cristiano haber liviandad en el creer. Pues que tenemos para creer tales razones, que osaremos parecer y dar razón de nuestra fe delante de cualquier tribunal, por muy justo que sea, como San Pedro nos amonesta (I Petr., V), que debemos estar los cristianos aparejados á ello. Lo cual entenderéis fácilmente con aquesta semejanza que os pongo. Si oyésedes decir que un ciego de nacimiento hubiese cobrado la vista súbitamente, ó que un muerto hubiese resucitado, claro es que vuestra razón no podría alcanzar cómo esto se puede hacer, pues es sobre toda naturaleza, y la razón no puede alcanzar lo sobrenatural. Mas tantos testigos y tan abonados os podían afirmar que lo habían visto, que no sólo no fuese liviandad el creerlo, mas fuese incredulidad y dureza de corazón no creer. Porque aunque la razón no alcanza cómo un ciego pueda ver, ó un muerto tornar á vivir, á lo menos alcanza que es razón de creer á tales y tantos testigos; y si estos tales muriesen en confirmación de esto que afirman, habría más razón para lo creer; y si hiciesen ellos otros milagros tan grandes ó mayores como el otro que afirman en confirmación de él, ya gran culpa sería el no creer, aunque fuese cosa muy nueva y muy alta la que éstos decían haber acaecido. Pues así entended, que no hay cosa que la razón menos alcance, que claramente entender lo que cree la fe; ni hay cosa tan conforme á razón como el creerlo, y es cosa de muy grande culpa el no creer. Cierto es, que por aquellos milagros verdaderos que hizo Moisés, el pueblo de Israel creyó que era mensajero de Dios y que hablaba con Dios, y recibió la ley como cosa dada por Dios.

Y también por unos pocos y falsos milagros que hizo Mahoma fué creído de los Alarbes y gente bestial que era mensajero de Dios, y como tal recibieron la ley bestial que les dió. Pues mirad á los milagros hechos por Jesucristo Nuestro Señor, y por sus Apóstoles y por los otros santos varones que en confirmación de esta fe se han hecho desde entonces hasta el día de hoy, y hallaréis, que antes podréis contar las arenas del mar que la muchedumbre de ellos, y que incomparablemente exceden á todos los que en el mundo se han hecho en calidad y en cantidad. "Tres solos muertos fueron resucitados en todo el discurso de la ley vieja, que duró dos mil años, ó casi. Y si miráis

en la nueva, San Andrés solo resucitó de una vez á cuarenta muertos.„ Para que así se cumpla lo que el Señor dijo (Joannis, XIV): "Quien en Mí cree, hará aún mayores obras que Yo, y se vea su grande poder, pues no sólo por sí mismo, mas por los suyos, en los cuales él obra, puede hacer todo lo que quisiere por maravilloso que sea.„ Heos contado lo que un solo Apóstol de una vez hizo, para que por aquí entendáis los innumerables milagros que por aqueste Apóstol y por los otros Apóstoles y santos en la Iglesia cristiana se han hecho. Y aunque en el principio de la Iglesia hubo tantos y tales milagros en confirmación de la fe, que sobra la prueba; mas es tanta la gana que el Señor tiene que todos se salven y vengan en conocimiento de esta verdad, y que los que ya la conocen se consuelen y más se confirmen en ella, que tiene su Providencia cuidado de renovar esta prueba y ser testigo de esta verdad con nuevos milagros. Y así por maravilla hay edad en la cual algun cristiano no sea canonizado por santo. Lo cual no se hace sin suficiente prueba de vida perfecta y de muchos milagros: de los cuales, si alguno fuere curioso y los quisiere buscar, no le faltará, aun en nuestros tiempos, que ver entre nosotros y en las Indias Orientales y Occidentales con más abundancia.

CAPÍTULO XXXIII

De cuán firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella.

Posible es que alguno ponga duda en los dichos de nuestros testigos, que dicen ó escriben esta muchedumbre de milagros que ha habido en la Iglesia cristiana. Porque como ellos aborrecen la fe, paréceles que si estos testigos son verdaderos, no pueden dejar de confesar que tenemos mucha más razón para creer nuestra verdad que ellos su engaño. Mas pregunto: ¿si á nuestros testigos no se da crédito, y por eso no quieren recibir nuestra fe, por qué la dan á los suyos y reciben su falsa creencia, pues que es cierto y manifiesto, si quisiesen tomar trabajo de lo mirar, que nuestros testigos exceden á los suyos en todo género y peso de autoridad? Varones ha habido en la Iglesia cristiana cuya vida ha sido tan buena manifiestamente, que da testimonio estar ellos limpios de toda codicia, y de todo

apetito de honra, y de todo cuanto en el mundo se estima y florece, y llenos de toda virtud y de verdad, aun hasta morir por no las perder. ¿Qué interés puede pretender en el testimonio que da el que ninguna cosa del mundo pretende, y aun las que tiene las echa de sí? ¿Qué interés le puede mover á ser falso testigo á quien da su vida con tormentos gravísimos en confirmación de su dicho? Y aunque algunos suelen á poder de tormentos decir lo que el juez les pide, aunque sea contra verdad, mas si los nuestros dijeran lo que el juez les pedía, no sólo no perderían hacienda ni vida, mas aun quedaran en todo más prósperos, por lo mucho que los jueces les dieran, según se lo prometían. Mas despreciando todo esto, morían por no perder la fe ó la virtud, lo cual quería el juez que perdiesen: de manera, que ninguna cosa temporal amaban, ni cosa temporal temían por recia que fuese, y por eso ninguna tacha se les puede poner en su dicho. Y si alguno le pareciere que estas pruebas son suficientes para tenerlos por buenos, y que á sabiendas á nadie querían engañar, mas que por ventura se engañaban ellos y engañaban á otros sin lo entender, dícese á esto que tal gente ha habido en la Iglesia que ha derramado la sangre por Cristo, tan llena de sabiduría manifiestamente, que no se puede con razón creer de ellos que se engañasen en cosa tan pesada y tan afirmada, aun hasta perder la vida por ella: porque lo mucho que en estas cosas se interesa hace á los hombres mirar y remirar lo que afirman. Que no se suele poner la vida en confirmación de verdad, si de ella el tal hombre no está muy suficientemente certificado. Y cosa es notoria haber habido y haber tal sabiduría en el pueblo cristiano, que exceden á las otras generaciones, como maestros muy sabios á muy rudos discípulos. Y haber sido, no uno ni ciento, mas grandísimo número de los tales, es muy gran testimonio de la verdad de nuestra fe, en cuya confirmación perdieron la vida. Porque aunque leemos de algunos haber muerto en confirmación de su error, son sin comparación excedidos de los nuestros en número, virtud y sabiduría.

CAPÍTULO XXXIV

Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe es grande testimonio de su verdad, y de cuánto han excedido en bondad los cristianos á todas otras gentes.

Y pues hemos hecho mención de la bondad y virtud que en mártires cristianos ha habido, no es razón que os deje aquí de decir cuán gran testimonio es de nuestra fe la vida perfecta de los que la creen [1]. Pues que siendo Dios bueno y hacedor de todo lo bueno, toda razón dice que Dios es amigo de buenos, pues que cada uno ama á su semejable, y cada causa á su efecto. Y si amigo, hales de ayudar en sus necesidades, y la mayor de todas es la salvación de sus ánimas, y no se pueden salvar sin conocimiento de Dios, y no lo pueden conocer de manera que se salven si Él no se les descubre. Resta, pues ninguna cosa de éstas se puede negar, que si conocimiento de Dios hay en la tierra con que los hombres se salven, Dios lo da á los cristianos, pues entre ellos ha habido y hay la gente de más alta vida y perfectas costumbres que en ningún otro tiempo ó generación ha habido.

Los filósofos parece que fueron la flor de naturaleza y la hermosura de ella, donde parece que echó todas sus fuerzas en lo que toca á bien vivir, conforme á razón. Mas dejando de decir los feos males que San Jenónimo cuenta de los principales filósofos, y hablando de algunos que tenían al parecer más rastro de virtud que los otros, excédenles tanto los de la Iglesia cristiana, que nuestras flacas mujeres y mozas son de mayor virtud que los que allá eran estimados por heroicos varones; pues ninguno se puede igualar á la fortaleza y alegría

1 Aparte del testimonio y fortaleza de los muchos millones de mártires que derramaron su sangre y con ella sellaron la verdad de nuestra fe y religión católica apostólica romana, está y se ostenta la sabiduría y ciencia incomparable y profundísima de los apologistas, de los sabios, de los doctores, de los Santos Padres que, no ya como astros de primera magnitud resplandecieron en el cielo de nuestra Santa Madre la Iglesia *única* de Jesucristo, sino como soles iluminadores del mundo cristiano y gentílico en las épocas históricas de los romanos, de los godos, de los escolásticos y de los siglos modernos hasta nuestros mismos días, con la particularidad maravillosa que todos los sobredichos apologistas, filósofos, padres y doctores, cual niños sencillos de la escuela, han caído de hinojos ante los misterios, doctrina, y aun ritos y ceremonias del Catolicismo, y han rezado humildes y reverentes como la última aldeana del pueblo: *Credo in Deum*, "creo en Dios Padre Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra„.

con que una Santa Catalina, Inés, Lucía, Agueda, con otras muchas semejables á ellas, se ofrecieron á gravísimos tormentos y muerte por amor de la verdad y virtud. Y si en la fortaleza, que tan ajena parece de la flaqueza mujeril, éstas tanto exceden, así en número como en la grandeza de los tormentos y en la alegría del padecer, á los varones de ella, ¿cuánto más será el exceso en humildad, caridad y otras virtudes que no son tan extrañas á ellas? Y aunque pusimos á éstas por ejemplo, mas ya vos veis la innumerable copia de varones y mujeres que en toda manera de estado han servido al Señor con vida perfecta en la Iglesia cristiana. Algunos de los cuales, siendo en el mundo muy altos, y en toda riqueza y prosperidad humana abundantes, y esperando heredar señoríos y reinos, y de presente poseyendo mucho, han despreciádolo todo, y por agradar más á Dios eligieron vida de cruz, en pobreza y trabajos, y en obediencia de Dios y de hombres. Y esto con tan gran testimonio de virtud de dentro y de fuera, que ponían admiración á quien los trataba. Gente ha habido en nuestra Iglesia, que, como dice San Pablo, lucen en el mundo como las lumbreras del cielo, y comparados á lo restante del mundo, les hacen ventaja sin comparación. Lo cual no podrá negar, por muy porfiado que sea, quien mirare la vida de un San Pablo, y de los otros Apóstoles y apostólicos varones que en la Iglesia ha habido. Y pues tanta bondad se ha hallado en aqueste pueblo cristiano como por las obras parece, ¿qué hay que dudar sino que hemos de decir que no hay conocimiento de Dios en la tierra, ó que éstos lo tienen, como gente más amada de Dios, y que mejor se aprovecha del conocimiento, empleándolo en mejor agradar á quien se lo dió? Y en ninguna manera se debe de decir que la tierra esté sin este conocimiento de Dios, necesario para salvarse.

Porque sería decir que las principales criaturas que debajo del cielo Dios crió, y por cuyo amor crió todas las cosas, se perdían todas por no darles Dios medio con que se salven. Y no es Dios tal que cierra la puerta de la salvación, ni es cosa conforme á las entrañas de su bondad y misericordia estar sin amigos á quien haga grandes mercedes, y en el cielo mayores. Esta prueba de nuestra fe, de la buena vida de los cristianos, era muy estimada y encomendada por los santos Apóstoles en principio de la Iglesia católica. Entre los cuales dice San Pedro

(I Petr., III): *Las mujeres sean sujetas á sus maridos;* para que si algunos no creen á la palabra de Dios, sean ganados sin palabra de Dios por la buena conversación de sus mujeres, mirando vuestra santa conservación en temor de Dios. De donde parece la fuerza de la buena vida, pues era poderosa á convertir infieles, que por predicación apostólica, que con grande eficacia iría hecha, y aun con milagros no se podían ganar. San Pablo dice *que para ir de una tierra á otra no había menester que aquellos á quien había predicado le diesen cartas favorables para acreditarlo con aquellos á quien iba á predicar.* Y dice á los Corintios (II Cor., III): *Vosotros sois mi carta, que es conocida y leída de todos.* Y dice esto, porque las buenas costumbres que tenían, por medio de la predicación y trabajos, eran suficiente carta que declaraba quién era San Pablo y cuán provechosa su presencia. Y dice, que esta carta la saben y leen todos: porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entiende el lenguaje de la palabra, entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud que ve puesto por obra, y de allí vienen á estimar en mucho al que tales discípulos tiene. Y por eso dice el mismo Apóstol en otra parte, *que los siervos cristianos sirvan con tan buena fe á sus señores, que hermoseen en todas las cosas la doctrina de Dios nuestro Salvador.* Quiere decir: *Que su vida sea tal, que dé testimonio que la fe y doctrina cristiana sea tenida por verdadera.* Y cuanto va en aqueste punto, el Señor, que todo lo sabe, nos lo enseñó muy bien, cuando orando á su Eterno Padre dijo estas palabras, rogando por los cristianos: *Ruego que todos sean una cosa, como Tú, Padre, en Mí, y Yo en Ti, para que ellos sean una cosa en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste.* Cierto, gran verdad dice el que es Suma Verdad, que si los cristianos fuésemos perfectos guardadores de la ley que tenemos, cuyo principal mandamiento es el de la caridad, sería tanta la admiración que en el mundo causaría á los que nos viesen iguales á ellos en naturaleza, y muy mayores que ellos en la virtud, que como en gente flaca á fuerte, y baja á alta, se nos rendirían, y creerían que moraba Dios en nosotros; pues nos veían poder lo que las fuerzas de ellos no alcanzaban, y darían gloria á Dios que tales criados tenía. Y entonces se cumpliría que éramos carta de Jesucristo, en la cual todos leían sus lecciones, y que ataviábamos la doctrina, y que éramos buen olor suyo, pues por nuestra vida de-

cían bien de Él. Mas Tú, Señor, sabes, que aunque haya habido en tu Iglesia muy muchos, siempre hay algunos cuya vida resplandezca como una gran luz, á la cual podían atinar si quisiesen los infieles para conocer la verdad y salvarse. Mas también sabes, Señor, cuán muchos hay en tu Iglesia que comprende á buenos y á malos cristianos, que no sólo no son medio para que los infieles te conozcan y te honren, mas para que se enajenen de Ti y se cieguen más. Y en lugar de la honra, que en oyendo el nombre cristiano te habían de dar, te blasfemen muy reciamente, pareciéndoles con su engañado juicio que no puede ser verdadero Dios ni Señor quien tiene criados que tan mal viven. Mas día tienes Tú, Señor, guardado para te quejar de esta ofensa, y decir: *Mi nombre es blasfemado por vuestra causa entre infieles*, y para castigar con recio castigo á quien habiendo de coger contigo lo derramado, derrama él lo cogido ó es impedimento para no cogerse. Y entonces darás á todos á entender claramente que Tú eres bueno, aunque tus criados sean malos. Porque los males que ellos hacen á Ti desplacen, y Tú los vedas por tus Mandamientos, y reciamente castigas.

CAPÍTULO XXXV

Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud le da testimonio de ser nuestra fe verdadera, y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir y grande parte para la perder.

Cuanto los testigos son más cercanos y más conocidos, tanto suele ser más creído su testimonio si ellos traen verdad. Y por esto, ya que se os ha dicho de algunos medios que son testigos de nuestra verdad, oid ahora de otros, no de paso, sino de presente, y tan cercanos de vos, que estén en vuestro mismo corazón, si los queréis recibir; y que tengáis particular conocimiento de ellos, pues lo tenéis de lo que pasa en vuestro corazón. Lo cual va fundado en la palabra que el Señor dijo (Joann., VII): *Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, aquel tal conocerá de mi doctrina si es de Dios.* Bendito seas, Señor, que tan fiado estás de la justicia de esta tu causa, que es la verdad de tu doctrina, que dejas la sentencia de ella

en manos de quien quiera que sea, amigo ó enemigo, con sola esta condición, que el que quisiere ser de ella juez, quiera hacer la voluntad de Dios, que es que el hombre sea virtuoso y se salve. Cierto es así, que si un hombre que quisiese de verdad ser bueno para con Dios y para consigo, y para con los prójimos, y quisiese buscar la mejor doctrina que hubiese para lo ser, si á este tal le pusiesen delante todas las leyes y doctrinas que en el mundo hay, verdaderas y falsas, á ninguna de las cuales estuviese aficionado ó apasionado, sino mirase á la sola verdad, este tal, dejadas todas otras, echaría mano del Evangelio y doctrina cristiana, si la entendiese, como de cosa que le puede encaminar á lo que desea mejor que otra ninguna. Y como fuere obrando la virtud que desea, irá experimentando la eficacia de esta doctrina, y cuán á propósito es de lo que el ánima cumple; cuán medida viene para remediar sus necesidades, y en cuán breve tiempo y con qué claridad le ayuda á ser virtuoso. De arte, que viniendo este hombre por la misma experiencia de la virtud de esta doctrina, confesará, como dice el Señor, que es doctrina venida de Dios. Y dirá lo que dijeron unos que oyeron predicar á Jesucristo Nuestro Señor (Joannis, VII): *Nunca tan bien ha hablado hombre en el mundo.* Y si los que no conocen á Cristo por fe oyesen aquella admirable y caritativa voz, que el mismo Señor dijo con grande clamor (Joann., VII): *Si alguno ha sed, venga á Mí y beba;* y si quisiesen venir á probar la hartura y experiencia de aquesta doctrina con deseos de ser virtuosos, cierto no quedarían en su ceguedad é infidelidad.

Mas como son amigos de mundo y no de verdadera y perfecta virtud, ni buscan con cuidado la certidumbre de la verdad y conocimiento de Dios, quédanse sin oirla y sin recibirla. Y aunque la oyesen, no la recibirían algunos, por ser contraria á las cosas que ellos desean. Que por esto dijo el Señor á los fariseos las palabras que ya otra vez hemos dicho (Joann., V): *¿Cómo podéis vosotros creer, pues que buscáis honra unos de otros, y no buscáis la honra que de sólo Dios viene?* Y no sin gran peso dijo San Pablo (I Tim., VI), *que algunos habían perdido la fe, siguiendo la avaricia;* no porque se pierda luego la fe, pecando un hombre en cualquier pecado que sea, si no fuere herejía, mas porque un corazón aficionado á cosas del mundo, y desaficionado de la virtud, como halle en la doctrina cristiana

verdades contrarias á los malos deseos de su corazón, y que condena con tan graves penas lo que él desea hacer, busca poco á poco otras doctrinas que no le den mal sabor ni le ladren contra los malos deseos y obras. Y así el corazón mal aficionado suele ser causa para cegar el entendimiento, y acabar con él á que deje esta fe que ladra contra la maldad, y siga y crea otras doctrinas con que él esté descansado y con que viva como desea. Y pues la voluntad mala es medio para que quien tiene la fe algunas veces la pierda, también lo será para no la recibir el que no la tiene. Porque los unos y los otros tienen fastidio de la perfecta virtud, sin alegar otra causa, sino porque es desabrida ó muy buena. Y así también tienen fastidio de la verdad de la fe, por ser tan contraria á la maldad que ellos aman.

CAPÍTULO XXXVI

Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y favores grandes que el Señor hace á los que siguiéndolo con perfecta virtud le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe.

Cuán mejor librados son los que con deseo de servir á Dios han elegido aquesta verdad, aunque todos los que le sirven gocen, si atentos quisieren estar, de muchos testimonios que la fe tiene en su corazón. Mas principalmente gozan de aquesto los que le sirven con aprovechada virtud, muchos de los cuales se vieron primero en estado muy miserable, hechos esclavos de la maldad, y tan aficionados á ella que parecía estar su corazón transformado en ella, y con tanta determinación á obrar, que por lanzas, como dicen, se metieran por cometerla. Mas estos miserables cautivos y tan flacos para se libertar de un tirano tan fuerte, unas veces por oir un sermón, otras por se confesar, otras por sola la inspiración de Dios, y otras por otros medios que en la Iglesia católica hay, sintieron dentro de sí una poderosísima mano, que cautivando á quien los tenía cautivos, sacó á ellos del cautiverio de la maldad en que estaban y les mudó el corazón tan verdaderamente mudado, que muchas veces, en menos tiempo que un mes, y que en una semana, se han visto más aborrecedores de la maldad que eran primero amadores de ella, diciendo de corazón (Psalm. CXVIII): *Abo-*

rrecido he la maldad, y abominádola he, y he amado á tu ley; y tan de verdad, que están determinados de no cometer un pecado por vida ni muerte, ni tierra ni cielo, ni por cosa criada, como dice San Pablo (Rom., VIII). *¿Quién hizo aquesta tan maravillosa y tan buena mudanza en tan breve tiempo? ¿Quién sacó agua de peña tan dura? ¿Quién resucitó á muerto tan miserable, dándole vida tan excelente? No otro, cierto, sino la mano de Dios creído y amado, como en la Iglesia cristiana se cree y se ama; y por medios que la doctrina cristiana tiene y enseña.* Y si este trato así comenzado pasa adelante, como en muchos pasa, que dejadas todas las cosas se emplearon en vacar á su Dios, que les quebrantó sus cadenas, y comenzaron á caminar por el desierto de la vida espiritual (Matth., VII), y estrecho camino que lleva á la vida, aunque muchas veces se vieron en grandes aprietos y en tempestades tan bravas que, como dice David (Psalm. CVI), hacen perder el tino y tragan la sabiduría de los que navegan. Mas llamando á su Jesús, que es guía de su camino, y otras veces con recibir el socorro de los Sacramentos, y otras veces con oir ó leer palabras de Dios, ó con otros medios que en la Iglesia hay, se hallaron tan maravillosamente favorecidos en la tribulación, que viendo la bonanza del mar de su corazón tan súbita, dicen lo que los Apóstoles (Matth., VIII) : *¿Quién es aqueste á quien los vientos y mar obedecen?* Verdaderamente es el Santo Hijo de Dios. San Bernardo cuenta lo que él muchas veces había probado, que Jesús, invocado en verdad, es remedio y medicina contra todas las enfermedades del ánima.

Y lo que este Santo dijo, experimentó y probó, acaeció á otros muchos primeros y postreros que él, entre los cuales San Jerónimo es un testigo digno de toda fe, el cual, como arriba dijimos, cuenta de sí que viéndose en tribulación de su carne, sin hallar remedio en cosa hecha, ni saber ya más qué hacer, lo halló en echarse á los pies de Jesucristo, llamándole con devota oración; y recibió tal bonanza de la tempestad, que le parecía estar entre coros de ángeles. Porque este favor que Dios suele dar, no solo es cesar la tribulación que el hombre tenía, lo cual suele algunas veces acaecer por divertir el pensamiento á otra parte, ó por otras causas semejantes á ésta, mas es un favor que Dios da, con que les pone disposición del todo contraria á lo que primero sentían. La cual mudanza y perfecta

liberación, y tan súbita, está en manos del hombre, según lo entenderá quien lo quisiere probar. De fuera viene, de Dios viene, y por medios cristianos viene, y experiencia es de lo que San Pablo dijo (I Cor.): *Que Jesucristo crucificado, para los llamados de Dios, es fortaleza de Dios y sabiduría de Dios;* porque llamándolo en el día de la tribulación da luz y fortaleza, para que vencidos los impedimentos puedan los tales proseguir su camino, cantando en él, como dice David (Psalm. CXXXVII): *Grande es la gloria del Señor.* Y sintiendo en sí mismo lo que dice el mismo Profeta (Psalm. LV): *En cualquier día que yo te llamare, he conocido que Tú eres mi Dios.* Porque el remediarlos presto y poderosamente, les es un gran testimonio y motivo que Dios es verdadero Dios, y que tiene de ellos cuidado. Y no contamos las celestiales visiones y revelaciones, que aquellas por milagros se pueden contar, sino cosas más comunes y de las cuales hay más testimonio.

CAPÍTULO XXXVII

De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, la cual es grande prueba ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes.

No sólo gozan los que este camino de la perfecta virtud siguen con diligencia de ser librados por Cristo en los peligros que se les ofrecen, mas también de alcanzar y poseer tales bienes en su ánima, que se les diga con mucha verdad: *El reino de Dios dentro de vosotros está* (Luc., XVII); el cual, como dice San Pablo (Rom., XIV), *consiste en tener dentro de sí justicia y paz, y gozo en el Espíritu Santo.* Y así están estos tales tan aficionados y amadores de lo justo y bueno, que si las leyes de la virtud se perdiesen de los libros, las hallarían escritas en los corazones de ellos, no porque la sepan de memoria, mas porque el amor determinado de su corazón es aquello mismo que la ley dice de fuera, por estar ya su voluntad tan transformada en el amor del bien, y obrarlo con tanta presteza y deleite: y seguir lo que su corazón quiere, es seguir la virtud y huir de los vicios, hechos una viva ley y medida de las obras humanas, según atinaba Aristóteles. Y de aquí les nace una paz y un gozo

tan cumplido, cuanto nadie puede entender, sino quien lo prueba, pues que dice Isaías (Isa., XLVIII), *que la paz de estos tales es como río, y como golfos de mar.* Y San Pablo dice (Philipenses, IV), *que esta paz de Dios sobrepuja á todo sentido.* Y San Pedro dice *que esta alegría no se puede cantar.*

Maná escondido es, que se da á quien varonilmente se vence, y no lo sabe sino quien lo recibe. ¿Pues de dónde diremos que viene esta tan acabada virtud y descanso que es arra y principio de la eterna felicidad? (Jacob., I.) No cierto de parte del demonio, porque aunque algunas veces, según hemos dicho, el demonio ha aconsejado á algunas personas hacer algún particular bien, para con aquellos consejos acreditarse para después engañar; mas hacer un hombre perfectamente bueno y cumplidor de la ley natural, la cual no puede negarse ser buena, pues Dios es Autor de naturaleza, esa tal obra, ni la hace el demonio ni la puede hacer, pues no se puede dar la bondad que no se tiene: ni tampoco es obra de sólo el hombre; pues tiene virtud, cuanto más perfecta virtud, con que á Dios sirva perfectamente, dádiva es del padre de las lumbres, del cual desciende todo perfecto dón: y el mismo hombre experimenta una y muchas veces verse librado de males de que no podía salir, y favorecido en bienes que él no podía alcanzar. Y pues esta perfecta virtud, ni es del demonio ni del espíritu humano, resta que sea infundida de Dios, invocado y servido, como la fe de la Iglesia lo enseña: y que por los medios de la fe experimenta el hombre venirle aquesta virtud, es testimonio que es verdadera, porque de la mentira no pudieran venir conocimientos tan provechosos para la perfecta virtud, y para invocar á Dios que les favoreciese.

De esta prueba usa San Pablo hablando con los Gálatas, diciendo: *Solamente quiero que me digáis: el Espíritu Santo que recibisteis, ¿fué por medio de las obras de la ley, ó por medio de la fe?* Como si dijese, pues predicándoos yo la fe, y no la vieja, creyendo vosotros y disponiéndoos á ello, con la voluntad recibisteis al Espíritu Santo, ¿por qué ahora os tornáis á la vieja ley, pues habéis experimentado que sin ella, y por medio de la fe y de la penitencia, recibiendo el bautismo, alcanzasteis el Espíritu Santo, y su gracia y mercedes? Y así á nuestro propósito, la perfecta virtud que se alcanza por usar bien de la fe y de los otros medios que ella nos enseña, es testimonio que ella

es verdadera, pues para tan buena cosa fué medio, y nos enseñó medios. Y así estos tales tan ricos con los bienes que de Jesucristo les vienen, están tan arrimados á Él y tan ricos con Él, que cierto no tienen gana de esperar al Mesías que los judíos esperan, ni gozar del paraíso que Mahoma promete, porque como desprecian los deleites bestiales de carne que Mahoma en su paraíso promete, y los otros bienes perecederos de tierra que los judíos con su Mesías esperan, partirán mano de buena gana de lo uno y de lo otro, aunque les rueguen con ello. Y acuérdanse que estaba profetizado (Ezech., XXXIV, 36; Jeremías, XXXI), que en el tiempo del Mesías habían de conocer que el Señor era Dios cuando quebrantase las cadenas del yugo de los hombres, y que había de dar Dios corazón nuevo, y había de escribir su ley en las entrañas de los que la recibiesen.

Y como tienen conjeturas muy grandes que ellos tienen parte en aquestos bienes, esles testimonio que Cristo es venido. Y así por estos y otros efectos, que no se pueden contar, que tienen dentro de sí, y están llenos de gozo y de paz, y asegurados con Jesucristo (Matth., XXIV), que si les dijeren que está otro Cristo en el desierto ó en los umbrales de casa, ni á lejos ni á cerca no le irían á buscar; porque como el verdadero no sea más de uno, y en el que ellos creen hallan las condiciones de verdadero, con la misma fe que aceptan á uno reprueban los otros. Y no os digo esto para que penséis que los cristianos creen por estos motivos experiencias que sienten dentro de sí, que no creen sino por la fe que Dios les infunde, como después se dirá. Mas heos dicho esto para que entendáis los muchos motivos que tenemos para creer, porque de esta materia hablamos, y uno de ellos es estas experiencias que los perfectos en su ánima sienten; las cuales, pues son de cosa que pasa en el corazón, no las habéis de buscar en los libros ni vidas ajenas, mas en vuestra propia conciencia, esforzándoos á la perfecta virtud, para que, según os dije al principio, tengáis testigos cercanos á vos, y conocidos de vos por estar dentro de vos, y cumpláis lo que la Escritura dice: *Bebe el agua de tu cisterna*. Y veréis tales maravillas dentro de vos, que se os quite la gana de buscar otras fuera de vos [1].

1 La verdad católica, pura y sin mezcla, predica en esto que los fieles creemos, porque lo dicta la fe y la Santa Madre Iglesia con infalible autoridad así lo enseña. Y aun que el Beato aquí apunta que tales sentimientos y experiencias están dentro de nuestra

CAPÍTULO XXXVIII

Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva á Dios con recibir su fe.

Quien tuviese luz para conocer y peso para pesar la misma obra de este creer, no tendría necesidad de buscar otros testigos para la recibir; mas en ella misma hallaría hermosura para la amar y razón para la recibir. Porque ¿quién hay que no entienda que es cosa muy justa que la criatura sirva á su Criador con todas sus fuerzas y con todas sus cosas? Y también todos saben, que aunque con todas le debemos este servicio, mas principalmente, pues que Dios es espíritu, el principal servicio que le hemos de hacer es con nuestro espíritu, por la semejanza que tiene con Dios.

Y pues en nuestro espíritu hay razón y voluntad, y no se puede negar que el hombre debe servicio á Dios con la voluntad, tampoco se puede negar el servicio del entendimiento, pues que no es razón que el hombre sirva á Dios con las cosas menores que tiene en sí mismo, y no le sirva con lo principal que hay en él, que es su entendimiento y voluntad. Ni es razón, que pues el servicio que la voluntad hace á Dios es obedecerle, se quede el entendimiento sin obedecer á Dios. Y así como la obediencia de la voluntad consiste en negarse á sí mismo por hacer la voluntad de Dios, así el servicio que el entendimiento le ha de hacer es negarse á sí mismo por creer al parecer de Dios; porque si el servicio del entendimiento fuese pensar algo ó consentir algo de lo que él mismo alcanza por su razón, ó no tendría este nombre de servicio, ó es servicio muy bajo, pues no hay obediencia en él. Y si la hubiese sería de la voluntad, á la cual mandaba Dios que mandase á su entendimiento pensar en

conciencia; pero habla sólo de este motivo singular de credibilidad, esto es, la firmeza del alma virtuosa en los misterios y doctrina de la religión, que por lo demás, bien claro explica antes que los cristianos creemos por la fe que Dios nos infunde en el alma, y sin esto, poco valen los sentimientos naturales que la conciencia humana pueda tener; creemos, porque Dios lo ha revelado y la Iglesia nos lo enseña, como dice el Catecismo. Y la fe para ser tal ha de venir de Dios y no de la conciencia íntima, y ha de ser práctica obradora de virtudes, y enemiga de vicios; porque defender lo contrario es andar camino de racionalistas y de protestantes, afirmando aquéllos que su razón les inspira lo que han de creer, y éstos que la fe sin obras basta.

esto ó en aquello. Mas para que el servicio y obediencia del entendimiento sea suyo propio de él, conviene que consienta en cosa que él por sí mismo no entendía: y entonces verdaderamente se abaja y se niega, y obedece y cautiva y hace reverencia al sumo Dios, y cumple lo que dice San Pablo (I Cor., X): *Que hemos de cautivar el entendimiento en servicio de la fe.* Lo cual en otra parte llama obediencia de fe. Y pues la bondad de Dios pide que le demos amor, y su liberalidad pide que esperemos más de Él, también pide su verdad que lo creamos, pues no hay menor razón en lo uno que en lo otro. Y así como la obediencia que damos á Dios en el amor presupone que neguemos el nuestro, y el arrimo que ponemos en Él ha de ser desarrimándonos de nosotros, así la obediencia que le hemos de dar á su verdad es, quitando nuestro parecer, creer el suyo con mayor firmeza que si nosotros lo entendiéramos; porque de otra manera, ¿qué habría que agradecer á uno que cree lo que otro dice, no porque el otro lo dice, sino porque él mismo lo entiende? Mas creyendo sin entender, hace obra loable, y que trae consigo dificultad, como quien fía sin prendas, y anda sin báculo, y ama por Dios á su malhechor. Y por eso, si por Dios se hace, será verdadera virtud, digna que á Dios se ofrezca, y que sea galardonada por Él. Y pues la voluntad del hombre es dedicada á Dios y santificada, negándose á sí, no se debe quedar el entendimiento como profano, con creerse á sí mismo, sin obediencia de Dios, pues ha de ser en el cielo bienaventurado, con verle allá claramente. Porque, como dice San Agustín, *el galardón de la fe es ver*, por lo cual ninguna razón consiente que el entendimiento deje de servir en la tierra, y su propio servicio es creer.

CAPÍTULO XXXIX

En que se responde á la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas.

Podrá alguno decir, movido por estas razones ó por otras, que es cosa justa que crea el hombre lo que no entiende, porque Dios lo dice. Mas que pudiéndose esto cumplir con creer otras cosas, no hay por qué se crean las que los cristianos creemos. Mas decidme, ¡oh hombres ciegos!, ¿qué tacha halláis en lo que los cristianos creemos? Y si no sabéis decir lo que sentís,

yo os lo diré. Parecen os tan altas las cosas altas que de alteza de Dios creemos, que por altas no las creéis. Y parecen os tan bajas las cosas bajas que de la humildad de Dios creemos, que por eso no las tenéis por dignas de Dios, ni las creéis. Porque, decidme, en el misterio altísimo de la Santísima Trinidad, ¿qué otra cosa os ofende sino ser tan incomprensible, que reverberados vuestros ojos intelectuales con el abismo de aquella infinita luz y alteza de tal misterio, cerráis los ojos, y con decir cómo puede ser esto, dejáis de creer, siendo cosa conforme á toda razón que sintamos del Altísimo altísimamente, y que le atribuyamos el más alto ser, y mejor ser que nuestro entendimiento pudiera alcanzar? Y cuando hubiéremos alcanzado de Él cosas muy altas, hemos de creer que aún hay en Él cosas mayores y que del todo exceden á nuestro entender. Esto es honrar á Dios y tenerle por Dios y por grande: porque si nuestro entendimiento pudiera entender toda el alteza de Dios, fuera chico Dios, y por eso no fuera Dios, pues no lo puede ser si no fuera infinito, y lo infinito incomprensible es de la cosa finita.

Y es mejor que en Dios haya comunicación suma, pues á la bondad conviene suma comunicación: y si ésta ha de haber, ha de ser comunicando su misma y total esencia: y así habrá en Dios suma fecundidad, como á Dios conviene, y no esterilidad, que es cosa muy ajena de Él, según dice por Isaías (Isa., LXVI): *Yo que doy fuerza á los otros para engendrar, ¿por ventura quedaréme estéril?* Y aunque con criar ángeles y hombres y el universo se comunica Dios haciendo mercedes, mas ni ésta es fecundidad ni comunicación de bien infinito, porque no les da Él su esencia, sino dales el ser y virtud que ellos tienen. No dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas criaturas que le acompañaran, pues de ellas á Él hay distancia infinita. Así como tampoco dejara de ser Adán solitario, por muchas bestias y otras criaturas que en el mundo había, aunque las tuviera muy cercanas á sí. Y porque el hombre no estuviese solo, le dió Dios compañera que tuviese semejanza é igualdad con él. Y así no es Dios solitario, pues en la unidad de la esencia hay tres Personas divinas. Ni es estéril ni avariento, pues hay comunicación de deidad infinita; y porque vosotros no entendáis cómo es aquesto, no debéis dejar de creerlo, pues que por ser tan alto, tiene rastro y olor de ser cosa de

Dios. Y por ser mejor ser esto así, que no no ser así, por eso es cosa que conviene que la tenga Dios, y así lo creamos nosotros, pues de Dios debemos sentir conforme á Dios, que es cuanto más alto pudiéremos.

CAPÍTULO XL

En que se responde á los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes ó bajas, y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria.

Ni tampoco hay razón para tropezar en la humildad que tomó el altísimo Dios abajándose á ser hombre y vivir en pobreza y morir en cruz; porque estas obras, no sólo no son indignas de Dios, mas son mucho dignas, si son entendidas. Porque si el abajarse fuera á más no poder, ó si por abajarse perdiera su alteza que primero tenía, ó si le moviera algún propio interés, hubiera alguna sospecha de la tal obra. Mas ni dejó de ser quien era por tomar lo que no era, ni vino forzado del cielo á la tierra, ni le movió propio provecho, pues no puede Dios crecer en riquezas; mas movióle su sola bondad y amor de los hombres, y quererlos remediar por el modo que más glorioso fuese á Él y más provechoso para nosotros.

Y tal es el modo que tomó haciéndose hombre y muriendo en la cruz; porque no hay mayor señal de amor que morir un hombre por sus amigos. Y aun el Señor murió por sus enemigos, por hacerlos amigos; el cual amor tan excelente no nació de que ellos lo mereciesen, mas de su excelente bondad. Y así su bajeza y muerte no arguyen en él falta de poder ó saber; pues por ser omnipotente y todo sabio nos pudiera remediar por otros muchos modos sin éste, mas arguye en Él grandísimo exceso de bondad y de amor. Y tanto mayor, cuanto Dios, que ama y padece, es mayor; y lo que padece, más grave y penoso: y aquellos por quien padece, más indignos y bajos. Y pues en amar, y á tales, se manifiesta su excelente bondad, alteza grande se debe decir esta obra, pues en lo espiritual todo es uno, bueno y alto; y mientras más bueno, más alto y más grande. Y pues que la mayor honra que podemos dar á uno es tenerle por bueno, más que por firme ó por sabio, pues ningu-

no hay que honra desee que así no la quiera, claro es que pues estas obras manifiestan su bondad y amor más que todas las otras, éstas le dan más honra y mejor que todas las otras. Y si parecía á los ignorantes que el bajarse Dios quitaba honra á su alteza, debe parecer á los sabios, que se le acrecienta la honra de su bondad, y por consiguiente de su alteza y grandeza: y así ni la pierde de uno ni otro. Y no sólo resplandece en estas obras su bondad más que en las otras, mas también la sabiduría y poder, y otras maravillas grandísimas. Porque entre todas las obras que Dios ha hecho y hará, otra no la hay igual y maravillosa, ni tan gran milagro, como hacerse Dios hombre, y después padecer por los hombres. Y quien esto no cree, la mayor honra le quita á Dios, cuanto es de su parte, que le puede quitar, aunque le quitase toda la que tiene por todas las otras obras que en tiempo ha hecho ó ha de hacer. Mirad bien en ello, y veréis cómo resplandece la omnipotencia de Dios y su sabiduría en juntar dos tan distantes extremos, como son Dios y hombre en unidad de persona. Y mirad cómo se declara más su poder en pelear y vencer á nuestros pecados y muerte con armas de nuestra flaqueza, que si venciera con las propias de su omnipotencia, como arriba se dijo hablando contra la desesperación. Y mirad cómo cuando se estaba Dios en su alteza tenía un pueblo pequeño que le conociese, y casi cada día se le iba á adorar dioses ajenos: y aun el tiempo que esto no hacía servía á su Dios con grandes flaquezas.

Mas abajándose Dios á ser hombre, y morir, hizo tanta impresión en los hombres, que los altos se abajaron, y los flacos se hicieron fuertes, y los malos buenos; y finalmente, hubo tanta mudanza en el mundo, así en quitar la idolatría como en la renovación de costumbres, que se vió claramente el cumplimiento de aquella palabra que dijo el mismo Señor (Joann., XII): *Si Yo fuere alzado de la tierra, puesto en cruz, todo lo traeré á Mí mismo.* Y así parece que alcanzó victoria de corazones humanos con la bajeza, flaqueza y tormentos y muerte, la cual no alcanzó estándose en la alteza de su Majestad, y así se cumplió lo que dijo San Pablo (I Cor., I): *Que lo flaco de Dios, es más fuerte que los hombres.* Y así parece claro, que no sólo gana Dios honra de bueno, mas de sabio y poderoso en tomar nuestra bajeza, y con ella obrar lo que en su alteza no obró. Por lo cual dice San Pablo (Rom., I): *Que no se avergüenza de*

predicar el Evangelio, pues es virtud de Dios para salvar á los hombres. Porque aunque se cuenten de Dios, humanidad, hambre y deshonras, tormentos y muerte, mas no hay por qué de esto se avergüence el cristiano, pues por medio de aquestas cosas obró Dios vencimiento de cosas tan fuertes como era muerte y pecado, é hizo que el hombre alcanzase la grandeza de Dios y su reino, que son las mayores cosas que al hombre podían venir, con lo cual gana Dios más honra que en haber criado los cielos y tierra y cuanto hay en ella. Y por esto se llama esta obra por excelencia obra de Dios, como el Señor dijo (Joannis, IV): *Este es mi manjar, hacer la voluntad de mi Padre en acabar Yo su obra, que es la redención de los hombres;* no porque Dios no haya hecho otras obras, mas porque la encarnación y redención que de ella se sigue es la mayor obra de todas, y de la cual Él más se precia, como de cosa que más honra le da; porque aunque de azotar á Egipto, por amor de su pueblo, y de sacarlo y guiarlo por el desierto ganase Dios honra, como dice Isaías, mas ya vos veis cuál es mayor hazaña de amor, azotar Dios á los enemigos por amor de su pueblo, ó dejarse Dios azotar en su carne por amor de los suyos y de los extraños, de amigos y enemigos. Una cosa es llevar Dios á los suyos por el desierto, á semejanza de águila que enseña á volar á sus hijos y los toma en sus hombros cuando se cansan para que ellos descansen, no cansándose Dios; y otra cosa es llevar encima los hombros una pesada cruz, que se los desollaba, y todos los pecados del mundo, que como una pesada viga de lagar le apretaron, hasta quitarle la vida en la cruz, porque los hombres descansen. ¿Quién hay que esto no vea ser excelentísima hazaña de amor, y amor nunca visto, que le da á Dios mayor honra que lo pasado, porque aquello cosa es común, y poco amor basta para lo hacer, mas esto es cosa de pocos, y á duras penas se hallará en la tierra quien sufra ser azotado públicamente ó morir por algún bueno y amigo? Y si esto se hallase, no se puede comparar con lo que el Señor amó y sufrió, porque no tiene igual; ni es mucho de maravillar que un león obre como león, mas sí que padezca como cordero: y siendo la causa el amor, eso es maravillosa hazaña y digna de honra perpetua. Y pues en tiempo pasado dijeron (Exodo, XV): *Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido,* digamos nosotros con profundo agradecimiento: *Cantemos*

al Señor, que humildemente ha sido engrandecido, pues entonces, ni se abajaba Dios, ni trabajaba en el descanso que daba, ni se empobrecía aunque daba riquezas; mas acá empobrecióse, sudó y abajóse hasta la muerte, y muerte de cruz, por levantar del pecado á los suyos y llevarlos al cielo, y salió con ello, y cumplióse lo que dijo Isaías (cap. LV): *Que por el pequeño sauce crecerá la haya; y por la ortiga crecerá el arrayán, y será el Señor nombrado en eterna señal, la cual nunca será quitada*. Porque la honra que Dios ganó de ponerse en señal, que es la cruz, y en ella morir, y hacer de los malos buenos, durará para siempre, sin ser parte nadie para lo estorbar.

CAPÍTULO XLI

Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humanas que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud.

No sólo resplandece en las obras de la humanidad y humildad de Dios por excelente modo su honra, mas también resulta de ellas muy gran provecho y precio del hombre, porque ninguna cosa hay que tanto le ensalce como haberse Dios hermanado con él, ni cosa que tanto le esfuerce el corazón contra los desmayos que el pecado le cause como ver que Dios murió por su remedio y le fué dado por suyo; ni hay cosa que así le mueva á amar á Dios como verse amado de Él hasta la muerte, ni á despreciar las prosperidades, ni á sufrir las adversidades, ni á humillarse á Dios y á su prójimo, ni á cosa buena chica ni grande, como ver á Dios abajado y humanado, y que pasó Él por estas cosas, dándole Mandamientos que siga; y ejemplos que mire y esfuerzo con que los cumpla. Y pues este modo de remediarnos por humildad y bajeza está mejor á gloria de Dios y al bien de los hombres, señal es que ésta es obra de Dios; pues en lo que Dios obra, pretende la manifestación de su gloria y el provecho de los hombres. Por tanto, el que quiere que esta obra no sea, ó la niega, enemigo es de Dios y de todos los hombres, pues le quiere privar á Él de la mayor honra que por sus obras le puede venir, y á los hombres de la mayor honra y provecho que se puede pensar; y pues se declara enemigo del Criador y de las criaturas, justamente se le debe castigo y

muerte de infierno. Y la causa que él puede dar, siendo preguntado de Dios, ¿por qué no creiste las cosas altas de Mí?, será ésta: porque me parecieron, Señor, tan altas, que no creí ser Vos tan alto. Y preguntado por qué no creyó las cosas de su humanidad y humildad, pues fueron testimonio de su bondad y de su amor, responderá que no pensó que la bondad y amor del Señor eran tan grandes que bastasen á hacer y padecer tanto por amor de los hombres. De manera, que en lo alto y lo bajo tropieza; y la raíz de ello es por sentir bajamente de Dios y tenerlo por de tasada alteza de bondad, la cual raíz y lo que de ella procede, con razón arderá en el infierno, pues es injuriosa al altísimo Dios y lo quiere apocar y tasar. Cuánto mejor respuesta tendrá quien dijere: creí, Señor, de vuestra alteza y de vuestra bondad todo cuanto más pude, porque os tengo por Señor infinito en todas las cosas, ni plega á Vos que me parezcan á mí mal vuestras obras, porque tienen exceso de bondad y de amor para mí como lo hace la infidelidad, que otra tacha no os halla, sino ser muy bueno y muy amoroso, siendo razón que por todo esto se llegase á Vos y os tomase por Dios, pues cada uno quiere más Señor que le sea Padre amoroso y perdonador, que riguroso Juez que le haga temblar con rigurosos castigos. Y si en las manos del hombre fuera puesto el modo de tratar Dios con otros y de remediar nuestros males, no había de escoger otro sino éste que Dios escogió á Él más honroso, y al hombre más provechoso y lleno de toda dulzura.

CAPÍTULO XLII

En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida.

Añadamos á lo ya dicho cómo esta fe y creencia fué recibida en el mundo, no por fuerza de armas, ni favores humanos, ni humana sabiduría, sino que la verdad de Dios peleó á solas por medio de unos pocos pescadores, y sin letras y desfavorecidos, contra emperadores y contra sacerdotes, y contra toda sabiduría de hombres. Y salió tan vencedora, que les hizo dejar su antigua y falsa creencia y que creyesen una verdad tan sobre razón y tan de corazón creída, que haber tal firmeza de

crédito en cosas tan altas es una grande maravilla de Dios, y que los mismos que mataban primero á quien las creía se dejasen después matar por la verdad de ellas, y con mayor esfuerzo y amor que primero las descreían y perseguían. Y fuéles predicada una ley y mandamientos purísimos, tan á pospelo de la inclinación de sus corazones, que no se pueden pensar cosas que mayor contradicción tengan entre sí, que ley de Evangelio y la inclinación que tiene el hombre á pecar, como dice San Pablo: *La ley espiritual es; mas yo soy carnal, vendido debajo del pecado.* Y con todo esto fué la ley recibida, y con la misma virtud de Jesucristo fueron los corazones y obras tan renovadas para la cumplir, que manifiestamente pareció que aquel mismo era el que en toda virtud criaba de nuevo á estos hombres, que primero los había criado en el ser natural. Y si esto se predica entre la gente bestial de Arabia, donde Mahoma predicó su mentira, ó entre otras gentes semejables á ella y fácil de ser engañada, cual la buscan los que traen mentira, pudiérase tener de la creencia de éstos alguna sospecha. Mas ¿qué diremos? que fué predicada esta verdad *en Judea,* donde estaba el conocimiento de Dios y su Divina Escritura; *y en Grecia*, donde estaba lo supremo de la humana sabiduría; *y en Roma,* donde estaba el imperio y regimiento del mundo; *y en todas estas partes,* aunque fué perseguida, mas en fin fué creída, y verificado el título triunfal de la cruz, que fué escrito en lengua hebrea, griega y latina, para dar á entender que en estas lenguas, que eran las principales del mundo, había de ser Cristo confesado por Rey. Pues si éstos creyeron con tener motivos bastantes, razón es que lo sigamos nosotros, y si no los tuvieron, dase muy claro á entender que creyeron por lumbre de Dios, pues siendo gente tan avisada y tan amiga de su antigua creencia y tan fuerte en humano poder, no se pudiera plantar tan alta planta de fe y tan profundamente plantada, y en gente tan contraria á esta verdad, si no entendiera en ello la poderosa mano de Dios. Mirando lo cual, dice San Agustín, que el que viendo que el mundo ha creído, él no cree, ó pide milagros de nuevo para creer él mismo es prodigio ó milagro espantable, pues no quiere seguir lo que tantos, tan altos, tan sabios abrazaron, y con mucha firmeza. Muy justa causa tenemos en esto los que por la gracia de Dios somos cristianos, pues que desde que el mundo es mundo nunca en

él ha parecido hombre de tal doctrina y de tan heroica virtud, de hechos tan maravillosos y milagros, como Jesucristo Nuestro Señor, el cual predicó ser el Dios verdadero: *lo probó con Escritura divina y con muchedumbre de milagros, y con testimonio de San Juan Bautista, testigo abonado con todos.* Y lo mismo se ha predicado y probado con muchedumbre de milagros en la Iglesia cristiana, y no ha aparecido tal fe que así honre á Dios como la suya, ni tal ley que así lo enseñe á servir como el Evangelio; el cual, si alguno bien entendiese, otro motivo no habría menester para creer; ni tampoco han aparecido en el mundo varones de tal santidad como los del pueblo cristiano, ni se han predicado tan grandes y altos galardones para los que siguen virtud, ni tan espantables amenazas contra los malos, en testimonio de que nuestro Dios es muy amigo de la bondad y enemigo de la maldad; ni se han hecho en el mundo tantos y tales milagros en confirmación de alguna cosa como los que se han hecho en confirmación de esta fe, la cual, si verdadera no fuera, muy injuriosa fuera á la honra del verdadero Dios, pues que atribuye á un hombre igualdad y unidad de esencia con el mismo Dios; ni la hubiera dejado durar tanto número de años, ni hubiera tan reciamente castigado al pueblo de los judíos, que al tal hombre crucificó, ni hubiera hecho tantos y tales milagros en prueba de esta creencia, que podamos decir á Dios con razón, como dice Ricardo, que si estamos engañados en lo que creemos, Dios nos engañó, pues tiene esta verdad tanta luz de su parte y se han hecho tales cosas y milagros en confirmación de ella, que otro, si Dios no, no las pudiera hacer; mas como está lejos de Dios ser engañador, está lejos de nosotros ser en esto engañados. Gloria sea á Dios para siempre [1].

1 Como fácilmente nota cualquiera, bien analizado este punto de la verdad de nuestra santa fe católica, que va tocando el Beato, se reduce á una cuestión puramente histórica. Porque si existió Jesús de Nazareth en Palestina y en el siglo de César Augusto, punto histórico es, como si existió Ciro ó Alejandro Magno. Y si el mismo Jesús Nazareno, llamándose *Hijo de Dios,* hizo milagros y maravillas, disponiendo de la naturaleza y de sus leyes, cuestión histórica es. Son todo ello hechos históricos; como lo son las expediciones, verbigracia, del mismo Alejandro, y los hechos históricos con testigos oculares y documentos fehacientes se prueban. Pues bien: los milagros y hechos maravillosos de Cristo están confesados y declarados por documentos solidísimos y centenares de testigos contemporáneos, amigos y enemigos. Y de éstos, los más encarnizados, que llamamos fariseos, no se atrevieron jamás á negar los milagros del Señor: tan patentes y á la vista de todos estaban, y sólo para desvirtuarlos ante la plebe salieron con aquella estolidez, *que los hacía en nombre de Belcebú,* como si el demonio conspirara nunca contra el demonio. Si Jesucristo probó como así es segurísimo, su divinidad

CAPÍTULO XLIII

Que es tanta la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se puedan decir, bastan á que un hombre crea con esta divina fe, sin que el Señor dé para creer su particular favor.

Hasta aquí habéis oído algunas de las razones que hay para atinar á que la fe católica es verdadera, y para dar cuenta á quien la pidiese de cómo no somos livianos en el creer, pues tenemos más motivos que ninguna gente del mundo. Mas con esto creed que es tanta la alteza de la fe cristiana, que aunque un hombre tuviese estos y otros motivos que se pueden decir, aunque entrase entre ellos el ver con sus propios ojos de carne milagros hechos en confirmación de la fe, no puede el tal hombre ser poderoso de creer con sus propias fuerzas, como el cristiano cree y Dios le manda creer; porque así como sólo Dios por su Iglesia declara lo que se ha de creer, así Él sólo puede dar fuerzas para lo creer, porque esta enseñanza á Dios tiene por Maestro interior, infundiendo la fe en el entendimiento, con que el hombre enseñado y fortificado para esta creencia, según dice Cristo, *que está escrito en los Profetas, que todos serán enseñados de Dios.* Y el mismo Señor, habiéndole San Pedro confesado por verdadero Hijo de Dios y por Mesías prometido en la ley (Isa., LIV; Joann., VI), dándole á entender, que no á sus fuerzas, sino al don de Dios había de agradecer la tal fe y confesión, le dijo (Matth., XVI): *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te descubrió aquestas cosas la carne y la sangre, mas mi Padre que está en los cielos.*

Y en otra parte dice (Joann., VI): *Todo aquel que oyó y aprendió de mi Padre viene á Mí.* Soberana escuela es aquesta, donde Dios Padre es el que enseña, y la doctrina que enseña es la fe de Jesucristo su Hijo, y que vayan á Él con pasos de fe y de amor. Esta fe no está arrimada á razones ni motivos, cua-

con el sello de Dios, que son los milagros, el no comprender los misterios que nos predicó, eso poco importa; lo cual es cosa natural que así suceda por tratarse de *misterios* y por defecto y pequeñez de la humana razón, que siendo limitada y finita no puede abarcar lo inefable y misterioso de Dios infinito.

lesquiera que se puedan traer, porque quien por aquéllos cree, no cree de tal manera que su entendimiento quede persuadido, sin quedarle alguna duda ó escrúpulo; mas la fe que Dios infunde está arrimada á la verdad divinal, y hace creer con mayor firmeza que si lo viese con sus propios ojos y tocase con sus propias manos, y con mayor certidumbre que la que tiene de que cuatro son más que tres, ó de otra cosa de éstas, que las ve el entendimiento con tanta claridad que ni tiene escrúpulo, ni las puede dudar aunque quiera. Y entonces dice el tal hombre á todos los motivos que tenía para creer lo que dijeron los de Samaria á la Samaritana: *Ya no creemos por lo que tú nos dijiste, porque nosotros mismos hemos visto y sabido que este es el Salvador del mundo.* Y aunque dicen hemos sabido, no entendáis que los que creen tienen aquella claridad de evidencia á que llamaron los filósofos ciencia. Porque, según arriba se ha dicho, ni puede el entendimiento alcanzar con su propia razón á tener esta claridad de las cosas de la fe, ni la fe es tener evidencia, porque no sería fe ni habría merecimiento: vista se llama la fe que está en el entendimiento; mas porque no es con esta claridad de evidencia, dice San Pablo *que vemos ahora por espejo, y después en el cielo veremos faz á faz.* Mas dicen los samaritanos que saben que Cristo es Salvador del mundo, para dar á entender que lo creen con tanta firmeza como lo que más claramente se sabe, y aun con mucha mayor. Porque, como según hemos dicho, el que tiene la fe infusa de Dios, cree porque lo dice la verdad de Dios; y como esta verdad sea infinita y más cierta que todas las otras verdades (pues de la participación de ésta reciben firmeza todas las otras), está el tal creyente tan cierto que no puede ser engañado en lo cual cree, como está cierto que no puede Dios dejar de ser verdadero; la cual certidumbre excede á cualquiera otra, que por cualquier vía se puede tener, y hace al hombre estar tan descansado en aquesta parte, que ni por pensamiento le pasa cosa contra la fe, ó si le pasa, es tan de paso que poca pena le da; y si con escrúpulos ó falsos pensamientos es combatido, mas en lo interior de su entendimiento muy firme y reposado está, por estar su creer edificado sobre piedra finísima, que es la misma suma verdad, á la cual él cree por sí mismo y no por otros motivos.

Y por eso, ni vientos, ni aguas, ni ríos, no la podrán derribar; y si os maravilláredes de que en un entendimiento de

hombre que tan vario es en sus pareceres y tan mudable y que con tan poca firmeza asienta en las cosas de la razón, hay tan gran certidumbre y sosegada firmeza, que ni por argumentos, ni por tormentos, ni por ver á otros perder la fe, ni por cosa alta ni baja, él se mueva de lo que cree, dígoos que os basta esto para entender que este negocio y edificio no es cosa de nuestras fuerzas, pues ellas no alcanzan á tanto. *Don de Dios es*, como dice San Pablo, y no heredado, ni merecido, ni alcanzado por fuerzas humanas, porque nadie se gloríe en sí mismo de lo tener, mas sean fieles en conocer que es merced de Dios, dada por Jesucristo su Hijo, como dice San Pedro (Joann., VI): *Fuisteis fieles por Él.* No os maravilléis, pues, de que sobre la miserable arena del humano entendimiento haya edificio de tanta firmeza, pues que dice el Señor: *Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que Él envió.* De manera, que como Dios lleva al hombre á fin sobrenatural, que es á verle claramente en el cielo, así no se contentó con que el hombre creyese como hombre, á fuerza de motivos, ni milagros, ni razones, mas levantándolo sobre sí mismo, dándole fuerzas sobrenaturales con que creyese, no con miedo ni escrúpulo como hombre, sino con certidumbre y seguridad, como conviene á las cosas de Dios: y de ésta se entiende, que ninguno puede llamar á Jesús Señor sino en el Espíritu Santo; que aunque no sea necesario estar en gracia del Espíritu Santo para creer, según adelante se dirá, mas no se puede hacer sin inspiración del Espíritu Santo, porque de estas tales obras ó gracias, que llaman *gratis datas*, va allí hablando el Apóstol San Pablo: *Esta es la fe que inclina al entendimiento á creer á la suma verdad en lo que la fe católica dice*, como la voluntad es inclinada con el amor á amar el bien sumo. Y así como la punta de la aguja de marear es llevada con la fuerza del Norte á estar en derecho de él, así Dios mueve al entendimiento con la fe que le infunde á que vaya él con crédito firme, sosegado y lleno de satisfacción; y cuando es perfecta esta fe trae consigo una lumbre, con que aunque no vea lo que cree, mas ve cuán creíbles cosas son las de Dios. Y no sólo no siente pena en el creer, mas muy gran deleite, como lo suele hacer la perfecta virtud que obra con facilidad, firmeza y delectación.

Esta es la fe que con mucha razón debe ser preciada y honrada, pues con ella honramos á Dios, como dice San Pablo que

hizo Abraham, *dándole á Dios honra de tan poderoso, que puede hacer todo lo que le dice*. Y por aquí entended que la fe es honra de Dios, pues cree y predica las infinitas perfecciones que tiene. Y que ésta es la fe que como torre edificó Dios en nuestra ánima, para que subidos en ella veamos, aunque en espejo, lo que hay en el cielo y en el infierno, lo que acaeció al principio del mundo y lo que en el fin de él acaecerá. Y por escondida que sea la cosa, no se puede esconder á los ojos de la fe, como parece en aquel buen ladrón, que viendo en Cristo crucificado tanto desprecio y bajeza exterior, entró con la fe en lo escondido, y conociólo por Señor del cielo, y por tal lo confesó con grande humildad y firmeza. Con esta fe creemos que es escritura y palabra divina la que la Iglesia nos declara por tal: y aunque es hablada por boca de hombres, la tenemos por palabra de Dios; y por esto no menos creemos al Evangelista ó Profeta que escribió lo que no vió, que al que escribió lo que vió, porque no mira esta fe al testimonio humano que estriba en medios humanos, mas en que Dios inspira al tal Profeta ó Evangelista para escribir la verdad, y que asiste Dios con él, para que no pueda ser engañado en lo que así escribe. Cierto es, que aunque San Pedro oyó con sus orejas la voz del Padre que sonó en el monte Tábor (Matth., XVII; Luc., IX; Marc., IX; II Petr., I): *Este es mi Hijo muy amado*, y vió con sus ojos á Jesucristo resplandecer como el sol; si no mirásemos sino que como hombre da testimonio de lo que vió y oyó, más firmeza y certidumbre tiene la Escritura ó habla de los Profetas, que dieron testimonio de ser Jesucristo Hijo de Dios, aunque ni lo vieron ni oyeron con ojos ni orejas de cuerpo, que no lo que San Pedro dijo por lo que vió y oyó. Mas como la carta de San Pedro donde esto está escrito es declarada por la Iglesia ser divina Escritura, y por consiguiente ser palabra de Dios lo que en ella San Pedro dijo, está claro que Dios asistió con él para que aquello dijese, y asistió con él para que ni en lo que vió y oyó en el monte Tábor se engañase, ni en lo que escribió cuando contó lo que había pasado; y de esta manera la palabra de los Profetas no es más firme ni cierta, sino porque ellos y él hablaron por un mismo Espíritu Santo, que es una misma verdad. Esta fe habitual infunde Dios á los niños cuando se bautizan; y á los grandes que no la tienen, cuando se disponen, habitual y actual; porque Él quiere que todos se salven y

vengan á conocimiento de esta verdad, pues sin ella no pueden agradar á Dios ni salvarse, ni la deja de dar á nadie, si por él no queda.

CAPÍTULO XLIV

Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe, y que de tal manera habemos de usar de ella para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene, y cuál es lo uno y lo otro.

Mucha razón es, doncella de Cristo, que todos los que somos cristianos agradezcamos muy de corazón al Señor, que graciosamente nos hizo merced de esta fe, conque lo fuésemos: y ni es razón que se nos pase día sin confesar esta fe, diciendo el Credo, á lo menos dos veces, mañana y noche, ni sin dar gracias al que nos hizo merced de dar esta fe, la cual debemos procurar tener guardada en su pureza y limpieza, como cosa en que mucho nos va, mirando para qué nos es dada, porque ni faltemos de usar de ella para lo que es, ni le atribuyamos lo que tiene. Para creer lo que Dios manda creer nos es dada, y para que nos sea lumbre de conocimiento que nos ayude á mover la voluntad para que ame á su Dios y guarde sus Mandamientos, con lo cual el hombre se salve; mas si alguno quisiere atribuir á esta fe, que por sola ella se alcanza la justicia y perdón de pecados, errará gravemente, como lo han hecho los que han afirmado; porque, según arriba se ha dicho, por autoridad de San Pablo, ninguno puede decir que Jesús es Señor, sino por inspiración del Espíritu Santo, en lo cual se entiende que la misma inspiración se requiere para creer todos los otros misterios de nuestra fe; y sabemos que dijo el Señor á algunos de los que le oían: *¿Para qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis las cosas que os digo?*

Y pues llamando á Jesús Señor tenían fe inspirada, como dice San Pablo (I Cor., XIII), y no haciendo lo que el Señor mandaba no estaban en gracia, claramente se sigue que puede un hombre tener fe sin tener gracia, lo cual afirma en otra parte San Pablo, donde dice: "Que si un hombre tuviere dónde hablar lenguas, y si supiere y tuviere toda la ciencia, y la profecía y toda la fe, aunque pase los montes de una parte á otra, si estuviere sin caridad, ninguna cosa es„; y pues está

cierto que el don de lenguas y lo demás que allí cuenta se compadecen con estar en pecado mortal, no hay por qué nadie quiera casar la caridad con la fe, para que no pueda estar la fe sin la caridad, aunque ésta no pueda estar sin la otra: palabra es de la divina Escritura que por la fe se da la justicia; mas que por sola la fe, invención humana es, y error muy necio y perverso, del cual el Señor nos avisó cuando dijo á la Magdaleña (Luc., VII): *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho;* que son las palabras tan claras para dar testimonio que se requiere el amor, cuan claras las hay en toda la Escritura para que se requiera la fe, y que no sólo ha de haber en la justificación del pecador amor, mas porque el amor es causa y disposición para el perdón, como lo es la fe, entrambas cosas andan juntas, y de entrambas hizo el Señor mención en el negocio de la Magdalena, pues al cabo de la habla dijo: *Tu fe te hizo salva, ve en paz;* ni en lo que el Señor dijo: muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho, quiso decir *porque creyó mucho*, llamando al efecto por nombre de causa; pues está claro, que habiendo el Señor preguntado que cuál de los deudores amaría más á su perdonador, aquel á quien soltaba más ó á quien menos, había de concluir su razón con hablar de amor, y no con hablar de creer. Y si vale tomar licencia para decir que el amor llama fe tomando al efecto por nombre de causa, tomarla hemos nosotros para decir que en los lugares de la Escritura en que se dice *que por la fe es el hombre justificado*, se entiende el amor por nombre de fe entendiendo en la causa el efecto, pues tan usado modo es de hablar y tan razonable llamar al efecto por nombre de causa, como á la causa por nombre de efecto. Claro habló aquí el Señor, si no quiere alguno cegarse en la luz: y fe y amor llamó por sus nombres, y entrambas se requieren para justificar, según hemos dicho: y la misma junta afirma el Señor, diciendo á sus discípulos (Joann., XIV): *El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis á Mí y creisteis que Yo salí de Él.* Y pues fe y amor se requieren, cierto habrá dolor de pecados; pues no dejarán de dolerle las ofensas graves que ha hecho contra Dios al que le ama sobre todas las cosas, como parece en la Magdalena y en los pecadores que se convierten á Dios.

Y porque estas cosas se requieren, y otras que de ellas se siguen, para alcanzar la justicia, por eso la Escritura divina

unas veces nombra la fe, otras el amor, otras el gemido y el dolor de la penitencia, otras la oración humilde del penitente, que dice: *Señor, sed manso á mí, pecador;* otras el conocimiento del pecado. *Pequé al Señor*, dijo David: y luego oyó la palabra del perdón de parte de Dios. Mas quien movido por esto dijese que por sólo el conocimiento del pecado se perdona el pecado, no erraría poco, pues lo conocieron Caín y Judas, y muchos otros, y Saúl entre ellos, y no alcanzaron perdón. Y tan sin fundamento es decir que por sola la fe se alcanza, porque la Escritura en algunas partes no haga mención sino de ella, porque por esta razón podríamos echar fuera del negocio á la fe, pues en otras partes habla la Escritura que se perdonan los pecados (sin hacer mención de la fe) por la penitencia ó por otras cosas. Mas la verdad católica es que se requieren unas y otras, como disposiciones para alcanzar el perdón y la gracia. Y si á alguno parece que se nombra muchas veces la fe, atribuyéndole la justicia, y que por la fe somos hechos hijos de Dios y participantes de los merecimientos de Jesucristo, y semejantes efectos que convienen á la gracia y caridad, no es porque la fe sola para esto baste, mas porque el sentido de la Escritura, cuando le atribuye aquellos efectos, es entender de la fe formada con la caridad, que es vida de ella. Ni tampoco atribuye estos efectos á la fe, porque teniendo á ella necesariamente se tenga el amor, pues que, según se ha dicho, puede quedar fe verdadera, perdiendo la gracia y amor, el cual, como dice San Pablo, es mayor que la fe y que la esperanza. Y cuando el Señor habló de la fe y el amor, así en el negocio de la Magdalena como el que dijimos de sus discípulos, nombró primero al amor que á la fe, dándole el primer lugar en la perfección al que es acto de la voluntad, que en cierta manera es postrero, cotejado con el acto del entendimiento, al cual pertenece la fe. Y también se ha de mirar, que aunque los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia sea necesario recibirlos, ó tener propósito de los recibir para alcanzar la gracia perdida, el uno para los infieles y el otro para los fieles que después del Bautismo han cometido pecado mortal, mas no se habla en la Escritura tantas veces de ellos como de la fe, por lo que luego diremos; mas tampoco se deja de hacer mención de ellos porque nadie pensase no ser necesarios para alcanzar la justicia.

San Pablo dice (I Tim., III), *que por el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo nos hizo Dios salvos*, y que Cristo limpió á su Iglesia con el Bautismo de agua, en palabra de vida. Y si por decir la Escritura que somos justificados por la fe, se hubiesen de echar fuera los Sacramentos, también se podría echar fuera la fe, pues dice que se da la salud y limpieza por el santo Bautismo. Mas el Señor entrambas cosas junta, diciendo: *Quien creyere y fuere bautizado, aquél será salvo.* Item, el mismo Señor dijo á sus Apóstoles (Marc., ultim.) cuando instituyó el sacramento de la Penitencia: *Cuyos pecados perdonáredes, son perdonados,* etc. (Joannis, XX). Y, por consiguiente, se da gracia y justicia por este Sacramento, pues no puede haber perdón de pecados sin que se dé la gracia, la cual es significada y contenida en todos los siete Sacramentos de la Iglesia, y se da á quien bien los recibe, y con mayor abundancia que la disposición de quien los recibe, por ser obras privilegiadas, que por la misma obra que son, dan la gracia. Por lo cual deben ser en gran manera reverenciados y usados, como la Iglesia católica lo cree y nos lo enseña. Y si la fe tan frecuentemente era en principio de la Iglesia predicada y nombrada, convenía hacerse así, porque entonces se plantaba de nuevo, y se pretendía que los infieles la recibiesen y que entrasen por ella como por la primera puerta de la salud, para que después de entrados fuesen informados más particularmente de lo que habían de creer y obrar. Y también convenía que se manifestase particularmente en aquellos tiempos el misterio y valor de la Pasión y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, que con extrema deshonra había sido en aquellos tiempos crucificado. Y la fe de este misterio como hace creer y confesar que en aquel madero tan deshonrado, según la apariencia exterior, estuvo colgada la vida divina, y que allí en medio de la tierra obró Dios con su muerte la salud y remedio del mundo, esta tal fe honra á la deshonra de la cruz y es ensalzamiento de la bajeza que allí extremadamente se ejercitó.

Por lo cual convenía que se nombrase muchas veces el nombre de fe, y con grande honra; pues que resulta en honra de Jesucristo Nuestro Señor, de cuya persona y merecimientos ella da testimonio, predicando su alteza. Y si la Escritura dice *que por ella son los hombres justificados*, atribúyesele esto, no porque ella sola sea bastante, mas como á principio y fundamento

y raíz de todo lo bueno, como lo dice el Concilio Tridentino: y los que á ella sola lo atribuyen, es por hallar consuelos para su tibieza ó maldad de su vida, queriendo por vía de creer asegurarse para tener licencia de mayor anchura. Y la paz y confianza de la buena conciencia, que se causa de la perfecta caridad, quieren alcanzarla sin estos trabajos que la perfecta virtud pide. (Eccl., IX.) Y aún no se contenta con esto, como, según la verdad, ninguno haya en esta vida del todo cierto si es digno de amor ó de odio, aunque según tienen mayor virtud ó menor, así tienen mayores ó menores conjeturas para confiar. Mas los que quieren dar tal certidumbre á quien cree, como ellos imaginan, de que está perdonado por Dios, cual se da á lo que el cristiano cree como artículo de fe, engaños del diablo son éstos, y creídos de gentes que no tienen asiento en la fe, ni santidad en la vida, enemigos de obedecer, y que andan á tientaparedes, como dicen, en los negocios de Dios, que si esto no fuese, no tan presto los engañaría el demonio [1].

CAPÍTULO XLV

Por qué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón, y de la grande sujeción que debemos tener á las cosas que la fe nos enseña, y de la particular devoción que especialmente debemos á lo que el Señor Jesús enseñó por su boca.

La orden de las palabras de este tratado pedía que tras la palabra primera de él os declarase la segunda: mas la orden de las sentencias, por ser una la de la primera y tercera, pide que, dejando la segunda, os declare la tercera, que dice así: *Inclina tu oreja*, para lo cual habéis de notar, que es tanta la alteza de las cosas de Dios y tan baja vuestra razón y fácil de

1 Llenos están nuestros Catecismos y los libros apologéticos de la Religión católica, apostólica, romana de los argumentos teológicos y filosóficos que confunden y trituran la doctrina protestante, predicadora, osada, del valor suficiente de la *fe sola*, para la justificación y salvación del pecador. Y hasta los niños de nuestras escuelas saben cómo eso de la *fe sola*, santificadora y salvadora, fué puro y heretical invento del fraile apóstata Martín Lutero, condenado por la Santa Madre Iglesia en el Concilio de Trento, y no hay apenas quien de memoria no repita las palabras de Santiago: *Fides sine operibus mortua est*, ó lo que es igual: "cosa muerta es la fe sin las obras.„ Ni modo hay tampoco de ponderar bastante los absurdos filosóficos y antisociales que se siguen de la teoría estrafalaria é inhumana del padre del protestantismo, el cual, consecuente con ella, repetía: *crede fortiter et peca fortius*, esto es: "cree firmemente y peca cuanto quieras.„

ser engañada, que para seguridad de nuestra salvación ordenó Dios salvarnos por fe y no por nuestro saber, lo cual no hizo sin muy justa causa: porque pues el mundo, como dice San Pablo (I Cor., I), *no conoció á Dios en sabiduría*, antes desatinaron los hombres en diversos errores, atribuyendo la gloria de Dios al sol y luna y otras criaturas.

Y ya que otras conocieron á Dios por rastro de las criaturas, tomaron tanta soberbia de su rastrear en conocer cosa tan alta, que les fué quitada esta luz por su soberbia, que el Señor por su bondad les había dado, y así cayeron en tinieblas de idolatría y de muchedumbre de otros pecados, como los que no conocieron á Dios habían caído. Por lo cual, así como después que los ángeles malos pecaron no consintió Dios, como lo suelen hacer los escarmentados, que viviese en el cielo alguna criatura que pudiese pecar, así viendo cuán mal se aprovecharon los hombres de su razón, y que el mundo, como dice San Pablo, *no conoció á Dios por sabiduría,* no quiso dejar en manos de ella el conocimiento de él y salvación de ellos: mas antes quiso por la predicación de lo que la razón no alcanza, hacer salvos, no á los escudriñadores, mas á los sencillos creyentes: y así, después de habernos el Espíritu Santo amonestado las dos dichas palabras, que dice: *Oye y ve,* luego nos amonesta la tercera, que dice: *Inclina tu oreja.* En lo cual nos da á entender que debemos muy profundamente sujetar nuestra razón, y no estar yertos en ella, si queremos que el oir y ver que para nuestro bien nos fueron dados, no nos sea ocasión de perdición eterna. Cierto es que muchos han oído palabras de Dios, y han tenido excelentes conocimientos de cosas sutiles y altas, y porque se arrimaron más á la curiosidad de la vista que á inclinar con obediencia la oreja de su razón, se les tornó el ver en ceguera, y tropezaron en la luz de medio día como si fuera tinieblas.

Por eso, si no queréis errar en el camino del cielo, inclinad vuestra oreja, quiero decir, *vuestra razón,* sin temor de ser engañada; inclinadla con profundísima reverencia á la palabra de Dios que está dicha en toda la Sagrada Escritura. Y si no la entendiéredes, no penséis que erró el Espíritu Santo que la dijo, mas sujetad vuestro entendimiento, y creed, como San Agustín dice que él lo hacía, que por la alteza de la palabra vos no la podéis alcanzar. Y aunque á toda la Escritura de Dios

hayáis de inclinar vuestra oreja con igual crédito de fe, porque toda ella es palabra de una suma verdad, mas debéis tener particular respeto de os aprovechar de las benditas palabras que en la tierra habló el verdadero Dios hecho carne, abriendo con devota atención vuestras orejas de cuerpo y de ánima á cualquier palabra de este Señor, dado á nosotros por especial maestro, por voz del Eterno Padre, que dijo: *Este es mi muy amado Hijo, en el cual me he agradado;* oid: sed estudiosa de leer y oir aquestas palabras, y sin duda hallaréis en ellas una singular medicina y poderosa eficacia para lo que á vuestra ánima toca, cual no hallaréis en todas las otras que desde el principio del mundo Dios haya hablado, y con mucha razón, pues en lo que en otras partes ha dicho, ha sido hablar Él por boca de sus siervos, y lo que habló en la Humanidad que tomó, hablólo por su propia persona, abriendo su propia boca para hablar el que primero había abierto y después abrió la boca de otros que en el Viejo Testamento y Nuevo hablaron. Y mirad no seáis desagradecida á tan gran merced como Dios nos hizo de querer Él ser nuestro Maestro, dándonos leche de su palabra para mantenernos el mismo que nos dió el ser, para que fuésemos algo. Merced es tan grande, que si hubiese peso para la pesar y nos dijesen que en el cabo del mundo había palabras de Dios para la doctrina del ánima, había de pasar todo trabajo y peligro por oir unas palabras dichas de la suma Sabiduría, y hacernos discípulos suyos.

Aprovecháos de esta merced, pues Dios tan cërca os la dió, y pedid al que tuviere cargo de encaminar vuestra ánima, que os busque en la Sagrada Escritura en doctrina de la Iglesia y dichos de Santos, palabras apropiadas para las necesidades de vuestra ánima, ahora sean para defenderos de las tentaciones, según el mismo Señor, ayunando en el Desierto, lo hizo para nuestro ejemplo, ú ora sea para estimularos á tener las virtudes que os faltan, ahora sea para haberos con Dios como debéis, y con vos y con vuestros prójimos mayores y menores, é iguales, y cómo os habéis de haber en la prosperidad y en la tribulación, y finalmente, para todo lo que hubiéredes menester en el camino de Dios, de manera que podáis decir (Psalm. XVIII): *En mi corazón escondí tus palabras, para no pecar á ti.* Tu palabra es antorcha para mis pies y lumbre para mis sendas, y mirad no caigáis en curiosidad de querer saber más de lo que

habéis menester para vos ó para la gente que tenéis á cargo, porque lo otro debéislo dejar para los que tienen carga de enseñar al pueblo de Dios, como amonesta San Pablo (Rom., XII): *Que nuestro saber sea con templanza.*

CAPÍTULO XLVI

Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquier seso, sino por el de la Iglesia romana, y donde ella no declara se ha de seguir la conforme exposición de los Santos, y del grande crédito y sujeción que á esta Iglesia santa debemos tener.

Habéis de saber que la exposición de la Escritura divina no ha de ser por seso ó ingenio de cada cual, porque de esta manera, aunque ella en sí sea certísima, pues es palabra de Dios, sería para lo que toca á nosotros cosa muy incierta, pues comunmente suele haber tantos sentidos cuantas cabezas; y como nos convenga mucho tener suprema certidumbre de la palabra que hemos de creer y seguir, pues que hemos de poner por su confesión y obediencia todo lo que tenemos, y la misma vida, no estuviera bien proveído el negocio si los diversos sentidos de los hombres no dejaran tener certidumbre á la palabra en el corazón del cristiano. A sola la Iglesia católica es dado este privilegio, que interprete y entienda la divina Escritura, por morar en ella el mismo Espíritu Santo que en la Escritura habló. Y donde la Iglesia no determina hemos de seguir la concorde y unánime interpretación de los santos, si no queremos errar, porque de otra manera, ¿cómo se puede entender con espíritu ni ingenio humano lo que habló el divino, pues cada escritura se ha de leer y declarar por el mismo espíritu con que fué hecha? Y también habéis de saber, que declarar cuál escritura sea palabra de Dios, para que por tal sea de todos creída, no pertenece á otro sino á la misma Iglesia cristiana, cuya cabeza en la tierra, por divina ordenación, es el Romano Pontífice. Y tened por cierto, como San Jerónimo dice, *que cualquier persona que fuera de esta Iglesia y casa de Dios comiere el cordero de Dios, profano es, no cristiano.* Y quienquiera que fuere hallado fuera de ella, necesariamente ha de perecer, como los que no entraron en el arca de Noe fueron ahogados con el diluvio. Esta es la Iglesia á la cual manda el Evangelio que oiga-

mos, y que á quien no la oyere tengamos por malo y por infiel; y esta es la Iglesia, de la cual dice San Pablo *que es columna y firmamento de la verdad.*

Y á creer que esto es así, nos inclina y alumbra la misma fe infundida de Dios, de que arriba hemos dicho, como á uno de los otros artículos, y con la misma é igual certidumbre, y hasta aquí se ha creído esta Iglesia. Y por haberse apartado en nuestros tiempos una gente soberbia, y por eso del demonio engañada, no por eso deja la Iglesia de ser lo que era, ni nosotros debemos dejar de creer lo que antes creíamos. Por tanto, contra esta Iglesia no os mueva revelación, ni sentimiento de espíritu, ni otra cosa mayor ni menor, aunque pareciese ser ángel del cielo quien contra ella decía, porque serlo en la verdad no es posible. Y menos os muevan doctrinas de herejes, pasados, presentes ó por venir, los cuales, desamparados de la mano de Dios por su justo juicio, siguen luz falsa por verdadera, y perdiéndose ellos, son causa de perdición de cuantos les siguen. Mirad en lo que han parado los que se apartaron en tiempos pasados de la creencia de esta Iglesia, y cómo fueron semejables á un ruido de viento, que presto se pasa y luego se olvida. Y mirad por otra parte la firmeza de nuestra fe y de nuestra Iglesia, y cómo ha quedado por vencedora; y aunque combatida desde su nacimiento, nunca vencida, por estar fundada sobre firme piedra, contra la cual, ni lluvias, ni ríos, ni vientos, ni las puertas de los infiernos pueden prevalecer. Cerrad, pues, vuestras orejas á toda doctrina ajena de la Iglesia, y seguid la creencia usada y guardada de tanta muchedumbre de años, pues es cierto que en ella han sido salvos y santos grandísima muchedumbre de gente; porque no veo cosa de mayor locura, que dejar el hombre un camino por el cual han caminado personas muy sabias y santas y han ido al cielo, por seguir á unos menores en todo bien, sin comparación, que los pasados, y solamente mayores en la soberbia y desvergüenza de querer ser más creídos sin prueba ninguna, más de la de su propio parecer, que la muchedumbre de los pasados que tuvieron divinal sabiduría y excelentísima vida, y muchedumbre de grandes milagros, siendo el principal de los que éstos engañados siguen, un Lutero, tan flaco en su carne, que ni pudo vivir, según él lo dice, sin mujer, ni muerta una, vivir en castidad sin tomar otra; habiendo muchos que se contentaron con

una, y otros que ni aun quisieron tener una, por vacar á Dios con mayor limpieza y libertad. ¿Cómo llamaremos espíritu bueno al que en aquel mal hombre vivía, pues no tuvo fuerza para darle castidad, aun de las más comunes, siendo la que él prometió de las más altas, teniéndola muchos, á quien él fuera razón que siguiera como á mejores? Y pues el Señor dice *que por los frutos conoceremos el árbol,* espíritu de la tierra y de flaqueza de carne y del demonio moraba en él, pues tales frutos hacía y otros peores. Esperad un poco, y veréis el fin de los malos, y cómo los vomitará Dios con extrema deshonra, declarando el error de ellos con manifiesto castigo, como de los pasados ha hecho.

CAPÍTULO XLVII

De cuán terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe, y cómo justamente es quitada á los que no obran conforme á lo que ella enseña.

Quien tuviere lumbre con que juzgar que los bienes y males verdaderos son los espirituales, ya ve de presente el recio castigo de Dios sobre aquesta gente, y tal castigo, que ninguno es mayor sino sólo el infierno. ¿Quién no temerá, oh Rey de las gentes? ¿Y quién conoció el poder de tu ira ó la podrá contar con el gran temor de ella? Los grandes castigos de Dios, que se deben temer sobre todos, no son los males de hacienda, ni honra, ni vida; mas dejar Dios endurecer en el pecado á la voluntad del hombre, ó dejar cegar con el error al entendimiento, mayormente en cosas de fe, éstas son las heridas del furor divinal, heridas, no de padre, sino de justo y riguroso juez, de las cuales se entiende con mucha razón lo que Dios dice en Jeremías (Jerem., XXX): *Con herida te herí con riguroso castigo.* Aunque no usa Él de este rigor de juez sino habiendo primero usado de misericordia de padre; y si bien miráis, tiene esta ceguedad del entendimiento este particular mal más que la dureza de la voluntad, que aunque ésta sea mucha, aún hay alguna esperanza de alcanzar remedio, porque como le queda al hombre la fe, aunque muerta, tiene conocimiento que hay remedio en la Iglesia para su pecado, lo cual es grande ayuda para levantarse y remediarse. Mas quien yerra en la fe, ¿cómo lo busca-

rá, ó cómo lo hallará, pues que fuera de la Iglesia no lo podrá hallar, porque no lo hay? Y el que hay en la Iglesia no lo busca; porque no lo cree, y así queda perdido. Palabra es que Dios hace en Israel: *Que á quienquiera que la oyere le retañierán las orejas de puro temor.*

Mas tan grande castigo no viene sin grande justicia, la cual declara San Pablo diciendo (Rom., I): *Descúbrese la ira de Dios desde el cielo sobre toda la maldad de aquellos hombres que detienen la verdad de Dios en la justicia.* Y el intento del Apóstol en aquel lugar es éste: que hubo hombres que aunque conocieron á Dios, no le sirvieron como á Dios; antes se hincharon con ciega soberbia, y teniendo verdad en el entendimiento, obraron maldad con la voluntad. De manera, que la verdad de Dios estaba en ellos detenida ó encarcelada, pues no hacían lo que ella enseñaba, mas lo que la mala voluntad de ellos quería. Y porque la verdad de Dios es cosa muy excelente, y la da Él por grande merced, para que siguiéndola el hombre con la afección, la honre, alcance la virtud y se salve. Y si el tal hombre no mira esto, y la trata de arte que ni hace lo que ella le enseña ni la tiene en lugar limpio como ella merece, hace en ello una gran deshonra contra Dios que la dió y contra la verdad dada por Él: y si ella tuviese lengua, pediría á voces justicia contra el tal hombre; porque siendo ella tan preciosa joya, y que tanto puede al hombre aprovechar, está detenida sin la oir ni hacer lo que dice, y aposentada entre la hediondez de pecados que el tal hombre tiene en su voluntad. Y así como puede, á semejanza de la sangre de Abel, da voces pidiendo venganza; porque aunque el tal hombre no le quita la vida de ser verdad, pues se compadece fe verdadera con vida mala, quítale la eficacia que tuviera en el obrar, si no la impidiera, mas le ayudara con su voluntad á obrar lo que ella enseñaba: y estas voces óyelas Dios, que es el que dice: *El siervo qne conoce la voluntad de su Señor y no la hace, será azotado con muchos azotes.* Entre los cuales, el mayor de los que en este mundo da, según hemos dicho, es permitir que el tal hombre caiga en error en pena de sus pecados; y así fueron castigados aquéllos con caer en tan ciega idolatría, que vinieron á adorar por Dios las aves, serpientes y bestias. Y porque quitaron á Dios la honra que como á Dios se le debía, y la dieron á cuya no era, tornóles á castigar Dios este pecado de

idolatría con permitirles caer en tan feos pecados, que es temor pensarlos y vergüenza decirlos. Y aunque los castigados con este castigo sin duda caerán en pecados, mas su caída es tan libre, como lo es en los otros pecados, que por su propia voluntad caen, y por muchos que sean los unos y otros, no les está cerrada la misericordia de Dios si se quieren acoger á sus piadosas entrañas.

El poder de Dios se manifiesta en lo primero, su sabiduría en lo segundo, y su bondad y misericordia en lo tercero. Y por este norte, que el Soberano Juez castigó á estos soberbios gentiles, castigó también á los ingratos judíos, y con mucha razón, pues les dió más conocimiento que á los gentiles, del cual usaron tan mal, que á la misma luz verdadera, que es Jesucristo, lo negaron con infidelidad, y lo crucificaron por mano de los gentiles, y porque quisieron apagar aquella luz soberana, sin la cual no hay luz ni verdad, quedáronse en obscuras tinieblas y eternal perdición, si no se convirtieren al servicio del Señor que negaron. Mas veamos cuál fué el motivo que los trajo á tan grande mal de descreer á la luz que presente tenían. Responde San Juan (Joann., III): *Amaron más los hombres las tinieblas que la luz, porque eran sus obras malas.* Todo aquel que mal hace, aborrece la luz. De manera que porque el Señor y su doctrina encaminaban á toda verdad y virtud, y ellos amaban la mentira y maldad, no lo podían oir, ni mirar, ni quisieran que hubiera luz de doctrina que descubriera la santidad falsa que ellos tenían, ni que hubiera ejemplo de perfecta vida, en comparación de la cual era condenada la suya por mala; y de la raíz de esta voluntad, así depravada, salió el fruto de negar y matar al celestial Médico que los venía á curar, y quedaron tales, cuales mucho tiempo antes los había pintado el Profeta David, cuando de ellos dijo (Psalm. LXVIII): *Sean obscurecidos sus ojos porque no vean, y su espinazo ande siempre acorvado*, porque quedaron sus ojos sin lumbre de fe, y con voluntad aficionado á cosas de la tierra.

CAPÍTULO XLVIII

En que se prosigue más en particular lo ya dicho, y se declara lo que se requiere para entrar á leer y entender las divinas letras y Doctores santos.

Pues si Dios celó tanto la honra de su conocimiento que dió á los gentiles, y del que dió á los judíos, ¿cuánto celará el que da á los cristianos, pues es mayor sin comparación que el que unos y otros tuvieron? Y pues muchos usan muy mal de este conocimiento de fe tan excelente, no es maravilla que algunas veces hiera Dios á los tales con este terrible castigo de dejarles caer en herejías como á los pasados. ¿Por ventura no vemos cumplido con nuestros ojos lo que San Pablo profetizó de los tiempos postreros, diciendo (Thesal., II) *que había Dios de enviar á unos hombres operación de error, para que crean á la mentira?* (y mentira contra la fe), pues nadie hay que ignore la desventurada y grande eficacia con que tanta gente ha abrazado de corazón la luterana herejía, que claramente se ve haberles Dios enviado esta eficacia de error para creer á la mentira, como dijo San Pablo; mas no envía Dios cosa de éstas, inclinando al hombre á que crea mentira ni á que haga maldad, porque no es tentador de los malos, según dice Santiago Apóstol; mas dice enviar operación de error cuando con justo juicio deja al entendimiento del hombre ser engañado por falsas razones ó falsos milagros que le haga otro hombre ó el perverso demonio, y así siente una eficacia dentro de sí para creer aquella mentira que le parezca que es motivo á creerla como una muy grande y saludable verdad. Recio juicio de Dios es aqueste, y pues él es justo, grande debe ser la culpa en cuyo castigo se hace: y cuál sea esta culpa, el mismo San Pablo nos lo declara diciendo (Thesal., II): *Porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.* Porque si miráis cuán poderosa cosa es la verdad que creemos para ayudarnos á servir á Dios y ser salvos, pareceros ha grave culpa no amar esta verdad y seguir lo que ella enseña, y muy mayor hacer feas obras contra todo lo que ella enseña. ¡Cuán lejos había de estar de ofender á Dios quien cree que para quien le ofende hay fuego eterno, con otros innumerables tormentos, con que sea el tal

castigado mientras Dios fuere Dios, sin esperanza de todo remedio! (Psalm. XXXIV.) ¡Cómo se atreve á pecar quien cree, que entrando el pecado por una puerta en el ánima, Dios se sale por la otra! Y qué tal queda, Señor, el hombre sin Ti, sentíalo aquel que rogaba: *Señor, no te apartes de mí.* Porque Dios ido, quedamos en muerte primera de culpa, y en víspera de muerte segunda de culpa y de pena infernal.

Con razón se maravillaba Job cuando decía (cap. VI): *¿Quién podrá gustar lo que siendo gustado trae consigo la muerte?* Mucha razón, es cierto, que el manjar que no gustaríamos creyendo al médico, que dijese haber muerte en él, no lo gustásemos con perverso consentimiento, habiendo Dios dicho (Ezech., XVIII), *que el ánima que pecare, aquélla morirá.* ¿Por qué no obra en ti la fe que tienes á la palabra de Dios, lo que obra el dicho del médico, pues éste puede y suele engañar, mas Dios nunca? ¿Y por qué el haber dicho Dios que Él es galardón eternal de los que le sirven, no nos hace á todos con gran diligencia y esfuerzo servirle, aunque en ello pasásemos muy muchos trabajos y nos costase la vida? ¿Por qué no amamos á Nuestro Señor, el cual creemos ser sumo Bien, y habiéndonos Él amado primero, aun hasta morir por nosotros, y así en todo lo demás que esta sagrada fe tan poderosamente nos enseña y convida, cuanto es de su parte, y nosotros con grave culpa dejamos de seguir y seguimos obras contrarias? ¿Puede ser mayor mónstruo que creer un cristiano las cosas que cree, y hacer tan malas obras como muchos las hacen? Pues en castigo de que no tuvieron amor á la verdad, con la cual fueran salvos, poniendo en obra lo que ella enseñaba, que les sea quitada, dejándoles creer el error, es muy justo juicio de aquel Señor, que es terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres. (Psalmo LXV.) Y si miráis donde armó Dios el lazo con que los judíos y herejes fuesen castigados, según hemos dicho, pareceros ha cosa más para temblar que para hablar. Preguntadles á éstos que en qué estriban para seguir su error con pertinacia tan porfiada, y deciros han los unos que en la Escritura Sagrada del Viejo Testamento, y los otros que en la del Nuevo, y veréis abiertamente cumplida la profecía del Profeta David, en que dice (Psalm. LXVIII): *La mesa de ellos sea deshecha en lazo, y en castigo y en tropiezo.* ¿Visteis nunca cosa tan al revés, tornarse la mesa de vida en lazo de muerte? ¿La mesa

de consolación y perdón en castigo? ¿La mesa do hay lumbre para saber andar el camino que lleva á la vida, tornarse en tropiezo para errar el camino y caer en la muerte? Grande, por cierto, es la culpa que tal castigo merece, que el hombre se ciegue en la luz y se le torne muerte la vida. Justo eres, Señor, y justos tus juicios, y ninguna maldad hay en ti, mas la hay en los que usan mal de tus bienes; por lo cual es justo que tropiecen en ellos y sea castigada la deshonra que hicieron á ellos y á ti.

Grande bien, Señor, y muy grande es tu fe; acatada y obedecida y puesta en obra es razón que sea, y grandes mercedes nos hiciste en darnos tu divina Escritura, tan provechosa y necesaria para te servir. Mas porque siendo el viento que en este mar sopla viento del cielo, y quisieron algunos navegar por él con vientos de tierra que son sus ingenios y estudios, ahogáronse en él, permitiéndolo Tú; porque así como en las parábolas que predicabas, Señor, en la tierra, eran secretamente enseñados aquellos que tenían disposición para ello, y eran otros con ellas mismas cegados por tu justo juicio, así tienes Tú el profundo mar de tu divina Escritura, diputado para hacer misericordia á tus corderos, que naden en el provecho suyo y ajeno, y también para hacer justicia con que los soberbios elefantes se ahoguen y ahoguen á otros. Temida y muy temida debe ser la entrada en la divina Escritura, y nadie se debe arrojar á ella sino con mucho aparejo, como á cosa en que hay mucho peligro. Lleve quien hubiere de entrar en ello el sentido de la Iglesia católica romana, y evitará el peligro de la herejía. Lleve para aprovecharse de ella limpieza de vida, como dice San Atanasio, por las palabras siguientes: "Necesaria es la bondad de vida y limpieza de ánima y cristiana piedad para la investigación y verdadera ciencia de las Escrituras." *Y después dice*: "Porque sin limpieza de ánimo y vida imitadora de santidad, no es posible entender los dichos de los santos." Que así como si alguno quiere mirar la luz del sol limpia sus ojos y se pone más claro limpiándose, casi á la semejanza de aquel sol que desea mirar, para que así el ojo hecho luz pueda mirar la luz del sol, y así también como si alguno desea ver alguna región ó ciudad, se acerca á ella por causa de verla, así el que desea alcanzar la inteligencia de los santos, conviénele primero lavar y limpiar su ánima, y por semejanza de vida y costumbres acer-

carse á los mismos santos, para que así estando con sus deseos y vida, junto con ellos, entienda en aquellas cosas que Dios á ellos reveló, y hecho casi uno de ellos, escape del peligro de los pecadores y del fuego que en el día del juicio les está apare jado.

Esto que ha dicho San Atanasio conviene mucho llevar, para sacar provecho de la divina Escritura, porque sin esta limpieza de vida bien podrá uno saber por la Escritura lo que Dios quiere en general, mas saber en particular el consejo de Dios, y qué quiere Dios, como dice el sabio, no se puede saber por estudio humano, mas según él mismo dice: *Tu sentido, Señor, ¿quién lo sabrá si tu no dieres sabiduría, y enviares de las alturas el Santo Espíritu tuyo?* Esta sabiduría es la que enseña el agradamiento de Dios en particular, la cual no mora en los malos. Y cuando ésta persevera en el hombre con experiencia de santos trabajos, humildes oraciones y frutos de buenas obras, hace á un hombre verdaderamente sabio, para que con la lección de la Escritura y larga experiencia pueda enseñar á los otros á manera de testigo de vista, y dar en la vena del ajeno corazón, enseñando por lo que pasa en el suyo. Y sin esto, si una vez acertare errará muchas, y será de aquellos de los cuales dice San Pablo (I Tim., I): *Que queriendo ser engañadores de la ley, no entienden las cosas que hablan.* Conviene también ayudarse el hombre que quiere estudiar la Divina Escritura, del socorro y exposición de los Santos, y aun de escolásticos, porque lo que del estudio de la Divina Escritura se saca, sin llevar estas cosas, probádolo ha Alemania, mas por su mal.

CAPÍTULO XLIX

Que debemos no ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido: antes humillarnos con temor, y de las razones que para ello hay.

No saquéis vos de oir estas caídas ajenas alguna soberbia de corazón, con que digáis: no soy yo como aquellos que tan feamente han perdido la fe; acordáos de unos hombres que contaban á Nuestro Señor que Pilato había muerto á cierta gente de Galilea en mitad de unos sacrificios que hacían, y llevaban

los que esto contaban un liviano complacimiento en su corazón, con que se tenían por mejores que aquellos que habían hecho cosas merecedoras de que los matase Pilato.

Y como el Soberano Maestro entendía la tal soberbia, sin que ellos la manifestasen, queriéndolos desengañar, les dijo de esta manera: "¿Pensáis que aquellos hombres de Galilea eran mayores pecadores que todos los hombres de aquella provincia, porque vino tal castigo sobre ellos? ¿O pensáis que aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloe y los mató eran mayores pecadores que todos los otros hombres que moraban en Jerusalén? *Yo os digo que no*, y que si penitencia no hiciéredes, todos juntamente pereceréis." Este mismo sentido tiene San Pablo, cuando dice (Rom., II): *Por la incredulidad fueron cortados los judíos, que eran ramos en la oliva de los creyentes, y tú por la fe estás en pie.* No quieras ensoberbecerte, mas teme, porque de otra manera también serás tú cortado. Los castigos de Dios hechos en otros humildes y castos, nos deben hacer, nó soberbios, que dondequiera que en nuestros tiempos infelicísimos queramos mirar, hay que llorar y que decir con Jeremías (Jerem., XIV): *Si salgo al campo, veo muertos á espada; si entro en la ciudad, veo muertos y desperecidos con hambre.* Los primeros son los que se han salido de la ciudad, que es la Iglesia, gente que está sin cabeza, porque la espada de la incredulidad les ha quitado la cabeza que Dios dió á los cristianos, que es el Romano Pontífice, y los segundos son muchos de los que en la ciudad de la Iglesia tienen sana la fe, mas están miserablemente muertos de hambre, porque no comen manjar de la obediencia de los Mandamientos de Dios y de su Iglesia. Cosas son éstas dignas de que las sintamos, si sentido tenemos de Cristo, y que las lloremos delante de su acatamiento y le digamos: ¿Hasta cuándo, Señor, no habrás misericordia de aquellos por los cuales derramaste tu sangre y perdiste la vida en la cruz con tantos tormentos? Y pues el negocio es tuyo, sea también de tu mano el remedio, pues que de otra mano es imposible venir.

Tened vos, doncella, cuidado de sentir y pedir esto; pues si á Cristo amáis, habéis de tener dentro de vuestro corazón entrañable compasión de las ánimas, pues por ellas murió Jesucristo: y también os conviene mucho mirar cómo vivís, y cómo os aprovecháis de la fe que tenéis, porque no os castigue Dios con

dejaros caer en algún error con las pérdidas, pues habéis oído con vuestras orejas cuánta gente la ha perdido por las herejías del perverso Lutero, y otros hay que han negado á Cristo en tierra de moros, por vivir según la ley bestial de Mahoma, en lo cual veréis cumplido lo que dice San Pablo (I Tim., I): *Que por haber desechado algunos la buena conciencia, perdieron la fe.* Ahora sea como arriba dijimos, cuando hablábamos de los motivos para creer, porque la misma mala conciencia poco á poco hace cegar el entendimiento para que les busque doctrina que no contradiga á sus maldades, ó porque el Soberano Juez, en castigo de pecados, permita caer en herejía; ahora sea por lo uno ó por lo otro, es cosa para temer y poner cuidado de lo evitar: y aunque esto no acaezca á todos los malos cristianos, pues aunque estén en pecado mortal no por eso pierden la fe, según hemos dicho, mas en cosa que tanto nos va el haber acaecido á uno sólo, es razón que ponga á todos cuidado y temor de huir aquella ocasión. Que cierto bien lejos estaban los corazones de los once Apóstoles de entregar á la muerte á Jesucristo Nuestro Señor, y porque Él dijo que uno de ellos lo había de entregar, temieron todos, y dijeron: *¿Por ventura, Señor, soy yo?* Temiendo que podían por su flaqueza caer en lo que de presente se sentían libres. Para todo lo cual os será muy provechosa palabra la que entre manos tenemos: *Inclina tu oreja,* obedeciendo con fe á Dios y á su Iglesia, y no tener entendimiento escudriñador que sea oprimido de la Majestad, según está amenazado en la Escritura; porque los que quieren tentar las inefables cosas de Dios con la pequeñez de su entendimiento y razones, acaéceles lo que á los que miran en hito al mismo sol, que no sólo no ven, mas antes pierden la vista, y son rechazados por el grande exceso que hay de la luz que miran á los ojos con que la miran. Y así estos tales, buscando satisfacción por vía de entender y escudriñar, hallan dudas é inquietud, porque no se comunica la sabiduría de Dios sino á los pequeños humildes que con sencillez se llegan á Él, inclinando su oreja á Él y á su Iglesia, y reciben de su bondad muy grandes mercedes, con las cuales queda el ánima satisfecha, hermoseada con fe y con obras, á semejanza de la hermosa Rebeca, á la cual fueron dados de parte de Isaac zarcillos para las orejas y ajorcas para las manos: y porque nos fuese más encomendada esta sencilla sujeción de nuestro enten-

dimiento, no se contentó el Espíritu Santo con amonestarnos en la primera palabra, diciendo: *Oye hija;* mas amonestólo en otra que dice: *Inclina tu oreja,* para que sepan los hombres, que pues Dios no habla palabras ociosas en decirnos una sentencia por diversas palabras, nos quiere mucho encomendar este sencillo y humilde creer, principio de nuestra salud: y si con ella se junta el amor, tendremos salud del todo perfecta.

CAPÍTULO L

De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito á falsas revelaciones, y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu.

No es razón que pase de aquí sin avisaros de un grande peligro que á los que caminan en el camino de Dios acaece, y á muchos ha derribado. El principal remedio del cual consiste en el aviso que el Espíritu Santo nos dió, mediante aquesta palabra que dice *inclina tu oreja;* y este peligro es ofrecerse á alguna persona devota revelaciones ó visiones, ú otros sentimientos espirituales, los cuales muchas veces, permitiéndolo Dios, trae el demonio para dos cosas: una para con aquellos engaños quitar el crédito de las verdaderas revelaciones de Dios, como también ha procurado falsos milagros para quitar el crédito de los verdaderos; otra para engañar á la tal persona debajo de especie de bien, ya que por otra parte no puede. Muchos de los cuales leemos en tiempos pasados, y muchos hemos visto en los presentes, los cuales deben de poner escarmiento y dar aviso á cualquiera persona deseosa de su salud, á no ser fácil en creer estas cosas, pues los mismos que tanto crédito les daban primero, dijeron y avisaron después de haber sido libres de aquellos engaños, que se guardasen los otros de caer en ellos. Gerson cuenta haber acaecido en su tiempo muchos engaños de aquéstos, y dice haber sabido de muchos que decían tener por muy cierto haberles revelado Dios que habían de ser Papas: y alguno de ellos lo escribió así, y por conjeturas y otras pruebas afirmaba ser verdad. Y otro, teniendo el mismo crédito que había de ser Papa, después se le asentó en el corazón que había de ser Anticristo, ó á lo menos mensajero

de él, y después fué gravemente tentado de matarse él mismo por no traer tanto daño al pueblo cristiano, hasta que por la misericordia de Dios fué sacado de todos estos engaños, y los dejó en escrito para cautela y enseñanza de otros.

No han faltado en nuestros tiempos personas que han tenido por cierto que ellos habían de reformar la Iglesia cristiana y traerla á la perfección que á su principio tuvo, ó á otra mayor. Y el haberse muerto sin hacerlo, ha sido suficiente prueba de su engañado corazón, y que les fuera mejor haber entendido en su propia reformación que con la gracia de Dios les fuera ligera, que olvidando sus propias conciencias poner los ojos de su vanidad en cosa en que Dios no la quería hacer por medio de ellos. Otros han querido buscar sendas nuevas, que les parecía muy breve atajo para llegar presto á Dios, y parecidos, que dándose perfectamente á Él y dejándose en sus manos, eran tan tomados de Dios y regidos por el Espíritu Santo, que todo lo que á su corazón venía no era otra cosa sino lumbre é instinto de Dios. Y llegó á tanto este engaño, que si aqueste movimiento interior no les venía, no habían de moverse á hacer obra buena, por buena que fuese; y si les movía el corazón á hacer alguna obra, la habían de hacer aunque fuese contra el Mandamiento de Dios, creyendo que aquella gana que su corazón sentía era instinto de Dios y libertad del Espíritu Santo, que los libertaba de toda obligación de Mandamientos de Dios, al cual decían que amaban tan de verdad que aun quebrantando sus Mandamientos no perdían su amor. Y no miraban que predicó el Hijo de Dios por su boca lo contrario de aquesto, diciendo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra: y el que tiene mis Mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama.* Item: *Si alguno me ama, guardará mi palabra: y el que no me ama, no guardará mi palabra.* Dando claramente á entender, que quien no guarda sus palabras, no tiene su amor ni amistad; porque, como dice San Agustín: *Ninguno puede amar al Rey, cuyo mandamiento aborrece.* Y lo que el Apóstol dice (Tim., I): *Al justo no le es impuesta ley,* y que donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad; no se ha de entender que el Espíritu Santo haga á ninguno, por justo que sea, ser libertado de la guarda del Mandamiento de Dios, ni de su Iglesia, ni de sus mayores, antes mientras más se le comunica este espíritu, más amor le pone: y creciendo el amor crece el cuidado y gana de

guardar más y más las palabras de Dios y de su Iglesia; sino, como este espíritu sea eficacísimo y haga al hombre verdadero y ferviente amador de lo bueno, pónele tal disposición en el ánima cuando con abundancia se dá, que no le es pesada la guarda de los Mandamientos, antes muy fácil y tan sabrosa, que diga David: *Cuán dulces son para mi garganta tus palabras, más que la miel para mi boca.*

Porque como este espíritu ponga perfectísima conformidad en la voluntad del hombre con la voluntad de Dios haciéndole que sea un espíritu con Él, quiere decir, como dice San Pablo, que tenga un querer y no querer, necesariamente ha de ser al hombre sabrosa la guarda de la voluntad de Dios, pues á cada uno es sabroso obrar lo que ama; tanto, que si la misma ley de Dios se perdiese, se hallaría escrita por el Espíritu Santo en las entrañas de ellos, según dice David (Psalm. XXXVI), que la ley de Dios está en el corazón del justo; quiere decir, en su voluntad, según Dios. Y antes lo había dicho Dios (Jeremías, XXXI): *Yo daré mi ley en las entrañas de ellos.* Y de aquí es, que aunque no hubiese infierno que amenazase, ni paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por sólo el amor de Dios lo que obra; porque como el Espíritu Santo obre en el hombre para con Dios lo que la generación humana en el corazón del hijo para con su padre, pues por él y su gracia recibimos la adopción de hijos de Dios, de ahí viene que el tal hombre, como un amoroso hijo, reverencia y sirve á Dios por el amor filial que le tiene; tras lo cual viene aborrecimiento perfecto de todo pecado y la perfecta esperanza que alanza de sí tristeza y temor, como se puede alcanzar en este destierro, y hacerle sufrir los trabajos, no sólo con paciencia, mas con alegría: y por esta libertad que tiene para con pecados y con trabajos, aborreciendo á los unos y amando á los otros, se llama libre, y que al tal justo no le es puesta ley. Así como si hubiese una madre que mucho amase á su hijo y mucho hiciese por él, no le sería pesada la ley que e mandase hacer lo que con su corazón maternal con su hijo hace: y así esta tal madre no estaría debajo de la ley ni de trabajos, mas encima de ella como libre, pues obra con deleite lo que la ley le manda con autoridad; y de esta manera hacen los que hemos dicho, cumpliendo la ley con amor, y aun muchos hacen cosas á que no tienen obligación, ardiendo su corazón

con mayor fuego de amor que la obligación en que les ponía la ley.

Y así se ha de entender lo que dice San Pablo (Galat., III): *Si sois llevados por el espíritu, no estáis debajo la ley.* Porque aborreciendo al pecado, y siendo amorosos para con la ley y gozosos con los trabajos, todo lo cual viene de ser guiados por el espíritu, no les carga la ley según es dicho; mas en quebrantando uno de los Mandamientos de Dios ó de su Iglesia, luego se va este Espíritu, según está escrito, que se aparta de los pensamientos que son sin entendimiento, y que será echado del ánima por venir á ella la maldad. Y como entonces no son llevados los hombres por este Espíritu Santo, necesario es que queden sujetos á la pesadumbre que da la ley á los que no la aman, y queden flacos para sufrir los trabajos, y sujetos á caídas de culpas. No diga, pues, nadie que quebrantando Mandamiento de Dios ó de su Iglesia puede haber justicia, ni libertad, ni amor con Él, pues el Señor pronuncia ser esclavo, no libre (Eccl., XLI), el que hace el pecado, y como no hay participación de luz con tinieblas, no la hay entre Dios y quien obra maldad; porque, según es escrito: *Aborrecible es á Dios el malo y su maldad.* Heos dado cuenta de aqueste tan ciego error, como poniéndooslo en ejemplo, por donde saquéis otros muchos tan necios y torpes como él, en los cuales han caído en tiempos pasados y presentes los que han livianamente creído que los sentimientos ó instintos que en su corazón había eran de Dios.

CAPÍTULO LI

De cómo nos habemos de haber para no errar en las ilusiones, y cuán peligroso sea el deseo de revelaciones ó cosas semejantes.

Con deseo que vuestra ánima no sea una de aquéstas, os encomiendo mucho escarmentéis, como dicen, en cabeza ajena, y que tengáis mucho aviso de no consentir en vos poco ni mucho el deseo de aquestas cosas singulares y sobrenaturales, porque es señal de soberbia ó curiosidad peligrosa; de lo cual en algún tiempo fué tentado San Agustín, cuyas palabras son éstas: "¡Con cuántas artes de tentaciones ha procurado conmigo el enemigo que yo pidiese á Ti, Señor, algún milagro! Mas

ruégote, por amor de nuestro Rey Jesucristo y por nuestra ciudad de Jerusalén la del cielo, que es casta y sencilla, que así como ahora está lejos de mí el consentimiento de aquesta tentación, así lo esté siempre más y más lejos.„ San Buenaventura dice *que muchos han caído en muchas locuras y errores en castigo de haber deseado las cosas ya dichas.* Y dice *que antes deben ser temidas que deseadas.* Y si os vinieren sin quererlas vos, temed, y no las déis crédito, mas recurrid luego á Nuestro Señor, suplicándole no sea servido de llevaros por este camino, sino que os deje obrar vuestra salud en su santo temor y camino ordinario y llano de los que le sirven; especialmente habéis de mirar esto, cuando la tal revelación ó instinto os convidare á reprender ó avisar alguna cosa secreta á tercera persona, y mucho más si es sacerdote ó Prelado ó semejante persona á quien se debe particular reverencia. Desechad entonces muy de corazón estas cosas, y salid de ellas con decir lo que dijo Moisés: *Suplícote, Señor, envíes al que has de enviar.* Y Jeremías dice: *Muchacho soy, Señor, no sé hablar.* Teniéndose entrambos por insuficientes, y huyendo de ser enviados á corregir á los otros. Y no temáis, que por esta resistencia humilde se enojará Dios ó se ausentará si el negocio es suyo; mas antes se acercará y lo aclarará: pues quien da su gracia á los humildes, no la quitará por hacer acto de humildad, y si no es de Dios, huirá el demonio herido con la piedra de la humildad, que es golpe que le quiebra la cabeza como á Goliat.

Y así acaeció á un Padre del yermo, que apareciéndole una figura de un crucifijo, no sólo no le quiso adorar ni creer, mas cerrados los ojos, dijo: "No quiero ver en este mundo á Jesucristo, bástame verlo en el cielo„; con la cual respuesta huyó el demonio, que con ajena figura quería engañar. Otro Padre respondió á uno, que decía ser ángel enviado á él de parte de Dios: "Yo no he menester, ni soy digno de mensajes de ángeles; por eso mira á quién te enviaron, que no es posible que te enviasen á mí, ni te quiero oir„, y así con esta humilde respuesta huyó el demonio soberbio, y por esta vía de humildad y de desechar muy de corazón estas cosas han sido muchas personas libres por la mano de Dios de muy grandes lazos que por esta vía el demonio les tenía armados, probando en sí mismos lo que dice David (Psalm. XII): *El Señor guarda á los*

pequeñuelos: humilléme yo, y libróme Él. Y, por el contrario, hallando la falsa revelación ó instinto del demonio alguna gana ó aplazamiento liviano en el corazón de quien le recibe, prende allí y toma fuerzas para del todo engañar, permitiéndolo Dios no sin justo juicio: porque, como dice San Agustín, *la soberbia debe ser engañada* [1].

Estad, pues, tan limpia de aqueste aplazamiento y de pensar que sois algo por aquestas revelaciones, que no se mude vuestro corazón ni un solo punto del lugar humilde en que antes estaba debajo del temor santo de Dios: y así os habed en ellas como si no os hubieran venido, y si con responder esto el negocio pasare adelante, dad luego cuenta de él á quien os pueda aconsejar lo que os cumple, aunque mejor sería dar esta cuenta luego que os acaeciese, y ayudar vos con oraciones, y ayunos y otras buenas obras, al que os ha de aconsejar, para que Dios le aclare la verdad, pues el negocio es tan dificultoso: porque si al espíritu bueno de Dios tenemos por espíritu malo del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes á los miserables fariseos, contradictores de la verdad de Dios, que atribuían al espíritu malo las obras que Jesucristo Nuestro Señor hacía por Espíritu Santo. Y si con facilidad de creencia aceptamos el instrumento del espíritu malo, por cosas del Espíritu Santo, ¿qué mayor mal puede ser que seguir las tinieblas por luz y el engaño por verdad, y lo que peor es, al demonio por Dios? En entrambas partes hay gran peligro, ó teniendo á Dios por demonio, ó al demonio por Dios: y cuán gran necesidad hay de saber distinguir y estimar cada cosa de éstas en lo que ella es, ninguno hay, por ciego que sea, que no lo vea; mas cuán clara está la necesidad, tan dificultosa y escondida está la certificación y lumbre de aquesta duda: y así como no es de todos profetizar ó hacer milagros con otras semejantes gracias, sino de aquellos á quien el Espíritu Santo las reparte por su voluntad, así no es dado al espíritu humano, por sabio que sea, juzgar con certidumbre y verdad la diferencia de los espíritus, si no fuese alguna cosa muy clara contra la Escritura ó Iglesia de

[1] Esta materia delicadísima y que, por tanto, reclama gran tino y suma discreción, trata nuestro Beato cón mucho acierto y modo admirable en su Epistolario, en la carta contestación á la consulta que le tenía hecha la Virgen Doctora de Ávila Santa Teresa de Jesús, cuando se hallaba perpleja y dudosa sobre si sus continuas revelaciones nacían de espíritu santo y bueno, ó diabólico y malo. Allí es donde el Beato da reglas sabias y seguras para conocer cosas tales y tan difíciles. Véase además el capítulo siguiente en que las apunta con igual aplomo y certeza.

Dios. Necesaria, pues, es en todo caso lumbre del Espíritu Santo, que se llama discreción de espíritus, con la cual entrañable inspiración y alumbramiento juzga el hombre que este don tiene, sin errar, cuál es el espíritu de verdad ó de mentira: y si es cosa de tomo, débese decir al Prelado y tener por acertada su determinación.

CAPÍTULO LII

En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones ó ilusiones.

Allende de lo dicho habéis de mirar qué provecho ó edificación dejan en vuestra ánima aquestas cosas: y no os digo esto para que por estas ú otras señales vos seáis juez de lo que en vos pasa, mas para que dando cuenta á quien os ha de aconsejar, tanto más ciertamente él pueda conocer y enseñaros la verdad, cuanto más particular cuenta le diéredes. Mirad, pues, si estas cosas os aprovechan para remedio de alguna espiritual necesidad que tengáis, ó para alguna cosa de edificación notable en vuestra ánima; porque si un hombre bueno no habla palabras ociosas, menos las hablará el Señor, el cual dice (Isa., XLVIII): *Yo soy el Señor que te enseño cosas provechosas, y te gobierno en el camino que andas.* Y cuando se viere que no hay cosa de provecho, mas marañas y cosas sin necesidad, tenedlo por fruto del demonio, que anda por engañar ó hacer perder tiempo á la persona que las trae y á las otras á quien se cuentan: y cuando más no puede, con este perdimiento de tiempo se da por contento. Y entre las cosas que más habéis de mirar que se obran en vuestra ánima, la principal sea si os dejan más humillada que antes, porque la humildad, como dice un Doctor, pone tal peso en la moneda espiritual, que suficientemente la distingue de la falsa y liviana moneda. Porque, según dice San Gregorio: *Evidentísima señal de los escogidos es la humildad, y de los réprobos es la soberbia.*

Mirad, pues, qué rastro queda en vuestra ánima de la visión ó consolación, ó espiritual sentimiento, y si os veis quedar más humilde y avergonzada de vuestras faltas, y con mayor reverencia y temblor de la infinita grandeza de Dios, y no tenéis deseos livianos de comunicar con otras personas aquello que

os ha acaecido, ni tampoco os ocupáis mucho en mirarlo ó hacer caso de ellos, mas echáislo en olvido, como cosa que puede traer alguna estima de vos; y si alguna vez os viene á la memoria, humilláisos, y maravilláisos de la gran misericordia de Dios, que á cosas tan viles hace tantas mercedes; y sentís vuestro corazón tan sosegado y más en el propio conocimiento, como antes que aquello os viniese estábades, alguna señal tiene de ser Dios; pues es conforme á la enseñanza y verdad cristiana, que es que el hombre se abaje y desprecie en sus propios ojos, y de los bienes que de Dios recibe, se conozca por más obligado y avergonzado, atribuyendo toda la gloria á Aquel de cuya mano viene todo lo bueno; y con esto concuerda San Gregorio, diciendo: *El ánima que es llena del divino entendimiento, tiene sus evidentísimas señales*, conviene á saber, *verdad y humildad*. Las cuales entrambas, si perfectamente en un ánima se juntaren, es cosa notoria que dan testimonio de la presencia del Espíritu Santo; mas cuando es engaño del demonio, es muy al revés; porque, ó al principio ó al cabo de la revelación ó consolación, se siente el ánima liviana y deseosa de hablar lo que siente, y con alguna estima de sí y de su propio juicio, pensando que ha de hacer Dios grandes cosas en ella y por ella; y no tiene gana de pensar sus defectos, ni de ser reprendida de otros; mas todo su hecho es hablar y revolver en su memoria aquella cosa que tiene, y de ella querría que hablasen los otros. Cuando estas señales y otras que demuestran liviandad de corazón viéredes, pronunciarse puede sin duda ninguna que anda por allí el espíritu del demonio, y de ninguna cosa que en vos acaezca, por buena que os parezca, ora sean lágrimas, ora sea consuelo, ahora sea conocimiento de cosas de Dios, y aunque sea ser subida hasta el tercero cielo, si vuestra ánima no queda con profunda humildad, no os fiéis de cosa ninguna ni la recibáis, porque mientras más alta es, más peligrosa es, y haceros ha dar mayor caída. Pedid á Dios su gracia para conoceros y humillaros, y sobre esto déos más lo que fuere servido; mas faltando esto, todo lo otro, por precioso que parezca, no es oro, sino oropel; y no harina de mantenimiento, sino ceniza de liviandad. Tiene este mal la soberbia, que despoja el ánima de la verdadera gracia de Dios; y si algunos bienes le deja falsificados son para que no agraden á Dios, y sean ocasión al que los tiene de mayor caída. Leemos de

nuestro Redentor que cuando apareció á sus discípulos el día de su Ascensión, primero les reprendió la incredulidad y dureza de corazón, y después les mandó ir á predicar, dándoles poder para hacer muchos y grandes milagros; dando á entender, que á quien Él levanta á grandes cosas, primero le abate en sí mismo, dándole conocimiento de sus propias flaquezas, para que aunque vuelen sobre los cielos, queden asidos á su propia bajeza, sin poder atribuir á sí mismos otra cosa sino su indignidad. La suma, pues, de todo esto sea, que tengáis cuenta de los efectos que estas cosas obran en vos, no para ser vos juez de ellas, sino para informar á quien os ha de aconsejar y vos tomar su consejo.

CAPÍTULO LIII

De la oculta soberbia con que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud, y de cuán á peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio.

Mas habéis de notar, que muchos sienten en sí mismos su propia vileza, y cuán nada son de su parte, y paréceles que atribuyen puramente la gloria á Dios de todos sus bienes, y tienen otras muchas señales de humildad, y con todo esto están llenos de soberbia, y tan enlazados en ella cuanto ellos más libres piensan estar. Y es la causa, porque ya que vivan en verdad, por no atribuir los bienes á sí, viven en engaño, por pensar que son sus bienes más y mayores de lo que en la verdad son; y piensan tener de Dios tanta lumbre, que ellos solos bastan para regirse en el camino de Dios y aun para regir á los otros; y ninguna persona hay que en los ojos de ella sea suficiente para los regir. Son en gran manera amigos de su parecer, y aun tienen en poco algunas veces lo que los santos pasados dijeron, y lo que á los siervos de Dios que en su tiempo viven, parece. Jáctanse tener el Espíritu de Cristo y ser regidos por Él, y no haber menester humano consejo, pues con tanta certidumbre Dios y su unción les satisface en sus oraciones.

Piensan, como San Bernardo dice, *en las casas ajenas, y que en solas las suyas luce el sol.* Y desafían y desprecian á todos los sabios, como Goliat al pueblo de Dios; sólo aquel es

bueno en el juicio que con ellos se conforma; y no hay cosa que más molesta les sea que haber quien les contradiga. Quieren ser maestros de todos y creídos de todos, y ellos á ninguno creer, y á la discreción cauta de los experimentados llaman tibieza y temor, y á los desenfrenados fervores y novedades llenas de singularidad ó causadoras de alborotos, llaman libertad del espíritu y fortaleza de Dios: y aunque traigan en la boca casi á la continua, "esto me dice mi espíritu, Dios me satisface„, y semejantes palabras, otras veces alegan la Escritura de Dios, mas no la quieren entender como la Iglesia y los Santos la entienden, mas como á ellos parece, creyendo que no tienen ellos menor lumbre que los Santos pasados, antes que los ha tomado Dios por instrumento para cosas mayores que á ellos: y así, haciendo ídolos de sí mismos y poniéndose encima de las cabezas de todos con abominable altivez, es tan miserable el engaño de ellos, que siendo extremadamente soberbios se tienen por perfectos humildes, y creyendo que en sólo ellos mora Dios, está Dios muy lejos de ellos: y lo que piensan que es luz, es muy obscuras tinieblas. De éstos ó que parecen á éstos, dice Gerson, hay algunos á los cuales es cosa agradable ser regidos por su parecer propio, y andan en sus invenciones guiados, ó por mejor decir, arrojados por su propia opinión, que es peligrosísima guía. Macéranse con ayunos demasiadamente, velan mucho, turban y desvanecen el cerebro con demasiadas lágrimas, y entre estas cosas no creen amonestación ni consejo de nadie. No curan de pedir consejo á los sabios de la ley de Dios, ni se curan de oirlos, y cuando los oyen ó piden consejo, desprecian sus dichos. Y es la causa, porque han hecho entender á sí mismos que son ya alguna cosa, y que saben mejor que todos qué es lo que les conviene hacer. De estos tales yo pronuncio que presto caerán en ilusión de demonios, presto caerán en la piedra del tropiezo, porque son llevados con ciega precipitación y ligereza demasiada. Por tanto, cualquiera cosa que dijere de revelaciones no acostumbradas, tenedlo por sospechoso. Todo esto dice Gerson [1].

[1] Nunca será bastantemente repetido que en la Iglesia católica romana esté todo reducido á obedecer á la autoridad legítima, por ser ella procedente del mismo Dios: en materias doctrinales y de conciencia no cabe entre católicos gobernarse á sí mismos, sino dejarse humildemente gobernar y conducir. Quien por camino contrario intente marchar considérese ya en pleno protestantismo, do la autoridad es nada y el examen privado lo es todo. En tal lazo y sin apenas conocerlo, caen harto frecuente-

CAPÍTULO LIV

De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados, y de cuánto conviene recibir parecer ajeno, y de los males que trae el amor del propio juicio.

Habéis de saber, que algunos de éstos que he dicho en el capítulo pasado, son gente sin letras, y cordialmente enemigos de los letrados. Y si por ventura saben algún poco latín para leer y traer consigo un testamento nuevo, es tanto lo que se creen á sí mismos pensando que creen á Dios y estriban en unos livianísimos motivos y enlázanse en ellos con tal ceguedad, que por claros que son, no saben sacudirse de ellos. Y son tan atrevidos é impersuasibles que, como la Escritura dice, mejor es encontrar con una osa que le han tomado los hijos, que con un necio que confía en su necedad: y tienen muy en la memoria, y también en la lengua, aquel dicho de San Pablo: *La ciencia hincha y la caridad edifica*. Y con esto paréceles tener licencia de despreciar á los sabios como á gente hinchada, y précianse á sí mismos como á gente llena de caridad: y no advierten que están ellos hinchados con soberbia de santidad, que es más peligrosa que soberbia de letras, como cosa que nace de cosa mejor, y por eso es ella peor; aunque en la verdad, ni la ciencia, ni las buenas obras producen ellas de sí esta mala polilla, mas la maldad del malo, que toma ocasión de lo bueno para se hinchar. Y pues así es, no deben luego despreciar á los sabios, pues que la sabiduría de sí misma no les es impedimento para ser humildes y santos, antes á muchos ha sido y es grande ocasión para serlo, y juzgar que no lo son es una grande soberbia é injurioso juicio. Y ya que no lo fuesen, acuérdense que está escrito (Matth., XIII): *Sobre la cátedra de Moisés se asentaron los letrados y fariseos: haced lo que os dicen, y no hagáis lo que hacen*. Y éstos son al revés, porque no toman la buena doctrina que los sabios dan, y hacen lo malo que ellos dicen que hacen, que es ser soberbios, despreciándolos, y no curando del orden natural y divino, que es que los

mente las almas escrupulosas que por no querer dar asenso sino á sus imaginaciones y caprichos, ó, lo que es igual, por negarse á obedecer, son martirio de sí propias y de sus directores, dignos de compasión.

menos sabios sean regidos por los más sabios. Ni es contra esto lo que dice San Juan (Joann., II): *Que la unción enseña de todas cosas.*

Porque lo que quiere decir es, que la gracia y lumbre de Dios, unas veces enseña el hombre interiormente por sí sola, y otras que vaya á pedir ajeno consejo, y á quién ha de ir á pedirlo, y así enseña de todo, aunque no por sí sola todo. Y á este propósito dice San Agustín: *Huyamos tales tentaciones, que son soberbiosísimas y peligrosas.* Antes pensemos cómo aunque San Pablo fué postrado y enseñado con voz celestial, con todo eso fué enviado á hombre para recibir los Sacramentos y ser incorporado en la Iglesia (Act., IX): *Y Cornelio Centurión fué enviado á San Pedro,* no solamente para recibir sacramentos, mas para oir de él lo que había de creer, esperar y amar; porque si no hablase Dios á los hombres por boca de hombres, muy abatida cosa sería la condición humana. Y cómo sería verdad lo que está escrito (Act., X): *El templo de Dios, santo es;* que sois vosotros, si no diese Dios respuestas desde este templo, que son los hombres (I Cor., III), mas todo lo que quisiese que aprendiesen los hombres, se lo hubiesen de decir desde el cielo, y por medio de ángeles. Y también la misma caridad no tendría entrada para que se comunicasen los corazones de unos con otros, si los hombres no aprendiesen mediante otros hombres. San Felipe fué enviado al Eunuco, y Moisés recibió el consejo de su suegro Jetro (Exodo, XIII). Todo esto dice San Agustín. Item, dice San Juan Clímaco: *Que el hombre que se cree á sí mismo, no ha menester que le tiente el demonio, porque él mismo es demonio para sí.* Item, dice San Jerónimo: *No quise yo seguir mi propio parecer, el cual suele ser muy mal consejero.* Item, San Vicente dice, y aconseja mucho, *que el hombre que quisiere ser espiritual, tenga algún maestro por quien se rija, y si lo puede haber y no lo toma, nunca le comunicará Dios la gracia, por su soberbia.* San Bernardo y San Buenaventura á cada paso aconsejan lo mismo. Y la Escritura de Dios está llena de esto mismo; unas veces dice (Isa., V): *Ay de vosotros que sois sabios en vuestros ojos, y delante de vosotros mismos prudentes.* Y en otra parte: *Si vieres algún hombre que se tiene por sabio, cree que más bien librado que éste será el ignorante.* Y San Pablo nos amonesta: *No queráis ser sabios acerca de vosotros mismos.* Y el Sabio dice (Eccl., VI): *Si no di-*

jeres al necio las cosas que él cree en su corazón, no recibirá las palabras de prudencia. Y en otra parte (Eccl., VI): *Si inclinares tu oreja, recibirás doctrina; y si amares el oir, serás sabio.*

Y por no ser prolijo, digo que la Escritura divina y amonestaciones de los Santos y las vidas de ellos, y las experiencias que hemos visto, todas á una boca nos encomiendan que no nos arrimemos á nuestra prudencia, mas que inclinemos nuestra oreja al ajeno consejo; porque de otra manera, ¿qué cosa habría más sin orden que la Iglesia de Dios, ó cualquiera congregación, si cada uno ha de seguir su parecer, pensando que acierta? ¿Y cómo puede ser que el espíritu de Cristo, que es espíritu de humildad y de paz y de unión, mueva á uno á ser en contrario de todos los otros, en quien el mismo Dios mora? ¿Y cómo puede nacer de este espíritu que se tenga un hombre en tanta estima que no se halle en la congregación de los hombres quien le pueda enseñar, ni juzgar, si su espíritu es bueno ó malo? Porque, como dice San Agustín, no dejaría éste de tomar ajeno consejo y obedecer, sino porque piensa con su soberbia que es mejor que el otro que le aconseja: y ya que sea su soberbia tanta que crea que es mejor que los otros, debe pensar que así como puede ser uno menos bueno que otro, y tener don de profecía ó de sanar enfermos, y semejantes dones de los cuales carezca el otro que es mejor que él, así puede ser que el que es menor en otros dones, sea mayor en tener don de consejo ó de discreción de espíritu, de los cuales carezca el otro, que era mayor: y pues Dios es tan amigo de la humildad y paz, no tema nadie que, si lo que tiene es de Dios, se vaya ó se pierda por sujetarse por el mismo Dios al ajeno parecer, antes más y más se confirmará: y si de otra parte fuere, huirá: y si su sabiduría es infundida de Dios, mire que una de las condiciones de ella, según dice Santiago (Jacob., III), es *ser suadible.* Y mire que llama San Agustín á estos pensamientos soberbísimos y peligrosísimos: porque aunque sea peligrosa la soberbia é inobediencia de la voluntad, que es no querer obedecer á la voluntad ajena, muy más peligrosa es la soberbia del entendimiento, que es, creyendo á su parecer, no sujetarse al ajeno, porque el soberbio en la voluntad alguna vez obedecerá, pues tiene por mejor el ajeno parecer. Mas quien tiene sentado en sí que su parecer es el mejor, ¿quién le curará? ¿Y cómo obedecerá á lo que no tiene por tan bueno? Si el ojo del

ánima, que es el entendimiento, con que se había de ver y curar la soberbia, ese mismo está ciego y lleno de la misma soberbia, ¿quién lo curará? Y si la luz se torna tinieblas, y si la regla se tuerce, ¿qué tal quedará lo demás? Y son tan grandes los males que vienen de aquesta soberbia, que turban á todos con cuantos contrata; porque con quien defiende porfiadamente su parecer propio y es amigo de él, ¿quién hay que en paz pueda vivir? Y porque del todo maldigáis y huyáis este vicio, sabed que llega hasta hacer á los que eran buenos cristianos, perversos herejes; ni por otra cosa lo han sido, ni son, sino por creer más á su parecer propio que al de la Iglesia y de sus mayores: pensaban ellos que acertaban y que lo que en su corazón pasaba era obra de Dios, y que si creían más al parecer ajeno que á lo que en su corazón sentían, dejaban á Dios por el hombre; mas la experiencia y la verdad nos demuestra que lo que pensaban ser espíritu de verdad era espíritu de engaño, el cual, cuando por otra parte no los pudo vencer, combatiólos transformándose en ángel de luz, debajo de semejanza de bien, y así quitóles la vida del ánima, por no querer ellos sujetarse al ajeno parecer.

CAPÍTULO LV

Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona á quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos, y qué tal ha de ser ésta y cómo nos habremos con ella.

Tomando, pues, escarmiento de aquestas cosas, os amonesto que así como habéis de ser enemiga de vuestra voluntad, así mucho más lo seáis de vuestro parecer y de querer salir con la vuestra, pues que veis el mal paradero que tiene el parecer propio. Sed enemiga de él fuera de vuestra casa y en vuestra casa; y aunque sea en cosas livianas, no lo sigáis, porque á duras penas hallaréis cosas que tanto turbe el sosiego que Cristo quiere en vuestra ánima para comunicarse con ella, como el porfiar y querer salir con la vuestra; y más vale que no se haga lo que vos deseábades, que perder cosa que tanto habéis menester para gozar de Dios en sosiego: y esto entended, si vos no tenéis oficio de regir la casa, porque entonces no debéis lo que os parece ser bueno, aunque debéis informaros

bien por oración y consejo, según la calidad de la cosa. Ya sabéis que los que se han de haber en alguna cosa de afrenta, se suelen primero ensayar en cosas livianas, para estar industriados en las que son de verdad y mayores. Y, cierto, creed que quien está acostumbrado á creerse y estima su entendimiento por sabio, queriendo salir con su parecer en las cosas pocas, se hallará nuevo y dificultoso en negar su parecer en las cosas mayores. Y, por el contrario, el ejercitado en cosas pequeñas á llamar á su entendimiento de necio y á fiar poco de él, hallarse ha facilitado para sujetarse, ó al parecer de Dios ó de sus mayores, ó para no juzgar fácilmente á su prójimo: y así como en las cosas que he dicho de poca importancia podéis negar vuestro parecer y seguir el ajeno, sin examinar mucho quién lo dice ó no, así os digo que en lo que toca á vuestra conciencia debéis de estar avisada, que ni la fiéis de vuestro parecer, ni la fiéis de quienquiera.

Conviéneos que toméis por guía y padre á alguna persona letrada y experimentada en las cosas de Dios, que uno sin otro ordinariamente no basta, porque las solas letras no son suficientes para proveer las particulares necesidades y prosperidades y tentaciones que acaecen en las ánimas de los que siguen la vida espiritual, en las cuales, como dice Gerson, se ha de ocurrir á los experimentados: y muchas veces acaecerá á los que no tuvieren más que letras, lo que acaeció á los Apóstoles, andando una noche en la mar con tormenta, que pensaron que Cristo, que á ellos venía, era fantasma, temiendo por engaño lo que es merced y verdad de Nuestro Señor, como hicieron los Apóstoles. Poneros han algunos de ellos demasiados temores, condenándolo todo por malo; y como en sus corazones están muy lejos de la experiencia del gusto é iluminaciones de Dios, hablan de ello como de cosa no conocida, y á duras penas pueden creer que pasan en los corazones de los otros cosas más altas que las que pasan en el corazón de ellos. Otros hallaréis ejercitados en cosas de devoción, que se van ligeramente tras un sentimiento de espíritu y hacen mucho caso de él; y si alguno les cuenta algo de aquestas cosas, óyenlo con admiración, teniendo por más santo al que más tiene de ellas, y aprueba ligeramente éstas como si en ellas todo estuviese seguro: y como no lo esté, muchos de éstos por ignorancia caen en errores y dejan caer á los que tienen entre manos, por no darles

suficientes avisos contra las cautelas del demonio, por lo cual no son buenos para regir tampoco, como los pasados.

Mas sabed que hay algunos de tan buen juicio, y que tienen entendido que la santidad verdadera no consiste en estas cosas, sino en el cumplimiento de la voluntad del Señor; y tienen experiencia de las cosas espirituales, y saben dudar y preguntar á quien les informe. De estos tales bien os podréis fiar, aunque no tengan letras; pues para quien todo su negocio es entender en sí mismo, aquesto le basta: y pues tanto os va en acertar con buena guía, debéis con mucha instancia pedir al Señor que os lo encamine Él de su mano, y encaminado, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón, y no escondáis cosa de él, buena ni mala; la buena, para que la encamine y os avise; la mala, para que os la corrija: y cosa de importancia no la hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que Él pondrá en el corazón y lengua á vuestra guía lo que conviene á vuestra salud, y de esta manera huiréis de dos males, y extremos: uno, de los que dicen no he menester consejo de hombre, Dios me enseña y me satisface. Otros están tan sujetos al hombre, sin mirar otra cosa, sino que es hombre que les comprende aquella maldición, que dice (Jerem., XVII): *Maldito el hombre que confía en el hombre.* Sujetaos vos á hombre, y habréis escapado del primer peligro, y no confiéis en el saber, ni fuerza del hombre, mas en Dios, que os hablará y esforzará por medio del hombre, y así habréis evitado el segundo peligro. Y tened por cierto, que aunque mucho busquéis, no hallaréis otro camino tan cierto ni tan seguro, para hallar la voluntad del Señor, como este de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los santos y tan obrado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los Santos Padres, entre los cuales se tenía por muy gran señal de llegar uno á la perfección el ser muy sujeto á su viejo. Y entre las muchas buenas cosas que en las Ordenes de los Religiosos hay, por maravilla hallaréis otra tan buena como vivir todos debajo de un mayor á quien obedezcan, no sólo en las obras exteriores, mas en el parecer y voluntad interiormente; los cuales, si tienen confianza y devoción en la obediencia, vivirán vida acertada y muy descansada.

CAPÍTULO LVI

En que se comienza á declarar la segunda palabra del verso, y el cómo habemos de mirar las Escrituras, y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima, los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor á Dios.

Si bien habéis oído las palabras ya dichas, veréis cuán necesario es el oir para agradar á Dios Nuestro Señor. Ahora escuchad la segunda palabra que dice *ve:* no basta estar atento á las divinas palabras de fuera é inspiraciones de dentro, *que es el oir;* mas conviene también tener sano el sentido *para ver,* porque no menos son reprendidos de Cristo los ciegos que no ven la luz, que los sordos que no oyen la verdad. Mas no penséis que amonestándoos que veáis, os quiere decir que veáis fiestas ó mundo, porque aquel ver, ¿qué otra cosa es sino cegar, pues impide la vista del ánima? Los ojos del cuerpo basta que miren la tierra en que se han de tornar, y que miren el cielo donde está el deseo de su corazón, según dice David (Psalm. VIII): *Veré tus cielos, obra de tus dedos, la luna y estrellas que Tú fundaste.* Y si más criaturas quieren ver, no lo impedimos, con tal que sea la vista para pasar de ellas á Dios, no para perder y olvidar á Dios en ellas; porque de esta vista dice David al Señor (Psalm. CXVIII): *Señor, aparta mis ojos, porque no vean la vanidad; en el camino avívame.* Bien sabía este santo Rey que el demasiado mirar es impedimento para correr con ligereza la carrera de Dios, y suele entibiar el corazón encendido, y por eso dice: *Avívame en tu carrera;* porque, según está claro, á los experimentados, cuanto más recogidos tienen estos ojos exteriores, tanto más ven con los interiores, cuya vista es más alegre y más provechosa, lo cual es justo que fácilmente crea un cristiano, pues leemos de algunos filósofos haberse sacado los ojos del cuerpo por tener más recogido su entendimiento para contemplar; en el cual hecho debemos burlar de su error en sacarse los ojos, y aprovecharnos de su buen deseo en tener recogimiento en ellos. Y así con todo cuidado debemos guardar nuestros ojos, porque no nos

acaezcan los males que de la soltura suelen venir. ¿De dónde pensáis que vino el principio de la perdición al mundo? Por cierto no de más que de una vista desordenada.

Miró Eva al árbol vedado, dióle gana de comer de su fruto porque le parecía hermoso y sabroso. Comió é hizo comer á su marido, y la comida fué muerte para ellos y cuantos de ellos vinieron. No es cordura mirar lo que no es lícito desear, como parece en el santo Rey David (II Reg., II), cuyos ojos se deleitaron en mirar la mujer que se lavaba en su huerto; y tuvo después que llorar noches y días lavando su cama y estrado con lágrimas, en tanta abundancia, que sus ojos estaban carcomidos como de polilla de mucho llorar; y quien dice: "Arroyos de agua derramaron mis ojos porque no guardaron los malos tu ley„, mejor los derramaría por no haberla él guardado. Buen consejo hubiera sido á sus ojos no deleitarse en lo que después tan caro les costó: y también lo será á nosotros pecadores, pues tan livianos somos que tras los ojos se nos va el corazón. Pongamos, pues, un velo entre nosotros y toda criatura, no hincando los ojos del todo en ella, porque ocupados allí, no perdamos la vista del Criador; quiero decir, nuestras devotas consideraciones que de Dios teníamos. Y creed, cierto, que una de las más ciertas señales de corazón recogido es la mortificación en el mirar, y del corazón disoluto la disolución del mirar. No hay pulso que tan cierto declare lo que hay en el cuerpo, cuanto el ojo declara lo que hay en el ánima de bien ó de mal; por lo cual el Esposo alaba á la Esposa de los ojos, diciendo (Cant., I, 5): *Tus ojos son de paloma*. Dando á entender que son honestos como los de paloma, que suelen ser negros. Miremos, pues, cómo miramos, si no queremos pagar llorando lo que pecamos mirando: y si esto conviene mirar en los ojos de fuera, ¿cuánto más en los interiores, en los cuales verdaderamente está el bien ó el mal mirar, y por los cuales es uno juzgado que tiene vista ó es ciego? Claro está que los fariseos á quien Jesucristo Nuestro Señor hablaba, ojos tenían en la cara con que veían; mas porque no veían con los del ánima, llamábalos ciegos y guía de ciegos.

Y, por el contrario, el Patriarca Isaac y Tobías muy clara vista tenían en los ojos del ánima, y por eso poco les dañaba estar ciegos en los ojos del cuerpo; porque, como dijo San Antón á un ciego llamado Didimo, que era muy sabio en las Escritu-

ras divinas: "No es razón que tomes pena por no tener ojos del cuerpo, los cuales también tienen los gatos y los perros y otros animales menores, pues tienes claros los ojos del ánima, con los cuales se ve á Dios." Pues de esta vista debéis entender lo que se amonesta en la segunda palabra, que dice: *Ve.* Si la queréis cumplir, ojos tenéis, que es vuestro entendimiento, y para ver á Dios nos fué dado; no lo hincháis de polvo de tierra y de honras mundanas, ni lo atapéis con gruesos humores de pensamientos de cuerpo; mas sacudida de estas poquedades que ocupan la vista, tened vuestro entendimiento claro para emplearlo en aquel que os lo dió y os le pide para haceros bienaventurada en él. No penséis que os desocupó Cristo en balde de las ocupaciones del mundo, é hizo que no entrásedes á moler en el atahona de las cargas del matrimonio, cuyos cuidados suelen turbar los ojos de quien anda en ellos, si muy especial gracia del Señor no tienen para cumplir bien con dos partes, mas libertóos el Señor para que fuésedes toda suya, y vuestros ojos á Él sólo mirasen, como la esposa casta á su solo esposo suele mirar.

CAPÍTULO LVII

Que lo primero que ha de mirar el hombre es á sí mismo, y de la necesidad que tenemos del «propio conocimiento», y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio.

Tendréis, pues, esta orden en el mirar: que primero os miréis á vos, y después á Dios, y después á los prójimos; miraos á vos para que os conozcáis y tengáis en poco, porque no hay peor engaño que ser uno engañado en sí mismo, teniéndose por otro de lo que es. Todo sois de parte del cuerpo, pecadora de parte del ánima; si en más que esto os tenéis, ciega estáis, y deciros ha vuestro Esposo: "Si no te conoces, ¡oh hermosa entre las mujeres!, salte y vete tras las pisadas de tus manadas, y apacienta tus cabritos par de las cabañas de los pastores"; el cual lugar os declararé, según la letra griega y edición Vulgata, á la cual el Concilio Tridentino nos manda seguir, puesto caso que, según la letra hebrea, tenga otro sentido. Dicen, pues, en sentencia San Gregorio, y San Bernardo y Orígenes de esta manera. "No hay cosa tan para temblar como oir á la boca de Dios:

Salte y vete. Porque si la más recia palabra de un padre para su hijo, ó marido con su mujer, que la tiene en grande abundancia, es apartarle de su amparo y riquezas, diciéndole: vete de mí y de mi casa, ¿qué será irse el ánima y apartarse de Dios, sino desterrarse de todos los bienes y caer en todos los males?„ "*¿Dónde iremos* — dijo San Pedro á Cristo,—que palabras de vida eterna tienes? ¿Dónde iremos, que fuente de vida tienes y Tú sólo la tienes? (Joann., VI.) ¿Dónde iremos, alegre luz, sin la cual hay tinieblas? ¿Dónde, Pan vivo, sin el cual hay hambre mortal? ¿Dónde, firmísimo amparo, sin el cual la seguridad es peligro? En fin, ¿dónde irá la oveja, estando en toda parte cercada de lobos, si el pastor la desabriga y alanza de sí? Recia palabra es *salte y vete,* y semejable á aquella que Cristo ha de decir el día postrimero á los malos: *Idos, malditos, al fuego que está aparejado.* Y otra vez digo, que no hay cosa que más deba temer, ni que tanto deba trabajar por evitar quien está en la abundante y alegre casa de Dios y debajo de su fortísimo amparo, como oir á sus orejas: *salte y vete.* Esta salida no es cosa liviana, mas es causa de todos los males; porque el hombre desamparado del amparo divino, y dejado á sus propias fuerzas, ¿qué hará, como dice San Agustín, sino lo que hizo San Pedro cuando negó á Nuestro Señor? Y aun sin conocer y arrepentirse del mal que había hecho, hasta que el amparo y mirar divino tornó sobre Pedro caído en el pecado y olvidado en él, dándole conocimiento que había hecho mal en haber caído, y dándole de ello dolor, y que la causa de su caída fué haber confiado de sí.

De manera, que la causa por que el benigno Señor se torna riguroso en echar de casa sus hijos, es porque no se conocen, pensando ser algo y estribando sobre sus fuerzas. Y á esta ánima, dice el Esposo: *Si no te conoces, salte y vete tras las pisadas de tus manadas:* que quiere decir, que le deje ir perdida, siguiendo las obras y rastro de los pecadores, que andan juntos en sus pecados como manadas de animales, ayudándose en ellos unos á otros, los cuales también serán el día postrero atados como manojos para ser en el infernal fuego juntamente quemados los que fueron juntos en los pecados. Y dice el Esposo á la tal ánima: *Manadas tuyas;* porque el pecar, de nosotros es, no de Dios: y el bien es de Dios y no de nosotros; pues por su virtud lo hacemos: lo cual Él quiere muy de hecho que co-

nozcamos ser así, no tanto por lo que á Él toca, cuya gloria no crece en sí mismo, aunque nosotros le glorifiquemos, mas por lo que toca á nosotros, cuyo bien es, y muy grande, conocer que de todo bien que tenemos, no á nosotros, sino á Él se debe la honra. Y si de lo que Él puso en nosotros para su alabanza queremos edificar ídolo, atribuyendo la gloria del incorruptible Dios á nosotros, corruptibles hombres, no lo dejará Él sin castigo, mas dirá: quédate con lo que es tuyo y piérdete, pues no quisiste permanecer en Mí para salvarte. ¡Oh, cuán de verdad se cumplen en los soberbios estas palabras, y cuán presto de espirituales se hacen carnales, de recogidos disolutos, de oro lodo, y los que solían comer con sabor pan celestial, deléitanse después en comer manjares de puercos, siéndoles cosa muy pesada no sólo obrar las cosas de Dios, mas aun oir hablar de Él! ¿De dónde pensáis que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidos á la vejez haber miserablemente caído en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantan de sí y se abominan? La causa fué que en la mocedad vivían con santo temor y humildad: y viéndose tan al canto de caer, invocaban á Dios, y eran defendidos por Él; mas después que con larga posesión de la castidad comenzaron á engreirse y confiar de sí mismos, en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios, é hicieron lo que era suyo propio, que es el caer. Y entonces se cumple que apacientan sus cabritos, que son sus livianos y deshonestos sentidos, cerca de las tiendas de los pastores, que son los cuerpos de los siervos de Dios, porque en ellos están como en cabaña de campo, que presto se muda, y no como en casa ó ciudad de reposo: y así con mucha razón en cuerpos y en cosas de cuerpos apacientan sus sentidos, porque perdieron con su soberbia el verdadero sentido, sintiendo de sí otra cosa, que es ser de sí mismos nada y pecadores, robando la gloria de Dios que tan de verdad se le debe de todo lo bueno que en cualquier manera hacemos.

Despertad, pues, doncella y escarmentad, como dicen, en cabeza ajena, y aprovechaos de la amenaza, porque no probéis el castigo. Sed semejable á la esposa, á la cual fueron dichas estas palabras; la cual, oída palabra tan pesada y de boca de quien son todos los bienes: *salte y vete,* miróse, y conocióse, y quitó de sí algunas osadías que antes tenía. Y hecha humilde

con la reprensión, consuélala el Esposo diciendo (Cant., V): *A mi caballería en los carros de Faraón te he asemejado, amiga mía: hermosas son tus mejillas, como de tórtola.* Por la soberbia es un animal semejable al demonio, el cual, como dice el Evangelio (Joann., VIII), *no estuvo en la verdad, que es Dios:* mas quiso estar en sí mismo, poniéndose á sí por arrimo y descanso, por eso cayó; porque la criatura no puede estar en sí, sino en Dios. Mas por el humilde conocimiento de sí es una ánima semejable á los buenos ángeles que se arrimaron á Dios y se desasieron de sí; porque se veían ser caña quebrada, y túvolos Dios, y confirmólos, porque dieron voces diciendo: *Micael*, que quiere decir: *¿Quién como Dios?* En lo cual contradecían al malaventurado Lucifer y á los suyos, que se querían hacer ídolos, atribuyendo á sí lo que era de Dios, que es el ser principio, arrimo y descanso de toda criatura; no porque éstos entendiesen que lo podían ser, pues que se conocían ser criaturas; mas porque se deleitaban en ello, como si lo tuvieran; como suelen hacer los soberbios, que aunque su boca ó entendimiento diga á voces que de Dios tienen y esperan todo su bien, mas con la voluntad ensálzanse y gózanse vanamente en sí mismos, como si de sí tuviesen el bien, confesando con el entendimiento que la gloria se debe á Dios, y robándosela con la voluntad. Mas los buenos ángeles claman con entendimiento y voluntad: *¿Quién como Dios?* Porque de corazón se humillaron y desestimaron, según por el entendimiento lo conocían. Y por eso fueron ensalzados á ser participantes de Dios, sin jamás poderlo perder; pues á esta caballería, que es el angélico ejército que destruyó á Faraón y á sus carros en el mar Bermejo, asemeja Cristo á su esposa cuando se conoce y se mide, y alaba las mejillas donde se suele mostrar la vergüenza. ¿Por qué hubo vergüenza la esposa de la tal reprensión? Por haber pedido cosas mayores que á su poquedad convenían. Y de mejillas deslavadas, tornáronse vergonzosas y honestas, como de tórtola, que es ave honesta. Y por esto decía aquel devoto Bernardo, que había hallado por experiencia no haber cosa tan provechosa para alcanzar, conservar y recobrar la gracia, como vivir siempre en un temor y santo recelo. Cuando no la tenemos, estamos aparejados á todas caídas. Recelo cuando la tenemos porque hemos de obrar conforme al talento que nos es dado en ella; y mayor recelo cuando la perdemos, porque por nuestro

descuido se ha ido nuestro favor. Y por eso dice la Escritura (Prov., XXVIII): *Bienaventurado el varón que siempre está temeroso.*

CAPÍTULO LVIII

Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento, y en qué cosas lo podremos hallar, y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día.

De lo ya dicho, y de otras muchas cosas que los Santos han hablado en alabanza del propio conocimiento, veréis cuán necesaria es esta joya para venir al conocimiento de Dios; y pues queréis edificar casa en vuestra ánima para este tan alto Señor, sabed que no los altos, mas los humildes de corazón son sus casas. Y, por tanto, el primer cuidado que tengáis sea cavar en la tierra de vuestra poquedad, hasta que quitado de vuestra estimación todo lo movedizo que de vos tenéis, lleguéis á la firme piedra, que es Dios, sobre la cual, y no sobre vuestra arena, fundaréis vuestra casa. Y por esto decía el bienaventurado San Gregorio: "Tú que piensas edificar edificio de virtudes, ten primero cuidado del fundamento de la humildad„; porque quien quiere tener virtudes sin ella, es como quien llevase ceniza en su mano en contrario del viento. Lo cual dice, porque no sólo no aprovechan las virtudes sin la humildad, aunque sin ella no son virtudes, mas son ocasión de muy gran pérdida, así como el gran edificio sobre el pequeño y flaco cimiento es ocasión de caída. Y, por tanto, conforme á la alteza de las virtudes ha de ser lo bajo del cimiento de la humildad, para que el ánima esté firme y no sea derribada con el viento de la soberbia: y si me dijéredes: ¿dónde hallaré esta joya del propio conocimiento?, dígoos que aunque es de mucho valor, en el establo, y entre el estiércol de vuestra poquedad y defectos la habéis de hallar quitando los ojos de las vidas ajenas.

No os entremetáis en saber cosas curiosas; volved vuestra vista á vos misma, y perseverad en examinaros, que aunque al principio no halléis cómo conoceros, como quien entra de la claridad del sol á una cámara obscura; mas perseverando en sosiego, poco á poco veréis con la gracia de Dios lo que en vuestro corazón hay, aunque sea en los muy secretos rincones.

Y para que sepáis el modo que cerca de esto, que tanto os va, habéis de tener, oid á San Jerónimo, que dice á una mujer casada (Hieron. ad Clentiam): *De tal manera tengas cuidado de tu casa, que también tengas para tu ánima algún reposo.* Busca un lugar conveniente y algún tanto apartado del bullicio de tu familia, al cual te vayas, como quien se va á un puerto huyendo de la gran tempestad de tus cuidados, y allí solamente haya lección de cosas divinas, y oración continua, y pensamientos de cosas del otro mundo, tan firmes, que todas las ocupaciones del otro tiempo del día ligeramente las recompenses con este rato de desocupación. Y no te decimos esto para apartarte del recogimiento de tu casa, mas antes para que allí aprendas y pienses cómo te debes haber con ella. Si este bienaventurado Santo encomienda á una mujer casada que quite á las ocupaciones de casa algún rato, y se recoja en quieto lugar á leer y pensar cosas de Dios, ¿con cuánta más razón la doncella de Cristo, que está libre de los mundanos cuidados, y que debe pensar que no vive para otra cosa tan principalmente como para usar de la oración y recogimiento interior y exterior, debe buscar en su casa algún lugar escondido y secreto en el cual tenga sus libros devotos é imágenes devotas, diputado solamente para ver y gustar cuán suave es el Señor? El estado de virginidad que habéis tomado no es para que estéis enlazada en cuidados perecederos del mundo. Mas así como es semejable al estado del cielo, cuanto á la entereza é incorrupción de la carne, así habéis de pensar que no ha de entrar en vuestro corazón, en cuanto á vos fuere posible, cuidado de tierra. Mas habéis de ser un templo vivo en el cual se ofrezcan continuas oraciones y suenen continuos loores á Aquel que os crió; y sólo un cuidado ocupe vuestro corazón, y ha de ser agradar al Señor, como dice San Pablo (Colos., III): *Daos por muerta á este mundo, pues ya os habéis desposado con el Rey celestial.*

Y acordaos que dice el Esposo á la esposa: *Huerto cerrado, hermana mía, esposa.* (Cant., IV.) Huerto cerrado. Porque no sólo habéis de ser limpia y guardada en la carne, mas también muy cerrada y recogida en el ánima. Que, pues, la virginidad se toma entre cristianos, no por sí sola, mas porque ayude para con más libertad dar el corazón á Dios: la doncella que se contenta con virginidad de cuerpo y no vive cuidadosa en

el aprovechamiento de las virtudes y oración y gusto de Dios, ¿qué otra cosa hace sino pararse en el camino, y nunca llegar donde va? ¿Tener aparejo para coser y lavar, y nunca entender en ello? Cosa vergonzosa es á todo cristiano no tener ejercicio de santa lección y de santos pensamientos en su ánima; mas al religioso, al sacerdote y á la virgen, que á Cristo se ha dado, no sólo es vergonzoso, mas intolerable. Por tanto, si queréis gozar de los frutos de la santa virginidad que á Cristo habéis prometido, sed enemiga de ver y ser vista. Salid de casa todo lo menos que fuere posible, aunque sea á santos lugares y obras buenas, porque á las mozas así conviene; no os entremetáis en temporales congojas; y cumplido con el trabajo de vuestras manos, el cual, moderadamente tomado, aprovecha á cuerpo y ánima, y cumplido con las ocupaciones de necesidad ó de caridad, según la ordenación que de vuestra vida tenéis, tomad cuanto tiempo pudiéredes para os encerrar en vuestro oratorio, que aunque al principio se os haga de mal, después probaréis que en la celda se tratan negocios del cielo, y que ningún rato de tanto contentamiento hay como el que allí en sosiego se gasta.

CAPÍTULO LIX

En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento, y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración.

Buscado, pues, este lugar quieto, recogeos en él á lo menos dos veces al día, una por la mañana para pensar en la sacra Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, como después diremos, y otra en la tarde en anocheciendo para pensar en el ejercicio del propio conocimiento; y el modo que tendréis sea éste: tomad primero algún libro de buena doctrina en que como en espejo veáis vuestras faltas, y con él toméis manjar con que vuestra ánima sea esforzada en el camino de Dios; y este leer no ha de ser con pesadumbre, ni pasando muchas hojas, mas alzando el corazón á Nuestro Señor, suplicarle que os hable en vuestro corazón con su viva voz, mediante aquellas palabras que de fuera leéis, y os dé el verdadero sentido de ellas. Y con aquella atención y reverencia estad atenta, escuchando á Dios en aquellas palabras que de fuera leéis, como si á Él mismo

oyérades predicar cuando en este mundo hablaba. De manera, que aunque tengáis los ojos en el libro, no peguéis en él con mucha ansia el corazón para que os haga olvidar de Dios; mas tened á lo que leéis una mediana y descansada atención que no os cautive ni impida la atención libre y levantada que al Señor habéis de tener, y leyendo de esta manera no os cansaréis. Y daros ha Nuestro Señor el vivo sentido de las palabras, que obre en vuestra ánima unas veces arrepentimiento de vuestros pecados, otras confianza de Él y de su perdón, y os abrirá el entendimiento á conocer otras muchas cosas, aunque leáis pocos renglones: y algunas veces conviene interrumpir el leer, por pensar alguna cosa que del leer resultó, y después tornar á leer, y así se van ayudando la lección y la oración. Y con el corazón así devoto y recogido podéis comenzar á entender en el ejercicio de vuestro propio conocimiento, y de esta manera vuestras rodillas hincadas pensaréis cuán excelente y soberana Majestad vais á hablar, la cual no la pensáis lejos de vos, mas que hinche cielos y tierra : que ninguna parte hay en que no esté, y más dentro de vos que vos misma; y considerando vuestra pequeñez hacedle una entrañable reverencia, humillando vuestro corazón como una pequeña hormiga delante de un Ser infinito, y pedidle licencia para hablarle, y comenzad primero en decir mal de vos, y rezad la confesión general, y acordándoos particularmente y pidiendo perdón de lo que en aquel día hubiéredes pecado. Después rezad algunas devociones que debéis tener por costumbre, no tantas que demasiadamente os fatiguen la cabeza y os sequen la devoción, ni tampoco las dejéis del todo, porque sirven para despertar la devoción del ánima y para ofrecer á Dios servicio con nuestra lengua, en señal que Él nos la dió.

Y por eso nos enseña San Pablo (I Cor., XIV): *Que hemos de orar y cantar con el espíritu de la voz y con el ánima.* Y estas oraciones no sólo sean para pedir mercedes á Nuestro Señor para vos, mas por aquellos por quien tenéis especial obligación y por toda la Iglesia cristiana, el cuidado de la cual habéis de tener muy fijado en vuestro corazón : porque si á Cristo amáis, razón es que os toque aquello por cuyo bien derramó su Sangre; y rezad así por los vivos como por los que en purgatorio están, y también por toda la infidelidad que está privada del conocimiento de Dios, suplicándole traiga á su

santa fe á todos, pues todos desea que sean salvos; y estas oraciones han de ser las más de ellas enderezadas á dos partes: una á Nuestra Señora, á la cual habéis de tener muy cordia-amor y entera confianza, que os será muy verdadera madre en todas vuestras necesidades; y la otra á la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, la cual también os ha de ser muy familiar refugio de vuestros trabajos y esperanza única de vuestra salud.

CAPÍTULO LX

De cuánto aprovecha para el propio conocimiento la meditación de la muerte, y del modo de meditar en lo que toca al cuerpo.

Después de esto, dejad de rezar con la boca y meteos en lo más dentro de vuestro corazón, y haced cuenta que estáis delante la presencia de Jesucristo, y que no hay más de Él y de vos. Pensad cómo antes que á este mundo viniésedes, érades nada, y cómo aquella sobrepujante bondad de Dios Nuestro Señor os sacó de aquel abismo de no ser, y os hizo criatura suya, no cualquiera, sino razonable. Pensad cómo os dió cuerpo y ánima para que con lo uno y con lo otro trabajásedes de le servir. Haced cuenta que estáis ya en el paso de vuestra muerte, lo más verdaderamente que lo pudiéredes sentir, diciendo á vos misma: *Llegar tiene algún día esta hora de mi acabamiento, no sé si será esta noche ó mañana;* y pues ciertamente ha de venir, razón es que piense en ello. Pensad cómo caeréis en la cama y cómo habéis de sudar el sudor de la muerte, levantarse ha el pecho, quebrantarse han los ojos, perderse ha el color de la cara, y con grandes dolores se apartará esta junta tan amigable del cuerpo y del ánima. Amortajarán después vuestro cuerpo, y poneros han en unas andas y llevaros han á enterrar, llorando unos y cantando otros; echaros han en una sepultura chica, cobijaros han con tierra, y después de haberos pisado, quedaros habéis sola y seréis presto olvidada. Pensad, pues, todo esto que por vos ha de pasar, ¿qué tal estará vuestro cuerpo debajo de la tierra? Y cuán presto se parará tal, que cualquiera persona, por mucho que os quiera, no os pueda ver, ni oler ni estar cerca de vos.

Mirad allí con atención en qué paran la carne y su gloria, y veréis cuán necios son aquellos que habiendo de salir tan

pobres de este mundo, andan ansiosos ahora por ser muy ricos; y habiendo de ser tan presto hollados y olvidados, tienen gran sed de ponerse en más altos lugares que los otros; y cuán engañados viven los que regalan su cuerpo y se van tras sus deseos, porque otra cosa no hicieron sino ser cocineros de gusanos, guisándoles bien el manjar que han de comer, y ganaron con sus breves deleites tormentos que nunca se acaban. Considerad y mirad con muy grande atención y despacio vuestro cuerpo tendido en la sepultura, y haciendo cuenta que ya estáis en ella, mortificad los deseos de la carne cada vez que os vinieren á la memoria, y mortificad los deseos de agradar y desagradar al mundo y de tener en algo cuanto en él florece, pues que tan presto y con tanto abatimiento lo habéis de dejar, y él á vos. Y considerando cómo vuestro cuerpo, después de ser manjar de gusanos, se tornará en cieno y en polvo, no lo miréis de ahí adelante sino como á un muladar cubierto de nieve, y que os dé asco de acordaros de él; y teniendo el cuerpo en esta posesión no seréis engañada cerca de la estima de él, mas tendréis verdadero conocimiento y sabréis cómo lo habéis de regir, mirando el fin en que ha de parar, como quien se pone al fin de la nao para desde allí regirla mejor.

CAPÍTULO LXI

De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte acerca de lo que sucederá al ánima, para aprovechar en el propio conocimiento.

En esto que habéis oído ha de parar vuestro cuerpo; resta que oigáis lo que ha de acaecer á vuestra ánima, la cual será en aquella hora llena de angustias, acordándose de las ofensas que en esta vida hizo á Nuestro Señor, y pareciéndole entonces muy grave lo que antes le parecía muy liviano. Será desamparada de sus sentidos, no podrá servirse de la lengua para pedir socorro á Nuestro Señor, y entenebrecérsele ha el entendimiento, que aun pensar en Dios no podrá; y, en fin, poco á poco acercarse ha la hora en que por mandamiento de Dios salga del cuerpo, y se determine de ella ó perdición para siempre, ó salud para siempre. Oir tiene de la boca de Dios: *Apartaos de mí á fuegos eternos, ó quédate conmigo en estado de*

salvación, en purgatorio ó paraíso. Colgada habéis de estar de sola la mano de Dios, y en sólo Él estará vuestro remedio, por lo cual habéis mucho de huir de enojar en vuestra vida al que en la hora de vuestra muerte habéis tanto menester. Demonios que os acusen y que pidan justicia á Dios contra vuestra ánima, acusándoos particularmente de cada pecado, no os faltarán; y si la misericordia de Dios entonces os olvida, ¿qué haréis, oveja flaca, cercada de tan rabiosos lobos muy deseosos de os tragar? Pensad, pues, en el rato de vuestro recogimiento cómo en aqueste estrecho punto habéis de ser presentada delante el juicio de Dios, desnuda y sola de todas las cosas, y acompañada del bien ó mal que hubiéredes hecho. Y decid á Nuestro Señor que vos os presentáis ahora de gana para alcanzar misericordia en aquella hora, que por fuerza habéis de salir de este mundo. Haced cuenta que sois un ladrón á quien han tomado en el hurto y le presentan ante el juez las manos atadas, ó una mujer que la halló su marido haciéndole traición, los cuales, de confundidos no osan alzar los ojos, ni pueden negar su delito; y creed, que muy más claramente os ha visto Dios en todo lo que contra Él habéis pecado, que pueden ningunos ojos de hombre ver cosa que delante de Él se hiciese; y avergonzándoos de haber sido mala en la presencia de tanta bondad, cubríos de la vergüenza que entonces perdisteis, y sentid en vos confusión de vuestros pecados, como quien está delante la presencia del Soberano Juez y Señor. Acusaos vos como habéis de ser acusada, y especialmente traed á la memoria los pecados más graves que hubiéredes hecho; aunque si son deshonestos, más seguro es no deteneros en los pensar muy particularmente, sino á bulto, como una cosa hedionda y que os da grande espanto de la mirar; juzgaos y sentenciaos por mala, y bajad vuestros ojos á considerar los infernales fuegos, creyendo que los tenéis muy bien merecidos.

Poned en una parte los bienes que Dios os ha hecho desde que os crió, discurriendo por vuestro cuerpo y por vuestra ánima, y cómo érades obligada á reverenciarle y serle agradecida, y amarle con todo vuestro corazón, sirviéndole con toda obediencia y con toda vos, guardando sus Mandamientos y de su Iglesia; mirad cómo os ha mantenido con otros mil bienes que os ha hecho, y de males que os ha librado, y, sobre todo, cómo por convidaros con su ejemplo y amor á que fuésedes

buena, vino el mismo Señor al mundo, haciéndose hombre; y por remediar vuestra maldad y ceguedad en que estábades pasó muchos trabajos y derramó muchas lágrimas, y después su Sangre, perdiendo la vida por vos. Todo lo cual se ha de poner el día de vuestra muerte y juicio en una balanza, haciéndoos cargo de ello como de recibo, y os han de pedir cuenta de cómo habéis servido tantas mercedes y cómo habéis usado de vos misma á servicio de Dios, y con qué cuidado habéis respondido á tanta bondad con que Dios ha deseado y procurado salvaros. Mirad bien, y veréis cuánta razón tenéis de temer, pues que no sólo no habéis respondido con servicios conforme á estas deudas, mas habéis dado males en pago de bienes, y despreciado al que tanto os preció, huyendo y volviendo las espaldas al que os seguía para vuestro bien. ¿Qué gracias os parece que se deben dar á quien por su infinita misericordia nos ha librado de los infiernos, habiéndolos nosotros justamente merecido? ¿Qué daremos á quien tantas veces tendió su mano para que los demonios no nos ahogasen y llevasen consigo? Y siendo nosotros crueles ofendedores de su Majestad, Él nos fué piadoso padre y dulce defensor. Pensad que quizá están algunos en los infiernos con menos pecados que vos. Y de tal manera os mirad y servid á Dios como si hubiérades por vuestros pecados entrado en el infierno y Él os hubiera sacado de allá; porque todo es una cuenta, haber estorbado que no vais allá mereciéndolo vos, ó sacaros de allá por su gran misericordia después de entrada. Y si cotejando los bienes que con vos Dios ha hecho y los males que vos á Él, no sintiéredes vergüenza ni dolor como vos deseáis, no os turbéis por ello, mas perseverad en aqueste juicio, y poned delante de los ojos de Dios vuestro corazón tan llagado y tan adeudado, y suplicadle que os diga Él quién sois vos y en qué posesión os habéis de tener; porque el efecto de este ejercicio no es solamente entender que sois mala, mas sentirlo y gustarlo con la voluntad, y hallar pomo en vuestra maldad é indignidad como quien tiene un perro muerto á sus narices. Y por esto, estas dichas consideraciones no han de ser apresuradas, ni de un día solo, mas han de ser largas y con mucho sosiego, para que poco á poco se vaya embebiendo en vuestra voluntad aquel desprecio é indignidad que con el entendimiento juzgasteis que se os debía, el cual pensamiento habéis de presentar delante de Dios, pidiéndole que Él lo asiente en lo más dentro

de vuestro corazón; y de ahí adelante estimaos con mucha sencillez y verdad, como una persona muy mala, merecedora de todo desprecio y tormento, aunque sea de infierno; y estad aparejada á sufrir con paciencia cualquier trabajo ó desprecio que se os ofreciere, considerando que pues habéis ofendido á Dios, es muy justo que todas las criaturas se levantasen contra vos y vengasen la injuria de su Criador. En esta paciencia entenderéis si de verdad os conocéis por pecadora y digna de infierno, y decid en vos misma: *Todo el mal que me pueden hacer, muy poco es, pues yo merezco el infierno.* ¿Quién se quejará de picaduras de moscas mereciendo eternos tormentos? Y así andad muy maravillada de la infinita bondad del Señor, cómo no alanza de sí á un gusano hediondo, mas lo mantiene y regala y le hace mercedes en cuerpo y en ánima, todo para gloria de Él, sin que tengamos nosotros de qué gloriarnos.

CAPÍTULO LXII

Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento, y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae, y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, ó el Señor interiormente nos envía.

Para acabar este ejercicio de vuestro conocimiento, dos cosas os restan que oigáis. La una, que no se debe contentar el cristiano con entrar en juicio delante de Dios para acusarse de los pecados pasados, mas también de los que cada día comete; porque por maravilla hallaréis cosa tan provechosa para enmienda de la vida como tomarse el hombre cuenta de cómo la gasta, y de los defectos que hace, porque el ánima que no es cuidadosa en examinar sus pensamientos, palabras y obras, es semejable á la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio (Prov., XXIV): *Que pasó por ella, y vió su seto caído y lleno de espinas.*

Haced cuenta que os han encomendado una hija de un Rey para que tengáis cuidado continuo de mirar por sus costumbres, y que á la noche le pedís cuenta reprendiendo sus faltas y amonestándola las virtudes. Miraos como á cosa encomendada por Dios, y haceos entender que no habéis de vivir sin ley ni regla, mas debajo de santa sujeción y disciplina de la vir-

tud: y que no habéis de hacer cosa mala que no la paguéis. Entrad en capítulo con vos á la noche, juzgándoos muy particularmente, como haríades á otra tercera persona. Reprendeos y castigaos de vuestras faltas, y predicaos á vos misma con mucho más cuidado que á otra persona alguna por mucho que la améis; y adonde sintiéredes que hay más faltas, ahí poned mayor remedio, porque creed que durando este examen y reprensión de vos misma, no podrán durar mucho vuestras faltas sin ser remediadas, y aprenderéis una ciencia muy saludable que os hará llorar y no hinchar; la cual os guardará de la peligrosa enfermedad de la soberbia, que entra poco á poco y aun sin sentirlo, pareciéndose un hombre bien á sí mismo y contentándose de sí. Velad bien contra aquesta entrada, y guardaos con todo cuidado no os parezcáis bien á vos misma; mas con la lumbre de la verdad sabeos reprender y desplacer, y seros ha vecina la misericordia de Dios, al cual aquéllos solos parecen bien que á sí mismos parecen mal, y á aquéllos perdona sus faltas con largueza de bondad que las conocen y se humillan por ellas con el juicio de la verdad y las gimen con su voluntad, y escaparéis de otros dos vicios que suelen acompañar á la soberbia, que son desagradecimiento y pereza; porque conociendo y reprendiendo vuestros defectos, veréis vuestra flaqueza é indignidad, y la misericordia grande de Dios en sufriros, perdonaros y haceros bienes, mereciendo vos males; y así seréis agradecida, y mirando el poco bien que hacéis y males en que caéis, despertaréis del sueño de la pereza y comenzaréis cada día de nuevo á servir á Nuestro Señor, viendo cuán poco habéis hecho en lo pasado. Y por esto y otros muchos bienes que de conocerse el hombre y reprenderse suelen nacer, siendo preguntado un santo viejo de los pasados, ¿dónde estaría uno más seguro, en soledad ó en compañía?, respondió: *Si se sabe reprender, dondequiera estará seguro:* y si no, *dondequiera estará á peligro.* Y porque por el mucho amor que nos tenemos no sabemos conocernos y reprendernos con aquel verdadero juicio que requiere la verdad, debemos agradecerlo á la persona que nos reprende, y también suplicar al Señor que nos reprenda con el amor, enviándonos su luz y verdad, para que sintamos de nosotros lo que según verdad debemos sentir, y esto es lo que Jeremías pedía diciendo (Jerem., X): *Corrígeme, Señor, en juicio y no en furor; porque por ventura no me tornes á nada.*

Corregir en furor pertenece al día postrero cuando enviará Dios al infierno á los malos por sus pecados, y corregir en juicio es reprender en este mundo á los suyos con amor de padre, la cual reprensión es un testimonio tan grande de amar Dios al que reprende, que ninguno otro hay tan seguro ni que tan buenas nuevas traiga de ser víspera de recibir grandes mercedes de Dios. Así cuenta San Marcos (cap. XVI), que apareciendo Nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos *les reprendió de incredulidad y dureza de corazón;* después de lo cual les dió poder para hacer obras maravillosas. Y el Profeta Isaías dice (Isa., IV): *Que el Señor lava las suciedades de las hijas de Sión, y la sangre de enmedio de Jerusalén en espíritu de juicio y espíritu de ardor.* Dando á entender, que el lavar Nuestro Señor nuestras manchas, viniendo á nosotros, es dándonos primero á conocer quién somos, y esto es juicio, y después envía espíritu de ardor, que es amor, que nos causa dolor, y así nos lava, dándonos su perdón y su gracia. De lo cual no osaremos atribuir á nosotros gloria alguna; pues primero nos dió á entender nuestra indignidad y desmerecimiento, y esta reprensión no entendáis ser alguna cosa que desmaye y demasiadamente entristezca al ánima trayéndola desabrida; porque esta tal ó es del demonio ó del espíritu propio, y débese huir. Mas es un sosegado conocimiento de las propias faltas, y un juicio del cielo que se oye en el ánima, que así hace temblar la tierra de nuestra flaqueza con vergüenza y temor, y amor que le pone espuelas para mejorarse y para con mayor diligencia servir al Señor, y le da muy gran confianza que el Señor lo ama como á hijo, pues usa con él oficio de padre, según está escrito (Prov., III): *Yo á los que amo, corrijo.*

Sed, pues, cuidadosa en miraros y reprenderos, presentándoos delante de la presencia de Dios, delante del cual es más seguro el humilde conocimiento de nuestras faltas que la soberbia alteza de otros conocimientos; y no seáis como algunos amadores de su propia estima, que por no parecer mal á sí mismos, se huelgan de gastar mucho tiempo en pensar otras cosas devotas, y pasar ligeramente por el conocimiento de sus defectos, porque no hallan en ellos sabor, pues no aman su propio desprecio, como en la verdad ninguna cosa haya tan segura, ni que así haga que aparte Dios sus ojos de nuestros

pecados, como mirarnos nosotros y reprendernos con dolor y penitencia, según está escrito (Hebr., XII): *Si nos juzgásemos á nosotros mismos, no seríamos juzgados de Dios.*

CAPÍTULO LXIII

De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad, y del maravilloso ejemplo que Cristo Nuestro Señor nos da para lo dicho.

Lo segundo que habéis de mirar cerca de este conocimiento es, que aunque es bueno y provechoso; pues por él nos viene el corazón contrito y humillado, que Dios no desprecia; mas tiene esta falta, que se funda sobre haber pecado: y no es mucho de maravillar, que un pecador se conozca y estime por pecador, mas sería muy espantable monstruo, que siéndolo se estimase por justo, como si un hombre lleno de lepra se estimase por sano. Por tanto, no nos hemos de contentar con estimarnos en poco en nuestros pecados, mas aun mucho más hemos de mirar esto en nuestras buenas obras, conociendo profundamente que ni la culpa de pecados es de Dios, ni la gloria de nuestros bienes es de nosotros; mas que de todo lo bueno que en nosotros hubiere, se ha de dar perfectamente la gloria al Padre de todas las lumbres, del cual procede todo lo bueno y dádiva perfecta (I Jac., I). De arte, que aunque nosotros tengamos el bien, lo miremos como cosa ajena, y lo tratemos tan fielmente que no nos alcemos con la gloria de Dios, ni se nos pegue, como dicen, la miel en las manos: esta humildad no es de pecadores como la primera, mas de justos. Y no sólo la hay en este mundo, mas en el cielo, porque de ella se escribe: *¿Quién como el Señor Dios Nuestro, que mora en las alturas, y mira las cosas humildes en el cielo y en la tierra?* Esta tuvo en pie á los ángeles buenos y los hizo dispuestos para gozar de Dios, pues le fueron sujetos, y la falta de ella derribó á los ángeles malos, porque se quisieron alzar con la honra de Dios. Esta tuvo la sagrada Virgen María Nuestra Señora, que siendo predicada por bienaventurada y bendita por la boca de Santa Isabel, no se hinchó ni atribuyó á sí gloria alguna de los bienes que en Ella había, mas con humilde y fidelísimo corazón enseña á Santa

Isabel y al mundo universo, que de las grandezas que Ella tenía, no á sí, mas á Dios se debía la gloria, y con profunda reverencia comienza á cantar: *Mi ánima engrandece al Señor.*

Y esta misma y más perfecta humildad tuvo la benditísima ánima de Jesucristo Nuestro Señor, la cual, así como en el ser personal no estuvo arrimada á sí misma, sino á la persona del Verbo, en lo cual excede á todas las ánimas y á los celestiales espíritus, así los excede en esta santa humildad, estando más lejos de darse la gloria á sí misma y de tenerse por su arrimo, que todos ellos juntos: y de este corazón salía lo que muchas veces al mundo fidelísimamente predicaba, que sus obras y palabras, de su Padre las había recibido, y á Él daba gloria, y decía: *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y en otra parte dice (Joann., VII, 14): *Las palabras que Yo hablo, no las hablo de Mí mismo, mas el Padre que está en Mí Él hace las obras.* Y así convenía que el remediador de los hombres fuese muy humilde, pues que la raíz de todos los malos y males es la soberbia; y queriendo dar á entender el Señor cuánto nos convenga tener esta santa y verdadera humildad, se hace particularmente Maestro de ella y se nos pone por ejemplo de ella, diciendo (Matth., XI): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.* Para que viendo los hombres á un Maestro tan sabio encomendar tan particularmente esta virtud, trabajen por la tener: y viendo que un Señor tan alto no atribuye el bien á sí mismo, ninguno haya tan desvariado que tal maldad ose hacer. Aprended, pues, sierva de Cristo, de vuestro Maestro y Señor, aquesta santa bajeza, para que seáis ensalzada, según su palabra (Luc., XIV): *Quien se humillare será ensalzado.* Y tened en vuestra ánima esta santa pobreza, porque de ella se entiende (Matth., V): *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Y tened por cierto, que pues Jesucristo Nuestro Señor fué ensalzado por camino de humildad, el que no la tuviere fuera va de camino, y débese de desengañar en lo que dice San Agustín: "Si me preguntares cuál es el camino del cielo, responderte he *que la humildad:* y si tercera vez, responderte he *lo mismo;* y si mil veces me lo preguntares, mil veces responderé *que no hay otro camino sino la humildad* [1]."

1 Según San Gregorio Magno, es la humildad señal verdadera de los elegidos, así como la soberbia lo es de los réprobos. Y de la humildad nos dejó dicho San Bernardo

CAPÍTULO LXIV

De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad.

Porque creo que deseáis alcanzar esta santa bajeza con que agradéis al Señor, os quiero decir algo del modo como la habéis de alcanzar; y sea lo primero pedirla con perseverancia al Dador de todos los bienes, porque esta humildad es un muy particular don suyo que á sus escogidos da. Y aun el conocer que es don de Dios no es poca merced. Los tentados de soberbia conocen bien que no hay cosa más lejos de nuestras fuerzas que esta verdadera y profunda humildad, y que muchas veces acaece con los remedios que ellos ponen para alcanzarla huir ella más, y aun del mismo humillarse suele nacer su contrario, que es la soberbia; por lo cual haced en esto lo que os dije de la castidad, que de tal manera toméis los ejercicios para alcanzar esta joya, que ni los dejéis de hacer diciendo, ¿qué me aprovecha, pues es dádiva de Dios?, ni tampoco los hagáis poniendo confianza en vuestro brazo de carne, mas en Aquel que suele dar sus dádivas á los que da su gracia, para se las pedir con oración y ejercicios devotos. El modo, pues, que tendréis será éste: considerad dos cosas por orden: una el ser, otra el buen ser. Cuanto á lo primero, habéis de pensar quién érades antes que Dios os criase, y hallaréis ser un abismo de nada y privación de todos los bienes. Estaos un buen rato sintiendo este no ser, hasta que veáis y palpéis vuestra nada y no ser. Y después considerad cómo aquella poderosa y dulce mano de Dios os sacó de aquel abismo profundo y os puso en el número de sus criaturas, dándoos verdadero y real ser, y miraos á vos, no como hechura vuestra, sino como á una dádiva de la cual Dios hizo merced á vos, y por tan ajeno de vuestras fuerzas mirad vuestro ser como miráis al ajeno, creyendo

ser cosa gloriosa, y de su contrario el vicio de la soberbia, primero de los pecados capitales, afirmaba ser muy difícil de arrancar del corazón humano, porque es enfermedad pésima que cuanto más se padece menos se conoce. Y Casiano, en sus *Colaciones de los Padres*, dejó escrito que la soberbia es muerte segura de todas las virtudes. De donde resulta la natural consecuencia que la humildad ha de ser, por tanto, la vida de todas ellas. Así se ve muy claro aquello de San Agustín, que la humildad es fundamento y base de toda santidad. Y de todo ello junto aparece ser la humildad llave de la puerta del cielo, como la soberbia lo es de las puertas del infierno.

que tampoco os pudisteis vos criar á vos, como criar á otro. Tampoco podíades salir de aquellas tinieblas del no ser, como los que quedaron en ellas. Y tenéis por igual de vuestra parte á las cosas que no son, atribuyendo á Dios la ventaja que les lleváis, y mirad que después de criada, no penséis que ya os tenéis en vos misma, porque no menor necesidad tenéis de Dios á cada momento de vuestra vida para no perder el ser que tenéis, que la tuvisteis para, siendo nada, alcanzar el ser que tenéis.

Entrad dentro de vos misma, y consideraos cómo sois una cosa que tiene ser y vida. Preguntaos, ¿esta criatura está arrimada á sí, ó á otro? ¿Susténtase en sí, ó ha menester mano ajena? Y responderos ha el Apóstol San Pablo (Act., XVII), *que no está lejos Dios de nosotros, mas que en Él vivimos, y nos movemos, y tenemos ser.* Y considerad á Dios, que es el ser de todo lo que es, y sin Él hay nada; y que es vida de todo lo que vive, y sin Él hay muerte; y fuerza de todo lo que algo puede, y sin Él hay flaqueza; y que es bien entero de todo lo bueno, sin el cual no se puede haber el más pequeño bien de los bienes. Y por esto dice la Escritura (Isa., XL): *Todas las gentes son delante de Dios como si no fuesen, y en nada y en vanidad son reputadas delante de Él.* Y en otra parte está escrito (Galat., VI): *El que piensa que es algo, como sea nada, él se engaña.* Y el Profeta David decía hablando con Dios (Psalm. XXXVIII): *Yo soy delante de Ti como nada.* En las cuales partes no habéis de entender que las criaturas no tengan ser ó vida, ú operaciones propias y distintas de las de su Criador; mas porque lo que tienen no lo hubieron de sí, ni lo pueden conservar de sí, sino de Dios y en Dios, dícense no ser, que quiere decir, que tienen el ser y la virtud para obrar de mano de Dios y no de la suya. Sabed, pues, ahondar bien en el ser y fuerzas que tenéis, y no paréis hasta llegar al fundamento primero, que como firmísimo é indeficiente (y no fundado sobre otro) mas fundamento de todos os sustenta, que no caigáis en el pozo profundo de la nada, de la cual primero os sacó. Conoced este arrimo que os tiene, y esta mano que puesta encima de vos os hace estar en pie, y confesad con David (Psalm. CXXXVIII): *Tú, Señor, me hiciste, y pusiste tu mano sobre mí.* Y pensad que estáis tan colgada de esta virtud de Dios, que si ella faltase, en aquel momento vos faltaríades, como faltaría la lumbre que había en una cáma-

ra sacando de ella la hacha que la alumbraba, ó como se quita la lumbre de sobre la tierra por ausencia del sol. Adorad, pues, á este Señor con reverencia profunda como á principio de vuestro ser, y amadle como á continuo bienhechor vuestro y conservador de él, y decidle con corazón y lengua: *Gloria sea á ti para siempre poderosa virtud, en la cual me sustento.* No tengo, Señor, que buscar fuera de mí, pues estáis Vos más íntimo á mí que yo á mí mismo, y que he de pasar por mí para entrar en Vos. Juntad con Él vuestro corazón, unidle con Él amorosamente, y decidle (Psalm. CXXXI): *Esta es mi holganza en el siglo del siglo; aquí moraré, porque la escogí.* Y de ahí en adelante sabed hacer presencia á Dios dentro de vos con toda reverencia, pues Él está presentísimo á vos; y como habéis entendido por lo que en vos pasa cómo Dios es el que os ha dado el ser y el obrar, así en todas las criaturas entended lo mismo. Y considerando en todas á Dios, seros ha todo un espejo luciente, que os representa al Criador; y así podrá andar vuestra ánima unida con Dios, y en sus alabanzas devota, si vos en las criaturas otra cosa sino á Dios no buscáis.

CAPÍTULO LXV

Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia aprovecha para alcanzar la humildad.

Si con cuidado habéis entendido en el conocimiento de vos para atribuir á Dios la gloria del ser que tenéis, con mucho mayor debéis de entender en conocer que el buen ser que tenéis no es de vos, mas graciosa dádiva de la mano del Señor; porque si atribuís á Él la gloria de vuestro ser, confesando que no vos, mas sus manos os hicieron, y apropiáis para vos la honra de vuestras buenas obras, creyendo que vos os hicisteis buena, mayor honra os tomáis para vos que dais á Dios, cuanto es más excelente el buen ser que el ser. Por tanto, conviene que con grandísima vigilancia entendáis en conocer á Dios y tenerle por causa de vuestro bien. Vivid de arte que no se os quede asida en vuestras manos punta ni repunta de loca soberbia; mas así como conocéis que ningún ser, por pequeño que sea, podéis tener de vos, si Dios no os lo da, así también conoced que no podéis tener de vos el menor de los bienes si Dios

no abre su mano para os lo dar. Pensad, pues, que así como lo que es nada no tiene ser natural entre las criaturas, así el pecador, por mucho estado y bienes que tenga, faltándole la gracia y espiritual ser, es contado por nada delante los ojos de Dios. Lo cual dice San Pablo de esta manera (Cor., I): *Si tuviere profecía, y conociere todos los misterios y toda la ciencia, y tuviere toda la fe, tanto, que pase los montes de una parte á otra, y no tuviere caridad, nada soy.* Lo cual es tanta verdad, que aun el pecador es menos que nada, porque peor es mal ser, que el no ser. Y ningún lugar hay tan bajo, ni tan apartado, ni tan despreciado en los ojos de Dios entre todo lo que es y no es, como el hombre que vive en ofensa de Dios, estando desheredado del cielo y sentenciado al infierno. Y para que tengáis alguna cosa que os despierte algo en el conocimiento de aqueste miserable estado de pecador, oid esto: *Cuando alguna cosa muy contraria á razón y muy desordenada viéredes, pensad, que muy más fea y abominable cosa es el estar en desgracia y enemistad de Nuestro Señor.* Oís decir de algún grave hurto, traición ó maldad que alguna mujer á su marido hace, ó desacato que algún hijo hace á su padre, ó algunas cosas de aquesta manera, que á cualquiera, por ignorante que sea, parecen muy feas, por ser contra toda razón. Pensad vos que ofender á Dios en un solo pecado es mayor fealdad, por ser contra su mandamiento y reverencia, que todas las obras malas que pueden acaecer, por ser contra sola razón. Y pues veis cuán desestimados son todos los que tales fealdades cometen, teneos vos por una cosa muy despreciada, y sumíos en el profundo abismo del desprecio que se debe al ofendedor de Dios. Y así como para conocer vuestra nada os acordasteis del tiempo que no teníades ser, así para conocer vuestra bajeza y vileza acordaos del tiempo que vivíades en ofensa de Dios.

Mirad cuan entrañable y profundamente y despacio pudiéredes, en cuán miserable estado estuvisteis cuando delante de los ojos de Dios estábades fea y desagradable, y contada por nada y menos que nada: porque ni los animales, por feos que sean, ni otras criaturas, por más bajas que sean, no han hecho pecado contra Nuestro Señor, ni están obligados á fuegos eternos como vos estábades; y despreciaos y abajaos en el más profundo lugar que pudiéredes muy despacio, que seguramente podéis creer que por muy mucho que os despreciéis no po-

déis bajar al abismo del desprecio que merece el ofendedor del infinito Bien, que es Dios: porque hasta que veáis en el cielo cuán bueno es Dios, no podéis del todo conocer cuán malo sea el pecado, y cuánto mal merece quien lo comete. Y después de haber bien sentido en el ánima y embebido en ella aquesta desestima de vos misma, alzad vuestros ojos á Dios, considerando la infinita bondad que de pozo tan hondo os sacó, siendo para vos cosa imposible, y mirad aquella suma bondad, que con tanta misericordia os sacó sin haber en vos merecimientos para ello, antes muy grandes desmerecimientos: porque antes que Dios dé la gracia, aunque no todo lo que el hombre hace sea pecado, mas ninguna cosa hace ni puede hacer con que merezca el perdón ni la gracia de Dios. Sabed, que quien os sacó de vuestras tinieblas á su admirable lumbre, y os hizo de enemiga, amiga, y de esclava, hija, y de no valer nada os hizo tener ser agradable en sus ojos, Dios fué; y la causa por que lo hizo no fueron vuestros merecimientos pasados, ni el respeto de los servicios que le habíades de hacer, mas fué por su sola bondad y por merecimiento de nuestro único medianero Jesucristo Nuestro Señor. Contad por vuestro mal el estado en que estábades, y contad el infierno por lugar debido á vuestros pecados que hicisteis ó hiciérades si por Dios no fuera. Que lo que de más de esto tenéis, á Dios y á su gracia os conoced por deudora. Oid lo que dice el Señor á sus amados discípulos, y á nosotros en ellos (Joann., XV): *No vosotros escogisteis á Mí, mas Yo á vosotros.* Mirad lo que dice el Apóstol San Pablo (Rom., III): *Justificados sois de balde por la gracia de Dios, por la redención que está en Jesucristo.* Y asentad en vuestro corazón, que así como tenéis de Dios el ser, sin que atribuyáis á vos gloria de ello, así tenéis de Dios el buen ser, y lo uno y lo otro para gloria suya, y traed en la lengua y en el corazón lo que dice San Pablo (I Cor., XV): *Por la gracia de Dios soy lo que soy.*

CAPÍTULO LXVI

En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio, de que se ha tratado en el capítulo pasado.

Allende de lo dicho, considerad que, así como cuando érades nada no teníades fuerza para moveros, ni para ver, ni oir, ni gustar, ni entender, ni querer, mas dándoos Dios el ser os dió aquestas potencias y fuerzas, así no sólo el hombre que está en pecado mortal está privado del ser agradable delante los ojos de Dios, mas está sin fuerzas para obrar obras de vida que agraden á Dios. Y por esto, si algún cojo viéredes, ó manco, pensad que así está el hombre sin gracia en su ánima; si algun ciego, sordo ó mudo, tomadlo por espejo en que os miréis, y en todos los enfermos, leprosos, paralíticos y que tienen los cuerpos corvados y los ojos puestos en tierra, con toda la otra muchedumbre de enfermedades que presentaban delante el acatamiento de Jesucristo, nuestro verdadero Médico, entended que tan perdidos están los malos, cuanto á los espirituales sentidos, cuanto estaban aquéllos en los corporales; y mirad cómo una piedra con el peso que tiene es inclinada á ir hacia abajo, así por la corrupción del pecado original que traemos tenemos una vivísima inclinación á las cosas de nuestra carne y de nuestra honra y de nuestro provecho, haciendo ídolo de nosotros y obrando nuestras obras, no por amor verdadero de Dios, sino por el nuestro. Estamos vivísimos á las cosas terrenales y que nos tocan, y muertos para el gusto de las cosas de Dios. Manda en nosotros lo que había de obedecer, y obedece lo que había de mandar; y estamos tan miserables, que debajo de cuerpo humano y derecho traemos escondidos apetitos de bestias y corazones encorvados hacia la tierra. Qué os diré, sino que en cuantas cosas faltas y feas, y secas y desordenadas viéredes, en tantas miréis y conozcáis la corrupción y desorden que el hombre que está sin espíritu de Dios tiene en sus sentidos y obras, y ninguna de estas cosas veáis que luego no entréis en vos misma á considerar que aquello sois vos de vuestra parte si Dios no os hubiera dado salud.

Y si verdaderamente estáis sana, habéis de conocer que quien os abrió los sentidos para las cosas de Dios, quien su-

jetó vuestros afectos debajo de vuestra razón, quien os hizo amargo lo que os era dulce y os puso gana en lo que antes tan desabrida estábades, obrando en vos obras nuevas, *Dios fué* —según dice San Pablo (Philip., II)—*Dios es el que obra en nosotros el querer, y el acabar, por su buena voluntad;* mas no entendáis por esto que el libre albedrío del hombre no obre cosa alguna en las obras buenas, porque esto sería grande ignorancia y error; mas dícese que Dios obra el querer y el acabar, porque Él es el principal obrador en el ánima del justificado, y el que mueve y suavemente hace que el libre albedrío obre y sea su ayudador, como dice San Pablo (II Cor., III): *Ayudadores somos de Dios*, lo cual hace incitándolo Dios, y ayudándolo á que dé libremente su consentimiento en las buenas obras, y por eso obra el hombre, pues que de su voluntad propia y libre quiere lo que quiere, y obra lo que obra, y en su mano está no lo hacer; mas Dios obra más principalmente produciendo la buena obra y ayudando al libre albedrío para que también la produzca; y la gloria de lo uno y de lo otro á sólo Dios se debe. Por tanto, si queréis acertar en aquesto, no queráis escudriñar qué bienes tenéis de naturaleza y libre albedrío, y qué bienes de gracia, porque esto para los sabios es; mas á ojos cerrados seguíos por la sagrada fe que nos amonesta, que de los unos y de los otros hemos de dar la gloria á Dios: y que nosotros de nosotros mismos no somos suficientes ni aun para pensar un buen pensamiento [1].

Mirad lo que dice San Pablo reprendiendo al que se atribuye á sí mismo algún bien (I Cor., IV): *¿Qué tienes que no lo hayas recibido?* Y pues lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo hubieses recibido? Como si dijese: si tienes la gracia de Dios con que le agradas, y haces obras muy excelen-

1 Insiste en esto mucho el Bienaventurado Maestro, y señala lo que hace Dios en el hombre por influjo de su divina gracia, y lo que opera el hombre mediante su voluntad libre. Porque entonces cundían y se propagaban miserablemente los errores luterano-protestantes enemigos y aun matadores de la humana libertad, llegando al extremo de enseñar el absurdo que el hombre es á manera de asno sobre el cual anda siempre cabalgando; ó Dios con los estímulos de su gracia que por necesidad le obliga á marchar por los caminos del bien; ó Satanás, en cuyo caso marcha arrastrado el mortal por la senda de perversidad y de malicia. Y es palmario que si tan disparatada y antifilosófica teoría tuviera base, no sería el hombre responsable, ni meritorio, por consiguiente, de sus acciones. Por eso mismo explica nuestro Beato con insistencia las palabras del Apóstol; conviene á saber, que comenzando y acabando Dios el obrar en el hombre; pero en tan suave manera lo hace, que lo inclina á llevar á cabo cualquiera buena acción sin violentar su libertad; así como tampoco permite que la tentación, sea la que se quiera, sobrepuje las fuerzas libres y naturales de la voluntad humana.

tes, no te gloríes en ti, mas en quien te la dió, que es Dios; y si te glorías de usar bien de tu libre albedrío, ó en consentir con él á los buenos movimientos de Dios y su gracia, tampoco te glorías en ti, mas en Dios que hizo que tú consintieses, incitándote y moviéndote sumamente, y dándote el mismo libre albedrío con que tú libremente consientas: y si te quisieres gloriar de que pudiendo resistir al buen movimiento é inspiración de Dios no lo resistes, tampoco te debes gloriar, pues eso no es hacer, mas dejar de hacer; y aun esto también lo debes á Dios, que ayudándote á consentir en el bien, te ayudó para no resistirlo. Y cualquiera buen uso de tu libre albedrío en lo que toca á tu salvación, dádiva es de Dios, que desciende de aquella misericordiosa predestinación con que determinó *ab aeterno* de te salvar. Sea, pues, toda tu gloria en sólo Dios, de quien tienes todo el bien que tienes, y piensa que sin Él no tienes de tu cosecha sino nada, y vanidad y maldad. Y conforme á esto dice una glosa sobre aquello de San Pablo (Galat., VI): *El que piensa ser algo, como no sea nada, á sí mismo se engaña;* que el hombre de sí mismo no es sino vanidad y pecado: y si otra cosa más es, por el Señor Dios lo es. Y conforme á esto dice San Agustín: *Abrísteme los ojos, luz, y despertásteme, y alumbrásteme, y vi que es tentación la vida del hombre en esta tierra, y que ningún buen hombre se puede gloriar delante de ti, ni es justificado todo hombre que vive; porque si algún bien hay chico ó grande, don tuyo es, y lo que es nuestro, no es sino mal.* ¿Pues de dónde se gloriará todo hombre? ¿Por dicha del mal? Esta no es gloria, sino miseria. ¿Pues gloriarse ha del bien? *No, porque es ajeno.* Tuyo es, ¡oh Señor!, el bien, tuya es la gloria. Y concordando con esto dice el mismo San Agustín: "*Yo, Señor Dios Nuestro, confieso á Ti mi pobreza, y á Ti sea toda la gloria, porque tuyo es todo el bien que yo haya hecho.* Yo confieso, según me has enseñado, que otra cosa no soy sino vanidad y sombra de muerte, y un tenebroso abismo, tierra vana y vacía, que sin tu bendición no hace fruto, sino confusión, y pecado y muerte: si algún bien en cualquiera manera tuve, de Ti lo recibí; cualquiera bien que tengo, tuyo es, de Ti lo tengo. Si algún tiempo estuve en pie, por Ti lo estuve; mas cuando caí, por mí caí. Y siempre me hubiera estado caído en el lodo si no me hubieras levantado Tú: y siempre fuera ciego, si Tú no me hubieras alumbrado. Cuando caí, nunca me hubiera levantado si Tú

no me hubieras dado tu mano; y después que me levantaste, siempre hubiera caído si no me hubieras tenido; muchas veces me hubiera perdido, si Tú no me hubieras guardado. Y así, Señor, siempre tu gracia y tu misericordia anduvo delante de mí librándome de todos males, salvándome de los pecados, despertándome de los presentes, guardándome de los por venir, y cortando delante de mí los lazos de los pecados, quitando las ocasiones y causas; porque si Tú, Señor, esto no hubieras hecho, todos los pecados del mundo hubiera yo hecho; porque sé que ningún pecado hay que en cualquiera manera lo haya hecho un hombre, que no lo pueda hacer otro hombre, si se aparta el guiador, por el cual es hecho el hombre; mas Tú hiciste que yo no lo hiciese, y Tú mandaste que me abstuviese: y Tú me infundiste gracia para que te creyese, porque Tú, Señor, me regías para Ti y me guardabas para Ti, y me diste gracia y lumbre para no cometer adulterio y todo otro pecado.„

CAPÍTULO LXVII

En que se prosigue el sobredicho ejercicio, y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conocen la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez.

Considerad, pues, doncella, con atención estas palabras de San Agustín, y veréis cuán ajena debéis de estar de atribuir á vos gloria alguna, no sólo de levantaros de vuestros pecados, mas de teneros que no tornásedes á caer; porque así como os dijese que si la mano de Dios de vos se apartase, en aquel punto tornaríades al abismo de vuestra nada en que antes estábades, así apartando Dios su guarda de vos, tornaríades á los pecados y á otros peores que donde Él os sacó. Sed por eso humilde y agradecida á este Señor, de quien tanta necesidad en todo tiempo tenéis, y conoced que estáis colgada de Él, y que todo vuestro bien depende de su mano bendita, según dice David (Psalmo XXX): *En tus manos, Señor, están mis suertes.* Y llama suertes á la gracia de Dios y á la eterna predestinación, las cuales por la bondad de Dios vienen, y se conceden á quien se conceden. Y así como si Él os quitase el ser que os dió os tornaréis nada, así quitándoos la gracia quedaréis pecadora, lo cual no se os dice para que caigáis en desmayo ni desespera-

ción, por ver cuán colgada estáis de las manos de Dios: mas para que tanto con más seguridad gocéis de los bienes que Dios os ha dado, y tengáis confianza en su misericordia que acabará con vos lo que ha comenzado, cuando con mayor humildad y profunda reverencia y santo temor estuviéredes postrada á sus pies temblando y sin ningún arrimo de vuestra parte y confiando de la suya; porque ésta es buena señal que no os desamparará su infinita bondad, según lo cantó aquella bendita y sobre todas humilde María, diciendo (Luc., I): *La misericordia de Él de generación en generación sobre los que le temen.* Y si el Señor es servido de os dar este conocimiento que deseáis, sentiréis que viene en vos una celestial lumbre y sentimiento en el ánima, con que quitadas unas tinieblas, conoce y siente ningún bien, ni ser, ni fuerza haber en todo lo criado más de aquello que la bendita y graciosa voluntad de Dios ha querido dar y quiere conservar. Y conoce entonces cuán verdadero cantar es aquél: *Llenos son los cielos y la tierra de tu gloria, porque en todo lo criado no ve cosa que buena sea, cuya gloria no sea de Dios.* Y entiende con cuánta verdad dijo Dios á Moisés que dijese á los hombres (Exodo, III): *El que es, me envió á vosotros.* Y lo que dijo el Señor en el Evangelio (Marc., X): *Ninguno es bueno sino sólo Dios.* Porque como todo el ser que tengan las cosas y todo el bien, ahora sea de libre albedrío, ahora de la gracia, sea dado y conservado de la mano de Dios, conoce que más se puede decir que Dios es en ellas y obra el bien en ellas, que ellas de sí mismas, no porque ellas no obren, mas porque obran como causas segundas movidas por Dios, principal y universal hacedor, del cual ellas tienen la virtud para obrar. Y así, mirando á ellas no les halla tomo ni arrimo en sí propias, sino en aquel infinito Ser que las sustenta, en cuya comparación parecen todas ellas, por grandes que sean, como una pequeña aguja en un infinito mar; y de este conocimiento de Dios resulta en el ánima que de él se aprovecha, una profunda y leal reverencia á la sobreexcelente Majestad divinal, que le pone tanto aborrecimiento de atribuir á sí misma ni á otra criatura algún bien, que ni aun pensar en ello no quiere, considerando que así como el casto José (Génesis, III) *no quiso hacer traición á su señor, aunque fué requerido de la mujer de él,* así no debe el hombre alzarse con la honra de Dios, la cual Él quiere para sí como el marido á su

propia mujer, según está escrito (Isa., XLII): *Mi gloria no la daré á otro.* Y está entonces el hombre tan fundado en esta verdad, que aunque todo el mundo le ensalzase, él no se ensalzaría, mas como verdadero justo desnúdase de la honra que ve no ser suya, y dala al Señor cuya es, y en esta luz ve que mientras más alto está, más ha recibido de Dios y más le debe, y más pequeño y abajado es en sí mismo; porque quien de verdad cree en otras virtudes, también lo ha de hacer en la humildad, diciendo á Dios (Joann., III): *A Ti conviene crecer en mí, y á mí ser abajado cada día más en mí.* Y si con estas consideraciones ya dichas no halláredes en vos el fruto del propio desprecio que deseáis, no desmayéis, mas llamad con perseverante oración al Señor, que Él sabe y suele enseñar interiormente y con semejanzas exteriores lo poco en que la criatura se ha de estimar. Y en tanto que viene esta misericordia, vivid en paciencia y conoceos por soberbio, lo cual es alguna parte de humildad, como el tenerse por humilde es señal de soberbia.

CAPÍTULO LXVIII

En que se comienza á tratar de la consideración de Cristo Nuestro Señor, y de los misterios de su vida y muerte, y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración, y de los grandes frutos que de ella nos vienen.

Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan á la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón, por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros. Esta es la nueva alegre predicada en la nueva ley á todos los quebrantados de corazón, y les es dada una medicina muy más eficaz para su consuelo que sus llagas les pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra á los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que absuelve á los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio. A éste deben procurar conocer y allegarse todos los

adeudados con espirituales deudas de pecados que han hecho, y que por ello están en angustia y amargura de corazón cuando se miran, é irles ha bien, como en otro tiempo se llegaron á David (I Reg., XXII), *adeudados y angustiados con deudas de acá, y sintieron provecho con su compañía;* porque así como se suele dar por consejo que miren arriba ó fuera del agua á los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos á Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo, porque no en balde se dijo (Psalm. XLI): *En Mí mismo fué mi ánima conturbada, y por esto me acordaré de ti, de la tierra del Jordán y de los montes de Hermón y monte pequeño.*

Porque los misterios que Cristo obró en su Bautismo y Pasión son bastantes para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante: y así por esto como porque ningún libro hay tan eficaz para enseñar al hombre todo género de virtud, ni cuánto debe ser el pecado aborrecido y la virtud amada, como la Pasión del Hijo de Dios; y también porque es extremo de desagradecimiento poner en olvido un tan inmenso beneficio de amor, como fué padecer Cristo por nos, conviene, después del ejercicio de vuestro conocimiento, ocuparos en el conocimiento de Jesucristo Nuestro Señor. Lo cual nos enseña San Bernardo diciendo (Bernard. *ad Fratres de monte Dei.)* "Cualquiera que tiene sentido de Cristo, sabe bien cuán expediente sea á la piedad cristiana, cuánto convenga, y cuánto provecho le trae al siervo de Dios y siervo de la redención de Cristo, acordarse con atención, á lo menos una hora del día, de los beneficios de la Pasión y Redención de Nuestro Señor Jesucristo, para gozar suavemente en la conciencia y para asentaros fielmente en la memoria." Esto dice San Bernardo, el cual así lo hacía. Y allende de esto sabed, que así como queriendo Dios comunicar con los hombres las riquezas de su Divinidad, tomó por medio hacerse hombre, para que en aquella bajeza y pobreza se pudiese conformar con la pequeña capacidad de los pobres y bajos, y juntándose á ellos los levantase á la alteza de Él, así el camino usado de comunicar Dios su Divinidad con las ánimas es por medio de su sacra Humanidad. Esta es la puerta por donde el que entrare será salvo, y la escalera por donde suben al cielo; porque quiere Dios Padre honrar la Humanidad y humildad de su Unigénito Hijo (Géne-

sis, XXVIII), en no dar su amistad sino á quien las creyere, y no dar su familiar comunicación sino á quien con mucha atención las pensare. Y pues no es razón que dejéis de desear estos bienes, haceos esclava de esta sagrada Pasión, pues por ella fuisteis libertada del cautiverio de vuestros pecados y de los infernales tormentos, y os vendrán los bienes ya dichos. Y no sea á vos pesado el pensar lo que á Él con vuestro gran amor no le fué pesado pasar.

Sed vos una de las ánimas á quien dice el Espíritu Santo en los Cantares (cap. III): *Salid y mirad, hijas de Sión, al Rey Salomón con la guirnalda con que le coronó su madre en el día del desposorio de él, y en el día de la alegría del corazón de él.* En ninguna parte de la Santa Escritura se lee que el Rey Salomón fuese coronado con guirnalda ó corona por mano de su madre Bersabé en el día del desposorio de él: y por esto, porque según la historia no conviene al Salomón pecador, por fuerza, pues la Escritura no puede faltar, lo hemos de entender de otro Salomón verdadero, *el cual es Cristo.* Y con mucha razón, porque Salomón quiere decir pacífico, el cual nombre le fué puesto porque no trajo guerras en su tiempo como las trajo su padre David; por lo cual quiso Dios, que no David, varón de sangres, mas su pacífico hijo edificase aquel tan solemne Templo de Jerusalén (Paralip., XXII) *en que fuese Dios adorado.* Pues si por ser pacífico Salomón en la paz mundana, que algunas veces los Reyes, aunque malos, la suelen en sus reinos tener, le fué puesto nombre de pacífico, ¿con cuánta más razón conviene á Cristo, el cual hizo paz espiritual entre Dios y los hombres, no sin su costa, mas cayendo sobre Él la pena de vuestros pecados que causaba la enemistad? "*Item*, hizo paz entre los dos tan contrarios pueblos, de los judíos y gentiles, quitando la pared de la enemistad que estaba en medio", como dice San Pablo (Ephes., II): Conviene á saber, *las ceremonias de la vieja Ley, y la idolatría de la gentilidad*, para que unos y otros, dejadas sus particularidades y ritos que de sus pasados traían, viniesen á una nueva ley, debajo de una fe, y de un Bautismo y de un Señor, esperando partir una misma herencia, por ser todos hijos de un Padre del cielo que los tornó á engendrar otra vez por agua y Espíritu Santo, con mayor ganancia y honra que la primera vez fueron engendrados de sus padres de carne para miseria y deshonra, y estos bienes todos son por Jesucris-

to, pacificador de cielos y tierra, y de una gente con otra, y de un hombre dentro de sí mismo, cuya guerra es más trabajosa y la paz más deseada. Estas paces no las pudo hacer Salomón, mas tuvo el nombre en figura del verdadero pacificador, así como la paz de Salomón, que es temporal, tiene figura y es sombra de la espiritual que no tiene fin.

Pues si bien os acordáis, esposa de Cristo, de lo que es razón que nunca os olvidéis, la Madre de este Salomón verdadero que fué y es la bendita Virgen María, hallaréis haberle coronado con guirnalda hermosa, dándole carne sin ningún pecado en el día de la Encarnación, que fué día de ayuntamiento y desposorio del Verbo divino con aquella santa Humanidad, y del Verbo hecho hombre con su Iglesia, que somos nosotros. (Psalm. XVIII.) *De aquel sagrado vientre salió Cristo,* como Esposo que sale del tálamo, y comenzó á correr su carrera como fuerte gigante, tomando á pechos la obra de nuestra Redención, que fué la más dificultosa cosa que se podía emprender. Y al fin de la carrera en el día del Viernes Santo casó por palabras de presentes con esta su Iglesia, por quien había trabajado (Genes., XXIX), *como Jacob por Raguel;* porque entonces le fué sacada de su costado estando él durmiendo el sueño de muerte (Genes., II), *á semejanza de Eva sacada de Adán*, que dormía. Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada, llama Cristo á este día, *mi día,* cuando dice en el Evangelio (Joann., VIII): *Abraham, vuestro padre, se gozó para ver mi día, vióIo, y gozóse.* Lo cual fué, como dice Crisóstomo, cuando á Abraham fué revelada la muerte de Cristo, en semejanza de su hijo Isaac, que Dios le mandó sacrificar en el monte Moria, que es el monte Sión; *entonces vió este penoso día, y se gozó.* ¿Mas por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, ó tristezas ó tormentos de Cristo? (Genes., XXII.) *Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta*, que bastaba para hacer entristecer de compasión á cualquiera, por mucha alegría que tuviese. Si no díganlo sus tres amados Apóstoles, á los cuales dijo (Matth., XX; Marc., XIV): *Triste es mi ánima hasta la muerte.* ¿Qué sintieron sus corazones al sonido de esta palabra? La cual suele, aun á los que de lejos la oyen, lastimar su corazón con agudo cuchillo de compasión. Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros, que por duro que uno fuera y los viera se moviera á compasión, y aun no sé si los mismos

que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían. Pues si los que á Cristo aborrecían pudieran ser entristecidos por ver sus tormentos, si del todo piedras no fueran, ¿qué diremos de un hombre tan amigo de Dios como fué Abraham, que se gozase de ver en el día en que Cristo tanto trabajo pasó?

CAPÍTULO LXIX

En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares.

Mas porque de esto no os maravilléis, oid otra cosa más maravillosa, la cual dicen las dichas palabras de los Cantares: "Que esta guirnalda le fué puesta en el día del alegría del corazón de Él." ¿Cómo es aquesto? El día de sus excesivos dolores, que lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamáis día de alegría de Él? Y no alegría fingida y de fuera, mas dicen, en el día del alegría del corazón de Él. ¡Oh alegría de los ángeles y río del deleite de ellos, en cuya faz ellos desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos, viéndose dentro de ti, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada, y de que se alegra tu corazón en el día de tus trabajos! ¿De qué te alegras entre los azotes, clavos, deshonras y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastímante, cierto, y más á Ti que á otro ninguno, pues tu complexión era más delicada. Mas porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres Tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros. Tú eres el que dijiste á tus amados Apóstoles antes de la Pasión (Lucas, XXII): *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca.* Y Tú eres el que antes dijiste (Lucas, XII): *Fuego vine á traer á la tierra, ¿qué quiero sino que se encienda?* Con bautismo tengo de ser bautizado, ¿cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto?

El fuego de amor de Ti, que en nosotros quieres que arda hasta encendernos, abrasarnos y quemarnos lo que somos, y transformarnos en Ti, Tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste, y lo haces arder con la muerte que por nosotros pasaste. ¿Y quién hubiera que te amara, si Tú no murie-

ras de amor por dar vida á los que por no amarte están muertos? ¿Quién será leño tan húmedo y frío, que viéndote á Ti árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz y abrasado con fuego de tormentos, que te daban, y del amor con que Tú padecías, no se encienda en amarte aun hasta la muerte? ¿Quién será tan porfiado que se defienda de tu porfiada reeuesta en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz, y fuiste encerrado en el santo sepulcro como en otro vientre? Abrasástete, porque no quedásemos fríos; lloraste, porque riésemos; padeciste, porque descansásemos; y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades; y dices, Señor: *¡Cómo vivo en estrechura hasta que este bautismo se acabe!* Dando á entender cuán encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, Tú deseas el día de tu Pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos. Una hora, Señor, se te hacía mil años para haber de morir por nosotros, teniendo tu vida por bien empleada en ponerla por tus criados. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame día de tu alegría el día de tu Pasión, pues era deseado por Ti; y aunque el dolor de aquel día fué muy excesivo, de manera que en tu persona se diga (Thren., I): *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y ved si hay dolor que se iguale con el mío;* mas el amor que en tu corazón ardía, sin comparación era mayor; porque si menester fuera para nuestro provecho que Tú pasaras mil tantos de lo que pasaste, y te estuvieras enclavado en la cruz hasta que el mundo se acabara, con determinación firme subiste en ella para hacer y sufrir todo lo que para nuestro remedio fuese necesario.

De manera, que más amaste que sufriste, y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban, y por esto quedó vencedor tu amor, y como llama viva no la pudieron apagar los ríos grandes y muchas pasiones que contra Ti vinieron; por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor, muy de verdad tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía, y por eso se llama día de alegría de tu corazón: y este día

vió Abraham, y gozóse, no porque le faltase compasión de tantos dolores, mas porque veía que el mundo y él habían de ser redimidos por ellos. Pues en este día salid, hijas de Sión (que son las ánimas que atalayan á Dios por fe) á ver al pacífico Rey, que con sus dolores va á hacer la paz deseada; miradle, pues para mirar á Él os son dados los ojos. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad á la guirnalda de espinas que en su cabeza divina lleva, la cual, aunque la tejieron y se la pusieron los caballeros de Pilato, que eran gentiles, dícese habérsela puesto su madre, que es la sinagoga, de cuyo linaje Cristo descendía, según la carne; porque por la acusación de la sinagoga, y por complacer á ella, fué Cristo así atormentado. Y si alguno dijere, nuevos atavíos de desposado son éstos, por guirnalda lastimera corona, por atavíos de pies y manos clavos agudos que se les traspasan y rompen, azotes por cinta, los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre, la sagrada barba arrancada, las mejillas bermejas con bofetadas, y la cama blanda, que á los desposados suelen dar con muchos olores, tornarse en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores. ¿Qué tiene que ver este abatimiento extremo con atavíos de desposorio? ¿Qué tiene que ver acompañado de ladrones, con ser acompañado de amigos, que se huelgan de honrar al nuevo Desposado? ¿Qué fruta, qué música, qué placeres vemos aquí, pues la Madre y amigos del Desposado comen dolores y beben lágrimas, y los ángeles de la paz lloraban amargamente? No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece. Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el Desposado y el modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado y porque es Dios y Hombre, y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males, no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males y darnos sus bienes; por lo cual convenía, según la ordenanza divina, que pagase Él por nosotros, tomando nuestro lugar y semejanza, para que con aquella semejanza de deudor sin serlo, y con aquel duro castigo sin haber hecho por qué, quitase nuestra fealdad y nos diese su hermosura y riquezas. Y porque ningún desposado puede hacer á su esposa de mala, buena; ni de infernal, celestial; ni de fea en el ánima, hermosa, por eso buscan los hombres las esposas que sean buenas, hermosas y ricas, y van el día del desposorio ataviados á gozar

de los bienes que ellas tienen y que ellos no les dieron; mas nuestro nuevo Esposo ninguna ánima halla hermosa ni buena si Él no la hace. Y lo que nosotros le podemos dar (que es nuestra dote) es la deuda que debemos de nuestros pecados; y porque Él quiso abajarse á nosotros, tal le paramos, cuales nosotros estábamos; y tal nos paró, cual Él es; porque destruyendo con nuestra semejanza nuestro hombre viejo, nos puso su imagen de hombre nuevo y celestial. Y esto obró Él con aquestos atavíos que parecen fealdad y flaqueza, y son altísima honra y grandeza, pues pudieron deshacer nuestros muy antiguos y endurecidos pecados y traernos á gracia y amistad del Señor, que es lo más alto que se puede ganar. Este es el espejo en que os habéis de mirar, y muchas veces al día, para hermosear lo que viéredes feo en vuestra ánima: y ésta es la señal puesta en alto, para que de cualquier víbora que seáis mordida miréis aquí y recibáis la salud en sus llagas; y en cualquier bien que os viniere miréis aquí y os sea conservado, dando gracias á este Señor, por cuyos trabajos nos vienen todos los bienes.

CAPÍTULO LXX

Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan.

Pues que ya habéis oído que la luz que vuestros ojos han de mirar es Dios humanado y crucificado, resta deciros qué modo tendréis para le mirar, pues que esto ha de estar con ejercicio de devotas consideraciones y habla interior que en la oración hay. Mas primero que os digamos el modo que habéis de tener en la oración, conviene deciros cuán provechoso ejercicio sea, especialmente para vos, que habiendo renunciado al mundo os habéis toda ofrecido al Señor, con el cual os conviene tener muy estrecha y familiar comunicación si queréis gozar de los dulces frutos de vuestro religioso estado. Y por oración entendemos aquí una secreta é interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando, y generalmente por todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios: porque aunque cada cosa de éstas tenga su particular razón, no es mi intento tratar aquí sino de este general que he dicho,

de como es cosa muy importante que el ánima tenga con su Dios esta particular habla y comunicación.

Para prueba de lo cual, si ciegos no estuviesen los hombres, bastaba decirles que daba Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar á hablarle una vez en el mes ó en la semana, y que les daría audiencia de muy buena gana, y remediaría sus males, y haría mercedes, y habría entre Él y ellos conversación amigable de Padre con hijos: y si diese esta licencia para que le pudiesen hablar cada día, y si la diese para que muchas veces al día, y si también para que toda la noche y el día, ó todo lo que de este tiempo pudiesen y quisiesen estar en conversación del Señor, Él lo habría por bueno, ¿quién sería el hombre, si piedra no fuese, que no agradeciese tan larga y provechosa licencia y no procurase de usar de ella todo el tiempo que le fuese posible, como de cosa muy conveniente para ganar honra por estar hablando con su Señor y deleite, por gozar de su conversación y provecho, porque nunca irían de su presencia vacíos? ¿Pues por qué no se estimará en mucho lo que el Altísimo ofrece, pues se estimaría si lo ofreciese un Rey temporal, que en comparación del Altísimo y de lo que de su conversación se puede sacar, el Rey es gusano, y lo que puede dar uno y todos es un poco de polvo? *¿Por qué no se huelgan los hombres de estar con Dios* (Prov., VIII), *pues los deleites de Él son estar con los hijos de los hombres?* No tiene su conversación amargura, sino alegría y gozo, ni su condición tiene escasez para negar lo que le piden: y Padre nuestro es, con el cual nos habíamos de holgar, conversando, aunque ningún provecho otro de ello viniera: y si juntáis con esto que no sólo nos da licencia para que hablemos con Él, mas que nos ruega, aconseja y alguna vez manda, veréis cuánta es su bondad y gana de que conversemos con Él, y cuánta nuestra maldad de no querer ir rogados y pagados á lo que debíamos ir rogando y ofreciendo por ello cualquier cosa que nos fuese pedida: y en esto veréis cuán poco sentimiento tienen los hombres de las necesidades espirituales, que son las verdaderas; pues quien verdaderamente las siente, verdaderamente ora, y con mucha instancia pide remedio.

Un refrán dice: *Si no sabes orar, entra en la mar, porque los muchos peligros en que se ven los que navegan, les hace clamar á Nuestro Señor.* Y no sé por qué no ejercitamos to-

dos este oficio, y con diligencia, pues ahora andemos por tierra, ahora por mar, andamos en peligros de muerte; ó del ánima, si caemos en pecado mortal, ó de cuerpo y ánima, si no nos levantamos por la penitencia de aquel en que hemos caído. Y si los cuidados perecederos y el polvo que en los ojos traemos, nos diesen lugar de cuidar y mirar las necesidades de nuestro corazón, cierto andaríamos dando clamores á Dios, diciendo con todas entrañas (Psalm. XXXIV): *No nos dejéis caer en tentación:* Señor, no te apartes de mí, y otras semejantes palabras, conformes al sentimiento de la necesidad. Todo nuestro orar se ha pasado á lo que se ha pasado nuestro sentido, que es el bien ó mal temporal, y aun esto no lo hacemos luego, sino cuando los otros medios y arrimos nos han faltado, como gente que su postrera confianza tiene puesta en Nuestro Señor, y su primera y mayor en sí mismo ó en otros: de lo cual suele el Señor enojarse mucho, y decir (Deut., XXXII): *¿Dónde están tus dioses, en los cuales tenías confianza? Líbrente tus aliados, á los cuales se los llevará el viento y el soplo. Mirad que Yo solo soy, y no hay otro fuera de Mí: Yo mataré y haré vivir; heriré y sanaré, y no hay quien se pueda librar.* Mirad, pues, doncella, no os toquen aquestas cosas, mas tened vivo el sentido de vuestra ánima, con que gustéis que vuestro verdadero mal es no servir á Dios, y vuestro verdadero bien es servirle; y cuando alguna cosa temporal pidiéredes, no sea con aquel ahinco y angustia que del amor demasiado suele nacer .Y para lo mucho y para lo poco, vuestra confianza primera sea Nuestro Señor; y la postrera, los medios que Él os encaminare; y sed muy agradecida á esta merced de que os dió licencia de hablarle y conversar con Él, y usad de ella para bienes y males con mucha frecuencia y cuidado; pues por medio de esta habla y conversación con el Altísimo han sido enriquecidos los siervos de Dios y remediados en sus pobrezas, porque entendieron que los peligros que Dios les dejó fué á intento que apretados con ellos recurriesen á Él, y los bienes que les vienen son para ir á Él, dándole gracias (Josué, X). De los gabaonitas leemos, que estando en mucho peligro por estar cercados de sus enemigos, enviaron un mensajero á Josué, á cuya amistad se habían ofrecido, y por la cual estaban en aquel peligro, y hallaron favor y remedio por lo pedir: y aunque aquellos cinco Reyes, que la Escritura hace mención (Genes., XIV), *fueron vencidos en el*

Valle Silvestre, y sus ciudades robadas; mas porque un mozo que de la guerra escapó fué á dar nueva de este desbarato al Patriarca Abraham, alcanzaron remedio los Reyes y sus cinco ciudades por mano de Abraham, que los socorrió.

De manera, que se alcanza por un solo mensajero que va á pedir favor á quien lo quiere y puede dar, más que por la muchedumbre de combatientes que en la guerra ó ciudad haya. *Y cierto es así,* que quien enviare á Dios mensajero de humilde y fiel oración, aunque esté cercado y destrozado y metido en el vientre de la ballena (Psalm. CXLIV), *sentirá presente al Señor, que está cerca á todos aquellos que le llaman en verdad.* Y si no saben lo que han de hacer, con la oración hayan lumbre, pues con esta confianza dijo el Rey Josafat (Paralip., XX): *Cuando no sabemos lo que hemos de hacer, este remedio tenemos, que es alzar los ojos á Ti;* y Santiago dice (Jacob., I): *Que quien hubiere menester sabiduría, la pida á Dios;* y por este medio eran Moisés y Aarón enseñados de Dios acerca de lo que debían hacer con el pueblo: porque como los que rigen á otros han menester lumbre doblada, y tenerla muy á la mano y á todo tiempo, así han menester oración doblada y estar tan diestros en ella, que sin dificultad la ejerciten, para que conozcan la voluntad del Señor de lo que deben hacer en particular, y para que alcancen fuerza para cumplirla. Y este conocimiento que allí se alcanza, excede al que alcanzamos por nuestras razones y conjeturas, como de quien va á cosa cierta, ó quien va, como dicen, á tienta paredes; y los propósitos buenos y fuerza que allí se cobran, suelen ser sin comparación más vivos y salir más verdaderos que los que fuera de la oración se alcanzan. San Agustín dijo, como quien lo habría probado: *Mejor se sueltan las dudas con la oración, que con cualquiera otro estudio.* Y por no cansar, y porque no sería posible deciros particularmente los frutos de la oración, no os digo más, sino que la suma verdad dijo (Luc., XI): *Que el Padre celestial dará espíritu bueno á los que se lo piden, con el cual bien vienen todos los bienes.* Y débeos bastar, que usaron este ejercicio todos los Santos. Porque, como San Crisóstomo dice, *¿quién de los Santos no venció orando?* Y él mismo dice: *No hay cosa más poderosa que el hombre que ora;* y bastarnos debe, y sobrar, que Jesucristo, Señor de todos, oró en la noche de su tribulación, aun hasta derramar gotas de sangre. *Y oró en el*

monte Tábor, para alcanzar el resplandor de su cuerpo. (Lucas, XXII.) *Oró primero que resucitase á San Lázaro* (Joannis, XI); y veces oraba tan largo, que se le pasaba toda la noche en oración.

Y después de una tan larga oración como ésta, dice San Lucas (cap. XVI), que eligió entre sus discípulos *número de doce Apóstoles;* en lo cual dice San Ambrosio, nos dió á entender lo que debemos hacer cuando quisiéremos comenzar algún negocio, pues que en aquél suyo primero oró, y tan largo. Y por esto debiera decir San Dionisio, que en principio de toda obra hemos de comenzar por la oración. San Pablo amonesta que entendamos con instancia en la oración: y el Señor dice (Lucas XVIII), que conviene siempre orar, y no aflojar, que quiere decir: *que se haga esta obra con frecuencia, diligencia y cuidado:* porque los que quieren valerse con tener cuidado de sí en hacer obras agradables á Dios, y no curan de tener oración, con sola una mano nadan, con sola una mano pelean, y con sólo un pie andan, porque el Señor, dos nos enseñó ser necesarias, cuando dijo (Matth., XXVI): *Velad y orad, porque no entréis en tentación.* Y lo mismo avisó cuando dijo (Lucas, XXI): *Velad,* pues, en todo tiempo orando, que seáis hallados dignos de escapar de todas estas cosas, que han de venir, y estar delante el Hijo de la Virgen: *Y entrambas cosas junta San Pablo* (Ephes., VI) cuando arma al caballero cristiano en la guerra espiritual que tiene contra el demonio: porque así como un hombre, por buenos manjares que coma, si no tiene reposo de sueño tendrá flaqueza, y aun corre el riesgo de perder el juicio, así acaecerá bien á quien obra y no ora, porque aquello es la oración para el ánima que el sueño al cuerpo: no hay hacienda, por gruesa que sea, que no se acabe, si gastan y no ganan, ni buenas obras que duren sin oración, porque en ella se alzan lumbre y espíritu con que se recobra lo que con las ocupaciones, aunque buenas, se disminuye de fervor de la caridad é interior devoción. Y cuán necesario sea el orar, parece muy claro en la instancia y ayunos con que el Profeta Samuel oraba al Señor (I Reg., II) *que librase su pueblo de la cautividad de Babilonia,* aunque eran cumplidos los setenta años que el Señor había puesto por término para los librar.

Y si en lo que Dios ha prometido de hacer ó dar, aún es menester que se le pida con oración ahincada, ¿cuánto más será

menester en lo que no tenemos promesa suya en particular? San Pablo pide á los Romanos (Ephes., IV) *que rueguen á Dios por él,* para que quitados los impedimentos pueda ir á los visitar. Sobre lo cual dice Orígenes, aunque había dicho el Apóstol un poco antes: *Sé que yendo vosotros será mi ida en la abundancia de la bendición de Cristo:* mas con todo esto sabía que la oración es necesaria, aun para las cosas que él manifiestamente conocía que habían de acaecer: y si no hubiera oración, sin duda no se cumpliera lo que había profetizado. ¿No os parece que tuvo razón quién dijo (San Gregorio) que era la oración medio para alcanzar lo que Dios Omnipotente ordenó ante los siglos de donar en tiempo? *Item,* que así como el arar y sembrar es medio para coger trigo, así la oración para alcanzar frutos espirituales; por lo cual no nos debemos maravillar si tan pocos cogemos, pues que tan poca oración sembramos. Cosa cierta es que de la conversación de un bueno se sigue amarle y concebir deseos de la virtud: y si con Dios conversásemos, con mucha más razón podríamos esperar de su conversación estos y otros provechos, á semejanza de Moisés, que de la tal conversación salió lleno de resplandor; y no por otra causa estamos tan faltos de misericordia para con los prójimos, sino porque nos falta esta conversación con Nuestro Señor: porque el hombre que estuvo de noche postrado delante de Dios pidiéndole perdón y misericordia para sus pecados y necesidades, claro está que si de día encuentra con otro que le pida lo que él pidió á Dios, que conocerá las palabras y se acordará de con cuánto trabajo él las dijo á Nuestro Señor, y con cuánto deseo de ser oído, y hará con su prójimo lo que quería que Dios hiciese con él. Y por decir en una palabra lo que en esto siento, os traigo á la memoria lo que dijo David (Psalm. LXV): *Bendito sea el Señor, que no quitó de mí mi oración y su misericordia;* sobre lo cual dice San Agustín: *Seguro puedes estar, que si Dios no quita de ti la oración, no te quitará su misericordia.* Y acordaos que el Señor dijo (Luc., XI): *Que el celestial Padre dará espíritu bueno á los que se lo piden,* y con este espíritu cumplimos la Ley de Dios, como dice San Pablo: de manera, que nos está cercana la misericordia de Dios, y cumplimos su Ley por medio de la oración. Mirad vos qué tal estará un hombre á quien le faltaren estas dos cosas, por faltarle la oración. Y quiéroos avisar del yerro de algunos que piensan que porque dijo San

Pablo (Rom., III): *Quiero que los varones oren en todo lugar*, no es menester orar despacio, ni en particular, sino que basta mezclar la oración entre las otras obras que hace. Bueno es orar en todo lugar, mas no nos hemos de contentar con aquello, si hemos de imitar á Jesucristo Nuestro Señor y á lo que sus Santos han dicho y hecho en el negocio de la oración. Y aun tened por cierto, que ninguno sabrá provechosamente orar en todo lugar, sino quien primero hubiere aprendido este oficio en lugar particular, y gastando en él espacio de tiempo.

CAPÍTULO LXXI

Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar á Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción.

El primer paso que el ánima ha de dar allegándose á Dios ha de ser la penitencia de sus pecados. Y para que ésta fuese bien hecha aprovecha mucho desocuparse de todos negocios y de toda conversación, y entender con cuidado en traer á la memoria los pecados de toda su vida, sirviéndose para ello de algún confesonario: y después de los haber bien gemido, confesarlos con médico espiritual que le pueda y sepa dar remedio competente á su enfermedad, y le ponga su conciencia tan llana como si aquel día hubiese el hombre de morir y ser presentado en el juicio de Dios. Y en este negocio puede gastar un mes ó dos, deshaciendo con amargos gemidos lo que pecó con malos placeres: y para esto se puede servir de leer algun buen libro que á esto le ayude, y de lo que antes dijimos, de pensar en su muerte y en el juicio de Dios, y descender vivo con el pensamiento á aquel pozo hondo del fuego eternal, porque no descienda después de muerto á probar la eterna miseria que allí hay. Servirle ha también para esto, mirando una imagen del Crucifijo, ó acordándose de Él, pensar cómo él fué causa por sus pecados que el Señor padeciese tales tormentos. Y mírele bien de pies á cabeza, ponderando por sí cada tormento y llorando en cada pecado, pues las penas del Señor corresponden á nuestras culpas, padeciendo Él deshonras en pago de nuestra soberbia, azotes y dolores en pago de nuestros placeres, y así en lo demás. Y piense si un hijo viese azotar á su padre ó atormentarle muy

recio por una cosa que nunca el padre la hizo, sino el tal hijo. Y si oyese la voz del pregonero, quien tal hace que tal pague: este tal hijo, grave compasión tendría de su padre, y gran dolor por haber hecho cosa que tan cara le costase á su padre. Y si verdadero hijo fuese, más le dolería ver castigado á su padre que si le castigaran á él. Y gran maravilla sería si no diese voces con el gran dolor, confesando que el culpado es él, que lo castiguen á él y no á su padre que nada debía. Tomemos ejemplo de aquí de dolernos más de haber pecado, porque fué Dios el ofendido y fué Dios el castigado, que por cualquier mal que por haber pecado nos pudiese venir. ¿Yo, Señor, pequé y pagáislo vos? Mis travesuras, Señor, os pusieron en la cárcel, y os hicieron pregonar por las calles y os pusieron en cruz. Este sea su gemido, con deseo de padecer por Dios todo lo que Él fuere servido enviarle. Y después de haber hecho este examen de su conciencia con dolor y satisfacción, según el parecer de su confesor, recibida la absolución sacramental, podrá tener confianza del perdón y consolación de su ánima.

CAPÍTULO LXXII

Que el segundo paso para nos llegar á Dios, es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del modo que en esto se tendrá mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días.

Purgada así el ánima de los tales humores de pecados, que le causasen la muerte, se debe ocupar en hacimiento de gracias por tan grande y no merecida merced, de no sólo haber Dios perdonado el infierno, mas haberle recibido por hijo y dádole su gracia y dones interiores, por merecimiento del verdadero Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, que murió por nuestros pecados y resucitó por nuestra justificación, matando nuestros pecados y vida vieja muriendo Él, y resucitándonos á vida nueva resucitando Él. Y si decía Job, que el cuerpo del pobre á quien él había vestido, sintiéndose abrigado, echaría bendiciones á Job que aquel beneficio le hizo, con mucha razón debemos bendecir á Jesucristo crucificado, cuando nuestra ánima se siente libre de males y consolada con bienes, creyendo que todo nuestro bien nos viene por Él; pues no es razón ser ingra-

tos á tal amor y á tales mercedes. Y aunque cada vez que bien nos fuere debemos luego con particular agradecimiento bendecir á Jesucristo; mas para que se haga esto mejor hecho y con más fruto, conviene que pues para pensar en vuestros propios pecados os dije que buscásedes lugar recogido y desocupado de todos y os mirásedes á vos, con mucha más razón os debéis ocupar otro tanto cada día en pensar la Pasión de Nuestro Salvador, y darle gracias por los bienes que nos vinieron por ella, diciendo de corazón (Psalm. CXVIII): *No olvidaré para siempre tus justificaciones, porque en ellas me diste la vida.* El modo, pues, que tendréis, si otro mejor no se os ofreciere, será éste: *Pensar el lunes* la oración del Señor y prendimiento del Huerto, y lo que aquella noche pasó en casa de Anás y Caifás. *El martes*, las acusaciones y procesiones de uno á otro juez, y sus crueles azotes que atado á la columna pasó. *El miércoles*, cómo fué coronado de espinas y escarnecido, sacándole con vestidura de grana y caña en la mano, porque todo el pueblo le viese, y dijeron: ECCE HOMO. *El jueves*, no le podemos quitar su misterio muy excelente; conviene á saber, cómo el Hijo de Dios con profunda humildad lavó los pies á sus discípulos, y después les dió su Cuerpo y Sangre en manjar de vida, mandando á ellos y á todos los sacerdotes que habían de venir que hiciesen lo mismo en memoria de Él. Hallaos vos presente en aquel lavatorio admirable y en el convite tan excelente, y esperad en Dios, que ni saldréis sin lavar, ni muerta de hambre. Tras el jueves pensaréis el *viernes* cómo el Señor fué presentado ante el juez, y sentenciado á muerte, y llevó la cruz encima de sus hombros, y después fué crucificado en ella, con todo lo demás que pasó hasta que encomendó su espíritu en las manos del Padre y murió. *Y en el sábado* quédaos que pensar la lanzada cruel de su sagrado Costado, y cómo le quitaron de la cruz y pusieron en brazos de su sagrada Madre, y después en el sepulcro; é id acompañando su ánima al limbo de los Santos Padres, y hallaos presente en las fiestas y paraíso que allí les concede; y tened memoria de pensar en este día las grandes angustias que la Virgen y Madre pasó, y sedle compañera fiel en se las ayudar á pasar, porque allende de serle cosa debida os será muy provechosa. Del *domingo* no hablo, porque ya sabéis que es diputado al pensamiento de la Resurrección y la gloria que en el cielo poseen los que allá están,

y en esto os habéis de ocupar en aquel día. Y particularmente os encomiendo, que en la noche del jueves toméis cuan poco sueño fuere posible, por tener compañía al Señor, que después de los trabajos del prendimiento y largos caminos á casa de Anás y Caifás, y después de muchas bofetadas, burlas y otros males que le fueron hechos, pasó lo demás de la noche muy aherrojado y en cárcel muy dura, y con tal tratamiento de los que le guardaban, que ni á Él vagaba dormir, ni habría quien cesase de llorar si bien se supiese lo que allí pasó; lo cual es tanto, como San Jerónimo dice, *que hasta el día del juicio no se sabrá*. Pedidle vos á Él parte de sus penas, y tomad vos por Él cada noche del jueves alguna en particular, la que Él os encaminare; porque gran vergüenza es para un cristiano no diferenciar aquella noche de otras. Y una persona decía, que ¿quién podía dormir la noche del jueves? Y aun también creo que tampoco dormía la noche del viernes.

CAPÍTULO LXXIII

Del modo que se ha de tener la consideración en la vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Este ejercicio de pensar en los pasos de la vida ó muerte de Jesucristo Nuestro Señor se puede hacer en una de dos maneras: ó con presentar á nuestra imaginativa la figura corporal de Nuestro Señor, ó solamente pensar sin representación imaginaria. Y sabed, que pues el altísimo é invisible Dios se hizo hombre visible para que con aquello visible nos metiese dentro donde está lo invisible, no se debe pensar sino que fué muy provechosa cosa mirarle con ojos corporales, para poderle mirar con los espirituales, que son de la fe, si la malicia de quien lo miraba no lo impedía. Y, cierto, todo lo corporal del Señor era muy ordenado, y tenía una particular eficacia para ayudar al corazón piadoso á levantarse á las cosas espirituales. Y no fué pequeña merced para los tales gozar de tal vista, de la cual muchos Reyes y Profetas desearon gozar y no la alcanzaron. Y aunque los que después venimos no gozamos de esta merced tan cumplida, mas no debemos dejar de aprovecharnos de ella en lo que pudiéremos; y á este intento nuestra Madre la Iglesia, y con mucha razón, nos propone imágenes del cuerpo

del Señor, para que despertados por ellas nos acordemos de su corporal presencia y se nos comunique algo, mediante la imagen, de lo mucho que se nos comunicará con la presencia. Y pues me trae provecho una imagen pintada en un palo fuera de mí, también lo traerá la que fuere pintada en mi imaginativa dentro de mí, tomando por escalón para pasar adelante; porque todo lo de Nuestro Señor, y lo que le toca y representa, tiene virtud maravillosa para llevarnos á Él: y aunque os parezcan cosas bajas, mas por ser medio para cosas altas, altas os deben parecer, y por esta bajeza quiere Dios que comiencen humillados los que Él ha de subir de sus manos á cosas mayores; porque los que desde luego que comienzan se dan á pensamientos muy altos, por parecerles más gustosos y más dignos de su consideración, les está la caída muy cierta; porque, como dice la Escritura (Prov., XIX), *el que es apresurado en el andar, tropezará; el que se da priesa á enriquecer, no estará sin pecado.* Y también claramente se ve, *que casa sin fundamento no puede durar mucho sin caer.* (Prov., XXVIII.) Y acaece á estos tales, que si después quieren tornar á pensar cosas proporcionadas á su pequeñez, no lo aciertan á hacer, por estar engolosinados en las mayores, y así corren peligro, *como el ave que sale del nido antes del tiempo; pörque ni puede proseguir su vuelo, ni tornarse á su nido.* (Prov., XVII.) Por tanto, conviene que comencemos de lo bajo de nuestros pecados, según se ha dicho, y luego en el pensamiento de la sacra Humanidad de Jesucristo Nuestro Señor, para subir á la alteza de su Divinidad.

CAPÍTULO LXXIV

En que se prosigue más en particular el modo de considerar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho.

Recogida, pues, en vuestra celda, en el rato que para este ejercicio tomáredes, decid primero la confesión general pidiendo al Señor perdón de vuestros pecados, especialmente de los que hubiéredes hecho después de la postrera confesión que hicisteis, y rezaréis algunas oraciones vocales, según arriba se os dijo cuando tratábamos del propio conocimiento: y después leed aquel mismo paso de la Pasión, que queréis pensar, en algún libro que trate de la Pasión y serviros ha de dos cosas:

una de enseñaros cómo acaeció aquel paso, para que vos lo sepáis pensar; porque vida y muerte del Señor habéislas de saber muy sabidas; y otra, para recogeros el corazón, para que cuando fuéredes á pensar, no vayáis derramada ni tibia: y aunque no leáis de una vez todo lo que el libro dijere cerca de aquel paso, no se pierde nada, pues que en otras semanas, cuando venga el mismo día, se podrá acabar de leer. Y como ya os he dicho, no ha de ser la lección hasta del todo cansar, mas para despertar el apetito del ánima y dar materia á pensar y orar: y los libros que para pensar en la Pasión pueden aprovechar, entre otros, son las meditaciones de San Agustín en latín, y las del Padre Fray Luis de Granada en romance, y el Cartujano, que escribe sobre todos los Evangelios: y la lección acabada, hincadas vuestras rodillas y recogidos vuestros ojos, suplicad al Señor os envíe lumbre del Espíritu Santo para daros sentido compasivo y amoroso de lo que Cristo tan amorosamente por vos padeció. Importunadle mucho, no permita él tanta ingratitud en vos, que siendo obligada á imitar su Pasión, que aun no seáis para pensar, y luego poned la imagen de aquel paso que quisiéredes pensar dentro de vuestro corazón: y si esto no se os diere, haced cuenta que la tenéis allí cerquita de vos. Y dígoos esto así por avisaros que no habéis de ir con el pensamiento á contemplar al Señor á Jerusalén, donde esto acaeció, porque esto daña mucho á la cabeza y seca la devoción; mas haced cuenta que lo tenéis allí presente, y poned los ojos de vuestra ánima en los pies de Él, ó en el suelo cercano á Él, y con toda reverencia mirad lo que entonces pasaba como si á ello presente estuviérades, y escuchad lo que el Señor habla con toda atención. Y sobre todo con una sosegada y sencilla vista miradle su sacratísimo Corazón, tan lleno de amor para con todos, que excedía tanto á lo que de fuera padecía, aunque era inefable, cuanto excede el cielo á la tierra; y guardaos mucho de afligir vuestro corazón con tristezas forzadas que suelen hacer echar alguna lagrimilla forzada, porque impiden el sosiego que para este ejercicio es menester, como decía el Abad Isaac, y suelen secar el corazón y hacerle inhábil para la divina visitación, que pide paz y sosiego, y aun suelen destruir la salud corporal y dejar el ánima tan atemorizada con el disgusto que allí sintió, que teme otra vez de tornar al ejercicio como á cosa penosa.

Mas si con vuestro pensar sosegado, el Señor os da lágrimas, compasión y otros sentimientos devotos, debéislos tomar con condición que no sea tanto el exceso con que se enseñoreen de vos que os dañen á la salud con daño notable, ó que quedéis tan flaca en los resistir que os hagan con gritos y con otras exteriores señales dar muestra de lo que sentís; porque si á esto os acostumbráis, vendréis á hacer entre gente y con grande nota lo mismo que en vuestra celda, sin lo poder resistir, de lo cual es razón que huyáis: y por esto habéis de tomar estos sentimientos ó lágrimas, de tal arte, que no os vayáis mucho tras ellas, porque no perdáis por seguirlas aquel pensamiento ó afección espiritual que las causó. Mas tened mucha cuenta con que aquello dure, y de esto otro exterior y sensual sea lo que fuere: y de esta manera podráos durar mucho tiempo el sentimiento devoto espiritual. Lo cual no hace el de parte sensitiva ó corporal, ni aun deja durar al espiritual, sino lo tiene para que no se vaya tras él; aunque para los que de nuevo comienzan se puede dar licencia que tomen de esta leche tierna algo más que los aprovechados, los cuales tienen intento á sentir en su espíritu el alteza de quien padece, y la indignidad de por quien padece, y lo mucho que padece, y el mayor amor con que lo padece, y desean imitar este amor y pasión con las fuerzas que el Señor les diere. Y si con esto les dan los sentimientos ya dichos, no los desechan, antes lo agradecen, mas no como cosa más principal. Y aunque entiendo que hay un amor de Dios tan abrasado que no sólo no saca lágrimas, mas aun las seca é impide, también os digo que hay otro tierno que hace tener estos sentimientos ya dichos en la parte sensitiva y ojos del cuerpo, sin que sea cosa culpable, pues la doctrina cristiana no es doctrina de estoicos, que condenan las buenas pasiones (Joann., XI). *Y pues Cristo lloró y se entristeció,* bastarnos debe para creer que estas cosas son buenas, aunque en varones perfectos. ¡Oh, cuánto mal ha hecho á sí y á otros, gente sin letras, que ha tomado entre manos negocios de la vida espiritual, haciéndose jueces de ella, siguiendo solamente su ignorante parecer! Y dígolo por hombres que ha habido engañados, á quien parecían mal estas cosas.

CAPÍTULO LXXV

En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio, y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder.

Conviene también avisaros que no trabajéis mucho por fijar muy profundamente en vuestra imaginación la imagen del Señor, porque suelen de ello venir peligros al ánima, pareciéndole algunas veces que verdaderamente ve de fuera las imágenes que tiene de dentro; y unos caen en locura y otros en soberbia, y ya que esto no sea, cáusase daño en la salud corporal casi sin remedio. Por eso conviene que hagáis este ejercicio de arte, que ni del todo dejéis de representar imagen, ni que la tengáis á la continua, ni con pena fijada dentro de vos, mas poco á poco, y según que sin trabajo se os diere: y podéis tener algunas devotas imágenes bien proporcionadas de los pasos de la Pasión, en las cuales, mirando algunas veces, os sea alivio para que sin mucha pena las podáis vos sólo imaginar. Y mirad mucho que no sólo habéis de huir el peligro que os he dicho de imaginar con trabajo, mas también de pensar con ahinco y costa de la cabeza; porque allende el daño que en ella se hace, cáusase de este modo sequedad en el ánima, que suele hacer que se aborrezca la oración. No penséis de manera, ni con tanta fuerza, que parezca que vos sola y á fuerza de brazos lo habéis de hacer, porque aquesto más semejanza tiene con el modo de estudiar que de orar, mas de tal manera obrad vuestro ejercicio que estéis arrimada á la fuerza del Señor que os ayuda para pensar: y si esto no supiéredes hacer, y sentís que la cabeza ó sienes sienten trabajo notable, no prosigáis adelante, mas sosegaos y quitad aquella angustia del corazón, y humillaos á Dios con sosiego y simplicidad, pidiéndole gracia para pensar como Él quiere: y en ninguna manera presumáis en el acatamiento de Dios, de estribar en vuestras razones ni ahinco, mas en humillaros á Él con un afecto sencillo, como niño ignorante y discípulo humilde que lleva una sosegada atención para aprender de su maestro ayudándose él. Y sabed, que este negocio más es de corazón que de cabeza, pues el amar es fin del pensar: y por no entender esto y el sosiego ya dicho, han fati-

gado muchos muchas cabezas suyas y ajenas, con daño de la salud é impedimento para bienes que pudieran hacer: y si Dios os hace esta merced de meditación sosegada, será más durable lo que en ella sintiéredes, y más larga y sin pesadumbre. Todo lo cual hallaréis ser al contrario, si de otra manera lo usáredes. Y ya os he avisado que vuestra morada ha de ser en vuestro corazón, donde como abeja solícita, que dentro de su corcho hace la miel, habéis vos de encerraros, presentando al Señor lo que de fuera se os ofreciere, pidiéndole su lumbre y favor, *como lo hacía Moisés en el corporal Tabernáculo* (Exodo, XXVII).

Y si se os ofreciere de fuera alguna hiel de tentación, huid á vuestro corazón, y cerrad la puerta tras vos, y juntándoos con vuestro Señor dejaréis á vuestros enemigos burlados, vencidos y fuera de casa; porque como el daño que os podían hacer era mediante el pensamiento, cerrado éste muy bien, no hay por dónde os puedan entrar. Y porque en todo caso conviene para durar y aprovechar en este ejercicio que lo hagáis con sosiego, os quiero avisar, que si tenéis fuerza para estar de rodillas en esta habla con Dios, conviene que lo estéis, porque toda reverencia es debida á la Majestad divinal. Y para lo así hacer, tenemos ejemplo en Nuestro Soberano Señor y Maestro, del cual cuenta el Evangelista (Joann., ult.) *que en el huerto de Gethsemaní oró á su Padre con las rodillas hincadas;* mas si la flaqueza del cuerpo es tanta que con estar de rodillas, especialmente en oración larga, impide el sosiego del ánima y la hace estar inquieta para vacar al Señor, débese tomar aquel modo que no impida esta quietud. Porque aunque la oración tenga fruto de satisfacción para las penas que debemos, mas porque es mayor fruto el que de ella se saca por la lumbre y gusto divinal, y otras mercedes que en ella Dios da, débese tomar lo que es medio para alcanzar lo mejor, si con todo eso no se puede cumplir. Y este propósito también hace, que si pensando vos una cosa en la oración sintiere vuestra ánima que la convidan para otra parte abriendo otra puerta de buen pensamiento, debéis entonces dejar lo que pensábades y tomar lo que os dan, presuponiendo que es bueno lo uno y lo otro. Aunque habéis de mirar no sea esto que os viene de nuevo engaño del demonio, para que saltando de uno en otro, como picaza, os quite el fruto de la oración; ó, por ventura, no sea liviandad de vuestro corazón, que no hallando lo que deseáis

en un pensamiento, vayáis á probar si lo hallaréis en otro, ó en otro. Por tanto, no debéis ligeramente dejar lo que tenéis, si no fuéredes con eficacia interiormente convidada para otra parte, con una satisfacción que en el corazón suele quedar cuando Dios le convida, ó cuando Él se entremete; y con pedir lumbre al Señor, y con tener cuenta con mirar después lo pasado, qué frutos sacasteis, y tomando experiencia de muchas veces, podéis en este negocio acertar con lo que debéis. Y á este propósito hace, que si estáis leyendo ó rezando vocalmente, y si el Señor os visita con algún sentimiento entrañable, debéis cesar de lo que hacíades y gozar de aquel bocado que el Señor os envía.

Cumplido con lo cual podréis proseguir lo que antes hacíades, porque como exterior sirva para despertar la devoción interior, no se ha de tomar por medio para lo impedir: y no os hablara en tantas particularidades si no hubiera visto gente tan atada á sus reglas y á cumplir sus tareas, que aunque haya causas para creer que el Señor quiere que se interrumpan, ellos no quieren. Y si los quiere llevar Dios por un camino, ellos quieren ir por otro, fundados en su prudencia. Siendo gran verdad que no hay cosa más contraria á este ejercicio que pensar los hombres que se pueden por su discreción regir en él: y á muchos he visto llenos de reglas para la oración, y hablar de ella muchos secretos, y estar muy vacíos de la obra de ella; porque el estribar en ellas, y el acordarse de ellas en el tiempo de la oración, les quita aquella humildad y simplicidad de niño conque en este negocio han de tratar con Dios, como arriba os he dicho. Y no os digo esto para quitar las industrias razonables que de nuestra parte hemos de poner, especialmente cuando somos principiantes en ello, mas para que se haga con tanta libertad que no os impidan el estar colgados del Señor, esperando sus mercedes por la vía que Él las quisiere hacer. Y tened por cosa muy cierta, que en este negocio aquél aprovecha más que más se humilla y más persevera y más gime al Señor, y no quien sabe más reglas.

CAPITULO LXXVI

Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella, y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de mirar.

Para que de este ejercicio de oración os sepáis aprovechar, debéis estar avisada que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella ó el cumplimiento de la ley del Señor. Y dígoos esto, porque hay algunos que tienen mucha cuenta con las horas que gastan en la oración, y con gusto de la suavidad de ella, y no la tienen con el provecho que de ella sacan. Piensan con engañado juicio, que quien más dulcedumbre y más horas de oración tiene, aquél es más santo; como en la verdad aquel lo sea que con profundo desprecio de sí tiene mayor caridad, en la cual consiste la perfección de la vida cristiana y el cumplimiento de toda la ley. Y quien bien vive y quien bien ora, para este fin lo debe hacer; y no contentarse conque gastó bien un rato en confesar ó comulgar, ó tener devota oración ó cosas de esta manera. De Moisés leemos, que habiendo estado cuarenta días y cuarenta noches subido en el monte Sinaí en continua conversación del Altísimo Dios, y bajando después á la conversación de los hombres, ni contó visiones, ni revelaciones, ni secretos curiosos, *mas trajo mucha luz en su faz*, y dos tablas de piedra en sus manos; en una de las cuales estaban escritos *tres Mandamientos*, que pertenecen á la honra de Dios, *y en la otra siete*, que pertenecen al provecho del prójimo: dando á entender, que quien trata con Dios con la lengua de la oración ha de traer luz en su entendimiento, para saber lo que debe hacer, y el cumplimiento de la voluntad de Dios puesto en obra, como ley en las manos: y que pues tiene oficio de orar, tenga vida de orador; y sea tal que en todo su trato se manifieste que se le ha pegado algo de aquella suma verdad y suma pureza con la cual ha tratado; porque los que gastan un rato en llorar las bofetadas que al Señor le dieron en su Pasión, y si saliendo de allí se les ofrece alguna cosa, aun de las pequeñas que al Señor se ofrecieron, tienen tan poca paciencia como si hubieran aprendido en la oración á no sufrir nada, no sé á quién se deban comparar, sino á los que entre

sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados lo hacen todo al revés. ¿Qué cosa más loca puede haber que pareciéndome bien la paciencia del Señor en sus penas, no quiera yo tenerla en las mías, sino decirle: *Llevad vos, Señor, vuestra cruz á solas, aunque muy pesada sea, que no quiero yo ayudaros con llevar la mía, aunque pequeña?* Los Apóstoles compasión tuvieron, y lágrimas derramarían por la Pasión del Señor; mas porque huyeron de la imitar, fueron cobardes y ofendieron á Dios en ello como malos cristianos. *Por tanto*, no debéis considerar la Pasión y tener compasión como quien mira este negocio de talanquera, sino como quien ha de acompañar al Señor en el mismo padecer. Y con mirarle á Él cobrad vos esfuerzo para beber su cáliz con Él, por mucho que os amargue; y lo primero y principio de cosas mayores en que le habéis de imitar, sea en la exterior aspereza y mortificación de vuestro cuerpo, para que tengáis alguna semejanza con el suyo divino, tan lleno de trabajos y tormentos mayores que se pueden decir.

Miradle con mucha atención, cómo gusta hiel y vinagre; miradle en cuán estrecha cama está acostado, cuán desnudo está de ropa y cuán vestido de tormentos de pies á cabeza, y cobrad vos esfuerzo para huir los regalos de vuestro cuerpo en vestidos y cama y comida, y en esto, y en todo lo que buenamente pudiéredes, trabajad vuestro cuerpo, y hacedlo vivir en cruz; y en lo que no pudiéredes, deseadlo de corazón, y pedid fuerzas al Señor para ello, y llorad, porque estando Él en la cruz, no merecéis vos acompañarle é imitarle en ella. Los deseos del cristiano, que se ejercita en pensar la Pasión, éstos han de ser, si quiere imitarle; porque como el Señor vino del cielo á la tierra á conversar con los hombres y á les enseñar el mejor y más seguro camino para ir allá, en naciendo escogió pobreza, frío, destierro; y creciendo en edad, creció en trabajos, y el fin de su vida fué acrecentamiento de otros mayores. Honró tanto estas cosas, aunque muy bajas, que por juntarlas consigo les dió quilates de honra y señales de seguridad y hermosura para ser codiciadas: porque si un Rey temporal con usar un traje lo hace honroso y digno de imitación para todos los que son sus vasallos, muy mejor lo hará el Soberano Rey de los Reyes, cuyo valor es mayor sin comparación que el de todo lo criado, por alto que sea; y quien en esto no siente, no debe ser vasallo perfecto de aqueste Señor, pues no tiene por supre-

ma honra ser semejable á Él. *Agradable cosa es*, dice San Bernardo, *imitar la deshonra del Crucificado; mas esto es para aquellos que no son ingratos al mismo Crucificado.* Decidme: si un Rey fuese por un camino á pie y descalzo, fatigado y sudando con la aspereza del camino, vestido de saco y llorando como iba David, y todo para poner compasión, ¿qué criado suyo habría que, ó de vergüenza ó de amor, no fuese también á pie y descalzo, y conforme á su Rey en cuanto pudiese? Y así dice la Escritura (II Reg., XV) *que lo hicieron los criados y toda la gente que iban con el Rey David.* Y si el tal Rey mandase á alguno de los criados que iban con él que fuese cabalgando y con todo descanso, mandamiento recio sería para el tal criado, y suplicaríale de corazón no le hiciese tanto agravio, que yendo la Majestad Real tan mal tratada, fuese su siervo tan al revés de él: y si todavía esto el tal Rey mandase, obedecerílalo el criado; mas con tanta pena, que puestos los ojos en los trabajos del Rey, no tomaría gusto en su corazón del descanso que de fuera llevaba, y teniéndose por más flaco y por menos honrado que los otros, tendría á muy mala dicha no ir conforme á su Rey; y lo que le faltaba en la obra desearíalo en su corazón, teniendo el descanso en paciencia, y el padecer en deseo.

Tal es por cierto el Crucificado á los corazones que en mirarlo se ocupan, *si empero son agradecidos*, como San Bernardo dijo, á tan grande beneficio, como es abajarse Dios á caminar por este destierro, con tales trabajos cuales nunca hombre pasó; porque donde esto no hay, no queda lanza enhiesta, y de dentro y de fuera hay entrañable deseo de poner al Crucificado (Cant., VIII) *por sello en el corazón y en el brazo*, como cosa de que no solamente no se angustien, ni se tienen por menos honrados; mas que, como Santiago dice (I Jac., V), *tienen por entero gozo ofrecérseles varios trabajos*. Tal es la alteza de los agradecidos á este Señor (Exodo, XII), que á los ídolos de Egipto, á quien los mundanos precian y aman, que son honras, riquezas, deleites, ellos con el cuchillo del amor de este Señor crucificado los deguellan animosamente, y se les ofrecen con mucho amor, agradeciéndole que los quiso admitir á su compañía; y andan buscando (abrasados con amor) todas las vías que pueden para más padecer, esforzados como elefantes, con ver derramada la sangre de su Señor. Y si acaece que cumpla al servicio de su Señor tomar ellos descanso, ó tener riquezas

ú honras, aceptando por obediencia, usan de ello con temor; y es menester que los consuelen para que puedan ir á caballo, viendo ir á pie al que más que á sí aman; *tal es la alteza de la vida cristiana:* y así muda Cristo las cosas desde la cruz, que lo amargo y despreciado hace dulce y honroso, y pone asco de gustar de aquello sobre que los mundanos se matan. Esta eficacia deseo que obre en vos el pensamiento de la sacra Pasión, y que la améis tanto que traigáis su mortificación en vuestro cuerpo. Y si no hubiere quien os tire piedras, y encarcele y azote, como al Señor y á sus Apóstoles (Act., V), *los cuales iban gozosos por padecer por su nombre,* buscad vos, en cuanto buenamente pudiéredes, en qué padecer, y agradecedlo mucho á Dios cuando se os ofreciere; porque usando bien de lo poco, el Señor os dé fuerzas para más y os envíe más. Y estad advertida no tengáis en poco estas cosas, por ocasión de que dice San Pablo (I Tim., IV) *que el ejercicio corporal trae poco provecho;* porque ya que de estas cosas se entienda, no quiere que se tenga en poco en sí mismas, sino cotejadas á otras mayores, para provecho de las cuales y para satisfacer la pena que en el purgatorio se debe, y aun para alcanzar más gracia y más gloria y para servir al Señor de dentro y de fuera, pues en todo le somos deudores; no hay duda sino que estas cosas son muy convenientes, en lo cual el Soberano Maestro (Matth., XXIV) da luz de lo que debemos sentir, cuando dijo, hablando de las cosas mayores, *conviene hacerlas;* y hablando de las menores, *no conviene dejarlas.*

CAPÍTULO LXXVII

Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo, y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto.

Lo que tras esto habéis de sacar de la meditación de la sacra Pasión, para que poco á poco vayáis subiendo de lo bajo á lo alto, ha de ser medicinar las llagas de vuestras pasiones con la medicina de la Pasión del Señor, al cual llama Isaías (capítulo XI) *flor de la vara de Jessé.* Porque así como las flores suelen ser medios para dar salud, así Jesucristo, molido en la cruz y puesto en la devota consideración sobre nuestras llagas,

cuanto quier que sean peligrosas, son sanas por Él. Lo cual experimentaba San Agustín, y decía: "Cuando algún feo pensamiento me combate, vóyme á las llagas de Cristo. Cuando el diablo me pone asechanzas, huyo á las entrañas de misericordia de mi Señor, y vase el demonio de mí. Si el ardor deshonesto mueve mis miembros, es apagado con acordarme de las llagas de mi Señor, el Hijo de Dios. Y en todas mis adversidades no hallé remedio de tanta eficacia como las llagas de Cristo: en aquéllas duermo seguro, y descanso sin miedo." Lo mismo dice y experimentó San Bernardo, y experimentan todos aquellos que, viéndose acosados de sus pasiones, como la cierva lo es de los perros, van con piadoso corazón á beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador, penosas para Él, y causadoras de gozo y refresco para nosotros; y allí experimentan ser gran verdad lo que en figura hizo Moisés (Núm., XXI), por mandamiento de Dios, *cuando alzó una víbora de metal puesta en un palo,* para que siendo mirada de aquellos que eran picados de víboras ponzoñosas, les librase de muerte y diese salud: la cual víbora, aunque por la figura parecía tener ponzoña, mas no la tenía, porque era víbora de metal; y de esta manera Jesucristo Nuestro Señor tiene verdadera carne, semejante á la carne del pecado, porque era sujeta á penas, mas es ajena de todo pecado, porque es carne de Dios y formada por el Espíritu Santo y guardada por Él; y puesto en lo alto de la cruz muerto en ella, *libra de muerte, y da salud á todos los mordidos de las tentaciones que con fe y amor van á Él.* Y pues tan á la mano tenéis remedio tan poderoso para ser sana, no resta sino que vos tengáis cuenta muy particular con saber qué víboras os pican dentro de vos, examinando cada día, y muy despacio, qué inclinaciones tenéis en lo más hondo de vuestro corazón; qué pasiones vivas tenéis, cuáles son las culpas en que algunas veces caéis, y cosas de esta manera con que estáis tan usada y tan resoluta en el conocimiento de vuestras faltas, que las tengáis delante vuestros ojos y en vuestras uñas, como dicen. A lo cual no llegaréis en breve tiempo, ni aun en mucho, si no sois ayudada de celestial lumbre con que veáis las raíces de vuestro corazón, el cual es tan hondo que no vos, sino Dios, lo puede acabar de escudriñar; y ayudaros ha mucho para este conocimiento considerar las virtudes que el Señor ejercitaba en su Pasión; pues Él ha de ser espejo en vuestra ánima, en

lugar del que las mujeres casadas tienen para andar agradables á sus maridos. Mirad vos su mansedumbre, su caridad, su paciencia nunca vencida, su profundo silencio, y parecerán vuestras faltas por escondidas que estén. Y también os parecerán vuestras virtudes ser faltas, cotejadas con las de Él; y avergonzaros habéis de lo uno y de lo otro; mas no desmayéis, sino presentaos con ellas, y no sin gemido delante del Señor, como hace el niño que enseña á su madre la espina que tenía hincada en la mano, y con sus lágrimas pide á su madre que se la saque, *y así hará el Señor con vos*. Porque así como es espejo que declara vuestras faltas, así con su ejemplo y salud es verdadero remedio de ellas, y viéndole vos con tantas deshonras que por vuestro amor pasó, se encenderá vuestro corazón á desechar de vos la afición de la honra, y su paciencia matará vuestra ira, y su hiel y vinagre será remedio contra vuestra gula, y verlo obediente á su Padre hasta la muerte de cruz domará vuestra cerviz para obedecer á su santa voluntad, aun en lo muy trabajoso. Y cuando miráredes que el altísimo Dios humanado, Señor de cielos y tierra y de todo lo que en ellos hay, obedecía á los sayones cuando le querían desnudar y vestir, cuando le ataban y desataban, cuando le mandaban echar en la cruz y tender los brazos para ser enclavados, daros ha gana, y con gemido de corazón, si algún sentimiento tenéis de ser obediente, no sólo á mayores é iguales, mas aun á menores, y de sujetaros por Dios, como dice San Pedro (I Petr., II), *á toda humana criatura, aun para ser maltratada de todos*.

Y por esta forma moriría en vos la codicia, si miráis sus manos agujereadas, dando su sangre por el bien de los hombres, para que ellos cumplan lo que Él primero mandó cuando dijo (Joann., XIII): *Amaos como Yo os amé*. Y, en conclusión, probaréis por experiencia que dijo San Pablo verdad (Rom., VI), *que nuestro hombre viejo fué crucificado con Cristo*. Y si este remedio y victoria no lo sintiéredes luego como deseáis, no os desmayéis ni apartéis de lo comenzado; mas conociendo ser vuestra dureza y maldad mayor de lo que pensábades, gemid más, y pedid al Señor con mayor humildad que no permita su misericordia que quedéis vos enferma, pues Él siendo Dios padeció y murió para sanaros; y tened esperanza que no se hará sordo el que manda que le llaméis, y que no tendrá crueles entrañas para veros enferma y dar voces á la puerta del hospi-

tal de su misericordia, que son sus llagas, y que un día ú otro no os meta en ellas para curaros. Mas avísoos, que no se hace este negocio en breve tiempo; y que aunque dijo San Pablo en pocas palabras (Galat., V), *que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus vicios y deseos,* mas los que no se contentan con haber salido de pecado mortal, y quieren alcanzar perfecta victoria de sí mismos, venciendo las siete generaciones de enemigos que ocupan la tierra de promisión, hallan por experiencia que lo que en una palabra se dice, en muchos años se cumple. Mas el Soberano Señor suele proveer á los tales con esperanza de perfecta salud, dándoles de cuando en cuando salud de alguna particular enfermedad. Y así leemos que el capitán Josué, habiendo vencido cinco Reyes, dijo á los suyos (cap. X): *Poned los pies sobre los cuellos de aquestos Reyes, y no queráis temer: mas confortaos, y sed esforzados, porque como el Señor ha vencido á éstos, así haré á todos vuestros enemigos, contra los cuales peleáis.* Haced vos así, determinad de morir ó vencer; porque si no salís con victoria de vuestras pasiones, no podréis pasar adelante en el ejercicio de la familiar conversación del Señor; porque aquel dulcísimo sueño que con sosiego en sus brazos se duerme, no es razón que se dé sino á los que primero han peleado, y con trabajos vencido á sí mismos, ni pueden gozar de ser templos quietos del pacífico Salomón si primero no son labrados con golpes de mortificación de pasiones y quebrantamientos de voluntad. Ni el humo que las pasiones no mortificadas causan en el ánima deja tener la vida tan clara como conviene para mirar al Rey en su hermosura; ni dejan haber aquella pureza que ha menester el ánima para unirse con Dios, á modo de casta esposa, por un modo particular, secreto, y guardado para aquellos á quien el Señor lo quiere, después de haber trabajado muchos años y con mucho amor (Genes., XXVI), *como hizo Jacob por Raquel.*

CAPÍTULO LXXVIII

Que lo más excelente que habemos de meditar é imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre.

Después de haber entrado en la primera sala exterior del Templo del verdadero Salomón, que es considerar á Cristo en lo exterior, y después de haber con el cuchillo de la divina palabra sacrificado vuestras irracionables pasiones, que es oficio que se hacía en la sala del Templo que se llamaba Santa, resta, si hemos de proseguir el camino, que procuremos de entrar en el *Sancta Sanctorum*, lugar más precioso y fin de los otros lugares. Y si preguntáis cuál sea éste, *dígoos que el Corazón de Jesucristo Nuestro Señor, verdaderamente Santo de Santos;* porque así como Él no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar é imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo y para imitarle. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón estaba encerrado más manifiesto, permitió Él que después de muerto, aunque ya no sentía dolor, fuese abierto su Corazón sagrado, para que como por puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen á entrarse por ella como por cosa que se está convidando á mirar las hermosuras que contiene dentro de sí. ¿Mas quién las contará con la lengua, pues quien allá entra y las mira no puede alcanzar cuán grandes son, y aun aquello que alcanza no lo puede decir? San Juan dice en figura de esto (Apoc., XI), *que se abrió el Templo de Dios, y fué vista en él el Arca del Testamento.*

Porque en el Corazón de Cristo está obrada la ley de Dios y está guardado el maná del Pan celestial, y el amansamiento de Dios precioso y cumplido, significado en la cobertura de oro de la antigua Arca : y todo esto con tanta excelencia que excede á todo lo que se puede pensar. David dice (Psalmo XXXIX): *Muchas maravillas hiciste, Señor Dios mío, y en tus pensamientos que para mi provecho tuviste, no hay semejable á Ti.* Maravilloso es todo lo que Dios ha hecho, y más maravilloso lo que ha padecido. Mas si miráredes á los pensa-

mientos de su Corazón que cuando padecía tenía, casi olvidada de todo lo otro diréis con alto clamor de vuestra ánima: *Señor, no hay semejable á Ti.* Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello; cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir por qué siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como tan flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (Apoc., 1): *Amónos, y lavónos con su sangre de nuestros pecados.* Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos á pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el corazón, que hace pasar tales cosas de fuera. Decid entre vos misma: "¿Qué persona habría por quien yo, ú otro como yo, tales cosas pasase sin pretender propio interés, sino por puro amor de la otra persona?„ Y veréis que padecer todo esto que el Señor padeció no es cosa que se debe buscar en otra persona; porque ninguna tendría para ello fuerzas; mas pasar algo de lo que el pasó, por ventura se podrían hallar entre padres é hijos, ó entre hermanos ó amigos, ó entre casados, ó gente de esta manera; á la cual, ó la necesidad, ó el parentesco, ó la amistad suele poner fuerzas, ó para padecer ó para morir, aunque muy pocas veces; mas padecer por extraños y sin propio interés, y sin lo deber, y morir por puro amor, cosa es no vista. Y si se viese aunque fuese morir un esclavo por un Rey, cuanto más precediendo á su muerte algunos azotes y tormentos de los muchos que el Señor padeció, hazaña sería por la cual el esclavo alcanzaría perdón, aunque muchas maldades hubiese hecho, y juzgarían todos que había merecido que el Rey le diese mercedes, si en la otra vida se las pudiese dar. Y muchos días no se caería de la boca de los hombres tal hazaña, y aun el Rey la contaría con mucha ternura y agradecimiento.

Pues volvamos esto al revés, que el Rey muera después de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel muerte, y que la causa de morir el Rey sea por puro amor que á este esclavo tenía, *cosa es ni vista ni oída*, y de tan excesivo amor que pondría en grandísimo espanto á los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel Rey por muchos días y aun por toda la vida. Y sería tan admirable, tan nuevo y tanto este amor,

que algunos de flaca virtud y de poco juicio se escandalizasen y no sintiesen de la tal obra como debían, diciendo ser demasía que la Real Majestad, llena de toda virtud, diese su vida preciosa porque el mal esclavo viviese, mereciendo justísimamente la muerte. Y si aun sobre esto se añadiese al negocio, que aquel Rey fuese tan sabio y tan poderoso que con mucha facilidad, sin padecer nada y sin hacer á nadie injusticia, pudiese librar de la muerte á aquel su esclavo, y con todo esto quisiese encumbrar tanto su amor y darlo á entender que quisiese pasar tales y tantas cosas cuales nunca nadie pasó, porque esto le estaba mejor al esclavo, cierto es que habría pocos ojos que pudiesen mirar á tan alto sol de amor abrasado. Y si alguno tuviese tan buen sentido que sintiese de esta obra como debía sentir, maravilla sería, si de admirado y de espantado no saliese fuera de sí. Y si esto acaeciera á persona que no había recibido del Rey este beneficio, sino de sólo pensar que se había hecho por otro, ¿qué se debe creer que obraría en el corazón del esclavo por quien el Rey había muerto, si algún juicio tuviese? ¿No os parece que tal golpe de tal amor lo despertaría, lo mudaría y lo cautivaría tanto del amor de aquel Rey, que ni pudiese callar sus alabanzas ni acordarse de Él sino con lágrimas, ni ocuparse en otra cosa que en amar y agradar á su Rey, padeciendo por Él todo lo posible? ¿Habéis entendido aquesta parábola, que nunca en el mundo se ha puesto por obra? Pues sabed que lo que los Reyes de la tierra no han hecho, lo hizo el celestial Jesucristo, del cual dice San Juan (Apoc., XIX), *que traía escrito en su muslo, Rey de los Reyes y Señor de los señores.* Porque aun por la parte que es hombre y tiene humana naturaleza, significada en el muslo, es tanta su alteza que excede á todos los señores y Reyes criados, no sólo los que hay en este mundo, mas en el cielo, teniendo nombre sobre todo nombre, y alteza y señorío sobre todos los altos hombres y ángeles, chicos y grandes. Mirad esta alteza, á la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos á mirar la bajeza de los esclavos por quien padece, y veréis que, como dice San Pablo (Rom., V), *somos flacos pecadores y traidores contra Dios, y enemigos suyos.*

Los cuales títulos son de tanta deshonra y bajeza, que ponen al hombre en el lugar y precio más vil que en todo lo criado hay, pues no hay cosa tan baja como el ser malo: y ninguna cosa

hay mala sino el pecador por ser pecador. Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos esclavos, mirad ahora lo mucho que Él á ellos amó, andad acá al corazón del Señor, y si tenéis ojos de águila, aquí los habréis menester, y aun no bastarán para mirar el resplandeciente y encumbrado amor que aquella santísima ánima tiene en tanto grado, que aunque aquellos más altos ángeles del cielo, que aman mucho, tienen por nombre serafines, porque quiere decir *encendidos;* mas si vinieran al monte Calvario al tiempo que el Señor padecía, se admiraran de su excesivo amor, en cuya comparación el amor de ellos era tibieza. Porque así como aquella sacratísima ánima tiene la mayor alteza y honra que nadie puede tener en cielos ni en tierra, porque en siendo criada, luego fué unida á la Persona del Verbo de Dios, así le fué infundido el Espíritu Santo sin medida ninguna, y le fué dada tal gracia y amor, que ni ellos pueden más crecer, ni en el ánima puede más caber. De manera, que con mucha razón conviene á esta santísima ánima lo que está escrito (Cant., I): *Métióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad;* ó según otra letra: *Puso sobre mí su bandera de amor.* Porque como esta ánima, en siendo criada, luego vió claramente la divina esencia y la amó fortísimamente, fué puesta sobre ella la bandera del amor santo, para dar á entender que ella fué la más vencida de amor que hombre ni ángel en el cielo ni en la tierra: y porque en la guerra del amor de Dios, quien es más vencido es más dichoso, más digno y más esforzado, lleva esta benditísima ánima la bandera del amor, para que sepan todos los que quisieren amar en el cielo y en la tierra que á este Señor han de seguir para saberlo hacer, como discípulos á maestro y como soldados á su capitán; pues á todos excede en el amar, como les exceden en el señorío. Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima ánima, no es mucho que salga la llama de afuera y que abrase y queme las vestiduras, que son su sacratísimo cuerpo, lleno de tales tormentos que dan testimonio del amor interior; porque escrito está (Prov., VI): *¿Quién puede tener el fuego en el seno que no se le quemen las vestiduras?* Y cuando de fuera le viéredes que le atan las manos con crueles cordeles, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuertes que los de afuera, cuanto exceden cadenas de hierro á hilos de estopa.

Este amor, este fué el que le enflaqueció, venció y prendió, y le trajo de juez en juez, y de tormento de azotes á tormento de crueles espinas, y le puso la cruz encima, y lo llevó al monte Calvario, donde Él fué puesto encima de ella, y tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su Corazón abierto con amor, tan extendido para con todos, que del centro de su Corazón salían resplandecientes y poderosos rayos de amor que iban á parar á cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir, ofreciendo su vida por el bien de ellos. *Y si de fuera lleva el gran sacerdote escritos los nombres de los doce hijos de Israel sobre sus hombros, y también en su pecho,* muy mejor los lleva el nuestro encima sus hombros, padeciendo por los hombres, y los tiene escritos en su corazón, porque los ama tan de verdad, que si el primer Adán los vendió por una manzana, ellos se venden por cosas muy viles, queriéndose mal por amar la maldad. Este Señor amoroso los precia y ama tanto, que por los rescatar de cautiverio tan miserable se dió Él en precio por ellos, en testimonio que los ama más que ellos se aman á sí ni que nadie los ama.

CAPÍTULO LXXIX

Del abrasado amor con que Jesucristo amaba á Dios y á los hombres por Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció, y que fué mucho más lo que padeció en lo interior.

Si el corazón del hombre es tan malo, como Jeremías dice (cap. XVII), *que no hay quien lo pueda escudriñar sino Dios,* y cuanto más se cava en la pared de él se descubren mayores abominaciones, *como fué mostrado en figura á Ezequiel* (capítulo VIII), con cuánta más razón podremos decir que el Corazón de Jesucristo Nuestro Señor, por ser más bueno que los otros son malos, no habrá quien del todo lo pueda escudriñar sino el mismo Señor, cuyo es. Cosa es digna de admiración, y que debe bastar para robarnos el ánima y cautivarnos de Dios, el excesivo amor de su corazón, el que se manifestó en padecer muerte y Pasión por nosotros, según hemos dicho. Mas si con lumbre del cielo caváis más y escudriñáis este relicario de Dios, lleno de inefables secretos, veréis dentro de él tales efectos de amor

que nos ponga en mayor admiración que lo que fuera pasó (Marc. VII). Para lo cual os debéis de acordar que en la villa de Bethsaida, curando el Señor á un hombre sordo, dice el Evangelio *que alzó el Señor sus sagrados ojos al cielo, y gimió, y tras esto curó al enfermo.* Aquel gemido que de fuera sonó, uno era, y en breve tiempo se pararía, mas fué testimonio de otro gemido y gemidos entrañables y que le duraron, no por un rato breve, sino por meses y años: porque habéis de saber, que en siendo criada aquella santísima ánima, é infundida en su cuerpo en el vientre virginal de Nuestra Señora, luego vió tan claramente como ahora la divina esencia, que por su alteza es llamada cielo con mucha razón. Y en viéndola, juzgó ser digna de toda honra y servicio, y así se lo deseó con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Y aunque la ley ordinaria del que ve á Dios claramente sea ésta, que sea bienaventurada en cuerpo y en ánima y ninguna pena pueda tener, mas porque nosotros pudiésemos ser rescatados por los preciosos trabajos de este Señor, fué ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior de su ánima, y que no redundase en la inferior, ni en el cuerpo, renunciando lo que justamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debíamos. Y si aquella santísima ánima que alzó los ojos de su entendimiento al cielo de la divinidad, no tuviera otra cosa que mirar sino á ella, no hubiera de qué tomar pena, pues es Dios tal bien, que de su vista no puede venir sino amor y gozo; mas como también vió todas las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que se habían de hacer hasta el fin de él, fué tan entrañable su dolor de ver ofendido aquel Cielo de divina Majestad, cuan grande el deseo que tenía de verla servida.

Y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor: porque el Espíritu Santo que le fué dado sin medida, que es figurado en el fuego, la abrasaba con grandísimo amor para amar á Dios, y el mismo Espíritu Santo figurado en paloma le hacía amargamente gemir por ver ofendido al que inefablemente amaba. Mas para que veáis cómo este cuchillo de dolor, que atravesaba el Corazón del Señor, no le hería por sola una parte, mas que era de entrambas partes agudo y muy lastimero, acordaos que el mismo Señor (Joann., XI), *mirando*

al cielo gimió y lloró sobre Lázaro, y sobre Jerusalén (Lucas, XIX). Y como San Ambrosio dice, *no es de maravillar que se duela de todos quien por uno lloró.* De manera, que ver á Dios ofendido y á los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos que entrañablemente lastimaba su Corazón, por el inestimable amor que á Él tenía por sí y á los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los hombres, aunque fuese muy á su costa. ¡Oh Jesús benditísimo!, que verte de fuera atormentado quiebra el corazón del cristiano, y verte de dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista ni fuerza que lo pueda llevar. *Tres clavos, Señor,* rompieron tus manos y pies con graves dolores: *setenta y tantas espinas* se dice que penetraron tu divina cabeza; *tus bofetadas é injurias* muy muchas fueron, y de *los azotes* que recibió tu delicadísimo cuerpo, se dice *que pasaron de cinco mil;* por lo cual, y por otras muchas penas que en tu Pasión concurrieron tan graves, que otro que Tú que las pasaste no las alcanza, fué dicho en tu persona muy poco antes (Thren., I): *Todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor igual al mío.* Y con todo esto Tú, cuyo amor no tenía tasa, buscaste y hallaste invenciones nuevas para traer y sentir dentro de ti dolores que excediesen en número á los clavos, azotes y tormentos que de fuera pasaste, y que durasen más tiempo y fuesen más agudos para te herir. Isaías dice (cap. LIII): *Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos nosotros.* Y esta sentencia tan rigurosa de la divina justicia, tu amor, Señor, la hubo por buena, y echaste sobre tus cuestas, y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor, y amador nuestro con dolores de tu Corazón. ¿Mas quién contará el número de tus dolores, pues tampoco hay quien cuente el número de nuestros pecados que los causaron sino Tú sólo, Señor, que los pasaste, hecho por nosotros varón de dolores, y que pruebas por experiencia trabajos? Un solo hombre dice de sí *que tenía más pecados que cabellos tenía en la cabeza.*

Y sobre esto, aún dice que le perdone Dios los otros pecados que tiene y no los conoce. Pues si uno, que es David (Psalmo XXXIX), tantos tiene, ¿quién contará los que tienen todos

los hombres, muchos de los cuales hicieron más y mayores pecados que no David. En cuánto trabajo te metiste, ¡oh Cordero de Dios!, para quitar los pecados del mundo, en cuya persona fué dicho (Psalm. XXXI): *Cercáronme muchos becerros, y los toros gruesos me rodearon: abrieron sobre mí su boca como león que brama y hace presa.* Mas aun en el huerto de Gethsemaní te fueron, Señor, á prender una capitanía de mil hombres del brazo seglar, sin la gente enviada por los Pontífices y fariseos, los cuales con mucha crueldad te cercaron y prendieron; mas á quien mirare la muchedumbre y grandeza de todos los pecados del mundo que han cercado tu Corazón, poca gente le parecerá la que aquella noche te fué á prender, en comparación de los que cercan á tu Corazón ¡Qué vista, Señor, tan espantable! ¡Qué retablo tan feo, y para dar tanta pena, traías delante de Ti, cercado de nuestros grandes pecados, significados por los becerros, y de los muy grandes, significados por los toros! ¿Quién contará, Señor, cuán feos pecados han acaecido en el mundo, que presentados delante tu inefable limpieza y santidad, te pondrían espanto, y como toros con bocas abiertas arremetían á Ti, pidiendo que Tú, Señor, pagases la pena que con tanta maldad merecía? Con cuánta razón se dice adelante (Psalm. XXI) *que fuiste derramado como agua, con tormentos de fuera, y tu Corazón fué derretido como cera, con fuego de dolores de dentro.* ¿Quién, Señor, dirá que puede más crecer el número de tus dolores, pues tan sinnúmero son nuestros pecados?

CAPÍTULO LXXX

En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida.

De lo dicho se verá cuántos y cuán grandes fueron los dolores del Señor, pues fueron tantos y tan grandes los pecados nuestros que los causaban. Mas si caváremos en lo más dentro del Corazón del Señor, hallaremos en él dolores por los pecados que los hombres han hecho, y dolores por los pecados que nunca hicieron: porque así como el perdón de los unos cayó, Señor, sobre Ti, así la preservación de los otros te ha de costar

dolores y muerte, pues que la gracia y los favores divinos que preservaron de pecar, á nadie se dió de balde, sino á costa de tus preciosos trabajos. De manera, Señor, que todos los hombres cargan de Ti, chicos y grandes, pasados, presentes y por venir; los que pecaron, y que no pecaron, y los que mucho y los que poco; porque mirados todos en sí eran hijos de ira, sin gracia de Dios y desterrados del cielo, inclinados á todo pecado. Y si han de recibir perdón, y han de recibir gracia y evitar los pecados y ser hijos de Dios, y gozar de Dios para siempre en el cielo, todo, Señor, ha de ser á tu costa, pagando los males y comprando los bienes, y todo tan á tu costa, que vayan proporcionados los dolores en número y en grandeza con lo mucho que estas cosas valen, y aun ha de sobrepujar tu precio á lo que compras, para que así enseñes tu amor, y nuestra redención y consuelo sean más firmes. *Qué caro, Señor, te cuesta el nombre de Padre del siglo que está por venir,* que Isaías (cap. IX) te puso. Pues así como ningún hombre hay que, según la generación de la carne, que se llama el primer siglo, no venga de Adán, así tampoco lo hay quien, según el ser de la gracia, no venga de Ti. Mas Adán fué mal padre, que por malos placeres mató á sí y á sus hijos. Mas Tú, Señor, alcanzaste el nombre de Padre á costa de tus dolorosos gemidos, con los cuales, como leona que brama, diste vida á los que el primer padre mató. Aquél bebió la ponzoña que la víbora le dió, y fué hecho padre de víboras, pues engendró hijos pecadores; mas todos sus hijos, que mirados en sí mismos son víboras ponzoñosas, se asieron, Señor, de tu Corazón, y te daban bocados de dolor nunca visto; y no solamente por tiempo de dieciocho horas que duró tu sagrada Pasión, mas por treinta y tres años enteros, desde veinticinco de Marzo (Matth., XXIII), que según hombre fuiste concebido, hasta veinticinco de Marzo, ú ocho días después perdiste la vida en la cruz. Tú mismo te llamaste Madre, cuando dijiste hablando con Jerusalén: *Cuántas veces quise meter tus hijos debajo de mis alas, como la gallina, y tú no quisiste.*

Y para dar á entender que tu Corazón tiene amor particular y ternura, te comparaste con la gallina, que es la que particularmente pierde su frescura y se aflige por lo que toca á sus hijos: y no sólo eres como ella, mas sobrepujas á ella y á todas las madres, como Tú, Señor, dijiste por Isaías (cap. XLIX):

¿Por ventura puédese olvidar la madre del niño que parió de su vientre? Pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están siempre delante de mí. ¿Quién, Señor, podrá escudriñar, por mucho que cave en tu Corazón, los inefables secretos de amor y dolor que están encerrados en Él? No te contentas, Señor, con tener amor fuerte y padecer trabajos de padre; mas para que ningún regalo nos falte y ningún trabajo á Ti, quieres sernos madre en la ternura del amor, que les suele causar entrañable afección, y aun más que madre, pues de ninguna leemos que por acordarse siempre de su hijo haya escrito algún libro en el cual duros clavos sean la péndola, y sus propias manos sean el papel; y que hincándose en las manos, y traspasándolas, salga sangre en lugar de tinta, qne con graves dolores dé testimonio del grande amor interior, que no deja poner en olvido lo que delante las manos traemos. Y si esto que en la cruz pasaste, enclavadas tus manos y pies, es cosa que excede á todo el amor de las madres, ¿quién contará aquel grande amor y grande dolor con que trajiste en el vientre de tu Corazón á todos los hombres, gimiendo sus pecados con gemidos de parto, no por una hora ni por un día, mas por todo el tiempo de tu vida, que fué treinta y tres años, hasta que como otra Raquel (Génesis, XXXV), *moriste de parto en la cruz, para que naciese Benjamín vivo?* Las víboras que dentro de Ti mismo traías te daban, Señor, tales bocados, que te hicieron reventar en la cruz, para que á costa de tus dolores las víboras se trocasen en simplicidad y mansedumbre de ovejas, que á trueque de tu muerte alcanzasen vida de gracia.

Cuán justamente, Señor, puedes llamar á los hombres, si miras lo que pasaste por ellos, hijos de mi dolor, *como llamó Raquel á su hijo;* pues que el dolor que sus pecados te dieron fué mayor que el deleite que ellos tomaron cuando pecaron. Y fué mayor tu humildad y quebrantamiento interior, que el desacato y soberbia que ellos tuvieron contra el Altísimo cuando le ofendieron, quebrantando sus leyes, para que de esta manera lo más venciese á lo menos, y tus dolores á nuestros pecados: más te dolieron, Señor, los pecados ajenos, que á ningún hombre dolieron los propios. Y si leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado que, no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida, ¿qué dolores obró

en Ti aquel amor sin medida que á Dios y á los hombres tuviste, pues que una centella de aqueste amor infundido en los corazones de aquéllos los apretó tanto que los hizo reventar como pólvora? De muchos leemos y sabemos, que por oir una nueva que les fuese muy penosa perdieron la vida. ¿Dinos Tú, Señor, por tu misericordia, cómo tuviste fuerzas para sufrir aquella nueva tan triste cuando de nuevo te fueron presentados todos los pecados de todos los hombres, amándolos mucho más que ningún hombre amó á otro ni se amó á sí mismo? ¿Y siendo el mal que de ellos viste mayor, y conociéndolo Tú por tal, que ningún otro mal que pueda venir? ¿Y cómo, Señor, tuviste fuerzas para ver á tu Divinidad ofendida, y vivir, pues que no tiene medida el amor que les tienes? Y viviste, Señor, cuando oiste estas nuevas, y viviste con el dolor de ellas por toda tu vida. Mas si no te fueran dadas fuerzas particulares para sufrir tales dolores obraran en Ti la muerte, que menores dolores obraran en otros. De manera, Señor, que no una muerte, mas muchas te debo. Y aunque por estos dolores, que como Madre, por los hombres pasaste, puedes con mucha razón llamarles hijos de mi dolor, según hemos dicho; mas como también eres Padre, *llámaslos hijos de mi mano derecha*, como hizo Jacob (Genes., XXXV); porque en ellos se ejercita y manifiesta la grandeza de tu mano, que es tu poder, pues los sacas del pecado y los pones en tu gracia en este siglo : y en el día postrero los pondrás á Tu mano derecha, para que te acompañen en la gloria, sentados con grande reposo y seguridad, como Tú, Señor, lo estás á la mano derecha del Padre, dando por bien empleado todo lo que trabajaste con ellos.

CAPÍTULO LXXXI

De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor, y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener, y de algunos avisos para los que no pueden fácilmente seguir lo ya dicho.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho acerca del misterio de la Pasión de Jesucristo Nuestro Señor, sacaréis que habéis de mirar lo que de fuera padece, y las virtudes de paciencia y humildad y semejables á ellas que dentro tiene, y

especialmente su amoroso y compasivo Corazón, del cual todo lo otro procede; y esforzaros á compadecer de todo lo que pasa el Señor, y á le imitar. Mas tened entendido, que otras muchas consideraciones provechosas podéis tener acerca de la Pasión del Señor, porque en ella podéis conocer, según en este destierro se sufre, cuán preciosa es la bienaventuranza y cuán grandes los infernales tormentos, cuán preciosa la gracia, cuán dañoso y aborrecible el pecado, pues por comprarnos Cristo estos bienes y librarnos de estos males, siendo quien es, padeció tanto. Libro es en que podéis leer la inmensa bondad divinal y la dulcedumbre de su amor, y también el admirable rigor de la divina justicia, que así castigó por pecados ajenos al mismo juez. Y porque tenía deseado y pensado de proseguir esta materia más largo y pasar á la consideración de la Divinidad por el escalón de la Santísima Anima de Jesucristo Nuestro Señor, y mi poca salud no da lugar, no os digo más, porque lo que aquí escribo es lo postrero de este tratado, salvo encomendaros la perseverancia de la meditación de esta sagrada Pasión; porque aunque he visto á personas ejercitarse en ella años y años, sin gustar mucho de ella, mas perseverando, les ha pagado Nuestro Señor lo que antes les había dilatado, que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente. También os aviso que hay otros ejercicios de meditación para caminar al Señor, así como la meditación de las criaturas y de los beneficios de Dios, y por vía del recogimiento del corazón que entiende en amar, que es el fin de todo pensamiento y de toda la ley; y que como hay diversos ejercicios, hay diversas inclinaciones en los hombres, y es muy gran merced del Señor poner al hombre en aquello que le ha de ser provechoso; lo cual cada uno le debe pedir con mucha instancia, y procurar por lo que en sí siente, dando relación de ello á quien más sabe, de atinar con qué ejercicio le va mejor, porque aquél es el que debe seguir. Y también conviene avisar, que hay algunas personas tan ocupadas en cosas exteriores, que no se pueden dar, á lo menos con espacio, á ejercicios interiores, por lo cual reciben desconsolación y desabrimiento; los cuales, si no pueden lícitamente dejarlas tales ocupaciones, deben contentarse con el estado que el Señor les dió, y con diligencia y alegría cumplir con su obligación y esforzarse lo que pudieren á tener presente á Nuestro Señor, por cuyo amor hagan sus

obras. Y porque hay algunos que tienen una natural inquietud en el ánima, y del todo indevota y seca, que aunque mucho tiempo y cuidado gasten en el ejercicio interior ninguna cosa aprovechan, es menester avisarles, que pues el Señor no les da espíritu de larga é interior oración, se contenten con rezar vocalmente á los pasos de la Pasión; y yendo rezando piensen, aunque brevemente, en aquel mismo paso, y tengan alguna imagen devota á que miren, y lean libros devotos de la Pasión, porque muchas veces acaece de estos escalones subir al ejercicio del pensar interior.

Y si el Señor quisiere que no suban más, agradézcanselo por quererlos llevar por aquel camino. Sepan también los escrupulosos y entristecidos, que no se contenta el Señor de que siempre anden pensando en los pecados que han hecho, sepultados en tristeza y desmayo, como Lázaro en el sepulcro. Mas que es su voluntad, que tras la mortificación y penitencia que han hecho, por la cual tienen semejanza con su Pasión, tengan también consuelo con la esperanza del perdón, por la cual sean semejables á su Resurrección: y que pues han besado sus sacratísimos pies, llorando pecados, se levanten á besarle las manos por los beneficios recibidos, y caminen entre temor y esperanza, que es camino seguro. Y concluyo con esto, *con avisaros* que porque haya habido algunos que por ignorancia y soberbia han errado el camino de la oración, no tenéis vos ocasión de la dejar, pues la ajena caída no nos debe apartar del bien, mas entender con mayor cautela en nuestro negocio; y más os debe esforzar para lo seguir el saber que Jesucristo Nuestro Señor y sus Santos han caminado por él para nuestro ejemplo, que no desmayaros los pocos que lo han errado, pues por maravilla hay cosa buena de la cual algunos no hayan usado mal.

CAPÍTULO LXXXII

De cuán atentamente nos oye y piadosamente nos mira el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe, y cuán pronto es á las sanar y hacer otras muchas mercedes.

Tiene esto la gran bondad del Señor, que para que sus mandamientos y leyes sean de nosotros guardados, hácelos fáciles en sí, y mas fáciles en querer Él mismo pasar por ellos. Hanos

mandado, según hemos oído, que le oyamos y miremos, y le inclinemos nuestra oreja; lo cual todo es muy justo y ligero: porque á tal Maestro, ¿quién no le oirá? A luz tan deleitable, ¿quién no se deleitará en mirar? A sabiduría infinita, ¿quién no le inclinará su oreja? Mas para que lo ligero sea más ligero, quiso Él pasar por esta ley que á nosotros pone, y la cumple con gran diligencia. *Él nos oye, Él nos ve, y nos inclina su oreja*, para que no digamos: "no tengo quien mire por mí, ni quiere escuchar mis trabajos". Gran consuelo es para un desconsolado tener una persona que á cualquiera rato del día y de la noche esté desocupada y de buena gana para oirle sus penas, y que esté siempre, sin faltar un momento, mirando á sus miserias y llagas, sin decir: "cansado estoy de ver miserias, y asco me dan vuestras llagas". Y aunque esta tal persona fuese de muy duro corazón, querríamos que siempre nos oyese y nos viese, porque creeríamos que dando siempre en su corazón la gotera de nuestros trabajos, que como canal entra á él por las orejas y ojos, algún día cavaría en él y sacaría compasión, pues por duro que fuese no sería tanto como piedra, la cual es cavada de la blanda gotera, aunque algún rato cese de dar. Y aunque supiésemos que esta tal persona ningún remedio nos podía dar para nuestros trabajos, nos consolaríamos mucho con sola la compasión que de nos tuviese. Pues si á esta tal persona debíamos mucho agradecimiento, ¿que debemos á Dios Nuestro Señor? Y cuán alegres debemos de estar por tener sus orejas y ojos puestos en nuestros trabajos, que ni un solo rato los aparta de nos, y esto no con dureza de corazón, mas con entrañable misericordia; y no con misericordia de corazón solamente, mas con entero poder para remediar nuestras penas. Bendito seas, Señor, para siempre, que no eres sordo ni ciego á nuestros trabajos, pues siempre los oyes y ves; ni cruel, pues se dice de Ti (Psalm. CII): *Hacedor de misericordias, y misericordioso de corazón es el Señor esperador y muy misericordioso*. Ni tampoco eres flaco, pues todos los males del mundo son flacos y pocos comparados á tu infinito poder, que no tiene fin ni medida.

Leemos que en tiempos pasados concedió Dios una maravillosa victoria de sus enemigos al Rey Ezequías, el cual, según dicen algunos (IV Reg., XX), *no hizo al Señor que le dió la victoria aquellas gracias y cantares que se le debían y solían en*

semejantes mercedes hacer; por lo cual Dios le hizo enfermar, y tan gravemente, que ningún remedio por naturaleza tenía. Y porque con falsa esperanza de vivir no se olvidase de poner cobro á su ánima, fué á él el Profeta Isaías (cap. XXXVIII), y díjole, por mandado de Dios: esto dice el Señor: *Ordena tu casa, porque sábete que morirás y no vivirás.* Con las cuales palabras atemorizado el Rey Ezequías, vuelve su cara á la pared y lloró con gran lloro, pidiendo al Señor misericordia. Consideraba cuán justamente merecía la muerte, pues no fué agradecido al que le había dado la vida: y mira la sentencia de Dios ya contra él dada, que decía: *no vivirás.* No hallaba otro Superior que aquel que la dió, para pedir que se revocase; y aunque lo hubiera no tuviera buen pleito, pues al desagradecido justamente se le quita lo que misericordiosamente se le ha dado. Veíase en mitad de sus días, y acabarse en él la generación real de David, porque moría sin hijos. Y allende de todo esto era combatido de todos los pecados de su vida pasada, cuyo temor más suele penar á la hora postrera; y con estas cosas estaba su corazón quebrantado con dolor, y turbado así como mar; y adondequiera que miraba hallaba muchas causas de temor y tristeza. Mas entre tantos males halló el buen Rey remedio, y fué pedir medicina al que le había llagado, seguridad á quien le había amedrentado, convertirse por arrepentimiento, y esperanza al mismo de quien por ensoberbecerse huyó. Y al mismo juez pide que le sea abogado, y halla camino como apelar de Dios, no para otro más alto, mas apela del justo para el misericordioso; y las razones que alega son acusarse, y la retórica son sollozos y lágrimas. Y puede tanto con estas armas en la audiencia de la misericordia divina, que antes que el Profeta Isaías, pregonero de la sentencia de muerte, saliese de la mitad de la sala del Rey, *le dijo el Señor:* "Torna, y di al Rey Ecequías, capitán de mi pueblo: *Oí tú oración, y vi tus lágrimas;* yo te concedo salud, y te añado otros quince años de vida, y libraré esta ciudad de mano de tus enemigos". *Señor, ¿qué es aquesto?* ¿Tan presto metes tu espada en la vaina, y tornas la ira en misericordia? ¿Unas pocas de lágrimas derramadas, no en el templo, mas en el rincón de la cama, y no de ojos que miran al cielo, mas á una pared, así te hacen tan presto revocar la sentencia que tu Majestad había dado y mandado notificar al culpado? ¿Qué es del sacar del proceso? ¿Qué

es de las costas? ¿Qué es de los términos? ¿Qué es del presentar unos y otros testigos? ¿Qué es de tenerse por afrentado el juez, si le revocan la sentencia que dió? Todo lo disimulas con el amor que nos tienes, por estar atento á nos hacer mercedes, y dices: *Oí tu oración, y vi tus lágrimas.* Todo término se te hace breve para librar al culpado, porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón cuanto Tú deseas darlo. Y más descansas Tú con haber perdonado á los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte.

No guardas leyes ni dilaciones; mas las leyes serán que los que hubieren quebrantado todas tus leyes quebranten su Corazón con dolor de lo pasado, y propongan la enmienda de lo por venir, y tomen las saludables medicinas de tus Sacramentos, que en tu Iglesia dejaste, ó tengan intento de los tomar. *Y las dilaciones que en cualquier hora que el pecador gimiere sus pecados* (Ezech., XXXIII), *no te acuerdes mas de ellos;* y porque los pecadores cobrasen ánimo para te pedir perdón de sus yerros, quisiste conceder á este Rey más mercedes que él te pedía, quince años de vida, y librar su ciudad, *y tornarse el sol diez horas atrás*, en señal que al tercer día subiría el Rey sano al templo, y con otras secretas mercedes que le hiciste Tú benigno, que no dejarías venirnos males sino para sacar de ellos mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra miseria, tu bondad y perdón en nuestra maldad, y tu poder en nuestras flaquezas. Tú, pues, pecador, quienquiera que seas, que estás amenazado por aquella sentencia de Dios que dice (Ezequiel, XVIII): *El ánima que pecare, aquélla morira,* no desmayes debajo la carga de tus grandes pecados y del incomparable peso de la ira de Dios. Mas cobrando ánimo en las misericordias de Aquel *que no quiere la muerte del pecador* (Ezequiel, XXXIII), *sino que se convierta y viva*, humíllate, llorando á Aquel que despreciaste pecando, y recibe el perdón de mano de aquel piadoso Padre, que tanta gana tiene de dártelo, y aun de te hacer mayores mercedes que antes, como hizo á este Rey, al cual levantó sano del cuerpo y sano del ánima, como él da gracias, diciendo (Isa., XXXVIII): *Tú, Señor, libraste mi ánima que no se perdiese, y arrojaste mis pecados tras de tus espaldas.*

CAPÍTULO LXXXIII

De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional, y de dos géneros de promesas, semejantes á las amenazas, y cómo nos habremos cuando sucedieren.

No os debéis turbar de que la palabra dicha á este Rey, "morirás y no vivirás„, no se cumplió. Habéis de saber, que algunas veces manda el Señor decir lo que Él tiene en su alto consejo y eterna voluntad determinado que sea; y aquello vendrá, como se dice, sin falta ninguna. De esta manera mandó decir al Rey Saúl que le había de desechar, y escoger en su lugar otro mejor; y también amenazó al sacerdote Helí, y así lo cumplió. Y de la misma manera amenazó al Rey David que le había de matar el hijo que hubo del adulterio de Bersabé, y por mucho que el Rey pidió la vida para el niño con oraciones, ayunos y cilicio, no le fué concedido, porque tenía Dios determinado que el niño muriese. Mas otras veces manda decir, no lo que Él tiene determinado de hacer, mas lo que hará si no se enmienda el tal hombre. Y así, de esta manera envió á la ciudad de Nínive que de ahí en cuarenta días sería destruída, y después por la penitencia de ellos revocó esta sentencia; porque Él no tenía determinado de los destruir, pues no lo hizo, mas envióles á decir lo que sus pecados merecían, y lo que les viniera por ellos si no se enmendaran. Y aunque de fuera parece mudanza decir será destruída, y no destruirla, mas en la alta voluntad de Dios no lo es, pues nunca la quiso determinadamente destruir, que, como dice San Agustín: *Muda Dios la sentencia, mas no muda el consejo,* el cual era de no destruirla, mediante la penitencia, á la cual les quería incitar con el temor de la amenaza: y esto es lo que Él mismo dice por Jeremías (capítulo XVIII): "Súbitamente hablaré contra gentes y reinos *que los he de destruir y arrancar;* mas si aquella gente hiciere penitencia de su maldad, haré Yo también penitencia del mal que les pensaba hacer„; y también hablaré súbitamente de gentes y reinos que los he de edificar y plantar; mas si hicieren maldad en mis ojos, no oyendo mi voz, haré Yo también penitencia del bien que dije que les había de hacer. De lo cual se saca, que porque no sabemos cuándo lo que Dios nos envía

á amenazar es determinación ultimada ó es sola amenaza, no debemos desesperar ni dejar de pedir á su misericordia que revoque la sentencia que contra nos tiene dada, como hizo á este Rey y á Nínive, y alcanzaron lo que pidieron. Y aunque David no lo alcanzó, no por eso pecó en orar al Señor revocase la sentencia dada; porque no le constaba si era determinación ó amenaza: y de la misma manera (Jerem., XVIII), si Dios nos prometiere de hacer alguna merced, no nos hemos de descuidar en servirle, con decir: "cédula tengo de palabra de Dios que á nadie engaña". Porque dice el Señor, *que si nos apartáremos de hacer lo que Él quiere, Él hará penitencia del bien que nos prometió.* No porque en Dios caiga arrepentimiento, pues no puede en Él caer mudanza; mas quiere decir, que así como uno que se arrepiente torna á deshacer lo que había hecho, así Él deshará la sentencia del castigo que contra el hombre había dado, si él hace penitencia, y deshará el bien que tenía prometido, si el hombre se aparta de Dios.

CAPITULO LXXXIV

De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo Nuestro Señor.

Tornando, pues, al propósito, bien claro parece cuán bien cumple Dios esta ley. Oye y ve, pues tan presto oyó la oración y vió las lágrimas de este Rey, y lo consoló; y no sólo á él, mas lo mismo hace con otros, como dice David (Psalm. XXXIII): *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos, para librar sus ánimas de la muerte y para mantenerlos en tiempo de hambre.* Bien creo yo que os parece bien aquesta palabra, y también creo que os pone temor la condición con que se dice: "Bienaventurada cosa es estar los ojos y orejas de Dios en nosotros." Mas diréis: "¿Qué haré, que dice á los justos, y yo tengo pecados?" Así es, y así lo conoced por verdad; porque si hombres hubiera que no tuvieran pecados, ¿quién era más razón que lo fueran que los santos Apóstoles de Jesucristo Nuestro Señor, los cuales, así como fueron los más cercanos á Él en la conversación corporal, así también lo fueron en la santidad, sin que nadie se igualase con ellos sino es la bendita Madre de Dios, que iguala y excede á ellos y

á ángeles? Y aunque dice San Pablo (Rom., VIII), en su persona y en la de los Apóstoles que recibieron las primicias del Espíritu Santo, que quiere decir, *mayor gracia y dones que otros hombres;* mas con todo esto les mandó el Señor rezar la oración del *Pater noster*, en la cual decimos: *Perdónanos nuestras deudas y culpas*. Y como es oración de cada día, claro es que somos por ella amonestados que tenemos culpas, y que cada día cometemos alguna; y por esto dijo San Juan (I Joann., I): *si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros nos engañamos y la verdad no está en nosotros*. Pues si todos los hombres (sacando al que es Dios y Hombre y á la que es verdadera Madre de Él) tienen pecados, ¿para quién se dijeron las dichas palabras: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos?* Respondo, que no es Dios achacoso, ni cumplidor con solas palabras, pues vemos que como lo dice así lo cumplió con el Rey Ezequías y con otros innumerables, á los cuales ha mirado y oído.

Mas sabed, que aquel es justo que no está en pecado mortal, pues está en gracia y amigo con Dios, de los cuales hay muchos, aunque tengan pecados veniales; de los cuales se entiende, que no hay quien con verdad pueda decir que está sin pecado. Y para que agradezcáis la gracia y justicia á aquel Señor, por cuyos merecimientos se dan á los que para ello se aparejan, habéis de saber que los justos dos maneras tienen de bienes, unos de naturaleza y otros de gracia, *aunque pese á Pelagio*, el cual dijo que el hombre es justo por las buenas obras que hace de su propia naturaleza, sin ser menester la gracia y virtud que nos son infundidas por Dios; el cual error está condenado por la Iglesia católica, que nos manda creer que de nuestra naturaleza somos pecadores por el pecado original y por otros que de nuestra voluntad hacemos; y que en las buenas obras morales, que con solas fuerzas de naturaleza hacemos, no consiste la verdadera justicia. Por lo cual dice San Pablo (Rom., III), *que ninguno es justo*, quiere decir, *de sí mismo*. Porque de esta manera todos son pecadores de sí. Dada nos ha de ser la justicia, no la tenemos de nuestra cosecha, que el tenerla así, privilegio es de sólo Cristo, el cual no por otro, sino por sí, es verdadero justo, y en cuyas obras y muerte hay verdadera justicia; porque si en nuestras propias obras de naturaleza consistiera la verdadera justicia, ó por ellas mere-

ciéramos que se nos diera, *en balde hubiera muerto Jesucristo*, como dice San Pablo (Galat., III), pues pudiéramos alcanzar sin su muerte lo que con ella Él nos ganó. El mismo Apóstol dice *que Cristo nos es hecho justicia;* y dícelo, *porque en sus obras y muerte está el merecimiento de nuestra justicia.*

El cual merecimiento se nos comunica por la fe y amor que es vida de ella, y por los Sacramentos de la Iglesia, según declaramos arriba; y así somos incorporados en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables á Él. Y también recibimos virtudes y dones para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia que nos fué dada. Con todo lo cual somos hechos verdaderamente justos delante los ojos de Dios, con propia justicia que en nosotros mora, y está distinta de aquella por la cual Cristo es justo; y de aquí viene, que aunque las buenas obras que antes hacíamos eran bajas y de imperfecta bondad, que ni consistía en ellas la verdadera justicia, ni tampoco la merecían alcanzar, por ser de nuestra propia cosecha; mas las que ya hacemos estando en estado de gracia, son de tan alto valor que son obras verdaderamente justas y que merecen acrecentamiento de la propia justicia, como dice San Juan (Apoc., XXII): *El que es justo, sea hecho más justo;* y son dignas de alcanzar el reino de Dios, según está dicho por San Pablo (II Tim., IV), *que le estaba guardada corona de justicia.* Esta inefable merced, á Jesucristo Nuestro Señor la debemos, mas no esta sola; porque así como es ordenación divinal que ninguno alcance la gracia y justicia sino por merecimiento de este Señor, así lo es que ninguno de los que las tienen las puedan conservar ni acrecentar si no estuviere arrimado á este Señor, como vivo miembro á su cabeza y sarmiento con fruto á su vid, y edificio á su fundamento; porque aunque ganándoles gracia y justicia les ganó derecho para merecer el reino de Dios, según se ha dicho, y también para alcanzar con la oración lo que bien pidiere, mas si de esto han de gozar y bien usar, no ha de ser como gente apartada, que hace bando ó cabeza por sí, ó como hombre que se tiene en sus propios pies y que puede andar sin ayuda de nadie: arrimado ha de estar á esta bendita cabeza, para que se le conserve la gracia y le venga de ella una espiritual virtud, que preceda y acompañe y siga á las buenas obras que hicie-

re, sin la cual las tales buenas obras no podrán ser meritorias, *como el Concilio Tridentino lo dice.* Y por esta manera, las oraciones que este tal justo hiciere serán dignas de las orejas de Dios, y de alcanzar lo que pide. *Salomón pidió á Dios* (II Paralipómenos, VI), que quien orase en el templo que él había hecho en la tierra, fuese desde el cielo oído de Dios, concediéndole lo que pidiese: y el verdadero y más excelente templo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, en cuanto hombre, es en el cual, como dice San Pablo, *mora corporalmente el cumplimiento de la Divinidad:* quiere decir, que no mora solamente en Él por vía de gracia, como en los santos hombres y ángeles, mas por otra manera de mayor tomo y valor, que es por vía de la unión personal, por la cual la sacra Humanidad es levantada á tener dignidad de ser personada en el Verbo de Dios, que es Persona divina [1].

Este es el templo, por el cual dice David: *Dios oyó mi voz desde su santo templo;* y quien en éste diere voces de oración, movidas por el Espíritu de Él, arrimado á Él como miembro vivo, que pide socorro por los merecimientos de su cabeza, que es Jesucristo, este tal será oído justamente de Dios, como lo fué David, y todos los justos que han sido oídos; mas la oración hecha fuera de este templo, sea hecha por quienquiera que sea, ronca es y profana, no digna de las orejas de Dios, pues que no siendo inspirada por Jesucristo, no lleva el sello real para ser conocida y tenida por justa, para alcanzar lo que pide y para que Cristo en el cielo despache, como abogado nuestro, nuestras peticiones; es menester que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos á orar por Él; porque aunque su misericordia es tanta, que muchas veces hace ser oídas las peticiones de sus miembros muertos, que son los que tienen la fe de su

1 El bienaventurado Maestro insiste tanto en estos capítulos sobre lo que son, lo que valen y cómo se hacen meritorias las buenas obras, los actos interiores y las virtudes cristianas; porque en su tiempo se agitaban mucho los ánimos con aquella disputa, que entre otros mil trajo al mundo el renegado padre del protestantismo. Defendió al principio Lutero, el gran perturbador de las conciencias y de Europa moderna, que las obras de los hombres, por buenas y santas que pareciesen, eran todas ellas pecados mortales. Modificó después tan escandalosa, antifilosófica y antisocial opinión; pero siempre enseñando que de nada sirven relativamente á la justificación y salvación de las almas como quiera que sean hechas, si no es para significar la fe, que sólo, según él, justifica y salva. Por lo cual, la Iglesia nuestra Madre, reunida en Trento, fulminó anatemas contra quienes defendiesen que todas las buenas obras anteriores á la justificación son pecados merecedores de la ira de la Justicia divina. Como si las acciones y los sentimientos excitados en el hombre por la gracia de Dios pudieran ser pecados y objetos de odio por parte del mismo Dios.

Iglesia y no están en caridad, mas aquí hablamos de aquellas que tienen dignidad y merecimiento hechas en Cristo para alcanzar lo que piden; y conociendo nuestra Madre la Santa Iglesia esta necesidad que de Cristo en nuestras oraciones tenemos, que suele decir en fin de las suyas al celestial Padre (Joannis, XVI): "Concedednos esto por Jesucristo Nuestro Señor„, la cual aprendió de su Esposo y Maestro, que dijo: *Cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, dárosla ha.* Gracias, Señor, se den á tu nombre, pues por Él somos oídos, que no te contentas con ser nuestro medianero para merecernos la gracia que por Ti recibimos, ni con ser nuestra cabeza, que nos enseña y mueve á orar por tu espíritu, como conviene, mas también quieres ser Pontífice nuestro en el cielo, para que representando á tu Padre la humanidad sacra que tienes y la Pasión que recibiste, alcances el efecto de lo que en la tierra pedimos, invocando tu nombre.

De manera, que así como dice el Santo Evangelio (Matthaeo, III; Marc., I; Luc., III): *Que siendo el Señor bautizado, se abrieron los cielos á Él;* porque aunque muchos han entrado allá después de Él, á ninguno se le abren sino por causa de Él, así podemos decir que las entrañas de su Eterno Padre, que se abren para conceder nuestros ruegos, á Cristo se abren, y Él es el oído del Padre; pues que la gracia y favores con que somos oídos, por Él lo tenemos, que quitado esto aparte, como ninguno hay justo de sí, ninguno sería oído de sí. Y así como por el grande amor que el Señor nos tuvo tomó nuestros males por suyos, y los pagó con su vida y su muerte, y con el mismo amor que nos tiene, aunque ya está en el cielo, si un chiquito suyo está desnudo ó vestido, harto ó hambriento, dice (Marcos, XXV) *que Él mismo lo está; y así cuando nosotros éramos, Él era en nosotros,* como dice San Agustín; y cuando nosotros somos oídos de Dios, dice *que Él es oído*, por aquella inefable unión que hay entre Él y los suyos, significada por nombre de Esposo con su Esposa, y de cabeza con su propio cuerpo, al cual amó tanto, que aunque ordinariamente vemos que pone uno su brazo para recibir el golpe por salvar la cabeza, mas este bendito Señor, siendo cabeza, se puso delante del golpe de la Justicia divina, y murió en la cruz por dar vida á su cuerpo, que somos nosotros. Y después de habernos vivificado, mediante la penitencia y los Sacramentos, nos regala, defiende y

mantiene como á cosa tan suya, que no se contenta con llamarnos siervos, amigos, hermanos ó hijos, sino para enseñar más su amor y darnos mas honra, nos pone su nombre; porque por esta inefable unión (Glos. I Cor., XII), *de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo,* Él y nosotros somos llamados un Cristo; y este misterio dulcísimo, lleno de todo consuelo, nos da San Pablo á entender en las palabras que dijo (Ephes., II): *Que el celestial Padre nos hizo agradables en su amado Hijo,* y que fuimos criados en buenas obras en Jesucristo; y á los de Corinto dijo: *Vosotros estáis en Jesucristo;* el cual modo de hablar por esta palabra, Él nos da á entender esta unión de Cristo y su Iglesia. Y así lo dice el Señor por San Juan (cap. XII): *Quien está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin Mí ninguna cosa podéis hacer.* Gracias, Señor, á tu amor y bondad, que con tu muerte nos diste la vida, y también gracias á Ti porque en tu vida guardas la nuestra y nos tienes juntos contigo en este destierro, que si perseveramos en tu servicio nos llevarás contigo y nos tendrás para siempre en el cielo, donde Tú estás, según Tú lo dijiste (Joann., XII): *Donde Yo estoy, estará mi sirviente.*

CAPÍTULO LXXXV

De cuán fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor, y con cuánta presteza oye su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes.

Ya podréis ver de lo dicho la mucha necesidad que tienen todos los hombres del favor de Jesucristo, para que sus oraciones sean oídas como agradables, delante el acatamiento de Dios: mas Él no así, porque de nadie tiene necesidad que hable por Él: Él es, y sólo Él es, cuya voz por sí misma es oída; porque, como dice San Pablo (Hebr., V): *El puede llegar por sí mismo á su Padre á rogar por nosotros.* También dice que Cristo en los días de la vida mortal que vivió, ofreciendo ruegos al Padre con clamor grande y lágrimas, *fué oído por su reverencia.* Cristo pidió á su Padre que lo salvase de la muerte, no dejándolo permanecer en ella, mas resucitándolo á vida inmortal: y como lo pidió, de esa misma manera fué hecho.

También ofreció ruegos y lágrimas á su Padre por nosotros muchas veces; los cuales, por salir de corazón lleno de amor, se llama grande clamor. Mas aunque su amor, que le hacía clamar, siempre lo tuvo igualmente, pues con tanto amor nuestro andaba un camino, ó derramaba una lágrima, con cuanto se puso en la cruz; mas mirando á lo exterior y al género de la obra, tanto mayor clamor fué el ofrecer su santísimo Cuerpo en la cruz por nosotros, que el ofrecer oraciones, cuanto va de padecer, y padecer muerte, á meditar ó hablar. Acordaos de lo que dijo Dios á Caín (Genes., IV): *La voz de la sangre de tu hermano Abel clama á Mí desde la tierra.* Y también de lo que dijo San Pablo á los cristianos (Hebr., XXII): *Llegado os habéis á un derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel;* porque ésta daba clamores á la Justicia divina, pidiendo venganza contra Caín que la derramó; mas la sangre de Cristo derramada en la tierra, daba clamores á la misericordia divina, pidiendo perdón; la de Abel pide ira, ésta blandura; la primera obra enojo, ésta reconciliación; la de Abel venganza contra sólo Caín, ésta perdón para todos los malos que fueron y serán, con tal que ellos lo quieran recibir con el aparejo que deben, y aun para aquellos mismos que derramándola estaban.

La sangre de Abel á ninguno pudo aprovechar, porque no tenía virtud de pagar los pecados de otros; mas la Sangre de Cristo lavó los cielos y la tierra y la mar, como canta la Iglesia, y sacó de las honduras del limbo á los que presos estaban, *como dice Zacarías, Profeta.* Verdaderamente es grande el clamor de la Sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. Pensad, doncella, si un pecado sólo de Caín tales voces daba pidiendo venganza, ¿qué grita, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres pidiendo venganza á las orejas de la Justicia de Dios? Mas por mucho que clamen, clama más alto sin comparación la Sangre de Cristo pidiendo perdón á las orejas de la Misericordia divina, y hacen que no sean oídas, y queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo á ellas, porque más sin comparación le fué agradable la voz de Cristo, y su Pasión y muerte, que pedían perdón, que todos los pecados del mundo desagradables pidiendo venganza. ¿Qué

pensáis que significaba aquel callar de Cristo y hacerse como sordo que no oía, y como mudo que no abre su boca, en el tiempo que era acusado? Por cierto, que pues los pecados por boca de aquellos que á Cristo acusaron daban voces, llenos de mentira, contra quien no les debía nada, y Él, pudiendo con justicia responder, calló, bien empleado es, en pago de su atrevimiento, que al restante del mundo no puedan acusar los pecados, aunque tengan justicia, mas sean mudos, pues acusaron al que no tenían por qué: y pues Él se hizo sordo, pudiendo responder, justo es que se haga sorda la divina Justicia, á la cual Cristo se ofreció por nosotros, aunque nosotros hayamos hecho cosas que piden venganza. Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado y quieren tomar los remedios que en la Iglesia católica hay, que sordo está Dios á nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes. No temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho por qué, pues que Cristo fué acusado, y con su callar hizo callar las voces de nuestros pecados.

Profetizado estaba (Isa., XXXV) *que había de callar como calla el cordero delante quien lo trasquila;* mas mientras más callaba y sufría delante de los hombres, más altas voces daba delante la Justicia divina, pagando por nos. Y estas voces *fueron oídas*, como dice San Pablo (Hebr., V), *por su reverencia:* quiere decir, que por la grande humildad y reverencia con que se humilló al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, reverenciando en cuanto Hombre aquella sobreexcelente Majestad divina, perdiendo la vida por honra de ella, fué oída de Padre, del cual está escrito (Psalm. CI): *Miró la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos.* ¿Pues quién tan humilde como el bendito Señor, que dice (Matth., XI): *Aprendea de Mí, que soy manso y humilde de corazón?* Y por esto fué oída, según estaba profetizado en su persona (Psalm. XXI) *No quitó el Señor su faz de mí, y cuando clamé á Él me oyó.* Y el mismo Señor dice en el Evangelio (Joann., XI): *Gracias te hago, Padre, que siempre me oyes.* Y pues el Padre le oye, rogando por vos, y pues tan caro le costó á Él alcanzar la gracia con que seáis justo, para ser oído de Dios, procurad de ganarla si no la tenéis, y tenida, ejercitadla en ofrecer ruegos á Dios, pues sus orejas están puestas en tales ruegos: y así

como debemos de oir al Señor con el Profeta Samuel, diciendo (I Reg., III): *Habla, Señor, que tu siervo oye*, así nos dice el Señor: *Habla, siervo, que tu Señor oye*. Y así como dijimos que el oir nosotros á Dios no es solamente recibir el sonido de las palabras, mas creerlas y aplacernos en ellas y ponerlas en obra, así las orejas del Señor están puestas por Cristo en nuestros ruegos, no para solamente oir lo que hablamos, que de esa manera también oye las blasfemias que de Él se dicen y le desplacen; mas oye el Señor nuestros ruegos para cumplirlos: y porque veáis cuán verdad es que oye el Señor nuestros gemidos que le presentamos, oid lo que dice el mismo Señor por Isaías (cap. LXV): *Antes que llamen, yo los oiré*. ¡Oh! bendito sea tu callar, Señor, que de dentro y de fuera en el día de tu Pasión callaste: de fuera, no maldiciendo ni respondiendo; y en lo de dentro, no contradiciendo, mas aceptando con mucha paciencia los golpes y voces y pena de tu Pasión, pues tanto hablaste en las orejas de Dios, que antes que hablemos seamos oídos: y esto no es maravilla, porque siendo nosotros nada, Tú nos hiciste, y antes que te lo supiésemos pedir nos mantuviste en el vientre de nuestra madre y fuera de él; y antes que supiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos y gracia del Espíritu Santo en el santo Bautismo.

Y antes que los pecados nos derribasen, Tú nos guardaste: y cuando caímos por nuestra culpa, Tú nos levantaste y buscaste sin buscarte nosotros: y lo que más es, antes que naciésemos ya Tú habías muerto por nos, y nos tienes aparejado tu cielo; no es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de Ti, lo tengas en esto; y que viendo Tú lo que habíamos menester, nos lo des muchas veces sin esperar á que nos cansemos en te lo pedir, pues Tú te cansaste tanto en pedirlo y ganarlo por nos. ¿Qué te daremos, ¡oh Jesús benditísimo!, por este callar que tuviste delante de los que mal te querían y mal te hacían? ¿Y qué te daremos por estas voces tan altas y tan llenas de amor que por nosotros diste delante tu Padre? Pluguiese á Ti, por tu infinita bondad, nos hicieses merced de que tan callados estuviésemos al ofenderte y al sufrir de buena gana lo que de nos quisieses hacer, como si fuésemos unos muertos, y estuviésemos tan vivos para dar voces de tus alabanzas que ni nosotros, á quien redimiste, ni cielos, ni

tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ella está, nunca cesásemos de con todas nuestras fuerzas cantar tus loores con grande alegría y servirte con ferventísimo amor. Y no te contentas, Señor, con tener tus orejas puestas á nuestros ruegos para oirnos con atenta presteza; mas como quien muy de verdad ama á otro y se huelga de oirle hablar ó cantar, así Tú, Señor, dices al ánima redimida por tu Sangre (Cant., II): *Enséñame tu faz, suene tu voz en mis orejas, porque tu voz es dulce y tu faz mucho hermosa.* ¿Qué es esto, Señor, que dices? ¿Tú deseas oir á nosotros, y nuestra voz te es dulce? ¿Cómo te parece hermosa la faz, que de haberla afeado con muchos pecados, los cuales hicimos mirándolos Tú, habemos ahora vergüenza de alzarla á Ti? Verdaderamente, ó merecemos mucho delante de Ti, ó nos amas Tú mucho. Mas no te plega, Señor, no te plega que de tu buen tratamiento saquemos nosotros soberbia, pues que aquello con que te agradamos y bien parecemos, gracia tuya es, la cual Tú nos diste; y allende de esto, regalas y galardonas á los tuyos más copiosamente de lo que ellos merecen. Sea, pues, Señor, á Ti gloria, de quien todo nuestro bien nos viene y en quien todo nuestro bien está; y sea á nosotros y en nosotros vergüenza por nuestra maldad é indignidad. Tú eres nuestro gozo, Tú eres nuestra gloria, en la cual nos gloriamos, no vanamente, mas con mucha razón y verdad, porque grande honra es ser amados de Ti, y tan amados, que te entregaste á tormentos de cruz por nosotros, por lo cual nos vienen todos los bienes.

CAPÍTULO LXXXVI

Del grande amor con que el Señor mira á los justos, y de lo mucho que desea comunicar á las criaturas y destruir en nosotros los pecados, los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento, para que Dios los mire con misericordia.

Ya que habéis oído la presteza con que Dios oye los ruegos de los justos, resta que oigáis el amor grande con que los mira, para en todo cumplir el oir y ver que Él nos manda á nosotros: los ojos del Señor, dice David, están sobre los justos, para librarlos de muerte; mas el rostro del Señor está sobre los malos, para echar á perder la memoria de ellos de sobre la tie-

rra: de donde parece que pone el Señor sus ojos sobre los justos, como el pastor sobre sus ovejas, para que no se le pierdan. Y también los pone sobre los malos, para que no se vayan sin el castigo que sus pecados merecen. Dos cosas hay en nosotros: una que hizo Dios, que es nuestro cuerpo y alma, y cuanto bien en ellos tenemos; otra que hicimos nosotros, que es el pecado. Si nosotros no añadiésemos mal sobre lo bueno que de Dios tenemos, no habría causa en nosotros á la cual el Señor mirase con ojos airados, mas con ojos de amor, porque cualquiera cosa naturalmente ama á su efecto. Mas ya que nosotros habemos afeado y destruído lo que el hermoso Dios bien había edificado, con todo eso aún nuestra maldad no impide su sobrepujante bondad, la cual, por salvar lo bueno que crió, quiere destruir lo malo que nosotros hicimos; porque si vemos que este sol corporal se comunica tan liberalmente, y anda convidando á quien le quisiere recibir, y á todos se da, cuando no le ponen impedimento; y si se le ponen, aún está como porfiando que se lo quiten. Y si algún agujero ó resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra y llena la casa de luz. ¿Qué diremos de la suma Bondad divinal, que con tanta ansia y fuerza de amor anda rodeando sus criaturas para darse á ellas y llenarlas de color de vida y de resplandores divinos? ¿Qué de ocasiones busca para hacernos bien á los hombres, y á muchos por un pequeño servicio ha hecho no pequeñas mercedes? ¿Cuántos ruegos á los que de Él se apartan para que se tornen? ¿Cuántos abrazos á los que á Él vienen? ¿Qué buscar de perdidos? ¿Qué encaminar á los errados? ¿Qué perdonar pecados sin darlos en rostro? ¿Qué gozo de dar salud á los hombres, dando á entender que más deseaba Él perdonar que el errado ser salvo y perdonado? Y por eso dice á los pecadores (Ezech., XXXIII): *¿Por qué queréis morir? Sabed que Yo no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; tornaos á Mí y viviréis.*

Nuestra muerte es apartarnos de Dios, y por eso nuestro tornar á Él es vivir, á lo cual Dios nos convida, no poniendo sus ojos de ira de principal intento sobre su hechura, que somos nosotros, mas contra los pecados que hicimos nosotros. Estos quiere Dios destruir si nosotros no lo impidiésemos, é impedímosle cuando amamos nuestros pecados, dando vida con nuestro amor á los que siendo amados nos matan. Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad,

para que su hechura no quede destruída, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, si hace penitencia y pide al Señor que le perdone, está Él aparejado á nos recibir, perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos. Y de tal manera destruye nuestra maldad y la aparta de nosotros, que dice David (Psalm. CII): *Cuanta distancia hay de donde el sol nace hasta donde se pone, tanto alanzó Dios nuestros pecados de nosotros.* Así, que el principio y primero mirar de los ojos de Dios no es contra el hombre que Él crió, mas contra el pecado que nosotros hicimos. Y si mira el hombre para lo echar á perder, es porque el hombre no le dejó ejecutar su ira contra los pecados que Dios quería destruir, mas quiso perseverar y dar vida á lo que á él mataba y á Dios desagradaba. Y, por tanto, justo es que su muerte quede viva, y su vida siempre muera, pues que no quiso abrir la puerta al que por amor y con amor quería, y podría matar á su muerte y darle vida. Mas dirá alguno: ¿Qué remedio para que Dios no mire á mis pecados para me castigar, mas á su hechura para la salvar? Responde San Agustín con brevedad y verdad: *Míralos tú.* Quiere decir: *Conócelos y haz penitencia, y no los mirará Dios;* mas si tú los pones tras las espaldas, ponerlos ha Dios delante de su cara. Suplicaba David al Señor por sus pecados diciendo (Psalm., XL): *Habed, Señor, misericordia de mí, según la gran misericordia tuya;* y también le decía: *Aparta también, Señor, tu faz de mis pecados.* Mas veamos: ¿qué alegó para alcanzar tan grande merced? Por cierto no servicios que hubiese hecho, porque bien sabía que si un siervo por muchos años sirviese á su señor con diligencia, y después le hace alguna traición digna de muerte, no se miraría á que le ha servido, porque si sirvió, era obligado á servir, y por eso no echó en deuda al señor, mas mirase la traición que hizo, la cual era obligado á no hacer, y por eso, con pagar lo que antes debía, no pudo pagar lo que hace ahora. Ni tampoco ofreció David sacrificios, porque bien sabía que no se deleita Dios con animales encendidos.

Mas éste, que ni en servicios pasados ni en merecimientos presentes halló remedio, hallólo en el corazón contrito y humillado, y pide ser perdonado diciendo: *Porque yo conozco mi*

maldad, y mi pecado delante de mis ojos está siempre. Admirable poder dió Dios á este mirar y gemir nuestros pecados, pues tras ellos se sigue el mirarlos Dios para deshacerlos, y convirtiendo nosotros nuestros ojos con dolor á lo que malamente hicimos, convierte los suyos para salvar y consolar lo que hizo.

CAPÍTULO LXXXVII

De los muchos y muy grandes bienes que vienen á los hombres por mirar el Eterno Padre á la faz de Jesucristo su Hijo.

Dirá alguno: ¿de dónde tanta fuerza á nuestro mirar y llorar, que así trae luego el mirar de Dios tras sí para perdonar? No por cierto de sí, porque por conocer el ladrón que ha hecho mal en hurtar, no por eso merece que se le perdone la horca, aunque más y más llore. Mas viene de otra vista muy amigable y tan valerosa, que es causa y fuente de todo nuestro bien; ésta es de la que dice David (Psalm. LXXXIII): *Defendedor nuestro Dios, mira, mira en la faz de tu Cristo.* Dos veces suplica que mire Dios, para darnos á entender con cuánto afecto habemos de mirar esto y cuán mucho nos importa alcanzarlo; porque así como el mirar Dios á nosotros nos causa todos los bienes, así el mirar Dios á su Cristo trae á nos la vista de Dios. No penséis, doncella, que los agraciados y amorosos rayos de los ojos de Dios descienden derechamente de Él á nosotros cuando nos recibe en su gracia, ó descienden á nosotros como á cosa apartada de Cristo cuando estamos en ella; porque si así lo pensáis, ciega estáis. Mas sabed que se enderezan á Cristo, y de allí á nosotros por Él y en Él: y no dará el Señor una habla ni vista de amor á persona del mundo universo, si la viese apartada de Cristo; mas por Cristo mira á todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira á los tales para conservarles y acrecentarles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros. Y si Jesucristo de en medio saliese, ningún amado ni agradable habría delante de los ojos de Dios, como arriba se dijo.

Conoced, pues, doncella, la necesidad que tenéis siempre de Cristo, y sedle entrañablemente agradecida; porque el bien que

tenéis no os vino de vos, sino por Cristo, y en Él os ha de ser conservado y acrecentado de Dios; y esto es lo que fué figurado en el principio del mundo, cuando el justo Abel, pastor de ganados, ofreció á Dios sacrificio de su manada, el cual sacrificio fué acepto, como la Escritura dice (Genes., IV), *que miró el Señor á Abel y á sus dones:* y este mirarlo quiere decir que Abel le fué agradable, y por eso fueron agradables sus dones: y en señal del agradecimiento invisible envió Dios fuego visible que quemó el sacrificio, lo cual es figura de nuestro Justo y Soberano Pastor, el cual dice de sí (Joann., X): *Yo soy buen Pastor*. Y también es Sacerdote; y, por consiguiente, como dice San Pablo (Hebr., V), *ha de ofrecer dones y sacrificios á Dios.* ¿Mas qué ofrecerá que digno sea? No por cierto *animales brutos* (Levit., XXII), y muy menos *hombres pecadores* (Deut., XV), porque éstos más son para provocar la ira de Dios que para alcanzar misericordia: y no sin causa mandaba Dios en la vieja Ley que el animal que se hubiese de ofrecer que fuese macho y no hembra, que fuese de edad no chica ni grande, que no fuese cojo ni ciego, con otras condiciones muchas, sino para dar á entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados no había de ser cosa que tuviese pecado. Y porque ninguno estaba sin él, no tenía este grande Sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo sino á sí mismo, haciendo Hostia al que es Sacerdote, y ofrecióse á sí mismo, limpio, para limpiar á los sucios; justo, por justificar los pecadores; agradable y amado, para que fuesen recibidos á gracia los que por sí mismos eran desamados y desagradables. Y valió tanto este sacrificio, así por Él como por quien lo ofreció, que todo es uno, que los que estuvimos apartados de Dios como ovejas perdidas fuimos traídos, lavados, santificados y hechos dignos de ser ofrecidos á Dios; no porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien á Dios, mas rociados con la sangre de este Pastor y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia, que por el Señor se dan, é incorporados en Él, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios y agradables á Él, como sacrificio ofrecido por este Sumo Sacerdote y Pastor; lo cual dice San Pedro así (I Petr., III): *Cristo una vez murió por nosotros, para que nos ofreciese á Dios mortificados en la carne y vivos en el espíritu.*

Y así parece, como nuestro Abel ofrece á Dios ofrenda de

su manada, á la cual miró Dios, porque miró primero á su carísimo Hijo. Y así como acullá vino fuego visible sobre el sacrificio, así también vino acá en figura de lenguas el día de Pentecostés: y esto después que Cristo subió á los cielos, para aparecer á la faz de Dios por nosotros: porque entendamos que de aquel miramiento de los ojos de Dios á la faz de Cristo, *la cual*, como dice Esther (Esth., XV), *es llena de gracias*, salió el fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran Pastor y Pontífice ofreció á su Padre, que fueron sus discípulos presentes y por venir. Y así como Dios prometió á Noé que, cuando mucho lloviese, Él miraría á su arco que puso en las nubes, en señal de amistad con los hombres, para no destruir la tierra por agua, así mucho más mirando Dios á su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos á modo de arco, quita de su riguroso arco las flechas que ya quería arrojar, y en lugar de castigos da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, á hacer misericordia, que movido por nuestros pecados á nos castigar. Y puesto que nosotros anduvimos errados y vueltas las espaldas á la luz, que es Dios, no queriendo mirarle, sino vivir en tinieblas de nuestros pecados, somos por este Pastor traídos en sus hombros: y por traernos Él, míranos el Señor, haciendo que lo miremos á Él.

Y tiene tan especial cuidado de nos, que ni un momento quita sus ojos de nosotros, porque no nos perdamos. ¿De dónde pensáis que vino aquella amorosa palabra que Dios dice al pecador que se arrepienta de sus pecados (Psalm. XXXI): *Yo te daré entendimiento, y te enseñaré en el camino que has de andar, y pondré sobre ti mis ojos,* sino de aquella amorosa vista con que Dios miró á Jesucristo, el cual es sabiduría que nos enseña el verdadero camino por donde vamos sin tropiezos, y el verdadero Pastor por el cual (en cuanto hombre) somos mirados, y el cual en cuanto Dios nos mira, quitándonos los peligros de delante en los cuales ve que hemos de caer, teniéndonos firmes en los que nos vienen, librándonos de los en que por nuestra culpa hemos caído, cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros hacemos descuidos, acordándose de nuestro provecho, aun cuando nosotros nos olvidamos de su servicio, velándonos cuando dormimos, teniéndonos consigo cuando nos querríamos apartar, llamándonos cuando huimos, abrazándonos cuando venimos, siendo el postrero en deshacer la amistad,

y el primero que ruega con ella, aunque ofendido, y teniendo en todo y por todo un tan vigilante y amoroso mirar por nosotros, que todo lo ordena á nuestro provecho? ¿Qué diremos á tantas mercedes, sino hacer gracias á aquel verdadero Pastor, que porque sus ovejas no anduviesen lejos de los ojos de Dios ofreció su faz á tantas deshonras, para que, mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase á los culpados con ojos de misericordia, y para que traigamos nosotros en el corazón y en la boca: *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo*, probando con experiencia que muy mejor nos oye Dios y nos ve, y nos inclina su oreja, que nosotros á Él?

CAPÍTULO LXXXVIII

Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos á caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.

Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo Nuestro Señor y de los bienes que por Él y en Él poseemos, sacan perversos entendimientos, de los cuales es menester avisaros para que no incurráis en peligro (Ephes., II). No penséis que por llamarse Cristo nuestra justicia, ó por decir que somos hechos agradables en Él, ó por semejantes palabras, no tengan los que están en gracia propia justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables á Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo Nuestro Señor; porque creerlo así sería muy grave el error, el cual nace de no conocer el amor que Jesucristo Nuestro Señor tiene á los que están en gracia, al cual no le consintieron sus amorosas entrañas, que siendo Él justo y lleno de bienes, dijera á sus justificados: "contentaos con que Yo tenga estos bienes, y tenedlos por vuestros en Mí, aunque en vosotros mismos os quedéis injustos, desnudos y pobres." Ninguna cabeza hubiera que tal cosa dijera á sus miembros vivos, ni esposo á su esposa, si mucho la amara; y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado por ejemplo á los otros para que, á semejanza de Él, amen y traten á sus esposas. Varones, dice San Pablo (Ephes., V): *Amad á vuestras mujeres como Cristo*

amó á su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, limpiándola con el bautismo y palabra de vida. Pues si la santifica, lava y limpia, y aun con su propia Sangre, que es la que da virtud á los Sacramentos para limpiar las ánimas por la gracia que dan, ¿cómo puede quedar injusta ó sucia la que con tan eficacísima cosa es limpiada y lavada? La cual limpieza había Dios prometido de dar en el tiempo de su Mesías, cuando dijo: *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras suciedades.* Y el Señor, en el jueves de la cena, dió testimonio que sus once discípulos estaban limpios, y no como quiera, sino que estaban del todo limpios; porque las culpas veniales, que de algunas afecciones demasiadas se causan en el ánima, como el polvo se pega á los pies, son quitadas por los remedios de los Sacramentos y buena disposición de quien los recibe, como son lavados los pies corporales con el agua corporal, como el Señor entonces hizo, lavando de fuera y lavando de dentro, dejándolos limpios de todo pecado, como San Juan da testimonio diciendo (I Joann., I): *La Sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado*, á la cual llamó el Profeta Miqueas (cap. VII), mucho antes que se derramase, mar en que se ahogan todos nuestros pecados, y dijo: *Arrojará Dios todos nuestros pecados en el profundo de la mar:* pues si estos lugares de la Escritura y otros muchos dan testimonio que el hombre queda perdonado y limpiado de todo pecado, ¿quién habrá que ose decir que nunca un hombre viene á estar limpio de él? Porque decir que se queda el pecado en el hombre, según verdadera razón de pecado, y que por amor de Jesucristo Nuestro Señor se le suelta al hombre la pena debida al tal pecado, no es cosa que basta á verificar las Escrituras, ni conveniente á la honra de Jesucristo; porque como la pena debida al pecado sea menor mal para el hombre que la culpa del mismo pecado y la injusticia y fealdad causada por él, no se puede decir que Cristo hace salvo á su pueblo de sus pecados, si quita con su merecimiento que no se imputen á pena, y no los quita cuanto á la culpa dando su gracia, ni alcanza limpieza, para que el hombre, aborreciendo el pecado, guarde la Ley de Dios.

Y si bien se mira la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado, se da con él novedad de vida y corazón limpio, de nuevo criado, como pedía David, según estaba profetizado (Psalm. L): *Yo os daré corazón nue-*

vo (Ezech., XI), *y espíritu nuevo pondré en medio de vosotros, y os quitaré el corazón de piedra, y os daré corazón de carne, y pondré mi Espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis en mis Mandamientos, y que guardéis y obréis mis juicios.* Esto promete Dios á los que primero había dicho que los había de limpiar de todas suciedades. Y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas;* para dar claramente á entender, que el salvar de los pecados, no sólo es quitar la pena de ellos, mas dar limpieza interior, y tal corazón y gracia y espíritu que baste á hacer guardar los Mandamientos de Dios. San Juan dice (Apocalipsis, III), que dice el Señor: *Yo estoy á la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré á él, con él y él conmigo.* Isaías (capítulo LV) convida de parte de Dios *á los hambrientos que vayan á comer, y á los sedientos á beber.* Por San Pablo (II Corintios, VI) dice el Señor: *Salid de en medio de los malos, y no toquéis cosa sucia, y Yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos é hijas.* En los cuales y otros muchos lugares parece claro que los bienes que con la justificación se dan son más y mejores que el no imputar Dios á pena el pecado, pues que se le da la gracia y la limpieza del corazón y virtudes, y Espíritu del Señor con que pueda guardar su ley, y por vía de hijo y de buenas obras gozar de Dios para siempre. Y porque Cristo nos ganó estos bienes, juntamente con el perdón de la pena, se llama á boca llena Salvador de pecados; y más por lo primero que por lo segundo, pues que nos libra de la culpa, y nos hace aborrecer el pecado, y nos alcanza la participación de Dios de presente, y derecho para lo poseer para siempre en el cielo, en lo cual nos libra de mayor mal, y nos alcanza bienes de mayor peso que el libertarnos de cualquier pena [1].

1 También aquí va desmenuzando y rebatiendo nuestro Beato otro error gravísimo de los protestantes, conviene á saber: que la justificación en las almas pecadoras no destruye, ni por completo quita la culpa, sino que en ellas queda y permanece aunque *cubierta* por los méritos de Cristo. Por el contrario, la Iglesia nuestra Santa Madre, inspirada por el Espíritu Santo, y fundada en los textos bíblicos que el bienaventurado Maestro en estos capítulos alega siempre, enseñó y enseña que en el ánima, justificada verdaderamente por la divina gracia, no queda culpa ni pecado, ni tampoco mérito de pena eterna, sino sólo temporal, que ha de expiar acá por buenas obras, ó allá en el Purgatorio. Y es todo esto así, muy puesto en razón; porque si Dios por su divina amistad y gracia mora en un alma, no podrá vivir allí Satanás: no se compadece el día con la noche; y donde reina la luz desaparecen al punto las tinieblas. Errores disparatados y absurdísimos son, y no más, las innovaciones protestantes, como siempre lo ha sido y lo será toda innovación doctrinal en la *única* Iglesia verdadera, que es la de Jesucristo, ó la *católica apostólica* romana. De modo que, si bien se repara, viene á ser también este inimitable libro del *Audi Filia* refutación constante, en gran parte, de los errores protestantes.

CAPÍTULO LXXXIX

Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruída la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables á Dios.

Posible es que llegue á tanto la ceguedad de algunos, que les parezca que no sólo basta el favor de Jesucristo para que á estos tales en quien dicen que se queda el pecado, no sólo se les quite la pena, mas que por estar incorporados en Jesucristo, que es muy amado del Padre, sean también ellos amados y agradables y limpios, porque Él lo es, aunque en ellos quede el pecado; porque aún les parecerá que es honrar á Jesucristo sentir del amor que su Padre le tiene tan altamente que venza el aborrecimiento que tiene á los tales en quien queda el pecado; mas tal honra como ésta, del todo es contraria á su verdadera honra y á la verdad de la Escritura divina. Ninguna honra es por cierto para un juez que deje de castigar, ó que quiera bien á algunos malos porque viven con su hijo, porque se demuestra en ello que el hijo no es perfecto amador de la bondad, pues ama á los malos criados; y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama á los que había de castigar, sin respeto de nadie. Los que han de ser criados agradables á Jesucristo Nuestro Señor, no han de tener maldad de pecado mortal, pues que Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado y semejable á la de Él; porque espantable monstruo sería en lo corporal cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto. Y así lo sería en lo espiritual, que debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hubiese miembros vivos contrarios á Él. Frescos están los sarmientos, y llenos de fruto, cuando están vivos en la vid. Y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos qué tal están los suyos que están en gracia incorporados en Él, porque están semejables á Él, teniendo propios bienes que reciben de Él y por Él, para que así se cumpla lo que dice San Pablo (Rom., VIII): *Que los que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes á la imagen de su Hijo.* ¿Pues cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los Mandamientos de su Padre, y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están

siempre quebrantando con entero quebrantamiento el primero y noveno Mandamiento de Dios?

Ni hay participación de bondad con maldad, ni de Cristo con quien quebranta los Mandamientos del Padre, pues Él predicó (Matth., VII): *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre.* Y está tan lejos de la verdad que el favor de Cristo se entienda á que estén en gracia del Padre, ni de Él, los que quebrantan los Mandamientos, que dice el mismo Señor (Joannis, XV): *Si guardáredes mis Mandamientos, estaréis en mi amor, como yo guardé los Mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.* ¿Pues quién habrá que espere que quebrantando los Mandamientos sea amado del Padre, por respeto de Jesucristo, pues que permanece en el amor del Padre guardando sus Mandamientos? No será cierto amado el esclavo, sino por la vía que lo fué el Hijo, ni Él tendrá en su gracia y amor sino á quien guardare sus Mandamientos, como claramente lo dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero (Joann., XV): *Estad en Mí, y Yo en vosotros,* dijo después: *Estad en mi amor.* Y para declarar qué era estar en Él y en su amor, dijo: *Si estuviéredes en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquiera cosa que quisiéredes pediréis, y os será cumplida.* De manera, que quien quebranta sus palabras no piense que está en su amor, ni incorporado en su cuerpo como miembro vivo, porque fija está la sentencia de la Divina Escritura, que dice (Sap., IV): *Aborrecible es á Dios el malo, y su maldad.* Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecidos, sino amados en sí mismos, dijo á sus discípulos (Joann., XIV y XVI): *No os digo ahora que rogaré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis á Mí, y creisteis que salí de Él;* como si dijese: "Poco ha que os dije, Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador; mas no penséis qne he de rogar por vosotros, como acaece rogar uno á su amigo que dé algo á otros, con los cuales aquel rogado está mal: y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega, y quédanse los otros desamados y desagradables como antes se estaban. No es así acá, porque por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien, y parecéis bien, y tenéis licencia, como gente amada con propio amor, y que tiene propia gracia y jus-

ticia, para entrar vosotros delante su acatamiento y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que Yo por vosotros ruego es como por gente amada, á la cual el Padre hace mercedes porque Yo las pido, y porque para vosotros las pido.

Tales son los que Jesucristo Nuestro Señor tiene incorporados consigo, como miembros vivos que les alcanzó la gracia, cuando no la tenían, con que agraden al Padre; y después de alcanzada, hagan obras que tengan con dignidad para merecer la vida eterna, como galardón justo de tales servicios y como herencia debida á los hijos. Y si os parece cosa desproporcionada á la humana bajeza hacer cosa que tenga igualdad de merecimiento con la alteza y eternidad del celestial reino, no miréis vos para esto al hombre á solas, sino honrado y acompañado con la celestial gracia que en su ánima le es infundida, *y hecho participante de la naturaleza divina*, como dice San Pedro (II Petr., I). Y miradlo como á miembro vivo de Jesucristo Nuestro Señor, que incorporado en Él vive y obra por el espiritual influjo que le viene de Él y participa de sus merecimientos; las cuales cosas son tan altas, que tienen igualdad con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven se pueda afirmar que cumplen la Ley de Dios. Y lo que San Pablo pide á los Colosenses y Tesalonicenses (Colos., I; Thesal., I) cuando les dice *que vivan dignamente de Dios*, á los cuales no les pidiera cosa tan alta si no entendiera que con los favores ya dichos la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos; porque luego el mismo Apóstol da gracia á Dios porque los hizo dignos de la ración de los Santos en lumbre. Y cuál sea esta ración, decláralo Jeremías diciendo (Jerem., CXLI): *Mi ración es el Señor, y por eso lo esperaré.* Y David dice de Dios (Psalm. III): *Tú eres mi ración para siempre.* Digno es de esta ración quien la Ley de Dios cumple con las buenas obras ya dichas y quien es hallado leal en las pruebas que Dios le envía, según está escrito: *Tentólos el Señor, y hallólos dignos de sí;* y por lo uno y por lo otro está escrito que dará Dios el jornal de los trabajos de sus Santos.

CAPÍTULO XC

Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.

No tenga nadie temor de atribuir la alteza de honra espiritual, y grandeza de espirituales riquezas, y perfecta limpieza de los pecados, á los que el celestial Padre justifica por merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, ni piense nadie que el ser ellos tales perjudica á la honra del mismo Señor; porque como todo lo que ellos tienen les viene por Él, no sólo no disminuye la honra de Él ser ellos tan valerosos, mas aun la manifiestan y engrandecen; pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos están, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel que tanto bien alcanzó á los que de sí ni lo tenían ni lo merecían. La Escritura dice (Thren., XIV): *Si el pesebre está lleno, manifiéstase la fortaleza del buey*: y es la razón, porque con su trabajo lo llenó de mantenimiento. Y San Pablo dice (I Thesal., II) á unos hombres, á los cuales había aprovechado con su doctrina y trabajos, *que ellos son honra y corona delante el Señor;* ¿pues cuánto más lo serán de Jesucristo Nuestro Señor los que por Él son traídos á honra de hijos, y á riquezas de bienes, y tanto mayor cuanto los bienes fueren mayores? No es el Señor como algunos, que les pesa ó les place poco con la honra ó virtud de sus criados, pareciéndoles que perjudica á la suya; ó como las vanas mujeres, que huyen de acompañarse de criadas hermosas porque no obscurezcan la hermosura de ellas. Caridad tiene, cierto, Jesucristo Nuestro Señor, y que excede á todo nuestro conocimiento, como dice San Pablo (Joann., XX), *para tener nuestro bien por suyo*, y porque tuviésemos muchos bienes perdió Él su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por Él; y siendo Él único Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por Padre, como Él lo dijo: *Subo al Padre mío, y al Padre vuestro; Dios mío, y Dios vuestro.* Y así como dice San Juan (Joann., I), hablando del mismo Señor: *Vimos la honra de Él, como honra de Hijo unigénito;* y dice de Él, *que es lleno de gracia y de*

verdad, así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios; y si la gracia y verdad fué hecha por Jesucristo, *como dice San Juan* (Joann., I), no fué para que en Él solo se quedasen, mas para que se derivase en nosotros, y tomásemos del cumplimiento de Él, y en tanta abundancia, que le llama San Pablo (II Cor., IX), *don que no se puede contar, á lo que de presente tenemos*. Y para conocer las riquezas de la heredad que en compañía de Él esperamos gozar, ruega San Pablo á Dios (Ephes., I), *que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación;* porque aquel bien mayor es de lo que nuestra razón puede alcanzar. Gloria y gracias sean á Ti, Señor, para siempre, que así nos honraste y enriqueciste con los dones presentes, y nos consolaste con la esperanza de ser herederos de Dios, juntamente contigo, y que tuviste tanto amor con nosotros, que te movió muy mejor que á Job (Job, XLII), *á que no comieses tú bocado de pan á solas*, sino que comiese el huérfano de él.

Y así como el amor del Padre estuvo en Ti, y no estéril, mas lleno de muchos bienes, así Tú, Señor, queriéndonos hacer compañeros tuyos en esto, rogaste al Padre diciendo (Joann., XVII): *que el amor con que me amaste esté en ellos*. Y con este amor tales bienes, cuales uno por sí, y por los que habían de gozar de estos bienes, dijo de esta manera (Isa., LXI): *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijarse ha mi ánima en Dios, porque me vistió con vestiduras de salud y me rodeó con vestiduras de justicia, como á esposo hermoseado con corona y esposa ataviada con sus atavíos:* la cual confesión, con otras semejables que en la Escritura Divina hay de los bienes que por Jesucristo nos vienen, da ciertamente más honra á Jesucristo, que decir que ni la virtud de su Sangre, ni de su gracia, ni Sacramentos, ni infundirse el Espíritu Santo en un hombre, ni incorporarlo consigo, no son bastantes á quitar el pecado de un hombre, sino á hacer que no sea condenado por él. ¿Qué es esto sino sentir mal de Dios Padre, que prometiendo enviar con su único Hijo remedio contra el pecado, y que en su tiempo había de recibir fin el pecado, no cumple lo prometido, pues el Hijo venido, el pecado se queda aún en quien participa del Hijo? ¿Cómo se puede cumplir la palabra que dice (Ezech., XXXVI): *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras suciedades;* si de ver-

dad no me limpian en mí, sino échanme un manto limpio encima, diciéndome que se imputa por mía la justicia y limpieza de Jesucristo Nuestro Señor? Lo cual, más es cubrir mi suciedad que quitarla. Y quien esto dice, por el mismo caso niega ser el Mesías prometido en la ley, Jesucristo Nuestro Señor, y debe esperar otro, que libre, no sólo de la condenación del pecado, mas del mismo pecado; pues es claro que el que de entrambas cosas librase, sería mejor Salvador que quien de la una. Á estos tales despeñaderos sube la ciega so berbia á quien la recibe.

CAPÍTULO XCI

Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, ó cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes.

La manera que la Divina Escritura tiene en decir que Cristo nos es hecho (I Cor., I) *sabiduría, justicia, santificación y redención*, no debe ser ocasión á nadie para pensar que los justos no tienen en sí propia justicia; porque si por eso somos justos, porque Cristo es justo, y no por justicia que tengamos, mas también se dirá que no hay sabiduría en nosotros con que seamos sabios, ni santificación, ni redención. San Juan dice (I Joann., II), *que la unción del Espíritu Santo, que enseña de todas las cosas, está en los justos.* San Pablo dice (I Cor., VI): *Lavados estáis, santificados estáis.* Y San Pedro dice (I Petr., I): *Redimidos estáis de vuestra vana conversación.* Pues como Cristo no fué redimido, pues no tuvo pecado, de que esta redención ha de estar en nosotros, por la cual somos llamados redimidos; no obstante que la Escritura diga que Cristo nos es hecho redención, porque en esto, y en las otras tres palabras, lo que quiere decir es que por su merecimiento nos son dadas aquestas cosas. El Apóstol dice (Colos., III) *que Cristo es nuestra vida;* mas por esto no se sigue que los justos no viven, que dice el Señor (Joann., VI): *El que come á Mí, vive por Mí.* Y no tendría razón de hombre quien por oir decir que Cristo es hermosura de la rosa, ó fortaleza del león, ó cosas de esta manera, negase tener estas criaturas hermosura y fortaleza distintas de las de Dios. La Escritura dice (Deut., XXX): *Dios es*

vida tuya, y longura de tus días; el cual modo de hablar *quiere decir* que Dios es causa eficiente de estas cosas, y el que nos las da. Ni tampoco debe ser tomada ocasión para el dicho error, de que la Escritura dice que somos hechos justicia de Dios en Jesucristo, y que el Padre nos hizo agradables en su amado Hijo, y cosas de esta manera; porque este modo de hablar es para dar á entender, como arriba se dijo, el misterio de ser Cristo cabeza, y de ser los justos sus miembros, los cuales están arrimados á Él, para que se conserve y acreciente el bien que han recibido; porque si por este modo de hablar se hubiese de entender que los justos no tenían estos bienes en sí mismos, sino porque los tiene Jesucristo, que se podría responder á lo que dice San Pablo (I Rom., III): *Que son justificados los justos por la redención que está en Jesucristo.* Pues que no habiendo en Él cautiverio, no hubo redención: y por esto ha de estar en los justificados, aunque ganada por el Señor.

El mismo Apóstol dice (Rom., VIII): *¿Quién nos apartará del amor de Dios, que está en Jesucristo?* Mas por esto no se sigue que no está en nosotros, y muy dentro de nosotros; pues dice en otra parte (Rom., V), *que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado.* Este mismo modo de hablar tiene, *cuando dice*, aun de los bienes naturales, que en Dios vivimos, y nos movemos y somos. Mas no habrá quien diga (Act., XVII) *que no tenemos ser y vida, y operaciones distintas de las de Dios.* Tiene la Escritura este modo de hablar, para dar á entender que ni tenemos el bien de nosotros, ni le podemos conservar en nosotros; y algunas veces dice (II Cor., II): *Que los tales bienes no son nuestros, ni los obramos nosotros:* así como donde dice el Señor á sus discípulos (Joann., XV): *No me elegisteis vosotros, mas Yo os elegí.* Y en otra parte. (Marc., X): *No sois vosotros los que habláis, mas el Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros.* Y porque no entendiese nadie que por esto el hombre no obraba bien y con libertad, *dice en otras partes* (Ezech., XXXVI) que hace el hombre aquel tal bien, sin hacer mención de que lo hace Dios: *Yo os daré corazón nuevo*, dice Dios en Ezequiel (cap. XVIII), y dice á los hombres en el mismo Profeta: *Haced para vosotros corazón nuevo.* San Pablo dice (Rom., IX), *que no es del que quiere ni es del que corre.* Y en otra parte dice (I Cor., IX): *Yo quiero el bien, y no*

corro, y no como á cosa incierta. Y así en otras muchas partes, para dar á entender que el bien que tienen lo tienen de Dios, y que en la buena obra concurren Dios y el hombre; mas que la gloria del uno y del otro se debe á Dios, pues todo el bien viene de Él, y por esta manera de hablar dijo Nuestro Señor (Joann., VII): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y así pudiera decir: mis obras no son mías, mi justicia no es mía, mas de Aquel que me envió. Y quien por esta manera de hablar entendiese que el Señor no tenía en sí mismo sabiduría y doctrina y los otros bienes, claramente se ve cuán gravemente se engañaría. Mi doctrina no es mía, quiere decir, *no la tengo de Mí mismo, sino de mi Padre;* y así por semejantes palabras no se había de sacar que los justos no tienen en sí propia justicia, sino que no la tienen de sí. Y de esta manera se concuerda lo que el Concilio Tridentino dice (sesión 4 *De Justificatione), que la justicia es nuestra, porque por ella sujetada en nosotros, somos justificados.* Y lo que el Señor aquí dice (Joann., XIV), y en otra parte: "La palabra que oisteis no es mía, porque aunque esté en nosotros, no la tenemos de nosotros, sino dada de la mano de Dios, y por eso se dice ser justicia de Dios."

CAPÍTULO XCII

Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece, y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación.

Mucha diferencia va de saber una verdad á saber usar de ella como se debe usar; porque lo primero sin lo segundo, no sólo no aprovecha, mas aun daña; pues como dice San Pablo (Galat., VI, 3), *el que piensa que sabe algo, no ha sabido como debe saber.* Y dícelo, porque algunos cristianos sabían que lo sacrificado á ídolos se podía comer como lo que no era sacrificado; y usaron mal de aquesta ciencia, pues comían delante de aquellos que se escandalizaban de verlo comer; y heos dicho esto, porque no os contentéis con saber esta verdad, que los que están en gracia del Señor son justos y agradables con propia gracia y justicia, y que el valor de sus buenas obras

es tan alto que merece que les crezca la gracia y se les dé la gloria; mas procuréis de poner esta verdad en su lugar, pues que hay gentes que usan mal de ella, ó por más ó por menos. Los primeros corren peligro de soberbia, y los segundos de pereza y pusilanimidad. Muchos he visto que, por la gracia de Dios, en breve tiempo son libres de grandes males en que mucho tiempo estuvieron, y no son libres en muchos años de los peligros que por las buenas obras que hacen se les ofrecen. Acordaos que dice David (Psalm. CXXXIX), *que le pusieron lazo los malos cerca de su camino, y que también lo pusieron en el mismo camino.* Porque no sólo pretenden nuestros enemigos sacarnos del buen camino, incitándonos á que hagamos mal, mas también lo ponen en el mismo camino de las buenas obras, incitándonos á que no usemos del bien como debemos, para que se verifique en nosotros lo que dice el Sabio (Eccl., V): *Vi otro mal debajo del sol, riquezas allegadas para mal de su dueño;* porque á quien usa mal de la cosa, mejor sería no la tener.

Acaece á esto, que mirando las buenas obras que hacen y oyendo decir lo mucho que por ellas se merece, se les anda la cabeza alrededor con vanidad y altivo complacimiento, sin mirar las muchas faltas que en ellas hacen y sin tenerlas por merced de Dios, como lo son, y sin procurar de pasar adelante, como gente de pequeño y liviano corazón que con pocas palabras se satisface, siendo razón, como dice San Bernardo, *que no estemos descuidados mirando lo que tenemos de las cosas de Dios, mas cuidadosos por alcanzar lo mucho que nos falta.* Y hay algunos tan ciegos con ignorante soberbia, que aunque su lengua diga otra cosa, mas su corazón siente muy de verdad que por sus merecimientos, sin mirar que son gracia de Dios, está obligado á darles lo que piden y lo que esperan por tan pura justicia, que si algo les niega se quejan en su corazón teniéndose por agraviados, y que sirviendo tan bien no se les hace justicia, negándoles algo. No os mueva esta mala soberbia, que días ha que se queja Dios de ella en Isaías, diciendo (cap. LVIII): *Pídenme juicios de justicia*, y quiérense llegar á Dios y dicen: *¿Por qué ayunamos y no lo miraste, y humillamos nuestras ánimas y no lo aprobaste?* Y porque esta ponzoña tan peligrosa no éntre en vuestra ánima, con otras que de ella se siguen, debéis tomar aquella excelen-

te doctrina que Jesucristo Nuestro Señor dijo en San Lucas (cap. XVII) de esta manera: «¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara ó apacienta bueyes, que viniendo del campo le diga luego vete á descansar; *y no le diga* aparéjame lo que he de cenar, y cíñete, y sírveme hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás tú y beberás?„ ¿Por ventura agradece aquel señor á su siervo que hizo las cosas que le había mandado? *Pienso que no.* Pues así vosotros, cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: "Siervos desaprovechados somos: lo que éramos obligados á hacer, hicimos.„ De las cuales palabras debéis sacar cuán provechoso sentimiento es para el cristiano tenerse por esclavo de Dios, pues el Señor nos mandó que así nos llamemos, y esto no con el corazón con que suele servir el esclavo, que es temor y no amor; porque de éste dice San Pablo (Rom., VIII): *No recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en temor, mas recibisteis el espíritu de adopción de hijos de Dios,* en el cual clamamos, diciendo á Dios Padre, *Padre;* porque, *como San Agustín dice,* la diferencia, en breve, de la ley vieja al Evangelio, es la que hay *de temor á amor.*

Y así, dejando aparte este espíritu de servidumbre, porque no es de hijos de Dios, y el espíritu del temor, por imperfecto, aunque no malo, pues es don de Dios temerle, aun por las penas, entended por nombre de siervo á un hombre que se tiene por sujeto á Dios por más fuertes y justas obligaciones que ningún esclavo lo es de otro hombre, por muy caro que le haya costado. Y mirando á esto, todo lo que dentro de sí ó fuera de sí hace de bien, todo lo hace para gloria y contentamiento de Dios, como un esclavo leal, que todo lo que gana lo da á su señor. *Item,* no es flojo ni descuidado en servir hoy, por haber servido muchos años pasados, ni se tiene por desobligado de hacer un servicio, porque ha hecho otro, *como dice el Santo Evangelio* (Luc., XVII); mas tiene de continuo una hambre y sed de justicia, que todo lo hecho tiene por poco, mirando lo mucho que ha recibido, y lo mucho que merece el señor á quien sirve. Y así cumple lo que dice San Pablo (Philip., III), *que olvidando las cosas pasadas, se esfuerza á servir de nuevo en lo por venir.* Y también entiende, que de lo que hace, por mucho que sea, ni le viene provecho á Dios, ni es Dios obligado á le agradecer á él lo que hace, mirando las obras como

á nacidas de solas nuestras fuerzas y natural, pues no le puede pagar aun lo que le debe; y por esto dice el Santo Evangelio (Luc., XVII): "Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os fueren mandadas, decid: *Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos.*" Sin provecho digo, para Dios, que para sí ganan la vida eterna, como se dirá en el capítulo siguiente. Y de esta manera entendido el nombre de esclavo, veréis que es nombre de humildad, obediencia, diligencia y amor. El cual sentimiento tuvo la Sagrada Virgen María cuando, enseñada por el Espíritu Santo, respondió (Luc , 1): *He aquí la esclava del Señor: sea hecho en mí según tu palabra.* Su propia bajeza confiesa; su servicio y amor liberalmente ofrece, sin atribuirse á sí misma otra honra ni otro interés, mas de tener cuenta de servir como esclava en lo que el Señor le mandase para gloria de Él: todo lo cual sintió y dijo en llamarse nombre de esclava. De este mismo nombre se precia y se nombra San Pablo, cuando dice (Rom., I): *Pablo siervo de Jesucristo.* Y, finalmente, así lo han de sentir todos los que sirven á Dios altos ó bajos, si quieren que no se les torne en daño el servicio.

Aprovechaos, pues, vos de esta verdad, y hallaréis gran remedio contra los peligros que de las buenas obras suelen nacer, no por naturaleza de ellas, sino por la imperfección de quien las hace. Y usad á decir con la boca y corazón muchas veces: "Esclava soy de Dios, por ser Dios quien es, y por mil cuentos de beneficios que de su mano he recibido: y por mucho que haga por Él, no le pagaré un paso que por mí dió hecho hombre, ni el menor de los tormentos que por mí pasó, ni un pecado que me ha perdonado, ni otro de que me haya librado, ni un propósito bueno que me ha dado para le servir, ni un día del cielo que espero alcanzar. *Y menor son*, como dijo Jacob (Genes., XXXI), *que cualquiera de las misericordias de Dios.* Y si dice el Señor que los que hacen todo lo que les es mandado se deben humillar y decir, *siervos somos sin provecho, lo que debíamos hacer hicimos*, ¿cuánto más me debo yo humillar, pues en tantas faltas caigo por ignorancia, ó flaqueza ó malicia? Esclava soy, y mala esclava, y no sirvo á Dios como puedo ni debo; y si á lo que yo merezco hubiese mirado, ya ha días que me hubiera enviado al infierno por los pecados que he hecho, y por otros muchos en que justamente me pudiera haber dejado caer. Este, pues, sea el sentimiento que de vos tengáis,

BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA Granada

y éste sea el lugar donde os pongáis, pues de vuestra parte así lo merecéis. Y vuestro cuidado sea servir al Señor lo que mejor pudiéredes, sin echar de ver en ello, y sin pensar que por ello os debe Dios agradecimiento, ni que podéis responder á lo que debéis, ni uno por mil, *como dice Job* (cap. IX). Y cuando oyéredes decir lo mucho que merecen las buenas obras, no alivianéis vuestro corazón, sino decid: *Merced tuya es, Señor; gracias sean dadas á Ti, que tal valor das á nuestros indignos servicios:* de manera, que siempre os quedéis en vuestro lugar de negligente é indigna esclava.

CAPÍTULO XCIII

Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar á las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias.

Asegurada, pues, vuestra ánima de los peligros ya dichos, con este sentimiento que el Señor nos enseña podéis gozar con seguridad de la grandeza y valor que el Señor da á los suyos, y bendecirlo habéis, porque á los que son esclavos de naturaleza, les infunde Él su gracia, con la cual son hechos hijos adoptivos de Dios, *y sí hijos, herederos juntamente con Cristo,* como dice San Pablo (Rom., VIII). Y porque los recibidos por hijos de Dios es razón que vivan y obren conforme á la condición de su padre, dales el Señor el Espíritu Santo, y muchas virtudes y dones con que se puedan servir y cumplir su ley y tenerle contento. Y aquellos cuyos servicios, por grandes que fuesen, mirados en sí no subían de los tejados arriba, han ya bebido del agua de la gracia, que es tan poderosa que se les ha hecho una fuente en sus entrañas que salta hasta la vida eterna, con el valor de la cual las buenas obras, por pequeñas que sean, suben hasta la vida eterna, porque la merecen por las causas ya dichas; mirad lo que va de vos, mirándoos en vos á vos, mirándoos en Dios y en su gracia. De vos, sois una gran suma de deudas, y por mucho que hagáis, no sólo no podéis merecer la vida eterna, mas ni aun pagar lo que debéis. Mas en Dios y su gracia, el mismo servicio, que sois obligada á hacer, os es recibido por merecimiento de la vida eterna; y no siendo el Señor obligado á vos para agradeceros ni pagaros lo que

por Él hiciéredes, ordena las cosas de tal arte que las buenas obras de los suyos sean galardonadas con poseerlo á Él en el cielo: y aunque para hacerlo así no debe Dios nada á nadie, por quien Él es, mas débelo á sí mismo, cuya ordenación es muy justo y debido que se cumpla, y muy por entero. Glorificad, pues, á Dios por estas mercedes, y entended, que si Dios no hubiera sido misericordioso Padre á San Pablo en darle una vida llena de buenos merecimientos, no osara él decir, ya que estaba cerca de su muerte, que le había de dar corona de justicia el justo Juez. Coronóle Dios por justicia, mas él le dió primero los merecimientos de la gracia, y así todo redunda en gloria de Dios, ó de justo galardonador del bien hecho, ó de misericordioso, y primero dador del bien que hicimos: lo cual ninguno debe negar, sino el que quiere privar á Dios de su honra. Poneos, pues, en vuestro propio lugar, y teneos por digna de infierno y de todos los males, y por indigna del menor de los bienes, y no desmayéis por aquella bajeza; mas hollada toda pusilanimidad, esperad en la misericordia de Dios, que pues os ha puesto en su camino, os esforzará en él para que lo llevéis adelante, hasta que cojáis en la vida eterna el fruto de las buenas obras que aquí por su gracia hicisteis.

CAPÍTULO XCIV

Que del amor que tenemos á nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener á los prójimos.

Pues ya habéis oído con qué ojos habéis de mirar á vos misma y á Cristo, resta, para cumplimiento de las palabras del Profeta, que os dice que veáis *con qué ojos debéis de mirar á los prójimos,* para que así de todas partes tengáis luz, y ningunas tinieblas os hallen. Y para esto habéis de notar que aquél mira bien á sus prójimos que los mira con ojos que pasan por sí mismo y que pasan por Cristo; quiero decir, tiene un hombre trabajos cuanto á su cuerpo, ó tristezas, ó ignorancias y flaquezas cuanto á su ánima: claro es, que siente pena con el calor y frío, y le duele la enfermedad, y desea no ser desechado ni despreciado por sus flaquezas, mas sufrido, y remediado y apiadado: pues de esto que pasa en él, así en sentir los trabajos como en desear el remedio de ellos, aprenda y conozca lo

que el prójimo siente, pues es de la misma flaca naturaleza de él, y con aquella compasión le mire y remedie y le sufra con que mira á sí mismo y desea ser remediado, y así cumplirá lo que la Escritura dice (Eccl., XXXI): *De ti mismo entiende las cosas que son de tu prójimo.* Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable que querer misericordia en sus yerros, y venganza contra los ajenos? Querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir á nadie, haciendo la pequeña mota del ajeno defecto una gran viga. Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira á los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice (Prov., XVI): *Tener peso y peso, y medida y medida, abominación es delante de Dios.* Para dar á entender, que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña para dar, que es desagradable delante sus ojos, y su castigo será, que pues él no mide á su prójimo con la misericordia que quiere que midan á él, que le mida Dios á él con la crueldad y estrecha medida con que él midió á su prójimo; porque escrito está (Matth., VII): *Con la medida que midiéredes seréis medidos, y juicio sin misericordia será hecho al que no hiciere misericordia.* Pues, doncella, en cualquier cosa que en vuestro prójimo viéredes, mirad qué es lo que vos sentís, ó querríades que otros sintiesen de vos, si aquello os acaeciese, y con aquellos ojos que pasan por vos compadeceos de él, y remediadlo en cuanto pudiéredes: y seréis medida de Dios con esta piadosa medida que vos midiéredes, según su palabra (Matth., V): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia;* y así habréis sacado conocimiento del prójimo de vuestro propio conocimiento, y seréis piadosa para con todos.

CAPÍTULO XCV

Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo habemos de sacar el amor que debemos tener á los prójimos.

Agora mirad cómo lo habéis de sacar del conocimiento de Cristo, pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado pro-

curó en toda su vida el bien de ellos, y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como mirándoos á vos mirasteis á los prójimos con ojos humanos, así mirando á Cristo lo miraréis con ojos cristianos; quiero decir, *con los ojos que Él os miró;* porque si Cristo en vos mora, sentiréis de las cosas como Él sintió, y veréis con cuánta razón sois obligada á sufrir y amar á los prójimos, á los cuales Él amó y estimó como la cabeza ama á su cuerpo, y el esposo á su esposa, y como hermano á hermanos, y como amoroso padre á sus hijos. Suplicad al Señor que os abra los ojos con que veáis el encendido fuego de amor que en su Corazón ardía cuando subió en la cruz por el bien de todos, chicos y grandes, buenos y malos, pasados, presentes y por venir, y por los mismos que le estaban crucificando. Y pensad que este amor no se le ha resfriado: mas si la primera muerte no bastara para nuestro remedio, con aquel amor muriera ahora que entonces murió, y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente por nuestro remedio, así muchas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor.

Pues decidme, ¿quién podrá ser cruel á los que Cristo fué tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal al que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede decir, ni escribir, el entrañable amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira á sus prójimos, no según lo de fuera, así como riquezas ó linaje, ó cosas semejables, mas como á unos entrañables pedazos del cuerpo de Jesucristo y como cosa conjuntísima á Cristo con toda manera de parentesco y de amistad; porque, según dice el refran: *Quien bien quiere á Beltrán, bien quiere á su can.* Qué tanto os parece que querrá un amador de Cristo á sus prójimos, viéndoles que son cuerpo místico de Él, y que ha dicho el mismo Señor por su boca (Matth., XXV): *Que el bien ó el mal que al prójimo se hiciere, el Señor lo recibe como hecho á sí mismo:* y de considerar profundamente aquestas palabras viene el buen cristiano á conversar con sus prójimos una reverencia profunda y amor entrañable, y mansedumbre blanda para lo sufrir, y vigilante cuidado de no les enojar ni dañar, antes aprovechar y alegrar, que le parece que con el mismo Cristo conversa, pues á Él mira en ellos, de los cuales se tiene su corazón por más esclavo y más obligado á los aprovechar, que si por gran suma de dinero fuera com-

prado; porque mirado el precioso precio que Jesucristo dió por un hombre, cuando con su preciosa Sangre lo compró en la cruz, ¿qué debe hacer este tal sino ofrecerse todo á servicio de Cristo, y deseando que se ofrezcan cosas en que enseñe su agradecimiento y su amor? Y como oye de la boca de Dios (Marc., IX): *Si me amas, apacienta mis ovejas.* (Joann., XIII): *Y quien á un chiquito de éstos recibe, á Mí me recibe. Y quien hace obras de misericordia á uno de éstos, á Mí las hace,* tiene por señalada merced que tenga tan cerca de sí tan buen aparejo en que mostrar y ejercitar el amor que él tiene á Jesucristo, pareciéndole el trabajo que por el prójimo pasa, pequeño, y los años breves, por la grandeza del amor que á Cristo tiene por sí, y á ellos por Él y en Él, y trae á la continua en su corazón lo que el Señor amoroso tan estrechamente mandó cuando dijo: *Mi mandamiento es aquéste: que os améis unos á otros como Yo os amé.*

CAPÍTULO XCVI

De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos.

Y añadid á esto otra consideración con que habéis de mirar á los prójimos, y es, que aunque por una parte sea gran verdad que de los bienes que el Señor hace á uno no busca, ni quiere retorno; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da, de la cual no lo quiera, no para sí, pues Él es riquísimo, ó sin poder crecer en riquezas; y lo que da, por amor puro lo da: mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos: así como si un hombre hubiese prestado á otro muchos dineros y hecho otras muchas buenas obras, y le dijese: de todo esto que por vos he hecho, yo no tengo necesidad de vuestra paga; mas todo el derecho que contra vos tenía, lo cedo y traspaso en la persona de Fulano, que es necesitada, ó es mi pariente ó criado; pagadle á él lo que á mí me debéis, y con ello me doy por pagado. De este arte éntre el cristiano en cuenta con Dios, y mire lo que de Él ha recibido, así en los trabajos y muerte que el Hijo de Dios pasó por él, como en las misericordias particulares que después de criado le ha hecho, no castigándole por sus pecados,

no desechándole por sus flaquezas, esperándole á penitencia y perdonándole cuantas veces ha pedido perdón, dándole bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar; y piense que esta amorosa contratación de Dios con él, le ha de ser un dechado y regla para la conversación que él ha de tener con su prójimo: y que el intento con que Dios ha obrado en él tantas mercedes es para darle á entender, que aunque el prójimo no merezca por sí ser sufrido, ni amado, ni remediado, quiere Dios que el bien que el otro por sí no merece le sea concedido por lo que él debe á Dios, y se conozca por obligado y esclavo de los otros, mirando á Dios, el que mirando á ellos se hallaba no deber nada á nadie, y que el título con que el necesitado le pida remedio, sea éste: *Haced esto conmigo, pues Dios así lo ha hecho con vos.*

Y tema mucho el tal hombre no sea cruel ó desamorado con quien lo ha menester, porque Dios no lo sea para con él, quitándole los bienes que le había dado y castigándole como á desagradecido al perdón de los males pasados, como lo hizo con aquel mal siervo (Matth., XVIII), *que habiendo recibido de su señor perdón de diez mil talentos, fué cruel para con su prójimo, encarcelándole porque le debía cien maravedís, sin le querer dar suelta ni espera.* Y aquel señor, que por haberle destruído su siervo hacienda de diez mil talentos no se lee haberse enojado con él, antes usado de tanta misericordia, que pidiéndole su esclavo espera le dió suelta y perdón de la deuda, está ahora tan enojado por la crueldad que con su prójimo hizo, que reprendiéndole asperamente, le dijo: "Siervo malo, perdonéte yo todo lo que me debías, porque me rogaste; pues ¿no fuera razón que hubieras tú misericordia de tu prójimo, como yo la hube de ti?„ Y con este enojo lo entregó á los atormentadores hasta que pagase toda la deuda que ya le había soltado. No porque Dios castigue los pecadores ya una vez perdonados, mas castiga la ingratitud del perdonado, la cual es mayor, cuanto el perdón fué de más y mayores pecados. Y aunque es de creer que este tal siervo llamase á su señor (Prov., XXVII), mas responderle había lo que está escrito: *El que cierra su oreja al clamor del pobre, dará voces él y no será oído.* Entended, pues, doncella, que mirándoos á vos, y mirando á Cristo quien es, y los bienes que de su mano habéis recibido, es razón que se engendre en vuestro corazón estima y amor con el prójimo,

que ninguna cosa sea parte para os la quitar. Y cuando vuestra carne os dijere, ¿qué le debo yo á aquél para hacerle bien? ¿Y cómo le amaré habiéndome él hecho mal á mí? Responded que quizá la oyérades si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho, y el perdón al prójimo dado como si á Él mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras el ser el prójimo quien fuere, ó hacer el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo? Y de esta manera arderá en vuestro corazón la caridad (Cant., VIII), de tal arte, *que las aguas muchas de malas obras que nos sean hechas no la podrán apagar,* mas saldrá vencedora, y subirá hacia arriba como viva llama, y conversaréis con vuestros prójimos sin que tropecéis ni perdáis vuestra virtud, porque ellos la pierdan. Y así dice David (Psalm. XVIII): *Mucha paz tienen, Señor, los que aman tu ley y no tienen tropiezo.*

La cual ley, la de la caridad es, con que se suma y cumple toda la ley, como dice San Pablo (Rom., XIII; Galat., V): *Quien al prójimo ama, la ley ha cumplido.* Y esta estima del prójimo con que le honramos como á hijo de Dios adoptivo y como á hermano de Jesucristo Nuestro Señor, y este amor que como á cosa tan suya le tenemos, es lo que San Pablo (Philip., II) encomienda á los filipenses, y á nosotros en ellos, diciendo: *Teneos con la humildad unos á otros por mayores, y no tengáis cuenta con vuestro interés, mas con lo que cumple á los otros:* y esto sentid á ejemplo de Jesucristo, que teniendo *forma de Dios,* se humilló á tomar *forma de siervo,* lo cual fué para aprovecharnos (Joann., XIII). Y estas dos mismas cosas, *humildad y amor con los prójimos,* nos enseñó, y encomendó el mismo Señor en aquel admirable hecho que cercano á la muerte quiso hacer, lavando los pies á sus discípulos, en lo cual se denota humildad por ser oficio tan bajo, y caridad por ser provecho del prójimo. Las cuales dos cosas, quiere que de él aprendamos, siendo pequeños siervos y discípulos suyos, pues el Señor y Maestro lo quiso hacer. Confortada, pues, con este ejemplo y con lo ya dicho, pesad á los prójimos con peso de que son adoptados de Dios, y se dió por ellos Jesucristo en la cruz, y preciad y honrad vos á quien tanto honró, y amad á los que son conjuntos con Él, como esposa muy amada y miembro de su cabeza, y así tendréis el amor fundado y fuerte; porque el

que de estas fuentes no nace, muy flaco es, y luego se cansa y se seca, y como casa edificada sobre movediza arena, á cualquier combate y ocasión que se le ofrezca da consigo en el suelo.

CAPÍTULO XCVII

Comiénzase á tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo». Y de dos bandos que hay de hombres buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos.

Síguese otra palabra, que dice: *Olvida tu pueblo y la casa de tu padre*. Para declaración de la cual es de notar, que todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos ó ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos: las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y de otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones. Porque, según dice San Agustín, *dos amores hicieron dos ciudades*. El amor de sí mismo, hasta despreciar á Dios, hizo á la ciudad *Terrenal*. El amor de Dios, hasta despreciar á sí mismo, hizo la ciudad *Celestial*. La primera ensálzase en sí misma. La segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres. La segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra. La segunda dice á Dios: tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza. La primera es deseosa de mandar y señorear. En la segunda sírvense unos á otros por caridad. Los mayores aprovechan á los menores, y sus menores obedeciendo á sus mayores. La primera atribuye la fortaleza á sus fuerzas, y gloríase en ellas. La segunda dice: *Amete yo, Señor, fortaleza mía*. En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados, ó si conocieron al Criador no lo honraron como á tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo, somos sabios, tornáronse necios; mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los santos hombres y ángeles, para que sea Dios todas las cosas en todos. De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores. De la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden (sacando al Hijo de Dios y á su bendita Madre) son pecadores, aun en

siendo engendrados, por tanto, todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad, de la cual Cristo nos saca por gracia para hacernos ciudadanos de la suya. Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman á sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella: llámase Egipto, que quiere decir *tinieblas ó angustia,* porque los que en esta ciudad viven, ó no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, ó si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénenla muerta por no tener caridad, que es la vida de ella.

Y por esto dice San Juan (Joann., IV), *que el que no ama á Dios, no conoce á Dios, porque Dios es amor;* quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar; y así, viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza; porque, según dice Tobías (Tob., V; Genes., XI): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbre del cielo?* Llámase también Babilonia, que quiere decir *confusión*, el cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre, que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez; y para hacer un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo: *mas impidió su locura el Señor de esta manera*, que les infundió el lenguaje, para que así no se entendiesen unos á otros: de lo cual nacieron rencillas, pensando cada uno que hacía el otro burla de él, diciendo uno, y respondiendo otro; y así el fin de la soberbia fué confusión, y rencilla y división. Muy propiamente compete este nombre á la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados, y no quieren huir los castigos de Dios evitando de ofenderle; mas si pudiesen por fuerza, ó por maña pecar, y no ser castigados, lo intentarían. Son soberbios, y todo su fin es que se nombre su nombre en la tierra, y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos, los cuales destruye Dios al mejor sabor que ellos están, según está escrito: *A los soberbios resiste.* Y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje (Jacob., IV), *dando la obediencia á Dios*, son castigados en que ni ellos se entiendan á sí mismos, ni entiendan á Dios, ni se entiendan unos á otros, ni entiendan cosa criada; pues faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden como se debe entender, para su provecho. Cuántas co-

sas pasan en el corazón de los malos, que los sacan de tiento, y no saben cómo remediarse, ya pidiendo un deseo una cosa y otro otra, y á las veces contraria, ya hacen, ya deshacen, lloran y alégranse, y todo al revés; ya quieren desesperar, ya se ensalzan vanamente, buscan con mucha diligencia una cosa, y después de haberla alcanzado, pésales por haberla buscado, ó no hallan en ella lo que pensaban; desean una cosa y hacen otra, siendo regidos, no por razón, mas por pasión. *Y de aquí es,* que como el hombre sea animal racional, cuya principal parte es el ánima, que ha de vivir según razón, y éstos viven según apetito, viven al revés, pues viven vida bestial, que es vida de cuerpos, y no racional, que es propia vida de hombres.

De lo cual nace, que como Dios sea espíritu, y haya de ser servido, no de vida bestial, sino espiritual, estos tales no le sirven (según arriba se dijo), porque su vida es al contrario de la ley de Él, y como la unión de los cristianos nazca de la unión de sí mismos en sí, y de la unión de sí con Dios, estos ciudadanos, divididos de Dios, no pueden tener buena ni duradera paz unos con otros; mas antes de sus hablas y obras, y juntas, nacen rencillas, viviendo cada uno á su propio querer, sin curar de agradar al otro, y sintiendo cada uno su afrenta é injurias, sin curar de sufrir unos á otros. Estos son los que ni usan de sí, ni de las criaturas al fin que fueron criados, mas á sí mismos, y á todas las cosas las quieren para sí, haciéndose último fin de todas ellas; y, por tanto, con justa razón son llamados *Babilonia,* pues que todo anda al revés de su Criador. Llámanse también *Caldeos:* llámanse *Sodoma:* llámanse *Hedón,* con otros mil nombres que representan la maldad de este pueblo, y todos aún no pueden declarar la malicia de él. Este es el pueblo, el cual es llamado mundo, no por éste que Dios crió, porque éste es bueno, como criado por el que es sumamente bueno, mas porque estos hombres tales, ni tienen otro sentido, ni otro amor, sino de esto visible, lo cual llama San Juan (I Joann., II) *soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos: y quien esto ama, perecerá; mas quien hiciere la voluntad de Dios, permanecerá para siempre,* dice el mismo San Juan. Y San Pablo dice (Rom., VIII, 4): *El que no tiene espíritu de Cristo, no es de Cristo,* y, por consiguiente, será del mundo; y Santiago dice *que el amistad de este mundo, enemistad es con Dios.*

CAPÍTULO XCVIII

Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo; y de cuán mal trata á sus ciudadanos; y del espantoso fin que todos ellos tendrán.

Bastantes causas habéis oído para aborrecer este pueblo, y para entender cuánto quiere Dios que salgáis de él para salvaros; porque éste es el espiritual Egipto, del cual mandó Dios á Israel que saliese apriesa, y que caminase, aunque con trabajos, hasta la tierra de Promisión. Y este es el pueblo, del cual Dios mandó á Abraham que saliese, cuando le dijo (Génesis, XII): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que Yo te mostraré;* lo cual él cumplió con sencilla obediencia, sin saber dónde iba, como dice San Pablo (Hebr., XI; Genes., XIX; II Cor., VI). De este mismo pueblo *mandó Dios salir á Lot,* porque no le comprendiesen los castigos que quería enviar, y le mandó que se salvase en el monte, *que es la alteza de la fe y buena vida.* Finalmente, es el pueblo, del cual dice Dios á los que quieren ser suyos : No queráis tener compañía con los infieles, porque ¿qué compañía puede tener la maldad con la bondad? ¿O la luz con las tinieblas? ¿O qué junta puede haber entre Cristo y Belial, ó entre fiel ó infiel? ¿O qué convención puede haber entre el Templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois Templo de Dios vivo, *como dice Dios:* Yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo mío, por lo cual salí de en medio de ellos. Y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa suya, y yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos, dice el Señor Todopoderoso. Oyendo las cuales promesas os debéis de esforzar á haceros extraños á este mal pueblo, por el bien que se os promete, y por el mal que evitáis. No es cosa segura estar debajo de una casa, la cual sin duda se ha de caer y tomar debajo á cuantos en ella estuvieren; y no daríamos pocas gracias á quien de tal peligro nos avisase para huir de él. Pues sabed muy de cierto, y de ello os aviso de parte de Dios, que vendrá día en que espiritualmente se cumpla la visión que vió San Juan acerca de este mal pueblo, cuando dijo: "Vi otro ángel (Apoc., XVIII) que descendió del cielo, que te-

nía gran poder, y que tenía la tierra alumbrada con su resplandor, y dió una gran voz con su fortaleza: *y dijo*: caído, caído ha Babilonia la grande, y hecha es morada de demonios, y casa de todo espíritu sucio, y de toda ave sucia y horrible; *y abajo dijo:* tomó un ángel una piedra grande, como de molino, y echóla en la mar, *diciendo*: con este ímpetu será echada la grande ciudad de Babilonia en la mar, y no será más hallada.

Y porque no se descuiden los que desean salvarse, pensando que teniendo compañía con los malos no les comprenderán sus azotes, dice el mismo San Juan que oyó otra voz del cielo que dijo: salid de ella, pueblo mío, y no seáis participantes en sus delitos, y no recibáis de sus plagas, porque llegado han sus pecados hasta el cielo, y acordádose ha el Señor de las maldades de ella; y aunque sea cosa muy provechosa al que es bueno huir corporalmente la compañía del malo, y para el que es participante en la bondad le es casi necesario, si no quiere perderse, mas este salir de en medio de Babilonia, que aquí Dios manda, entiéndese, como dice San Agustín, *de salir con el corazón de entre los malos, amando lo que aborrecen, y aborreciendo lo que aman.* Porque mirando lo corporal en una misma ciudad, y en una misma casa, están juntos Jerusalén y Babilonia, cuanto al cuerpo; mas si miramos los corazones, muy apartados están, y en uno es conocida Jerusalén ciudad de Dios, y en otro Babilonia ciudad de los malos. Olvidad, pues, vuestro pueblo, y salid al pueblo de Cristo, sabiendo que no podéis comenzar vida nueva si no salís con dolor de la vida vieja. Acordaos de lo que dice San Pablo (Hebr., XIII), *que para santificar Jesús á su pueblo por su sangre, padeció muerte fuera de la puerta de Jerusalén; y pues así es, salgamos á Él fuera de los reales, imitándole en su deshonra.* Esto dice San Pablo, amonestándonos que por esto Cristo padeció fuera de la ciudad, para darnos á entender que si le queremos seguir hemos de salir de esta ciudad, que hemos dicho que es congregación de los que á sí mismos mal se aman; porque bien pudiera Cristo curar al ciego dentro de Bethsaida (Marc., VIII; Matth., VII), *mas quiso sacarlo de ella, y así darle vista*, para darnos á entender que fuera de la vida común, que siguen los muchos, hemos de ser curados de Cristo, siguiendo el camino estrecho, *por el cual dice la misma verdad que andan pocos* (Matth., VII). No os engañe nadie; no quiere Cristo á los que quieren cum-

plir con Él y con el mundo: y por su bendita boca prometió (Matth., VI), *que ninguno puede servir á dos señores*. Y pues Él dijo que no era del mundo, ni los suyos eran del mundo, ni su reino era de este mundo, no es razón que vos lo seáis, siquiera porque no paréis en lo que paró el desobediente Absalón (II Reg., XVIII), *que colgado de sus cabellos de una encina fué alanceado con tres lanzas por mano de Joab, y allí colgado perdió la vida.* Así acaecerá al hombre desobediente al Señor celestial, al cual con su mala vida persigue, cuyos pensamientos y afecciones, como cabellos, le tienen colgado de aqueste mundo, pues todo su fin es cómo será engrandecido en la tierra, y le vaya bien en esto visible. ¿Mas qué bien le puede ir, pues el árbol de que está colgado es encina, y da fruto á puercos?

Y este mundo no contenta ni da fruto sino á hombres bestiales á los cuales, con las tres lanzas ya dichas, *de soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos*, alancea el demonio, que es llamado príncipe de este mundo, porque rige y manda á los malos; el cual así trata á los suyos, que ni aun de manjares de puercos los harta; mas como otro Abdón, y Becech (Judit., I), los tiene cortados los cabos *de los pies, y las manos* para hacer cualquier bien, y puestos debajo de la mesa para que coman, no de plato entero, mas de las migajas que le sobran á él. Hambrientos los tiene de presente, y después los llevará consigo adonde haya eterna hambre y tormentos, porque él otra cosa no puede dar. Tal es su tratamiento, que bastaba, si los mundanos en ello mirasen, para salir de la compañía del demonio y del mundo, y allegarse á Dios (Luc., XV), *como hizo el pródigo,* que de verse en oficio tan vil, y que de manjar de puercos aún no se hartaba, cobró seso y consejo para ver qué diferencia iba de estar en la casa de su padre ó en la casa del mundo, y dejó el mal que tenía, y fuése á su padre pidiéndole misericordia, y hallóla. *Haced, pues, vos así*, y si queréis que el Señor os reciba, dejad vuestro pueblo. Y si queréis que se acuerde de vos, olvidad vuestro pueblo. Si queréis que Él os ame, no os améis desordenadamente á vos. Si queréis que Él cuide por vos, no estéis vos confiada en vuestro cuidado. Si queréis parecerle bien á sus ojos, no os miréis vos complaciéndoos en vos; y si queréis agradarle, no temáis de desagradar al universo mundo por Él. Y si deseáis hallarle, no dudéis de

dejar padre y madre, y hermanos y casa, y aun vuestra propia vida por Él; no porque conviene aborrecer estas cosas, mas porque conviene mirar tan de verdad y con todo vuestro amor á Cristo, que no torzáis un solo cabello el agradar á Él por agradar á criatura alguna, por amada que sea, ni aun por vos misma. *San Pablo predica* (I Cor., III), que los que tienen mujeres las tengan como si no las tuviesen, los que compran como si no poseyesen, y los que venden como si no vendiesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que gozan como si no gozasen. Y la causa es lo que añade, diciendo: *Porque se pasa presto la figura de este mundo.* Pues así os digo, doncella, que lo uno, porque presto se pasa; lo otro, porque ya no sois vuestra: así tened padres y hermanos, parientes, casa y pueblo como si no lo tuvieseis, no para no reverenciarlos y amarlos y obedecerlos, pues la gracia no destruye la orden de naturaleza, y aun en el mismo cielo ha de haber reverencia de hijo á padre, mas para que no os ocupen el corazón y estorben el amor de Dios.

Amadlos en Cristo, no en ellos; que no os los dió Cristo para que os sean estorbo á lo que tanto debéis siempre hacer, que es servirle. *San Jerónimo* cuenta de una doncella, que estaba tan mortificada á la afección del parentesco, que á su propia hermana, aunque era doncella, no curaba de verla, contentándose con amarla por Dios. Creedme, que así como en un pergamino no pueden escribir si no está muy bien raído y quitado de la carne, así no está el ánima aparejada para que el Señor escriba sus particulares mercedes en ella, hasta que estén en ella muy muertas las afecciones que nacen de la carne. Leemos que en los tiempos pasados pusieron el Arca de Dios en un carro para que la llevasen dos vacas paridas, y los becerros quedaban en cierta parte encerrados; y aunque las vacas daban gemidos por sus hijos, mas nunca dejaron su camino real, ni tornaron atrás, ni se apartaron, *dice la Escritura* (I Reg., VI), á la mano derecha, ni á la izquierda; mas por el querer de Dios que así lo hacía, llevaban su Arca hasta la tierra de Israel, que era lugar donde Dios moraba. Los que se han puesto encima de sus hombros la cruz de Jesucristo Nuestro Señor, que es arca donde está, y se halla muy de verdad, no deben dejar ni retardar su camino por estas afecciones naturales de amor de padres é hijos y casas, y otras cosas semejantes,

ni deben gozarse livianamente con las prosperidades de ellos, ni penarse por sus adversidades. Porque lo primero es apartarse del camino á la mano derecha, y lo segundo á la izquierda; mas seguir con fervor su camino, encomendando al Señor que guíe á su gloria lo uno y lo otro, y estar tan muerta á estas cosas como si no les tocasen, ó á lo menos no dejarse vencer de la tristeza ó del gozo, por lo que á ellos toca, aunque algo lo sienta; lo cual fué figurado en las vacas (I Reg., VI): *Que aunque daban bramidos por sus hijos, no por eso dejaban de llevar el Arca de Dios.* Y si los padres ven á sus hijos que quieren servir á Dios de alguna manera buena que á ellos no es apacible, deben mirar lo que Dios quiere, y aunque giman con amor de los hijos, vénzanse con el amor de Dios, y ofrezcan sus hijos á Dios y serán semejantes á Abraham (Genes., XXII), *que quería matar á su unigénito por la obediencia de Dios*, no curando de lo que su sensualidad deseaba; y el dolor natural, que en estos trances se pasa, débese sufrir con paciencia: el cual aún no irá sin galardón, pues que el Señor ordenó el dicho amor, y por amor de Él se vencen, como quien padece martirio. Olvidad vuestro pueblo, doncella, *y sed como otro Melchisedech,* (Hebreos, VII), del cual no se cuenta que tuviese padre ni madre, ni linaje alguno: *en lo cual*, como San Bernardo dice, *se da ejemplo á los siervos de Dios*, que han de tener tan olvidado su pueblo y parientes, que sean en su corazón como este Melchisedech en este mundo, sin tener cosa en su corazón que les cautive y retarde su apresurado caminar, que caminan á Dios.

CAPÍTULO XCIX

De la vanidad de la nobleza de linaje; y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo.

No querría que os cegase á vos la vanidad que á muchos ciega, presumiendo de su linaje carnal; y, por tanto, quiéroos decir lo que á una doncella *San Jerónimo dice:* "No quiero que mires á aquellas doncellas, que son doncellas del mundo y no de Cristo; las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus deleites, y se deleitan en sus vanidades, y gloríanse en el cuerpo y en el origen de su linaje: las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca después del

nacimiento divino tendrían en algo la nobleza del cuerpo, y si sintiesen á Dios ser su Padre, no amarían la nobleza de la carne. ¿Para qué te glorías con nobleza de tu linaje? *Un hombre y una mujer hizo Dios en el principio del mundo, de los cuales descendió la muchedumbre del género humano.* La nobleza del linaje no la da la igualdad de naturaleza, mas la ambición de la codicia; y ninguna diferencia puede haber entre aquellos á los cuales el segundo nacimiento engendró, por el cual, así el rico como el pobre, el libre y el esclavo, son de linaje, y sin él no son hechos hijos de Dios. El linaje de carne terrena es obscurecido con el resplandor de la celestial honra, y en ninguna manera ya parece; pues que los que eran antes desiguales por honras del mundo, son igualmente vestidos con nobleza de honra celestial y divina. Ningún lugar hay allí de linaje vano, y ninguno de aquéllos es sin linaje, á los cuales la alteza del nacimiento divino los hermosea; y si lo hay, es en el pensamiento de aquellos que no tienen en más las cosas celestiales que las humanas; y si las tienen, cuán vanamente lo hacen en tenerse en más que aquellos por cosas menores: los cuales conocen serles iguales en las cosas mayores, y estiman á los otros como á hombres puestos en tierra debajo de sí, los cuales creen que son sus iguales en las cosas del cielo. Mas tú, quienquiera que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda la gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo que está por venir.„

Todo esto dice San Jerónimo, de lo cual podréis ver cuánto os conviene olvidar vuestro pueblo y casa de padre, sabiendo que lo que de los padres de carne tenéis es ser concebida en pecado, y llena de muchas miserias, y nacida en ira de Dios por el primer pecado de Adán, que mediante nuestra concepción heredamos. Un cuerpo nos dieron tan vergonzosamente engendrado, que es asco pensarlo y vergüenza decirlo; en el cual infundiéndose el ánima cuando es criada, queda manchada con el pecado original, habiéndole Dios criado sin él. Un cuerpo es lleno de mil necesidades, y sujeto á enfermedades y muerte, y propio para hacer penitencia en sufrirlo: y es tal que si un solo correzuelo lo quitasen de encima, los muy hermosos serían abominables. Un cuerpo, que mirándolo por defuera blanco, y considerando las cosas que encierra dentro de sí, diréis que es un vil muladar cubierto de nieve. Un cuerpo

que pluguiera á Dios que no hubiera más en él que ser trabajoso y vergonzoso; mas esto es lo menos, porque es el mayor enemigo que tenemos, y el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, á quien le da de comer y todo lo que ha menester: un cuerpo, que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos á Dios y echar el ánima en el infierno. Un cuerpo perezoso como asno, y malicioso más que mula: y si no, probad á dejarlo sin freno, que ande él como quisiere, y descuidaos un poco de guardaros de él, y entonces veréis lo que tiene. ¡Oh vanidad para burlar de los que de linaje presumen, pues que todas las ánimas Dios las cría, que no se heredan! Y la carne que se hereda, es cosa para haber vergüenza y temor. Oigan los tales lo que Dios dijo á Isaías (Isa., IV): *Da voces.* ¿Y qué diré á voces, dijo Isaías? Respondió el Señor: *Que toda carne es heno, y toda su gloria como la florecilla del campo.*

Voces manda dar Dios, y aún no las oyen los sordos: los cuales más se quieren gloriar de la suciedad que de la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu Santo les es concedida. No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por nacer en la sala entoldada, mas por tornar á nacer en el santo Bautismo. El primer nacimiento es de deshonra: *el segundo es de honra.* El primero de vileza: *el segundo de nobleza.* El primero de pecado: *el segundo de justificación de pecados.* El primero de carne que mata: *el segundo de espíritu que aviva.* Por el primero somos hijos de hombres: *por el segundo hijos de Dios.* Por el primero, aunque somos herederos de nuestros padres cuanto á su hacienda, somos herederos cuanto á ser pecadores, y llenos de muchos trabajos; *mas por el segundo somos hechos hermanos de Cristo, y juntamente herederos del cielo con Él.* De presente recibimos el Espíritu Santo, *y esperamos ver á Dios faz á faz.* ¿Pues qué os parece que dirá Dios al que se precia más ser nacido de hombres para ser pecador y miserable, que por ser renacido de Dios para ser justo, y después bienaventurado? Estos son semejables á uno que fuese engendrado de un Rey en una muy fea esclava, y se preciase él de ser hijo de ella, y la trajese mucho en la boca, y no mirase ser hijo del Rey. Olvidad, pues, vuestro pueblo, para que seáis del pueblo de Dios. El pueblo malo ese es el

vuestro; y por eso dice: *Olvida tu pueblo;* porque de vos no sois sino pecadora y muy vil. Mas si os sacudís de eso que es vuestro, recibiros ha el Señor en lo que es suyo, en su nobleza, en su justificación, en su amor; mas mientras os tuviéredes á vos, no recibiréis á Él; desnuda os quiere Cristo, porque Él os quiere dotar, que tiene con qué. Porque de vos, ¿qué tenéis sino deudas? Olvidad vuestro pueblo, que es ser pecadora, extrañándoos á los pecados pasados, y no viviendo más según mundo. Olvidad vuestro pueblo, no preciando vuestro linaje. Olvidad vuestro pueblo con echar de vuestro corazón el bullicio, y haciendo cuenta que estáis en un desierto sola con Dios. Olvidad, pues, vuestro pueblo, pues tantas razones y tan suficientes hay para lo hacer.

CAPÍTULO C

En que comienza á declarar la otra palabra, «y olvida la casa de tu padre», y de cuánto nos conviene huir la propia voluntad por imitar á Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen.

Síguese otra palabra, que dice: *Y olvida la casa de tu padre*: este padre el demonio es; porque, según dice San Juan (Joann., III): *El que hace el pecado, del diablo procede, porque el diablo pecó desde el principio.* No porque él crió ó engendró los malos, mas porque imitan sus obras: y de aquél se dice ser uno hijo, según el Santo Evangelio, cuyas obras imita. Este padre malaventurado vive en el mundo, que quiere decir en los malos, según se escribe de él en Job (cap. IV): *En la sombra duerme, y en lo secreto de la caña y en los lugares húmedos.* Sombra son las riquezas, porque no dando el descanso que prometen, mas punzando el corazón con sus congojas como con espinas, experimenta el que las tiene que no son riquezas, mas sombra de ellas, y verdadera necesidad, y que ninguna cosa son menos de lo que suena su nombre. Caña es la gloria de este mundo, que cuanto de fuera mayor parece, tanto de dentro está más vacía, y aun lo que fuera parece, es tan mudable que con razón se llama caña, que á todo viento se mueve. Lugares húmedos son las almas relajadas con los carnales deleites, que corren tras ellos sin rienda, contrarias á aquellas, *de las cuales dice el Santo Evangelio* (Matth., XII), que siendo el espíritu

sucio del hombre donde estaba, va á buscar donde estar, y anda por los lugares secos buscando holganza, y no la halla. Porque en las ánimas ajenas de estos carnales deseos no halla el demonio posada, mas en las codicias, honras y deleites, es su aposento; por lo cual se dice el príncipe de este mundo, y regidor y señor de él, no porque lo haya criado, mas porque los malos que son de Dios por creación, quieren ser de él por imitación, conformándose con su voluntad, para que con justicia sean también conformes con él en la infernal pena, como les será crudamente dicho el día postrero, por boca de Cristo (Mattheo, XXV): *Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y á sus ángeles*. Y si bien consideramos cuál sea esta casa del demonio, hallaremos que es la propia y mala voluntad de los malos, en la cual se asienta el demonio como Rey en silla, mandando desde allí á todo hombre.

Olvidar, pues, la casa de vuestro padre no es otra cosa sino olvidar y quitar la voluntad propia, en la cual algún tiempo aposentamos á este mal padre, y abrazar con entero corazón la divina, diciendo: *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha*. El cual amonestamiento es de los más provechosos que se nos pueden hacer; porque quitada nuestra voluntad, quitaremos los pecados que nacen de ella, como ramos de raíz. Lo cual denota San Pablo (II Tim., III), que contando muchedumbre de pecados que en los días postreros había de haber, dice primero *que serán los hombres amadores de sí mismos*. Dando á entender, como dice la glosa, *que el desordenado amor de sí, es raíz y cabeza de todos los pecados*. El cual quitado, queda el hombre en sujeción de Dios, de la cual le viene su bien. *Item*, la causa de nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos, no es otra cosa sino nuestra voluntad, la cual querríamos que se cumpliese, y porque no se cumple tomamos pena. Mas esto quitado, ¿qué cosa puede venir que nos pene, pues no nace la tristeza de venir el trabajo, mas de no querer que nos venga? Y no sólo se quitan las penas de acá, mas del otro mundo. Porque, como San Bernardo dice, *cese la voluntad propia y no habrá infierno*. Mas así como es la cosa más provechosa de todas negar nuestra voluntad, así es la cosa más trabajosa que hay. Y aun por mucho que trabajemos, no saldremos con ello, si aquel Señor que mandó quitar la piedra de la sepultura de Lázaro muerto, no quita esta dureza que tiene muertos á los que deba-

jo toma. Y si no mata á este fuerte Goliat, al cual no hay quien le pueda vencer, sino el que es invencible, mas aunque nosotros no podamos librar nuestro cuello de estas cadenas, no por eso debemos dejar de esforzarnos, según las fuerzas que el Señor nos diere, llamándole con corazón, y considerando los males que de seguirla nos vienen, y los bienes que de no seguirla. *Item,* los altos ejemplos de Cristo, el cual dice de sí (Joann., VI): "Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la de Aquel que me envió; y esto no en cosas de poca importancia, como algunos hacen, mas en las cosas de afrenta, y que llegan, como dicen, al ánima." Tal era el padecer de Cristo pasión por nosotros; mas en ella se conformó con la voluntad de su Padre, echando de sí la voluntad de su carne, que era no padecer, para darnos ejemplo, que ninguna cosa nos debe ser tan amada, que si Dios lo manda no la desechemos, ni tan penosa, que por Él no la abracemos.

CAPÍTULO CI

De un ejercicio para negar la propia voluntad: y de la obediencia que se debe tener á los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad; y cómo se habrá el superior con los súbditos.

Y porque no se puede subir á lo alto si primero no comienzan de lo bajo, os aviso que para subir á esta alteza de negar vuestra voluntad en cosas mayores, os acostumbréis á negarla en cosas menores, y no para quedaros en ella, mas para pasar por ellas á lo que es mayor. Ninguna cosa hagáis, penséis ni habléis, que vaya guiada por cumplir con vuestra gana ó voluntad. Mas en sintiéndoos aficionada á algo de esto, entended que no estáis para lo hacer, porque las cosas no os han de llevar á vos cautiva hacia sí mismas, mas vos con libertad de cristiana traedlas ellas á vos. Antes que comáis habéis de mortificar el apetito de la gula, y ordenar la comida á obediencia de Dios, que manda que comáis para sustentar vuestra vida. Y antes que entendáis en la hacienda habéis de mortificar la codicia, y después entender en la obra, porque Dios lo manda, para vuestras necesidades y de vuestros prójimos, y por estos ejemplos entenderéis que en todas las cosas habéis de quitar

la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo manda, ó vuestros mayores.

Y acordaos que esta es la manera como los viejos del yermo criaban á sus discípulos, quitándoles lo que querían, y haciéndoles obrar lo que no querían, para que en todo y del todo tuviesen negada su voluntad: y del que en estas cosas bien aprobaba, tenían buena esperanza que llegaría á la perfección; y del otro sentían mal, porque les parecía que quien en cosas pocas faltaba, más faltaría en las mayores; y que una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere en cosas de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores; "por tanto, haceos baja y sujeta á toda criatura — como dice San Pedro (cap. II) — y que pueda quienquiera pasar por vos, y hollar y contradecir á vuestra voluntad, como á un poco de lodo: y á quien más os ayudare á esto, más le amad y agradeced, porque os ayuda á vencer vuestros enemigos, que son vuestro parecer y vuestra voluntad„.

Haced, pues, cuenta que vuestra madre es vuestra abadesa, á la cual obedeced con profunda humildad, sin cansaros: y no seáis como algunas que en tomando tocas honestas, se desmandan, y echan de sí la obediencia de sus padres y mayores, no obedeciéndoles, estando en casa: y algunas salen de casa sin licencia, y todo con título de servir á Dios; como en la verdad no haya cosa mas contraria de ello, como lo que éstas hacen. Cristo obediente fué á su Padre en vida y en muerte, y también obedeció á su Santísima Madre, y al Santo José, como cuenta San Lucas (Luc., II). Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fué de ella, que por no la perder perdió la vida en la cruz; y no os espantéis de que tanto os encomiende la obediencia, porque como el mayor peligro que tiene vuestro estado es no estar encerrada, si no os proveéis con huir mucho de vuestra voluntad y ser sujeta á la ajena, será añadir peligro á peligro, é iros ha mal, porque vuestra seguridad está en no querer libertad. Y por esto no os contentéis con obedecer vuestros padres, mas también lo haced á los mayores que en vuestra casa estuvieren; y si del todo queréis ser obediente, también obedeced á los menores, si la orden de casa no se perturba por esto; mas si es menester que vos los mandéis en lo de fuera, teneos por sujeta á ellos en lo de dentro.

Y para hacer esto con mayor esfuerzo, acordaos de cuando

el Soberano Maestro y Señor se hincó de rodillas (Joann., XIII), como si fuera sujeto ó menor, á lavar los pies de aquellos que bien le querían y de aquel que empleó los pies lavados en ir á entregar á la muerte al que con tanta humildad y amor se los había lavado. Acordaos muchas veces de aqueste paso, traed en vuestra ánima aquella palabra que entonces dijo: *Si yo, siendo Señor y Maestro, os lavé los pies, ¿cuánto más debéis vosotros lavarlos unos á otros?* Y así amad á los menores que estuvieren en vuestra casa como si fuérades padre ó madre de ellos, y trabajad por ellos en lo que os hubieren menester como si fuérades su esclava, llevando con paciencia la pesadumbre de sus condiciones y demasía de sus palabras, y aun las injurias de obra. No seáis humilde para los de fuera de casa, y soberbia para los que están en ella. Ejercitad la virtud con los que tenéis más cerca y más á la mano, y ensayaos en vuestra casa para saber conversar fuera de ella. Y acordaos de aquella santa mujer enseñada por Dios, Santa Catalina de Sena, cuya vida deseo que leáis, no para desear sus revelaciones, sino para imitar sus virtudes, que aunque sus padres la estorbaban el camino que ella tomaba para servir á Dios, no se turbó ni los dejó. Fuera de la celda la echaron donde ella tenía sus santos ejercicios, y en lugar de ella la pusieron que sirviese en la cocina; mas porque se humilló y obedeció, halló á Dios en la cocina tan bien ó mejor que en la celda.

No os ahoguéis vos, si al tiempo que queréis rezar os mandaren vuestros padres ó Prelados hacer otra cosa; mas ofreciendo vuestro deseo al Señor, haced lo que por vuestros mayores os fuere mandado, con mucha humildad y sosiego, teniendo confianza que obedeciendo á vuestros mayores obedecéis á Dios; pues que está mandado por Él en su cuarto Mandamiento, y no por esto se excusa que podéis vos pedir con humildad á vuestros padres que os den algún lugar apartado y algún tiempo desocupado para vuestros espirituales ejercicios; y habiendo primero pedido al Señor, confiad en su bondad, que ahora os lo conceda, ahora no, todo será para vuestro provecho, si vos osáis tomarlo como de la mano de Dios, con obediencia y sosiego, y vuestros padres darán cuenta al Señor, y no cualquier cuenta de lo que os mandan á vos: lo cual vos no miréis, mas conviene que lo miren ellos; pues como San Ambrosio dice, "es merced de Nuestro Señor, y muy prove-

chosa, tener hijo ó hija que quiera servir á Dios en virginidad, con desprecio del mundo y particular llamamiento de vida espiritual. „

CAPÍTULO CII

Que no todo lo que deseamos ó pedimos se ha de llamar propia voluntad, y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho en estas palabras pasadas, veréis que dos cosas se os han encomendado. Una, que no tengáis voluntad propia, y otra, que sigáis la de Dios. Y para declaración de estas dos partes, conviene deciros que el desear y pedir á Dios particularmente que os libre de algún mal espiritual, en que más peligro corréis, ú os dé alguna virtud que particularmente habéis menester, no es vicio de voluntad propia, sino medio, y muy bueno, para hacer la voluntad de Dios, que nos manda apartar del mal y hacer el bien; porque si bien miráis, el pedir la cosa en particular, por la particular necesidad que en ella hay, ayuda á pedirse con mayor eficacia y más profundo gemido; las cuales son partes para que Dios fácilmente conceda lo que se le pide; lo cual por ventura no concediera, pidiéndose en general, por la tibieza con que se suele pedir; y esta doctrina es conforme á la Escritura divina, pues el Señor nos enseña en la oración del Padrenuestro pedir cosas en particular; y David hacía lo mismo, según se le ofrecían particulares necesidades; y así lo han usado los Santos, pidiendo para sí y para otros; y aunque se puede lo mismo hacer pidiendo cosas temporales, como leemos del ciego que pidió vista al Señor, y otros muchos. (Marc., X.)

Mas como lo temporal sea cosa menos preciosa, y cuyo amor suele ser peligroso, y cuyo desprecio suele ser alabado, no hay tanta licencia para soltar el corazón á lo desear y pedir, como lo espiritual, aunque no deja de ser bien hecho, si se pide sin congojas demasiadas, y con condición si agrada al Señor. Cerca del cumplimiento de la voluntad del Señor, en que está nuestro bien, me podréis preguntar: ¿en qué la conocéis? Á lo cual os digo, que donde hay mandamiento y palabra de Dios ó de su Iglesia, no tenéis más que inquirir, sino tened

por averiguado que aquello es voluntad del Señor. Y cuando esto no hay, habéis de tener por lo mismo lo que manda vuestro superior, si claramente no consta que manda contra la ley de Dios ó de la Iglesia, ó contra razón natural; que pues San Pablo dice (Rom., XIII), *que aunque el superior sea infiel, le ha de obedecer el cristiano, no sólo por evitar el castigo, mas por la obligación de la conciencia*, ¿cuánto más será esto verdad en los superiores cristianos, de los cuales hemos de pensar que Dios les ayuda á mandar lo justo? Y cuando todo esto faltare, tomaréis por la voluntad del Señor el consejo que os diere persona de quien se debe tomar. Y no penséis por esto que estáis sin necesidad de pedir la lumbre del Espíritu Santo para acertar á agradar al Señor. Porque nuestras necesidades son tantas y tan en particular, que sin este Maestro, otro no basta: "Y codiciará el Rey tu hermosura".

CAPÍTULO CIII

En que se comienza á declarar la palabra que dice: «Y codiciará el Rey tu hermosura». Y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre, y que no es esta hermosura la corporal, y de cuánto ésta sea peligrosa.

Cosa es de maravillar que haya hermosura en la criatura que pueda atraer á los benditos ojos de Dios para ser de Él codiciada. Dichosa cosa es enamorarse el ánima de la hermosura de Dios. Mas ni es de maravillar que la fea ame al todo hermoso, ni es de tener en mucho que la criatura ame á su Criador, pues se lo debe y recibe de ello eterna paga; mas enamorarse y aplacerse Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer, y cosa de que tener inefable causa de gloriarse y gozarse. Si es grande honra ser uno preso por Jesucristo, y por título muy honrado se llama San Pablo (Ephes., III; Philip., I) preso de Jesucristo, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro y en el ánima cadenas de amor, ¿qué será tener el hombre á Dios preso con el amor? Si es gran riqueza no tener corazón por dárselo á Dios, ¿qué será tener por nuestro el corazón de Dios, el cual da Él á quien da su amor, y tras el corazón da á todo sí? Porque de quien es nuestro corazón, de aquél somos sin duda. Grandes y muchos son los bienes que la infinita y divina Bon-

dad da á los hombres; mas no como haciendo mucho caso de todos ellos; en comparación de éste dice Job (cap. VII): *Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque lo engrandeces y pones en él tu corazón?* Dando á entender, que pues por dar á Dios el corazón se da él, tanta diferencia va de dar su corazón, por amor, á dar otras dádivas, cuanto va de Dios á criaturas. Y si por las otras dádivas debemos gracias, la principal causa es porque nos las da con amor. Y si en ellas nos debemos gozar, mucho más por hallar gracia y amor en los altísimos ojos de Dios. Esta es la verdadera honra nuestra, de la cual nos podemos gloriar, no de que amamos nosotros á Él, porque maldito es quien algún caso hace de sí, ensalzándose de las obras que hace, mas de que un tan alto Rey, á quien adoran todos los ángeles, quiera por su bondad amar á cosas tan bajas como somos nosotros.

Mirad, pues, doncella, si es razón de oir y ver é inclinar á Dios vuestra oreja, pues que el galardón de ello es que codicie Dios vuestra hermosura. Verdaderamente, aunque las palabras que manda fueran muy dificultosas, se tornarán ligeras de cumplir con tales promesas, cuanto más siendo cosa tan poca, con el favor de su gracia, la que nos pide. Mas diréis: ¿de dónde viene al ánima tener hermosura, pues que de sí es pecadora, y de los pecadores se escribe que es denegrida su cara más que carbones? (Threnr., IV.) Si este Señor buscase hermosura de cuerpo, no es de maravillar que la hallase; porque así como Él es hermoso, crió todas las cosas hermosas para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada á la cual, toda hermosura es fealdad. Mas sabemos que dice David (Psalm. XLIV), hablando de la Esposa de este gran Rey, *que toda la hermosura de ella consiste en lo de dentro, que es el ánima.* Y esto con mucha razón, porque la hermosura del cuerpo es muy poca cosa, y puede estar en quien tenga muy fea su ánima. ¿Pues qué aprovecha ser fea en lo más y hermosa en lo menos? ¿Qué aprovecha la hermosura en que los hombres pueden mirar, y fealdad en lo de dentro, donde Dios mira? De fuera ángel y de dentro demonio. Y no sólo esta hermosura no aprovecha para ser amada de Dios, mas aun por la mayor parte es ocasión para ser desamada; porque así como la espiritual hermosura da seso y sabiduría, así la hermosura del cuerpo la suele quitar.

No tiene pequeña guerra la castidad, la humildad y el reco-

gimiento de una parte, contra la hermosura del cuerpo de otra: y á muchas mujeres les fuera mejor extrema fealdad en el rostro para no tener con quien pelear, que gran hermosura y gran liviandad, con que fueron vencidas. No por pequeño mal dice Dios á la tal ánima (Ezech., XXVIII): *Perdiste la sabiduría en tu hermosura;* y en otra parte (Ezech., XVI): *Hiciste abominable tu hermosura;* y dice esto, porque cuando con la hermosura del cuerpo se junta fealdad en las costumbres, es abominable la tal hermosura y tornada en fealdad verdadera. Bien veo yo, que si los ánimos de los que miran las cosas hermosas, y de las que son hermosas fuesen puros en buscar á Dios sólo en las escrituras, cuanto ellas fuesen más hermosas, tanto más claro espejo les serían de la hermosura de Dios. Mas ¿adónde está ahora quien no tenga por temer lo que la Escritura dice (Sap., XIV): *Que las criaturas son hechas lazo y cepo para los pies de los necios,* que son los que usan de ellas para ofensas de Dios, quedándose en ellas, siendo ellas criadas para que por ellas sirviesen á Dios y subiesen á Él como por una escalera? De estos tales era en un tiempo San Agustín, y por eso lloraba después, y decía: *Andaba yo, Señor, feo por las criaturas hermosas que Tú criaste.* ¿Y adónde está la pureza de la mujer hermosa, para tanto más guardarse limpia en el ánima, cuanto más hermosura ve en su cuerpo? Naturalmente huímos más de ensuciarnos cuando estamos limpios, que cuando no; y hacen al contrario de esto muchas personas, que siendo feas no pecarían tanto, y de la misma limpieza toman ocasión de ensuciarse. Y de éstas dice la Escritura (Prov., XI): *Como manilla de oro en el hocico del puerco, así es la mujer hermosa que es loca.* Muy poca honra cataría el puerco al oro que en su hocico tuviese, y no dejaría, por mucho que resplandeciese, de ensuciarlo y meterlo en el hediondo cieno.

Así es la mujer loca, que emplea su hermosura sin algún asco en liviandades y hediondeces, ya del cuerpo, ya del ánima; pues si la hermosura no ayuda, antes desayuda á guardar la limpieza de la propia ánima, ¿qué pensáis que hace en las ánimas de quien las mira? ¡Oh, cuán buena cosa sería no tener ellos ojos para mirar, ni ellas pies para andar, ni manos para se hermosear, ni gana para ver ni ser vistas; pues de lo uno y de lo otro suele muchas veces salir el determinado deseo de mala codicia, y darse tantas puñaladas mortales en sus

ánimas, cuantos malos deseos determinados tuvieron! ¿Y quién los contará? ¿Qué dirán á esto los hombres perdidos, y estas miserables mujeres, hermosas al parecer, y feas según la verdad, cuando les falta la hermosura del cuerpo, por la cual tanto trabajaron, y se tornen tan hediondos sus cuerpos en las sepulturas cuan hediondas andaban sus ánimas debajo los cuerpos hermosos, y sean así presentadas desnudas de bienes delante de los ojos de Aquel al cual no curaron parecer bien, y sean avergonzadas de sus secretas maldades, probando por experiencia que vino el día en que Dios había amenazado echó á perder los nombres de los ídolos de la tierra?

Idolo es la mujer vana y hermosa, que quiere contrahacer á Dios verdadero, pintándose como Dios no la pintó, y queriendo que los corazones de los hombres malamente se ocupen en ellas, y haciendo para ello todo lo que pueden, y deseando lo que no pueden: los nombres muy mentados de éstas destruirlos ha Dios, para que sepan que no aprovecha ser mentadas en las bocas de los hombres, si están raídos del libro de Dios. De esta hermosura os amonesto, doncella de Cristo, que ni aun os acordéis de ella: porque si las mujeres vanas se pasan como quiera donde no las ve hombre, y guardan su hermosura para cuando las mire alguna muchedumbre de pueblo ó algún alto Príncipe, ¿cuánto más la doncella de Cristo debe hacer otro tanto, esperando aquel día cuando ha de ser vista de todos los ángeles, y del Señor de hombres y de ángeles, cuando parecerá mejor la faz llorosa que la risueña, y el vestido bajo que el precioso, y la virtud que la hermosura? Mas no penséis que basta tener vuestro corazón limpio de esta vanidad, mas conviéneos mucho mirar y remirar, no seáis causa que quien os mirare se le aparte el corazón de Dios ni un solo punto. Las vanas doncellas del mundo desean parecer bien á los hombres; mas la de Cristo ninguna cosa debe tanto huir ni temer como bien parecer; porque no puede haber peor locura que desear lo que es peligro suyo y ajeno.

Acordaos de lo que San Jerónimo dice á una doncella: "Guárdate que no des alguna ocasión de deseo malo, porque tu Esposo es celoso, y peor es ser adúltera contra Cristo que contra el marido." Y en otra parte dice: "Acuérdate que te he dicho que eres hecha sacrificio de Dios: y el sacrificio da santificación á las otras cosas, y cualquiera que de él dignamente

participare será participante en la santificación. Pues de esta manera haz que por tu causa, como por sacrificio divino, se santifiquen las otras, con las cuales así vivas, que quienquiera que tocare tu vida con el mirarte ó con el oirte, sienta en sí la fuerza de la santificación, y deseándote mirar, sea hecho digno de sacrificio. „ Todo esto dice San Jerónimo.

CAPÍTULO CIV

Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas, y del ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ellas quieren gozar.

De lo cual veréis, que esta honra tan grande, que es ser esposa de Cristo, no anda sola ni se ha de poseer con descuido; mas así como es el más alto título que decirse puede, así pide mayor cuidado que otro para tenerlo como conviene. No penséis que por no tener marido que sea hombre terreno, ya por eso habéis de vivir con descuido; mas sabed que estáis obligada á mirar más y más cuanto vuestro Esposo es mayor, y cuanto más cosas son las que el os demanda. Con el marido de acá cumple la mujer con no tener tachas muy grandes; mas con el celestial Esposo no, si no le amáis con todo vuestro corazón y fuerzas; y una palabra, y un rato ocioso, no pasará sin castigo. Y esto no os parezca pesado, porque aun acá en el mundo así pasa, que cuanto una mujer alcanza marido más alto, está obligada á ser ella mejor; pues si podéis, considerad quién es aquel á quien por esposo tomasteis, ó por mejor decir, quién por esposa os tomó, y veréis, que aunque lo que mandase fuese pequeño, *por mandarlo Él no hay mandamiento pequeño ni pecado pequeño*, como San Jerónimo dice.

Y porque tal dignidad como ésta no la tengáis indignamente, y la honra no se os torne en deshonra, quiero poneros delante un dechado en que os miréis y de quien algo saquéis, que fué una doncella llamada Asela, de la cual dice San Jerónimo: "Ninguna cosa habrá más alegre que su gravedad, ni más grave que su alegría; ninguna cosa más suave que su tristeza, ni más triste que su suavidad: así tenía amarillez en la cara, que aunque fuese señal de abstinencia, no mostraba hipocresía: su palabra callaba, y su callar hablaba: ni muy tardo ni muy

apresurado su andar: su hábito á la continua de una misma manera: su limpieza era sin ser procurada, y su vestido sin curiosidad, y su atavío sin atavío; y por sola la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella, y los malos no osen murmurar de ella.„ Este es el dechado que debéis mirar para lo de fuera, que para lo de dentro no hay sino Jesucristo puesto en la cruz, al cual tanto más os debéis conformar cuanto tenéis nombre de mayor unión con Él, que es casamiento.

CAPÍTULO CV

Que no debe desmayar á las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario; y del consejo con que se debe tomar; y del alegría con que se debe guardar; y de los grandes bienes que en él hay.

Mas mirad no desmayéis, por la mucha santidad que vuestro título pide, temiendo más el estado que gozándoos con él. Cuando oyéredes que os amonesta cosas tan altas, no debéis derribaros, mas esforzaros: porque así como las cargas y mantenimiento del matrimonio no cargan principalmente sobre los hombros de la mujer, mas cumple ella con guardar bien lo que el marido trae ganado, y trabajar con su flaqueza lo que pudiere, así no penséis que os tomó el Señor por esposa para dejar sobre vuestros hombros los trabajos de mantener vuestra ánima, pues que ni vos seréis para ello, ni quiere Él que la honra de ser vos la que debéis, sea vuestra. Plega á Él que sepáis vos darle vuestro corazón y responderle á sus inspiraciones, que Él os enviará; y que no ensuciéis con tibieza, ó con soberbia, ó con negligencia, ó con indiscretos fervores el agua limpia que en vuestra ánima lloverá: que en lo demás vuestra ánima ha de reposar, no en confianza de vos, mas de vuestro Esposo, que sabe y quiere, y puede muy bien manteneros, si vos de vuestra voluntad de su casa no os vais.

Y aun en las cosas que arriba os he dicho que habéis de hacer, no las esperéis de vos sola; mas pedid al mismo Señor que os ayude, que en todo lo sentiréis piadoso Padre y Esposo. El estado de virginidad que tenéis, no se debe tomar livianamen-

te, por cualquiera devoción que venga, ni por no poder hallar casamiento con hombre; mas como cosa en que mucho va, ha de haber mucho consejo y experiencia, y aparejo para servir á Cristo, y haberlo encomendado á Dios días y años muy de corazón, porque no se guarde negligentemente lo que livianamente se toma. Mas cuando es tomado, como y por el fin que es razón, debe tener mucha alegría la persona que lo tuviere, porque es estado de incorrupción y estado de fecundidad; porque así como la bendita Virgen María, que por su excelente y limpísima virginidad se llama Virgen de vírgenes, y es amparadora de vírgenes, dió fruto y no perdió la flor de su limpieza, así las vírgenes, que son de verdad vírgenes, tienen fruto en su ánima y entereza en su cuerpo. Porque este celestial Esposo, Cristo, no es como los de la tierra, que quitan la hermosura é integridad á sus esposas; mas es tan guardador de hermosura y tan amador de limpieza, que, como dice Santa Inés: *Á Él sólo guardo mi fe, á Él sólo me encomiendo con toda devoción, al cual cuando amare soy casta, cuando lo tocare soy limpia, cuando lo recibiere soy virgen. Ni faltarán hijos de aquestas bodas, en las cuales hay parto sin dolor, y la fecundidad de cada día es acrecentada.* Esto dice Santa Inés, como quien probaba la suavidad de este celestial Desposado; porque confusión, y no pequeña, es para la doncella que se llama esposa de Cristo no gustar más de las condiciones y suavidad de su Esposo, que si fuera una extranjera.

¡Oh, cuántos dolores ahorra la virginidad, y cuántos cuidados y desasosiegos! Unos que por fuerza los trae el mismo estado del matrimonio de carne; otros que de la mala condición del marido suelen nacer. Mas acá, los hijos son gozo, caridad y paz, y otros semejables que cuenta San Pablo (Galat., V). El Esposo, bueno, pacífico, rico, sabio, hermoso, y según la esposa dice en los Cantares (Cant., IV), todo para desear. ¿No os parece, pues, que hace este Rey gran merced á quien toma, no sólo para esclava ó sirviente, mas para esposa? ¿No os parece buen trueco, parto con gozo por parto con dolor? ¿Hijos de descanso por hijos de cuidado, y que ellos traen consigo la dote, y el placer y la honra? Por cierto, como San Jerónimo dice hablando á una madre de una doncella, *no sé por qué tienes por mal que tu hija no quiso ser mujer de un caballero por ser esposa del Rey, y que te hizo á ti suegra de Cristo.* No resta,

pues, doncella, sino que así os alegréis con el estado que el Señor por su bondad os dió, que tengáis cuidado de ser la que debéis, y así temáis de vuestra flaqueza, que confiéis en el Señor, que acabará en vos lo que ha comenzado, para que así, ni de la merced hecha os dé alegría vana, ni el temor de lo mucho que debéis os derribe; mas entre temor y esperanza caminéis, hasta que el temor se quite con el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza, cuando tengamos presente, y sin temor de perder aquello que aquí en ausencia esperábamos.

CAPÍTULO CVI

De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa: y como al ánima que está en pecado le faltan todas cuatro.

Mucho nos hemos apartado de la pregunta que preguntamos, ¿de dónde hermosura al ánima, para que Dios la codicie? Y ha sido la causa, porque no pensamos que lo había este Rey por la hermosura del cuerpo. Ahora tornemos á nuestro propósito. Habéis de saber, que para ser una cosa del todo hermosa, cuatro cosas se requieren. La una cumplimiento de todo lo que ha de tener; porque faltando algo, ya no se puede decir hermosa, como faltando una mano ó pie, ó cosa semejante. La segunda es proporción de un miembro con otro, y si es imagen de otra cosa ha de ser sacada muy al propio de su dechado. Lo tercero ha de tener pureza de color. Lo cuarto suficiente grandeza; porque lo pequeño, aunque sea bien proporcionado, no se dice del todo hermoso.

Pues si consideramos todas estas condiciones en el ánima pecadora, hallaremos, que ni una sola de ellas tiene. No cumplimiento, porque faltándole la fe ó la caridad y dones del Espíritu Santo, los cuales había de tener, no se puede decir hermosa á quien tantas cosas le faltan; no tiene proporción entre sí, porque ni obedece la sensualidad á la razón, ni la razón á Dios. Mayormente, siendo el ánima criada á imagen de Dios era razón que para guardar su hermosura fuera semejable en las virtudes á su dechado, como lo es en su ser natural. Pues siendo Dios bueno y el ánima mala, Dios limpio y ella sucia, Dios manso, ella airada, y así en lo demás, ¿cómo puede haber hermosura en imagen que tan disconforme está

á su dechado? Pues lo tercero, que es una luz espiritual de gracia y conocimientos, que avivan la hermosura del ánima, como los colores al cuerpo, también le falta; porque ella anda en tinieblas, y está denegrida más que carbones, como lo llora Jeremías (Thren., IV): pues menos tiene lo cuarto, pues no hay cosa más poca ni chica, que ser pecador, que es nada y menos que nada. De manera, que faltándole todas las condiciones para ser hermosa, sin duda será fea; y porque todas las ánimas, que en los cuerpos que de Adán vienen son criadas, ordinariamente son pecadoras, síguese que todas son feas.

CAPÍTULO CVII

Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni ley natural ó de Escritura, bastaban á la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo, y daba la gracia.

Esta fealdad de pecado es tan dificultosa, y por mejor decir, es tan imposible de ser quitada por fuerzas de criatura, que todas juntas no pueden hermosear una sola ánima fea: lo cual denota el Señor por Jeremías, diciendo (Jerem., II): *Si te lavares con salitre, y con abundancia de jabón, todavía estás manchada en mi acatamiento:* quiere decir, que para quitar esta mancha, ni aprovecha salitre de reprensiones de los Profetas, ni recios castigos de la Ley vieja, ni tampoco blandura de los halagos y prometimientos que Dios hacía. Manchados estaban los hombres entre los castigos y entre las consolaciones, entre amenazas y promesas, *porque por las obras de la Ley vieja ninguno era justificado delante los ojos de Dios*, como dice San Pablo (Galat., III), y por eso no podía haber hermosura para ser codiciada de Dios, pues no había justificación, que es causa de la hermosura.

Y si en la ley y sacrificios dados por Dios no podía darse hermosura, claro es que menos la habría en la ley de naturaleza, pues que no tenía tantos remedios contra el pecado como la de Escritura: que la hermosura que entonces hubo en los ánimos de muchos que fueron justos, así en la ley de naturaleza como de Escritura, alcanzóse por derramamiento de sangre del precioso Cordero Jesucristo Nuestro Señor, el cual, como

dice San San Juan (Apoc., XIII), *fué muerto desde el principio del mundo*. Porque aunque fué muerto en la cruz en los postreros días del mundo, que así llaman los Apóstoles al tiempo de la venida de Cristo, dice ser muerto desde el principio del mundo porque desde entonces comenzó su muerte á obrar perdón y gracia en los que la tuvieron, tomándola como en fiado, para después la pagar en la cruz; porque ordenó Dios, que así como un padre fué la cabeza y fuente de pecado, y muerte para todos los que de él viniesen por vía ordinaria, así quiso que uno fuese, por el cual fuesen libres todos los que lo quisiesen ser del mal en que el otro nos había metido, y aun de los que añadimos nosotros.

Así dice San Pablo (Rom., V), *que como por la inobediencia de uno fueron constituídos pecadores muchos, así por la obediencia de otro serán constituídos justos muchos*. Y así como la obediencia que Jesucristo tuvo á su Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, no sólo hace justos por imitación, mas dando verdadera justicia, así el mal que Adán nos hizo, no sólo fué sernos ejemplo de pecar, mas hacernos de verdad pecadores con pecar él. Y así lo que San Pedro dijo (Act., IV), *que no hay otro nombre debajo del cielo, en el cual nos convenga ser salvos, sino en el de Jesucristo*, no sólo se entiende desde que Dios encarnó, mas desde el principio del mundo, según hemos dicho, pues los que estaban en gracia de Dios lo estaban por merecimientos de aqueste Señor, mediante la fe y penitencia.

Y aunque circuncidando á un niño se le daba gracia con que quedaba justo, y el pecado original perdonado, mas no le daba la circuncisión gracia; que aquello guardábase para los Sacramentos de la nueva Ley; mas era una protestación de la fe, que del Mesías que había de venir entonces se debía. Y si después cuando grande perdía la gracia por algún pecado mortal, ofrecía algún animal, según Dios lo mandaba, cuya sangre se derramase en el templo, no para justificar, porque no tenía virtud para ello, sino para que el pecador protestase la fe que tenía en el Señor que había de venir, y con esta fe y con la interior penitencia de sus pecados, que Dios le inspiraba, era hecho participante de la preciosa sangre de Cristo, que se había de derramar para el perdón de los pecados. Y no sólo había remedio en la ley de Escritura por fe y penitencia interior, según hemos dicho, mas también en ley de naturaleza, aunque

no se requería tan explícita la fe en Nuestro Señor: y también había exteriores protestaciones de aquesta fe, cuales el Señor, que quiere que todos se salven, les inspiraba; para que aunque las gentes diversas, y los ritos en lo exterior fuesen diversos, el Salvador sea uno, medianero de Dios y los hombres, Hombre Cristo Jesús, como dice San Pablo (I Tim., II).

CAPÍTULO CVIII

Que Cristo Nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea: y que fué más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre, que no el Padre, ni el Espíritu Santo: y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo.

Considerad, pues, cuán fea es, y cuánto se debe huir la mancha que causa el pecado, pues una vez recibida en el ánima, ni se pudo lavar con tanto derramamiento de sangre que por mandamiento de Dios se ofrecía en su templo, ni todas las fuerzas humanas para ello bastaron: y si el hermoso Verbo de Dios no viniera á hermosearnos, duráranos para siempre la fealdad del pecado; mas viniendo el Cordero sin mancha, pudo, supo y quiso lavar nuestras manchas; y destruyó nuestra fealdad, y diónos su hermosura. Y para que veáis cuán razonablemente el Hijo de Dios, más que el Padre y el Espíritu Santo, convenía que con su Sangre hermosease nuesta ánima fea, considerad que como se atribuye al Padre la eternidad, y al Espíritu Santo el amor, así al Hijo de Dios, en cuanto Dios, se le atribuye la hermosura, *porque Él es perfectísimo, sin defecto alguno, y es imagen del Padre,* como San Pablo dice (Hebr., I), y tan al propio, que por ser engendrado por vía de entendimiento, es semejable del todo á su Padre, el cual le dió la misma esencia que Él tiene: de manera, que quien á Él ve, ve al Padre, como dice el Santo Evangelio (Joann., XIV): pues por esta proporción tan igual del Hijo con el Padre, con razón se le atribuye la hermosura, pues tan al propio está sacada la imagen de su dechado.

Luz no falta, pues que se llama verbo, que es cosa engendrada por el entendimiento y en el entendimiento, como lo dice San Juan (cap. I), *que era luz verdadera.* Grandeza no le falta, pues tiene inmensidad infinita, y por esto convino que

este Hermoso, por quien fuimos hechos cuando no éramos, viniese á repararnos después de perdidos; y vistiéndose de carne, tomase en ella la semejanza de nuestra fealdad, y diese en nuestras ánimas lindeza de su hermosura. Y aunque el ser nosotros castigados, ni halagados, no nos podía quitar nuestra mancha, fué de tanto valor el ser castigado el Hermoso, que cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su Pasión, cayó sobre nosotros el blando jabón de su blancura. Y aunque Dios dice al pecador (Jerem., II): *Aunque te laves con salitre y hierba de jabón, no serás limpio;* mas dando á entender que había de enviar remedio para esta mancha, dice en otra parte: *Si fueren vuestros pecados como grana, serán blanqueados como la nieve;* y si fueren bermejos como sangre con que tiñen carmesí, serán blancos como la lana blanca. Muy bien creía esto David cuando decía (Psalm. L): *Rociarme has con hisopo, Señor, y seré limpio. Lavarme has, y seré emblanquecido más que la nieve.* Hisopo es una hierba pequeña y un poco caliente, y tiene propiedad para purgar los pulmones por do resollamos. Y esta hierba juntábanla con una vara de cedro, y ataban la hierba al palo con una cuerda de grana dos veces teñida, y atado junto, decíanle hisopo, con el cual mojado con sangre y agua, y otras veces con agua y ceniza, rociaban al leproso y al que había tocado cosa muerta, y con aquello era tenido por limpio.

Muy bien sabía David que ni la hierba, ni el cedro, ni la sangre de pájaros, ni de animales, ni el agua, ni ceniza no podían dar limpieza en el ánima, aunque la figuraban; y por eso no pide á Dios que tome en su mano este hisopo, y lo rocíe con él, mas dícelo por la humanidad de Jesucristo Nuestro Señor; la cual se dice hierba, porque nació de la tierra de la bendita Virgen María, y porque nació sin obra de varón, como la flor nace del campo sin ser arado ni sembrado. Y por esto dice (Cant., II): *Yo soy flor del campo:* y esta hierba se dice pequeña, por la bajeza que en este mundo tomó hasta decir (Psalm. XXI): *Gusano soy y no hombre, deshonra del hombre y desprecio del pueblo.* Esta carne humillada es remedio contra el viento de nuestra soberbia tan loca, que no pueda ser curada con esta grande humildad, pues no es razón que se ensalce el gusano viendo abatido al Rey de la Majestad. Y no se os olvide que el hisopo es caliente, porque Cristo por el fuego del

amor que en sus entrañas ardía se quiso abajar para nos purgar, dándonos á entender que si el que es alto se abaja, ¿cuánta razón es que el que tiene tanto por se abajar no se ensalce? Y si Dios es humilde, el hombre lo debe ser.

Esta carne medicinal fué junta al palo del cedro, cuando fué puesta en cruz, y atada con delgada hebra de lana dos veces teñida; porque aunque duros, y gruesos y largos clavos le tenían fijados con ella los pies y las manos, si su abrasado hilo de amor no le atara á la cruz, queriendo Él entregar la vida para matar nuestra muerte, poca parte fueran los clavos para le tener. De manera, que no ellos, mas el amor le tenía, y este amor es doblado, como grana dos veces teñida; porque por satisfacer á la honra del Padre que por los pecados era ofendido, y por amor de los pecadores que estaban perdidos, padeció Él lo que padeció.

CAPÍTULO CIX

Que la sacra humanidad de Cristo fué figurada en la ropa del Sumo Sacerdote, y en el velo que Dios mandó hacer á Moisés: y que era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio.

La ropa que el Sumo Pontífice de la ley se vestía, había de ser grana teñida dos veces; porque la santa humanidad de Cristo, que es su vestidura, se había de teñir en sangre derramada por amor de Dios y del prójimo; y esta carne puesta en la cruz es el velo que Dios mandó hacer á Moisés (Exodo, XXVIII) de jacinto, carmesí y grana dos veces teñida, y de blanca y retejida holanda, hecho con labores de aguja, y tejida con hermosas diferencias. Porque esta santa humanidad es teñida con sangre, como el carmesí; es abrasada con fuego, significado en la grana, según hemos dicho; es blanca, como la holanda, con castidad é inocencia; y es retejida, porque no fué muelle, ni relajada, mas apretada debajo de toda disciplina virtuosa, y de muchos trabajos. Y está bien significada en el jacinto, que tiene color de cielo, porque es formada por obra sobrenatural del Espíritu Santo, y por eso se llama celestial, con otras muchas lindezas y virtudes que tiene, formadas por el saber muy sutil de la sabiduría de Dios. Y este velo manda

que se cuelgue en cuatro columnas que lo sustenten, que quiere decir, que en cuatro brazos de cruz que fué puesto Cristo. Y cuatro Evangelios le ponen, y predican manifiesto delante del mundo.

Pues como el real Profeta David fué tan alumbrado Profeta en saber los misterios de Cristo que habían de venir, viéndose afeado con aquel feo pecado cuando tomó la oveja y mató al pastor, temiendo la ira del Omnipotente, con la cual estaba amenazado por boca del Profeta Nathán (Reg., XII), suplica á Dios que le hermosee su fealdad, no con hisopo material, pues que el mismo David dice á Dios (Psalm. L), no te deleitarás con sacrificios de animales; mas pide ser rociado con la carne de Jesucristo, atado con cuerdas y lazos de amor en la cruz, confesando que su fealdad sea mucha, é imposible á él de quitarla, que será emblanquecido más que la nieve con la sangre que de la cruz cae.

¡Oh Sangre hermosa de Cristo hermoso! Que aunque eres colorada más que los rubíes, tienes poder para emblanquecer más que la leche. Y quien viera con cuánta violencia eres derramada por los sayones, y con qué amor eras derramada del mismo Señor, cuando de buena gana, Señor, extendías tus brazos y pies para ser sangrado de brazo y tobillo, para remediar nuestra soltura tan mala, que en deseos y obras tenemos. Gran fuerza ponen contra Ti tus contrarios; mas muy mayor fuerza te hizo tu amor, pues que no ellos, mas él te venció. *Hermoso llama David á Cristo* (Psalm. XLIV), *sobre todos los hijos de los hombres;* mas este hermoso entre hombres y ángeles quiso disimular su hermosura y vestirse en su cuerpo, y en lo de fuera de la semejanza de nuestra fealdad que en nuestras ánimas teníamos, para que así fuese nuestra fealdad absorbida en el abismo de su hermosura, como lo es una pequeña pajita en un grandísimo fuego, y nos diese su imagen hermosa, haciéndonos semejables á Él.

CAPÍTULO CX

De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos: para lo cual se declara un lugar de Isaías.

Si bien miramos las condiciones ya dichas que se requieren para ser uno hermoso, todas las cuales están excelentemente en el Verbo divino, hallaremos que todas las disimuló y escondió, para que siendo escondidas en Él se manifestasen en nosotros. Muy entero y acabado y lleno es el Verbo de Dios, pues ninguna cosa le falta ni le puede faltar, y quita Él la falta á todas las cosas. Mas este tan rico en el seno del Padre, miradle hecho hombre en el vientre y brazos de su Madre, y por todo el discurso de su vida y muerte, y veréis cuántas veces le faltó el comer y el beber en toda su vida, cuán falto de cama para echarse cuando le puso la Virgen en el pesebre, porque ni cama ni lugar tenía en el portal de Belén. ¿Cuántas veces le faltó con qué remediar su frío y calor, y no tenía sino lo que le daban? Y si en la vida no tenía en qué reclinar su cabeza, como Él lo dice, ¿qué diréis de la extrema pobreza que en su muerte tuvo, en la cual menos tenía donde reclinar su cabeza, porque, ó la había de reclinar en la cruz, y padecer extremo dolor por las espinas que más se le hincarían en ella, ó la había de tener abajada y en vago, no sin grave dolor? ¡Oh sagrada cabeza! De la cual dice la Esposa (Cant., V), *que es oro finísimo, por ser cabeza de Dios*, y cuán á tu costa pagas lo que nosotros contra tu amor nos reclinamos en las criaturas, amándolas, y queriendo ser amados y alabados de ellas, haciendo cama de reposo en lo que habíamos de pasar de camino hasta descansar en ti! Y la causa por que pasa esta falta y pobreza, declara San Pablo diciendo (II Cor., VIII): "Bien sabéis, hermanos, la gracia que nos hizo Nuestro Señor Jesucristo, que siendo Él rico se hizo pobre por nos, para que con la pobreza de Él fuésemos nosotros ricos."

¿Veis aquí, pues, disimulada muy por entero la primera condición de hermosura, que es ser en todo cumplido, pues le falta tanto en el suelo al que en el cielo es la misma abundancia? Pues si miráis á la otra condición de hermoso Verbo de Dios, cómo

es perfectísima imagen del Padre, igual á Él, y proporcionada con Él, hallaréis que no menos que la primera, la disimula en la tierra. Decidme: ¿qué es el Padre, sino fortaleza, saber, honra, hermosura, bondad y gozo con otros semejantes bienes, que todos ellos son un bien infinito? Pues poned de una parte este admirable dechado glorioso en sí, y adorado de ángeles, y acordaos de aquel paso que había de pasar y traspasar á lo más dentro de nuestras ánimas, de cuando la hermosa imagen del Padre, Jesucristo Nuestro Señor, fué sacado de la audiencia de Pilato cruelmente azotado y vestido con una ropa colorada, y con corona de escarnio en los ojos de los que le veían, y con agudo dolor en el cerebro de quien la tenía, las manos atadas, y con una caña en ellas, los ojos llenos de lágrimas que de ellos, y de sangre que de la cabeza venía, las mejillas amarillas y descoloridas, y llenas de sangre, y afeadas con las salivas que en su faz habían echado, y con este dolor y deshonra fué sacado á ser visto de todo el pueblo, diciendo: *Mirad al hombre:* y esto para que á Él se le creciese vergüenza de ser visto de ellos, y ellos hubiesen compasión de Él viéndolo tal, y dejasen de perseguir á quien tanto veían padecer.

Mas, ¡oh! con cuán malos ojos miraron las penas de quien más se penaba por la perdición de ellos que por sus propios dolores, pues en lugar de apagar el fuego de su rabiosa malquerencia con el agua de sus deshonras, ardióles más y más, como fuego de alquitrán que arde en el agua, y no escucharon la palabra á ellos dicha por Pilato: *Mirad el hombre;* mas no queriendo verle allí, dicen que lo quieren ver en la cruz. Ánima redimida por los dolores de Cristo, escuchad vos, y escuchemos todos esta palabra: *Veis ahí el hombre, ó mirad el hombre;* porque no seamos ajenos de la redención de Jesucristo, no sabiendo mirar y agradecer sus dolores. Cuando quieren sacar alguna cosa para ser vista, suelen ataviarla lo mejor que pueden, para que enamore á los que la vieren; y cuando quieren sacar otra para que sea temida, cércanla de armas y de cuantas cosas pueden, para que hagan temblar á los que la vieren; y cuando quieren sacar alguna imagen para hacer llorar, vístenla de luto, y pónenle todo lo que incita á tristeza. Pues decidme: ¿qué fué el intento de Pilato en sacar á Cristo á ser visto del pueblo? No por cierto para ser amado ni temido, y por eso no lo hermoseó ni cercó de armas y caballeros, mas sacólo para apla-

car los corazones crueles de los judíos con la vista del Redentor; y esto no por amor, que bien sabía Pilato que entrañablemente le aborrecían; mas queríalos aplacar á poder de sus grandes tormentos y á propia costa de su delicado cuerpo: y por eso atavió Pilato tan ataviado á Cristo de tormentos tales y tantos que pudiesen obrar compasión en los corazones de los que lo viesen, aunque muy mal le quisiesen. Y por tanto, es de creer que lo sacó lo más afligido y abatido y deshonrado que él pudo, reviéndose en afearle, como se revén en una novia para ataviarla; para que por aquesta vía aplacase la ira de los que le desamaban, pues no podía por otras que había intentado.

Pues, decidme: si salió Cristo tal, que basta á apagar el fuego de la malquerencia en los corazones de los que le aborrecían, ¿cuánta razón es que su vista y salida encienda fuego de amor en los corazones de quien lo conoce por Dios y le confiesa por Redentor? Mucho tiempo antes que esto acaeciese vió el Profeta Isaías este paso, y contemplando al Señor dijo (Isa., LIII): "No tiene lindeza, ni hermosura: mirámosle y no tenía vista, y deseámosle despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores, y que sabe de penas; su rostro estuvo como escondido y despreciado, y por tanto no le estimamos. Verdaderamente Él llevó nuestras enfermedades, y Él mismo sufrió nuestros dolores, y nosotros le estimamos como leproso y herido de Dios, y abajado." Si estas palabras de Isaías quisiéredes mirar una por una, veréis cuán escondida estuvo la hermosura de Cristo en el día que trabajó para hermosearnos. Dice la Esposa en los Cantares hablando con Cristo (Cant., V): *Hermoso eres y lindo, amado mío.* Y aquí dice Isaías, que no tiene lindeza ni hermosura; y Aquel en cuya cara se revén los ángeles y la desean mirar, aquí dice que no tiene vista (Hebr., IX). Y Aquel que cuando entró en este mundo fué por mandado del Padre adorado de todos los ángeles, ahora que sale del mundo es despreciado de muy viles hombres.

Dice David de Cristo (Psalm. LXXXVIII): "Que es ensalzado sobre todas las obras de las manos de Dios." Y dice Isaías (cap. LIII): "Que está el más abatido de todos los hombres." Y si esto fuera comparándolo con los que eran buenos, no fuera tanto el desprecio. ¿Mas qué diréis? Que siendo cotejado con Barrabás, matador y alborotador y ladrón, les parece mejor que Cristo, que es dador de la vida, hacedor de las paces del Padre

y del mundo; y está tan lejos de tomar lo ajeno, que, como dice David (Psalm. LXVIII), *pagó lo que no tomó*. Cristo no tenía por qué tener dolor, pues la causa de él es el pecado que en el mundo cupo; mas llámale aquí Isaías varón de dolores, que quiere decir, muy abundante de dolores; porque aunque no supo por experiencia de malos deleites, es varón que sabe de muy recias penas, porque las experimentó, y en tanta abundancia, que diga Él por boca de David: *Muy llena de penas está mi ánima*.

Cristo se llama luz, porque con sus admirables palabras y obras alegraba y sacaba de tinieblas al mundo; mas esta luz, dice Isaías que tuvo su gesto como escondido, porque si solamente es mirado con ojos del cuerpo, no sé quién le pudiera conocer por el rostro, por mucho que antes lo hubiera tratado; lo cual no es mucho de maravillar, porque aunque la Virgen, para siempre bendita, y en aquel día la más lastimada de las mujeres, lo parió y envolvió, y se remiraba en su cara como en un espejo luciente; mas con todo esto creo que si allí estaba presente en este paso de tanto dolor miraba y admiraba con cuanta atención las lágrimas de los ojos y el dolor del corazón le daban lugar, si era aquel su benditísimo Hijo, que tan de otro color y manera estaba que antes le había conocido. Y si los que lo miraban creyeran que todo esto pasaba el Señor, no porque lo debiese, mas porque amaba á los que lo debíamos, fuera alivio á la pena de Cristo. ¿Mas qué diremos que dice Isaías que lo tuvieron por herido de Dios y abatido? Porque pensaban que Dios lo abatía así por sus pecados, y que merecía aquello y mucho más, y por eso pidieron que fuese puesto en la cruz. De manera, que de fuera quitaban sus ojos de mirarle porque habían asco de Él, como de un leproso, y en el corazón lo tenían por malo y digno de aquello y mucho más. Cosa era para mirar y llorar que si le miraban, escupían hacia Él, y si no le miraban, habían grandes ascos, como de cosa muy fea; lo que de Él hablaban eran injurias, que tanto lastimaban como los dolores, y con todo decían que no tenía lo que merecía, mas que lo pusiesen en cruz.

CAPÍTULO CXI

De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar á Cristo; y de la diversa operación que esta palabra "mirad á este hombre„, ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles.

¿Quién no se maravillará y dará alabanzas á Dios por su saber infinito, que por modo tan extraño quiso redimir al mundo perdido, sacando los mayores bienes de los mayores males que los hombres hicieron? ¿Qué cosa peor en el mundo se ha hecho ni se hará, que deshonrar y afear, y atormentar y crucificar al Hijo de Dios? ¿Mas de cuál otra cosa tanto provecho vino al mundo, como de esta bendita Pasión? Pensaba Pilato, cuando ataviaba á este desposado con atavíos de muchos dolores, que para los ojos de aquel pueblo no más lo ataviaba, y atavióla para ser visto de todo el mundo universo, sirviendo en esto, aunque él no lo sabía, á lo que Dios tanto antes había prometido, diciendo (Isa., LII): *Verá todo hombre la salud de Dios.* Esta salud, Jesucristo es, al cual dijo el Padre (Isa., XLIX): "En poco tengo que despiertes á servirme las tribus de Jacob, y que me conviertas las heces de Israel. Yo te di en luz de las gentes, para que seas salud mía hasta lo postrero de la tierra.„

Jesucristo predicó en persona á las ovejas que habían perecido de la casa de Israel no más; y después sus santos Apóstoles, en el mismo pueblo de Israel, comenzaron á predicar, y convirtiéronse, no todos los judíos, mas algunos, y por esto dice las heces; mas no paró la salud del Padre, que es Cristo, en el pueblo de los judíos, mas salió cuando fué predicado por los Apóstoles en el mundo, y ahora lo es, acrecentándose cada día la predicación del nombre de Cristo á tierras más lejos, para que así sea luz, no sólo de los judíos que creyeron en Él, á los cuales predicó en propia persona, mas también á los gentiles que estaban en ceguedad de idolatría tan lejos de Dios; y entonces se cumple lo que aquel santo cisne Simeón cantó, ya que se quería morir, diciendo (Luc., II): "Ahora dejas, Señor, á tu siervo en paz, según tu promesa, porque vieron mis ojos á tu salud, la cual pusiste ante el acatamiento de todos los pueblos,

lumbre para los gentiles, y honra para tu pueblo de Israel.„

Si miramos que Cristo fué puesto por mano de Pilato á ser visto de aquel pueblo en su propia casa, y después en lo alto de la cruz en el monte Calvario, claro es, que aunque de todo estado y linaje, naturales y extranjeros, que habían venido á la Pascua, había gran copia de gente; mas no fué Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos, como dice Simeón en su cantar. Y, por tanto, es Cristo puesto en el acatamiento y vista de todos los pueblos cuando es predicado en el mundo por los Apóstoles y sucesores, de los cuales dice David (Psalm. XVIII), *que en toda la tierra salió su sonido, y hasta los fines de la tierra sus palabras*: y Cristo así predicado, es luz entonces y ahora para los gentiles que le quieren creer, y es luz y honra para los judíos, que también le quieren creer, como lo nota San Pablo, diciendo: *De los cuales viene Cristo, según la carne, el cual es sobre todas las cosas, Dios bendito por todos los siglos.*

Pues miremos cuán de otra manera lo ordenó Dios de como lo pensaba Pilato; él pensaba que ponía á Cristo en acatamiento de aquella gente no mas, y dijo: *Veis ahí al hombre:* y pensó, cuando no quisieron que fuese suelto, mas pidieron que lo crucificase, que ya no había Cristo de ser más visto de nadie. Mas porque vió el Padre Eterno que tal espectáculo como aquel de su Unigénito Hijo, imagen de su hermosura, no era razón que tan pocos ojos ni tan malos lo mirasen, ni que á corazones tan duros se presentase, ordenó que se diese otra voz muy mayor, y que sonase en el mundo, y por boca de muchos y muy santos pregoneros, que dijesen mirad este hombre, porque la voz de Pilato sonaba poco, y era uno y malo, y lleno de temor, por el cual sentenció á muerte á Cristo (Joannis, XIX): y no merecía ser él pregonero de esta palabra: *Mirad á este hombre:* y por eso la mandó Dios pregonar á otros, y tan sin temor, que antes quisieron y quieren morir que ni un solo punto dejar de predicar y confesar la verdad y gloria de Cristo.

Pilato era sucio, porque era infiel y pecador; mas de los pregoneros de esta voz: *mirad á este hombre,* profetizó Isaías diciendo (Isa., LII): "Cuán hermosos son los pies sobre los montes de los que predican buenas nuevas de paz y de bienes, y que dicen: "Sión, reinará tu Dios.„ El Dios de Sión es Jesu-

cristo, en cuya persona dice David (Psalm. II): *Yo soy constituído Rey de mano de Dios sobre Sión, Monte Santo suyo, predicando su Mandamiento.* Y este Rey que predica el Mandamiento del Padre, que es la palabra del Santo Evangelio, comenzó á reinar en Sión cuando fué recibido el domingo de Ramos por Rey de Israel, en el templo que estaba puesto en el monte de Sión. Y para dar á entender que este reino había de ser en las cosas espirituales, se dice en David ser constituído Rey sobre el monte de Sión, que es monte donde estaba el templo en que á Dios se ofrecía su divino culto.

Y después cuando este Señor envió en el mismo monte Sión el Espíritu Santo sobre los suyos, y fué predicado públicamente en medio de Jerusalén, y en las orejas de los Pontífices y fariseos, entonces se acrecentaba su reino; y cuando se convirtieron del primer sermón de San Pedro casi tres mil hombres, crecía este reino (Act., II). Y cuando más gente se convertía, predicaban los Apóstoles á Sión: *Reinará tu Dios;* como quien dice, aunque ahora este Señor es conocido de pocos, mas siempre irá creciendo su reino, hasta que al fin del mundo reine en todos los hombres, galardonando con misericordia á los buenos, y castigando con vara de hierro de rigurosa justicia á los malos. Esta es la voz de los predicadores de Cristo, que dice: *Reinará tu Dios.* Y porque en el corazón del hombre sucio no reina Cristo, pues reina el pecado, no es razón que predique á los otros el reino de Cristo el que en su ánima no consiente reinar á Cristo. Y por eso dice Isaías (cap. LII) *que son hermosos los pies de los que predican la paz.*

En los pies son significados los deseos del ánima, que han de ser hermosos; y por eso no quiere Cristo que se cubran con zapatos los pies de los predicadores por la parte de arriba, porque lo hermoso de ellos lo pone Dios en público para ejemplo de muchos. Mas mire mucho quien tiene limpios los pies, (Joann., XIII), no piense que él se los limpió, mas dé gracias á Aquel que lavó el Jueves Santo los pies á los discípulos con agua material, y lava las ánimas de todos los lavados con su Sangre bendita. No era, pues, razón, que tan limpio Rey como Cristo fuese anunciado con boca sucia, como la de Pilato, ni que para espectáculo en que tantas y tan grandes maravillas había que mirar, como era Cristo, cuando salió á ser visto del pueblo, hubiese un pregonero no más y que tan poco sonase.

Y si Pilato pensó que ya no había de haber memoria de Cristo, ni quien de Él hubiese compasión, ordenó Dios que en lugar de los pocos que le escupían hubiese ya, y habrá muchos que con reverencia le adoren. Y en lugar de los que no querían mirarle de asco, haya muchos más que se revean en mirar aquella benditísima cara, aunque esté puesta en cruz, como espejo muy luciente; y en lugar de los que pensaban que lo que padecía lo merecía, haya tantos que confiesen que ningún mal hizo por que padeciese, sino que ellos pecaron, y Él padeció por amarlos. Y si la crueldad de aquellos fué tanta que no hubieron de Él compasión, mas pidieron que fuese muerto en la cruz, quiere Dios que haya muchos que deseen morir por Cristo y digan con toda su ánima: "Heridas tenéis, amigo, y duélennos; yo las tuviera por vos."

No piense Pilato que atavió á Cristo en balde, aunque no pudo mover de compasión de Él á los que allí estaban, pues que tantos, acordándose de estos trabajos de Cristo, han tanta compasión de Él, que están azotados y coronados, y crucificados en el corazón con Él, como dice San Pablo de sí, y en persona de muchos.

CAPÍTULO CXII

De cuánta razón es que nosotros miremos á este hombre Cristo con los ojos que lo miraron muchos de aquellos á quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos; la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos.

Muy justa cosa es, doncella, que estas razones tan justas y estos ejemplos tan vivos de muchos os muevan á que, quitada toda tibieza, se fije en vuestro corazón con amor entrañable el que por vos con graves dolores fué puesto y fijado en la cruz, y que no seáis vos de los duros que aquella voz oyeron en balde, mas de los que oirla fué causa de su salvación. No seáis de aquellos que no supieron estimar al que presente tenían, mas de los que dice Isaías (cap. LII): "Deseamos verle, porque muchos reyes y profetas desearon ver la faz, y oir la voz de Cristo Nuestro Señor."

Mirad, pues, doncella, á este hombre Cristo, que por un indigno pregonero suyo es pregonado. Mirad á este hombre para

oir sus palabras, porque este es el Maestro que el Padre nos dió. Mirad á este hombre para imitar su vida, porque no hay otro camino para ser salvo, si Él no. Mirad á este hombre para haber compasión de Él, pues que estaba tal, que bastaba á mover á compasión á los que mal le querían. Mirad á este hombre para llorar, porque nosotros le paramos con nuestros pecados tal cual está. Mirad á este hombre para le amar, pues padece tanto por nos. Mirad á este hombre para os hermosear, porque en Él hallaréis cuantos colores quisiéredes, con que os hermoseéis. Bermejo, de las bofetadas que recientes le han dado; cárdeno, de las que rato ha y en la noche pasada le dieron; amarillo, con la abstinencia de la vida toda y trabajos de la noche pasada; blanco, de las salivas que en la cara le echaron; denegrido de los golpes, que le habían magullado su sagrada cara; las mejillas hinchadas, y de cuantos colores le quisieron pintar los sayones; porque según está profetizado por Isaías (cap. L), en persona de Cristo, *mis mejillas di á los que las arrancaban, y mi cuerpo á quien lo hería*. ¿Qué matices, que aguas, qué blanco, qué colorado hallaréis aquí para os hermosear, si por vuestro descuido no queda? Mirad, doncella, á este hombre, porque no puede escapar de muerte quien no le mirare : porque así como alzó en un palo Moisés la serpiente en el desierto para que los heridos mirándola viviesen, y quien no la mirase muriese, así, quien á Cristo puesto en el madero de la cruz no mirare con fe y con amor, morirá para siempre.

Y así como arriba os dije que hemos de suplicar al Padre diciendo : *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo*, así nos manda el Eterno Padre diciendo : "Mira, hombre, la faz de tu Cristo; y si quisieres que mire Yo á su faz para te perdonar por Él, mira tú á su faz para me pedir perdón por Él.„ En la faz de Cristo nuestro medianero se junta la vista del Padre y la nuestra. Allí van á parar los rayos de nuestro creer y amar, y los rayos de su perdonar y hacer mercedes. Cristo se llama Cristo del Padre, porque el Padre lo engendró, y le dió lo que tiene. Llámase Cristo nuestro, porque se ofreció por nos, dándonos todos sus merecimientos. Mirad, pues, en la faz de vuestro Cristo, creyendo en Él, confiando en Él, amando á Él, y á todos por Él. Mirad en la faz de vuestro Cristo, pensando en Él, y cotejando vuestra vida con Él, para que en Él, como en

espejo, veáis vuestras faltas, y cuán lejos vais, para que conociendo vuestras faltas que os afean, toméis de sus lágrimas y de su sangre, que por su cara hermosa veis correr, y con dolor limpiéis vuestras manchas y quedéis hermosa. Así como los judíos quitaban los ojos de Cristo porque le veían tan maltratado, así Cristo quita sus ojos del ánima que es mala, y la abomina como leprosa; mas después que la ha hermoseado con la gracia que le ganó con sus trabajos, pone sus ojos en ella diciendo (Cant., IV): *Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres; tus ojos son de paloma, sin lo que está escondido dentro.*

Dos veces dice hermosa, porque ha de ser justa y hermosa en cuerpo y en ánima; de dentro en deseos, y de fuera en obras; y porque ha de ser más lo de dentro que lo de fuera, por eso dice: "sin lo que de dentro está escondido„; y porque la hermosura del ánima, como dice San Agustín, consiste en amar á Dios, por eso dice: "tus ojos son de paloma„; en lo cual se denota la intención sencilla y amorosa, que á sólo agradar á Dios mira, sin mezcla de interés propio. Mirad, pues, á Cristo, porque mire Cristo á vos. Y así como no habéis de pensar que Él haya hecho alguna cosa por la cual Él mereciese tomar sobre sí imagen de feo, así no penséis que habéis vos merecido la hermosura que Él os ha dado: de gracia, que no de deuda, se vistió nuestra fealdad, y de gracia y sin deuda nos vistió de esta hermosura. Y á los que piensan que la hermosura que tienen en su ánima la tiene de sí, dice Dios por Ecequiel (cap. I): "Perfecta eres con mi hermosura, que había puesto sobre ti, y teniendo fiucia en tu hermosura, fornicaste en tu nombre, y pusiste tu fornicación á cualquiera que pasaba, para ser hecha suya.„ Esto dice Dios; porque cuando un ánima atribuye á sí misma la hermosura de justicia que Dios le dió, es como fornicar consigo misma, pues quiere gozar de sí misma en sí y no en Dios, que es su verdadero Esposo, del cual le viene el ser hermosa, y quiere más gloriarse en su nombre, que es fornicar en su nombre, que gloriarse en Dios, que le dió lo que tiene.

Y por eso con mucha razón le quita Dios la hermosura que le había dado, pues se le quería alzar con ella. Y como este vano y mal aplazamiento, que en sí mismo se toma, es soberbio y principio de todo mal, por eso dice: "pusiste tu fornicación á

cualquiera que pasa„; porque el soberbio, como tiene por arrimo á sí mismo, que es vanidad, á cualquier viento es llevado y hecho cautivo de cualquier pecado que pasa; y con mucha razón, pues no quiso humillarse para permanecer teniendo á Dios por arrimo. Mirad, pues, este hombre en sí, y miradlo en vos. En sí, para ver quién sois vos: en Él, para ver quien es Él; sus deshonras y abatimiento vos los merecíades, y por eso aquello es vuestro; lo bueno que en vos hay, suyo es, y sin merecerlo vos se os ha dado.

CAPÍTULO CXIII

En que se prosigue el modo cómo habemos de mirar á Cristo, y cómo en Él todo cuanto hay es hermoso: y que lo que en el Señor parece feo á los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura.

Si sabéis aprovecharos de lo que os es dicho, pondréis toda vuestra atención á mirar con espirituales ojos á este Señor, y hallaréis que os será más provechoso que si con solos los ojos de carne le viéredes; porque á los ojos de carne parecía Cristo afeado, mas á los de la fe muy hermoso. A los del cuerpo, dice Isaías, que estaba su faz como escondida; mas á los ojos de la fe no hay cosa que se le esconda: mas como ojos de lobo cerval que ven tras paredes, traspasan lo que parece de fuera, y entrando en lo interior hallan fortaleza divina debajo de aquella humana flaqueza, y debajo de la fealdad y desprecio hermosura con honra. Y por eso lo que dijo Isaías: "Vímosle, y no tenía hermosura„, díjolo en persona de los que lo miraron con ojos del cuerpo no más.

Mas tomad, doncella, la luz de la fe, y mirad más adentro, y veréis cómo éste que sale en semejanza de pecador, es justo y justificador de pecadores; éste que muere, es inocente como cordero; éste que tiene la cara muy amarilla, es en sí muy hermoso, y por hermosear á los feos se paró tal: y pues mientras el esposo más pasa por la esposa y más se abaja, más lo debe ella ensalzar; y mientras más sudado viene y con heridas y sangre por amor de ella, más hermoso le parece mirando el amor con que se puso á trabajos por ella, claro es que, mirando la causa de tomar Cristo esta fealdad, parecerá más hermoso

mientras más afeado. Decidme: si la primera condición de hermosura escondió cuando de rico y abundante se abajó á que le faltasen muchas cosas, ¿qué fué la causa, sino porque á nos ningún bien faltase? Y si fué hecho al parecer desemejable á la imagen del Padre hermoso, no fué sino porque ordenó el Padre de no darnos hermosura, sino tomando su Hijo nuestra fealdad; y si escondió lo tercero, que es la luz ó calor cuando aquella sagrada cara estaba amortiguada y obscurecida, y aquellos ojos lucientes se obscurecían, ya que quería morir, y después de muerto, ¿por qué fué esto, sino por dar luz y color vivo á nuestras obscuridades? Según Él mismo lo figuró, cuando de su saliva, que significa á Él cuanto á Dios, y á la tierra, que significa la humildad, hizo lodo, que significa su abatida Pasión, y con aquella bajeza recibió vista el ciego, que significa el género humano.

Y si lo cuarto, que es el ser grande, Él escondió cuando se hizo hombre, y el más abatido de todos los hombres, ¿por qué fué, sino para conformarse con los chicos y pegarles su grandeza? Según fué figurado en el grande Eliseo (IV Reg., IV), que para resucitar el muchacho chico se encogió y midió con él, y así le dió vida. Pues si San Agustín dice, que amando á Dios somos hechos hermosos, claro es que en la obra de mayor amor más somos hermosos; pues en qué cosa tanto se mostró el grande amor que Jesucristo tenía á su Padre, como en padecer por su honra, como Él dijo: *Porque conozca el mundo que amo al Padre, levantaos, y vamos de aquí.* ¿Mas adónde iba? Claro es que á padecer: y pues mientras una es mejor obra tanto es más hermosa, porque lo bueno es hermoso y lo malo feo, claro está que cuanto Cristo más padecía, mejor obra era. Y, por tanto, mientras más abajado y afeado, más hermoso es á los ojos de quien conoce que quien lo pasó no lo debía, mas pasólo por honra del Padre y provecho de nosotros.

Estos son los ojos con que habéis de mirar á este hombre, para que siempre os parezca hermoso, como lo es; y también para que sepa Pilato allá en el infierno, do está, que pone Dios unos ojos á los cristianos con los cuales, mirando á Cristo, tanto más hermoso les parezca cuanto él más afearlo quiso. Ahora oid cómo todo esto dice San Agustín: "Amemos á Cristo, y si algo feo halláremos en Él, no le amemos. Aunque Él halló en nosotros muchas fealdades, y nos amó: y si halláremos en Él

algo feo, no le amemos; porque el estar vestido de carne, por lo cual se dice de Él, vímosle y no tenía hermosura; si considerareis la misericordia con que se hizo hombre, allí también te parecerá hermoso; porque aquello que dijo Isaías (cap. LIII): *Vímosle, y no tenía hermosura,* en persona de los judíos lo decía. ¿Mas por qué le vieron sin hermosura? Porque no le miraron con entendimiento. Mas á los que entienden el Verbo hecho hombre (Galat., VI), gran hermosura les parece; y así dijo uno de los amigos del Desposado: "No me glorío yo en otra cosa, „sino en la cruz de Jesucristo Nuestro Señor.„ ¿Poco os parece, dice San Pablo, no haber vergüenza de las deshonras de Cristo, sino que aún os honráis de ellas? ¿Por qué no tuvo Cristo hermosura? Porque Cristo crucificado es escándalo para los judíos, y parece necedad á los infieles gentiles. ¿Mas por qué tuvo Cristo en la cruz hermosura? (I Cor., I). Porque las cosas de Dios que parecen necedad, son más llenas de saber que lo sabio de todos los hombres. Y las cosas de Dios que parecen flacas, son más fuertes que lo más fuerte de todos los hombres; y pues así es, parézcanos Cristo esposo hermoso, siendo Dios hermoso, palabra acerca del Padre. Hermoso también en el vientre de la Madre, adonde no perdió la divinidad y tomó la humanidad. Hermoso el Verbo nacido infante, porque aunque Él era infante que no hablaba cuando mamaba, cuando era traído en los brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron alabanzas, la estrella trajo á los Reyes Magos, fué adorado en el pesebre, en el que fué puesto como manjar de animales mansos. Hermoso, pues, en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en el vientre de la Madre, hermoso en los brazos de Ella, hermoso en los milagros, hermoso en los azotes, hermoso convidando á la vida, hermoso no temiendo en nada la muerte, hermoso dejando su ánima cuando expiró, hermoso tornándola á tomar cuando resucitó, hermoso en la cruz, hermoso en el sepulcro, hermoso en el cielo, hermoso en el entendimiento. La suma y verdadera hermosura, la justicia es. Allí no le verás hermoso, adonde le hallares no justo. Y pues en todas partes es justo, en todas partes es hermoso.„ Todo esto dice San Agustín.

Y cierto; si con estos ojos mirásedes á Cristo, os parecería feo, como á los carnales que en su Pasión le despreciaban. Mas con los santos Apóstoles, que en el monte Tábor lo miraban (Luc., IX), pareceros ha su rostro resplandeciente como el

sol, y sus vestiduras blancas como la nieve; y tan blancas, que, como dice San Marcos, ningún batanero sobre la tierra las pudiera emblanquecer tan bien. Lo cual significa que nosotros, que somos dichos vestidura de Cristo porque le rodeamos y ataviamos con creerle, y amarle y alabarle, somos tan emblanqueados por Él, que ningún hombre sobre la tierra nos pudiera dar la hermosura que Él nos dió de gracia y justicia. Parézcaos Él como el sol, y las ánimas por Él redimidas blancas como la nieve. Aquéllas, digo, que confesando y aborreciendo con dolor su propia fealdad, piden ser hermoseadas en esta piscina de sangre del Salvador. De la cual salen tan hermosas, justas y ricas, con la gracia y dones que reciben por Él, que bastan á enamorar los ojos de Dios, y que le sean cantadas con gran verdad y alegría las palabras ya dichas: "Deseará el Rey tu hermosura„.

FIN DEL AUDI FILIA

DEO GRATIAS

INTRODUCCIÓN

Á LAS

PLÁTICAS DEL BEATO ÁVILA

POR EL LICENCIADO LUIS MUÑOZ

Dijo un hombre de gran porte, que no podía hallarse más eficaz remedio para sacar á los sacerdotes de tibieza, y hacerlos muy devotos y ejemplares, y que dijesen Misa con el fervor y espíritu que tan alto Sacramento pide, como leer y ponderar las dos pláticas que el santo Maestro Ávila hizo para sacerdotes: es de lo mejor que escribió este varón apostólico: comunmente no andan en sus obras: pusiéronse en la impresión última, que alcanza á pocos; y porque este libro de su vida se ha escrito *principalmente para los sacerdotes*, ha parecido conveniente ponerlas en este lugar. Al que no las tuviere habrémosle hecho un gran bien; y ellas son tales, que no en muchos libros, *mas en láminas de oro debieran estar escritas en los sagrarios de las iglesias*, y que sirvieran de espejo en que se miraran los sacerdotes. Hízolas en ocasión de un Concilio diocesano en Córdoba: imprimiéronse para que las ponderasen y rumiasen continuamente todos los sacerdotes: son bastantísimo libro.

PLÁTICAS

DEL

BEATO JUAN DE ÁVILA

PARA SACERDOTES

PLÁTICA PRIMERA [1]

GRANDE es la alteza del beneficio que Dios nos ha hecho en llamarnos para la alteza del oficio sacerdotal, pues que habiendo tantos á quien lo poder encomendar, *elegit nos ab omni vivente* (Eccl., XLV): y si elegir sacerdotes entonces era gran beneficio, ¿qué será ahora en el Nuevo Testamento, cuyos sacerdotes somos como el sol en comparación de la noche? ¡Oh divina bondad, que tanto se manifestó en levantar hombres á tal alteza, que ponga en las manos de ellos su poder, su honra, su riqueza y su misma persona! ¿Quién no se tendrá por muy beneficiado de Dios con ser poderoso en la tierra para hacer descender fuego del cielo? Mas que Dios le elija para le consagrar, y cuán presto venga su Majestad siendo llamado, mayor beneficio es que lo que se cuenta de Josué cuando hizo estar quedo el sol, como dice la Escritura, que no hubo día tan largo: *Obediente Domino voci hominis*. Mas grande día es éste y mayor, pues allí se quedó el

1 Estas dos cartas de nuestro Beato, maravillosas y sin rival, andan comunmente impresas en el libro de la Vida del mismo Bienaventurado Maestro, escrita con mucha unción, piedad y arte por el muy docto y elegante cronista el Licenciado D. Luis Muñoz. Esta nueva edición de las obras del Beato Ávila no podía salir á luz sin ofrecer al mundo entrambas pláticas, finísimos diamantes, no de la tierra, sino bajados, ó por lo menos, inspirados del cielo. Por eso se han sacado de dicho libro, ó lugar que no es el suyo, y se han traído á este otro, donde cuadran mejor y están más á la mano de quienes las busquen y quieran leer.

Señor donde estaba, y aquí toma ser sacramental donde no lo tenía. ¿Quién con tanta ligereza obedece á su mayor, con cuanta Cristo á sus sacerdotes? ¡Oh gran lección nuestra! ¡Oh admirable ejemplo, del cual cierto se puede con mucha razón decir: *Si ego Dominus, et Magister!*

„Y si estando glorioso y en tiempo de ser servido de tantos ángeles en el cielo, como lo estoy, me bajo Yo á os obedecer con tanta presteza y de buena gana, ¿cuánta más razón será que vosotros me obedezcáis á Mí y á todos por Mí?„ ¿Quién después que ha comulgado no queda atónito, y con profunda humildad no dice al Señor con San Juan: *Tú, Señor, vienes á mí?* ¿Qué sacerdote, si profundamente considerase esta admirable obediencia que Cristo le tiene, mayor á menor, Rey á vasallo, Dios á criatura, tendría corazón para desobedecer á Nuestro Señor y sus santos Mandamientos, y para no perder antes la vida que su obediencia? ¿Quién alzaría el cuello contra su mayor? ¿Quién no se bajaría á su igual y menor? Viendo esto San Juan se espantó, y dijo (Matth., III): *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me.* ¿Y así no podríamos nosotros decir: *Yo, Señor, había de ir á Ti y obedecerte, y Tú vienes á mí?* Y así ha de tener el sacerdote vergüenza de ser soberbio. Acordémonos, Padres, cuando alguna cosa de los Mandamientos de Dios se nos hiciere dificultosa, de esta obediencia, humildad y amor con que Dios obedece á la voz del hombre en la consagración. Allí representamos su sagrada persona, y decimos las palabras en persona de Él. Y aquella honra que antes de encarnado daba á los ángeles, que decían en persona de Dios: *Ego Dominus*, ya se ha pasado á los sacerdotes, los cuales dicen: *Ego te absólvo. Hoc est corpus meum, in persona Christi.* ¿Quién contará la alteza de honra donde nos sube? ¿Cuyo corazón no se regala como el de Simeón tratando á Cristo con sus manos, mirándole con sus ojos, y siendo traído tan de lejos, mediante la lengua, ser abrazado y metido tan cerca de sí, tan dentro de sí, en el mismo pecho? Quien quisiere honrar á Cristo, acuérdese de esta honra que recibió de Él: quien fuera del altar quisiere andar compuesto y con el peso que debe, acuérdese de cuán engrandecido estuvo, cuán importante negocio trató en el altar. Si el demonio, la carne ó el mundo le tentare fuera del altar, acuérdese de cuán preciado y beneficiado fué de Dios en el altar, y diga con Josef: *¿Cómo puedo hacer este mal y pecar*

contra el Señor Dios mío? Mas si los sacerdotes no somos piedras ó demonios, viendo que el Señor se ata con nuestras palabras, se deja prender con cadenas de amor de nuestras indignas manos, ni tenemos corazón, ni lengua, ni ojos, ni manos, ni pecho, ni cuerpo para le ofender, porque nos veremos todos enteros consagrados al Señor con el trato y tocamiento del mismo Señor.

Los moros que van á la Meca á ver el zancarrón de Mahoma, se tienen por tan bienaventurados en lo ver, que muchos de ellos se sacan los ojos, porque habiendo visto con ellos cosa tal, les parece que le hacen desacato si con los mismos ojos miran otra cosa. ¿Cómo, Rey mío, emplearé mis ojos en mirar vanamente faz de mujeres y cosa que sea indecente, pues se emplean en mirarte á Ti, que eres limpieza y hermosura infinita? Con mucha razón, por cierto, mandaste Tú que todos los tuyos se saquen los ojos que los escandalizan, y con mucha más razón nos los debemos sacar los sacerdotes, quiero decir, que los mortifiquemos por el acatamiento que se debe á la vista de tu sagrada Persona. La lengua del sacerdote llave es con que se cierra el infierno, y se abre el cielo, y se alumbran las conciencias, y consagra á Dios. Si quisiéremos, Padres, pecar con la lengua, pidamos otra lengua prestada; que ésta con que consagramos á Dios y hacemos tan admirables efectos, en ninguna manera se sufre emplearla en servir al diablo con ella. *Nugae in ore sacerdotis blasphemiae sunt, consecrasti os tuum Evangelio, talibus aperire non licet, si nugae blasphemiae sunt, inquit Bernardus.* Mirémonos, Padres, de pies á cabeza, cara y cuerpo, y vernos hemos hechos semejables á la sagrada Virgen María, que con sus palabras trajo á Dios á su vientre: y semejables al portal de Belén y pesebre donde fué reclinado, y á la cruz donde murió, y al sepulcro donde fué sepultado; todas estas cosas son santas por haberlas Cristo tocado, y de lejas tierras las van á ver, y derraman de devoción muchas lágrimas, y mudan sus vidas, movidos por la gran santidad de aquellos lugares. ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, impasible? ¿Cómo no vino á los otros lugares, y el sacerdote lo trae con las palabras de la consagración, y no lo trajeron los otros lugares, sacando la Virgen? Relicarios somos de Dios, casa de Dios, y á modo de decir, criadores de Dios, á los cuales nombres conviene gran

santidad. ¿Quién será aquel tan desventurado que siendo de Dios tan preciado y honrado dé consigo en el lodo y hediondo cieno de los pecados? ¡Oh Padres míos! Bienaventurados somos si sabemos conocer y nos queremos aprovechar del gran precio y estima con que somos honrados por Dios: y ¡ay! ¡ay! ¡ay! de nosotros si siendo tan preciados de Él, ni nos preciamos á nos ni le preciamos á Él! ¡Oh palabra que hiere más que afilada espada, la que dijo Dios á los sacerdotes pasados, por el Profeta Malaquías (cap. I): *Filius honorat patrem, et servus dominum suum: si ergo Pater ego sum, ubi est honor meus: et si Dominus ego sum, ubi est timor meus dicit Dominus exercituum? ad vos, o sacerdotes, qui despicitis nomen meum.* ¡Que te desprecian, Señor, tus sacerdotes!

Los tan preciados de Ti, los que te deben tan justamente servicio, los levantados por Ti sobre la dignidad de los ángeles, siendo Tú honra de ellos, ellos deshonra de Ti! Nunca cosa tan fea se oyó, vió ni obró: y si de aquéllos se queja Dios, y con mucha razón, ¿qué hará de nos que somos más beneficiados que aquéllos, y era razón que escarmentáramos en el castigo de aquéllos? Conozcamos, Padres, que no respondemos al Señor con el precio y honra que era razón: no añadamos pecados sobre pecados, como aquellos que respondieron: *In quo despeximus te?* No plega á Dios que sobre nuestros pecados se añada también ceguedad de conocerlos. Muy lejos estamos, Padres, de aquella santidad que nuestro oficio demanda; y si esto no conocemos, ciegos estamos. Más limpios y resplandecientes habemos de ser—dice Crisóstomo—que los rayos del sol. Luz del mundo y sal de la tierra nos llama Cristo. Lo primero, porque el sacerdote es un espejo y una luz, en la cual se han de mirar los del pueblo, para que viéndola, conozcan las tinieblas en que ellos andan y les remuerda el corazón, diciendo: "¿Por qué no soy yo bueno como aquel sacerdote?„ Y llámanse sal porque han de estar convertidos en un sabrosísimo gusto de Dios: tanto, que el que tocare sola su habla y conversación, por derramado que esté y disgustado de las cosas de Dios, cobre gusto de ellas y pierda el gusto de las cosas malas: la gente del pueblo, con sus ocupaciones, ni tiene luz ni gusto de las cosas de Dios. Para esta olla de carne proveyó Dios que fuesen los sacerdotes fuego, lumbre y sal, como gente que ha de tener tanto de esto que haya para sí y para otros. Y considerando esta alteza de santi-

dad que aquel altísimo oficio demanda, ha habido muchos, aunque de muy buena vida, que no se han atrevido á recibir tal dignidad, queriéndola más por señora que por mujer. San Marcos fué uno de aquéstos, y San Francisco otro, el cual, siendo rogado de muchos que pues era ordenado de diácono se ordenase de Misa, y yendo él por un camino pensando en esto y encomendándose á Dios, le apareció un ángel con una redoma muy clara llena de un licor más claro y resplandeciente, y le dijo: *Francisco, tan claro como este licor ha de ser el ánima del sacerdote;* y era tan grande el resplandor de este licor, que San Francisco, con ser San Francisco, cotejando la limpieza de su ánima con aquel resplandor, le pareció no tener suficiente disposición para ser de Misa, y nunca jamás lo osó ser. Otros muchos hubo en los Padres del yermo de excelente santidad y venerables canas, que oliendo que los querían echar esta dignidad encima, se iban huyendo de sus monasterios á tierras extrañas.

Veían éstos la alteza de este estado y cuán gran santidad pide; y aunque mucha tenían, parecióles poca para oficio tan alto. Y nosotros no conocemos la dignidad sacerdotal, y por eso no sólo no huímos de ella, mas lo que mucho es de llorar, que siendo faltos de santidad, la buscamos y pretendemos, y como gente ignorante corremos á ella, poniendo los ojos á lo honroso de ella y no en la obligación que consigo trae de gran santidad. Para bien alcanzar esto, Padres, es ser sacerdotes amansar á Dios cuando estuviere enojado con su pueblo; tener experiencia que oye Dios sus oraciones, y que les da lo que piden; tener íntima familiaridad con Él, y tener virtudes más que de hombres, y que pongan en admiración á los que los vieren; *hombres celestiales ó ángeles terrenales han de ser los sacerdotes;* y aun si pudiera ser, mejor que ellos, pues tienen oficio más alto que ellos. Y porque con más autoridad entendamos cuáles hemos de ser, miremos á nuestro Padre San Pedro, al cual en figura de Leví dice Dios por Malaquías (cap. II): *Pactum meum cum eo fuit vitae et pacis;* y como quien nos conocía, nos amonesta á los sacerdotes qué tales debemos ser (I Petrus, II): *Vos autem genus electum.* No de carne y sangre, mas nacidos de Dios. Hijos suyos semejables en las costumbres á Él; no viene bien ser hijo del diablo, como lo es el pecador, para ser sacerdote. Hijo adoptivo de Dios y muy amado de Él;

que tal es razón que sea el que ha de consagrar al muy amado é Hijo natural de Dios Padre. Sois Sacerdocio Real, Reyes santos, que regís vuestra voluntad y pasiones conforme á la ley de Dios, y rigiéndoos bien á vosotros, regís al pueblo dándole mayores beneficios, y ejercitando cosas de mayor poder que los Reyes de la tierra sobre sus vasallos. Reyes sois de la tierra, porque la despreciais; Reyes de los hombres, porque los regís según Dios; á los demonios mandáis; con Dios podéis tanto, que lo traéis á vuestras manos, y de airado le volvéis manso. ¿Quién hay que reino tan conforme, rico y preciado posea? Y en testimonio de esta verdad real está mandado que los sacerdotes traigan corona; la cual no es rasura que traemos encima de la cabeza; mas los cabellos cercenados por las orejas, aunque ahora con la costumbre tan usada, no se parece esta corona por andar sin cabellos. Reyes somos y gente santa, dice San Pedro, el cual aun á los legos pide que lo sean, cuánto más á nosotros, á los cuales dice el Señor (Lev., XIX): *Sancti stote, quoniam ego sanctus sum.* Diciendo voy esto é hiriéndome el corazón, mirándome que habiendo de tener santidad, no creo que tengo el principio de ella: gente santa, pueblo que Dios ha ganado, y se llama heredad y hacienda de Él, porque es principal posesión de Dios en la tierra, en la cual ha de coger fruto en sí y en los otros.

Los sacerdotes somos particularmente diputados para honra, y contentamiento y guarda de sus leyes en nos y en los otros; y si algún tiempo vivimos en las tinieblas de nuestros pecados, ya el Señor nos llamó, dice San Pedro, de aquella ceguedad y nos trajo á su admirable lumbre, dándonos su gracia y lumbre de su divina doctrina, con que nosotros enderecemos nuestros pasos conforme á la voluntad de Dios; y hechos lúcidos, anunciemos á los que están en tinieblas las virtudes y bondades de aqueste Señor, que las ejercitó con nosotros. Tales, Padres míos, y tan calificados debemos ser los que oficios tan calificados tenemos; y la poca estima en que este oficio es tenido, y la mucha facilidad con que se toma, y la poca santidad con que se trata, no son bastantes causas para que en el juicio de Dios se les deje de pedir la buena vida que el tal oficio demanda. No es oficio éste, que por santo y muy santo que sea un gran hombre, se deba atrever á buscarlo; enviado ha de ser de Dios para ello, y por revelación invisible ú obediencia de Prelado,

ó consejo de persona á quien deba creer: y aun entonces debe temblar con el peso que le echan acuestas, que basta para hacer temblar hombros de ángeles. Y si hasta aquí habemos sido poco cuidadosos en mirar la grandeza del beneficio que Dios nos ha hecho, y negligentes en el servir, sea su santo Nombre bendito, que nos ha esperado hasta ahora, sufriendo los desacatos que le habemos hecho y en el mal tratamiento de su Cuerpo santo y Sangre, y los otros pecados y negligencias que habemos cometido, y no sólo sufriendo, mas con deseo de nuestra enmienda y salvación, nos ha enviado Prelado que por la misericordia de Dios trae celo de nos ayudar á ser los que debemos. No trae gana de enriquecer, no de enseñorearse en la clerecía, como dice San Pedro, mas de apacentarnos con buena doctrina y con buen ejemplo, y ayudarnos con todo lo que él pudiere, así para el mantenimiento temporal, que es lo menos, como para que seamos sabios y santos, los más sabios y santos del pueblo, como San Isidoro dice á los Prelados.

Manda San Pedro que hagan estas cosas con la clerecía, y á la clerecía manda que sea humilde y obediente á su Prelado; y si cabeza y miembros nos juntamos á una en Dios, seremos tan poderosos que venzamos al demonio y que libertemos al pueblo de los pecados. Porque así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seglares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico, que si es el que debe, influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra: y de esta manera cobraremos la estima que habemos perdido con el pueblo; cobraremos los años perdidos que la langosta de nuestra negligencia nos ha comido; seremos agradables á los ojos de aquel Señor, que puestos los ojos suyos sobre nosotros, quiso elegirnos entre todos para su alabanza, familiar trato y servicio, y ganaremos nuestras ánimas y las de muchos, y seremos dignos de este excelente nombre de sacerdotes de Dios, y mereceremos con su gracia reinar con Él en su gloria. Amén.

PLÁTICA SEGUNDA

Para tratar lo que conviene á la dignidad del altísimo oficio sacerdotal que tenemos, de manera que tan grande bien no se nos torne en mal, me parece tratar aquí en medio las palabras del Profeta David (Psalm. CXVIII), que en sí mismas nos enseñen y muevan á lo que conviene saber y tener; para que viendo nosotros que un Rey temporal con tanto cuidado sabe también pedir lo que ha menester, y el mucho afecto con que lo pide, nos esforcemos nosotros, pues nuestra dignidad y peligro es mayor, á pedir y desear lo que nos conviene. Las palabras son: *Bonitatem, et disciplinam, et scientiam doce me;* que parecen ser una cosa con los tres panes que el Señor dice que habemos de pedir á nuestro vecino, para poner delante de nuestro amigo que viene del camino cansado. ¡Válgame Dios! ¡Si los hubiesen ya dado en rostro las vanidades de este mundo, que como sombras se pasan; los placeres sucios de la carne, que durando tan poco, se escotan con tormentos eternos; y si oyésemos con interior oreja la justa amonestación de David (Psalm. IV): *Filii hominum usquequo, etc.!* Básteos, dice por Ezequiel Dios, los pecados que habéis hecho, casa de Israel. ¡Oh, qué justa demanda! ¿Hasta cuándo, Padres míos, habemos de hallar gusto en pecar? Ahítase un hombre de comer perdices y otros buenos manjares, y esle pesado continuar un ejercicio aunque sea bueno; ¿por qué no nos dará en rostro el manjar que mata, el ejercicio que es la misma maldad? Sentía esto San Agustín cuando decía llorando: *¿Cuándo será, Señor, el fin de mis suciedades?* Y quejábase reciamente de la tardanza que había tenido en desengañarse en los engaños de las criaturas, y en venir en conocimiento de Dios: *Sero te cognovi pulchritudo, tam nova; sero te cognovi pulchritudo, tam antiqua.* ¡Ay de aquel que no está cansando de ofender á su Criador, y que después de haber gastado su vida andando fuera de sí, no recibe descontento de ello, y no entra en sí, y tiene hambre de la enmienda de su vida, viendo cuán poco contentamiento ha hallado en la posada!

Y quien esto hiciere y con amargas lágrimas hubiere purgado su corazón de las malas aficiones en que recibía gusto y hartura, podría decir á Nuestro Señor de verdad: mi amigo ha

venido de fuera, y no tengo qué ponerle delante: préstame, Señor, tres panes para remedio del cansancio y hambre que trae, pues la vida pasada, ni verdadera hartura ni verdadero contentamiento le ha podido dar. Y porque David, aunque en algún tiempo pecó, otro lloró, y le fué muy más amargo el lloro que sabroso el pecado, y tuvo interior hambre de la virtud y gracia del Señor, pídele con todas sus entrañas que le dé pan de bondad, y pan de disciplina, y pan de ciencia, en las cuales palabras nos enseña lo que debemos pedir y el orden con que lo debemos pedir. La bondad es mejor y lo primero; y el segundo lugar tiene la disciplina, y el tercero la ciencia: si no hay bondad, ¿qué aprovecha la ciencia, ni buen ejercicio, ni profecía, ni hacer milagros, ni aunque todo lo tengas, si la caridad, que hace bueno á un hombre, le falta? Osadamente dice San Pablo (I Cor., XIII): *Nihil sum*. No se engañe nadie en pensar que ha de poner otra cosa en el primer lugar de su cuidado y de su deseo, sino procurar de ser el que debe, y que por entender en la salvación de los otros, él no se pierda. Muy usada sentencia es; mas plegue á Dios sea tan entendida cuanto común: ¿Qué aprovecha al hombre que gane todo el mundo si pierde su ánima? Esto nos quiso decir aquel sabio luchador y Patriarca Jacob en los grandes sudores y trabajos que pasó por alcanzar á Raquel; y después, viniéndole su hermano al encuentro, y temiendo no le matase su gente, puso en la frontera la mujer é hijos menos amados, y par de sí á Raquel y al hijo querido, con intento que si peligro hubiese, alcanzase á lo que menos valía y quedase guardado lo que más. Josef deja la capa en las manos de la mala mujer por escapar la vida; y Susana se ve en aprieto de pecar ó de perder la vida, y escogió perder la vida del cuerpo antes que ofender á Dios, y libróla Dios de lo uno y de lo otro.

He dicho esto para que tengamos hambre de alcanzar la virtud, la gracia del Señor, el ser siervo suyo como David, que pedía una cosa, y espiritualmente entendida, es estar en la gracia del Señor, y con este corazón pide aquí bondad primero que todo; mas si como fué Rey fuera sacerdote, no se contentara con decir: "Señor, dadme bondad„, sino: "dadme santidad„. Porque el peso con que se pesaban las cosas del templo, que se habían de ofrecer á Dios, era mayor que el peso común que se usaba fuera del templo; para que entendamos que el peso de las

virtudes de los que tratamos con Dios, y andamos en su casa y le ofrecemos sacrificio, ha de ser mayor que el de la gente común: y le debemos exceder tanto en la santidad cuanto en la dignidad; la cual no es invención mía, sino verdad de la Iglesia: en el ofertorio de la Misa del Santísimo Sacramento dice: *Sacerdotes Domini incensum, et panes offerunt Deo, et ideo sancti erunt Deo suo.* Yo, Padres, tiemblo de aquellas palabras: cuchillo me es y causa de gran confusión, viendo que me pide santidad, y por ventura no tengo bondad. ¡Oh, cuán presto pasamos por esto, y cuán poco sentimos la altísima alteza de esta dignidad! Y por eso ni tenemos temor de meternos en ella, ni de administrarla después, ni aun por ventura tenemos compunción de cuán bajos quedamos para ser lo que debemos, según lo pide tal dignidad.

No era este oficio, Padres míos, sino para gente escogida de Dios que excediese á los otros en virtud, como el Rey Saúl excedía á todo el pueblo de los hebreos. Y San Isidoro dice *que el más santo y más docto que hubiere en el pueblo, aquél sea elegido en sacerdote.* Somos, Padres míos, no sólo sacrificio de Dios, cuya parte se quemaba en honra de Dios, y otra parte comían los hombres: todos enteros habemos de ser encendidos con el fuego del amor divinal, como el holocausto, que todo era quemado en honra de Dios, sin que llevasen nada los hombres. Y á quien le pareciere esta santidad mucha y dificultosa, oiga la causa, y por ventura le parecerá que aún no le pide tanto cuanto ella merece. Pedís, Madre Iglesia, que seamos santos vuestros sacerdotes, porque es carga tan grande que sólo oirlo hace temblar. Vos lo declaráis diciendo: *Incensum, et panes offerunt Deo.* Tan gran cosa es ofrecer incienso y ofrecer panes, cuanto más si son los de la proposición que en el templo de Salomón se ofrecían. ¿Para incensar y para ofrecer unos panes pedís santidad? ¿Pues qué será para incensar espiritualmente y ofrecer un pan que del cielo vino, Jesucristo Nuestro Señor, figurado en aquellos panes, y que siendo uno, vale más que todos juntos, y más que el mundo y el cielo y cuanto en él está criado? ¡Oh, qué gran negocio es incensar y ofrecer este santo sacrificio y andar estas dos cosas juntas! Porque para hacer bien y ser valerosos no se ha de partir una de otra: el incienso es orar; y aquél ha de tener por oficio el orar que tiene por oficio el sacrificar, pues que es medianero entre Dios y los

hombres para pedirle misericordia, no á secas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Jesucristo Nuestro Señor.

De este cargo que el sacerdote tiene de orar dice San Juan Crisóstomo las siguientes palabras: "El que tiene oficio de legado por una ciudad, mas ¡qué digo por una ciudad, antes por todo el mundo universo!, y ruega que Dios se amanse á los pecados todos, no solamente de los que viven, mas de los muertos, ¿qué tal piensas que debe de ser? Y no pienso que la confianza de Moisés y Elías es bastante para tal oración; porque como hombre á quien le es encomendado el mundo universo, y que es padre de todos, así se ha de llegar, rogando á Dios que se apacigüen las guerras dondequiera que las haya, que se deshagan los alborotos y que se pacifiquen todas las cosas, y que se ponga fin y remedio á todos los males privados y públicos: de manera, que tanto ha de exceder á todos con influencia de virtud este tal rogador, cuanto excede y se diferencia en el mismo oficio. Pues cuando llamare al Espíritu Santo, y sacrificare aquella hostia digna de reverencia, y tocare al Señor de todos, dime: ¿dónde pondremos á este tal con vuestra estimación? Dime: ¿cuánto resplandor pediremos que tenga y cuán gran religión?„ Párate bien á pensar qué tales conviene que sean aquellas manos que son ministras de cosas tan grandes: qué tal ha de ser la lengua que pronuncie tales palabras, ó qué cosa ha de haber más limpia y más santa que el ánima de aquel que ha de recibir tal espíritu. A mí, Padres, espántanme mucho estas palabras, que piden tan gran fuerza de oración quea proveche á todo el mundo; para lo cual dice este Santo que le parece es pequeña la confianza de Moisés y de Elías: el uno de los cuales, con la fuerza de su oración, alcanzó perdón para aquel gran ejército que por el desierto iba; el otro cerraba el cielo cuando le parecía que no lloviese, y abríalo cuando quería, y con su oración traía fuego del cielo y mataba vivos, y también con su oración daba vida á los muertos. ¡Ay de mí! Si la confianza de éstos aún no basta para la oración que el sacerdote ha de hacer por todo el mundo, pues que siendo mi oficio mayor no llego ni con mucho á la fuerza del orar ni á la santidad de aquellas personas, cuando seamos presentados en el juicio de Dios y nos hagan cargo de las guerras que hay, de las pestilencias, de los pecados, de las herejías y de todos los males espirituales y corporales que hay en el mundo, por ventura amargará

entonces haber sido sacerdotes; y les parecerá la honra de besarles la mano, de las ricas vestiduras de la honra sacerdotal, y aun de la renta, carga tan pesada, que por todo el mundo no la quieran haber tomado sobre sus hombros.

Cosa recia de pensar, que no siendo yo para orar por mí, y que he menester ayuda de mis vecinos para que me amansen á Dios, á quien yo he provocado á ira con mis pecados; y siendo tan poco espiritual, que ni siento ni lloro mis defectos ni pecados, me piden tan vivos sentidos y entrañas tan encendidas en caridad, que sienta los males de todo el mundo, como si fuere padre de todo el mundo, y tenga tal santidad que me ose poner á la ira de Dios y tornarle de enojado pacífico, y de castigador perdonador. De Aarón cuenta la Escritura, que andando el fuego del castigo de Dios quemando la gente de los reales, tomó el incensario en la mano y se puso entre los muertos y los que quedaban vivos, llorando, incensando al Señor, é hizo que parase su ira. Padres, ¿hales acaecido esto algunas veces? ¿Han peleado tan fuertemente con Dios con la fuerza de la oración, que queriendo Él castigar, y suplicando que no lo hiciese, haya dicho Dios: *Déjame que ejercite mi enojo;* y no querer vosotros dejarle, y en fin vencerle? ¡Ay de nos, que ni tenemos don de oración ni santidad de vida para ponernos al encuentro de Dios estorbándole que no derramase su ira! Y aun no sé si entendemos el mismo don de oración; porque, como San Jerónimo dice: *Este negocio de oración más se hace con gemidos que con palabras; y aquel sólo sabe gemir como debe, para que su oración tenga fuerza, á quien el Espíritu Santo le enseñare este modo de orar.* De esto nos avisa San Pablo diciendo: *Nosotros no sabemos qué ni cómo habemos de orar; mas el Espíritu Santo ora por nosotros con gemidos que no se pueden contar.* El Espíritu Santo en sí mismo ni padece ni gime: dícese que pide con gemidos que no se pueden contar, porque hace gemir á nuestros corazones gemidos que no se pueden contar: que andamos pidiendo que nos digan cómo habemos de orar en el memento, quién pondré primero, quién pondré después, para que en espacio de dos ó tres credos pasemos aquéllos por la memoria; y con esto pensamos que habemos bien orado, y procedemos luego á la consagración. ¡Oh dolor grande! ¿Y así se ha Dios de amansar? ¿Y así se ha de alcanzar la paz de las guerras? ¿La fe para los infieles? ¿La con-

versión para los pecadores? ¿Y el estar los justos en pie? ¿Con cosa que tan poco cuesta pensamos alcanzar cosa de tanto precio? ¿Y oración que parece de burla ha de alcanzar cosas de tanto tomo y verdad? *Gemidos, gemidos, nos son pedidos;* y no que salgan de sentimiento de cosa temporal, ni que salgan de voluntad guiada por razón, mas inspirados por el Espíritu Santo, tan imposibles de ser entendidos por los que no los tienen, que aun los que los tienen no los saben contar.

Padres míos, ¿saben qué tales han de ser los gemidos que debemos dar los sacerdotes en el acatamiento de Dios, pidiendo remedio para todo el mundo, como dice San Basilio, que así como en el oficio sacerdotal representamos la persona de Jesucristo Nuestro Señor, así la habemos de representar é imitar en los gemidos y oración que el oficio sacerdotal pide? Párense bien á pensar en su rincón cuando se aparejan para decir Misa, con qué afecto, compasión, gemidos y lágrimas, puesto el Señor en la cruz derramando la sangre de fuera, oraría de dentro por todo el mundo, y procuren de le pedir semejanza de aquel espíritu, parte de aquel corazón tan espinado, para que pues nos llegamos á rogar en su nombre por todo el mundo, y le tenemos en el altar en las manos, tengamos en el corazón la semejanza de sus gemidos, para que como Él, ofreciendo con lágrimas, como dice San Pablo, fué oído del Padre por su reverencia, así nosotros, orando y gimiendo á semejanza de Él, seamos oídos por Él. Y si algunos, entre los cuales soy yo, se atemorizaren y confundieren de ver la sequedad de su corazón en la oración, del poco sentimiento que tienen de los males ajenos, á poca fuerza y poca santidad, para que en su oración hagan fuerza al Omnipotente, y que sus gemidos son tan breves y fáciles, que quienquiera los puede contar; y en fin, si se ve lejos de tener aquel don de oración, infundido por el Espíritu Santo, tan necesario para bien ejercitar el oficio sacerdotal de ser abogado por los hombres en el tribunal de Dios; y si este tal así atemorizado y confundido me preguntare: Padre, qué haré, que muy lejos estoy de tener y saber los negocios de esta oración, decirle he que si no es sacerdote, que no tome oficio de abogar, si no sabe hablar: y diría yo que no sé con qué conciencia puede tomar ese oficio quien no tiene don de oración, pues que de la doctrina de los santos y de la Escritura divina parece que el sacerdote tiene por oficio, según habemos dicho,

orar por el pueblo. Y este orar, para ser bien hecho, pide ejercicio y costumbre y santidad de vida, apartamientos de cuidados, y, sobre todo, es obra del Espíritu Santo y don suyo particular, no dado á todos, mas á quien Él quiere; y á quien lo daba en el principio de la Iglesia, oraban y gemían, como dice San Crisóstomo, y enseñaban á los otros á orar. Quien no tiene estilo de abogar en la audiencia divina, distintísima de la audiencia de acá, y que puesto de rodillas, cuando no halla oración vocal que rezar, está como un mudo delante de Dios, *¿con qué desvergüenza tomó el oficio de orar sin lengua del cielo?* Y aunque este tal lo hace muy mal, no sé si lo hace peor el Prelado que ordena sin examinar en esta calidad al que ha de ser ordenado; porque como maestro y guía, y por la mucha experiencia que ha de tener de la fuerza y provecho de la oración, como San Gregorio dice, ha de tener experiencia que su oración es tan poderosa delante de Dios que alcanza lo que le pide.

Debe este tal desengañar al que sin este don se quiere ordenar, porque no caiga sobre él la falta del otro. ¿Mas qué hará quien es ya sacerdote? Que llore, porque inconsideradamente lo fué sin pararse á contar muy despacio, como el Señor dice, si tenía suficientes expensas para edificar en sí la torre altísima de la majestad sacerdotal; y tema, y mucho tema no le acaezca lo que el Señor dice, que viendo que no tuvo la que era menester para la edificación de la torre, hagan burla de él y digan: "Este hombre comenzó á edificar, y no lo pudo acabar.„ Libra, Señor, por tu misericordia á cuantos estamos aquí, y á todos los que son tus ministros, no mofen de nosotros los demonios en el infierno, dándonos en rostro que teniendo alteza de sacerdocio tuvimos vida muy baja, indigna y desproporcionada de tal dignidad. Temamos, Padres, temamos, que Juez tenemos á quien dar cuenta, y cuenta más estrecha que la gente del pueblo; la cual, como ha recibido menos, dará menos cuenta; mas á nosotros se endereza de en ello en ello aquella terrible y verdadera palabra que dijo el Señor: *Á quien mucho es dado, mucho le será pedido.* Y en un Salmo que David cuenta de la venida de Dios á juzgar, lo primero que cuenta es que dijo Dios al pecador: *¿Por qué cuentas mis justicias por tu boca?* Si rezar los Salmos y las oraciones y las palabras de Dios es cosa indigna del pecador, que ha de entrar en juicio sobre ello, ¿qué será tomar en la boca sin el debido aparejo á Jesu-

cristo Nuestro Señor, y consagrarle y faltarle en las cosas principales que el sacerdote debe hacer? No sé, Padres, cosa más lastimera; y pensando algunas veces en ella casi me faltan las fuerzas y enflaquece el corazón, que un sacerdote tan honrado de Dios, que á su llamado venga del cielo, y se ponga en sus manos, y lo aplique para bien del mundo, y aunque su obra se hace en la tierra, su negocio se hace en el cielo, y sube su voz hasta el trono de Dios, y se despachan por ella negocios importantísimos en persona de la Iglesia, aunque él sea malo, que esté con tanta alteza de honra, y reverenciado de Príncipes y Reyes de la tierra y de ángeles del cielo, y conocido de Dios por ministro, descienda al infierno por su mala vida, y sea atormentado de los demonios el que acá á ellos atormentaba, y que sea desamparado de Dios y dejado de Él para siempre en tormentos eternos. Quien cotejare la honra de acá, el estar en el altar vestido con vestiduras benditas y ricas, tan cercado de Dios, tan familiar á Él, y cotejare de otra parte la obscuridad, bajeza, hedor, tormentos, demonios, que nunca se acabarán para siempre jamás, del infierno, no sé si tendrá fuerza para considerar la grandeza de tanto mal después de haber pasado por tanto bien.

Despertemos, Padres, despertemos con tan recio tronido, que van al infierno sacerdotes de Dios. Beda cuenta en su historia de un hombre que fué llevado al otro mundo, y vió el purgatorio y el infierno; y que estando allá vió que los demonios llevaban tres ánimas, dando ellos grandes gritos y risas, y ellas amarguísimos gemidos, y una de ellas conoció ser de mujer, y otra de lego y otra de clérigo. Mas ¡cuántos muchos más hay de éstos que dan testimonio de condenación de ministros de Dios, que nos deben poner cuidado de mirar cómo vivimos, y entender que si el sentarnos á la mesa de Dios es cosa dulcísima y de mucha honra, que debemos tener vida conforme á la dignidad, y estar vestidos de justicia, como dice David, y como se representa en las vestiduras sagradas que nos vestimos, porque no nos diga el Señor: *Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener vestidura de boda?* Y nos echará en aquellas tinieblas de fuera de la sala de Dios, donde está la lumbre, y paguemos allí el escote del manjar celestial que aquí comimos, con comer allí ajenjos y beber hiel de dragones, según dice la Escritura; y aunque tarde, llegará el castigo de lo que aquí poco caso hicimos. El que come

y bebe indignamente, come y bebe juicio; que quiere decir, come condenación, y la bebe para sí. Súfrenos el Señor, y calla, esperándonos á penitencia; mas líbrenos su misericordia de cuando se enoja con un oficial suyo, que el tiempo que le da para penitencia lo gasta en hacer más pecados: sabe muy bien, porque es sapientísimo; podrá, porque es poderosísimo, sin haber quien lo resista; querrá, porque es justísimo castigar al tal oficial, ó dejándole morir sin penitencia verdadera, aunque tenga lugar y tiempo para lo hacer, ó matarlo ha súbitamente, estando hablando ó haciendo otra cosa. Cosa cierta es, y no creo ha un mes que acaeció, que yendo un cura de un lugar á otro bueno y sano encima de su mula que llevaba, se le adelantó un poco el mozo, al cual le pareció que la mula salía de camino, y corrió para lo alcanzar, y vióle echar espumarajos por la boca sin poder hablar, y á cabo de poco le quitaron de la mula, y sin más hablar expiró: y contómelo otro cura, en cuyas manos murió. En otras partes, pocos días ha, me cuentan que han muerto otros dos; y ahora, una legua de aquí, súbitamente se cayó uno muerto en la sacristía; y aunque estas muertes son recientes, no son nuevas, que cosa es ésta muy usada, y por eso señal de mayor ira de Dios con sus ministros (Job, IX): *Si repente interroget, quis respondebit ei.* Y como San Gregorio dice, dar Dios término y aprovecharse de él el hombre para aparejar la conciencia, y responderle en su estrecho juicio, señal es de su misericordia, y consuelo para el que ha de ir á juicio; mas llevar á uno súbitamente, es preguntar á deshora, cosa terrible para quien lo pasa y de mucho escarmiento para quien lo oye.

Tornando, pues, al propósito, los que esta carga tomamos, sin medir nuestras fuerzas para si la podíamos llevar ó no, lloremos nuestro atrevimiento; lloremos los males que habemos hecho; los malos ejemplos que habemos dado; y aun no basta esto Lloremos los males que han venido por nosotros, la santidad de vida, la fuerza en la oración, que era menester para ir á la mano al Señor, y recabar de él misericordia y perdón en lugar de castigo; que si hubiese en la Iglesia corazones de madre en los sacerdotes, que amargamente llorasen de ver muertos en pecados á sus espirituales hijos, el Señor, que es misericordioso, les diría lo que á la viuda de Naím: *No quieras llorar;* y les daría resucitadas las ánimas de los pecadores,

como á la otra le dió su hijo vivo en el cuerpo. Bajemos, Padres, nuestras cabezas, y nuestras obras se llenen de confusión, y atraviese dura espina de dolor nuestro corazón, y pidamos perdón á Dios y al mundo de que á Él no le habemos servido conforme á la alteza y honra en que nos puso, y al mundo de que no le habemos evitado muchos males y alcanzádole muchos bienes: que si nosotros fuéramos los que debíamos, le hubiéramos librado de mal con nuestra oración y sacrificio, y alcanzádole muchos bienes de cuerpo y de ánima. Así pasa, Padres, así pasa; y si esto bien se sintiese, no nos vagaría gastar tiempo ocioso, ni osaríamos hablar palabras ociosas, ni traeríamos los ojos altos, ni daríamos lugar á otros cuidados, porque éste nos tendría y traería tan poseídos, que por dar buena cuenta de él aflojaríamos de las otras cosas. San Pablo dice (Ephes., V) á los legos: *Fornicatio autem, et omnis immunditia, aut avaritia nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos: aut turpitudo, aut stultiloquium, aut scurrilitas, quae ad rem non pertinet: sed magis gratiarum actio.* Mírese que aun lo que llaman acá gracias, no consiente decirse: y la causa es porque no hacen al caso á nuestro negocio: ¿y cuál negocio es éste de tanta importancia, que ni admite malas palabras ni vanas glorias? Cierto el cumplir la voluntad de Dios entre tantas ocupaciones de quebrantarla; siendo nacido en la tierra, procurar hacerse violencia, y combatir y ganar el cielo, cosa es que no admite burlería ninguna; y quien esto no siente, no procura de ir allá. Y si al propósito de un buen lego no convienen estas cosas, ¡cuán lejos conviene que estén del negocio que el sacerdote tiene entre manos, pues tiene oficio que le pide más santidad y cuidado de aprovechar á los otros! Muy buena respuesta es para cuando la maldad ó vanidad combatiere, ó la negligencia ó pereza nos amonestaren, ú holganza, acordarnos del negocio que entre manos tenemos, que es de oponernos á Dios, para que hiera á nosotros, y derrame su misericordia y perdón sobre los culpados.

No es ésta, Padres, invención mía: palabras son de Dios, y de aquel Dios que nos ha honrado con hacernos ministros suyos, que nos ha de tomar cuenta y ponernos los cargos de nuestra residencia, entre los cuales declara uno (Ezech., XIII): *¡No os pusisteis por muro en favor de la casa de Israel para estar en pie en la guerra en el día del Señor!* Y en otra parte dice

(Ezech., XXII): *Yo busqué entre ellos un varón que se interpusiera y estuviera contrario á Mí, en favor de la tierra que no la destruyera, y no lo hallé; y derramé sobre ellos mi enojo, y consumílos con el fuego de mi ira.* Quiere el Señor que aunque el pueblo consuma la vida, esté tan atemorizado de Dios que no ose parecer delante de Él, ni alzar los ojos al cielo: que su sacerdote con la limpieza de su vida, con la familiaridad amigable y trato particular entre él y el Señor, esté derribado con temor como los otros, mas tenga una santa osadía para estar en pie y llegar al Señor, y suplicarle é importunarle, y atarle y vencerle á que en lugar de azote pesado envíe su deseada misericordia. Y esto quiere decir lo que cada día hacemos en el sacrificio de la Misa; que estando el pueblo arrodillado y humillado, el sacerdote está en pie en el altar, negociando con Dios, en testimonio de la santa osadía, y de lo que mucho vale para estar en pie en el día de la guerra del Señor cuando quisiere castigar su pueblo. Padres míos, por este arancel habemos de vivir, y estos cargos se nos han de poner cuando muriéremos, y de estas palabras de Dios entenderemos que la causa de haber derramado Dios su enojo sobre su pueblo, y habernos consumido enviándonos pestilencias é infieles que nos venzan, herejías que han nacido, y tanta abundancia de pecados como hay, y, finalmente, males de cuerpo y ánima, ha sido porque buscó Dios varones de oración que se le pusiesen delante, y no los halló. ¿Quién pensará que tanto importara el ejercicio de la oración en la Iglesia? ¿Quién contará los daños que por falta de ella han venido? Y plegue á Dios que estando nosotros tan ajenos de ella, sepamos llorar los males que por nuestra falta han venido; *y entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar todos los males que vienen al cuerpo.* Y para hacer bien este oficio pongamos ya fin á nuestros malos placeres, y llorémoslos, y andemos con entrañable cuidado como gente que trae sobre sus hombros una carga en gran manera pesada.

Si un hombre con cuatro ó cinco arrobas de peso anda acorvado, ¿qué haría si le echasen encima una casa entera? ¿Qué si un pueblo entero? ¿Qué si grandes ciudades? ¿Qué si un reino? Pues si todo el mundo estuviese encima de él, ¿tendría fuerza para saltar? ¿Tendría gana de reir? ¿No le apesgaría tanto aquel peso, que para podello bien llevar procuraría

de alivianarse de todos los otros, y pediría á sus vecinos que le ayudasen, y á Dios con lágrimas que le socorriese? Pues cuando nosotros entendamos que está sobre nuestros hombros la carga de nuestros pecados, bastantísima para hacernos gemir, y la de nuestro pueblo, y, según San Basilio dijo, la de todo el mundo, entonces comenzaremos á sentir qué cosa es ser sacerdotes, y diremos, como dice la Escritura, á nuestro padre y á nuestra madre: no sé quién sois; y á nuestros hermanos: no os conozco; y andaremos cuidadosos de libertarnos de todo para dar buena cuenta de esto; y conociendo que mucho nos falta, andaremos rogando á los buenos y á los sabios que nos enseñen á orar y bien vivir, y que rueguen á Dios por nosotros; y heridos del gemido de no haber sido lo que debemos, quitaremos los regalos del cuerpo y el sueño á los ojos con penitencia rigurosa y amargas lágrimas. Pediremos al Señor perdón de haber sido malos ministros y de no haber entendido la honra de la alteza en que nos puso; y por eso habemos sido comparados con los jumentos y hechos semejables á ellos, porque el Señor, que por su misericordia nos escogió para su servicio y culto divino, nos haga dignos y santos para ofrecerle incienso de limpia y eficaz oración, y para consagrar y ofrecer el cuerpo de su santísimo Hijo, de manera que quede nuestra conciencia confortada y por bastantes conjeturas consolada de las tres cosas que al Señor pedimos, bondad, disciplina y ciencia, nos ha dado la primera, y si no con aquella perfección que á los santos y sacerdotes pasados, á lo menos aquella con que en su gracia vivamos y ejercitemos aqueste dignísimo y santísimo oficio con aquella diligencia que nuestra flaqueza, ayudada con el favor de Dios, pudiere; porque una cosa es usarlo casi sin ningún respeto, como muchos lo hacen, á los cuales está aparejada la eterna damnación, como gente que fué desacatada al mayor misterio y oficio que hay en la tierra, y otra cosa es que ya que un sacerdote no vela toda la noche en oración, á lo menos tiene sus ratos diputados para ella. Y una cosa es no tener cuenta con su conciencia, ó tan poca que es casi nada, y otra tener su rato diputado y señalado para examinarse y juzgarse y traer mediano cuidado para no ofender al Señor mortalmente; antes aprovecha de bien en mejor, aunque en estas cosas no alcance aquello que desea, ni lo que otros mejores que él; porque así como tiene el Señor en su pueblo miembros suyos que

están en gracia, aunque imperfectos y flacos, también entre sus ministros, ninguno es razón que haya malo: más sufridora cosa es que haya flacos, con condición que lo que les falta de la medida que habían de tener, lo suplan con el conocimiento de sus defectos, y con lágrimas con que se laven, y con el propósito y deseo de se mejorar; porque esta moneda, aunque parece de poco valor, recibida es en el tribunal de Dios; y, como San Bernardo dice: *El deseo y cuidado de la perfección, por perfección se reputa;* de manera, que desterrada toda tibieza, procurando cada día ser más leales y agradables al Señor que nos escogió, le sirvamos en su santo altar como debemos, para que pasemos al cielo á gozarlo en su gloria. Amén.

DOCTRINA ADMIRABLE

Y DE SUMA IMPORTANCIA QUE DIÓ EL PADRE MAESTRO JUAN DE ÁVILA Á UN MANCEBO PARA QUE SEGURO SIRVIESE Á DIOS NUESTRO SEÑOR EN EL CAMINO DE ESPÍRITU.

Así que, mi hermano, como hay muchos engaños en pensar que no hace al caso en el camino de Dios la devoción y sentimiento de Él mismo, con el cual el ánima se alienta y apresura en el camino del espíritu, y este engaño tiene su raíz en el distraimiento que las ánimas tienen, así os aviso que hay otro engaño de otros: el cual es más dificultoso de conocer y aun de curar cuanto va debajo de mejor título, creyendo que el verdadero amor de Dios es sentimiento de Él mismo; en lo cual yerran muchos, porque no puso Dios su amor en que Él os dé sabor á vos, sino en que vos sepáis bien á Él: y entonces sabéis vos bien á Él, cuando por su amor padecéis sin tasa, y tomáis de su mano, sin desechar cosa en ser humilde, casto, paciente en vuestro aniquilamiento, en sufrir y callar y en ser deshonrado por Cristo con las demás virtudes, y no en sentimiento de devoción sensual. Esta no se ha de buscar; y en las virtudes no hay peligro, ejercitándonos en ellas por amor de Dios, y en las dulzuras, sentimientos espirituales, sí. Mirad bien, hermano, no salgáis de un lazo y entréis en otro; quiero decir, que para llegar á Dios si renunciasteis todo sabor y contentamiento, y disteis de mano á lo que deleita, porque esto buscábades y tras esto andábades en aquel tiempo de vuestra perdición, y esto os ocasionó á os apartar de Dios, ahora que lo servís no tornéis á buscaros en Dios, deseándoos contentar con Él y andar á vuestro sabor, y servirle como vos queréis y no como Él quiere, porque todo es engaño.

Y advertid mucho que hay un amor de Dios defectuoso, el cual tiene muchas veces el que menos ama y es menos perfecto; porque muchas veces amamos la hermosura de Dios, su bondad, su grandeza, con otras perfecciones que de Él sentimos, por el gusto y sabor que nos dan; mas no amamos lo que se ha de amar en Dios, que es su misma voluntad y querer, antes huimos de ella; y verlo hemos, en que si Dios nos quita su favor y nos atribula, lo llevamos con rostro torcido, desconfiamos entristecidos; donde se nos muestra bien claro que no es amor de Dios, sino nuestro; de suerte que amamos á Dios como á hombre bien vestido, que nos parece bien la ropa que trae de seda, mas no amamos su voluntad: si Él quiere lastimarnos y trabajarnos, por este camino tratamos con Dios, y no queremos de Él sino lo que sentimos de dulzura y lo que gustamos de su sabor, que es lo que vemos en Él con la vista espiritual, mas no amamos en Él su querer, su voluntad: como esto sea verdadero amor, no penséis que tanto ama uno á Dios cuanto siente de Él, y cuanto en aquel estado de su devoción piensa Él que ama, sino cuanto fuere dado en virtudes y caridad y en la guarda de los Mandamientos de Dios (Joann., IV).

Este es fiel amador de Dios y fiel amigo: el afecto dulce puede ser sensual y engañoso, y muchas veces procede de la humanidad del hombre y no de la gracia de Dios, y del corazón carnal y no del espiritual, y de la carne y no de la razón; de suerte que el espíritu algunas veces se inflama y siente devoción en lo que á él le sabe bien y da dulzura, y no en lo que más le aprovecha y cumple. Verlo habéis devoto, porque le sucedió á su gusto tal cosa, y dice: "bendito sea Dios que me dió este aparejo, esta buena oración para servirle á mi contentamiento, y me puso en esta quietud donde nadie me va á la mano; rezo cuando quiero, duermo cuando tengo gana, déjanme hacer lo que quiero, tengo paz en otras cosas que cada uno sabe que las abrevio, porque habíamos topado cantera muy larga„: y si Dios le quita el gusto ó aparejo, y le envía tentaciones, necesidades, cuidados, cruces, y le aflige con infamias, testimonios y riesgos, tómalos con impaciencia y tristeza.

¿Veis, hermano, claro cómo toma el hombre mayor devoción y afecto del menor bien, que es de lo que bien le sabe, y no del mayor, que es de lo que más le aprovecha y cumple, como es todo lo penal? De suerte, que ama (Joann., XIV) la presencia

de Dios y su hermosura porque le da sabor, y no su voluntad porque le da cruz y trabajo. En esta devoción y afecto erraban todos los discípulos de Cristo, porque buscaban en Él lo que les daba deleite y no lo que más les cumplía, como esto sea lo que más se ha de buscar: y así les dijo Él mismo que no le amaban cuando se quería subir al cielo y quitárseles de delante, lo cual ellos mucho sentían. "Si me amásedes—dice,—aunque me ausento de vosotros y os quito el contento que os da mi humanidad, gozaros habíades; mas como no me amáis, no os gozáis."

¿Cómo, Señor, en tiempo que están vuestros Apóstoles hechos un mar de lágrimas, que antes querían morir que dejar de veros, les decís que no os aman y que no es amor el que os tienen? ¡Oh, cuántos piensan que lloran por Dios, y lloran por sí! ¡Oh, cuántos piensan que le aman, y se aman á sí; que le buscan, y se buscan á sí! Quien mirara aquellos rostros de los Apóstoles, y aquellos ojos hechos fuentes de aguas, que regaban la tierra, demudados y trabados los corazones, heridos de la ausencia de Jesucristo, ¿no juzgará que amaban entrañablemente á Dios, y aun ellos lo juzgaron, porque así lo sentían en sus corazones? Y díceles la suma Verdad, que no piensen que afición, ni lágrimas, ni dulzura ni sentimiento es amor suyo, sino conformidad con su querer, y el vivir con su voluntad, y que huelguen más de lo que Él quiere, aunque sea quitarles á sí mismo por presencia, que no de lo que á ellos deleita: y si de aquesto habían de holgar, pareciendo cosa tan justa el tener pesar pues eran privados de la presencia del Hijo de Dios, ¿de qué se ha de quejar el verdadero amador de Jesucristo, que en la vida le quite que sea honrado, ni interés espiritual ni temporal, como le quede el cumplimiento de lo que quiere su Criador?

¡Oh, válgame Dios, qué de cosas pasamos por tan buenas y verdaderas, siendo tan malas y falsas! ¡Oh, cuántas intitulamos por espirituales que son pura carne! Si no echad de ver á San Pedro (Matth., XVI; Núm., XXII), cuando Cristo trató que había de morir y padecer afrentas, etc., él dijo: *Señor, tened piedad de vos, que no es razón que muráis.* ¿Quién no dijera que procedía esta compasión de grande amor y no era sino carne? Y fué respondido y reprendido con la respuesta que dió el mismo Dios al demonio, llamándole Satanás, que quiere decir acusador, adversario y contradictor de las obras de Dios: y si hubiéramos de juzgar aquel consejo según lo dicta la carne,

diéramos voto que era muy justo y muy provechoso, pues era quitar cruz y muerte á quien no lo merecía: mas Cristo dice que es Satanás, y que no sabe de las cosas de Dios, sino de la carne, y que no es amor de Dios, sino desamor, pues no quería que aceptara la cruz ni que bebiera el cáliz que su Eterno Padre le enviaba para remedio del mundo. También parecía grande amor quererse estar San Pedro á la gloria de la transfiguración de Jesucristo, y era propio amor é interés, pues lo quería ver vestido de gloria y no penando en la cruz.

No se puede pensar pestilencia mayor para el linaje humano, ni cosa más enemiga para los bienes del alma, ni ocasión más cierta de perdición, que amores tan falsos como los que vemos, y ver cosas de tan poco valor en tan alto precio, y caminos á nuestro parecer llanos, cuyos fines son peligrosos y despeñaderos.

Tendríamos por muy loco, y con muy grande razón, al que se proveyese de pedazos de vidrio, confiado en el relucir, y pensase que con aquello había de comprar grandes posesiones, y por otra parte menospreciase el oro y las cosas de verdadero precio para el fin de lo que desea. Pues muy más loco es y de muy más peligrosa locura el que deja lo que verdaderamente y principalmente la divina Escritura enseña, para que Dios sea servido y amado como debemos, y nuestras penitencias sean verdaderas, con cierto aborrecimiento de pecados, y nuestro corazón esté limpio, y los misterios de Dios nos pongan buen gusto, y nuestra caridad esté muy encendida, y nuestra mortificación sea muy cabal y verdadera si se contentase con solas fábulas, y con cosas falsamente entendidas, y con gustillos de niños, y con sobresanar sus heridas y enfermedades, y con imaginaciones y cosas que tienen al parecer sólo, y en lo de dentro no tienen fundamento, ni hay fruto sobre qué estribar: y es lo peor, que éstos buscan consuelo y contentamiento en las cosas divinas: si son avisados por persona que les entiende su engaño, curan poco de tomar consejo tan sano, y buscan de nuevo maestros que les aprueben su carnal vida y les tengan compañía.

De esta miseria tan grande, que no se puede pensar mayor, tenemos profecía del Apóstol San Pablo (Tim., VII, 4), por la cual dice: "Que vendrá tiempo en que los hombres aparten los oídos de la verdad y del verdadero espíritu, y se convier-

tan á oir fábulas y cosas de sus intereses y contentamientos, y busquen maestros que les enseñen cosas apacibles y bien coloreadas, y les pongan descuido en aquello sin lo cual no pueden ir acertados, y los ceben y sustenten con vano mantenimiento y con darles buena esperanza de acertado camino y de próspera salida; pues sin verdadero negamiento de la voluntad propia, y mortificación y cumplimiento de la ley de Dios, y sin tener esta raíz en los corazones de los hombres, no pueden ir al cielo por más que se eleven en los aires y vean visiones; ni hay cosa que baste para descuento de lo que en este caso Dios nos pide.„ No quiero, hermano, gastar mucho tiempo con vos en deciros si hay algún daño que venga por este camino á los que se dan á los ejercicios espirituales; remítome á la experiencia de cada uno y á su poco aprovechamiento, y á los vicios en que viene á dar sin mirar en ello; porque viven contentos con buscar en Dios su propio contentamiento y sabor, sin quererlo para más que esto: y los hombres de verdadero celo podrán juzgar cuán poco es el grano para tanta paja, y cuán poco es el seso, y cuán menos la verdad entre tantas apariencias y ceremonias, confesiones, y comuniones y recogimiento, lo cual todo son medios para gran santidad y aprovechamiento.

¡Oh, hermano, cuán faltos estamos de buen paradero y de acertar la posada entre tanta diversidad de caminos y entre tanta diferencia de enseñadores, y tan diferentes de los enseñados! Hurtad el cuerpo á todo lo que os pide deleites, y gusto y sabor, y no lo procuréis hasta que Dios os lo dé, y ejercitaos en puro padecer á secas Cristo en vuestra lección, oración, penitencias, confesiones, comuniones, y obedecer; y ejercitaos en las demás virtudes, y no erraréis, porque éste es el camino que el Hijo de Dios ha notificado á los hombres, que es la cruz, que como llave abre los cielos á todos los que consigo la llevan. ¡Oh Señor mío, y cuán poquitos te sirven y se sirven! ¡Cuán muchos se aman y dicen que te aman, y dicen que andan tras Ti y andan tras sí! Avise cada uno, y procure hacerse á la voluntad de Dios y á su conformidad, y busque esto y no gustos ni contentamientos, así en la oración, como en la confesión, como en la comunión y en cualquier otro santo ejercicio.

Hermano, mirad que es sutil este engaño, y he visto muchos en él; y aun los conozco y trato, que desordenadamente desean, y con grande afición quieren llegarse al sacramento santísimo

de la Eucaristía por gustillos y lágrimas, sin tener respeto de qué es lo que se debe pretender de los Sacramentos, y el fin para que Jesucristo acá nos los dejó. Andan tras la miel de las cosas divinas, y no tras la cruz, que les ha de salvar; y se les parece en el pelo, pues ellos quedan desaprovechados y con ocasión de desaprovechar á los compañeros: busque, busque el que no quiere hallarse en estos inconvenientes y riesgos sola la voluntad de Dios, curando poco de todo lo demás.

¡Oh amor propio, cómo eres causa de que no falte vicio en las cosas espirituales! Espiritual hermosura era la que Lucifer deseaba en el cielo, y porque no le convenía ni la remitió á la voluntad de Dios, como rayo bajó del cielo y cayó, y deseando el contento cayó en eterna cruz, y procurando lo ajeno perdió lo propio. ¿Para qué quiere el siervo de Dios el contentamiento y la excelencia de la santidad y abundancia de gracia? ¿Es por ventura para agradarse á sí, viéndose consolado y con gusto, ó para agradar á Dios? Si espera esto segundo, sabed, sabed, amigo, que entonces agrada el hombre á Dios cuando se contenta de lo que Él le da, y no cuando el alma está contenta de lo que tiene; luego si os da á padecer desconsuelos, persecuciones y tristezas, etc., y Él está contento, contentaos vos, y daréis testimonio que buscáis su voluntad y no la vuestra. Á las lágrimas y muestras de amor de los Apóstoles, dice Cristo que no es amor, y al llevar su cruz, y la pena que les causaba su ausencia con paciencia, pone por título y renombre de amor; y así dijo: *Si me amásedes, contentaros habíades con mi ausencia.* Amar es padecer; amor de Cristo es hacer bien á quien nos hace mal. Más sentiste de Dios cuando disimulaste la ira y llevaste la injuria, y sufriste la pena y te contentaste con la tribulación, que cuando lloraste y tuviste consolación y te arrebataste; esto sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús, dice el sagrado Apóstol (Philip., II). ¿Qué es lo que habemos de sentir? Menosprecios, como Él mismo; pobreza, y humildad y abatimiento, como Él, que siendo igual al Padre, se hizo hombre, y tomó forma de siervo: esto es sentimiento de Cristo, y lo demás es sentimiento de hombre: sentimiento del Hijo de Dios, y muy seguro, es pasar penas.

Pero el sentimiento de la carne es sólo cebarse en los de espíritu, si no fuere cuando el Señor los da de su mano: no busca conformidad con su querer; y entonces podrás tener por segu-

ras tus lágrimas, serte han provechosos los sentimientos, é irás muy asegurado: y lo demás que por aquí no se regla es engaño; porque muchas veces hay espíritus tan afectuosos y con aficiones de Dios, que les proceden de ser muy sensuales é imperfectos, porque verdaderamente ellos no aman á Dios como deben; mas aquel sentimiento y gusto sensual que les causa el contento y dulcedumbre que toman en Dios y no en su santa voluntad, ni se ha negado, ni renunciado en su santos Mandamientos: lo cual sería verdadero amor; y cuanto les dura aquel dulzor, tanto se aprovechan y no más: luego los veréis, en quitándolos aquel gusto, airados, inquietos y pecadores de arte mayor; flacos y sin rienda en los vicios; lo cual es testimonio de lo que decimos, que se amaban á sí y no á Dios, y más á aquel bocadillo de gusto que no á Cristo.

Estos son muy parecidos al niño que llora, que dándole una melcochuela, en tanto que la come calla, y en acabándola llora: de manera, que cuando callaba no era porque su padre le mandaba callar, sino por el sabor de lo que comía; no era obediencia ni amor, sino golosina é interés propio. ¡Oh, qué de niños desobedientes á Dios hay hoy! Que si no riñen, ó deshonran, ó murmuran, ó hablan ocioso, ó maldicen, ó pierden el tiempo, no es por contentar á Dios ó hacer lo que Él manda, sino porque les ha dado alguna melcochuela de devocioncilla que ellos buscan, en la cual se entretienen; mas en quitándosela, miradles á las manos, y verlos habéis que sus lágrimas y deseos no eran amor sino propio interés, pues ofenden á Dios y le descaran de suerte que tanto les duró el amor cuanto les duró la dulcedumbre, como que en los bienes y abundancia se conozcan los verdaderos amigos, y no en los trabajos y necesidades.

Quiero que sepáis, amigo, que muchas veces los livianos y flacos de corazón y pobres de la gracia del Espíritu Santo tienen muy de ordinario esta dulcedumbre de espíritu y afección interior; lo cual no sienten los verdaderos amadores de Dios: y más fácilmente se mueve el que no está tan aprovechado, y el flaco y el liviano de corazón, y el que no sabe qué es perfecta consolación: y así en ofreciéndosele cualquier sentimiento de devocioncilla, luego la abrazan y reciben como si allí les fuese la vida. Y mirad bien que esta dulcedumbre y afectos de devoción muchas veces los causa, no la abundancia y muchedumbre de la gracia, sino la pobreza que de ella tiene

el ánima: las cosas pequeñas alegran mucho al pobre, por poco valor que tengan: como si diésedes un buen sorbo de buen vino á uno que estuviese borracho de lo beber, no lo sentiría ni se alegraría; mas si lo diésedes á uno que no lo ha bebido y le tiene gana y muere por él, hará maravillas y alegrarse ha.

La gente que no está embriagada ni llena del vino de Dios, con mucha caridad y gracia tiene en tanto un sorbillo de devoción, que le parece que ya tiene vivienda en la gloria; y dicen que les ha visitado Dios, y estiman sus lágrimas, y andan con mucha alegría, y en hecho de verdad es poco ó nada, y por ventura y aun sin ella, como dijimos, procede de poco amor y espíritu verdadero. Mas el que está lleno de amor fuerte y fino, no cura tanto de la devoción sensual, ni la estima en tanto, ni la tiene por caudal, sino para echarla en paciencia, en mortificación propia, en amor de la cruz, y en sufrir las injurias, y en todas las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en sí propio.

Esto es testimonio de tener espíritu y gracia en abundancia: y así veréis que cuando Dios llama á un alma por mucha abundancia de gracia y dones suyos, no responde el hombre á sorbillos ni á gustillos, sino con una viveza allá dentro muy interior y entrañable, fundada en un deseo vivo de padecer por quien le llamó, y en la determinación del cumplimiento de la voluntad de Dios. Y así dijo Job (cap. IV): *Llamarme has, Señor, y yo te responderé.* ¿Y en qué le enviaréis la respuesta, varón santísimo? ¿En qué? En tener paciencia grandísima en las adversidades y pérdidas, en las enfermedades y desamparo, en las llagas y en la pobreza, y en el resto de la cruz, en las tentaciones de Satanás y en el ejercicio de las demás virtudes.

Así el Apóstol San Pablo (Cor., IX), cuando fué llamado con viva voz de Dios, no dió respuesta de gustillos y niñerías, sino muy cabal de gran substancia, diciendo: *Yo os doy mi querer, y póstrolo al vuestro, y póngolo en vuestras manos; tomadlo, y mandad lo que mejor os parezca:* y vemos adelante, que el mismo Dios dice, notificando la posesión que tenía ya en Pablo (Cor., IX) y lo que le quiere como á escogido y llamado: *Yo le mostraré cuánto le conviene padecer por mi nombre y gloria.* Esta obra es la verdadera muestra del verdadero siervo de Cristo, y este es el verdadero título de los muy amados de Él, no

dulzorcillos ni contentamientos, sino grandes sufrimientos en los trabajos y ejercicios, en angustias y en infamias, testimonios, pobreza, necesidades, y cosas que tienen por fin lastimar y deshacer á la misma carne. Este es el buen responder á Dios cuando llama.

Avisad, hermano, que el sentimiento de Cristo deja obligado al que fué llamado á muy particulares servicios, si no quisiere hallarse el hombre con grande ingratitud delante su Criador. De suerte, hermano, que entonces entenderéis que el llamamiento y sentimiento es de Dios, cuando le respondiéredes con el cumplimiento del divino querer, aunque sea con riesgo de perder la hacienda, vida y honra: y esto es lo que justifica al hombre y le pone en la perfección, y le hace muy parecido y semejante á Jesucristo, que á sorbos tuvo; y muy de paso en esta vida, los consuelos; y siempre estuvo en ejercicio de cruz, sin resfriarse un punto en el amor de ella.

También sabed, hermano, que algunas veces el demonio endulza el alma, y la pone devota, á fin de tener la carne en gran flaqueza por medio de aquel gusto y sabor de la espiritual gula, y para que el alma confíe mucho y descanse en ella, pareciéndole el tal que es verdadero espíritu lo que siente interiormente; y con aquel falso sabor indiscretamente se ejercita en vigilias y larga oración, ó extremados ayunos, no comiendo ni durmiendo lo que ha menester, y sacándose la sangre sin tasa ni medida: y así con esta demasía venga á perder los ejercicios más útiles, y en que Dios más se sirve y agrada. Y aun de aquí resulta otro engaño, y es, que como el alma se siente muy abundante en estos sentimientos y dulzuras, cree de sí que es perfecta, y con éstos se hace lerda, y no procura de aprovechar más y adquirir más virtudes, estando como está en esto el verdadero amor de Dios y el verdadero espíritu. Trae en otro desvarío el demonio á los tales; y es que con aquel sabor y dulcedumbre de espíritu que ellos dicen, no es otra su intención en todos sus ejercicios, en que se ejercitan en el camino del Señor, sino andar buscando sentimientos de devoción y dulcedumbre, hechos golosos tras estos deleites, seguidores y amadores de su mismo regalo, poniendo todo su fin en sí mismos; los cuales vienen de poco en poco á ser del justo Juez Cristo permitidos caer en grandes pecados en este mundo, y en el otro en eternas penas y aflicciones. Porque este alto Señor pone los ojos en la

intención de los corazones humanos: y pluguiera á Dios, hermano, que antes hubiérades sido un glotón de bien comer y beber, y contentaros á vos mismo, según la carne, en estos deleites; porque al cabo el mismo hastío fuera causa de vuestra enmienda, y no hubiérades sabido á qué saben sentimientos de Dios, si no sabéis estimarlos y darles el lugar que merecen, prefiriendo el ejercicio de las virtudes, el padecer y la cruz á todos ellos; porque el sabor suyo quizá no os hubiera engañado, poniendo en él todo el fin de vuestras obras, conociendo vos cómo Jesucristo Nuestro Maestro puso en la cruz el fin y aun el principio de todos sus días, y allí acabó la vida por vos.

Mirad, hermano, que el verdadero amor está escondido allá en lo profundo de las virtudes, y manifiéstase en cualquiera adversidad. Declárome más: el fundamento de la paciencia es un deseo entrañable de padecer por amor de Dios todo lo que es posible sufrir al hombre y pasar en tiempo y eternidad. Y asimismo digo en las demás virtudes; y que cuando el alma siente este entrañable deseo de humildad y paciencia, este deseo y amor se manifiesta exteriormente cuando el hombre actualmente padece, sufriendo cosas de pena, hallando en ellas descanso y dulzor; ó á lo menos, llevándolas con paciencia. Este, si por amor de Dios lo pasa, es verdadero amor, y todo lo demás sospechoso y sin fundamento.

La santidad de hogaño, hermano, se compone de tener grandes deseos en la oración, y hacer grandes pecados en la conversación: lloramos allí los dolores de nuestro Redentor Jesucristo, y luego procuramos darlos á nuestros prójimos y hermanos: allí reverenciamos la paciencia del Hijo de Dios, y después ejercitamos la ira, callamos una hora y parlamos todo el día. De manera, que sacando en limpio nuestro espiritual aprovechamiento, es irnos á callar allí, orar y pensar en Dios, dando esto por precio de lo que deseamos y buscamos, que es consuelo y deleite; y luego quedamos como de antes: de manera, que nuestra santidad es de molde, porque nunca crece, ni se trata de este punto, siendo el principal de quien debemos tratar; mucha gente va engañada por este camino; Dios lo remedie. Amén.

Mirad, pues, que os cumple tomar la mano de este aviso que os doy, porque os levantéis, y no tropezar en el pie de los que le atraviesan para que caigáis, induciéndoos á que busquéis los

deleites de Dios y no su cruz. Esto, pues, es lo que os digo que debéis vos hacer, si no queréis ser compañero de su engaño y malo como ellos. Guardaos de estos huecos y vacíos, que no dejan cosa de Dios y de sí, que toda no lo vierten en la conversación espiritual que ellos dicen; y cuando les faltan verdades vienen á decir mentiras, y aun á tratar pecados, y aun á cometerlos sin asco.

No sé qué os pueda decir sino que el que tomare la mano, como yo ahora la tomo á contradecirlos, y yo sólo con muy pocos á tantos millares, queriendo desquiciarlos de su modo de santidad falsa y profana, en que están fundados, temo pasaré no pequeño peligro, y que no me han de tener por de tan buen seso cuanto es necesario sea tenido quien ha de aconsejar y adiestrar á otros. Mas no me conviene hacerlo menos, pues que con la ayuda de Dios he tomado este cargo de desengañar á algunos que andan muy fuera de camino, entendiendo que van por el espiritual: y así no he dejado ni dejaré de decir cosa que me parezca cumplir al aprovechamiento perfecto del varón verdaderamente espiritual, ni disimularé aunque sea á riesgo mío; pues que los verdaderos amadores de Dios, con los cuales yo me entiendo en estos renglones, no me lo tendrán á mal, antes me lo agradecerán: y si algunos hubiere á quien hayamos sacado á plaza para que con los ojos del espíritu vean que lo que hasta aquí tenían por espiritual es carne é imperfección, antes me deben agradecer el aviso que condenarlo, pues les muestro el tesoro que tenían por carbones.

El que no está tal cual aquí he pintado, piense que esta doctrina no le toca: y si está tal, conozca su engaño, y téngase por avisado. ¿No es cosa de gran dolor que no habemos de osar deciros lo que os cumple, sino dejaros ir por despeñaderos sin guía, á ciegas y perdido el camino? Verdaderamente es cosa de no poco espanto ver que siendo tanta la muchedumbre de los que caminan por el camino de Dios engañados, haya tan pocos que piensen que lo están: si no preguntadlo, y no habrá hombre en todos que no crea y diga en todo su seso, por verse en una devocioncilla y lágrimas, que es ya perfecto, y que sabe mucho de cosas de espíritu, y que tiene para sí y aun para los otros santidad verdadera, y que tienen ya prendas y muy ciertas de que les han de dar silla y asiento en el reino de Dios. Toda esta temeraria confianza nace de una cosa

muy peligrosa y común á muchos, que es la falta del conocimiento del verdadero espíritu de Dios; casándose cada uno con su opinión; teniendo por mejor lo que quieren hacer que no lo que deben, y seguir antes do guía el apetito de la sensual devoción, que escuchar do llama el espíritu y doctrina de Cristo, que es negarse el hombre en todo, y resignar su voluntad en la del Señor, y procurar enteramente la mortificación de sí mismo.

Mirad que va de esto á andar tan vivo el hombre, que acabado su recogimiento, luego busca su propia estimación. ¿Pues cómo, hermano, allí te encierras y echas la aldaba tras ti, y aquí buscas estimación de tus obras, fama y loor? Allí lloras porque pecaste, y aquí haces de nuevo por qué llorar: allí dices que eres tierra, y aquí juras que eres cielo, y que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmientos de una cepa, y agua de una fuente y fruto de una raíz: blasonas que en la oración aprendes grandes verdades y conocimiento de cosas divinas, y aquí te hallamos lleno de tantas mentiras y ceguedades. Mira en ti y hallarte has entero, carnal, lleno de tu propio querer, y que en todo te buscas y engrandeces con grande infamia de los ejercicios espirituales, pues ocupándote exteriormente en ellos, interiormente no te aprovechas por tu misma malicia y engaño.

Por esto andamos, hermano, por abrirte los ojos y que veas, y por despertarte de sueño tan pesado: por tanto, entrad dentro de vos, y de nuevo comenzad á andar en el camino de la mortificación siempre, curando poco de lo que á vos toca, y mucho de lo que Dios quiere: y mirad que os oso decir que no tendréis pureza de espíritu si paráis ó ponéis vuestro fin en sus dones, cualesquiera que ellos sean, aunque me los pintéis altos y celestiales, dulcísimos y secretos. Pasad adelante de todo lo que podéis comprender, y de toda criatura, y sólo descansad en aquella voluntad de vuestro incomprensible é infinito bien: aquélla abrazad y amad como quiera que os sucedan las cosas, prósperas ó adversas, seguras ó de grandes peligros; porque no puede el alma subir á mayor dignidad, ni hacer cosa más ilustre, ni de más honra y grandeza, ni aun de mayor contentamiento, que tener tanta conformidad y amistad con Dios, que quiera una misma cosa con Él.

¡Oh, bendito seas, Dios mío, Criador de todas las cosas y

vida de todo lo que es; pues siendo Tú Criador y yo criatura pecadora, Tú ser infinito y nosotros nada y miseria, llegamos á tanta y tan grande participación con tu suma bondad, que te parecemos en el querer y en el juzgar! Vos, Señor, decís que esto es bueno; lo mismo decimos nosotros: vos lo queréis, también lo queremos acá. Haos parecido que estemos veinte años en una cruz con sequedades y tentaciones; aceptémoslo de muy buena gana: queréis que seamos testimoniados y abatidos, deshonrados y perseguidos; el mismo voto tenemos, y por vuestro seso nos gobernamos. Mirad si podemos errar, ó nos podía faltar cosa de las que para el cielo importan. De voluntad tan santa como la divina, y querer tan justo, ¿qué mandamiento puede salir que no sea justo, santo y perfecto? Y siendo tan liberal y larga, ¿qué puede pedir al hombre que no sea para él grande é incomprensible tesoro? ¿Qué camino nos puede enseñar que no sea de gran seguridad y muy llano? ¿Qué aviso puede dar que no sea de gran misericordia y profundísima sabiduría, y qué consejo nos puede dar que no sea fidelísimo y cierto, y que nos importe la vida en tomarlo, siendo esto tan cierto, tan de fe y tan sin poderse dudar? Qué locura es la nuestra, hermano, en seguir nuestro querer y apetito y el cumplimiento de nuestra voluntad, dejando de guiar tras la de Dios, que tanto nos asegura. Azote, castigue, mate ó sane, quite devoción ó póngala, trátenos como á esclavos ó como á hijos, peniténcienos ó regálenos, todo es seguro si hay en nuestras entrañas conformidad con su voluntad y negamiento de la nuestra, que tan perjudicial es, pues no tiene para cosa más habilidad que para deshacer en nosotros lo que Dios hace y para borrar de nuestros corazones lo que Dios en ellos con su dedo escribe, y para resistir á su divino querer.

Mirad, hermano mío, si son daños éstos para temerlos y para huirlos: buscad, buscad lo que á Dios contenta y á vos descontenta; porque esto es camino cierto, dar en la mortificación de vos mismo: y si en esto os ejercitáis, no llegaréis á la confesión, contemplación, lección ni oración, y á los otros santos ejercicios, por el gusto que en ellos habéis de hallar y sentir, ni andaréis en las obras de Dios mendigando vuestro propio interés, sino su gloria y cumplimiento de su voluntad. Ni aun en vuestras comuniones os llegaréis por gozar de aquel sabor espiritual, ni para satisfacción de vuestro espiritual deseo, ni

á que allí se os dé manjar de paz y quietud, ni por otro propio interés, sino sólo por la honra y gloria de Jesucristo, y porque es su voluntad que por estos medios aprovechéis, no en contentamientos, que hartos os dará en el cielo si le servís, sino en virtudes y propia mortificación, y en la conformidad de padecer por Él mismo. Este es espíritu seguro y verdadero amor de Dios.

Ocupaos, hermano, vos en lo que aquí se os ha dicho; descuidaos de vuestro propio contentamiento, que Cristo tiene cuidado de ello para darlo ó quitarlo cuando convenga, como verdadero médico, que entiende la enfermedad del enfermo y sabe cuándo le ha de sangrar para darle salud, y cuándo le ha de dar la purga para limpiarle, y el faisán para que le sustente y esfuerce.

Si Dios os diere consuelo, recibidlo, mas no lo busquéis vos, que os perderéis: y advertid que os digo esto para que algún rústico entienda por ello que no quiero decir que son malos los sentimientos de Dios y sus dulzores, los cuales da á los que le sirven y no le ofenden y se mortifican, antes podéis creer que á los tales suele visitar con la mano de su largueza, para que con más fervor y menos pesadumbre anden el camino del cielo.

Lo que digo y aviso es que no tengáis grandes ansias en buscarlos y suspirar por ellos, sino por Dios sólo, no parando sino en la conformidad de su voluntad, siguiéndola en todo y deshaciendo vuestro propio querer; porque no podéis, por mucho que lo procuréis, ofrecer á Jesucristo cosa mejor y más rica que vuestra propia voluntad, ni podéis tener cosa peor ni que más os dañe; porque es lepra pestilencial que cunde en el hombre interior, y de ella nacen los pecados todos, la ira y la soberbia, etc, y, finalmente, todo lo que enoja á Cristo Nuestro Señor; porque á Dios sólo es reservado tener propia voluntad, la cual á nadie está sujeta y ha de ser la regla de las demás. Luego cualquiera que usa de propia voluntad hurta á Dios su corona, pues á sólo Él se debe, y en cuanto en sí es quiere ser semejante á Dios, y le quita su dignidad y excelencia.

Procurad, pues, hermano, desde hoy no caer jamás en yerro tan grande, porque os perderéis: no curéis de santidades, fundadas en vuestro propio amor y contentamiento, sino derribaros totalmente á los pies de Dios, y en buscar conformidad con su querer, y yo salgo por fiador que Él os ponga en el cielo

y os pague los negamientos de vuestra voluntad, porque tiene bien con qué: y porque no tengo más lugar, y tengo otras ocupaciones y negocios entre las manos, me perdonad la brevedad, recibid mi deseo. Pues el vuestro me necesitó á escribir esta doctrina breve; mas si la penetráis, á la verdad es la más larga que el vulgo puede entender.

Ponedla, señor, por obra, porque de haberla leído no saquéis mayor condenación, no haciéndolo así; y si alguna cosa no entendiéredes, otro día lo conferiremos de vos á mí, aunque yo sé cierto que es condición de nuestro buen Padre y Maestro Jesucristo, que aquellos que de veras le buscan, lo que sus entendimientos no entendieren lo pondrá en sus corazones para que le amen, que es el punto de todo el negocio y el fin de todo lo que vemos y pensamos: y como estemos ya diestros y advertidos á la conformidad de nuestro gran Dios, ni eso ni lo otro nos desalentará para seguirle y amarle, pues le habemos de servir dónde, cómo y de lo que Él quisiere, y no como nosotros quisiéremos, que es negocio que emprenden pocos.

Encomendadme á Dios y pedidle para mí destierro de mi propio parecer, negamiento de mi voluntad, amor de su cruz, y perseverancia en su camino y olvido de todo lo que no es Él: y así lo haré yo por vos para que nos veamos en aquel alto reino de su gloria, y gocemos de lo que Jesucristo nos ganó por trabajos y cruz, al cual sea dada la honra y gloria de todo lo que hemos declarado y dicho. Amén.

EXPOSICIÓN BREVE

DE

LAS BIENAVENTURANZAS

QUE PREDICÓ EN EL MONTE, CRISTO NUESTRO SEÑOR [1]

BEATI PAUPERES SPIRITU

El que fuere tan humilde que tuviere muy claro conocimiento cómo de sí mismo es nada, y amare con grande amor su propio desprecio, dando de corazón la honra á Dios, éste será pobre de espíritu.

BEATI MITES

El que se hallare libre no sólo del deseo de la venganza, mas aun de la turbación de la ira, dándose suave y afable á los rencillosos sus injuriadores, como si no hubiera sido injuriado, éste será manso.

BEATI QUI LUGENT

El que huyere los deleites presentes y tomare el gemido por canto, abrazando los trabajos con mayor afección que los mundanos sus placeres, éste es lloroso bienaventurado.

BEATI QUI ESSURIUNT

El que tuviere más grandísima gana del manjar espiritual que los muy golosos del manjar corporal, éste ha hambre y sed de justicia.

BEATI MISERICORDES

El que tuviere los males ajenos por suyos, á semejanza de

[1] Matth., V.

madre que está más enferma y llorosa con la enfermedad de su unigénito hijo que el mismo hijo que padece el mal, éste es el buen misericordioso.

BEATI MUNDO CORDE

El que tuviere perfecta limpieza de corazón, la cual es perfecta santidad, á éste le conviene la sexta palabra.

BEATI PACIFICI

Aquel cuyos movimientos estuvieren tan sosegados que no se levanten contra la razón, y que la voluntad siga con mucho amor á la de Dios, y después tuviere gran deseo y trabajo por ver esta paz en los otros, á éste le conviene la séptima palabra.

BEATI QUI PERSECUTIONEM PATIUNTUR

El que padeciere por defender la virtud, la verdad y justicia, y tuviere gana de padecer hasta dar la vida, á éste le conviene la octava bienaventuranza.

El que hubiere cumplido estas palabras ha conseguido la cumbre de la perfección que en esta vida se puede alcanzar.

REGLAS MUY PROVECHOSAS

PARA ANDAR

EN EL CAMINO DE NUESTRO SEÑOR

compuestas por el

VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Clérigo, predicador apostólico en Andalucía.

La primera: tome este negocio con veras, y ponga en él aquel cuidado y diligencia que en un negocio que mucho le fuese pondría; porque, según sentencia de Nuestro Salvador, es la puerta angosta, y es menester porfiar para entrar por ella.

II. La segunda regla es que tenga el menos cuidado que pudiere de las cosas de esta vida, ordenando su vivienda con los menos impedimentos que pudiere; porque, según sentencia de Nuestro Salvador, el cuidado de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra de Dios y hácenla ser sin fruto; y por eso nos amonestó diciendo: *Mirad no se embaracen vuestros corazones en el comer y embriaguez y cuidados de esta vida*. Y esto es claro, porque no puede tener uno gran cuidado y diligencia en dos cosas: y por eso conviene quitar el uno de estos dos cuidados, y sea el del siglo, que es honra y codicia y deleite, tomando grande cuidado de servir á Dios en todo y por todo, forzándose á contentarse con lo menos que pudiere.

III. La tercera: haga una confesión general de toda su vida con un confesor bueno y discreto, con aquel cuidado y propósito que lo haría estando enfermo y le dijesen los médicos

que ordenase su ánima porque se quería morir; y ponga tal su conciencia, que le quede testimonio en ella que si Dios lo llevase á la otra vida no le pesaría de ello.

IV. La cuarta: tenga de ahí adelante cuidado de enmendar sus costumbres y vida cada día y cada rato, sin descuidarse, mirando qué habla y qué hace, y en lo demás en que entiende: y cuando se quiera acostar, tómese cuenta de lo que ha hecho aquel día y repréndase de lo que hubiere pecado; de manera que no deje pasar cosa sin castigo, y como si tuviese algún niño hijo de un Rey á cargo y encomendado para que mirase por él y le castigase lo mal hecho. Y no eche en olvido lo que pensare; mas guárdelo en su memoria, juntando lo de un día con otro, para que cuando vaya á confesar, sepa en breves palabras en lo que ha pecado; y así con arrepentimiento de los descuidos de aquel día, y con propósito de enmienda y confesión, duerma con la paz de Nuestro Señor.

V. La quinta: confiese y comulgue las Pascuas y días de fiestas principales, que sean diez ó doce veces en el año; porque de otra manera el buen propósito que en una confesión cobró, lo habrá olvidado cuando venga á otra; y así siempre trabajará, y cada día, como si no hubiese hecho nada, comenzará de nuevo. Para esto tenga hablado á algún buen confesor para que quiera tener este cuidado de confesar, y sea breve; y si es persona recogida y quitada de tráfagos, será la confesión más á menudo, al parecer del confesor discreto.

VI. La sexta: busque algún rato ó lugar desocupado cada día, para que lea libros buenos y piense en algún paso de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y en el artículo de su muerte. Consuélese con Jesucristo, y hable con Él en su corazón, teniendo confianza que será piadoso y remediador, y pídale su amistad y gracia con todas sus fuerzas; y cada vez que triste ó alegre se sienta, recurra á Jesucristo á pedirle consuelo ó darle gracias. Lo que leyere no ha de ser para ser sabio, sino para aprovechamiento de su ánima; y estando leyendo tenga el corazón en Dios.

VII. La séptima: si no tiene en este mundo trabajo, tome alguno por amor de Jesucristo, que fué trabajado por nos; y si alguno tiene, de cualquiera parte que venga, ahora sea espiritual, ahora sea corporal, tómelo por merced de Dios; y en levantándose ofrézcase á Dios; y todo lo que aquel día le viniere,

tómelo de buena gana y con entera confianza, que Dios se lo envía para su remedio y salud.

VIII. La octava: viva con cuidado de no hacer cosa que no deba contra su prójimo, y mire si le puede ayudar en alguna cosa, como es limosna, darle consuelo, ó consejo, ó favor, ó cualquier otra cosa, hágalo; porque bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; y juicio sin misericordia será hecho á quien no hiciere misericordia.

IX. La nona regla: conviene que para lo que toca al recogimiento de su conciencia tome por guía y padre alguna persona letrada y experimentada y ejercitada en las cosas de Dios, y no tome quien no tenga uno sin otro; y pues tanto en acertar va con buena guía, debe con mucha instancia pedir al Señor que os lo encamine; y encaminada, fiadle con mucha seguridad vuestro corazón: no le escondáis cosa buena ni mala: la buena para que la examine y os avise, y la mala para que la corrija. Y cosa de importancia no hagáis sin su parecer, teniendo confianza en Dios, que es amigo de obediencia, que pondrá en el corazón y lengua de vuestro guía lo que conviene á vuestra salud; y de esta manera huiréis de dos malos extremos: uno de los que dicen: *No he menester consejo de hombre, Dios me rige y me satisface.* Otros están sujetos al hombre, sin mirar otra cosa sino que es hombre, que les comprende aquella maldición que dice: *Maldito el hombre que confía en el hombre.* Sujétese al hombre, y habrá escapado del primer peligro, y no confíe en saber y fuerzas de hombres, mas en Dios, que le favorecerá y hablará por medio del hombre; y así habrá evitado el segundo peligro. Y tenga por cierto que aunque mucho busque, no hallará otro camino tan cierto ni tan seguro para hallar la voluntad del Señor como éste de la humilde obediencia, tan aconsejado por todos los Santos y tan aprobado por muchos de ellos, según nos dan testimonio las vidas de los Santos Padres. Y porque pocas veces estos tales varones se hallan, es bueno, sin decir mal de los otros, escoger á quien Dios le encaminare, uno entre mil, al cual en el nombre de Dios incline su oreja con toda obediencia y humildad.

No resta sino que se alegre con el estado que el Señor por su sola voluntad le dió, con que tenga cuidado de ser el que debe; y así tema de su flaqueza: que confíe en el Señor, que acabará en él lo que ha comenzado; porque así, ni la merced

hecha le dé alegría liviana, ni el temor de lo mucho que debe le derribe. Mas entre temor y esperanza camine hasta que el temor se quite en el perfecto amor que en el cielo habrá, y la esperanza que tengamos presente y sin temor de perder aquello de quien en ausencia esperamos.

X. No así fácilmente disminuya ni añada lo que tiene de costumbre; y antes que lo haga encomiéndelo mucho á Dios.

XI. Cuando llegare á ti alguna persona necesitada, si tú no la pudieres socorrer, á lo menos encamínala á las personas que sabes que la podrán socorrer, y dila alguna palabra de consolación siquiera. Nuestro Señor os consuele y os remedie por su misericordia.

XII. En viniéndote algún deseo, confórmalo con la voluntad de Dios, y habrás descanso.

XIII. No te acaezca jamás desear ni procurar algún bien por malos medios, ni por muerte ajena; y esto nace de los deseos ahincados: por eso guárdate de estos ahincos, que son peligrosos.

XIV. Pide á Dios perdón de lo pasado, esperando siempre en su infinita misericordia.

XV. Lo presente y lo por venir encomienda mucho á Dios muy atenta y ahincadamente, desechando los temores desaprovechados de las cosas inciertas y congojosos cuidados.

XVI. En todos tus pensamientos, palabras y obras procura siempre derecha, fiel y verdaderamente la honra de Dios y el cumplimiento de su voluntad.

XVII. Cuando quisieres hacer alguna cosa, examina primero con diligencia y sin pasión qué te persuade, por qué fin lo quieres hacer, y sácalo bien en limpio, sin engañarte á ti mismo.

XVIII. Mira que no te hagas sordo á la doctrina de Dios ni al remordimiento de la conciencia, ni vayas contra ella precipitadamente y á cierra ojos; sino detente un poco en los ímpetus y persuasiones de tu espíritu : *Subditus esto Domino, et ora eum.*

XIX. No seas desagradecido ni tampoco lisonjero : da á cada uno la honra que se le debe y en ti es. Y guarda que ni por prosperidad tuya ni adversidad suya jamás se la disminuyas, porque serás causa que te aborrezca; y sé siempre verdadero, y huye la mentira é hipocresía cuanto pudieres.

XX. Guárdate de escandalizar y dar mal ejemplo á otro: no quieras parecer singular, y procura cuanto en ti fuere que nunca el prójimo quede de ti descontento ni contristado, por pequeño que sea; no piense que lo menosprecias.

XXI. Nunca deseches á nadie por abyecto que te parezca: guárdate de juzgar por las apariencias de fuera en todo lugar y en toda cosa y guarda cada cosa para su tiempo. Desecha presto la mala sospecha y tentación, y está atento á lo que haces como si fuese lo postrero. Nunca por ti se quebrante la paz tuya ni ajena.

XXII. Nunca desees más de lo necesario, y eso conclúyelo en lo menos que pudieres : *Habentes alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus.*

XXIII. Comunmente no hables hasta que te pregunten, ni te entremetas donde no te llaman. Sea tu habla graciosa, con gesto sereno y apacible.

XXIV. No te mudes de ligero del lugar y compañía que tuvieres conocida, con esperanza de lo incierto y no conocido, que por ventura, huyendo de un inconveniente, caerás en muchos más graves; mas ten firmeza, encomendándolo todo á Dios y buscando su consejo.

XXV. El bien que pudieres hacer no lo dejes para mañana, que cada día trae consigo su tarea.

XXVI. Después que al cuerpo hubieres dado su ración, cortando toda superfluidad, no le creas por más que te persuada y finja flaqueza y necesidad.

XXVII. Cuando el cuerpo fingiere cansancio ó regalo ó pereza en el trabajo ordinario, entonces te aviva más, y esfuérzate en Dios, diciendo que se haga lo que se ha de hacer.

XXVIII. Nunca estés del todo ocioso.

XXIX. Guárdate de porfiar por salir con la tuya.

XXX. Antes que salgas de tu casa y aun de tu cámara, mira bien dónde vas y qué te mueve.

XXXI. Procura de hablar palabras de que no te hayas de arrepentir.

XXXII. Si alguna persona con ahinco y mucha gana te pidiere que la confieses, confiésala; porque suelen acaecer grandísimos provechos de no rehusar las tales confesiones.

LOS DIEZ DOCUMENTOS

QUE SE SIGUEN, QUE DIÓ EL MISMO VENERABLE MAESTRO ÁVILA Á OTRA PERSONA

El primero será, que trabaje siempre de acordarse que Nuestro Señor Dios, trino en personas y uno en esencia, está en todo lugar y en su corazón, y dondequiera que se hallare; y así trabaje de estar con mucha reverencia estando presente tan gran Señor; y acordándose de Él, tenga en su voluntad un gozo y querer con que esté muy contento y alegre de que este Señor está tan lleno de gloria como nuestra fe nos dice, holgándose de que sea tan rico en su mismo ser. Este consejo dió el Patriarca Tobías á su hijo, en el cap. IV, diciendo: *Omnibus diebus vitae tuae in mente habete Deum.* Que á esto debían atender los Santos Patriarcas, que se ejercitaban cuando decían: *Vive el Señor, delante de quien estoy.*

II. El segundo sea, que busque un lugar solo donde cada mañana, en levantando, se recoja una hora ó más, é hincado de rodillas ó como mejor se hallare, teniendo presente á Nuestro Señor, conforme á lo dicho, conociéndose por pecador é indigno de estar allí, piense un paso de su Pasión con mucho sosiego, pensando por menudo, como si cabe sí le tuviese, lo que pasaba y el amor grande que le tiene. Este consejo es del Apóstol San Pedro, cap. IV, que dice: *Christo igitur passo.*

III. El tercero sea, que á la noche, del mismo arte se ponga á pensar con mucho sosiego en la muerte, haciendo cuenta que se ve morir, y pensando por menudo la agonía, las tentaciones, el aprieto de la muerte, la cuenta estrecha que se le ha de pedir, el cómo se ha aprovechado de las inspiraciones divinas; cómo enterrarán su cuerpo, y será manjar de gusanos; cómo

será su alma juzgada de la más pequeña palabra ociosa, el tormento del infierno, el premio del cielo, gastando una hora en algo de esto. Pida favor á Dios para que pueda tener buena cuenta aquel día temeroso. Este consejo es del Eclesiástico, capítulo VII, que dice: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.*

IV. Sea el cuarto, confesar y comulgar á menudo; porque, según dice San Bernardo, la confesión á menudo es medicina ligera, y allende la gracia de Dios que se da, quédase avergonzado el hombre de confesar muchas veces una misma cosa: sea el confesor letrado y siervo de Dios, con cuyo consejo recibirá la santísima comunión; porque de ella dice San Juan Crisóstomo que salimos espantables á los demonios, como leones que echan llamas por la boca; y de ella dice San Bernardo que nos quita totalmente la gana de los pecados mortales y nos disminuye los veniales, de cuya causa quien quisiere aprovechar en la virtud debe frecuentarla.

V. Sea el quinto, que quite los ojos de vidas ajenas, mirando por su propia alma, desechando todo pecado mortal, porque con él ningún bien hay en el alma. Y lo bueno que en otro viere, trabaje de imitarlo; y lo que mal en otro le pareciere, por ser claramente malo, tener lástima del que lo hizo, conociendo que él haría otro tanto si Dios no le tuviese; y así alabe á Dios que le guarda, y pídale misericordia para el otro, doliéndose de él como de hermano; porque, según dice San Gregorio, la santidad verdadera tiene compasión de los flacos y pobres, y la falsa indígnase contra ellos.

VI. Sea el sexto, de San Pablo (Hebr., XII), que ponga sus ojos en el autor de nuestra salud, que es Cristo, para tenerle á Él sólo por dechado en lo que hubiere de hacer, teniendo por verdaderos sus Mandamientos y consejos en todo tiempo, para que caída ninguna de persona que parezca buena no le escandalice, y luego le haga dejar lo comenzado; sino como hombre ya avisado por nuestro Redentor, que se han de levantar falsos profetas antes del juicio, no mudarse de sus buenos ejercicios por cosa que vea, creyendo que cuando alguno cae, no nació aquella caída del recogimiento ni de la oración, sino de su soberbia; y así tomará aviso para humillarse, y no para dejar lo bueno comenzado.

VII. Sea el séptimo, que huya de malas compañías como

del mismo demonio; porque su garganta, según dice David, es sepulcro abierto, de donde no salen sino palabras malas que, según dice San Pablo, corrompen las buenas costumbres.

VIII. El octavo será huir con mucho cuidado de murmurar ni hacer mal á nadie; porque dice Nuestro Señor por un Profeta: *El que os tocare, toca á las niñas de mis ojos.* Y si otro murmurase, repréndalo si se espera enmienda; y si no, mostradle la cara triste; porque dice San Bernardo, que duda él de cuál pecará más, quien murmura ó quien oye de buena gana murmurar.

IX. El nono sea la caridad con los prójimos, que trabaje por hacer cada día alguna limosna corporal ó espiritual; porque en esto dice Cristo que se han de conocer sus discípulos, en amarse unos á otros; y este amor, dice San Juan, que no sea de palabra, sino de obra: *Filioli, non diligamus verbo* (I Joann., III).

X. El décimo y último, en que debe mucho mirar, sea que de tal arte viva bien que quite sus ojos de sus obras, creyendo que son todas, según dice Isaías (cap. LXIV), como paños manchados, y ponga su confianza en las obras y merecimientos de Jesucristo, confiando que es tanto el amor que el Padre Eterno tiene á su Hijo, que por Él le hará misericordia en este mundo y le dará la gloria en el otro. Amén. Porque dice San Pedro que no hay por otro salud, sino por Cristo; y así, le debe tomar por medianero en sus oraciones. Este documento y el primero se deben mucho mirar.

AVISOS

Á

D. DIEGO DE GUZMÁN Y AL DR. LOARTE

PARA ENTRAR EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Lo primero, quiten los ojos de querer aprovechar por este medio ó por aquél: ni hagan cuenta que hay almas más que para desearles bien, y pedirlo á Nuestro Señor; mas no para elegir este ó aquel medio para les aprovechar; antes resistan á este pensamiento como á otra cualquiera tentación.

2. En ninguna manera piensen que entran á juzgar lo que hacen los otros, sino traer en su corazón aquel dicho de un monje: *Ego judicari veni, et non judicare.* Y de este peligro se guarden mucho, especialmente si piensan que saben algo; porque hay grande resbaladero, el cual deja alguna vez hasta perder la gracia de Nuestro Señor. Crean que Dios rige á los ojos que rigen, y que tienen para lo que hacen algún motivo, que ellos no saben, ó algún particular intento: empero no juzguen sino *quid ad te? tu me sequere*, como que se desembaracen; porque de otra manera vivirán desconsolados é inquietos.

3. Fúndense en obediencia, teniéndola por una grande merced de Dios en la tierra, esperando que Dios, por vía de sus mayores, les dirá su voluntad, la cual esperanza no ha de estar en la sabiduría del mayor, sino en la promesa de Dios, que da su ayuda á quien se humilla: y si tuvieren fe en el obedecer, gozarán de gran paz, y en breve aprovecharán mucho.

4. Item, entiendan que aunque no tengan aquella libertad que parece convenir para ganar ánimas, y las ocuparen en

otras cosas que tiran más á otros fines que á convertir ánimas, no por eso se inquieten; porque como de la conservación y aumento de esta orden depende mucho á las ánimas aquello que para esto va ordenado, aunque sea fregar escudillas, convertir ánimas es; y con grande consuelo se debe hacer, enderezando sus vidas en el acrecentamiento de esta obra en aquello que les mandaren: de manera que quiten los ojos de otros medios, y se ofrezcan á aquello que les fuere mandado, no tanto por lo que es, como por ser mandado lo estimen, teniendo por merced de Cristo ser miembros de este cuerpo, en el cual Él recibe servicio.

5. Estarán aparejados á cruz, y á ella han de pensar que van trabajando de no dar á otros ocasión de que se quejen; y sufriendo lo que les fuere hecho, no se turben con la diversidad de las condiciones que hay en las Comunidades; mas piensen que hasta que uno es probado con prójimo, es muy poco lo que de Dios tienen; y á esto principalmente enderezarán sus fuerzas, á no ser inquietados con prójimos, llevar injurias con alegría, á ser hollados como lodo, á ejemplo de Cristo; y miren que nunca anden descuidados en esto, porque en faltando el cuidado está cierta la caída, por la guerra continua que hay: pongan sobre sí los ojos, y no procuren hacerse maestros de otros, ni en ello hablen si no fueren mandados; y cuando no, *non judicare veni, sed judicari.*

6. Traten el negocio de su aprovechamiento con el cuidado que se debe á negocio de Dios, acordándose que se han llegado á ver la celestial visión de Dios en zarza de cruz, y que es tierra santa donde están, y que no sufre mortecinos afectos: esfuércense mucho en Cristo, *et in potentia virtutis ejus,* á negarse á sí mismos, no sólo en la sensualidad, mas en la voluntad principalmente y en el entendimiento, que éste es el derrama solaces, el enemigo de la paz, el alcalde presuntuoso, el juez de sus mayores, y padre de la división y enemigo de la obediencia, ídolo puesto en lugar de Santo de Dios. Otra y otra vez les encomiendo y ruego por las entrañas de Cristo que derriben este su entendimiento y reine Dios por la fe en él, estando muy confiados que lo que sus mayores les mandaren es voluntad del Señor: y esto y no otra cosa tengan por consuelo en todas sus cosas, y por refrigerio en todas sus dudas; y mientras esto les durare irles ha muy bien.

CINCO GRADOS DE HUMILDAD

1. El primero es que el hombre, conociendo de verdad su vileza, se menosprecie á sí mismo en la voluntad.
2. Este menosprecio muestra exteriormente en el hábito y en el andar, y en ejercitarse en cosas bajas y despreciadísimas.
3. Cuando es menospreciado de otros, tenga paciencia.
4. Que en este menosprecio se alegre.
5. Que de todo corazón desee ser menospreciado de todos.

OTROS DOCE GRADOS DE HUMILDAD

1. El primero es el temor de Dios Nuestro Señor.
2. El negamiento de la propia voluntad.
3. Obediencia.
4. Paciencia.
5. La confesión de los pecados.
6. Menosprecio de sí mismo.
7. Anteponer los otros á sí, estimándolos en más.
8. No hacer alguna singularidad notable en las cosas exteriores.
9. Callar hasta ser preguntado.
10. No ser fácil para reir.
11. Hablar cosas pocas y buenas.
12. Pretender estado y hábito humilde, etc.

DIEZ AVISOS PARA CAMINAR POR LA VÍA RECTA

1. Todo juicio, no solamente temerario, mas cualquiera pensamiento de falta ó pecado de otro, desecharlo luego, volviendo el entendimiento á Dios Nuestro Señor, mostrándole la llaga de mi ánima para que la cure.
2. Toda reprensión, tristeza, afrenta ó desabrimiento y trabajo que me viniere, ya que no haya fuerzas para desearlo, á lo menos sufrirlo con paciencia callando; no mirando á quien me lo dice, sino ver que aquello viene de la mano de Nuestro Señor: y así le rogaré por quien me es causa de estos trabajos, y que me dé gracia para sufrirlos por su amor, considerando

que sufrirlos con paciencia es señal de nuestra salvación.

3. Toda gracia espiritual, don natural y cualquiera cosa bien hecha, referirla á Dios Nuestro Señor, dándole gracias, no atribuyéndome á mí otra cosa sino los pecados, faltas é imperfecciones.

4. Cuando me viniere envidia, así de dones espirituales como naturales y temporales que en algunos hubiere, alzar el corazón á Dios, suplicándole que se los aumente más, y holgándome de su bien y pesarme de su mal.

5. Tener muy fijado en mi ánima, que ninguna cosa debo desear, ni por cosa alguna me he de fatigar sino por la gracia y amor de Nuestro Señor; y no ofenderle en cosa alguna, sino agradarle, ahora venga la muerte ó la vida, enfermedad ó sanidad, tristeza ó alegría, honra ó deshonra, ser rector ó cocinero, aquí ó en el cabo del mundo, sólo en cuanto me llegare á Dios Nuestro Señor.

6. Persuadirme de veras, que mientras viviere nunca me han de faltar trabajos, tristezas, tentaciones, cruz; que esta es la librea de los siervos de Jesucristo Nuestro Señor; y así sufrirlo con paciencia, considerando que mis pecados esto y mucho más merecen: *Nam militia est vita hominis super terram, et qui perseveraverit usque ad finem, hic salvus erit.*

7. Cualquier pensamiento, palabra ú obra de soberbia que me viniere, que soy mejor ó más aprovechado, ó preferirme en otra cosa cualquiera á otro, desecharla luego como cosa muy aborrecible á Dios Nuestro Señor, mostrándole mis pecados y faltas, y pidiéndole remedio, *quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.*

8. Cuando me vinieren razones, que otros tienen en alguna cosa culpa y yo no, no me excusaré, aunque sea verdad que no la tengo; sino acusarme he, y alabaré á mi hermano; pues cuando me viniere la tal penitencia, reprehensión ó trabajo, ó entonces no lo he merecido, mis pecados pasados lo han causado; de manera que nunca padeceré inocentemente, y así nunca me excusaré jamás.

9. Acordarme he muchas veces entre día, especialmente cuando hago el examen, de dar gracias á Nuestro Señor Jesucristo porque me redimió y me hizo amigo con Dios, y me ganó tantos bienes con su Pasión y trabajos; y luego darlas á nuestro Dios porque me lo dió, y por quien Él es.

10. El fruto de la comunión y de otro cualquier ejercicio espiritual ha de ser adquirir más fuerzas para servir y amar á Nuestro Señor con mayores veras, y para resistir á las tentaciones y trabajos con paciencia, y no por gustos y sentimientos; los cuales suelen ser señales de imperfectos, y aun pueden venir del demonio para engañarnos : y así no nos habemos de fatigar mucho por ellos, si Nuestro Señor no nos los envía; y teniéndolos, no despreciar á los otros si no los tienen, que será caer en soberbia y presunción, pues aunque otros no los tengan, pueden ser más santos y amigos de Dios.

QUINCE AVISOS PARA QUIEN DESEA SER RELIGIOSO

1. Ten siempre tus pecados presentes, y duélete de ellos cada día.

2. No sientas de ti otra cosa sino ser vilísimo, negligentísimo é indignísimo de toda compañía y aspecto de otros; y así, desesperado de ti, en sola la misericordia de Dios espera.

3. De tal manera has de sentir de los otros, que no solamente no juzgues, mas aun seas tan simple que ni pienses ni sientas la falta ajena; solamente te ocupa en las tuyas.

4. Con ninguno te muestres airado, ni lo estés, ni tengas mal querer, ni odio, ni tristeza con nadie; mas ten el corazón quieto, pacífico, humilde, y el rostro severo, ornado de vergüenza.

5. Muéstrate pronto y alegre para servir á todos.

6. Abstente perfectamente de las palabras ociosas, de juegos y liviandades, salvo en cosas que la caridad fraterna requiere.

7. Sufre con paciencia las molestias, riñas, vituperios, malas palabras, que de Dios te vienen, para ejercitarte en paciencia; súfrelas con alegría, con deseo, con voluntad resignada, no contradiciendo en tu ánima.

8. Mortifica toda curiosidad de saber, de sentir, de experimentar y de tener lo que no es necesario; y esto sólo busca con solicitud; cómo aproveches.

9. Desecha á los principios todo pensamiento que te lleva fuera de Dios.

10. Por ninguna cosa de esta vida seas solícito, si no es para agradar á Dios.

11. No te maravilles de los acaecimientos, y digas por qué es esto así ó así; mas todo lo recibe como de la mano de Dios con hacimiento de gracia, esperando sin dudar que Él tiene cuidado de ti y de todos, y que no permitirá que venga otra cosa sino aquello que fuere para mayor bien nuestro, aunque nosotros no lo entendamos.

12. Fuera del manjar común que á todos se da, nada desees ni busques mientras estás sano; y si no lo pudieres comer, da gracias porque te dió ocasión para dejarlo de comer.

13. En cosa que no te toca por necesidad, no te entremetas, *máxime* en defectos de los hermanos ó hechos de los oficiales.

14. Ten siempre á los superiores obediencia, reverencia y amor de puro corazón, sintiendo bien de ellos; y no consientas que ante ti se diga ó haga algo contra ellos, ni contra otro hermano ó prójimo.

15. Busca siempre la soledad, así del ánima como del cuerpo, y nunca estés ocioso; y procura que todas las cosas mundanas te perezcan muy viles.

Con toda diligencia guarda las reglas y constituciones en su lugar, tiempo y modo, y las demás circunstancias necesarias, porque éstas son tus armas; y si no quieres peligrar en la tentación, hazlas guardar.

LOS DISCÍPULOS DEL BEATO

Como coronamiento al tomo segundo de las obras del Beato Maestro Juan de Avila en esta presente y esmerada edición, ha parecido ser deuda de justicia ofrecer al piadoso lector las biografías de los principales discípulos que el mismo Bienaventurado Maestro formó con su doctrina, predicación y maravilloso ejemplo. Fué de todos ellos modelo, espejo y guía; á todos comunicó su celestial espíritu y los constituyó y sacó á la faz del mundo contemporáneo y del porvenir verdaderos hijos suyos, criados á sus pechos, encendidos en el fuego mismo de su corazón, participantes en gran medida y forma de su propia vida apostólica, de su amor á la pobreza, al desprecio de los tesoros y honores de este mundo, al saber divino y humano, á la sed por la salvación de las almas y, en una palabra, á la imitación de Cristo, Redentor y Maestro de todos los hombres. Son ejemplares santos, dignos de que los tengan continuamente delante de los ojos sacerdotes y seglares; porque unos y otros han de ser perfectísimos y excelentes modelos de virtudes y sabiduría, de bondad, disciplina y ciencia que el Salmista nos manda á todos pedir á Dios: *Bonitatem, et disciplinam et scientiam doce me.*

Tomamos estas vidas de tan santos varones á quien tan sabiamente educó y perfeccionó nuestro Beato, del Licenciado Luis Muñoz, que las escribió con la unción, elegancia y maestría que acostumbraba. Para trazar la historia de aquellos evangélicos predicadores, fué menester pluma tan elocuente y bien cortada como la del celebrado cronista Don Luis Muñoz. El cual, habiendo sabido por modo envidiable escribir la vida del Bienaventurado Maestro, mejor habrá podido dar al mundo las biografías de los discípulos. Helas aquí.

ELOGIOS Y VIDAS

DE ALGUNOS DISCÍPULOS DEL VENERABLE MAESTRO JUAN DE ÁVILA, PREDICADOR APOSTÓLICO

Introducción.

Entre los medios con que el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo prueba la santidad de Santa Marcela en su epitafio, pone por muy singular el haber profesado con ella amistad la gloriosa Santa Paula, y que en su aposento mismo se crió la santa virgen Eustoquia, y añade: *Ut facilis aestimatio sit qualis magistra, ubi talis discipula.* Una de las cosas que más descubre la fecundidad y grandeza del espíritu del Venerable Maestro Juan de Ávila, la eficacia de sus palabras y doctrina, fueron sus discípulos, cuya santidad es el mayor testimonio de la de su Maestro. Habemos discurrido en el libro primero por los maravillosos efectos de su predicación: en el segundo trataremos de los de su enseñanza: lo que alcanzó su trato y conversación familiar y ejemplo con muchos sacerdotes, que sacó eminentes en la vida y espíritu apostólico. Sus virtudes y sucesos serán materia del libro en que ahora entramos, en que se infieren también muchas cosas que tocan al Venerable Maestro. Pertenece á la entereza de esta historia la santa y docta escuela del Venerable Maestro Ávila, que por acabarse con su vida, y no dejar familia religiosa que pudiese en anales conservar su memoria, el tiempo ha puesto en olvido muchas cosas dignas de saberse, y en estos pocos pliegos tendrá este daño algún reparo aunque corto. Fué mi intento al principio hacer unos elogios breves, que en dos ó tres capítulos remataran el libro primero: en el discurso que esta obra se iba haciendo han venido á mis manos papeles tan importantes, que han podido formar un libro entero; parece lo ha dispuesto así la divina Providencia, que tiene contados los cabellos de los buenos, para que virtudes tan apostólicas, hazañas tan heroicas no quedasen sepultadas en el olvido. Son los elogios más ó menos largos, según ha habido la materia; no dudo que podían escribirse de muchos más dilatados discursos. Si á alguno le pareciere esta digresión muy larga, considere que es estilo en

las crónicas de los Santos Padres de las Religiones escribirse las virtudes de sus hijos, y que de esta calidad es la del Venerable Maesto Ávila; y que si sus discípulos perdían esta ocasión de acompañar á su Maestro, apenas podía ofrecerse otra que diese noticia de quién fueron y de lo que obraron. Esta historia tiene algo de universal del tiempo del Venerable Maestro Ávila y los suyos, que merecen por sus virtudes y vida una memoria inmortal.

CAPÍTULO PRIMERO

De los Padres Juan de Villarás, Doctor Bernardino de Carleval y Doctor Pedro de Ojeda.

El fervor del espíritu del Venerable Maestro Ávila fué tan grande, tan raro el resplandor de sus virtudes, que desde los principios de su predicación con una cierta violencia movió á su imitación á muchos, en especial sacerdotes que movidos de su ejemplo, fueron imitadores de su vida y siguieron sus pasos y virtudes. En Sevilla se llegaron algunos; en Granada fué mayor la cosecha de hombres doctos: muchos se dieron por sus discípulos, resignados á su dirección en todo. Algunos de los más familiares comían con él en su mesa en un pequeño refectorio que tenía. Vivían sus discípulos apostólicamente ocupados en los empleos que después veremos. Tuvo, sin duda, intento, como insinuamos, y diremos más largamente adelante, de fundar una Religión de sacerdotes ejemplares que, coadjutores de los Obispos, acudiesen á cultivar las almas, enseñar á los niños la doctrina, criar santamente la juventud, ayudar á los fieles en el camino de la salvación, gobernar los más perfectos en la vida espiritual; finalmente, que predicasen por el mundo, dilatasen la verdad evangélica, manifestasen los tesoros que tenemos en Cristo crucificado: empresa que reservó Dios al glorioso San Ignacio, habiendo dado el pensamiento, el espíritu y todo el aparato al santo Maestro Ávila, como más largamente veremos adelante.

El muy reverendo Padre Fray Luis de Granada, por vivir los más de estos discípulos al tiempo que escribió la vida de su Maestro, reparó en referir sus nombres; mas ya que están escritos en el libro de la vida, gozando sin riesgo de vanagloria

verdadera, justo es que el mundo conozca á los que con virtud heroica abrazaron la perfección evangélica y, siguiendo los pasos de este apostólico varón, fueron ejemplo al mundo del entero cumplimiento de las obligaciones del estado sacerdotal, ejecutadas con el vigor que pide dignidad tan alta.

Los que cercanos al tiempo que vivió el santo Maestro Ávila no le conocieron y trataron, pudieron templar su sentimiento habiendo visto y comunicado al P. Juan de Villarás, su discípulo y compañero, retrato vivo de su gran Maestro. Bastará para mostrar lo que fué este varón santo decir que gozó dieciséis años del lado y compañía del Venerable Maestro Ávila, vivía con él en una casa, comían en una mesa, gozando continuamente de sus palabras y ejemplos: sucedióle en su casa y espíritu y señaladas virtudes: representaba muy al vivo quién fué su Maestro. Fué varón perfectísimo, de una profunda humildad, raro recogimiento, encerramiento perpetuo, con admiración de cuantos le conocieron, y extremada paciencia: hablaba de Dios con gran suavidad y dulzura. Estimó en tanto al Venerable Maestro Ávila, que muriendo mandó que le enterrasen á sus pies; mas por la grande estima que de este gran varón hizo la santa Condesa de Feria, ordenó que se enterrase en su convento de Santa Clara; mas después de su muerte los Religiosos de la Compañía de Jesús no quisieron carecer de este tesoro, ni los santos compañeros estar divididos en la muerte, habiendo estado tan unidos en la vida. Trasladaron su venerable cuerpo á su Colegio: depositáronle al pie del sepulcro del Venerable Maestro Ávila, donde juntos esperan la inmortalidad y levantarse gloriosos á hacerse eterna compañía en el cielo.

Remate este elogio el Padre Martín de Roa; en el último capítulo de la vida de la Condesa de Feria dice así: "Ni es menos de consideración la particular providencia que tuvo el Señor cuando llevó para sí al Venerable Maestro Ávila de tenerle ya criado á los pechos de su doctrina al humilde y santo varón el Padre Juan de Villarás, noble por sangre, y mucho más por lo mucho que él se aprovechó de la de Cristo nuestro Redentor para enriquecer y adornar su alma de las preciosas joyas de las virtudes. Fué maravilloso ejemplo de mansedumbre y humildad: padecía mucho, y sabía padecer, porque supo amar. Sólo Dios era su pensamiento, su cuidado y regalo; con Él hallaba compañía en su soledad, alivio en sus dolores y remedio

en sus enfermedades. Afligíanle muchas el cuerpo; mas crecía el alma con ellas en merecimientos, y labrábanle coronas de admirable paciencia. De esta manera trataba Dios al Maestro y á la discípula, haciéndolos muy parecidos en la vida y trabajos de ella, para que el uno al otro se diesen la mano en el camino del cielo. Dejóle, pues, el Señor á la Condesa este santo varón en lugar del Venerable Maestro Ávila, y con maravillosa disposición le conservó la vida mientras á ella le duró la suya, y más el tiempo que precisamente fué necesario para que de su pecho sacase los tesoros de la santidad de su sierva, y los comunicase para ejemplo y edificación de su Iglesia.„ Hasta aquí el P. Martín de Roa.

Corta quedará la más feliz elocuencia que se animare á mostrar lo que fué el venerable varón el Doctor Bernardino de Carleval, uno de los de mayor nombre, de mayor caudal y letras de los discípulos que tuvo el Venerable Maestro Ávila. Siendo colegial y Rector del Colegio Real de Granada, mozo de floridos estudios y talento, predicando en esta ciudad el Maestro Ávila, dijo un día á un compañero: "Vamos á oir este idiota: veamos cómo predica.„ Oyó al varón apostólico las verdades evangélicas, predicando con tal fuerza y valentía, que se halló tan trocado de la mano de Dios y de su amor, que de allí adelante le oía con suma veneración y gusto. Continuando sus sermones, comenzó á tratar con el santo Maestro, y frecuentar su casa con resolución de abrazar la virtud en su mayor perfección. Contaba él después este suceso con lágrimas, reconociendo la virtud divina, que iba envuelta en las palabras de este gran predicador.

Habiéndose fundado años después la Universidad de Baeza, le trajo el Venerable Maestro Ávila para que fuese la piedra fundamental de estos estudios, como de verdad lo fué, y el primero que se graduó de Licenciado, Maestro y Doctor; leyó en ellas la sagrada Teología muchos años; dió gran ejemplo de todas las virtudes, en especial de la pobreza evangélica, con un desprecio grande del mundo y de sus cosas; no admitió renta ni beneficio eclesiástico, contento con el estipendio de su cátedra; permaneció leyéndola lo que le duró la vida, sin aspirar á prelacías, de que era benemérito; vivía pobremente en un aposento en las escuelas, y hombre doctísimo, ejercitaba por su persona los órdenes que dejó el Venerable Maestro

Ávila. Acudía al hospital los sábados á servir los pobres y componerles las camas; hacía pláticas á los estudiantes; salía por las calles, desde la Universidad, cantando la doctrina; predicaba en la plaza, y muchas veces en las parroquias y conventos de monjas. Sucedió en el patronazgo de la Universidad al Venerable Maestro Ávila, y en el espíritu y celo de la salvación de las almas. Fué uno de los varones apostólicos y religiosos que tuvo la Universidad de Baeza, y aun España. Plantó la virtud en las escuelas y en todas partes. Fué tanto su deseo de la conversión de las almas, que continuamente aconsejaba á otros predicadores que predicasen á Cristo crucificado, tema único de su gran Maestro [1].

De los últimos discípulos del Venerable Maestro Avila fué el Doctor Pedro de Ojeda, mas de los primeros en las virtudes y méritos, varón de gran talento y grandes letras. Leyó muchos años escritura en la Universidad de Baeza con gran aprovechamiento de la escuela. Sucedió al Doctor Bernardino de Carleval en el patronazgo y el espíritu; mantuvo con gran valor, lo que le duró la vida, la rigurosa disciplina y el espíritu en que fundó estas escuelas el Venerable Maestro Ávila, haciendo rostro á los que con sus vicios intentaban corromper el vigor de las costumbres antiguas; padeció por esta causa pesados testimonios, injurias, contradicciones y molestias, que toleró con ánimo invencible, sin responder una palabra sola, ni alterar el tenor de su semblante y religiosas costumbres; mas pudo llevarlo todo apoyado en la levantada oración y heroica contemplación que tuvo. Fué admirado de cuantos le trataron y conocieron por un ejemplo raro de modestia, de desprecio de las cosas humanas, dignidades, puestos, acrecentamientos, atributo común de todos los discípulos del Venerable Maestro Avila, mayor en los de más aventajadas letras y talentos; veneráronle

1 Deberá quedar estampado en esta presente edición de las obras de nuestro Beato, ya que en ninguna otra anterior se dice, que el sabio y famoso Dr. Bernardino Carleval, varón de tan excelentes prendas de piedad y doctrina como fué visto, tuvo por sobrino carnal y grande imitador suyo en sabiduría y cristiandad al otro celebrado jurisconsulto y profundo canonista el Dr. D. Tomás Carleval, gloria de la ciudad y Universidad de Baeza, en que leyó con gran concurso de oyentes, las ciencias y artes, y fué después regio consejero en el Supremo Consejo de Justicia de Napoles, y es autor de aquella su profunda obra titulada: *Disputationum juris variarum de judiciis, etc.*, en dos volúmenes en folio, y en el primero de los cuales, disp. 2, q. 2, trata de su famoso tío á quien arrastró tras sí el esp ritu de encendida caridad y celo apostólico del Bienaventurado Maestro Juan de Avila, y cuyo panegírico laudatorio hace en el número 72 de la misma cuestión.

todos por Maestro de un verdadero y desengañado espíritu con gran aprovechamiento de toda aquella provincia. Fué muy celoso de la honra de Dios y de su gloria; eficacísimo en la palabra divina; predicaba muchos días con tan esforzado espíritu, que atemorizaba los oyentes con copiosísimo fruto. Los jueves todos predicaba del Santísimo Sacramento, con quien tuvo afectuosa y tierna devoción, tanto que muchas veces ponía tan fijada la vista, tan elevada en la custodia santa, tan largo espacio de tiempo, que mostraba la fineza de su amor, y con cuán fuertes cadenas le tiraba; excedía en esta acción las fuerzas de la naturaleza. Cuidó del culto divino en las iglesias de su cargo, acudiendo á esto con devoción y ternura, sin que la cátedra y púlpito le divirtiesen del adorno y limpieza de los templos. Padeció grandes enfermedades, y en los mayores desconsuelos y apreturas no hallaba otro alivio sino hacer que le leyesen las Epístolas del Venerable Maestro Ávila, en particular las escritas á afligidos y tentados y agravados de enfermedades penosas. Llamaba á un sacerdote que le hacía compañía, y decía: "Digamos á nuestro Venerable Maestro que nos consuele y nos hable." Murió con opinión de santo, aclamándole por tal el pueblo, tocando rosarios á su venerable cuerpo y llevando cosas suyas por reliquias.

CAPÍTULO II

Del Maestro Hernán Núñez.

El Maestro Hernán Núñez, natural de Granada, fué de los aventajados discípulos del Venerable Maestro Ávila, varón ejemplarísimo, de grande espíritu, insigne operario evangélico, admirable en el celo de aprovechar las almas: residía en la Universidad de Baeza, y con sus ardientes ansias del bien de sus hermanos, llevaba á los Maestros y estudiantes mozos de la Universidad á que enseñasen la doctrina cristiana por los lugares cercanos: procuraba que los ejercicios de la disciplina que se hacían en la capilla de la Universidad algunos días de la semana, se ejercitasen con sumo cuidado y devoción y nadie faltase á ellos. Fué raro su espíritu de pobreza; nunca quiso vivir si no es en un aposentillo debajo de una escalera en las Escuelas, donde estaba el reloj. Conservaba con esto tan gran

severidad en sus costumbres, que era temido de todos los Doctores y Maestros y estudiantes, y en sólo verle en el patio se componían. Fué admirable la abstinencia: era su comida ordinaria una ensalada y unas migas; solían decir los venerables Doctores Bernardino de Carleval y Diego Pérez, que no osaban ir á predicar donde había predicado el Maestro Hernán Núñez, viendo la abstinencia que él hacía y lo mucho que trabajaba día y noche, y que ellos habían menester una comida ordinaria.

Por orden del Venerable Maestro Ávila estuvo algunos años en Almodóvar del Campo: compensó con este varón santo lo poco que asistió en su patria (no se sabe que volviese después que partió para las Indias); allí predicaba y confesaba, enseñaba á los niños la doctrina, de donde salía á predicar á los pueblos comarcanos á pie con el manteo al hombro, sin más provisión ó alforjas que la divina Providencia, al modo de los Apóstoles. En este santo ejercicio gastó lo restante de su vida, que fué muy larga; he visto cartas originales suyas, en que pone algunos sucesos de estas peregrinaciones y los trabajos grandes que padecía con los curas; en una que tengo dice había sido veintiocho años criado del Padre Maestro Juan de Ávila; hallóse indigno de nombrarse su discípulo.

Descríbale y alábele su Maestro, que tenía conocido el fondo de su virtud. Aconsejando el Venerable Maestro Ávila al Arzobispo D. Pedro Guerrero que enviase predicadores y confesores por su arzobispado, hombres de gran espíritu y celo, que le ayudasen á cumplir las grande obligaciones de su oficio, añade estas palabras en la Epístola segunda en la nueva impresión: "He pensado en una buena pieza para esto, y es el Maestro Hernán Núñez, natural de esa ciudad, y está ahora en Baeza; ha hecho muy gran provecho en muchos pueblos: tiene una rentilla con que se mantiene, y no toma nada de nadie; porque para unas migas y una ensalada que come, tiene harto en su rentilla; aunque como ha usado este rigor muchos años, no sé si está algo gastado: pídenlo ahora muy apriesa de Caravaca para cierta obra buena: deseo que se emplee así en las ovejas de V. S., y con él un confesor; y parece que hay muestras del provecho que de esto resultaría en ese arzobispado, en el que los dos de la Compañía hicieron en su casa; y este clérigo no es de menor virtud. Si á V. S. esto pareciese, sería bueno escribir al Doctor Carleval una carta en que le

dijese cómo tiene pensado de enviar por el arzobispado hombres de gran celo de Dios, y que tiene relación del Maestro Hernán Núñez, y que le quería emplear en esto.„ Hasta aquí el santo Maestro Ávila, de cuyas palabras se colige el crédito que tenía de este santo clérigo, de su austeridad y empleos. Hablando del mismo Hernán Núñez el venerable Doctor Diego Pérez en una carta que escribe al Doctor Pedro de Ojeda desde Barcelona á veintidós de Enero del año de mil y quinientos y ochenta y dos, dice del P. Hernán Núñez: "Tengo cada día cartas de ese dichoso que anda peregrinando como pobre: á mí me llaman el apostólico, y él tiene las obras: hame dado gana de rogarle que nos vamos juntos: no sé si querrá; porque el Obispo de Zaragoza le pide que se vuelva con él: no quiere: trae razones: rica vida por lugaricos: *Ubi annuntiatur verbum Dei.* Andar predicando con pobreza y con humildad.„

Y en otra carta de veinte de Febrero de quinientos y ochenta y cinco, tratando de las escuelas de Baeza, dice: "Sabe Dios el continuo cuidado que tengo de esa casa y las reliquias del dichoso Maestro Ávila y buen Doctor Carleval.„ Y volviendo al santo Maestro Hernán Núñez, dice: "Tiene en su poder la vida de una santa Religiosa, que se llama Isabel de Baeza, que murió año de mil y quinientos y sesenta y seis, doncella santa y muy penitente: al principio, contando su conversión, refiere cómo dijo á una compañera suya: He oído que este confesor, por el P. Hernán Núñez, hace beatas á cuantas doncellas se confiesan con él: no se me da á mí nada de eso, que aunque baje San Pedro no me hará beata. Estando en esta plática acertó á entrar el P. Hernán Núñez: al punto que lo vido, sin más hablarle palabra, vino un espíritu tan poderoso en ella, que la adormeció y mudó el corazón y la hizo otra; y en aquel mismo instante quedó tan llena de sabiduría de Dios, que no fué menester que la enseñasen ni cómo había de hacer penitencia, ni cómo había de mortificarse.„ Hasta aquí el venerable Diego Pérez. Este fué el Maestro Hernán Núñez: estos hombres salieron de esta Escuela. Murió con opinión de santo, y como tal le honró el pueblo con grandes demostraciones.

CAPÍTULO III

De otros ejemplares sacerdotes, discípulos del Venerable Maestro Ávila.

No fué de menor nombre el Padre Maestro Alonso de Molina, estimado en Córdoba (de donde era natural) y su obispado por varón apostólico y de conocida santidad: pasó seglar buena parte de su vida: puso los ojos en él el Venerable Maestro Ávila: aconsejóle que mudase hábito y se hiciese sacerdote. Obedecióle: fué el santo imitador de su Maestro en la modestia, pobreza, humildad, y las demás virtudes que componen un ejemplar sacerdote: nunca quiso beneficio eclesiástico, ni más riquezas que la pobreza evangélica. Hospedaba al Venerable Maestro Ávila cuando venía á predicar á Córdoba: dábale vestido y comida y todo lo necesario; y no era mucho, porque su casa era un refugio de pobres, con quien gastó toda su hacienda: fué treinta y seis años discípulo del Venerable Maestro Ávila. Tuvo tan gran don de consejo, que acudían á él como á un oráculo religiosos, caballeros y toda suerte de personas por gobierno de sus cosas y gozar de su conversación, que era dulcísima: fué una copia del Venerable Maestro Ávila. Habiendo el P. Alonso de Molina llegado á los ochenta años de su edad, lleno de días y virtudes voló al cielo con una muerte ejemplar correspondiente á su vida.

Fué de los discípulos de Córdoba el P. Maestro Alonso Fernández, insigne en letras y virtudes y singular doctrina. Leyó Teología en Córdoba en el Colegio de sacerdotes que de orden del Venerable Maestro Ávila se fundó en esta ciudad: fué humilde y docto: siguió la pobreza de su Maestro con el rigor que pide el Evangelio á los discípulos de Cristo: no quiso admitir beneficios eclesiásticos, aun ofrecidos á su virtud y méritos. D. Cristóbal de Rojas, Arzobispo de Sevilla, que lo había sido de Córdoba, le envió desde Sevilla un grueso beneficio: no quiso admitirle, diciendo qne le había aconsejado su Maestro no le tomase. Claro es que estos varones santos no juzgaron con este hecho haber algún defecto en tener y gozar beneficios eclesiásticos; mas siguiendo la perfección evangélica con las veras que hemos visto, creían que las rentas eclesiásticas les podían ser

algún impedimento, y su espíritu desnudo abrazó la pobreza con el rigor que enseñaron y practicaron los Santos siguiendo el Evangelio; mas en todos los grados y puestos eclesiásticos se puede conseguir la santidad en el supremo grado, y guardar la misma y mayor pobreza, de que veremos ejemplos raros : cada cual seguía el llamamiento del espíritu de Dios que le movía.

Cupo gran parte del espíritu del Venerable Maestro Avila al Licenciado Pedro Rodríguez, su discípulo. Fué natural de Sahagún, villa nombrada en Castilla por aquella gran oficina de santidad, el Real convento de San Benito. Fué varón ejemplar y verdaderamente apostólico: gastó su larga vida predicando por las montañas de Castilla, enseñando la doctrina, administrando Sacramentos: obra verdaderamente heroica. Llegó á la última vejez con extremada pobreza: jamás quiso admitir beneficio, aunque se lo ofrecían los Obispos: cayó en una enfermedad gravísima, que la hacía más penosa, sobre los muchos años, el faltarle no sólo conque curarse, mas el preciso sustento de la vida; empero la Providencia divina, que nunca falta á sus siervos, le tuvo en esta ocasión prevenida la admirable caridad del varón ejemplar Jerónimo de Reinoso, canónigo de Palencia, insigne en todas las virtudes y raro en la misericordia con los pobres: recogióle en Husillos, donde le tuvo más de dos años, casi siempre enfermo: para la última dolencia, que le duró seis meses, le trajo á Palencia, y en su casa le sirvió y regaló por su propia mano, hasta que fué á recibir el premio de sus grandes trabajos. Enterróle el piadoso canónigo á su costa en la iglesia Catedral, y le hizo honrosas exequias, como se escribe en el capítulo dieciocho de su vida, que anda con la del gran Obispo de Córdoba Don Francisco de Reinoso, su tío, Prelado digno de memoria eterna.

Nuestro Señor comunicó el espíritu del Venerable Maestro Avila al Maestro Bernardo Alonso, su aprovechado discípulo: resplandeció en todas virtudes, en especial en la oración y silencio, y un despego grande de las cosas de la tierra: fué visitador del obispado de Jaén, con que pudiera conseguir muy grandes puestos y prebendas; mas obediente á su Maestro, se fué á vivir de su orden á Leruela, villa del Adelantamiento de Cazorla, á cuidar de algunas almas espirituales que estaban á cargo del Venerable Maestro Avila: de tal celo del aprovechamiento de los prójimos participaron todos.

Al Licenciado Núñez cuentan entre los discípulos del Venerable Maestro Ávila, hombre de gran bondad: fué su residencia en Baeza, donde vivió con grande ejemplo. Fundó el convento de monjas de Santa María Magdalena y el hospital de la Concepción, que es el principal que hay en esta ciudad, en que se curan setenta enfermos hombres y mujeres: fué gran imitador del Venerable Maestro Ávila; y además de las virtudes interiores con que Dios le adornó, que fueron grandes, pasó adelante en el vestido exterior: anduvo siempre vestido de un paño pardo grueso, manteo y sotana, humildad y mortificación notable. Su caridad con los pobres fué excesiva. Pasando un día al convento de la Magdalena, una mujer pobre se le puso delante con una criatura en los brazos, y pidió le diese unas mantillas para aquella criatura; y diciendo que no tenía qué darle, instaba en su demanda con mayor porfía. Dióla el manteo, y se anduvo dos días por Baeza en cuerpo, con su breviario debajo del brazo: tan corta era su recámara. De su extremada pobreza puede colegirse fácilmente cuáles fueron las demás virtudes.

Ponemos al P. Licenciado Marcos López entre los más insignes discípulos del Venerable Maestro Ávila, igualmente docto y santo. Fué natural de Córdoba, y de orden del Venerable Maestro Ávila leyó Teología en esta ilustre ciudad; y después de haber vivido muchos años debajo de su disciplina, le hizo Rector del Colegio que á instancia suya fundó la Marquesa de Priego en esta villa. Fué varón de rara virtud; y para reducir á una todas sus alabanzas, es común sentir de toda aquella villa que no se hallaba quien le hubiese visto hacer ó decir cosa que fuese venial, por espacio de cincuenta años que vivió en ella, habiendo tratado todo el lugar y ejercitado el oficio de Vicario. Alentó la devoción al Santísimo Sacramento, que aprendió de su Maestro, y estima grande de las cosas eclesiásticas: celébranse en esta villa con gran decencia, que puede ser ejemplo á toda España. Enseñaba la doctrina cristiana, ejercicio común á todos los discípulos del Venerable Maestro Ávila. Llegó á ochenta y cinco años de edad, gastada en tan santos ejercicios.

Dignamente puede nombrarse entre hombres tan grandes el Venerable P. Juan Sánchez; mas porque sus virtudes tuvieron felicidad de mejor historiador, pondré las palabras del muy

reverendo P. Fray Gregorio de Alfaro, de la sagrada Religión de San Benito, digno cronista de aquel gran padre de pobres, Prelado de los mejores que ha tenido el obispado de Córdoba, y por ventura España, D. Francisco de Reinoso. En el capítulo doce del libro segundo de su vida, hablando del convento de las Recogidas, á quien sustentó este santo Obispo, y de los que favorecieron á esta casa, dice así: "Quien con más fervor acudió á esta obra tan piadosa fué un sacerdote que se llamaba Juan Sánchez, varón de tan santa virtud, que me obliga á que le nombre y diga lo mucho que aprovechó en este ejercicio. Primero fué casado, y habiendo muerto su mujer, se hizo discípulo del Venerable Maestro Ávila, que en aquel tiempo predicaba en el Andalucía. Por su consejo se determinó de estudiar hasta ordenarse de Misa; y después que fué sacerdote comenzó con más veras á ejercitarse en todos los oficios de piedad, en especial á los que tocan á la honra de Dios y á sacar almas de mal estado, aunque fuese con riesgo de su persona. Sucedióle que con su buena industria llevó á las Recogidas una mujer que estaba torpemente entretenida con un hombre, que en sabiéndolo salió á buscarle; y hallándole en una plaza pública, delante de mucha gente le dió un bofetón en el rostro, sin respetar sus venerables canas. El buen viejo, con la misma paz que siempre trajo en el alma, sin hacer mudanza ni hablar palabra desentonada, se humilló en tierra y volvió el otro carrillo para si gustaba darle otro bofetón, para cumplir con el Evangelio. Los circunstantes acudieron luego: el agresor, viendo un acto de tan señalada paciencia y humildad, se cumpungió de manera que, arrojado á sus pies, lloraba amargamente su pecado. Todo el cuidado de este sacerdote era buscar mujeres disolutas y perdidas y recogerlas en aquel convento, y pedir limosna por toda la ciudad porque no les faltase el sustento necesario." Hasta aquí el P. Fr. Gregorio de Alfaro. En esta santa ocupación duró este ejemplar sacerdote hasta la muerte, que sucedió á la del gran Prelado á ocho días, como él lo predijo.

El Licenciado Pedro Fernández de Herrera pudo gozar mucho tiempo en Montilla, de donde era natural, de la conversación y ejemplo del Venerable Maestro Ávila, imitador de su espíritu: fué tan grande el de este virtuoso sacerdote, que de ordinario, las temporadas de la pesca de los atunes, iba á las

jábegas á confesar y enseñar la doctrina á mucha gente perdida que allí se recoge, en que hizo notable provecho á muchos, y á Dios grandes servicios.

Puédese últimamente afirmar con toda verdad que cuantas personas de grande espíritu hubo en aquel tiempo en estos reinos se pueden poner en el número de sus discípulos, que ya su ejemplo, ya sus cartas, sus sermones, los instruían en el camino del cielo. Cuantos Prelados celosos regían las Iglesias de España estimaron su comunicación y correspondencia: consultábanle sus dudas, y tenían los consejos y avisos de este santo varón, y los reverenciaban como si fueran de un ángel, y él les ayudó con cartas y consejos el tiempo que predicó en los lugares de su residencia, como vimos en Granada y otras partes. Remito al lector al Epistolario últimamente estampado, donde se ponen juntas las cartas escritas á Prelados y sacerdotes, que el que las tomare por instrucción y guía no errará en el gobierno eclesiástico y vida sacerdotal.

Ayudó también á los Obispos con un discurso largo intitulado *Reformación del estado eclesiástico*, y unas anotaciones al Concilio de Trento: son obras que hacen entero volumen, y á no ser tan grandes, dieran remate á esta historia: moverá Nuestro Señor á algún celoso para que las dé á la imprenta.

Estimaron grandemente sus discípulos á este varón santo: reconocían sus medras, después de Dios, de su magisterio y enseñanza, y así lo publicaban. Fuéronle obedientísimo, de manera que en la ocupación que los ponía perseveraban hasta la muerte, como si un ángel, de parte de Dios, les dijera que se ocupasen toda su vida en aquel ministerio. Vivía en Córdoba un sacerdote ejemplar, que habiéndole el Venerable Maestro mandado se ocupase en servir los pobres del hospital de San Bartolomé, donde se curan males contagiosos, y por esta parte estancia penosísima, aconsejándole que á cabo de tantos años, por su mucha edad y falta de salud, se ocupase en otro ministerio, respondía: "Aquí me puso mi santo Maestro; aquí tengo de perseverar hasta morir, porque en esta ocupación está mi salvación."

CAPÍTULO IV

Elogios de los Venerables Padres Maestros Luis de Noguera, Hernando de Vargas y Juan Diaz.

Muchos de los discípulos del Venerable Maestro Ávila fueron hombres tan insignes que merecían historia particular por sus hazañas, que no fueron menos admirables que las de su Maestro. Triunfó de muchos el tiempo, poniéndolas en olvido, mas son muy conocidas en la gran corte del cielo. De tres ilustres varones discurriremos en este capítulo, no como merecía la grandeza de sus obras, mas conforme lo que ha podido juntar nuestro trabajo.

Sea el primero el Maestro Luis de Noguera, cura de la iglesia parroquial de Santa Cruz en Jaén, que de consejo del Venerable Maestro Ávila ejercitó este oficio santamente: fué este gran varón discípulo de los de mayor nombre del Venerable Maestro Ávila, y á voces decía en el púlpito haber sido su Maestro, y que debía la merced que Nuestro Señor le había hecho á su enseñanza: y el santo Maestro Juan de Ávila pudo muy bien honrarse de haber tenido tal discípulo, que fué corona y gloria suya, como de su patria, Baeza, donde nació de padres virtuosos: criáronle en temor santo de Dios, humildad y modestia: fué á un paso aprovechando en letras y virtudes; en todo salió eminente. Graduóse en Artes y Teología en las Escuelas de Baeza, de donde le sacó el Priorato, así llaman los beneficios curados, de Santa Cruz de Jaén, tenue en la renta desigual (hablando al modo humano) á sus estudios y letras: fué tan rara su modestia, que perseveró en él treinta y dos años, sin dejarle hasta la muerte. Y aunque los Obispos de Jaén intentaron mejorarle, porque acrecentarle en renta era dársela á los pobres, fué tan fino amante de su primer esposa, que no la dejó jamás: clavóse en esta cruz, perseveró en ella, aunque le pedían que bajase. El gran Obispo D. Francisco Sarmiento le hizo gracia de un arcedianato: dijo el humilde sacerdote: "No me quiere V. S. bien, pues quiere quitarme de mi quietud." Replicóle el Obispo que así tenía más que dar á pobres; respondió que con las limosnas que S. S. y otros buenos hacían por sus

manos, serviría á la Majestad divina. Perseveró en el primer puesto en que le puso su santo Maestro.

Apuntaré solamente las virtudes de este varón insigne, mientras más dilatada historia le diere á conocer al mundo. Su humildad fué profundísima, de la que desprecia honores y tiene contento en un rincón á un hombre docto: esta virtud le hizo admirable, y de la que más le alaban los que escriben de sus cosas. La caridad con los pobres prodigiosa: daba cuanto tenía de renta de limosna. Veíanle tan fiel dispensador de lo propio, si es de los eclesiásticos lo que sobra, que acudían á él todos los ricos y despendían por sus manos sus haberes, ciertos de la seguridad y del acierto: despendían al año más de dos mil ducados, con que era el remediador de todo el pueblo; á todos acudía y consolaba: padre de huérfanos, aliento de las viudas, era lince de las necesidades más ocultas. Guardó con sumo rigor la pobreza evangélica, el traje modestísimo: los adornos y menajes de su casa, dos sillas, una camilla pobre, unos libros. Fué su asistencia rara: de casa de una señora noble se le enviaba una porción moderada, apenas lo bastante á su sustento: tenía espías hasta que hubiese comido, porque era muy de ordinario dar la comida de limosna, y era forzoso hacerle algún socorro.

La penitencia sobre las fuerzas humanas fortalecían las influencias del cielo en la oración, que fué altísima. Dió raro ejemplo en materia de recato: servíale un viejo honrado: no atravesó mujer jamás sus puertas, aun estando enfermo, ni aun su madre ni hermanas: ¿con qué modo trataría á los que no lo fuesen? Fué opinión común que murió virgen. Cumplió exactísimamente la obligacion de cura; fuélo de verdad, y no de nombre; no se conoció en su parroquia mujer escandalosa; muchas sí religiosas, y de ejemplar virtud y penitentes; los hombres de modestas costumbres; velaba sobre su ganado, amonestaba, reprendía, cuidaba de cada uno como si fuera solo. No se limitó su celo al gobierno particular de sus ovejas: participó toda la ciudad de Jaén de su doctrina. Fué insigne predicador, y de encendido espíritu; reprendía los vicios y los viciosos con vehemencia (modo de predicar del santo Maestro Avila y sus discípulos); eran sus sermones continuos y fervorosos. Convirtió innumerables almas; oíanle como á Santo; decían muchas personas que cuando predicaba parecía que hablaba el Espíritu Santo en él, y que sus reprensiones las hacía

Dios á cada uno dentro del alma; remedió muchas ofensas de Dios públicas y secretas con notable prudencia y recato; tuvo particular gracia de componer enemistades; hizo perdonar agravios; curó odios y rencores sangrientos y envejecidos; puso freno á los juegos escandalosos; persiguió los usureros (tan dilatada es la jurisdicción del verdadero predicador).

Finalmente, no hubo pecado público á que no hiciese guerra. Diéronle estas obras y virtudes opinión y veneración de Santo, y más la estrecha amistad con el Venerable P. Diego Pérez (correrá la pluma más dilatada en sus cosas); fueron estos insignes varones muy parecidos condiscípulos en esta santa escuela. Andaban en una piadosa competencia confesando el uno al otro por más siervo de Dios, más humilde y justo; y el humilde Luis de Noguera suspiraba con lágrimas, diciendo que daba gracias al Padre Eterno que el santo Diego Pérez era más puro y más santo, y á quien no osaba nombrar, ni merecía por su compañero; mas que tenía confianza en Dios, que por las oraciones de aquel tan grande amigo suyo vendría sobre él su misericordia; y suspiraba rogando al Señor le dejase seguir sus pisadas, por ser tan parecidas á las de Jesucristo nuestro bien. Cuán gran alabanza sea del Venerable Luis de Noguera el andar apareado con el Doctor Diego Pérez, se verá cuando hablemos de su vida. Habiendo el santo Luis de Noguera pasado una carrera felicísima, cargado de años y merecimientos, dió á Dios su espíritu el año de mil quinientos noventa. Concurrió toda la ciudad á su entierro, aclamándole hasta los niños por Santo. Estima Jaén su venerable cuerpo, que hallaron incorrupto después de diez años, con tan fragante olor como fué el de sus virtudes.

Fué el honor de esta escuela, y gloria de su Maestro, el Padre Hernando de Vargas, varón verdaderamente digno por sus virtudes y vida de historia eterna. Nació en Granada : fueron sus padres Fernando de Vargas y María de Rojas, ciudadanos nobles: merecen memoria eterna los que escogió Dios para ser origen en la tierra de un tan insigne varón, á quien predestinó en su eternidad para tanta gloria suya. En diversos lugares gastó lo más florido de sus años en los estudios sagrados, en que salió suficientemente docto: la entereza y bondad de sus costumbres dieron realce á sus letras, como se deslustran y envilecen cuando los vicios ahuyentan la virtud que ellos persua-

den. Cuando el gran capitán de Cristo, el santo Maestro Ávila, hacía gente para debelar el reino de los vicios, el Maestro Hernando de Vargas, movido del clamor de su doctrina, dió su nombre á esta celestal milicia, á lo que puede entenderse, cuando predicó en Granada. Salió valentísimo soldado: cuán rara fué su virtud, cuán apostólica su vida, el modo con que anduvo predicando por orden de su Maestro, lo describe el venerable Juan Díaz en una carta que le escribió, que se hallará en su elogio á pocas planas.

Por ventura, para probar las fuerzas de su celo con la obstinación de los moriscos del reino de Granada, aceptó el curato de Berja, lugar populoso, distante un día de camino de aquella insigne ciudad. Fué en esta villa verdadero cura: apacentaba sus ovejas con palabras de vida; era continuo en la predicación, en las exhortaciones; fué el amparo de las viudas, padre de huérfanos; su casa refugio de todos los miserables, blasón glorioso del verdadero eclesiástico.

La víspera de Navidad del año de quinientos y sesenta y ocho, día destinado á la cruel rebelión de los moriscos, al salir de Vísperas, le avisó un morisco viejo, criado suyo, el levantamiento que estaba prevenido aquella noche: que si amaba la vida, sin volver á su casa disimuladamente se fuese retirando. Temió prudente, y sin quitarse la sobrepelliz, abriendo su breviario como que iba rezando, dejó la villa; pudo entrarse en el monte sin ser visto, donde dejando la sobrepelliz, pasó, subiendo en una encina, aquella funesta noche, viendo los sacrilegios, incendios de los templos, las lamentables voces y alaridos de los fieles y aquellas crueldades inauditas, más terribles en el lugar de donde había salido. Así guardó Dios la vida de este varón santo, que tan agradable le era. Tres días pasó escondido en este monte, sustentado del fruto de las encinas y agua de los arroyuelos. Aportó á Granada, donde en mano de su Prelado renunció su beneficio y cuanto poseía de la Iglesia: consagró á Dios su vida, que de nuevo había recibido: encomendó á un amigo vendiese todo su patrimonio y lo repartiese á pobres: vino al reino de Toledo con ánimo de emplearse en la predicación del Evangelio. No halla, con todo, detenimiento en Castilla: partió á predicar á Aragón en compañía del Obispo de Sidonia, su nombre el Doctor Merchante, varón de celo apostólico, que movido del espíritu de Dios, con el mismo pensa-

miento le acompañó en esta jornada. Vendió el P. Hernando de Vargas los libros que había juntado, dió su precio á los pobres, reservó dos solamente, la Biblia y *Contempus mundi,* que bien entendido el primero y bien obrado el segundo, fueron bastante librería á su abrasado espíritu. Por doce años continuos anduvo predicando á lo apostólico por diversos lugares de aquel reino: su ardiente celo le dió esfuerzo para intentar la conquista de la dureza y rebeldía de los moriscos; dificultosa provincia, pero de gran mérito: discurrió por todas sus poblaciones con increíbles trabajos y fatigas, y vida verdaderamente apostólica. En todos estos años, afirman los que escriben los anales de aquel reino que no tocó dinero: tal enemistad profesó con aquel gran señor que á tantos avasalla.

El fruto de los fieles fué colmado, ninguno el de los apóstatas: caía en piedras la semilla evangélica, mas perseveraba la porfía de este varón constante infatigable. Un día, entre otros, en la villa de Richa, otros dicen Torrellas, población de estos rebeldes, exhortándoles á la enmienda de sus vidas, les dijo estas palabras: "Pues no queréis dar en la cuenta, y arrancar de vuestros endurecidos corazones esta infernal y maldita secta de Mahoma, os hago saber que este día ha nacido un Príncipe en Castilla, que os ha de expeler de España y castigar vuestra rebeldía y dureza." Ocho horas antes, el mismo dichoso día catorce de Abril de mil quinientos setenta y ocho, había nacido en Madrid nuestro gran Monarca el amado y santo Felipe III: profecía que hemos visto cumplida en nuestros días. Hace mención de este suceso tan notable el Sr. D. Diego de Guzmán, capellán mayor y limosnero del Rey, después Cardenal y Arzobispo de Sevilla, en la vida de la esclarecida Reina Doña Margarita, en el capítulo veinte de la segunda parte; el Doctor Vincencio de la Naza, en los *Anales de Aragón,* libro quinto del último tomo, capítulo undécimo; Fr. Marcos de Guadalajara en la quinta parte de la *Pontifical,* libro quinto; el Epítome de las historias Portuguesas en Felipe III, y más largamente en la crónica de este Rey el Maestro Gil González de Ávila, ilustre cronista de estos reinos, haciendo un honorífico elogio á nuestro Hernando de Vargas. Tal fué el profeta que comenzó á dar noticia de los hechos de este glorioso Príncipe.

De Aragón volvió á Castilla; aportó al obispado de Cuen-

ca; hizo asiento en la villa de Utiel, mil veces felicísima; gozó algunos años de la predicación y ejemplo de este varón santo, hasta que descansó en el Señor. No alcanza la facultad del decir lo que con sus sermones, administración de Sacramentos y consejos saludables aprovechó á las almas. Fué abstinentísimo en el comer y beber; su recámara un solo vestido, abundante con la pobreza evangélica; apenas tomando lo necesario á la vida, daba cuanto alcanzaba á los pobres. Dijo un día en el púlpito, en la iglesia parroquial, que estando previniendo el sermón de la Concepción de la Santísima Virgen, vió con sus ojos al enemigo del linaje humano; no podía sufrir los argumentos, y creyó divertirle con su vista. Predicando el día del Apóstol San Mateo, dijo al pueblo: "Ya os tendrán cansados mis sermones: dentro de pocos días no me veréis.„ ¡Cosa maravillosa! Á pocas horas le dió una calentura, y á lo que puede entenderse, sabedor de que llegaba el fin de su peregrinación, se fué disponiendo á la última jornada. Decía muchas veces con cristiana confianza, ya cercano á la muerte: "Dadme, Señor, lo que prometisteis„, aludiendo á las palabras de Cristo nuestro bien, en que promete el premio á los pobres evangélicos. "De verdad os digo á vosotros que dejasteis todas las cosas, y me habéis seguido, recibiréis ciento por uno y poseeréis la vida eterna.„ Habiendo recibido devotamente los santos Sacramentos, consiguió el cumplimiento de la palabra de la verdad inefable, entrando á gozar de Dios eternamente, día del gran Doctor de la Iglesia San Jerónimo, treinta de Septiembre, año de mil quinientos y noventa y tres, á los ochenta años ó cerca de su edad. Enterróse el venerable cuerpo en el Seminario de San Salvador, que erigió en Utiel el Dr. Gonzalo Muñoz, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Cuenca, á quien debe esta villa la asistencia del P. Hernando de Vargas y poseer sus reliquias.

Años después vinieron unos caballeros aragoneses, movidos de la gran santidad del varón apostólico, á visitar su sepulcro; partidos, hubo fama habían hurtado parte ó todo el cuerpo. Dió ocasión á visitarse con licencia del Prelado: halláronse quebradas las tablas del ataúd: descubrieron el cuerpo falto del brazo derecho y mano izquierda; mas incorrupto y entero, despidiendo un olor suavísimo, habiendo pasado siete años de su dichoso tránsito. Al moverle, como si acabara de expirar enton-

ces, corrió no poca sangre de las partes á que se atrevió el cuchillo, y bañó las manos de un sacerdote que le movía, viéndolo y admirándolo muchos sacerdotes y otras personas del pueblo.

Fué tanto mayor la maravilla, porque el santo cuerpo estaba cubierto de tierra por la descompostura de las tablas. Son innumerables los milagros que por la intercesión de este varón santo obra Nuestro Señor; grande el concurso de la gente de toda aquella comarca á su capilla, donde dicen Misas, dando gracias por beneficios recibidos, ó pidiéndolos por su intercesión y méritos. Adorna este epitafio su sepulcro:

EPITAPHIUM IN MAGISTRI FERDINANDI VARGAE, PATRIA GRANATENSIS MONIMENTUM.

Canditus hoc tumulo Vargas est, ille beatus
Qui rectum docuit ducere semper iter.
Hic jacet, inquam (me dubites) venerabile corpus,
Ac tamen in superis spiritus ejus adest.
Is mundi laqueos fugit mundana reliquit.
Ut sese melius tradideret ipse Deo.
O felix, et pulchra domus, quod digna fuisti
Quae caperes tanto corpus honore viri!
Vos qui reliquitis omnia, et secuti estis me, sedebitis super sedes duodecim judicantes duodecim tribus Israel. (Matth., XIX.)

Dejó escrita una elegante relación latina de la vida de este varón apostólico el Maestro Juan de Pradas, sacerdote ejemplar, su confesor y compañero, que con otros papeles han dado materia á este discurso, sacado del archivo de Utiel, donde, con autoridad del Ordinario, se hacen informaciones de los milagros y vida: trátase de mejorarle de sepulcro, colocando decentemente el venerable cuerpo, premio debido á tan heroica santidad.

El Padre Maestro Juan Diaz, deudo y discípulo del Venerable Maestro Ávila, gozó de su lado muchos días: sacó de aquel grande original la copia de sus virtudes con que adornó su alma, que tanto resplandecieron en esta corte, que las estimó y veneró como fué justo. Tuvo mucha parte en la fundación del hospital de la parroquia de San Martín. Recogió las epístolas y sermones y otras obras del Venerable Maestro Ávila: diólas á la imprenta, con que enriqueció el mundo y pobló el

cielo; ejercitóse en los ministerios apostólicos que se aprendían en esta santa escuela.

Los que eran pone en una carta que escribió al P. Hernando de Vargas, su compañero y condiscípulo; hace memoria de los sucesos antiguos, como suelen los amigos que ha días que no se han visto; servirá de su elogio, y de que se entienda cuál fué el espíritu de estos varones apostólicos, cómo iban á las misiones, y su modo y profesión de vida; dice así el Padre Juan Díaz:

„[1] *Pax Christi*. Entendiendo que Nuestro Señor me hiciera merced, aunque yo no lo merezco, de haber visto y oído á vuestra merced, con la cual me consolara más que con escribirlo, no he hecho esto más veces; y bien sabe Nuestro Señor el consuelo que mi alma tuviera en ver á vuestra merced antes que me muriera; y así lo espero, que aunque soy tan vil y pobre en su presencia, me ha de hacer esta merced.

„Dos cosas quiero decir á vuestra merced, que serán de su gusto. La primera es que tengo un poquito de salud para poder decir Misa cada día, donde consiste todo mi consuelo, paz y riqueza. La segunda, que no nos huelen las manos á dinero, porque con tener un pedazo de pan para comer aquel día, todo nos sobra; y consumido lo poco que teníamos en la tierra, tenemos por hermana la santa pobreza, teniendo por gran dicha no tener que ver con el mundo ni con la honra; y de que algún rato pensamos en aqueste tesoro que se nos ha descubierto, alabamos á Dios, y estamos contentos, teniendo el corazón en la tierra de nuestro descanso, y acordándonos muchas veces de la buena memoria de vuestra merced y santa compañía, la cual tomáramos ahora para acabar esto poco que resta, con que no fuera en Almodóvar del Campo; mas antes me holgara que fuera cerca de la mar, donde comiéramos algunas hierbas crudas ó cocidas, ó cáscaras de melones guisadas, como sabe vuestra merced solíamos en los tiempos pasados. ¡Oh pecador

1 Esta carta queda ya copiada é impresa en el prólogo al primer volumen de esta presente edición; pero es tan buena, tan persuasiva y predicadora elocuentísima de lo que fueron y como vivieron los santos discípulos de nuestro Beato, y cual debemos ser y vivir los sacerdotes ministros del señor, que con gusto la dejamos más completa y de nuevo estampada aquí en este lugar. ¿Quién teme y no se alegra de tropezar muchas veces en el camino difícil de la vida, con la luz que se lo señala y alumbra para que no se extravíe, sino que lo ande recto y seguro hasta llegar al cabo y término deseado y penetrar en la patria perdurable? Pues muy clara luz y luminaria del cielo es á todos, grandes y pequeños, este inimitable documento. Y cuanto más se lee, más encanta y confunde al mismo tiempo.

de mí, y que vergüenza tengo de Dios y de sus ángeles cuando me acuerdo de los años y días que gastamos con tanta hambre y sed y trabajos que sufríamos por predicar la palabra de Dios á los hombres, sin oro ni plata, y sin regalo! Nuestra comida eran hierbas campesinas, que las cocíamos nosotros después de haber predicado y dicho la doctrina en la plaza y calles, y bebíamos agua del pozo de nuestra casa; y aun de esto sabe vuestra merced hacíamos escrúpulo, que nos parecía mucho regalo; á Dios sea la gloria por todas sus obras, que castigada nuestra carne, nos era muy dulce lo que ahora nos parece, con la carga de la vejez, amargo; por eso dijo muy bien el santo desprecio del mundo: muchas cosas podríamos hacer ahora que somos mozos y estamos sanos por amor de Cristo, que cuando seamos viejos ó estemos enfermos no las podremos hacer. Grande locura es dejar lo que podríamos hacer hoy por amor de Cristo para mañana, que ni sabemos si habrá mañana, ó si la hubiere, si la veremos nosotros; y si viéremos ese día, no nos faltará algún trabajo ó dolor ó enfermedad que sufrir por amor de Nuestro Señor Jesús, que tanto sufrió por nosotros: Él dé á vuestra merced su gracia para trabajar en su viña con perseverancia hasta la hora postrera. Amén. *Tu autem confortare in Domino, et esto robustus, et praeliare praelia Domini, opus enim ipsius operaris, pax tecum. Amén.* De Madrid y de Junio 15 de 1583.„ Este fué el P. Juan Diaz: á este modo los demás discípulos.

CAPÍTULO V

De otros discípulos del Venerable Maestro Ávila, de singular santidad.

DEL PADRE ESTEBAN DE CENTENARES

Discurrido hemos largo tiempo por ciudades y villas, visto varios sucesos, conversiones y virtudes grandes. Bien es descansar un rato, retirándonos al yermo, donde en el silencio y soledad se aquiete el ánimo y tome, para lo que resta de esta historia, algún aliento, considerando las vidas y virtudes de tres grandes solitarios discípulos del Venerable Maestro Ávila, que han de dar materia á tres capítulos. Nuevo estilo pedía este sujeto, más esforzado aliento que no el mío; débeseles historia entera; mas un sumario dará noticia breve de sus casas, mien-

tras que un libro, que está próximo á salir, la dé cumplida.

Es primero el P. Esteban de Centenares, varón ejemplarísimo, muy conocido por su gran santidad en la Andalucía: fué de los más queridos discípulos del Venerable Maestro Ávila. Nació por el año de quinientos en Ciudad Rodrigo, del linaje de los Centenares y Pachecos, de la primera nobleza de esta ilustre ciudad: fué paje del Rey D. Fernando el Católico: después con mejor acuerdo se dedicó á la Iglesia; y siendo Canónigo de la Iglesia de su patria, se dió á las letras sagradas, que consiguió felizmente en la madre de las ciencias, Salamanca: lo bizarro del ingenio le inclinó á la Astrología, en que salió eminente. Movido con particular luz del cielo, determinó emplear los grandes talentos de su sabiduría é ingenio que Nuestro Señor le había dado en su servicio y beneficio de las almas: dejó su prebenda á un sobrino: acordó pasar á predicar á las Indias: caminando á ejecutar su intento halló en Sevilla al Venerable Maestro Ávila, á quien comunicó y pidió consejo: díjole el Venerable Maestro que en España hallaría donde ejercitar su celo, que se aquietase: dejó su jornada, y alistóse en la escuela del Venerable Maestro Ávila. El tiempo que estuvo en su compañía gozando de su doctrina, no se sabe; mas de que en el discurso largo de su vida pendió de su dirección, gobernándose en todo por su consejo: su modo de vivir fué raro, y los empleos tan extraordinarios, que por ventura hay pocos ejemplos en la Iglesia semejantes.

Hecho ya sacerdote, ilustre por la sangre, consumado teólogo, cuando por sus grandes prendas podía aspirar á honrosos puestos, se fué á las almadrabas, donde se pescan los atunes, á predicar y enseñar la doctrina á aquella plebezuela de todo punto bárbara, que en multitud grande se ocupa en aquella pesca: hacíales pláticas, enseñaba la doctrina, instruíales en los principios de la fe católica, haciéndose cura de tanta gente perdida, que no hay quien cuide de sus almas, ni ellos saben si las tienen. Hizo una casa de juncos, fábrica de la pobreza, donde decía Misa, empleo de un hombre abrasado en el amor divino. Vieron él y un mozo que le acudía una víbora cerca de la estancia: procuró matarla, escondióseles en un pajar que allí estaba: pegáronle fuego, saltó á una choza en que tenía sus libros, perecieron los de astrología, quedaron libres los teólogos, con que entendió ser voluntad de Dios que dejase aquella

ciencia, como lo hizo. Saltaron turcos en tierra, cautivaron mucha de aquella gente, no encontraron con el P. Centenares con estar á la marina. Retiróse, por más seguridad, la tierra adentro, y aposentado en una cueva, salía á predicar y hacer pláticas espirituales por los pueblos del condado de Niebla, con un celo y espíritu apostólico. De las almadrabas se vino á las montañas de Don Martín á hacer vida solitaria: edificó una celdilla en un sitio asperísimo, que hoy día permanece, con un hornillo en que cocía su pan: permaneció aquí dos años, donde padeció grandes trabajos, hambres y necesidades: procuró echarle de aquí el demonio, fingiendo grandes temblores de tierra y aullidos por espantarle.

Tuvo noticia el santo Centenares que en Fuenteovejuna y gran parte de Sierra Morena y otros despoblados del obispado de Córdoba habitaban cabreros, colmeneros, cazadores, pastores y otra gente poco menos que bárbara: abríganse en chozas y cabañas, y otros que entienden en cultivar la tierra, en los cortijos en casas mal formadas: padecían notable falta de doctrina y Sacramentos, y muchas veces peligraba el del Bautismo: habiendo reconocido el estado de esta gente, entendió que estas necesidades eran las Indias que su Maestro le dijo, y á que le llamaba Dios. Determinó hacer aquí su asiento, teniendo el cultivar estas almas por la empresa de su vocación: discurrió por estos montes, y halló algunos muchachos y niñas de nueve y más años sin bautizar, y uno de veinticinco con la rusticidad, ignorancia y poca doctrina que pudiera en el Japón: acudió al Obispo de Córdoba, lamentóse que sus Visitadores quitaban la lana y no curaban la roña, que aquello pedía gran remedio.

Ayudado del Obispo y la Marquesa de Priego, gobernado todo el caso por el santo Maestro Ávila, con quien comunicaba los menores pensamientos, edificó siete iglesias y otras ermitas distribuídas á competentes distancias, con el Santísimo Sacramento y pilas de bautismo: en éstas puso el Venerable Maestro Ávila algunos de sus discípulos, hombres de grande espíritu. Decían Misa, acudían las fiestas mucha gente de los montes, confesaban, comulgaban, oían la doctrina con notable fruto de la sierra: ganaron muchas almas con los Sacramentos: bautizaban los hijos de aquella gente rústica, todo tan sin interés, de que lo que les daban de limosna repar-

tían á los pobres. Sucedió muchas veces decir en tal parte está un cabrero de peligro, y el santo sacerdote con sobrepelliz y estola tomaba el Santísimo Sacramento en una mano y linterna en otra, muy de ordinario en el mayor rigor de los calores, cantando Salmos, y llegando á la cabaña confesaba y comulgaba al enfermo, daba la Extremaunción, y sucedió tal vez morir el enfermo al punto. Esta obra tan heroica se debió la mayor parte al Venerable Maestro Ávila, digna de imitarse en muchas partes de España, que tanto necesitan de ella.

Este género de vida tan raro y de tan gran merecimiento abrazó el P. Esteban Centenares, y perseveró en él cuarenta años, juntando con eminencia los dos grados más excelentes de la Iglesia, la vida solitaria y ministerios apostólicos. Vivió como anacoreta recogido en una iglesia en aquella soledad: gastaba la mayor parte del tiempo en oración y contemplación altísima : jamás estaba ocioso, ya en los libros, ya en ejercicios de penitencia y trabajo de manos. Tenía junto á su estancia un huerto que cultivaba, y regado con el sudor de su rostro, le daba con sus verduras parca y penitente mesa. Alcanzó aquel candor de ánimo, aquella pureza de los antiguos Padres del desierto : viéronle muchas veces jugar con las anguilas de los ríos, y los peces venírsele á las manos, y halagados los volvía al agua: ninguno se halló burlado, jamás los tomó para el sustento. A un conejillo que le comía su huerto le castigó con unas varas; y riñéndole, le dejó ir libre, mandándole no volviese: obedecióle, sin que animal de aquella especie ú otra atravesase sus lindes.

Predicaba, enseñaba á la gente de aquella serranía : bautizaba los niños, instruíalos en la doctrina cristiana : hacíales pláticas después del ofertorio con tan gran fervor y espíritu, que le vieron muchas veces levantado del suelo media vara Las fiestas decía dos Misas, caminando leguas, con una sed de almas insaciable: administraba todos los Sacramentos á todas horas con notables riesgos; mas el amor de Dios y el bien de sus hermanos le hacían animoso. Yendo un día á decir Misa á otro cortijo, le salió al camino un mastín grande, que le acosó pesadamente: tomó por remedio el asentarse (leyó, que lo era en un libro): hizo lo mismo el perro: púsose á rezar en su breviario, y el mastín estuvo quieto: pensando eran ya amigos, prosiguió su camino, y le tornó á acometer con mayor brío,

hasta que vino gente y le libró del peligro. Lo mismo le sucedió un día de verano, que vinieron á llamarle para que fuese á dar los Sacramentos á un enfermo que estaba muy al cabo: sin reparar en la vehemencia del sol de mediodía, tomó el Santísimo Sacramento y Óleo santo, partió á buscar el doliente: salióle al camino un mastín ferocísimo que andaba con un hato de ovejas; acometióle con tal ímpetu, que por librar la cabeza puso el brazo: tiraba de él con gran furia y coraje por buen espacio: acudieron los pastores, que estaban lejos, divirtieron al mastín, hallaron el brazo sin lesión alguna: adoraron al Señor que llevaba el sacerdote, á él le tuvieron por Santo, y el caso por milagroso.

Sucedió que una noche muy obscura llamaron á deshora á la puerta de la ermita, y recelando no fuesen ladrones, rehusaba el abrirles; mas vencido de la porfía de los que llamaban, salió á ellos: halló dos mancebos hermosísimos de rostro y talle maravilloso, con dos antorchas resplandecientes en las manos: dijéronle tomase el Santísimo Sacramento y se viniese con ellos: fueron acompañando al Señor de cielo y tierra con las luces por aquella soledad y asperezas de aquel monte como si fuera por un campo llano: llevárónle á la choza de un enfermo: confesóle, dióle el Viático, y acabó la vida dichosamente. Los dos mancebos le volvieron á la ermita con la luz y guía que le habían llevado; y después de haber puesto el Santísimo Sacramento en su lugar, saliendo á dar las gracias á los dos mancebos, no los halló, ni rastro de las luces.

Estando el P. Centenares para escribir este caso al Venerable Maestro Ávila, recibió carta suya, en que le dijo: "Hermano Centenares, no tiene que dudar, que los mancebos que tal noche le acompañaron eran ángeles de los que asistían al Santísimo Sacramento." Tuvo el santo varón revelación divina de este suceso; así escribe que pasó el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, en el libro del *Angel de la Guarda*, en el cap. IX del lib. III; y en el cap. V del mismo libro refiere, que viniendo otra noche el P. Centenares con su compañero, dicen lo era entonces el P. Alonso de Molina, de ejercitar sus ministerios, bien necesitados ambos de algún refresco y descanso, hallaron puesta la mesa en su celda con pan blanco, una perdiz bien aderezada y vino generoso, donde en la ocasión no tenía ni aun dejado prevenida cosa alguna; quedó la puerta

cerrada, y llevándose la llave, reconocieron ser beneficio del cielo; comieron con hacimiento de gracias; con estas demostraciones aprobó Dios los empleos de este sacerdote, tan pocas veces vistas en el mundo.

Ocupado en esta vida tan santa y provechosa al prójimo, sucedió vacar el obispado de Ciudad Rodrigo; sus ciudadanos, que tenían gran noticia de la virtud y empleos del P. Centenares, pidieron al Rey Prudente se les diese por Obispo; vino fácilmente en ello; recibiendo la cédula el santo anacoreta, agradeció la merced, y excusóse con que estaba criado en soledad y entre breñas, y que no apetecía dignidad ninguna; repudióla fácilmente el que había gustado de Dios en la soledad y quietud de aquel desierto; pena juzgó intolerable volver á vivir entre hombres y en el ruido y bullicio de los pueblos. No dejaba su puesto sino por ir á ver al Venerable Maestro Ávila, que vivía por este tiempo en Montilla: las cartas eran más frecuentes.

Superfluo parecerá discurrir por las virtudes de este varón admirable, que á no ser excelentes, mal pudiera perseverar cuarenta años en tan singular modo de vida; su pobreza la forzosa en un desierto; su traje una loba y papirote de paño pardo grosero; su regalo el que le daba el huerto y las limosnas, rara su abstinencia; finalmente, tuvo todas las virtudes que componen un perfecto anacoreta y un predicador apostólico.

Coronó Nuestro Señor esta vida tan agradable á sus divinos ojos con un remate felicísimo. Habiendo muerto en San Basilio del Tardón su Abad el P. Mateo de la Fuente, sujeto del elogio que se sigue, los monjes desconsolados pidieron al Arzobispo de Sevilla D. Cristóbal de Rojas, que lo había sido de Córdoba, y amaba y estimaba grandemente al santo Centenares, que le mandase fuese á consolarlos. Habitaba en el cortijo de la Posadilla, seis leguas del convento; envióle carta el Arzobispo, que obedeció el Padre; enviaron un monje que le llevase con secreto. Apenas hubo llegado al monasterio, puso en ejecución unos grandes deseos de morir en religión; pidió el hábito; diéronsele gustosamente, pues honraban con tal hombre su casa; vistió la cogulla negra con barba y cabeza más alba que la nieve; comenzó á ser novicio el gran Maestro de virtudes de setenta y siete años con la candidez y sinceridad de un niño; dióle Nuestro Señor grandes sentimientos de esta misericordia, y así decía con tierno sentimiento: "Gran cosa es acabar el hombre en re-

ligión.„ Admitióle aquella comunidad santa el mes de Noviembre del año de mil quinientos setenta y siete: dióle cuidado antes de profesar si habían de hacerle Prelado: díjole, por consolarle, un monje con quien lo comunicó: "Mire, P. Centenares, lo que puede hacer es decir en la profesión que no vino á ser Prelado, sino á obedecer.„ El le dijo: "No digas más, no digas más; dísteme la vida, dísteme la vida„; en que se echa de ver la simplicidad y candor del cielo que había en su alma, como si bastara decir aquellas palabras para que no le hiciesen Prelado. Andaba rogando á todos pidiesen á Dios no le llevase hasta hacer profesión: hízola el último de Noviembre del año de quinientos setenta y ocho, y á los dieciocho de Mayo del año siguiente de setenta y nueve le llamó Nuestro Señor para darle el premio de sus trabajos, á los setenta y nueve años de su edad, sin tener calentura ni otra enfermedad : murió naturalmente, habiendo dicho tres días antes Misa, y recibido los santos Sacramentos con la paz y tranquilidad que había vivido: los monjes le coronaron de flores; el Señor de los monjes con la corona inmortal: dejó opinión de santo; por tal le tiene toda la serranía de Fuenteovejuna, que cuentan casos maravillosos obrados por este santo varón, y raros ejemplos de virtudes.

CAPÍTULO VI

Resumen de la vida del Padre Mateo de la Fuente, discípulo del Venerable Maestro Ávila.

Síguese un raro ejemplo de santidad de nuestros tiempos, que renovó los siglos de oro antiguos, que vieron poblados los desiertos de hombres de santidad incomparable, que en la miserable condición humana fueron émulos de la naturaleza de los ángeles en la pureza de vida, continuo trato con Dios en los cantares dulces de las alabanzas: este fué el Venerable P. Mateo de la Fuente, que en la profesión de vida fué imitador de los Antonios y Paulos: varón verdaderamente grande, que guiado por el magisterio del Venerable Maestro Ávila, llegó al grado de santidad heroica, y mostró cuán universal fué la sabiduría del Venerable Maestro en todos los propósitos de vida, en todas las sendas de perfección que hay en la Iglesia, cuán dies-

tro cooperador del espíritu divino en el camino por donde lleva á las almas.

Nació este santo varón por el año del mil quinientos veinticuatro, en un lugarejo cerca de Tomejón, arzobispado de Toledo, su nombre Alminuete; el de sus padres Pedro Diego y María de la Fuente, humildes como el lugar, cristianos viejos; y lo que importa más, buenos cristianos; criáronle como tales. Mozo ya de buenas inclinaciones y costumbres, fué á estudiar á Salamanca; supo bien Gramática, Lógica y Filosofía, que con virtud se aprende fácilmente, á que le amaneció una luz grande, que muestra el camino de la virtud y mueve eficazmente á seguirle. Vivía en soledad, cerca de Salamanca, un ermitaño ejemplar que se sustentaba del trabajo de sus manos; baste ésta por seña de su gran virtud. Trabó Mateo amistad con este siervo de Dios; estuvo algún tiempo en su compañía; practicaba los ejercicios mismos que veía en el ermitaño; inclinóse poderosamente á la vida solitaria, á que le llamaba Nuestro Señor con una vocación muy descubierta. Por no satisfacerle este buen hombre á algunas dudas que le proponía, volvió á Salamanca, donde las comunicó con el P. Fray Domingo de Soto, de la Orden de Santo Domingo, catedrático de Prima jubilado, oráculo de su edad, admiración de las que le sucedieron.

Trató á nuestro estudiante; descubrió el fondo de su virtud, y de las muestras que daba coligió lo mucho que había de ser en lo adelante; amóle tiernamente; pagóse de su bondad; aprobó sus deseos; animóle á seguirlos; gustara el P. Maestro tenerle en su compañía en un retiro que premeditaba, que en varones tan grandes puédense desear, ejecutar dificilmente cuando tira por ellos el bien común y beneficio de las almas. Del trato de estos dos varones, el uno santo y el otro santo y docto, sacó por conclusión cierta Mateo que la verdadera sabiduría consiste en buscar á Dios con veras, dejar todas las cosas de la vida, facultad que se enseña, siendo Dios el Maestro, en los desiertos con el trabajo de manos, oración, mortificación y penitencia; y así resolvió seguir este camino arduo y dificultoso. Leyó mucho en las vidas de los santos solitarios; meditaba sus virtudes; determinó practicarlas. Tuvo noticia que en las sierras de Baeza hacían vida en soledad unos ermitaños; partió en su busca desde Salamanca con sólo una Biblia pequeña y la Vida de los Padres; pidióles le recibiesen en su compañía; no duró mucho en

ella; desagradóle el no trabajar de manos; pedían limosna, con que la oración ni el recogimiento no era tanto como él deseaba. Entróse por aquellas montañas deseoso de aprender algún oficio con que sustentarse.

Deparóle Dios un hombre que andaba cortando mimbres para labrar cestas; contentóle el oficio; aprendióle con brevedad, con que se prometió poder imitar aquellos antiguos anacoretas que se sustentaban con la industria de sus manos; detúvose en aquellas soledades, con distancia moderada de poblado para oir Misa las fiestas; su ejercicio, orar, leer en su Biblia, meditar las vidas de los Padres, hacer sus cestas: con su precio compraba un poco de pan y unas cebollas: la cama, el suelo duro donde le cogía la noche, ó en una cueva, ó arrimado á alguna mata del monte. En una vida tan penitente y santa andaba lleno de recelos, si iba errado, si le movía el espíritu de Dios ó el propio gusto, que en todo puede buscarse el hombre, y si se busca perderse. (¡Oh miserable condición humana!) Llegó á su noticia en este tiempo el gran nombre del Venerable Maestro Ávila, su destreza en discernir espíritus, su magisterio en gobernar las almas; fuéle á buscar á Montilla; echóse á sus pies, pidió le oyese de confesión generalmente; dióle cuenta de su alma hasta el menor movimiento. Conoció el gran ministro de Dios las grandes prendas que el cielo atesoraba en este mozo y los grandes bienes para que le escogía; aprobó su vocación; recibióle por hijo con una afición y amor ternísimo.

El ermitaño Mateo veneró al varón de Dios, y en sus palabras la asistencia del espíritu divino en su pecho santo y docto; tomóle por maestro y padre espiritual con tan grande afición y rendimiento, que lo que duró la vida del santo maestro Ávila no dió paso ni hizo cosa alguna sin su orden y consejo. Dióle á conocer el Venerable Maestro Ávila á los Marqueses de Priego y otras personas devotas que le ayudaron y estimaron todo el discurso de su vida. Muy consolado se despidió Mateo del Venerable Maestro Ávila; volvió á su soledad; fuése á la Albaida de Córdoba, donde en una cueva pasaba como un ángel habitando en el cielo con la mejor parte del hombre; oía Misa en el convento del Arrizafa; venía á la ciudad á vender sus cestillas y otras cosas que labraba; sustentábase con lo que sacaba de ello, sin pedir jamás limosna. No pudo estar encubierta mucho tiem-

po esta virtud; ganóle tanto aplauso y estimación en Córdoba, que le obligó á desamparar el puesto.

Pasó á las montañas de Don Martín; están en Sierra Morena, en término de Hornachuelos, sitio de notable aspereza; pasa por lo profundo de un valle Bembéjar, río de nombre, teniendo á un lado y á otro tan gran altura de riscos, que se descuellan media legua en alto de camino; la aspereza de peñascos, la maleza de los montes impiden el paso humano; danle apenas á las fieras. En esta profundidad, á poca distancia del río, halló una celdilla que había habitado dos años el P. Esteban de Centenares, que hoy aún dura; comenzó en esta horrible soledad á hacer vida tan penitente y áspera, cual la describe el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo de su amigo Bonoso; tal la de nuestro Mateo; goce de aquella elocuencia, pues no puede la mía engrandecer sus virtudes. Habla el Santo con Rufino; dice así:

"Tu Bonoso, digo, mío, y para decir la verdad, de ambos, sube ya la mística escala en el sueño de Jacob prevista. Ya lleva su cruz, ya no cuida lo que será de él mañana, ni vuelve á mirar atrás. Siembra en lágrimas para coger en gozo, y con el Sacramento de Moisés suspende la serpiente en el desierto. Cedan á esta verdad cuantos portentos con mentira han fingido plumas griegas y romanas. Veis aquí ün mancebo enseñado en nuestra compañía en las honestas artes del siglo, que gozaba riquezas en abundancia y estimación grande entre sus iguales, despreciada su madre y sus hermanas y un hermano amantísimo; como un nuevo cultivador del paraíso habita en una isla náufrago en el mar, batida por todas partes con los horribles bramidos de las olas, donde los riscos ásperos, los peñascos pelados, la soledad espantosa ponen terror. No alcanza allí gente que cultive el campo, ni monje alguno, ni el pequeño Ormesimo, que tú conoces, á quien trataba con amistad de hermano, en tan dilatada soledad le es compañero. Solitario, mas no solo; porque acompañado de Cristo, ve allí la gloria de Dios; la cual aun los Apóstoles, si no es en el desierto, aún no habían visto.

„No alcanza á ver las ciudades torreadas, mas hase avecindado en la nueva ciudad. Están sus miembros deshechos con el horrible saco, mas así será mejor arrebatado á las nubes, saliendo Cristo al encuentro. No goza de la amenidad de las artificiosas fuentes, mas bebe del costado del Señor agua de

vida. Propóngase el suceso ante los ojos, ¡oh amigo dulcísimo!; entrégate atento con todo el ánimo, con todo el entendimiento á la representación de lo que pasa, y podrás entonces celebrar la victoria cuando hubieres conocido el trabajo del que así pelea. En contorno á toda la isla brama furioso el mar, é hiriendo en los peñascos cóncavos de los montes, resurte con mayor estruendo. No reverdece aquí el sitio con hierba ó flores, ni el campo en la primavera se teje de espesuras que hagan sombras: las quebradas peñas forman con su horror como una cerrada cárcel. El, empero, seguro, intrépido, y todo armado con la doctrina del Apóstol, ya oye á Dios mientras lee las divinas Escrituras, ya habla con Dios mientras ora, y, por ventura, á semejanza de Juan, algo ve mientras mora en aquella isla. ¿Qué lazos piensas no le arma el demonio? ¿Qué asechanzas imaginas no le pone? Quizá no olvidado de la antigua astucia, procura persuadirle le ha de acabar la lumbre; mas ya se le respondió: "No con sólo pan vive el hombre."

"Proponíale por ventura riquezas y gloria humana; dirásele: "Los que desean ser ricos caen en el lazo y tentación del diablo, "y también para mí toda mi gloria está en Cristo. "Combatía los miembros quebrantados con ayunos, con enfermedades largas; mas rebatirásele con el dicho del Apóstol: "Cuando estoy más "enfermo, entonces soy más fuerte, y la virtud en la enfermedad "se perfecciona." Amenazarále con la muerte; mas oirá: "Deseo "verme desatado de este cuerpo, y estar con Cristo." Vibrará dardos ardientes; mas repararánse con el escudo de la fe; y para no acumular más cosas, combatirále Satanás, defenderále Cristo." Hasta aquí el Doctor Máximo á nuestro intento. Tal fué la vida y peleas del Hermano Mateo de la Fuente. Su vestido un saco de jerga, que le curtía las carnes, de color de ceniza: un escapulario y capilla pardo, también de jerga: para algún abrigo aforró la capilla de pellejo crudo de becerro: descalzo de pie y pierna. Estaba todo el día en la presencia de Dios en oración y contemplación continua, de la que hace sabrosa tan áspera soledad. Iba á Misa las fiestas; confesaba y comulgaba: costábale seis leguas de camino ida y vuelta y en ayunas, en que padeció grandes aprietos y aflicciones: trabajaba de manos; y teniendo acabada mucha labor, la llevaba á vender un hombre de Hornachuelos: traíale un poco de harina de cebada ó trigo, sal y vinagre, cebollas, raras veces aceite; era el mayor regalo.

Fueron grandes y continuas las batallas con los demonios: consultaba cuanto le pasaba con el Venerable Maestro Ávila, y de todos los combates del enemigo alcanzaba victorias gloriosísimas: despertábale el demonio á la media noche puntualmente para que se levantase á maitines, llamándole por su nombre, Mateo, Mateo, á fin de ensoberbecerle: estaba quedo y dormía; que no se ha de hacer el bien si le aconseja el demonio. Hurtóle el breviario en que rezaba las Horas: registró la Biblia: valíase de ella hasta que tuvo otro. En esta vida tan ardua, tan superior á las fuerzas del hombre, en estos trances tan fuertes le ayudaba el Arcángel San Miguel, de quien fué devotísimo. Muchos ermitaños desearon dársele por discípulos: no quiso admitir alguno, teniéndose por insuficiente de gobernar á otros. Yendo por este tiempo á comunicar su espíritu con el Venerable Maestro Ávila, único refugio suyo, le pidió llevase consigo al Hermano Diego Vidal, hombre de mucho espíritu, que tenía en casa: obedecióle: habitaron algún tiempo junto al río: una creciente hizo inhabitable la estancia: retiráronse cerca de una ermita de Nuestra Señora de la Sierra: hallaron unas cuevas, en que hicieron su habitación: aquí le persuadió el ermitaño Diego Vidal, como diremos en su elogio, que recibiese ermitaños; y consultándolo con el Venerable Maestro Ávila, le ordenó los admitiese.

Por ser este sitio para este intento corto, subieron á la cumbre de Sierra Morena, donde al pie de un cerro altísimo, que por abundar de cardos le llamaron el Cardón, hoy el Tardón, mudándole una letra, halló una extendida llanura, mas vestido de un asperísimo monte espeso de encinas, malezas y alcornoques, que nacen entre las peñas; tierra seca, inculta y áspera, que forman una extendida soledad, que abrasada con los ardores del sol, espantosa morada es á los monjes. Comenzóse á poblar este desierto de hombres santísimos; en poco tiempo llegaron á cuarenta, sin muchos á quien echó del yermo el excesivo rigor. Vivían en unas chozas ó celdillas; formábanse de unas tapias, cubiertas de jaras y de corchas; un corcho servía de puerta, otro de cama; pendía junto á la celda una campanilla de la primer encina ó alcornoque; tocábanla todos á la media noche, para dar á esta hora principio á las alabanzas de Dios, si es que cesaban. Cada uno trabajaba para sí, con eso se sustentaba; comenzaron á desbaratar la tierra; labraba cada cual

su pegujar; cogían trigo regado con su sudor, beneficiado con su azada.

Edificaron una iglesia con licencia del Obispo, donde oían Misa, muy semejante á las celdas, la bóveda de corchos, las paredes de tierra sobre piedras informes; el cáliz y demás ornamentos no valían cien reales; el retablo un lienzo, al temple, de San Miguel, patrón del yermo, arrodillado ante él el Padre Mateo. Gobernaba este santo varón sus ermitaños con gran cuidado; ayudábales en todas sus necesidades; hacíales pláticas espirituales; era en todo solícito y piadoso padre. Dióles regla breve y compendiosa. Perseveren los monjes en oración sin intermisión; coman el pan con el sudor de su rostro; quien no trabaje no coma. Dió la obediencia á D. Cristóbal de Rojas, Obispo de Córdoba, y él le dió potestad sobre los ermitaños. Advirtió el P. Diego Vidal al Obispo que el P. Mateo sabía suficientemente para ser sacerdote, cosa que no había entendido de un trato muy continuo; tal fué su mortificación; ordenóle, y dió licencia para confesar, vista su suficiencia.

En este desierto vivió ocho años en la disciplina eremítica del Venerable Mateo el P. Mariano de San Benito, y el Padre Fray Juan de la Miseria, que, después Descalzos Carmelitas, fué el primero una gran columna de su Religión, el otro un raro ejemplo de santidad. Hace mención de este desierto Santa Teresa, virgen, en el cap. XVI del libro de las Fundaciones, y hablando del P. Mariano, dice: "Por estas y otras virtudes (que es hombre limpio y casto, y enemigo de tratar con mujeres) debía de merecer con Nuestro Señor que le diese luz de lo que era el mundo, para procurar apartarse de él, y así comenzó á pensar en qué Orden tomaría; intentando las unas y las otras, en todas debía hallar inconvenientes para su condición, según me dijo. Supo que cerca de Sevilla estaban juntos unos ermitaños en un desierto que llaman el Tardón, teniendo un hombre muy santo por mayor, que llaman el P. Mateo; tenía cada uno su celda aparte, sin decir oficio divino, sino un oratorio, donde se juntaban á Misa: ni tenían renta, ni querían recibir limosna, ni la recibían, sino de la labor de sus manos se mantenían, y cada uno comía por sí harto pobremente. Parecióme, cuando lo oí, el retrato de nuestros Santos Padres; en esta manera de vivir estuvo ocho años." Hasta aquí Santa Teresa. Bastantemente queda acreditado este desierto. Llegó el olor de este verjel del

cielo á recrear el ánimo del Santísimo Pío V; dióle noticia de él el General de la Orden de Santo Domingo; dió gracias á Dios, que en su tiempo tuviese la Iglesia lo que en los pasados la Tebaida y Egipto.

En esta sazón despachó un Breve para que todos los ermitaños que estuviesen sujetos á Prelados eligiesen una regla de Religión aprobada, y se redujesen á conventos. Al punto el Padre Mateo lo puso en ejecución, y él y sus ermitaños eligieron la regla de San Basilio: fundóse el venerable convento del Tardón; juntaron la vida eremítica á la conventual, conservándose la pobreza y vigor que ante había. De estas pobres celdillas salió la sagrada Religión del gran Doctor y Padre de los monjes, San Basilio, restituída á su primer rigor por el Padre Mateo de la Fuente y sus ermitaños; traza ordinaria de Dios, de pequeños principios levantar fábricas grandes. Unas cuevas y cabañas dieron principio heroico al monasterio de Claraval, y ejemplarísimo fundamento de la Orden de San Bernardo. De una humilde choza, por sus habitadores venerable, que el glorioso San Francisco, antes de mudarse á la Porciúncula, vivía con sus discípulos con tanta desnudez y pobreza, salió la más fecunda familia de la Iglesia, á que son cortas las cuatro partes del orbe.

Eligieron los monjes por su Abad al P. Mateo; dió forma á su convento al modo de los de Egipto, que pinta San Jerónimo: asentó la labor de la lana; labraban paños, disponían la lana, tejían, hilaban hasta darles perfección, y labraban la tierra. Salían por la comarca los monjes, tomaban á destajo las siegas de los lugares vecinos; lo que ganaban repartían entre los pobres, enviándoles pan y paño para su abrigo y sustento, con que á los monjes del Tardón los veneraban como á verdaderos santos. Fué tan grade la opinión del P. Fray Mateo, que pasando el Rey D. Felipe II por Córdoba, le dijeron de él tantas alabanzas, que mandó al Obispo que se le trajesen; holgó verle, y le ofreció si quería alguna cosa: respondió que no había menester cosa de esta vida. Por ventura no pudo decirlo el Rey, que en esta parte aventajan los verdaderos pobres de espíritu á los Reyes de la tierra. Díjole el Rey: "P. Mateo, lo que pude daros os ofrecía; mirad que tengáis cuidado de encomendarme á Nuestro Señor me dé gracia para cumplir su santa voluntad y cumplir con mis obligaciones, y que vuestros mon-

jes hagan lo mismo.„ Mostró gusto de ir á ver el Tardón: desvióle el P. Mateo, así por la aspereza del camino como porque sus monjes no tuviesen ocasión de desvanecimiento, viendo que los visitaba el Rey.

Las enfermedades de este siervo de Dios fueron iguales á sus penitencias: entre otras ocasiones que salió á curarse á poblado, porque en el Tardón ni un poco de carne fresca había, fué una á Montilla, á que fué más gustoso por ver al Venerable Maestro Ávila que por curarse. Estando en esta villa sucedió la muerte de nuestro Venerable Maestro: asistióle con particular providencia de Dios, consolándole y confortándole en aquel amargo trance, y como representando á Dios en su persona los frutos de la predicación y enseñanza del santo Maestro Ávila. Dijo el P. Mateo en una carta á sus monjes: "Al Padre Maestro Ávila hemos enterrado: túvolo por muy gran dicha, por el consuelo que de ello recibió de verme á su cabecera en tiempo de tanta estrechura; él, que tanto lo merecía, y que tanto se lo debemos todos como á buen Doctor que tanto ha trabajado en la Iglesia de Dios y tanto fruto ha hecho en ella.„

Este es, cristiano lector, un breve discurso de la vida de este discípulo del Venerable Maestro Ávila. ¿Quién pudiera adornarle con ejemplos y hechos particulares de sus heroicas virtudes, de las pruebas con que Dios acrisoló su fineza y los dones con que le enriqueció? Habiendo llegado á una grande ancianidad en solos cincuenta y un años, estándose curando en Hornachuelos, sintió que se llegaba su fin: envió á llamar diez de sus monjes, consolóse con ellos, exhortóles á la rigurosa observancia de su regla, á la caridad unos con otros, que se conservase el trabajo de manos, el retiro, la oración, el silencio, que de nadie recibiesen, y que cuidasen de los pobres. Habiendo recibido los santos Sacramentos, restituyó su alma á Dios á los veintisiete de Agosto del año de quinientos setenta y cinco: quedó su cuerpo tratable: sintióse un olor suavísimo: llevároнle los monjes á su convento. Este se conserva hoy con gran observancia y religión: es uno de los mayores santuarios de España. Pasan los monjes de ciento, la tercera parte de sacerdotes: nunca piden limosna: conservan el trabajo de manos en la labor de la lana, con que no sólo se viste toda la ciudad, mas sacan para otras necesidades. Este insigne convento reconoce por maestro y bienhechor al Venerable Maestro

Juan de Ávila, por cuyo consejo y dirección encaminó nuestro Señor esta reformación de la Orden de San Basilio. Tiene esta provincia dos solas casas, ambas fundadas por el P. Mateo, con que han asegurado más su conservación.

CAPÍTULO VII

Del Padre Diego Vidal.

Débesele lugar en esta historia al P. Fray Diego Vidal, de la Orden de San Basilio, en el yermo del Tardón, no sólo por discípulo del Venerable Maestro Ávila, mas por su familiar y secretario. Es verdad constante que no hubo hombre que pusiese los pies en esta casa, aunque por breve tiempo, que no saliese sujeto de singular virtud; tan fecunda fué la del Venerable Maestro Ávila. Sea este el segundo ejemplo; otros se hallarán más adelante.

Nació este Venerable Padre en Villafranca, cerca de Zafra, en Extremadura; siendo mozo pasó de Alcalá á Salamanca á refinarse en la latinidad: llegando á comprar un Arte, dijo el librero si era el de servir á Dios; agradóle el título: era Diego de gran bondad é inclinación excelente: pidiole, leyó un poco y dijo: "En verdad, señor, que entiendo que este Arte me está mejor que el que buscaba, que si por este libro puedo aprender á servir á Dios, ¿para qué quiero otra ciencia?„ Compróle, comenzó á poner en ejecución lo que decía el Arte, que es el modo de estudiar la ciencia de los Santos: dábase á penitencias, oración y mortificación, dirigiendo sus obras á fin de agradar á Dios, como su libro lo enseñaba. La salud se le acortaba, y el gusto de otros estudios que le divirtiesen de aquel sabor que había tomado en el camino de Dios. Dejó á Salamanca, fué en peregrinación á Santiago de Galicia, quebrantáronsele las fuerzas del cuerpo, doblároнsele las del alma: siguiendo el impulso divino y una gran luz que le guiaba á hacer vida solitiaria, aportó á Sierra Morena, cerca de un monasterio de la sagrada Religión de la Cartuja, que está cerca de la villa de Cazalla: hizo en lugar bien áspero una choza, donde vacaba á Dios en oración y contemplación y otros ejercicios santos: acudía al monasterio, confesaba y comulgaba, y los Religiosos, viéndole tan virtuoso, le acudían con lo necesario.

Con deseo de mayor soledad, á imitación de los antiguos Padres, que andaban siempre con ansias de mayor retiro, se fué á una dehesa del Conde de Palma, que llaman el Alcornocal, donde se metió en una cueva y continuó los mismos ejercicios: labraba unas cucharitas muy curiosas y otras cosas que le daban el sustento. Iba á Misa al convento de San Luis, de la Orden de San Francisco: de ida y vuelta iba cantando Salmos, con que aprendió el Salterio. No pudo tanta virtud estar mucho tiempo oculta: estimó el Conde el huésped; ofrecióle una ración; después de larga porfía aceptó sólo el pan: gustó de verle el Conde: persuadióle que estudiase, que en su edad y buena habilidad que descubría podía ser su virtud más provechosa; envióle con este intento á Osuna á la Condesa de Ureña; favorecióle mucho, y ayudó á este intento con poco efecto, porque le pareció bastaba su librito para saber lo que solamente importa, si bien muchos le persuadían estudiase. Era en este tiempo grande en Andalucia la fama de santidad del Venerable Maestro Ávila; parecióle á Diego que ninguno como él podía darle luz en estas dudas; fué á verle; manifestóle su conciencia y deseos y lo que le aconsejaban; púsose en sus manos para que le guiase á aquel empleo de vida en que agradase más á Dios.

Contentóse grandemente el santo Maestro Ávila de la virtud y natural del mozo; hizo que se quedase en su casa; ocupábale en varias cosas, en particular en escribirle cartas; muchas de las que había impresas, decía se habían escrito de su mano. Hallábase Diego bien en tal posada; no necesitaba ya del libro antiguo, considerándole en la vida y virtudes del Maestro, que era arte vivo de servir á Dios. Mucho aprendió en este libro, que le hizo docto en esta gran facultad que profesaba. Estuvo más de un año en compañía del Venerable Maestro Ávila, deteniéndole por ventura de intento, viendo las medras de su alma. Dilataba el tomar resolución si había de volver á soledad, á que su poca salud y flaca complexión resistía. Muchas cosas le pasaron en esta casa santa. Comunicando un día con el Venerable Maestro una tentación que tenía, de que no podía dormir, le dijo: "Idos á acostar, y mirad que os mando que durmáis„: fuése; durmió sin que le molestase más este desvelo. En esta sazón iba el P. Mateo de la Fuente muchas veces á comunicar su alma con el Venerable Maestro Ávila: pidióle tuviese á Diego Vidal en su compañía; hízolo el santo ermitaño con agrado; lle-

vóle á aquellas asperezas de Don Martín, de donde, por la causa que dijimos, pasaron á habitar aquellas cuevas de Nuestra Señora de la Sierra, que estaban legua y media del Tardón.

Gozaba Diego Vidal de la doctrina del P. Mateo; heríanle el corazón aquellas palabras vivas forjadas en el espíritu del cielo; la caridad le movía á no gozarlas á solas, pudiendo ser tan provechosas á muchos que andaban en pretensión. Dijo el P. Mateo: "Mira, Diego, vámoslo á consultar con el Venerable Maestro Avila, y si el dijere que los recibamos, lo haré; y si no, con esto se despedirán, que yo soy llamado para solitario." Fueron los dos, consultaron aquel oráculo del cielo; respondióles que Diego tenía razón, que si por su medio se querían salvar aquellas almas, no las despidiese. Luego se pobló aquel yermo, cual el de Nitria en el Egipto, como dejamos escrito.

Aquí hizo Diego Vidal su celda á la falda de un cerro; fué de los más fervorosos ermitaños; su traje, su comida, sus ejercicios y virtudes, las del P. Mateo, que como más antiguo gozó más de su comunicación y amor. Trabajaba de día, oraba de noche, labraba su pegujar como lo hacían los demás; cogía su trigo; jamás pidió limosna. ¿Quién podrá decir sus lágrimas, sus gemidos, la alteza de su oración? Testigos eran los ángeles, y él, que lo era en la tierra. El santo Maestro Ávila, con quien se registraba cuanto pasaba en aquella soledad, allí los encaminaba y gobernaba; y regadas con su doctrina y consejos estas plantas, dieron tan colmados frutos. Estando en oración uno de los ermitaños, y se entiende fué el P. Diego Vidal, vió venir un bello joven vestido de un pellico, faldas en cinta, que caminaba al oratorio ó iglesia que tenían; y preguntándole quién era, dijo que era el Arcángel San Miguel, que venía á ayudar los ermitaños; y que él tenía su protección, amparo, y que les ayudaría.

Los sucesos han mostrado la verdad de esta visión: dedicósele una ermita en lo alto del cerro que dijimos, que llaman de San Miguel, donde se retiran á tiempos algunos de los monjes á hacer vida solitaria, con serlo tanto la del monasterio. Muerto el P. Mateo, eligieron los monjes por su Abad al Padre Fray Diego Vidal, ejemplo raro de todas las virtudes; tan continuo en la oración, que siempre que le buscaban los Religiosos le hallaban de rodillas, fuese cualquiera hora de la no-

che, sin que jamás le viesen acostado. Fué padre amoroso de sus súbditos; cualquier cosa que le pidiesen para sus necesidades, si no lo estorbaba la decencia, la quitaba de su cuerpo y se la daba: decía que á los Prelados nunca les faltaba: conservó monje el mismo tenor de vida que ermitaño, y la religión y observancia regular que entabló el P. Mateo. Murió santísimamente, habiendo llegado á los setenta y cuatro años de su edad, los siete de Junio de mil quinientos noventa y nueve. Fué el primer Provincial de su Orden en España. Las reliquias de estos tres varones santos los Padres Centenares, Mateo y Diego Vidal se veneran, juntas en una caja, en el hueco del altar mayor del convento del Tardón, con particular acuerdo que á los que juntó un espíritu en la tierra, juntos en un mismo monumento esperen la última resurrección, y, como debe creer la piedad cristiana, juntos gozan en el cielo el bien que no tiene fin.

CAPÍTULO VIII

De algunas personas religiosas, discípulos del Venerable Maestro Ávila, en particular del P. Maestro Fray Luis de Granada, su grande amigo.

Fueron innumerables los Religiosos insignes en santidad y extraordinaria virtud que con gran gusto suyo reconocían á este varón santo por Maestro y Padre y, después de Dios, por autor de su bien.

El Venerable Padre y gran Maestro Fray Luis de Granada, río de la elocuencia sagrada, lengua de su edad, gloria de la ilustre familia de los Predicadores, no se dedignará si lo contáramos entre los discípulos del Venerable Maestro Ávila, si bien le toca igualmente el título de íntimo y querido amigo. Dió Granada á este heroico varón su suelo en que naciese: pagóselo con engastarla en su nombre, que habiendo sido tan grande en todo el orbe cristiano, participó de esta gloria su ciudad, dichosa por haber sido madre de tal hijo. Sus padres, aunque de condición humilde, fueron la mina que produjeron este oro finísimo, que también de la tierra baja sabe Dios producir ricos metales; mas, según el fuero del reino de Dios, fué el Padre Fray Luis muy noble; porque, como dice el gran Doctor de la

Iglesia San Jerónimo, en la carta á Zelancia: "Es la nobleza suma en el aprecio divino ser ilustre en las virtudes." ¿Qué cosa hubo entre los hombres más noble con Cristo que San Pedro, que fué pescador y pobre? ¿Qué cosa, entre las mujeres, más ilustre que María, y se nombra esposa de un oficial? Mas á aquel pescador, á aquel pobre confía las llaves del reino celestial; y esta esposa del oficial mereció ser Madre de aquel Señor que confió las llaves. Eligió Dios lo innoble y despreciado del mundo para por este medio reducir más fácilmente á la humildad á los poderosos y á los nobles. De esta verdad fué ejemplo insigne el Venerable Maestro Fray Luis de Granada.

Hizo vano ó menos cierto aquel célebre emblema del que oprimido con la piedra de la pobreza quería volar, y no podía con las alas del ingenio; porque el suyo desde niño fué tan raro, que pudo vencer las dificultades que comunmente trae la falta de lo necesario. A los dieciséis años de su edad, siendo los medianeros su habilidad y pobreza, le admitió á su congregación santa la Orden de Santo Domingo, que sólo mira virtudes y talentos y limpieza de sangre: la del P. Fray Luis era tan asegurada, que su convento de Santa Cruz de Granada le nombró por Colegial de San Gregorio de Valladolid, ilustre oficina de hombres doctos. Aquí prosiguió el edificio del alcázar suntuoso de sus virtudes, de que había echado profundos fundamentos en su noviciado ejemplarísimo, confirmando con el lucimiento de sus virtudes y prendas el acierto de su elección á tan calificada prebenda. Con el estudio descubrió aquí su ingenio, su juicio y madurez de costumbres. No era menos penitente que estudioso. Yendo una noche dos caballeros mozos al cumplimiento de un antojo en ofensa de Dios, pasando por el Colegio oyeron los recios golpes de disciplina, acompañados de unos suspiros y gemidos dolorosos: repararon, cotejando lo que veían con lo que iban á hacer: desistieron de su intento, considerando su vida y la inocencia del que así se maltrataba. Inquirieron otro día por el dueño de la celda: era Fray Luis de Granada, el del gran talento, el que en la virtud y estudios era la admiración del Colegio: encomendáronse en sus oraciones, con harto sentimiento suyo de que le hubiese descubierto lo que afectó encubrir.

Volvió á Granada docto y santo, donde comenzó á ejercer el oficio de predicador con tan grande eminencia, que sus prin-

cipios fueran felices remates de un curso felicísimo. Después de algunos años pasó á Córdoba á trasladar el convento de Escala Coeli, de su Orden, sito en la sierra, una legua distante de la ciudad, donde predicó con increíble opinión. Dijo bien un varón docto, que como Santo Tomás vino al mundo á alumbrar entendimientos, el P. Fray Luis para abrasar corazones. Alcanzó la más esencial parte de la oratoria, el mover y persuadir. Por este tiempo trató mucho con los Marqueses de Priego, grandes favorecedores de hombres doctos y santos; con esta ocasión, en particular en la enfermedad del Conde de Feria, de que hablamos, trabó amistad estrecha con el Venerable Maestro Ávila: tratáronse familiarmente, habitaron juntos muchos días en una misma casa, comían á una mesa, como lo afirma el mismo P. Fray Luis en muchas partes: oyóle muchos sermones, y sin duda aquel grande espíritu de nuestro santo Maestro puso fuego en el corazón bien dispuesto del Venerable Fray Luis.

Cuéntase comunmente que habiendo predicado este gran Maestro en Montilla, aun cuando quedaban en aquel árbol feliz algunas flores que dieron con el tiempo tan gran fruto, preguntó el Conde D. Pedro al Venerable Maestro Ávila qué le había parecido. El respondió, después de larga porfía (estaba presente el P. Maestro Fray Luis), que sermón en que no se predicaba á Cristo crucificado y á San Pablo y traído su doctrina, no le satisfacía mucho. Imprimiéronsele tanto estas palabras al P. Fray Luis, que desde aquel día le escogió por su maestro y le reconoció por tal. Consultó con él todas sus dudas; oíale con gran gusto; resolvió escribir y predicar conforme á su censura, confesando había aprovechado mucho de la comunicación y trato del Venerable Maestro Ávila. Dicen también que en esta ú otra ocasión dijo al P. Fray Luis: "Témplese vuestra paternidad." Dijo él que no le entendía. Respondióle: "Haga lo que los señores con los azores, quitándoles la comida para que con hambre se abalancen á la caza. Haga gran hambre, gran sed, gran deseo de la conversión de las almas, y experimentará grandes efectos, y conseguirá copioso fruto." Consejo felizmente logrado.

Refieren muchos en las informaciones, que se hallaron presentes, que habiendo predicado el P. Fray Luis en Santa Clara de Montilla, y oídole el Venerable Maestro Ávila, entró á verle

á la sacristía; fuése á él el P. Fray Luis, y le dijo: "Más debo yo á vuestra merced, á sus consejos, que á muchos años de estudio, y así le confieso y reconozco por mi verdadero maestro." El Maestro Ávila le respondió con grande humildad: "El verdadero maestro es Dios, á quien se debe la gloria y honra." Es opinión constante en toda la Andalucía que el santo Maestro Ávila dió algunas advertencias y consejos al P. Fray Luis de Granada, tan importantes y con tan buena sazón, que pudo con toda verdad llamarle su verdadero maestro, y aquellos celestiales escritos de que hoy goza la Iglesia, en muy gran parte se deben á esta comunicación, á esta correspondencia; ésta fué tan amigable y el amor tan grande que le tuvo el P. Fray Luis, que luego que el santo Maestro Ávila pasó al descanso eterno, se puso á escribir su vida, que es la mayor demostración de una voluntad finísima, con tan grande afecto que, como escribe el P. Fray Francisco Diago en su vida, cuando pidió licencia en el Consejo Real de Castilla para sacarla á luz con otras obras del Venerable Ávila, algunas personas de poco conocimiento de los méritos de nuestro apostólico varón le escribieron que no convenía á su autoridad ser cronista de un hombre particular, y que debía desistir de ello. Respondióles que si por autoridad lo llevaban, tenía él por medio no poco eficaz para aumentarla escribir la vida del Maestro Ávila, á quien había muy bien conocido, y á cuyo conocimiento tenía en más que á la amistad y favor de los grandes del mundo, por su mucha virtud, letras y púlpito con que había ganado muchas almas para Dios; y que cuando en Castilla no se imprimiese, él presentaría su obra al Sumo Pontífice, y le suplicaría la recibiese debajo de su amparo y la favoreciese. Hasta aquí llegaron las finezas con el Venerable Maestro Ávila del gran Maestro Fray Luis de Granada.

Habiendo estos reinos de Castilla gozado muchos años de su doctrina y ejemplo, pareciendo estrechos á un varón tan grande, la Providencia divina nos le llevó á fecundar los de Portugal, que poseyó este tesoro la última parte de su vida. El Infante Cardenal D. Enrique, después Rey, siendo Arzobispo de Evora, buscando hombres insignes que le ayudasen á llevar el peso episcopal, movido del gran nombre del P. Fray Luis, que residía en Badajoz en la fundación de un convento de su Orden, le trajo á su compañía, que con brevedad sintió las medras de

sus ovejas: para asegurar obrero tan importante hizo que su General le adjudicase aquel reino, donde alcanzó veneración tan grande que, forastero, le eligieron Provincial: en este reino pasó lo restante de su vida. ¡Oh, quién, Fray Luis venerable, tuviera vuestra elocuencia para emplearla toda en vuestras alabanzas! Ella sola, que ha admirado al mundo, pudiera cabalmente engrandeceros: indignos son de esta empresa los más elevados ingenios, si bien muchos en vuestro loor han levantado el vuelo siempre corto.

Fué admirable el desprecio que el P. Fray Luis tuvo del mundo y sus grandezas, que á los rayos de la luz del cielo que ilustraba su alma eran imperceptibles átomos. La esclarecida Reina Doña Catalina, hermana de Carlos V, gobernadora del reino de Portugal, de quien fué confesor, le presentó en el obispado de Viseo, y por su persona misma le ofreció el arzobispado de Braga, trayéndole razones eficaces para obligarle á aceptarle: ambos los despreció constantemente; y poniéndole la Reina en sus manos la elección, nombró á Fray Bartolomé de los Mártires, tan excelente Prelado que le ha declarado la Iglesia por Beato, en que á su Religión, á la ciudad de Braga y al reino todo hizo un incomparable beneficio. Sucediendo en el gobierno, y después en el reino de Portugal, el Cardenal D. Enrique, su gran patrón, pudiendo esperar grandes aumentos de la grandeza y amor de este Príncipe, á no tenerlos todos debajo de los pies, no pisaba los umbrales de palacio, no llamado. El Rey D. Sebastián le quiso dar otros obispados: rehusólos con valor apostólico. La Santidad de Sixto V resolvió darle capelo, como á tan benemérito de la Iglesia: atajó la promoción con diligencia, proponiendo su edad y enfermedades.

Alcanzó la mayor estimación que por ventura tuvo hombre en su tiempo de personas reales, de Príncipes, de Prelados eclesiásticos, de sobrinos de Pontífices, Nuncios apostólicos, y con particular agrado le trató y oyó el gran Felipe II. Fué venerado de todos como un milagro del mundo; en tanta altura de favores humanos conservó una profunda humildad y prodigiosa pobreza; encerróse en una celda; su adorno tres sillas, las dos con respaldares de jerga; dos cruces grandes; en las paredes dos imágenes y algunas estampas de papel; una cama con mantas remendadas, como los hábitos rotos, viejos, como de un novicio. Duróle cuarenta años un sombrero; no pudo su com-

pañero que se le comprase un argayo (así llaman una ropa de abrigo que ponen sobre los hábitos) con que se reparase en el rigor del invierno; sobre ochenta años de edad y muchas enfermedades, tenía tan vil concepto de sí, que se llamaba monstruo horrible. Su caridad con los pobres fué rarísima; lo que sacaba de la impresión de los libros, que era mucho; lo que recogía de limosnas de Príncipes, que por saber el gusto que tenía en esto eran muy grandes, todo lo repartía á los pobres, tomando de esta manera algún desahogo su excesivo amor al prójimo. Vivió tan retirado del mundo y de agradar á poderosos, que habiendo el P. Fray Hernando del Castillo ido á Portugal á cosas de servicio del Rey D. Felipe II, llevando en sus instrucciones el ganar la voluntad del P. Fray Luis de Granada en apoyo de sus pretensiones, respondió que no dudaba de su justificación, como de Príncipe tan religioso y católico, que no necesitaba de reinos que no fuesen suyos, teniéndolos tan grandes; que á él no le tocaba más que encomendar á Dios su próspero suceso, como religioso, en su celda, como lo hizo sin salir de ella, ni meterse en nada.

¿Quién podrá dar alcance á la grandeza de sus heroicas virtudes, lo profundo de su espíritu? Baste decir que obró lo que escribió, y escribió tan acertadamente, porque obraba y escribía; lo que aconseja en los libros ejecutaba en el rincón de su celda. Escribió de oración; túvola altísima muchas horas cada día, que remataba con una áspera disciplina. Su amor á Dios le trasladó á este tratado. Escribió la *Guía de pecadores:* mostró cómo había predicado libro tan excelente, que él mismo admiraba haberle escrito. Alabó el ayuno; sacólo de su templanza: exhortó á las penitencias; hízolas continuamente y con rigor increíble. Engrandece la castidad; copia fué de la suya. Aconseja la pobreza y desprecio del mundo; pisóle en mil ocasiones. La vida de Cristo, tan impresa en su corazón como en los libros. Habló divinamente del augusto sacramento de la Misa; decíale con grande devoción, que desde el canon parecía estar elevado. En nueve lenguas andan traducidos sus escritos; llegaron á los turcos, pasaron á los persas, hasta los últimos chinos; son leídos hasta de los enemigos de la fe, herejes de todas sectas, moros, gentiles, judíos; todas las naciones del mundo engrandecen su estilo, su elegancia, su energía, su verdad, su doctrina: danle justamente el nombre de Cicerón cristiano.

¿Qué virtud no se debe á su lectura? ¿A cuántos pecadores ha reducido á ser santos? ¿A cuántos hombres ha convertido en ángeles? Pobladas tiene las Religiones y el cielo, dispuestos con tan celestial prudencia, que igualmente convienen al hombre más distraído y más perfecto.

El prodigio de santidad de nuestros tiempos, el glorioso San Carlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo de Milán, estimó grandemente la doctrina, juicio y religión de este varón raro; amóle tiernamente, tratáronse por cartas; no sólo mostró cuánto le agradaron sus trabajos, mas escribió á la Santidad de Gregorio XIII para que calificase su importancia; instó con el Pontífice á que le honrase con capelo; y porque esta carta no anda comunmente en obsequio del Maestro, como á quien debemos tanto, rematará este elogio, y suplirá mi gran cortedad, y consolará mi afecto; dice así:

"SANTÍSIMO Y BEATÍSIMO PADRE

„Entre todos aquellos que hasta nuestros tiempos han escrito materias espirituales que yo haya visto, se podrá afirmar que no hay alguno que haya escrito libros, ni en mayor número, ni más escogidos y provechosos, que el P. Fray Luis de Granada. Experimentólo cada día en esta Iglesia, viendo que todos los que están escritos en su lengua ayudan grandemente á todo estado de personas á emprender el camino de la virtud y conseguirla. Y asimismo se sabe de cuánta ayuda sean los latinos, especialmente para instruir á los que han de predicar y enseñar al pueblo; de manera, que no sé que en este género haya hoy hombre más benemérito de la Iglesia que él, y más á propósito para ayudar con semejantes trabajos á las almas lo poco que le puede quedar de vida, siendo de ochenta años. Esto me ha dado aliento de poner en consideración á Vuestra Santidad, si le pareciese sería bien de hacerle escribir alguna carta, mostrando á Vuestra Santidad agradecerle su caridad en las obras que ha sacado, exhortándole á que saque otras. Servirá esto no solamente de dar testimonio de su virtud y piedad, que tiene tan merecido; mas serále también motivo para que disponga con brevedad otros libros que he entendido por cartas suyas que trae entre manos para publicar, y servirá de animar á otros hombres doctos á dejar curiosidades y tomar aquel camino útil á las almas que Dios les ha encomendado, para que las ayuden

en el negocio de su salvación. Hago este oficio tanto más gustosamente, porque habiendo discurrido sobre esto con el Cardenal Paleoto, ha mostrado ser del mismo parecer y tener el mismo crédito de los méritos de Fray Luis. Demás que algunas personas graves y de fe, que han venido de España y le han conocido, y tratádole y oído algunos sermones, me afirman que corresponde la vida llanamente á los escritos y á la religión de verdad grande y santidad que en ellos resplandece, y todos encarecen la grandeza de su bondad y del gran nombre que tiene en aquellas partes; de lo cual puede Vuestra Beatitud informarse fácilmente de los que han sido Nuncios en España. Por tanto, parece digno de otras mayores demostraciones que la de este solo testimonio. Esto hizo la Santidad de Pío V con Lorencio Surio, y lo mismo otros Sumos Pontífices con diferentes personas. Todo, empero, lo remito á su prudentísimo juicio, y humildemente le hago reverencia, besándole sus santísimos pies. De Monza á 28 de Junio de 1582.=Humildísimo y devotísimo siervo, *Carlos, Cardenal de Santa Práxedes.*„

Dentro de veintidós días expidió el Pontífice un Breve con no menores alabanzas que las que contiene esta carta; no le pongo á la letra por andar al principio de sus obras, donde se puede ver. Dícele entre otras cosas: "Cuantos han aprovechado por vuestros sermones y escritos, y es cierto que han aprovechado muchos, y que cada día aprovechan, tantos hijos habéis engendrado á Cristo, y les habéis hecho mucho mayor beneficio que si hubiérades alcanzado de Dios vista á los ciegos, vida á los muertos.„ En cierto modo parece canonizó en vida las virtudes, vida y excelentes libros del gran orador cristiano, que no merecieron menor calificación.

Después de haber pasado una feliz carrera le labró Nuestro Señor con graves enfermedades y otros trabajos sensibles que le sucedieron, bien sin culpa suya, y aumentaron mayor corona de su paciencia. Siendo de su natural corto de vista, vino á perder de todo punto un ojo á pura fuerza de estudio; encomendáronle un sermón en una noche en ocasión precisa; trabajóla toda, y reparando un rato la cabeza, halló el ojo vaciado; sin embargo, predicó otro día con un ánimo quietísimo; y dándose por ciego, se puso á aprender á tocar tecla, ¡rara humildad!, por merecer no ocioso la comida, y lo consiguió felizmente por la mucha noticia que tenía del canto de órgano; reforzósele la

vista del ojo que había quedado; volvió á los libros, y usaba para escribir de papeles de colores. Vivió los dos años últimos con las tripas fuera de su lugar, que por una rotura se salieron, sin que la medicina, después de varios tormentos, pudiese reducirlas á su puesto. No por eso dejaba de decir Misa y acudir á todos los ejercicios santos como si estuviera con unas fuerzas robustas. Habiendo el Adviento del año de 1588 extendido las velas á la oración y penitencia, como si se previniera á la última jornada, el postrero día de este año, recibido los santos Sacramentos con devoción y ternura, dió su dichosa alma á su Criador, que la piedad cristiana cree estar gloriosa entre los Doctores de la Iglesia, y el afecto de sus devotos espera lo ha de declarar así el Pontífice Romano; honra que opinan muchos hombres graves se debe á sus heroicas virtudes y celestiales escritos. Murió en Lisboa á los ochenta y cuatro años de su edad y sesenta y ocho de Religión; hizo con su venerable cuerpo el piadoso pueblo lusitano las demostraciones que se suelen con los grandes Santos. Este es, lector piadoso, un mal formado bosquejo de la vida y virtud de este gran Padre. Hallaráse retrato perfectamente acabado por la valiente mano del muy Reverendo P. Fray Francisco Diago y por el venerable Obispo de Monópoli, en la cuarta parte de la Crónica de la sagrada Religión de Predicadores, y en la de Portugal en el lib. V, desde el cap. XII.

Precióse también de discípulo del Venerable Maestro Ávila el P. Maestro Fray Alonso Carrillo, de la misma Religión dominica; oía á nuestro gran predicador con gran gusto y frecuencia, y muchas veces si tenía aceptado sermón y sucedía predicar el Venerable Maestro Ávila, le encargaba á otro, é iba á oirle; y reprendiéndole esto su Prelado, respondía que tenía por cosa cierta era de mayor gloria de Dios oir al Venerable Maestro Ávila que predicar sus sermones, para que cuando los hubiera de hacer, aprovechado de tal doctrina, hiciese más fruto en las almas.

Aumente este lucido escuadrón de los discípulos del Venerable Maestro Ávila el muy Rdo. P. Fray Francisco de Segovia, de la Orden de San Jerónimo, profeso del convento de Granada, Prior en él y Sevilla, Valencia y Madrid, y General de su Orden, insigne predicador, muy estimado del gran juicio de Felipe II, Rey nuestro. Fué varón verdaderamente santo; hablaba

admirablemente de Nuestro Señor, sin que en sus conversaciones y pláticas pudiese divertirse á otra materia. Sus palabras eran siempre de espíritus importantes al alma. Esto se originaba del trato continuo con Dios (fué su oración altísima), y del ejemplo que en esta parte le dió su santo Maestro. Decía que por consejo del Venerable Maestro Ávila recibió el santo hábito de San Jerónimo: preciábase de su discípulo, y cuando hablaba de su persona era con la veneración que si hablara con San Pablo: llamábale varón apostólico, bueno de veras, lleno de virtudes: empleaba en sus alabanzas su elocuencia, que fué grande: escríbese la vida de este gran Religioso, digna de que la sepa el mundo por sus grandes virtudes y méritos.

CAPÍTULO IX

De los Religiosos de la Compañía de Jesús que fueron discípulos del Venerable Maestro Ávila: de los Padres Diego de Guzmán, Gaspar Loarte y Antonio de Córdova.

Los Religiosos de la Compañía de Jesús que por la comunicación y ejemplo del Venerable Maestro Ávila adelantaron su espíritu, son sinnúmero: tratáronle muchos en Montilla, donde, recién fundado el Colegio, les leyó, como dijimos, las Epístolas de San Pablo, y con rigor pueden llamarse sus discípulos; mas en este lugar referiremos algunos, que habiendo vivido muchos años en su escuela, hechos varones grandes con su doctrina y ejemplo, entraron por su consejo en la Compañía de Jesús.

EL PADRE DIEGO DE GUZMÁN

Sea el primero el P. Diego de Guzmán, hijo segundo del Conde de Bailén; mas, según el espíritu, primogénito del Venerable Maestro Ávila. Entregóse á Dios de veras en los floridos años de su edad; fué ejemplo de virtudes, dejando la esperanza de suceder en el Estado de sus padres. Se hizo sacerdote: deseó correspondiese su vida á las obligaciones que pide dignidad tan alta. Halló en él su santo Maestro tan gran prontitud á la virtud heroica y un desprecio de los respetos, que suele representar la nobleza en estos casos, que le traía por diversos lugares sin algún aparato de criados, aprovechando las almas en

todo cuanto podía. Iba en su compañía el Dr. Loarte, su ayo, teólogo doctísimo, de igual espíritu, discípulo también del Venerable Maestro Ávila. Repartían así los ministerios: predicaba el Dr. Loarte con gran fervor y espíritu; mas el humilde D. Diego enseñaba á los niños la doctrina, y oía confesiones, ayudando á todos con su buen ejemplo y consejo en el camino del cielo. Catorce años ó quince, de lo mejor de su edad, gastó en tan santo ejercicio este ejemplar caballero: estas fueron sus pretensiones y designios: tantos años fué discípulo del santo Maestro Ávila, tantos gozó de su consejo y doctrina.

Estos empleos tan agradables á Dios quiso Su Majestad realzarlos con la profesión religiosa, que los añade quilates de merecimientos. Dióle Nuestro Señor grandes deseos de entrar en la Compañía de Jesús, llevado en grande parte de la bondad de aquellos primeros Padres, ejemplos de santidad: comunicó su pensamiento con el Venerable Maestro Ávila, que con fervorosas oraciones suyas y de otros siervos de Dios se aseguraron de la vocación divina. El año de quinientos cincuenta y dos tuvo noticia el santo Maestro Ávila que San Francisco de Borja había venido de Roma á Oñate, en Vizcaya, de donde esparcía los resplandores de sus grandes virtudes por España. Por este mismo tiempo el Obispo de Calahorra, el Dr. Bernal de Lugo, envió un sobrino suyo, hombre de gran virtud, al Venerable Maestro Ávila para que le enviase algunos de sus discípulos para que anduviesen predicando por todo su obispado, que es muy grande, cuidado digno de un celoso Obispo. El santo Maestro Ávila envió á esta misión tan importante á D. Diego de Guzmán y al Dr. Loarte: encaminólos con cartas á San Francisco de Borja, que les dió los ejercicios, con que se resolvieron de entrar en la Compañía: recibiólos el santo Duque con gran benignidad y amor, y á pocos meses les envió al Obispo, que instaba por sus personas. Estuvieron la Cuaresma de aquel año en Pamplona, donde hicieron gran fruto.

Corrieron después casi todo el obispado de Calahorra, deteniéndose en los lugares populosos, como Logroño, Nájera, Santo Domingo de la Calzada, Haro y otros, en que Nuestro Señor favoreció sus pasos con el copioso fruto que cogieron en innumerables almas. Pasó después á Roma el P. Diego de Guzmán, donde gozó de la doctrina y amor de San Ignacio. En esta ocasión pasó entre los dos el coloquio tocante al Venerable

Maestro Ávila, que está entre sus elogios en el lib. III. Anduvo por muchas partes de Italia ejercitando los mismos ministerios de enseñar la doctrina y ayudar á la salvación de los fieles; continuó hasta los últimos años de su vida en Andalucía, donde dura su memoria tan agradable en los corazones de todos, cuanto fué su persona viviendo amable por sus excelentes virtudes, humildad rara, ferviente caridad y celo de las almas, á quien él granjeaba para Dios, tanto con el agrado y alegría de su semblante y palabras, como con el ejemplo de sus santas ocupaciones. Murió en Sevilla con opinión de Santo.

EL DOCTOR LOARTE

El P. Dr. Loarte prosiguió en la predicación del Evangelio con notable eminencia : pasó á Roma con el P. Diego de Guzmán, donde, instruído de San Ignacio, su segundo Maestro, gobernó los Colegios de Génova y Mecina; y después de haber trabajando muchos años en la viña del Señor con mucha edificación de las almas, voló al cielo, donde está gozando del denario diurno, que es el premio que el Señor de la viña le prometió por cierto, por ser de los que comenzaron á trabajar en la hora de prima y sufrió el peso del calor y del día: escribió algunos libros doctos; de todo da testimonio el P. Pedro de Rivadeneyra en el libro de los escritores de la Compañía de Jesús por estas palabras:

Gaspar Loarte, natione Hispanus, patria Methymnensis, vir pius juxta et doctus, grandis jam natu, et Doctor teologus, et pietatis officiis bene versatus, auctore JOANNE AVILA, viro apostolico, cujus discipulus fuerat, Societatem concupivit, et in eam admissus est anno M. D. L. II. Postea Romam profectus, et ab ipso B. P. nostro Ignatio probe institutus Collegium nostrorum Genevensis, et Missanensis regendorum provinciam sustinuit, denique Hispaniam rediit, et Vecentiae annis gravis, et bonis operibus plenus anno salutis M. D. XXC. II. mortus est. Scripsit: De afflictorum consolatione. Meditationes in Passionem Domini, et Rosarium Beatae Mariae. Exhortationes vitae christianae. Remedia contra septem peccata mortalia. Tractatus Sanctorum peregrinationum, et stationibus, et indulgentiis in eis. Admonitiones Sacerdotum. Quae ejus opera Latino, Hispano, Italico, et Galli-

co ideomate aliqua etiam Germanu excussa circunferuntur.

En las obras que últimamente se imprimieron del Venerable Maestro Ávila anda una instrucción que dió á los Padres Diego de Guzmán y Gaspar Loarte cuando entraron en la Compañía, digna de leerse y guardarse por todos los que profesan el estado religioso.

EL PADRE DON ANTONIO DE CÓRDOVA, Y DON PEDRO DE CÓRDOVA

El P. Antonio de Córdova, de la Compañía de Jesús, hijo de D. Lorenzo Juárez de Figueroa y Doña Catalina de Córdoba, Marqueses de Priego, grande por su nobleza, mayor por sus virtudes, parte fué de los triunfos del Venerable Maestro Ávila, aumento honroso de su escuela, si bien en la heroica resolución de seguir en su desnudez á Cristo tuvieron otros parte; que menester son muchos para sacar á un gran señor del mundo. Con esta ocasión de la asistencia del Venerable Maestro Ávila en Montilla se crió con su doctrina, con ella fué creciendo y aumentándose en el temor de Dios, y no degenerar de las obligaciones de quien era. Estudiando en Salamanca, Rector de aquella Universidad, se aficionó á los Padres de la Compañía, combatidos entonces de varias persecuciones, de que le cupo harta parte por conservar su amistad; por cuyo medio le comenzó Nuestro Señor á abrir los ojos para conocer la vanidad y engaño de este siglo. Descubriósele la hermosura de la virtud tan grande como ella es y los medios por donde podía alcanzarla; comenzó á recogerse y darse á ejercicios de oración y penitencia, camino real por donde viene al alma el reino de los cielos. Con esto le fué labrando Nuestro Señor y disponiendo con varias inspiraciones para entrar en la Compañía de Jesús, á que hacían resistencia su grandeza y las grandes esperanzas que el mundo le ofrecía. Daba cuenta al Venerable Maestro Ávila de los impulsos divinos; animóle poderosamente á que lo dejase todo; escribióle en esta ocasión aquella carta que dice: "Los peces grandes son malos de tomar, han menester muchas vueltas río arriba y río abajo, hasta que cansados tengan poca fuerza y los prendan del todo con el anzuelo; por lo cual no se maraville vuestra merced si tantos golpes Nuestro Señor le da, contradiciendo á lo que lleva pensado y

deseado, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar y rebeldes á morir; y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no viva en vuestra merced sino la fe del Señor y la voluntad del mismo Señor, etc.„ Anda esta carta en el Epistolario. Acertó por este tiempo á comunicar D. Antonio aquel espejo raro de toda virtud y santidad San Francisco de Borja; díjole quería tomarle cuenta de la luz que Nuestro Señor le había dado, y le exhortó á la correspondencia y seguir la perfección á que Nuestro Señor le llamaba.

De todo era sabedor el santo Maestro Ávila, que viendo la disposición grande que en D. Antonio había, le aconsejó entrase en la Compañía, donde Nuestro Señor le había comenzado á llamar. Ofrecióle á un mismo tiempo Cristo Nuestro Señor su cruz, su abatimiento con desprecio de todo lo temporal; enseñóle la senda por donde se va á la vida: por otra parte, el mundo le ofreció un capelo, que á instancia del Príncipe de España le había hecho gracia Paulo III, Pontífice Romano. ¡Oh trance á pocos ofrecido, porque se puede fiar de pocos! No los resplandores de la púrpura, no lo majestuoso del capelo, no la gran dignidad cardenalicia pudieron divertir aquel ánimo generoso y verdaderamente grande de seguir la humildad y pobreza de Cristo. Dió de mano á cuanto le ofreció el mundo, animado con aquel raro ejemplo de mudanza del sacro Duque de Gandía, D. Francisco de Borja, que entonces ocupaba la admiración de todos. Partióse á Oñate, púsose en sus manos para serle compañero, como en la nobleza, en la escuela de Cristo; dióle el hábito de la Compañía, de que dió luego cuenta al Venerable Maestro Ávila, que le escribió aquella admirable carta que comenzó: «Sabida la mudanza de vuestra merced.„ Iguala la elocuencia á la ocasión; anda en su Epistolario.

Después de su noviciado y estudios de la Andalucía, desterrado de los suyos, y por ventura por la estimación que de él hacían, vino á vivir á Alcalá, donde pasó lo restante de su vida. Fué un raro ejemplo de todas las virtudes: dieron mayor resplandor la humildad, mortificación, paciencia, oración y caridad con los prójimos. Andaba en su exterior tan encogido que parecía un hombre bajo y afrentado; en sus sermones y pláticas mostraba cuánto aborrecía la soberbia, y sólo mirarle era la mayor condenación de este vicio. Padeció con sufrimiento he-

roico graves y continuas enfermedades, congojas de corazón, tristezas naturales y un hambre canina; penalidad intolerable en un hombre abstinentísimo; y no eran éstos los mayores combates de su paciencia. Fué pregonero de la virtud y de la oración, como tan maestro en ello; gastaba la mayor parte del tiempo en una continua comunicación con Dios; y como le iba tan bien en este trato, eran continuas en él sus alabanzas; y así encomendando esta virtud en un sermón, dijo que se maravillaba cómo los hombres, en vida tan acosada de trabajos y necesidades y tentaciones, podían vivir sin el socorro de esta virtud; y discurriendo por todos los estados, decía: "Mujercita, ¿cómo puedes vivir sin oración? Labradorcico, ¿cómo puedes vivir sin oración?„

Y repitiendo estas palabras, discurría por todas las otras calidades de personas. Acudía á confesar los pobres de los hospitales, con tanta continuación, que una Cuaresma estuvo á pique de perder la vida. Hallábase de ordinario á dar limosna á los pobres de la puerta. Más largo discurso que éste pedían sus virtudes; supla este corto dibujo, mientras mayor historia diere la copia entera. El último verano de su vida, los Condes de Oropesa le llevaron á su villa por gozar de su conversación y ver tan gran nobleza adornada de excelente santidad; dióle aquí su última enfermedad: recibidos los santos Sacramentos, diciendo dulcísimos coloquios á un Cristo que tenía en las manos, dió su espíritu al Señor por Febrero del año de quinientos sesenta y siete; quince años vivió en la Compañía, que premia Dios por toda su eternidad.

Ocupe el lado de personas de tan gran nobleza, aunque no haya sido de la Compañía, D. Pedro de Córdova, hermano de Doña Sancha Carrillo, sacerdote de ejemplar vida y costumbres. Fué muy rendido discípulo del Venerable Maestro Ávila; aconsejóle desistiese de pretender prelacías y que sólo cuidase de su alma, pues tenía bien que hacer en esto; filosofía que alcanzan pocos que pueden conseguirla: mas D. Pedro penetró la verdad de este secreto, pretendió y consiguió las virtudes á vista de aquel raro ejemplo de su santa hermana, cuya vida escribió é imitó en gran parte.

CAPÍTULO X

Prosigue la materia del capítulo pasado de los Padres Francisco Gómez y Alonso de Bárcena, y Hermano Gaspar Pereira.

EL PADRE FRANCISCO GÓMEZ

Uno de los discípulos de mayor nombre que tuvo el Venerable Maestro Ávila en Córdoba fué el P. Francisco Gómez, natural de Fregenal. Empleó los años de su juventud, en que tanta parte suelen tener los vicios, en loables estudios de letras humanas y divinas, que hizo más lucidos con el resplandor de sus virtudes y vida anciana en años juveniles. Dióse por discípulo del Venerable Maestro Ávila, que predicaba á la sazón en Córdoba, en cuya escuela creció en espíritu y en aquel desengaño de las cosas humanas, primer fundamento de su magisterio. Conoció el varón santo las aventajadas letras y gran talento del Ldo. Francisco Gómez, y como siempre se valía de los que tenían sus discípulos en beneficio de los prójimos, ordenó leyese Artes y Teología en Córdoba. Profesó veinticuatro años continuos las letras sagradas, y leyéndolas públicamente con notable aceptación y lustre; seglar hasta que se fundó Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba, y se encargó, como dijimos, de leer estas Facultades. Aficionado el P. Francisco Gómez del instituto y vida de los Padres, cuando por sus grandes letras podía ocupar alguna canonjía magistral ó beneficio grueso, llamado de Dios, de consejo del Venerable Maestro Ávila entró en la Compañía á los treinta y cinco años de su edad, el de quinientos cincuenta y nueve. Conocióse con admiración la escuela en que se había criado, y cuán aventajado de todos discípulo fué del Venerable Maestro. Comenzaron con la ocasión del nuevo estado á dar mayores resplandores sus virtudes.

Creció el fervor de su espíritu, la oración continua, fervorosa, en que tiernamente se regalaba con Nuestro Señor, sin que ocupación alguna fuese parte para divertirle de las horas de su contemplación, de que sacaba alientos para la mortificación, en que fué admirable. Declaró guerra á su cuerpo sin perdonarle en nada, y aunque gastado con trabajos y penitencias, jamás remitió un punto del rigor y aspereza con que se

trataba. Decía Misa con gran fervor y ternura, y desde el primer momento hasta las oraciones postreras eran sus ojos continuas fuentes de lágrimas tan suaves, que aun en los que le miraban engendraban tanta suavidad y ternura y tan gran aliento para amar á su Criador, que personas graves y doctas procuraban ayudarle á Misa por gozar de esta influencia. Por excusar vanidad se retiró á una capilla, donde á solas, á vista de Dios y de sus Santos, gozaba de los regalos y gustos que no puede dar el mundo vano. La virtud que más campeó en este gran varón fué la humildad, sin duda profundísima, tanto más admirable en un hombre venerado por la grandeza de sus partes, ciencia y autoridad. Diéronse en él las manos amigablemente grande eminencia en el púlpito é inteligencia de las sagradas Letras, con una continua penitencia; prudencia grande con humildad de niño; un estudio continuo de la sagrada Teología con aspereza de vida rigurosa; extraordinaria discreción con una sinceridad y sencillez; gravedad con mansedumbre; afabilidad y dulzura en la conversación con un raro encogimiento interior. El trato íntimo con Dios entre tantas y graves ocupaciones; una encendida caridad con los prójimos con mortificación de pasiones admirable; gran autoridad con todos, y un amor y trato llano con los pequeñuelos; un celo abrasado de la salud de las almas y de la gloria de Dios, que fué corona de todas sus virtudes.

Su opinión, autoridad y grandeza de su crédito pasaron los límites de Andalucía: fué venerado su nombre, y estimado su parecer en las más insignes Universidades de España. El Maestro Mancio, de la sagrada Orden de Santo Domingo, catedrático de Prima de Salamanca, tan conocido en estos reinos por sus grandes letras, consultado en Salamanca de algunos de aquella provincia, respondía que teniendo al P. Licenciado, así le llamaban comunmente, que podía dar parecer á la materia más ardua, no era menester el suyo ni buscar otros. Y el santo Maestro Ávila decía, que estando en Córdoba el P. Francisco Gómez, no hacía él falta para dar consejo; y así le remitió la dirección de la vida del Dr. Pedro López, médico del Emperador, que se había puesto en sus manos. En esta ocasión le escribió el santo Maestro: "Ordene vuestra merced la vida como el P. Francisco le dirá, al cual puede vuestra merced obedecer seguramente; y podrá hacer en los ejercicios de penitencia lo

que el P. Licenciado le dijere. Y vuestra merced le dirá sus fuerzas, para si es menester obrar más, ó es menester quitar.„

D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, Obispo entonces de Córdoba, después Arzobispo de Sevilla, le llevó por su teólogo al Concilio provincial que se celebró en Toledo el año de quinientos y setenta y cinco; tan gran opinión tenía de su santidad y letras. Dió en esta ocasión grandes muestras de su prudencia y valor; admiró su humildad. Habiendo la Santidad de Pío V prohibido en España correr toros, algunos caballeros de Córdoba, más alentados que cuerdos, se dieron por desentendidos de la obligación del *mutu proprio:* no les faltó pareceres (los hay para todo) que lo podían hacer sin riesgo, entre ellos el del Obispo, sin duda mal informado. El P. Francisco Gómez, con el celo grande que tenía que se evitasen pecados, tuvo traza, juntando pareceres de hombres doctos, de reducir al Prelado, con que evitó aquel escándalo; dispuso el caso con notable prudencia, sin reparar en el disgusto de los empeñados en el regocijo; hizo se obedeciese al Pontífice.

Acudió con su prudencia y consejo en una grande aflicción que hubo en su tiempo en Córdoba, en que la hambre y enfermedad la iban arruinando lastimosamente. Juntó copiosas limosnas, con que remedió grandes necesidades: salía á la media noche con algunos de sus Padres á buscar pobres por las calles y las plazas, en quien la hambre y el frío hacían pesadas suertes; mostró en esta ocasión su caridad, su celo, remediando cuerpos y almas de muchos miserables.

Eranle intolerables al demonio virtudes tan heroicas: solía molestarle de mil modos. Yendo á acostarse una noche, se le atravesó en la cama en figura de un fiero y horrible negro; el Padre, con un ánimo y señorío notable, sin turbación, le dijo: "Hazte allá, que ambos cabremos.„ No pudo el enemigo sufrir tan gran aliento, y huyó afrentado.

Fué dos veces Rector del Colegio de Córdoba, que gobernó como padre; aceptó el oficio con notable repugnancia, en especial la última vez; deseaba, desocupado de todo lo exterior, darse del todo á Dios; usó para no entrar en el oficio de varios medios: no le aprovechando, dijo: "Pues con los hombres no puedo, yo lo negociaré con Dios.„ Pidió á Nuestro Señor libertad del cargo, y en recompensa le ofreció su vida; parece le aceptó Nuestro Señor su ofrecimiento; á pocos días le sobrevino la

última enfermedad, que admitió gustoso y resignado. Tuvo revelación del día de su muerte, que recibió con alegría entre los brazos y lágrimas de los suyos, echando á todos su bendición: dió el alma á su Criador día de Santo Tomás, veintiuno de Diciembre, año de quinientos y setenta y seis, con universal sentimiento de toda la ciudad, que le amaba y veneraba como á Santo. Concurrió, sin ser llamado, al entierro el Obispo, Inquisición, Religiones y toda la nobleza; recibió Dios su alma para estrella de su firmamento en perpetuas eternidades.

EL PADRE ALONSO DE BÁRCENA

Fué de los más fervorosos y queridos discípulos del Venerable Maestro Ávila el P. Alonso de Bárcena, de la misma Religión, hombre de grandes prendas y talentos; trájole el santo varón predicando por los pueblos de Andalucía, evangelizando el reino de los cielos, como los más de sus discípulos. Soldado veterano de esta santa milicia, mudó capitán, mas no ejército; pasó á la Compañía del gran Patriarca San Ignacio (llamémosla así esta vez con venia suya, no lo tendrá á mal Jesús), donde con mayor espíritu continuó los mismos ministerios. De orden de San Francisco de Borja pasó al Perú y á las provincias de Tucumán y Paraguay, donde con celo y sucesos apostólicos convirtió gran número de infieles á la fe de Jesucristo, llevándole este Señor muchas veces milagrosamente de unas partes á otras. En once horas anduvo el camino de ocho días. Toda su vida fué una misión continuada, caminando casi siempre á pie por aquellas dilatadas soledades; pasando de unos pueblos á otros padeció inclemencias del cielo y no pensados trabajos ordinarios en tan frecuentes caminos. Libróle Dios, y por él á muchos, de evidentes peligros de la vida. Sucedió pasar cinco y seis días con sólo la comunión santísima, sin comer otra cosa. Supo los pensamientos y las cosas más ocultas de los hombres; tuvo espíritu de profecía; hablaba en once lenguas de que tuvo especial don; fué perseguido y maltratado por espacio de cuarenta años de los demonios, de quien el varón santo, y por su medio otros muchos, alcanzaron ilustres victorias; fué muy regalado de la Santísima Virgen, de quien fué tierno devoto, y muy favorecido de su Hijo. Estando enfermo en la cama, un Niño Jesús que estaba en un altar en la celda se fué á él y se

le puso en los brazos, con gran gozo y júbilo de su alma; testimonio de la gran santidad de este varón apostólico. Murió á los setenta años de su edad con gran paz y serenidad de conciencia y opinión de Santo.

EL HERMANO GASPAR PEREIRA

Digna es de eterna memoria la heroica virtud del Hermano Gaspar Pereira, de la Compañía de Jesús, hijo querido del Venerable Maestro Ávila. De Evora de Portugal, donde nació de padres nobles, le trajo la fama de nuestro apostólico varón á Montilla para asentar en la escuela de tan gran maestro y criarse con la leche de su excelente doctrina: desde edad de quince años estuvo en compañía del Maestro Ávila, hasta que pasó á mejor vida. Sus virtudes en un aspecto angélico ganaron la voluntad del varón santo; llamábale su Benjamín, y como tal le trataba. Leía á la mesa, acudía á otros servicios proporcionados á su edad; ya en años tan tiernos comenzaron á brotar las flores, mejor dijera frutos colmados de virtudes, compostura, modestia, humildad y rendimiento, con una honestidad rara. Asistió al santo Maestro en su última enfermedad, y estando hincado de rodillas, bañado en lágrimas, entre los que cercaban el santo lecho, le pidió su bendición; díjole el santo varón, para que la alcanzase de Dios en esta vida con prendas de gozarle en la eterna, le convenía entrarse en la Compañía de Jesús, no apeteciendo más grado que el de Hermano coadjutor; con que le dió á besar la mano, y con ella su bendición, que le alcanzó colmadísima: usó con el santo Maestro el último oficio; dióle la vela; cerróle los ojos cuando los abrió á la eternidad. Siguió el consejo después de muchas dudas, ocasionadas de su nobleza y talento y más que medianos estudios de latinidad, y el natural apetito de vivir entre los hombres con mayor estima. Venciólo todo con la divina gracia, ayudado de los ejercicios santos de oración y penitencia, teniendo por oráculo del cielo las palabras del varón apostólico.

Después de haber estado en los Colegios de Montilla y Granada, empleado en ministerios humildes, con mayor seguridad y mérito pasó, por mandado de los superiores, al Perú; residió en el Colegio de Lima con más estimación, ocupado en los oficios manuales de su grado, que si gozara de las mayores pre-

lacías: luce la perla aun en el lugar asqueroso, y el resplandor de la piedra purísima despide sus rayos aun en el lodo. Sobrepujó con su humildad las virtudes de otros; y cuanto más se abatía, tanto más Cristo le sublimaba. Venerábanle los inferiores; respetábanle los iguales, y los superiores le estimaban; tales fueron sus virtudes. Fué su oración continua, la contemplación elevada, y fervorosa la mortificación de todas horas, grande el amor á la pobreza, desprecio mayor de las cosas del siglo. Su amor de Dios fué admirable, su obediencia sencilla, pronta y alegre; jamás quebrantó regla alguna; y en cuarenta años afirmó no haber tenido un cuarto de hora ocioso. La castidad entre todas las virtudes se descollaba ufana; juntó á una gran afabilidad y blandura de condición una entereza religiosa; con la una se hizo amable, ganó con la otra respeto.

La devoción al Santísimo Sacramento, la que aprendió en la escuela del Venerable Maestro Ávila, que acabando un día de ayudarle á Misa, le dijo el santo varón: "Mire, Hermano Gaspar, que el oficio que ha hecho es propio, y ha sido de ángel; tanto, que los que lo son en el cielo se tienen por favorecidos en la tierra de asistir al sacrificio de la Misa.„ Prendió esta semilla en el corazón de este Hermano; túvole hecho siempre un verjel deleitable donde se recreaba el Cordero Soberano. Los últimos años de su vida, cuando su edad y achaques le excusaban de acudir á otros oficios, era continua siempre la asistencia al altísimo Sacramento, festejándole con actos fervorosísimos de amor, en particular los dos días que comulgaba en la semana, dando gracias á Dios continuamente por este gran beneficio. Hallábanle muchas veces tan encendido en el divino amor, que parecía el rostro como embestido de fuego; quedaba como fuera de sí, tan enajenado de sus sentidos, que parecía no ver ni oir. Fué devotísimo de Nuestra Señora: imitóla en todas las virtudes, en especial en la humildad y pureza, que fué rara la de su alma, sin hallar de ordinario el confesor materia para absolverle. La abstinencia en el comer fué grande: unas hierbas cocidas sin sal, un poco de pan basto era su mayor regalo, sin admitirle aun estando enfermo: las penitencias rigurosas le acabaran: la obediencia puso alguna moderación en sus fervores.

Finalmente, fué un retrato vivo, un modelo de un varón perfecto en obras y palabras. La virtud que más campeó en él y le dió mayor merecimiento fué una invicta paciencia en las en-

fermedades, que como en escuadrones le acometieron desde los cincuenta años adelante: los capitanes fueron dolor de ijada, gota, mal de orina: venían de por sí, tal vez juntas, á conquistar la fortaleza de su ánimo, siempre en vano. Fué grande su resignación, y continuas en su boca las alabanzas á Dios. Rindiéronle últimamente los tres años postreros de su vida á pasarlos en la cama, menos los dos días que salía á comulgar. Apretóle el último de los males que dijimos: padeció intensísimos dolores, con que moría por horas: los remedios violentos, más que de alivio le sirvieron de martirio: recibidos los Sacramentos con gran devoción, descansó en el Señor á veinte y uno de Abril del año de mil seiscientos veintisiete, á los setenta y siete de su edad y cincuenta de Religioso.

CAPÍTULO XI

Sumario de la vida del Padre Juan Ramírez.

No tuvo la corte dicha de gozar de la predicación del Venerable Maestro Ávila: fueron varios sus motivos para no dejar la Andalucía: pudo templar este justo sentimiento la predicación del bendito P. Juan Ramírez, de la Compañía de Jesús, predicador verdaderamente apostólico, rayo abrasado en el amor divino, verdadero discípulo del Venerable Maestro Ávila, ó para decirlo en una palabra sola, el P. Maestro Ávila, Religioso. Oímos á nuestros padres la grandeza de la predicación de este varón santo, los grandes efectos de su doctrina: eran sus palabras saetas encendidas, que penetraban los corazones más duros. Fué profeta acepto en su patria: veneróle Madrid, donde había nacido de padres nobles. Desde muy niño se crió al lado del Venerable Maestro Ávila: bebió la leche de su doctrina, y entre el fervor de la predicación suya y de sus discípulos anhelaba emplearse á este ministerio; llegó en tanto la intensión de su deseo, que un día de la Conversión de San Pablo, siendo de dieciséis años, pidió con grandes ansias é igual sencillez al Padre Eterno, por su Unigénito Hijo, le hiciese su predicador; tuvo prendas que fué oído. Ordenóse á su tiempo de sacerdote con notable devoción, y habiendo dado los años de su juventud á los estudios sagrados, se graduó de doctor en Artes y Teología: trató luego con el santo Maestro Ávila si

seguiría el oficio de la predicación; para determinarse quiso oirle una vez; dióle un sermón para que le tomase de memoria y le predicase en un convento de monjas en Córdoba.

Fué á oirle el santo Maestro: en el discurso del sermón, con la novedad y tener delante á su Maestro, habiendo comenzado á decir una autoridad de Jeremías, hizo una digresión, y no acertando á volver al puesto donde había salido, echólo de ver el Venerable Maestro Ávila, y le dijo desde la silla sólo esta palabra: *Aquilon;* con que le puso en camino, y volvió á aquella autoridad que decía: *Ab Aquilone pandetur omne malum.* Acabado el sermón, fué á oir el parecer del Venerable Maestro Ávila: pensó que le había de decir que tomase otro camino; mas como el sabio varón no juzgaba por aquella falta de memoria ó turbación el talento del nuevo sacerdote, con resolución le dijo que estudiase y predicase, que Nuestro Señor le había escogido para predicador de su palabra. Animado con esta aprobación, impaciente del deseo de la conversión de las almas, emprendió este alto y dificultoso ministerio á los veintiséis años de su edad. Comenzó su predicación en Córdoba con notable admiración y aplauso y grandiosos auditorios. Pasó á Málaga, donde fué oído con la misma aceptación, de donde dió cuenta de sus felices principios al Venerable Maestro Ávila, como lo hacía en todas sus cosas. El, como médico experto, para evitar la enfermedad en muchos predicadores peligrosa, le respondió: "Huelgo de que tan bien le vaya á vuestra merced; pero mire haga ese oficio con tanta verdad como si estuviera con la candela en la mano.„

Trájole á Madrid la muerte de su padre al amparo de su madre y hermanas; y Rector del hospital de la Latina (de cuyos fundadores era deudo muy cercano), hacía la vida de un perfecto religioso, según el orden que el santo Maestro Ávila le había dado, que era estar siempre encerrado en casa, ocupado en oración y estudio, sin salir sino á sus sermones. Predicaba con gran fervor y provecho en las parroquias de Madrid; mas deseoso de juntar á la predicación la perfección religiosa, consultó á boca su pensamiento con el Venerable Maestro Ávila, que con gran resolución le dijo: "Entraos en la Compañía, que en ella Dios os amparará.„ Admiró al Dr. Ramírez tan pronta respuesta; díjole que por qué le decía á él tan resueltamente, y no á los otros sus discípulos. Respondióle: "No

penséis que todos harán lo que yo les dijere como vos.„ Obedeció al punto el Dr. Juan Ramírez á la voz del gran siervo de Dios, porque le tenía por hombre por quien hablaba el Señor. Amoldóse fácilmente al instituto de la Compañía: su modo de vivir, el mismo.

Prosiguió por orden de la obediencia el ministerio á que Nuestro Señor le había llamado, y como un apóstol, con extraordinario celo, corrió por toda España, Portugal, aragón, Castilla, Reino de Toledo, sin haber provincia, ciudad y población considerable donde no esparciese la semilla del sagrado Evangelio. Tuvo todas las partes que componen un perfecto y consumado orador. Era naturalmente elocuente; parecía haber derramado Dios la gracia en sus labios; el celo de la honra de Dios y de la conversión de las almas era la joya principal que le adornaba el pecho, de donde salían vivas y eficaces razones para reprender los vicios, para exhortar á la virtud y desterrar el pecado, intento principal de sus sermones. Exageraba comunmente la malicia del pecado mortal cada día con nuevas ponderaciones, y al fin clamaba con una voz que hacía temblar los hombres: "antes reventar que pecar„; palabra que hizo mudar á muchos vida. Faltárame la voz, aunque de bronce, si hubiera de referir las conversiones, la multitud de almas que redujo á penitencia, y cosas particulares en que se mostró la justicia divina severísima contra los rebeldes á sus amonestaciones.

Poblaba las Religiones; predicando en Alcalá, quedaban los generales desiertos. El claustro de la Universidad, después de largo acuerdo, le envió á pedir se templase en el hablar y poner tanta fuerza en las exhortaciones. Respondió que predicaba la doctrina de Cristo, y Él era el que traía á sí la multitud de estudiantes; que no les pesase de lo que Su Majestad hacía. Tuvo particular gracia en reconciliar enemistades y encaminar á la perfección las almas. Apenas había sermón en que no encomendase la limosna, camino real de la salvación de los ricos; hiciéronse grandísimas en su tiempo, y no menos insistía en el modo de vida de los pobres mendigos, gente sin ley y sin Rey, cuya perdición lloraba, parte de gobierno desamparada en la república. En los últimos años que predicó en Madrid y Alcalá exhortaba á esta obra continuamente, y decía en los sermones: "No os espantéis, hermanos, que os repita y enco-

miende la limosna tantas veces, porque cuanto más me llego á la muerte, más gana me da el Señor de encomendaros la caridad, que Él tanto y tantas veces nos dejó encomendada.„

Tuvo grande destreza en el gobierno de las almas, profundo conocimiento de las cosas espirituales. Una buena mujer dábase mucho á ejercicios de devoción sin guía que la encaminase, con que fué fácil perderse: vino á caer en ilusiones del demonio, que fingiéndose ángel de luz, persuadía á hacer exquisitas penitencias y azotarse tan cruelmente, que quedaba como muerta; decíale el enemigo con unas voces muy suaves: "Date, hija, que me son tus azotes muy agradables.„ Con esto la pobre se batía cruelmente; íbase secando y consumiendo, de manera que parecía un esqueleto. Envióla Nuestro Señor un rayo de luz para que reparase si iba bien encaminada; llegó á aquella sazón al lugar el P. Juan Ramírez; acudió á pedirle consejo y remedio; conoció fácimente el ardid del demonio; curóla tan diestramente, que el enemigo la dejó; comenzó vida nueva, fué santa á menos costa, y Nuestro Señor la hizo particulares mercedes.

Las admirables virtudes de este venerable Padre, materia son de un entero volumen; hallaránse en otros volúmenes. Sea epílogo, que por la divina gracia conservó hasta la muerte la inocencia bautismal, con la virginidad y pureza. Despidiéndose en Valladolid del P. Juan Fernández, su grande amigo y siervo de Dios, le dijo estas palabras: "Ya, hermano, no nos veremos más hasta el cielo, porque yo me voy á morir á la provincia de Toledo (como se cumplió); y para que me ayudéis á glorificar á Nuestro Señor, os quiero decir que en toda mi vida no he ofendido á Dios mortalmente; porque cuando niño me crié con la leche del Maestro Ávila, y después en la Compañía.„ Pasó á esta provincia, y últimamente á predicar á Alcalá, donde tanto provecho había hecho: consiguió su deseo de morir ejercitando su oficio. Habiendo predicado una Cuaresma, aún no convaleciente de unas cuartanas, fué el último sermón la conversión de la Magdalena, en que encomendó con notable espíritu la caridad y limosna: predicó con tan gran aliento como si fuera de treinta años.

Otro día le cargaron tantos males, que conoció claramente estar cercano á su muerte: pidió á Nuestro Señor le diese grandes congojas para padecer algo por su amor y sentir

alguna parte de lo mucho que Cristo había sentido en su Pasión. Dióselas Nuestro Señor tan grandes, que no le dejaban hablar ni reposar un momento. Preguntándole si con ellas se olvidaba de Dios, respondió: "Téngole tan fijo en mi corazón, que no puedo olvidarme de Él." Otra vez dijo: "Yo he dicho á mi amado que tenga Él cuidado de mi alma y se encargue de ella, porque las congojas grandes no me dejan hacer lo que querría." Pidió á Nuestro Señor fuese servido de llevarle de esta vida en el día y hora que Cristo murió en la cruz; y como si tuviera respuesta del cielo lo afirmaba, que en aquel día y hora había de morir. El miércoles Santo, después de tinieblas, le dieron el santísimo Viático; y regalándose con su Dios el santo viejo, le dijo: "¡Ay amado mío de mi alma y de mi vida! Si es posible, Señor, si es posible, hacedme esta merced, que muera yo en el día que Vos moristeis por mí." Pidió perdón de las faltas de su oficio: decía por este tiempo á voces: "Perdonadme, Señor, los excesos y demasías que hice en mi oficio en decir algunas curiosidades, que á mí me pesa mucho de ello (de que estuvo bien lejos)." Dijo en esta sazón "que entendía se habían de condenar muchos predicadores, porque tenía Dios librada la salvación de las almas en ellos; y olvidados de esto, miraban más por su honra y estimación que por el provecho y salvación de los prójimos".

Mostró en la ocasión de su muerte una profunda humildad, porque pensando los Padres les dijera algunas cosas de Dios, como lo hacía en vida, sólo atendió á su negocio: mostró pena de que le pidiesen bendición. Llegando ya á la hora deseada, se le quitaron todas las congojas y quedó muy sosegado; y teniendo el rostro sobre la mano derecha, con tanta quietud como si durmiera, sin dar boqueada, dió el alma á su Criador el viernes Santo á las doce del día, á los cuatro de Abril del año de mil quinientos y ochenta y seis, de edad de sesenta y seis años, habiendo gastado los cuarenta de ellos en la predicación, los treinta y uno en la Compañía. Su entierro fué tan acompañado y glorioso como lo fué la hora de su acabamiento: el sentimiento de su muerte, grande; igual la veneración que hicieron á su cuerpo, haciendo las demostraciones que suelen hacerse con los de los Santos, debida á una santidad á todos visos grande.

Otros muchos fueron los que en aquel tiempo de la escuela

del Venerable Maestro Ávila pasaron á la de San Ignacio, donde vivieron con notable ejemplo de humildad y modestia y desprecio de las cosas de la tierra, procurando parecerse á su santo Maestro. Los historiadores de esta sagrada Religión lo testifican con singulares y notables elogios de nuestro Santo: sirva por todos el P. Nicolás Orlandino, que hablando del Venerable Maestro Ávila dice: *Complures ejus discipuli deinceps, et quidem optimi ad nos prodierunt, et inter nos sancte pieque vixerunt, sanctissimeque diem obierunt.* Procedió esta propensión de los discípulos del P. Maestro Ávila á entrar en la Compañía de Jesús del grande afecto que en su Maestro conocieron á esta Religión sagrada, á quien en sus principios favoreció con felicísimos efectos: dícelo así el mismo Orlandino por estas palabras: *Societati vero ipsi plurimum ille auctoritatis, et gratiae sua auctoritate, eximiaque in eam benevolentia comparavit.*

CAPÍTULO XII

Vida y virtudes del Venerable Padre el Dr. Diego Pérez de Valdivia.

Entre los discípulos del santo Maestro Ávila, lucidísimas estrellas de la Iglesia, resplandece con superiores luces el Venerable y santo Padre el Dr. Diego Pérez de Valdivia, varón verdadermente grande, de prodigiosas virtudes, de superior espíritu, de sólida santidad: fué el Eliseo de nuestro gran Elías: heredó su espíritu doblado, parecido en todo á su gran Maestro, á quien procuró imitar, y lo consiguió felizmente.

Fué su patria la ciudad de Baeza, dichosa por madre de tal hijo: sus padres Juan Pérez y Catalina de Valdivia, ricos de bondad y honor más que de otros bienes temporales; de sangre conocidamente pura; dignos padres de este varón santo. Apenas pisó los umbrales de la vida, cuando dió muestras que era elegido de Dios para una gran santidad. Comenzó la abstinencia desde el primer alimento; dicen personas de crédito que les contaba su madre que no podía con él que los sábados le tomase el pecho; de tres ó cuatro años rehusaba los regalos que le hacían las vecinas ú otras parientas, y los tomaba forzado. De seis años ayunaba tres días á la semana; tan temprano comenzó á imitir al Bautista, de quien fué devotísimo: huía las travesuras de niños, ni él lo fué más que en la edad; previnole á

los primeros años el juicio que muchos no alcanzan á los setenta. Aborrecía pláticas deshonestas; amó sobremanera la pureza; conservó virginidad desde la cuna á la tumba; de doce años le llamaban el santo. ¿Quién piensas será este niño? Sin duda la mano de Dios era con él.

Después de las primeras letras de la latinidad, que consiguió felizmente, estudió las Artes y sagrada Teología, en que salió eminente. Conoció por su dicha en muy buena sazón al Venerable Maestro Ávila; diósele por discípulo; resolvió seguir su santa vida; de su consejo recibió el grado de Doctor y las órdenes sagradas, con la estimación debida á tan gran dignidad. Habiéndose fundado los estudios de Baeza, le encargó el Venerable Maestro Ávila la cátedra de la Sagrada Escritura: pudo muy bien fiarse á una gran virtud, á unos lucidísimos estudios. Fué de aquellas escuelas los ejercicios y vida de aquellos primeros Padres ejemplo de santidad, que con sumo trabajo y continuos sudores introdujeron y conservaron por largo tiempo el espíritu del Venerable Maestro Ávila en aquellos primeros catedráticos, los dejamos escritos, su pobreza de espíritu, su celo de la salud de las almas, el criar la juventud en virtud y letras. En todos estos ministerios apostólicos se ejercitó el P. Dr. Diego Pérez con notable perfección. En un curso de Artes que leyó entraron en el Colegio de la Compañía de Jesús de Granada doce de sus discípulos; dos de ellos fueron Provinciales, y el P. Juan Jerónimo, predicador insigne.

De un hecho sólo de este varón santo se conocerá su espíritu y el modo con que entonces se vivía. Avisaron al Venerable Diego Pérez un día de feria en Baeza, que en el mercado y en la placeta del Agua había por las tiendas hombres y mujeres parlando con alguna disolución, dando mal ejemplo; al punto hizo que un bedel tocase á juntar todos los estudiantes; salieron todos diciendo la doctrina cristiana como acostumbraban. Fué en esta forma al mercado; subióse sobre una mesa, y á voces dijo: "Ea, caballeros, damas y galanes, que vendo el cielo; lléguense acá, que le ofrezco muy barato; tres blancas me dan por él, y más barato se da; dase por un golpe de pechos, por un suspiro, por una lágrima; ¿quién le pierde?„ Y habiendo repetido algunas veces estas y otras razones, se acercó la gente, prosiguió su sermón con notable espíritu; todo eran lágrimas, suspiros, con una conmoción grande; convirtió

la profanidad de tanta gente en un auditorio compungido, y acabado el sermón se volvió cantando la doctrina.

Fué eminentísimo en la predicación, con un espíritu tan vehemente y fuerte, que desencajaba de su lugar las piedras y arrancaba de cuajo los árboles de los más arraigados pecadores; unas verdades claras, llanas, sencillas, mas dichas con tan valiente esfuerzo, con un aliento y brío de un ministro verdaderamente apostólico. Las reprensiones demasiadamente rígidas, algunas veces con sentimiento de muchos, que en lugares no demasiadamente populosos oféndense con facilidad los que algo pueden, causa en casi todo el discurso de su vida de grandes trabajos suyos. En una carta de letra del Venerable Maestro Ávila, que tengo original, le dice así: "Avisado soy de parte cierta que aquellos señores están disgustados del modo riguroso y no llano del predicar de vuestra merced, y lo darán así á entender en la obra, si otra vez les viene vuestra merced á las manos; así convendrá mirar mucho cómo predica, para que no haya causa de asirle en palabras. En sus ocupaciones le enseñe Nuestro Señor lo que debe tomar y decir por su misericordia." Este modo de predicar tan de veras, poco grato á los hombres, fué muy agradable á Dios, de grandes efectos y copioso fruto, como adelante veremos.

Habiendo leído muchos años en la Universidad de Baeza con el tenor de vida y empleos de virtud que veremos, el arcediano de Jaén, deseoso de hacer de su dignidad un buen empleo en un hombre de eminentes letras y superiores méritos, puso los ojos en el Dr. Diego Pérez y le ofreció su arcedianato: rehusólo su humildad y pobreza de su espíritu: entre otros que intervinieron para que aceptase, fué el venerable Luis de Noguera; díjole el Dr. Diego Pérez: "Yo la recibiera, Padre mío, si supiera había de dar tan buena cuenta como vos de vuestro priorato." El humilde sacerdote le replicó: "Recibidla, que querrá Dios la deis mejor." Entre estas dudas fué á consultar si admitiría este ascenso con el Venerable Maestro Ávila; él le dijo: "Bien podéis aceptar; mas no os faltarán trabajos, cárceles, persecuciones"; profecía que se cumplió colmadamente. Aceptó esta dignidad.

De Baeza pasó á Jaén á su residencia. Prebenda tan honrosa de tres mil ducados ó más de renta no alteró su modestia, ni su pobreza de espíritu, profesada tantos años con un ejem-

plo raro; toda la renta enteramente la gastaban los pobres; trabajaba en remediar necesidades de alma y cuerpo. Su comida, la misma que catedrático: pasaba muchos días con pan y agua y unas hierbas; tal vez se quedó sin el puchero de su mesa por darle al pobre ó la viuda. Sucedió que para responder á una carta no hubo en su casa un maravedí para comprar un pliego de papel, como se predicó en sus exequias. El vestido modestísimo, sin aumentar más criados ú homenaje de casa que la que tenía en Baeza. La oración duraba hasta las doce de la noche; prevenía con muchas horas al sol en las divinas alabanzas. No se le caían los ásperos cilicios de su cuerpo: ¡notable vida de arcediano! Continuó con su predicación con gran espíritu; cesaron en gran parte los pecados; atajáronse vicios, mejoráronse costumbres; ponía particular cuidado en evitar ofensas de Dios, fin de todos sus trabajos; ayudó grandemente á estos intentos el raro ejemplo de su vida. Dijo un hombre docto, que si hubiera de escribirla, sólo dijera: "Hubo en la ciudad de Jaén un varón santo y perfecto, que vivió según la ley de Dios, guardando su Evangelio, sin faltar un átomo, en penitencia y caridad."

Este su modo de vida mortificada y pobre causó alguna ofensión en los canónigos, y se lo reprendían, que por qué no había de traer pajecillos y lacayos y tratarse con el lustre y ostentación que otros arcedianos de Jaén. Respondía, con alguna sequedad, que las rentas eclesiásticas eran para mantener los pobres, y no para vanidades y ostentaciones de mundo. Renunciόse en él la dignidad contra la voluntad de un poderoso que la quería para cosa suya. La severidad de sus costumbres y santidad de su vida desagradaban á algunos: el modo de predicar, más rígido que agradable, fué escándalo á los que lo cancerado de sus vicios no admitían tan saludables remedios. A pocos lances, torciendo esta ó aquella proposición del púlpito, y maliciándolo todo, acumulando calumnias á calumnias, imputándole proposiciones malsonantes, le delataron en el santo Oficio en Córdoba, con tan poderosos enemigos y una persecución tan grande, que fué bien menester la robustez de su virtud para no desfallecer, y el valor de su ánima y gran fortaleza para golpe tan pesado.

Estando en la cárcel escribió una instrucción á su abogado, que original tengo en mi poder: pondré una cláusula de ella en

que refiere un resumen de su vida; y en casos tan apretados, lícito es y aun necesario valerse de sus defensas; y ninguna en tribunal tan santo como la santidad de la vida, que sanea y da el verdadero sentido á cualquier proposición; porque de cabeza sana nunca salen proposiciones erradas. Son éstas sus palabras:

"Puedo probar mi buen nombre, dondequiera que tienen noticia de mí, de tenerme por católico y recogido y amigo de tal, y que hago fruto; que soy particular aficionado al Papa y á la Iglesia Romana, rogando por ella, y del Santo Oficio. Celoso de todas las leyes, costumbres, ceremonias de la santa Iglesia y de los suyos, y de la veneración de los templos, y que se tenga reverencia á todo género de Religiosos y sacerdotes, y de obedecer á mis Prelados, y rogar á Dios por ellos. Enemigo de novedades, y amigo de ser enmendado y de seguir la común vida y doctrina de los Santos. Como soy recogido, honesto y doy buen ejemplo de mortificación, he obrado verdad, hombre llano, sencillo, claro, humilde con grandes y chicos, y que soy amigo de unión y paz, y no parcial, particular, ni que trato ni hago mis cosas á obscuras, ni ando en secretos. Limosnero, y que doy cuanto tengo y no tengo, á pobres, y tengo especial y gran cuidado de ellos. Que visito hospitales y cárceles, y que suelo ir á lugares públicos á predicar á aquellas pobres mujeres, y acompañar y consolar á los que llevan á ajusticiar. Que ha veinticinco años que leo en las escuelas Artes y santa Escritura, y otras cosas poco leídas, y predico gratis por amor de Dios, ó si dan limosna, la doy á los pobres, trabajando día y noche sin parar; y siendo mi celda como meson de todos, y respondiendo y dando consejo á cuantos me lo piden; los cuales son muchos, y de todo género de gente, los que en mi casa y en la iglesia comunico. Que decía Misa cada día ó los más, y ordinariamente confesaba para decirla; y que desde que me conozco guardo este modo de vivir, sin mudarlo, aunque me vi con un cuento y más de renta; antes me recogí en mí. Que mi modo de predicar es con traza y orden, todo enderezado á la perfección de clara doctrina, y dando razón de lo que digo; y que he sido celoso en reprender sin aceptación. Que he sido siempre aficionado á la santa Teología y santos Doctores de la Iglesia, y doctrina común, piadosa y de edificación. Que desde que hago los oficios de Lector, predicador,

confesor y común siervo de mis prójimos, he hecho mucho y notable fruto dondequiera que he estado, siendo instrumento para conversión de almas y para que se hiciesen muchas buenas obras comunes y particulares en Jaén y Baeza, mayormente en Ubeda, Andújar, Caravaca, Huesca, Marchena y otros muchos lugares, á los cuales me han llamado é importunado fuese á predicar.„

Hasta aquí la advertencia de este santo varón á su abogado; hela puesto gustosamente, porque puede servir de instrucción á los sacerdotes de las ocupaciones de su estado, y cómo deben vivir, y juntamente declaran quién fué el Dr. Diego Pérez, á quien Dios Nuestro Señor, por su mayor corona, permitió esta persecución.

Todos los que conocían la virtud del arcediano confiaban mucho de su inocencia, si bien la calumnia esforzó terriblemente. Duró esta prueba, este crisol, algunos años (así labra Dios sus siervos), que él con increíble paciencia tomó por purgatorio de sus pecados; mas Nuestro Señor, por cuya cuenta corre el honor de los suyos, por medios no entendidos de los hombres manifestó su inocencia, sacó su virtud resplandeciente y clara después de los nublados de tantas calumnias y falsedades.

La causa tuvo felicísimo suceso: salió reconocida su inocencia, su virtud más acrisolada, su espíritu más robusto, y con mayores deseos de emplearse en el servicio de Dios. Aquel tribunal santo le dió por libre, le laureó en testimonio de su verdad y justicia. Volvió á Jaén triunfante: fué recibido con júbilo y universal alegría de los buenos, que le amaban antes por santo, ahora por santo perseguido.

Y porque la dignidad había sido la causa de la gran tempestad de sus persecuciones, aunque pasada, podía esperar gozarla con tranquilidad, la renunció tan animosamente como si le quedara otra tanta renta. Procuró el Obispo detenerle; no fué posible. Respondióle estas palabras: "Reverendísimo señor: si vuestra señoría no gusta que yo muera en la cárcel del Santo Oficio preso, no me persuada tal„: con que dió á entender el origen de sus prisiones. Viéronse en sus perseguidores mil desdichas.

Por este tiempo ó antes de estas borrascas el Sr. D. Felipe II le hizo su predicador, con orden de ir á servirle; envió la

carta al Venerable Maestro Ávila para que le aconsejase lo que fuese más agradable á Nuestro Señor: el santo Maestro Ávila le respondió estas palabras: "¡Jesús! Hijo, no le dió Jesucristo Nuestro Señor corazón para palacios, sino para salvar las ánimas por quien nuestro Maestro dió su Sangre„: con que no aceptó este puesto, que ha sido ocasión á muchos de grandes dignidades.

Tomó resolución de seguir la desnudez de su Maestro el Venerable Juan de Ávila, y desasido de todo apoyo humano, confiado en la divina providencia, predicar el Evangelio evangélicamente. Determinó pasar á Roma, y con la bendición del Sumo Pontífice y su licencia ir á tierra de infieles á predicar el Evangelio con vehemente deseo de ser mártir. Partió para esto á Valencia, donde habiendo intentado su navegación, por el mal temporal no tuvo efecto: empleóse algún tiempo en predicar en esta ciudad con aquel su grande espíritu; malquistáronle algunos al principio con el Patriarca D. Juan de Ribera, que conocida su gran santidad, le estimó y veneró mucho.

En esta ciudad le honró el cielo con una gran calificación, de que hacen gran estima cuantos hacen mención del venerable Diego Pérez. Florecían por este tiempo en Valencia dos resplandecientes lumbreras: los Beatos Fray Luis Beltrán y Fray Nicolás Factor, honor de aquella ciudad y lustre de las religiosas familias de los Santos Patriarcas Santo Domingo y San Francisco. El cronista del P. Fray Nicolás, en el cap. XXXVII de su historia, cuenta que un día de Resurrección el Beato Fray Luis Beltrán y el Dr. Diego Pérez, gravísimo y famoso predicador, enviaron á decir al P. Fray Nicolás que le querían ir á dar las Pascuas; respondió que no viniesen, que él iría á casa del Doctor, y juntos irían á ver al P. Fray Luis Beltrán á su convento; y añadió: "Decidle al Doctor que haga gracias á Dios, que ha convertido á un gran pecador en el sermón que hizo en la iglesia mayor el viernes de Lázaro, el cual se había dado más de veinte pellizcos en los brazos entretanto que predicaba.„ Esto decía por sí mismo, conociendo cuán gran pecador era, ¡oh maravillosa humildad, que no poco declara la eminencia y energía de nuestro predicador! Otro día fueron los santos Fray Nicolás y el Dr. Diego Pérez á la celda del Beato Fray Luis, donde gastaron hablando de Dios toda la tarde; allí, con ocasión de una grande humillación que intentó hacer, el P. Fray Nicolás

quedó elevado muy gran rato; y volviendo del rapto, alzó los ojos y dijo al P. Fray Luis Beltrán estas palabras: "Padre, ni tú ni yo aprovechamos." Y volviéndose al Dr. Diego Pérez, dijo: "Este sí, porque le ha comunicado Dios don apostólico." Ilustre testimonio, gran calificación de la santidad, del acierto de la predicación del Dr. Diego Pérez, dado por persona de tan gran nombre y en ocasión tan notable.

Pasa á Barcelona: queda de asiento en esta ciudad.

No habiendo podido en Valencia ejecutar su jornada, partió á Barcelona con el mismo intento, por el año de quinientos setenta y ocho: tres veces se hizo á la mar; tres veces por temporal le volvió el mar á la tierra, con que se persuadió no era voluntad de Dios dejase á España, y así resolvió quedar de asiento en Barcelona, dichosísima por haberle conocido. Fué la ocasión de que quedase en esta ilustre ciudad el canónigo Vila, doctor en Teología, que después fué Obispo de Vique; tenía conocimiento del santo Diego Pérez por haberle oído leer en Baeza; dijo á los Consejos de la ciudad que tenía allí un hombre célebre en Letras sagradas y ejemplo raro de vida, que convenía detenerle, dándole una cátedra en la Universidad; diéronle la de Escritura con ciento cincuenta escudos de estipendio. Comenzó luego á predicar con tanto fervor y espíritu, que le seguía la ciudad toda con notable aplauso y grande aprovechamiento.

Procuráronle casa acomodada las monjas de los Ángeles, que les pagó con buenas obras, siéndoles confesor y Padre de espíritu; fueron grandes las medras en la virtud de estas Religiosas, y hubo algunas con opinión de santidad. Malquistóle con algunas un caso, que parecerá ligero, mas en la estimación de los cuerdos muy considerable. Cantaban las Religiosas el Oficio divino en canto de órgano, con demasiada afectación y tono, más agradable al oído que por ventura decente á la majestad del culto, ocasionaba que los hombres volviesen el rostro al coro por mirarlas; reprendiólo con alguna aspereza el P. Diego Pérez, y pidió se remediase; siguieron algunas su consejo, y entre ellas la Priora; fueron otras de contrario parecer, y por medios que se hallan fácilmente, indignaron al Obispo de Barcelona D. Juan Dimas Loris, desacreditándole de suerte, que

al encontrarle por la calle le volvía el rostro por no verle. Allegaron delaciones de algunos que referían sus cosas y doctrina con torcido afecto. Fueron grandes las contradicciones é inquietudes con que el demonio procuró desacreditarle á los principios y echarle de Barcelona. Mas á pocos lances, informado el Obispo del ràro ejemplo de su vida y virtudes y santidad, le envía á llamar; y pidiéndole el santo sacerdote la mano para besársela, intentó besársela el Obispo, y de allí adelante le estimó y honró con grandes demostraciones, sin hacer cosa de importancia del gobierno eclesiástico sin su consejo, y le encomendó los negocios más graves de su obispado; y de verdad fué este Prelado sobremanera dichoso, porque le envió Dios un gran coadjutor de sus obligaciones.

Otro accidente le pudo sacar de Cataluña, que parece le había cabido en suerte de su apostolado, como el Andalucía al Venerable Maestro Ávila. Deseó el Obispo de Jaén volver á su obispado al Venerable Diego Pérez, doliéndose que le faltase tal hombre; escribióle se volviese, moviéndole escrúpulo cerca del cumplimiento de cierta obra pía que tenía á cargo, á que él había dejado bastantemente prevenido: fué ésta como una porfía que duró algunos años, inventando varios medios y estratagemas para sacarle de Barcelona; últimamente envió por él un canónigo con carta de creencia; tomó juramento el canónigo que no revelaría lo que le dijese. Hecho, le intimó el mandato del Obispo de que volviese á Jaén; mas por una carta que se escribió á un Padre capuchino, en que le decían respondiese con aquel canónigo que iba por el Dr. Diego Pérez, avisaron al Obispo Dimas, que vino en persona en casa del venerable Doctor, y por obediencia le mandó que no partiese; y el Consejo de la ciudad, por salir de estos riesgos y asegurar de una vez su Apóstol, el año de quinientos y ochenta y cinco pidió á la Majestad de Felipe II, que estaba en Monzón, teniendo Cortes á las tres coronas, que mandase al Dr. Diego Pérez no dejase á Barcelona, y al Obispo de Jaén que cesase de su intento. Respondióles S. M. esta carta:

"Amados y fieles nuestros: habiendo visto una carta de catorce de Octubre, y en ella nos suplicáis mandemos al Dr. Diego Pérez no haga ausencia de esa nuestra ciudad por el notable fruto que en ella hace, con el fin que tenemos de complacer á nuestra ciudad en lo que se le puede dar satisfacción, habemos

mandado escribir al Obispo de Jaén que tenga por bien de que quede en esta ciudad; y al dicho Doctor que lo haga así; y se os envían las dichas cartas para que las deis y enviéis como más convenga. Dada en Monzón á veintitrés de Octubre de mil quinientos y ochenta y cinco.—YO EL REY.„

La carta para el doctor decía así: "Amado nuestro el Dr. Diego Pérez: habiéndonos hecho entender esa nuestra ciudad el mucho fruto que en ella hacéis con vuestros sermones y buen ejemplo, y que tratáis de hacer ausencia de ella por haberos enviado á llamar el Obispo de Jaén, de cuya diócesis sois, y por lo que deseamos complacer á esa dicha ciudad, y porque no falte en ella tan buen ejemplo y doctrina como vos los enseñáis, habemos mandado escribir al dicho Obispo, que tenga por bien que quedéis ahí, y de vos seremos muy servidos que así lo hagáis, por ser tan conveniente al servicio de Nuestro Señor. Dada en Monzón á veinticuatro de Octubre de mil quinientos y ochenta y cinco.—YO EL REY.„

Toda la estima que la ciudad de Barcelona hizo del Dr. Diego Pérez de Valdivia la mereció muy bien por su doctrina, por sus virtudes y ejemplo, por las buenas obras que de él continuamente recibía; y dejando á los que dilatadamente trataren de sus cosas todo el campo, pondremos como los sumarios de los capítulos, que llenará el que intentare esta empresa.

Leyó continuamente su cátedra de Escritura sagrada con gran concurso de gente principal y de todos estados, con grande aprovechamiento de los que le oían; porque no sólo en su lectura miraba á la erudición, mas principalmente á las costumbres; y en tiempo de vacaciones ó feriados, que no se acostumbra leer, porque no estuviesen ociosos sus oyentes, leía en la iglesia de Santa Ana el Apocalipsis de San Juan ó Epístolas de San Pablo, ú otro libro, y un año leyó en su casa la Cosmografía.

Su principal ejercicio fué la predicación, sin faltar casi todos los domingos y fiestas de entre año, y las Cuaresmas enteras. Su modo de predicar fué á lo apostólico, con un espíritu y fervor tan grande, con un celo tan de la primitiva Iglesia, que parecía un Elías: era en el púlpito un león, en la conversación familiar un ángel, en el confesonario manso como una oveja. Su tema, como la de su Maestro, Cristo crucificado, su amor, su cruz, sus trabajos, plantar la verdadera mortificación en los orazones, vocear contra los vicios, exclamar contra las ofen-

sas de Dios, exagerar la fealdad del pecado, reprender trajes, abusos y todo aquello que aparta de la virtud é inclina al vicio. Decía que no había de predicarse viniendo á partidos en el púlpito, ni darse licencia ó permisión en cosa de que con facilidad se puede resbalar á lo que no fuere lícito; que en el confesonario se había de censurar lo que era ó no pecado, en el púlpito reprenderlo todo: este su modo de predicar tan rígido, hizo increíble fruto: reformó aquel Reino, mejoráronse costumbres, y se vió Cataluña tan llena de virtudes, cual nunca en los siglos que pasaron, ni se han visto en los que se siguieron. Ganó la voluntad de los buenos, y tan gran autoridad y crédito, que en la ciudad y todo el Principado le llamaban el Apostólico. La santidad de su vida y la verdad con que ejercitó este tan importante oficio le merecieron tan honroso título. Reprendíanle algunos de que en los sermones repetía una cosa muchas veces. Respondía: "Si diciéndolo muchas veces no se enmiendan, ¿cómo se han de enmendar diciéndoselo una vez?„

Fué celosísimo de la honra de Dios; persiguó, sin desistir de la empresa, los vicios y pecados públicos. Tenía casa de juego cierto caballero, con escándalo notable y muchas ofensas de Dios: eran continuas las reprensiones contra este seminario de pecados: amenazáronle que le matarían si trataba más de la materia; no le permitió su celo dejar de asestar contra este vicio; dijo un domingo en el púlpito que le habían puesto un pistolete á los pechos, amenazándole de matarle si no cesaba en las reprensiones; pero que él no cesaría de reprenderle y de dar voces hasta que fuese muerto, ó remediado aquel daño; remedióse, y él quedó con vida, que los valientes espíritus no se acobardan con estas amenazas.

Fué gran perseguidor de las comedias, bailes, máscaras, en Barcelona frecuentes; reprendíalas á voces si las topaba en la calle; escribió un libro contra ellas; y á vivir más, sin duda las quitara. Hubo grandísima reformación en esta parte, y reprendió desde el púlpito al Virrey públicamente, porque habiéndole rogado que no diese licencia para bailar públicamente en carnestolendas, no lo había hecho; representóle en el sermón con maravilloso artificio los daños que se han seguido en el mundo de complacer á sus mujeres los que tienen cargo de gobierno público. Para evitar en parte los inconvenientes que suelen ofrecerse en este tiempo, fué el primero que intro-

dujo que los tres días de carnestolendas estuviese el Santísimo Sacramento descubierto en la iglesia de Belén y en San José de los Padres descalzos carmelitas.

Introdujo la frecuencia de los Sacramentos y gran veneración al santísimo sacramento de la Eucaristía, en que había algunas inadvertencias. Hizo que en las Octavas del Corpus y todas las veces que estuviese patente este divino Señor sacramentado estuviesen todos descubiertas las cabezas, ignorancia en que no se reparaba; y predicando en Santa María de la Mar, estando descubierto el Santísimo Sacramento y cubierto el Virrey, le reprendió ásperamente hasta que se descubrió, asentando este debido respeto. Reformó algunos abusos el día de la procesión del Corpus, á que asistían en coches y caballos con grandísima indecencia.

Fué celosísimo de la honra de los templos, en que cargó la reprensión en los sermones; no podía sufrir se hiciese paso por ellos, ni se tratasen negocios, ni se atravesase con cosas de comer ó alhajas viles, ni que delante de las puertas en días solemnes se vendiesen golosinas y ramilletes. Mas en lo que era implacable, y justamente, de que hablasen hombres y mujeres, y no se estuviese con el respeto debido á la gran Majestad de nuestro Dios que allí asiste. Si veía que algunos mozos miraban á las mujeres ó las hacían señas, no quería pasar adelante en el sermón; paraba hasta que se quitasen de allí y ellas se cubriesen y retirasen. Lo mismo hacía si hallaba por la ciudad hablando á mujeres mozas; reprendíalas severamente, y hacía se apartasen los unos de los otros. Entrando un día en la iglesia de los Ángeles halló un caballero mozo, hijo de un Grande de España, hablando con una mujer de mala fama con postura no decente; reprendióle con notable brío, diciéndole: "Mal hombre, ¿en casa de mi amo habéis de estar vos de esta manera?„ Y como el caballero tomase por la mano á la mujer diciendo que era su hermana, le tomó por los cabezones y le sacó de la iglesia.

Tenía en estas acciones un valor, un cierto modo de imperio, que hacía que le temblasen. Estando predicando en San Justo, se andaba paseando por la iglesia un caballero forastero con sus criados; reprendióle desde el púlpito; aguardóle el caballero á que saliese del sermón, y á la puerta de la iglesia preguntó al santo Doctor si le conocía. El, arrebatado de un

celo grande de la honra de Dios, con un brío notable le dijo: "¿Sois vos más que Dios?„ Le atemorizó tanto que se hincó de rodillas y le pidió perdón. Un día de San Antonio Abad, yendo á visitar su iglesia para ganar las indulgencias, encontró á un noble de la ciudad que iba á caballo con el mismo intento; tomó la rienda y le hizo apear, diciéndole que era muy grande inadvertencia ir á ganar indulgencias y no querer trabajar un poco para ganarlas.

Mirábanle todos con un respeto y la veneración que á un Apóstol venido del cielo para la reformación de aquel Reino. Dió muestras de tener espíritu profético, y los casos pudieron persuadirlo fácilmente. Predicando un día en Santa Ana, donde tenía la Cuaresma, estaban dos señoras de lo principal de Barcelona oyéndole junto á la capilla del Sepulcro, distancia grande del púlpito; dijo la una (debía de ser culta, tan antigua es la dolencia): "¡Válgame Dios! que este hombre no se alzará dos dedos de la tierra, ni dice sutilezas.„ No habiéndolo podido oir naturalmente, al mismo punto se volvió hacia ellas y dijo mirándolas: "Yo no vengo aquí á decir sutilezas, sino á reprender vicios de los pecadores.„ Otro día, en la misma iglesia, estando unos caballeros debajo del coro, oyéndole, muy apartados del púlpito, el santo predicador, arrebatado de aquella su vehemencia, reprendía los vicios y pecados; dijo con voz baja uno de los caballeros: "Este hombre parece que predica á luteranos.„ Al instante el santo Doctor volvió hacia ellos, y dijo: "Yo no pienso que predico á luteranos; porque aquí, por la gracia de Dios, no los hay, sino á cristianos pecadores.„

Era muy ordinario (si veía convenir al servicio de Dios y provecho de las almas) referir en los sermones las cosas que se decían de él en las conversaciones. Dos mujeres de lustre habían una noche dicho mucho mal del P. Diego Pérez, y en particular la una, que había sido su hija de confesión, y le había dejado porque la reprendía algunas cosas que ella pensaba que podía hacer; dijeron hartos disparates; hubo en la conversación una buena mujer (que lo depone) que le defendió valientemente; halláronse el día siguiente todas tres en la parroquia de San Miguel, donde predicaba; y sin haberle dicho palabra de lo que había pasado, refirió en el sermón todas las palabras que habían dicho contra él, y las de su defensa; y añadió, que los que le querían bien no volviesen por él, que Dios le defen-

dería; y remató con decir: "¡Bueno fuera que el P. Pérez les diese licencia para lo que ellas quieren!„ Quedaron espantadas.

Mas lo que causó mayor admiración fué, que un día que predicaba en Santa María de la Mar, estaban en el auditorio dos mujeres muy compuestas, ó por mejor decir, descompuestas, haciendo ostentación y aun provocando con su gala; viendo subir al santo Doctor al altar á tomar la bendición, dijo la una á la otra: "Cubrámonos, no nos afrente el P. Pérez.„ Estando tan lejos, que fué imposible oirla, en subiendo al púlpito comenzó su sermón con estas palabras: "Decid, buenas mujeres: ¡no habéis tenido respeto á Dios, y por haber visto este pobre viejo habéis cubierto las cabezas!„ Y dando voces como un león, replicó estas palabras: "Aquí de Dios, que me habéis tenido á mí respeto, y no á Dios; pues callad, que vendrá el día de Dios.„

Profetizó la peste que el año que murió vino á Barcelona. Pasó así. Entre las cosas en que puso mayor cuidado fué en la observancia de los días de fiesta, que se profanaban en Barcelona irreparablemente; las tiendas abiertas, y tratar y contratar con poco menos publicidad que en días de trabajo: reprendió mucho esto en los sermones, y lo remedió en gran parte. Opúsosele un boticario, que era de Consejo de la casa de la ciudad, y por todos medios procuró estorbar los intentos del venerable Doctor, y se dejó decir públicamente con enojo, que á pesar del P. Pérez había de tener su tienda abierta, y que no había de venir él á mandarles. En un sermón que hizo, día de San Juan Bautista, dijo estas palabras: "Buen viejo, vos que sois de Consejo, y que tenéis tantas canas, ¿decís que á pesar mío se abrirán las tiendas los días de fiesta? ¿No veis que yo soy un pobre viejo y un no nada, y que no hacéis ese pesar á mí, sino á Dios? Pues yo aseguro que en los días de hacienda las cerraréis, porque os enviará Dios una peste que os las hará cerrar; y esto lo veréis vosotros, y no lo veré yo.„ Cumplióse puntualmente, porque el santo varón murió por los principios de quinientos ochenta y nueve, y en Junio y Julio siguiente comenzó la peste de Barcelona, que hizo notable estrago. Mas todos los cuerdos tuvieron por mayor daño y castigo más severo el haberles llevado Dios este gran Padre que el azote de la peste, aunque muy severo; y parece le quitó Dios delante para descargar el golpe que su oración y santidad podrían en alguna manera detenerle.

Prosigue la materia anterior: sus escritos y virtudes.

Al continuo trabajo de leer y predicar se llegó el de sus escritos, en que si hubiera gastado el tiempo que residió en Barcelona, le hubiera empleado fructuosamente; son éstos: un tomo, su título *Documentos saludables para las almas piadosas* que con espíritu y sentimiento quieren ejercitar las obras y ejercicios que Jesucristo Nuestro Señor y la Santa Iglesia Católica Romana enseña. Forma en este libro un cristiano cuidadoso y que obra con advertencia y mérito, intencionando las obras que en sí buenas, por hacerse sin atención se pierdan; al fin de este libro pone una instrucción para ermitaños, con doctrina que alcanza á todo estado de personas. Otro, unos discursos espirituales sobre la vida y muerte de la princesa de Parma. Un tratado en alabanza de la castidad, efecto de la que tuvo. Un tratado de la frecuente comunión y confesión, muy cuerdo y grave. Un libro grande, que llama *Camino y puerta de oración,* en que facilita este ejercicio á toda suerte de estados. Un tratado de la singular y purísima Concepción de la Madre de Dios. Otro anda con él, que intitula: *Explicación sobre el capítulo segundo, tercero y octavo del libro de los Cantares de Salomón.* Otro pequeño contra las máscaras. Mas donde se excede á sí mismo en volumen y substancia es en el libro que llamó *Aviso de gente recogida y especialmente dedicada al servicio de Dios,* en que trata de los peligros de personas de espíritu, y en particular de toda suerte de tentaciones, con gran conocimiento de esta materia.

Estos libros, además de ser muy doctos, están escritos con tan grande acierto, con un estilo tan sencillo y llano, que la persona de más corto caudal puede bastantemente entenderlos sin ser necesarios comentarios y defensorios. Ostentan asimismo la profunda inteligencia que este Padre alcanzó en el arte dificultosa de gobernar almas: fué en esto tan gran Maestro, que por ventura en su tiempo (dejo á su gran Maestro, á quien sobrevivió veinte años), no hubo hombre de mayores noticias ni de más acertadas experiencias. En la prefación del último de los libros que dijimos, dice era de setenta y dos años, y habia cuarenta y ocho estudiado estas materias, y treinta y dos tratado

con conciencias, y pasado por sus manos cosas innumerables, visto, leído y comunicado hombres doctísimos. Alcanzó un magisterio en esta parte y una doctrina tan sólida, que se puede seguir seguramente y creer á quien la santidad, las letras, la edad, la experiencia, el haberse criado al lado del Venerable Maestro Ávila y una gran luz de Dios le hicieron prudentísimo.

Estos talentos no los tuvo ociosos, porque en cuantas partes estuvo, como si no atendiera á otra cosa, fué Padre espiritual de innumerables personas: comunicólas, guiólas, mejorólas, sacó aventajadas almas: fué continuo en el confesonario: muchas veces le vieron, en acabando de predicar, sin desnudarse, sentarse en la escalerilla del púlpito y oir de penitencia á cuantos llegaban. Todas las personas espirituales de las ciudades donde residió fueron fruto de sus manos. Su casa, oficina de virtud, abierta siempre á cuantos quisieron valerse de su espíritu, oyendo á todas las personas, por bajas y humildes que fuesen, respondiendo á todas las preguntas con una paciencia y mansedumbre increíble: escribió cartas y avisos á los ausentes, perseverando continuamente en un perpetuo trabajo. Mas las que participaron con ventajas del espíritu y celo de este gran siervo de Dios fueron las monjas de casi los conventos todos de Barcelona, á quien confesaba y hacía pláticas, que como parte más bien dispuesta, dió grandes frutos de virtudes.

¡Qué ojos podrán fijarse en el resplandor de sus virtudes! Desfallece mi vista cuando debiera alentarse, vencida de la fuerza de sus rayos; mayor aliento, mayor vigor pedían; mas fueron tan esclarecidas, tan heroicas, que como un sol resplandeciente vencerán las nieblas de mi cortedad é insuficiencia. Su casa fué un recoleto monasterio; tenía en su compañía buen número de clérigos; vivían religiosamente con gran recogimiento y concierto; ocupábanse en estudiar, escribir, dados á la oración y lección y otros ejercicios piadosos; algunos ratos del día, en hacer ciertas trenzas ó cuerdas de esparto para no estar ociosos ni un momento; sustentábalos con el estipendio de la cátedra y lo que sacaba de la impresión de los libros y limosna; fueron hombres de gran virtud; en especial un Padre de Calatrava era su confesor, de quien hizo mucha confianza. Su aspecto fué de santo, venerable y grave; la composición exterior admirable; su mesura con gran edificación de cuantos le miraban; fué mansísimo y cortés; el trato, de un ángel; sus

palabras siempre espirituales, sin que jamás se le oyese alguna ociosa ó inútil.

Profesó la virtud de la pobreza evangélica en su mayor rigor; su vestido pobre y humildísimo; anduvo siempre á pie; las alhajas de su casa humildes y precisas, y que más al uso, servían á la penitencia, de que fué amantísimo. La cama un colchoncillo; él la hacía, sin que consintiese llegar á ella otras manos; una cruz de madera grande á la cabecera. No se encendía jamás fuego en su casa, ni se comía hasta el mediodía; de casa de una persona devota se le traía una modestísima comida; la salsa, la lección de libros santos y pláticas espirituales; no era la comida común, que su rara y penitente abstinencia se contentaba con un poco de carnero cocido en agua sin sal; estos eran sus platos regalados y sainetes: jamás cenaba; con una moderada colación pasaba toda la noche. Traía de ordinario ceñida al cuerpo una gruesa cadena de hierro con unas púas que le lastimaban; dióla á una persona confidente para hacer otra por ella; derramó algunas lágrimas por verla esmaltada con su sangre.

Tenía en su casa una capilla retirada en que decía Misa; los ornamentos en extremo pobres; un Cristo de talla que tenía en el altar, no vino en que se le diese de encarnación, pareciéndole faltaba á la pobreza. La Condesa de Miranda, siendo Virreina de Cataluña, se confesaba con él, y con su piedad deseó mejorarle de ornamentos y colgarle la capilla con algunas sedas; su espíritu pobrísimo no consintió este adorno; fué desasidísimo de cuanto el mundo estima. Dejó el arcedianato de Jaén, la cátedra de Baeza, su patria, la estimación que tenía entre los suyos; partió á Roma, de donde, desconocido, pensó ir á predicar á infieles. No aceptó ser predicador del Rey, y las medras que de puesto tan honroso podía prometerse; y es opinión constante, fácil de creer en aquel siglo, que la Majestad de Felipe II le presentó en un obispado, que no admitió su humilde conocimiento.

Fué su humildad un prodigio; léanse las prefaciones de sus libros, donde usa de términos tan abatidos y humildes para aniquilar su persona, como si fuera un hombre lego que escribiera de cabeza; en el prólogo del tratado *De la limpia Concepción* comienza con estas palabras: "Maravillarse ha, por ventura, el cristiano lector cuando leyere ú oyere que un hombre

tan sin devoción y letras, y tenido por tan riguroso, haya osado tomar la pluma para escribir la limpia Concepción de Nuestra Señora.„ Esto dijo un catedrático que leyó Escritura cuarenta años. Y en la prefación del libro de la oración dice: "Bien veo que dirá el lector: ¿pues un hombre bajuelo como vos os atrevéis á escribir de una materia tan alta como la oración?„ Y palabras equivalentes se hallan por todos los libros. Pidióle una persona grave un sermón; envióle un hermano suyo estudiante á acordárselo; preguntó si estaba en casa el P. Apostólico; atravesóle la palabra el corazón; bajó con aquella su santa indignación, y después de haber dicho de su persona muchas bajezas, le dió una grave reprensión porque le llamaba Apostólico; en esta parte pudo conseguir poco; con este honroso título le conocía aquel reino.

Su castidad y recato fué admirable; es opinión asentada que fué virgen; así lo afirmó el P. Lorenzo, de la Compañía de Jesús, en el sermón de sus honras, y lo afirmaba su confesor; y de esta virtud fué fruto el libro *De la Castidad*, donde habla de la virginidad tan altamente. De su recato en el hablar con mujeres, guarda de esta virtud, me valdré de una grande autoridad, que saneará mi crédito. El Maestro Juan Francisco de Villava, Prior de Javalquinto, en el docto tratado de los Alumbrados, que anda al fin de sus *Empresas espirituales*, en la advertencia segunda de la doctrina de San Juan Crisóstomo, casi al fin del libro, reprendió el poco recato de algunos en el tratar mujeres, que hacen profesión de espíritu; dice, poniendo al margen al Dr. Diego Pérez: "Y si los que se defienden con decir que no es su trato con galanas, y que por tanto no es razón que de ellos se presuma cosa fea, no obstante que se ponga en la ocasión, podrán engañar á los bobos, y no á una persona que yo conocí de las mayores prendas de letras y santidad que pisó nuestra tierra, que solía decir que no se atreviera él á ponerse sólo en un aposento con una disforme negra de Etiopía, porque el demonio, cuando quiere y le dan lugar, es mejor pintor y más diestro que Apeles y Miguel Ángel: y sobre lo más disforme y feo sabe poner matices de cielo y sombras de gloria, como cada día se ve por experiencia de personas, que dejando á sus mujeres como unos serafines, se mueren por esclavas y fregonas.„ Hasta aquí el Maestro Villava. Esto decía de sí un hombre de tan consumada santidad. Esta humildad fué su

mayor defensa; que confianzas indiscretas han sido despeñadero de muchos.

Su amor de Dios fué ardentísimo, igual el celo de su gloria, extremado en el amor del prójimo, para cuyo beneficio parecía haber nacido. Su oración continua y elevada; gozó en ella muchas visitaciones divinas; tuvo muchas luchas con los demonios; sus compañeros le oían hablar con ellos; tratábanle con crueldad, ofendidos de las presas que les sacaba de las manos; apretábanle á veces de manera, que el santo viejo no podía respirar; y habiéndole una noche echado por una escalera, y pensando los enemigos que le dejaban rendido, él les decía á voces: "Aquí estoy: si sois demonios, en el nombre de Dios volvamos á la pelea.„ Desaparecieron afrentados; tuvo notable imperio sobre ellos, y expelió algunos que tenazmente poseían y atormentaban los cuerpos. Pasó esta virtud á sus reliquias.

Mas la virtud que con admiración le hizo amable y campeó más en este siervo de Dios, fué la caridad con los pobres: apenas tenía para el sustento moderado de su casa; molestábale la necesidad ajena; fueron grandes las limosnas que hizo, las miserias que remedió; cualquier regalo que le hacían, que la prudencia cristiana obligaba á recibirle, iba á los pobres de los hospitales; era muy inclinado á remediar necesidades de religiosas; todos sus ahorros eran para tener con qué contentar al pobre; dió tal vez las sábanas de la cama. Saliendo un día del estudio general de Barcelona, se le puso delante un clérigo forastero, sin tener cosa con qué cubrirse; pidióle limosna; quitóse el manteo que tenía puesto, dióle al pobre, fuese en cuerpo, nunca más bien adornado en los divinos ojos. Como lo veían tan fiel dispensador de lo propio, le ayudaron muchos con grandes cantidades de dinero; nunca le faltó qué dar. Una noche, dadas las diez, tocaron á su puerta, y preguntaron por él; los compañeros no le dejaban bajar, temiendo que alguna persona, á quien hubiese ofendido reprendiendo, quisiese hacerle algún daño; él respondió que le dejasen ir, que no le haría Dios tanta merced que le matasen por esa causa; bajando á la puerta le dieron una gran suma de dinero y mucha ropa, de que venía una carga. Reformó el hospital general, y puso buen orden en el servicio de los pobres; servíanle franceses; hizo que todos los sirvientes fuesen naturales y los vistió de

sayal; y con las frecuentes visitas que los hacía, y sus limosnas, y lo que las encargaba en los sermones, se mejoró el partido de los pobres en número y regalo.

El año de quinientos ochenta y uno fué estéril en aquel reino, y grande el concurso de pobres de Barcelona; insistió se erigiese el hospital de la Misericordia, donde se socorriesen los pobres y se doctrinasen, y en él se recogiesen las criaturas que andaban perdidas por la ciudad; consiguiólo, venció grandes dificultades y contradicciones; fué obra heroica: críanse en este hospital gran número de niños, y les enseñan oficios y ser cristianos. En reconocimiento de esta hazaña se puso un retrato suyo en este hospital. Extendióse su misericordia á los pobres de la cárcel; eran muchos, mayor su necesidad; hizo les dijesen Misa, había tiempo no la oían; reedificó una capilla y la proveyó de ornamentos; erigió una congregación de hombres píos, que cada día les llevasen una olla para su sustento. Apenas hubo obra pía que no recibiese aliento de su misericordia.

Con estas obras y vida alcanzó tan gran opinión, que le tenían todos como un apóstol, un profeta, un ángel del cielo; llamábale la ciudad á todas las consultas graves que se ofrecían; daba su parecer, sin pasión, á gloria de Dios y provecho del bien público. Su autoridad más que de hombre, fué árbitro de la paz pública; componía todas las diferencias y discordias públicas y particulares; compuso un gran encuentro entre el Virrey y el Obispo sobre llevar éste una silla en la procesión del *Corpus;* temiéronse grandes pesadumbres y escándalos; mas el venerable Doctor, con su prudencia y autoridad, los redujo á una amigable concordia. El año de quinientos ochenta y ocho hubo una grande discordia entre la ciudad y el Virrey; pasó tan adelante el desconcierto, que una compañía de quinientos hombres acometió al palacio, y comenzaban á disparar, y la gente de la ciudad les seguía; acudió con gran presteza el Venerable Diego Pérez; fué tanta su autoridad y la opinión de su virtud, que con sus persuasiones les hizo dejar las armas y salir de los zaguanes de palacio; atajó aquel tumulto sin que sucediese la menor desgracia; asentó un amigable acuerdo.

Empleado en tan heroicas obras, tan del servicio de Dios, le parecía que era siervo inútil y no hacer nada; todas sus ansias eran de ser fraile Capuchino; intentólo varias veces; opúsose el Obispo, y los Prelados mismos de la Religión no vinie-

ron en sus ruegos, y se lo disuadían, por no impedir el gran fruto que hacía; mas murió con estas ansias; en su testamento dice estas palabras: "Deseo que los Padres capuchinos lleven mi cuerpo, ó le hagan llevar á Monte Calvario, y allí me entierren cerca de ellos; que ya que en vida deseé estar con ellos y ser su compañero, y no pude, sea siquiera muerto." Favoreció grandemente á estos Padres cuando entraron á fundar en Cataluña; alabábalos en sus sermones y lecciones; del mismo beneficio participaron los Padres descalzos carmelitas; venció algunas dificultades.

Habiendo pasado una feliz carrera, acabado su curso, le llamó Dios para darle la corona de justicia. En su última enfermedad le faltó el habla y sentido ocho días continuos antes que muriese; algunos lo atribuyen á haber pedido á Dios no le enviase muerte con que diese contento á sus amigos; á esto llegó su humildad, que morir predicando, regalándose con Dios, dando consejos, disculpa una vida poco cuerda, aumenta grandemente el crédito de los que vivieron bien. Otros, y por ventura lo más cierto, dicen lo pidió á Dios, enfadado de ver que estando enfermo le viniesen á venerar como á Santo, con demostraciones de estimación, intolerables al desprecio que de sí hacía. Libróle sin duda Dios de una gran molestia; todos los ocho días que duró la suspensión vinieron á visitarle innumerables personas de todos estados: besábanle pies y manos, y hacían otras demostraciones de la opinión que tenían de su gran santidad. Por todo este tiempo salía de sus pies y manos y de todo el cuerpo un olor suavísimo que llenaba el aposento. No será juicio temerario pensar que esta suspensión no fué efecto de la enfermedad, sino obra sobrenatural, y que Nuestro Señor, aun en esta vida, le comunicó unos vislumbres de la gloria que tan vecina tenía. Y no es leve conjetura que habiendo estado estos ocho días sin moverse, se levantó después por sí mismo: llamó al P. Calatrava y se abrazó con él, y le dijo algunas cosas en secreto, que las entendió él solo: volvió á tenderse en la cama; poco después, con grandísimo sosiego, dió á Dios su espíritu sin accidente ó señal que suele haber en aquel trance, como levantarse el pecho, ó caer alguna reuma; y no echarían de ver si había muerto, si unos como resplandores que le salían del rostro, con que parecía un ángel, no testificaran su tránsito y su gloria.

Viéndole muerto, se abrazó con él el P. Calatrava, y con lágrimas dijo: "¡Oh santo varón apostólico, bien te podemos llamar mártir por el deseo que tuviste de padecer martirio; y virgen como el día en que naciste, de lo que puedo dar testimonio delante de Dios como el que te confesó cuarenta años!„ Fué esta muerte á los veintiocho de Febrero, á las once de la noche, de mil quinientos ochenta y nueve (habiendo predicado once años en Barcelona), en casa de una viuda noble y devota, hija espiritual suya. Hizo el P. Calatrava salir la gente de la pieza, y dió orden á dos virtuosas matronas, hijas espirituales del Padre, que compusiesen el cuerpo. Quisieron quitarle la camisa por devoción y ponerle otra limpia; y yendo á ejecutarlo, perdieron de tal manera la vista que no pudieron ver el cuerpo virginal ni hacer nada: llamaron al P. Calatrava, que mandándolas salir, él solo, cerrado, compuso el cuerpo santo. Una de estas piadosas mujeres le cogió un bonetillo que tenía en la cabeza, con que dormía; instrumento con que ha obrado Nuestro Señor prodigiosas maravillas.

Cuán gran milagro tuvo Barcelona en el Dr. Diego Pérez vivo, lo mostró en su muerte: apenas había dado su espíritu, apenas había restituído su alma debida á Cristo, cuando toda la ciudad, con gran concurso, acudió á la casa en que murió á venerar y honrar al santo difunto, procürando algunas cosas de su uso para guardar por reliquias: fué menester poner guardas: retratáronle muerto, y hoy se conserva con estimación en muchas casas del Principado. Con un concurso de toda suerte de personas, con un afecto y sentimiento grande le llevaron á Monte Calvario y le entregaron á los Padres capuchinos, que con suma estimación le recibieron y le pusieron en la sepultura misma de los Religiosos, pues lo fué con el afecto y deseos, donde es visitado de muchos. Hiciéronse en Barcelona grandes demostraciones de sentimiento y amor, reconociendo la gran pérdida. Apenas hubo iglesia ó convento de monjas donde no se hiciesen solemnísimas exequias, las mayores que se han visto, fuera de personas reales; levantáronse túmulos, humeaban los altares, resonaban las bóvedas de los templos con sus alabanzas. Pusiéronse varias poesías en lugares públicos, en que referían sus virtudes, sus hazañas, y se conservaron muchos días. Hase venerado su sepulcro como de hombre santo, é invocado su intercesión en todas necesidades, y Nuestro Señor

ha obrado gran número de milagros con el contacto del bonetillo que dijimos.

Los Padres capuchinos, agradecidos del afecto que les tuvo, cuanto envidiados de tener tan gran reliquia, han recibido deposiciones varias de muchos que han conseguido salud en dolencias peligrosas, enfermedades desesperadas; hanse reducido á un librico todos estos milagros, con algunas deposiciones de su vida de personas fidedignas, que por manos segurísimas han venido á las mías, de donde he sacado este sumario, que servirá de dar alguna noticia de este gran varón, mientras que sus barcelonenses, obligados de tantos beneficios, nos den enteramente su vida, si bien esta obligación toca igual, y por ventura mayor, á sus naturales de Baeza; y es de admirar que en tantos años, una ciudad donde ha habido tanta religión, tantos hombres insignes en letras y virtud, no haya hecho informaciones de las virtudes y vida de este varón apostólico y sacádolas á luz, que fué gloria, no sólo de la Iglesia y obispado de Jaén, sino de toda España. Espero ha de enmendarse este descuido; y que unidas Barcelona y Baeza han de acudir al Pontífice Romano á que nos permita públicamente venerar por Santo al que tenemos por tal, manifestando al mundo sus virtudes y vida para gran gloria de Dios y aprovechamiento de los fieles.

CAPÍTULO XIII

Vida y virtudes del siervo de Dios el P. Hernando de Contreras.

El muy Rdo. P. Fray Luis de Granada, como dejamos escrito, no refirió en particular los nombres de los discípulos del Venerable Maestro Ávila por ser los más de ellos vivos, y otras razones que pudieron obligarle á este silencio; sólo hablando de su predicación en Sevilla dice: "Aquí se llegó el P. Contreras y algunos clérigos virtuosos que trataron familiarmente con él y se aprovecharon de su doctrina." Y en la predicación de Granada añade: "Pudiera referir las personas insignes que fueron tocadas de Nuestro Señor, que después fueron Doctores en Teología, y muy útiles á la Iglesia con su ejemplo y doctrina." Nombró al P. Contreras, ó por ser ya difunto, ó por el honor grande que daba el Venerable Maestro Ávila con decir que se le llegó el P. Contreras y se aprovechó de su doctrina; ora sea

como compañero (como yo creo), ora como discípulo, fué alabanza incomparable del Venerable Maestro Ávila que el Padre Contreras, ya de mayor edad y consumada virtud, se le allegase. Debemos á este varón santo el haber gozado España al Venerable Maestro Ávila: fué la mano de que se valió Nuestro Señor para detenernos á este varón apostólico; debémosle grande agradecimiento y honorífica memoria, dándole el último lugar entre los discípulos, aunque haya sido el primero.

Produjo esta generosa planta la nobilísima Sevilla, fecunda madre de eminentes hombres en letras, armas y santidad; fué su padre Diego de Contreras; no se tiene noticia del nombre de su madre; da lugar á que pensemos que lo fué la caridad, que le engendró en sus entrañas, é hizo olvidar la naturaleza. Nació el P. Hernando de Contreras cerca del año de mil cuatrocientos y setenta. Criáronle sus padres en todo género de virtud y ejercicios loables. Siendo de edad competente, por sus grados fué ordenado sacerdote. Sazonó los más floridos años de la vida con los estudios sagrados. Salió aventajado teólogo y muy buen predicador, conforme á verdad y sinceridad, que se profesaba en aquel siglo. Sirvió en el coro de la iglesia catedral, y con humildad, es fama, que se ocupaba en enseñar los mozos de coro y clerizones de la iglesia, y latinidad, sin algún interés, porque se aficionasen á la virtud y á servir mejor los ministerios eclesiásticos y aplicarse al estado clerical.

Comenzaron á descollarse en él desde muy mozo todas las virtudes; dificultoso es juzgar cuál de ellas dió mayores resplandores. Sacaban las unas á las otras, y como estrellas fijas en el firmamento de su alma, la convirtieron en cielo; grata habitación de Dios. Fué admirable su humildad en lo interior y exterior; escogió para su habitación una casilla humilde y pobre cerca de la iglesia catedral, no lejos de la puerta del hospital de Santa Marta; solía alquilarse á alhameles para tener allí sus caballos; no alteró nada su forma; acomodó en el pesebre la cama; los colchones unas hazas de sarmientos, y un madero por almohada; y por evitar la nota, la cubría con un cobertor pobrísimo. Aquí le visitaron los más doctos y nobles hombres de Sevilla; y habiendo llegado á una suma estimación, perseveró en ella hasta la muerte. Después de ella el Cabildo de la iglesia catedral la incorporó en el hospital; no permitió que aquella humilde casilla, ennoblecida con la habitación de tan insigne

varón, y en cierto modo consagrada en templo, sirviese más á usos profanos.

La templanza en el manjar, afirman los cercanos á su tiempo que fué rara; apenas sabían cuándo comía; jamás admitió convite, aunque le porfiasen personas de autoridad, por no aventurar un solo día su abstinencia. No hay palabras que igualmente signifiquen su pobreza de espíritu y el desinterés sobrehumano, siendo dueño de las haciendas de todos y manejando tan grandes sumas de dinero, como después veremos; nunca tuvo casa propia; el menaje de su casa correspondiente á la regalada cama que dijimos; unas sillas, una mesa con sus libros; prendas preciosas que hoy conservan doctos que los saben estimar. Su hábito de verdadero pobre; un manto basto de paño negro, abierto por los lados, como entonces usaban los sacerdotes; un bonete redondo; un sombrero encima con que cubría la cabeza, y un báculo en la mano. Su inclinación natural era la misericordia y caridad con los prójimos; devotísimo de los pobres de los hospitales, sus queridos amigos; para ellos eran todos los regalos que le hacían. Cantó Misa un sobrino suyo, llamado Francisco de Contreras; no previno cosa alguna para la fiesta; enviáronle devotos suyos muchos regalos; aceptólos sin desechar ninguno; enviólos todos al hospital de los Incurables; y generalmente cuantos socorros, limosnas y regalos le hacían en salud y enfermedad, los repartía entre los pobres, dándose las manos la caridad, la pobreza y la abstinencia; ésta le hizo natural un sustento uniforme y moderado. Fué hombre de gran oración y meditación altísima; con ella celebraba frecuentemente y con grande ejemplo de devoción; la contemplación de la muy fina y elevada; fué humanísimo; daba á todos agradable oído; acudía á las necesidades de todos, sin excusarse en cosa alguna; era afable de condición; jamás se le conoció descuido en su vida, ni una ligera imperfección; hízole más amable ser de linda estatura y disposición corporal; fué muy devoto de Nuestra Señora, y la adoraba en su santa imagen del Reposo, que está detrás de la sacristía mayor de la santa iglesia.

Cuentan que habiéndosele causado de sus trabajos una pasión en el pecho que le ahogaba, se vino delante de la santa imagen y le dijo: "Virgen Santísima, dadme reposo„; y al punto echó de su boca una culebra mayor que un palmo, y quedó libre de su mal. Por estas virtudes comenzó á ser conocido por

los años de quinientos adelante con notable estima de aquella gran ciudad, apreciadora de hombres de partes y méritos. Predicaba muchas veces (demás del sermón continuo del ejemplo de su santa vida); poníase una sobrepelliz muy llana, no por parecer singular, mas por su humildad y el desprecio grande que de sí tenía. Estimóle en mucho el Cardenal D. Alfonso Manrique, Arzobispo de Sevilla, y haciendo una fiesta á San Ildefonso, en su día, encomendó el sermón al bendito P. Hernando de Contreras; predicóle; hallóse presente el Cardenal; puesto en el púlpito puso los ojos en él, y dijo: "Rmo. Padre, vos me habéis mandado predicar este sermón de la fiesta de San Ildefonso, y yo os he obedecido como á mi Prelado y señor, y me ha dado qué pensar lo que he de predicar: él Alfonso, y vos Alfonso: mirad lo que va de Alfonso á Alfonso. Yo haré lo que debo por mí, y vos haréis lo que debéis por vos, y encomendémonos ambos á Dios." Con esto comenzó su sermón: fuese por la vida del Santo y sus virtudes; y como las iba ponderando, volvía al Arzobispo con su tema: "él Alfonso, y vos Alfonso: mucho va de Alfonso á Alfonso".

Celebró el Cardenal el sermón, y gustó grandemente de aquella gran sinceridad y bondad: desde entonces en Sevilla quedó por proverbio y común modo de hablar, cuando se hace comparación de personas desiguales, suelen decir: "él Alfonso, y vos Alfonso; mucho va de Alfonso á Alfonso". Floreciendo en esta gran opinión de santidad el Venerable Hernando de Contreras, sucedió la jornada á las Indias del Venerable Maestro Ávila, y con ojos en cierto modo proféticos conoció el gran provecho que había de hacer con su doctrina; dió noticia al Arzobispo para que le detuviese; y conociendo más cada día la gran santidad de nuestro varón apostólico, se le llegó, como dice el P. Fray Luis de Granada, con cuyo trato y amistad no hay duda que recibieron nuevos quilates sus virtudes.

Coronó el santo P. Contreras esta vida tan ejemplar y santa con la obra de mayor misericordia, de redimir cautivos, en que igualmente participan de libertad cuerpo y alma. Floreció la mayor parte de su vida, computado el tiempo de su muerte, cuando los moros de Africa, en emulación del invicto Carlos V, molestaron con invasiones continuas las costas de nuestra España, llevaban en cautiverio gran número de cristianos y los trataban con rigor inhumano, en especial Dragud Arraez,

Rey de Argel, corsario cruelísimo. Llegaban por momentos á Sevilla nuevas lastimosas de las continuas presas y del fiero tratamiento; lastimaron el ánimo piadoso del santo sacerdote; resolvióse de darse á esta ocupación de redimir cautivos; el fuego grande de amor de Dios que ardía en su pecho le compelió en cierto modo á aplicarse á esta obra tan pía, tan santa, y con notable fervor vendió su patrimonio; ejemplo con que facilitó la empresa.

Comenzó á juntar limosnas en Sevilla; y sus vecinos, viendo el ardor de su espíritu, estimando se ocupase en obra de tan singular misericordia, le comenzaron á acudir con larga mano. Juntó la mayor suma que pudo: y animoso en Dios, con un aliento gallardo, sin reparar en peligros, se encaminó la primera vez á Marruecos, donde comenzó su trato felicísimamente, y con alegría natural de su rostro y su modo afabilísimo, y con el ejemplo raro de su vida ganó el amor y gracia de los moros. Llamábanle Morab, que en su lengua quiere decir hombre de Dios, bueno y santo; usaron con él diferentes tratos de los que comunmente suelen con Religiosos y otras personas que hacen estas redenciones; no hubo menester mudar su hábito, ni disimular su estado clerical, que con él y por él fué respetado y conocido; con él entraba y salía, y discurría por toda la Berbería sin peligro ni recelo.

Es fama que gastó en estas redenciones, en que ocupó gran parte de su vida, mas de trescientos mil ducados; mas con tal despego y desinteresamiento, mejor diría temores del dinero, que jamás le vió ó tocó; todo cuanto juntaba y llevaba á las redenciones corría por mano de terceras personas de confianza, que como le estimaban, le acudían. Procedió con los moros con tan gran satisfacción y fidelidad, llegó á tener tan gran crédito con ellos, que si le faltaba dinero en Berbería para redimir los cautivos que le encomendaban, y él juzgaba que convenía sacarlos de cautiverio por algún peligro, especialmente mujeres y gente nueva, los pedía debajo de su palabra; y cuando quería asegurar á los moros que le pedían prenda, les daba el báculo que traía en la mano, compañero de sus peregrinaciones, y se le entregaba, y prometía desempeñarle presto; y los bárbaros quedaban tan seguros y contentos como si les dejara un joyel precioso; y tal vez hubo, que dejó el báculo empeñado en tres mil ducados. La avaricia africana, á vista de tan gran

virtud, perdió su naturaleza; es tradición que este báculo le desempeñó la ciudad de Sevilla, dando tres mil ducados, y le presentó al Emperador D. Carlos, que le mandó poner entre sus joyas, y estimó como otra vara de Moisés, que mudó naturaleza; púsole el nombre de varón santo, cuyo había sido, y nota de quien le había dado.

Iban en la compañía del santo P. Contreras, en los muchos pasajes que hizo al África, la paciencia, la humildad, la abstinencia, virtudes que se ejercitan en estas ocasiones, haciendo á todas la guía un fervoroso amor de Dios y de los prójimos. Cuando entraba en Argel y en otras partes de África, le recibían los cautivos cristianos como á un ángel, cantando con voz alta: "bendito sea el que viene en el nombre del Señor „; y los moros se lo permitían por la gran reverencia que tenían con el santo Contreras, que así le llamaban; y mientras se detenía en Argel, eran los cautivos tratados con humanidad por su respeto; era universal el consuelo de los fieles, animábalos, consolábalos, confortábalos en la fe, dando libertad á los unos y ciertas esperanzas á los que quedaban.

Cuando salía de Sevilla, caminaba siempre á pie, le iban acompañando hasta la embarcación los hombres más principales de la ciudad; y al entrar en los puertos de Berbería le salían á recibir los moros y los turcos, no sólo por el interés que les llevaba, como ellos decían, sino también porque les daba salud con su bendición y toque de sus manos, y le traían sus enfermos para que los tocase y bendijese. Mas lo que no puede referirse sin lágrimas y ternura es el ver al Venerable Padre volver de sus redenciones. Entraba el noble triunfador en Sevilla, no como el ambicioso Emperador Romano, que acompañaba el carro de su triunfo libres hechos esclavos, por sólo el derecho de su espada; mas el capitán de Cristo, por el fuero de la caridad, entraba acompañado de libres sacados de cautiverio. Salía todo el pueblo á verle y recibirle; y él, rico con tan honroso despojo, alegraba á todos con su presencia y la de sus cautivos, caminaba triunfante hasta el templo de la caridad, donde fijaba el estandarte del amor del prójimo, que servía de guión en esta empresa. Aumentaban este acompañamiento muchos moros y judíos que traía convertidos, que era otra parte de sus felicísimas jornadas: pide más larga historia. Trabajó mucho en la conversión de los infieles; disputaba con ellos sobre

el engaño de sus sectas, y con sus grandes letras, fervorosas y eficaces razones, trajo á muchos á la fe de Cristo.

Publicaba en Sevilla su empeño, sus necesidades; decía públicamente en las iglesias y plazas y en las casas de los principales eclesiásticos y seglares, que venía empeñado en tantos millares de ducados, que cada cual había de ayudarle á desempeñarse, y que después de la honra de Dios, era de los particulares de Sevilla; y así con la confianza en el cielo y de los ciudadanos ilustres, prometía á los moros de cumplirles su palabra con brevedad; todos le acudían largamente; pagaba lo que debía, y las sobras de una redención eran principio de otra. La mayor parte y última de su vida, como dijimos, se ocupó en esta contradicción santa, imitando al Hijo de Dios, que por rescatar los hombres del poder del demonio, del pecado y del infierno vino al mundo, y ganó el glorioso título de Redentor. Con los continuos pasajes del santo P. Contreras, era tan conocido en Argel como en Sevilla, y en ambas partes estimado por santo; de manera que los moros le pedían rogase al santo Alá por ellos para que les diese buenos sucesos en sus cosas; mas su gran caridad, reputándolos, aunque infieles, por sus prójimos, pedía á Dios su conversión; y porque se aficionasen á la fe católica, suplicaba les concediese los bienes temporales, en que sucedió un caso muy notable.

Estando en Argel en uno de estos rescates por el mes de Abril, no es cierto el año, aunque se presume sería el de quinientos treinta y uno, que fué generalmente falto de agua, era señor de Argel Hariademo Barbarroja; pidióle licencia para el rescate á que venía; estaba la tierra falta de agua. Preguntóle el Rey si había llovido en España; respondióle el P. Contreras que sí, porque los cristianos habían pedido á Dios con devotas oraciones su remedio, y Dios les había oído. Quedó suspensó el bárbaro, y le dijo si quería hacer oración á Dios por ellos para que les diese agua. Vino el santo sacerdote en hacer lo que pedía con que le diese para ello todos los niños moros menores de siete años, y los niños cautivos que no pasasen de diez: había buen número entonces, y que si Dios le oyese y enviase agua, le había de dar libres los niños cristianos; y que si no, recibiese la buena voluntad y deseo de servirle. Aunque la condición parecía dura, vino el Rey en el concierto; creyó que no tendría efecto la promesa, porque el milagro había

de ser muy grande, y conforme á las influencias del cielo y días de luna era imposible lloviese.

Mandó luego dar los niños moros y cristianos de la edad que el santo varón había pedido. Pasaban los fieles de doscientos; juntólos en la plaza de Argel; ordenó con ellos y otros eclesiásticos que le permitieron una devota procesión; encaminóla al baño de los cautivos (así llaman un lugar donde á estos esclavos miserables se les dice Misa y administran los santos Sacramentos de la Iglesia); iban cantando las Letanías Romanas. Apenas comenzó á caminar toda aquella inocencia, cuando el cielo reconoció la fe de su ministro; ablandóse de manera, y comenzó á dar tanta abundancia de agua, que por todo aquel día no pudieron salir del baño; los moros quedaron atónitos, el Rey confuso, y les envió socorro de comida. Duró el agua seis días continuos, con que remediaron los campos; cumplió el Rey su palabra, con que el santo varón volvió muy rico con los gajes de su fe. Afirman que aquella vez trajo más de trescientos cautivos.

Creció con esto su opinión entre los moros, y en todos sus trabajos se encomendaban en sus oraciones, y comunicábanle sus más íntimos secretos hasta los renegados, que suelen, por la vergüenza que sienten de su apostasía, huir de los Religiosos; y algunos que conocieron su yerro, le pedían sus oraciones; dábanle algunos avisos de máquinas que se intentaban contra los cristianos, en gran beneficio de estos reinos, especial una salida que intentaba el Rey de Argel; vino á reparar el daño con sentimiento del moro; con que cesaron sus viajes, con gran dolor de su corazón, por impedir el uso de su caridad en obra tan heroica, aunque él la ejercitaba en otras cosas muy del servicio de Dios.

Tuvo noticia de las virtudes y viajes del santo P. Contreras el Emperador Carlos V, y le presentó en el obispado de Guadix; mas el varón cuerdo, con profunda humildad y agradecimiento se excusó de esta carga; no se pudo acabar con él que la aceptase. Cuentan personas de crédito que el día que le trajeron la cédula sintió una grande y notable turbación, y que se retiró á su casa, y se dió una fuerte disciplina, como para vencer una molesta tentación; y entendido por un amigo suyo, le preguntó la causa de maltratarse así, tras haber dejado un obispado; hazaña que merecía más premio que castigo. Res-

pondió que había azotado á un diablo Obispo que le quería tentar.

Habiendo llegado con estos santos ejercicios á una grande ancianidad, causada más de los trabajos y penitencias que de los años, se le aumentaron sus enfermedades; padecía unas llagas en las piernas, ocasionadas de los caminos; andaba con dificultad y pena. La aflicción de su espíritu por no poder acudir á sus peregrinaciones, le congojó en demasía. Entre estas ansias y muchas obras buenas le sobrevino la enfermedad postrera en su pobre casilla, teniendo su gran pobreza por compañera; la cama en el establo, donde le visitaban los hombres más graves y principales de Sevilla; asistíale el sobrino clérigo ó un hermano del hospital de las Tablas. Vino á visitarle en esta ocasión la Duquesa de Alcalá Doña Juana Cortés, y compadecida de tan pobre y áspera cama, le ofreció enviarle una en que tuviese algún descanso; aceptóla de buena gana, y luego que llegó la envió al hospital de las Tablas.

Con el poco regalo y los dolores y miseria que voluntariamente padecía, ocupado continuamente en la meditación de la pasión de Cristo Nuestro Señor, habiendo recibido con devoción cristiana todos los Sacramentos, que en el discurso de la enfermedad había frecuentado diversas veces, con suma paz y tranquilidad volvió su espíritu á su Dueño, que para tan gran gloria suya le había dado, á los veinte de Febrero el año de mil quinientos cuarenta y ocho, á los setenta y seis años de su edad; quedó su rostro tan hermoso y ledo que parecía dormido. Las Duquesas de Alcalá y Béjar le amortajaron y vistieron con sus manos; buscábanse sus alhajas por reliquias; y con un bonete suyo, que llevaban á enfermos, obró Dios grandes milagros. El Cabildo de la santa iglesia, con generoso y piadoso afecto, se encargó de sus exequias. Hízosele el entierro con la pompa funeral que si fuera un gran Prelado; lleváronle en hombros los más graves Prebendados; concurrió todo el pueblo, deseoso de venerar y tocar el santo cuerpo. Diósele honorífico lugar en la iglesia catedral, señalado milagrosamente, según cuentan, por un niño en parte que se ha negado á sus Prelados. Y á su costa el Cabildo, sobre el sepulcro murado, para mayor conservación y decencia del cuerpo, puso una losa, grabada en ella este epitafio.

Gloriam. D. G. Deo.

Dormit hic clarus virtutis omnis alumnus Fernandus a Contreras, Guadice Episcopus designatus, qui post omnia monstra devicta pauperiem mansueffecit habuitque comitem, et captivorum in Africa Redemptioni magnis exhaustus aerumnis usque ad senium inservit, postquam Judaeos et sarracenos ad veritatis agnitionem compulerat. Obiit anno Domini 1548 decimo kalendas Martii.

Declara esta inscripción sus virtudes, y con pocas palabras comprende lo más generoso y excelente de su vida. Estos días la piedad religiosa de un gran amador de la virtud y honrador de los Santos ha hecho que se reciban informaciones de su vida y renovado las letras de la losa; y aunque se movió para este efecto, la veneración al santo cuerpo venció á la curiosidad, aunque parecía justa: no se llegó á descubrir el cuerpo, que sin gran causa no es bien inquietar los muertos; si bien los que andaban en la obra sentían se encubría allí un gran tesoro. No se quedó su opinión en estos reinos: túvola igual de santidad en los extraños. El P. Nicolás Orlandino (ya citado) dice de él estas palabras en el lib. VIII núm. 89: *Hispanus erat quidam Ferdinandus, cognomento Contreras, apprime sanctus, qui charitatis studio flagrantissimus eorum sibi Christianorum depoposcerat curam, sive corpora de servitute redimeret, sive ut animas a Satanae dominatu defenderet. Hic oblatum Episcopatum, et Abbatiam simul adjunctam constanti animo recusaverat, eodemque semper tenore vitae adeo se probaverat universis, ut magna apud Hispalim sanctitatis opinione decesserit. Cujus ad funus facto undique ex ea civitate concurso tanta fuit, seu pie cadaveris attrectandi religio, seu reliquiarum inde aliquid asportandi cupiditas vix, ut aliquid ex barba capillo unguibus totoque cultu corporis superfuerit.* Hasta aquí á nuestro intento.

CAPÍTULO XIV

Conversión del Beato Juan de Dios. Breve discurso de su vida antes de ella.

El mayor triunfo de la palabra de Dios y de su gracia, encaminada por la predicación de este su gran Ministro, fué la conversión y santa vida del Beato Juan de Dios, gloria de su Maestro y de la Iglesia católica.

Nació Juan en Montemayor el Nuevo, ilustre villa del reino de Portugal, en el arzobispado de Évora; sus padres no fueron ricos, mas de buena sangre y vida; dejólos á los ocho años de su edad: pudo ser achaque de la niñez. Pasó á Castilla; vino á Oropesa; asentó con Francisco Mayoral, ganadero rico de esta villa; sirvióle, y acudía á los pastores, que con su modestia y diligencia los tenía aficionados. Fueron sus ascensos con los años conformes á aquel estado. Pasó de zagal á pastor, ejercicio en que se curtió para el trabajo; hízose hombre de fuerzas, robusto, y de valientes y bien compuestos miembros. Siendo de veintidós años, llevado de los bríos y hervor de la edad é inclinación á la mudanza, tan ordinaria en los mozos, se fué con la gente que se hizo en Oropesa al socorro de Fuenterrabía, infestada del francés. Hecho de pastor soldado; dos extremos: varios son los sucesos de la guerra, y Juan tuvo dos notables. Estando en la frontera de Francia faltó vitualla á sus compañeros; ofrecióse á ir por ella á ciertas caserías algo distantes; subió en una yegua, que poco antes habían tomado al enemigo; á dos leguas de camino reconoció el animal el país de donde había salido; dió á correr á toda furia sin poder detenerla; iba el buen jinete sin freno y silla; arrojóle de sí; estrellóle en un peñasco, dando tal golpe en las piedras que le privó de sentido, de que estuvo algunas horas echando por narices y boca mucha sangre; volvió en sí, reconoció dos peligros, de la vida y ser cautivo; llegó como pudo á la estancia de los suyos, en cuyo amor halló reparo de su trabajo.

No fué el segundo el menor. Encargóle el capitán que guardase cierta ropa, que le hurtaron los soldados, sin culpa ó descuido suyo; condenóle al punto á colgar de un árbol, apresurándose la ejecución; encaminó Dios por aquella parte á un caballero; intercedió por su vida, ya cara al cielo.

Estos sucesos le volvieron á Oropesa á su ejercicio antiguo de pastor, en que perseveró cuatro años. No bien domados los bríos, quiso segunda vez probar el furor de Marte, como si le hubiera sido favorable la primera; es grande la propensión del hombre á la mudanza, tal vez empeorando. Partió á Alemania en servicio de D. Fernando Alvarez de Toledo, Conde de Oropesa, que pasaba con el Emperador Carlos V á resistir al turco que venía sobre Hungría. La retirada del enemigo común hizo breve la jornada, y la vuelta á España de nuestro Juan, que en

tierra de Sevilla volvió á su antiguo ejercicio; hallábase mejor con las ovejas que con la inquietud é incomodidades de la guerra; es el pastor un continuo bienhechor de su ganado, su médico, su proveedor, su guia; fué ensayo en Juan este ejercicio para beneficiar las ovejas racionales que le había de encargar el Mayoral del cielo.

Por no quedar sin experimentarlo todo, pasó á Ceuta, en Africa, donde con el sudor de su rostro, jornalero en la fortificación de esta fuerza, alivió el desconsuelo y pobreza de un caballero desterrado y pobre, cargado con cuatro hijas; sustentó con su jornal esta afligida familia; obra por ventura que le mereció de Dios las grandes mercedes que veremos.

Volvió á España acosado de una tentación vehemente, ocasionada por un compañero suyo que apostató de la fe; acción que el demonio le echaba sin rastro de culpa suya. Volvió con grandes deseos de mejorar de vida; pidió en Gibraltar á sus manos el sustento; su jornal bastaba á su despensa y vestido, y le sobró para hacerse mercader de libros, corto caudal. Traía la tienda en sus hombros, yendo de un lugar á otro, hasta que aportó á Granada, donde á la puerta de Elvira, mercader algo más caudaloso, puso su tiendecica, ya de cuarenta y dos años. Da muchas veces la divina gracia estas largas á la naturaleza para que vea el hombre lo que puede, lo que alcanza su talento, lo que es lo que vale, para que más campee la eficacia de la divina gracia y la vileza de la criatura, con que se asegura la humildad y admira la bondad divina, que obra muchas veces sus mayores maravillas con instrumentos vilísimos. De los campos de Oropesa, de la fortificación de Ceuta, de las mudanzas de un hombre ya pastor, ya soldado, de un hombre grosero en el trato, de cortísimo talento, que su mayor habilidad era comprar y vender unos librillos, saca el Artífice soberano una resplandeciente estrella del cielo de su Iglesia, un gran Santo, un gran Maestro, un fundador de una Religión santa, y le encomienda la salud de los cuerpos y la salvación de innumerables almas.

Aportó Juan á Granada cuando por su buena dicha predicaba en ella nuestro apostólico Maestro; hacía la ciudad en aquel tiempo solemne fiesta al glorioso San Sebastián, en su día, en una ermita dedicada al Mártir, sita en lo alto de la ciudad, frontera de la Alhambra. Para que fuese la festividad

cabal pidieron que predicase el Venerable Maestro Ávila; fué entre un numeroso concurso Juan uno de sus oyentes, descuidado del bien que le traía. Pasó el predicador de las alabanzas del Santo á lo que en todos sus sermones pretendía: el aprovechamiento de las almas; exageró el premio que el Señor había dado al santo Mártir por lo que padeció por su amor, la brevedad de sus penas, la eternidad de sus glorias. Sacó lo que había de hacer un cristiano por servir á tal Señor y no ofenderle, y padecer antes de cometer una culpa cruelísimos tormentos, cien mil muertes.

De las saetas del Mártir pasó á las del amor divino; y mediante la divina gracia y una extraordinaria luz, que penetró lo íntimo del alma, hizo tan acertados tiros al corazón de Juan, bien dispuesto á recibir la semilla del cielo; fueron tan vivas sus palabras, arrojadas con tan esforzado espíritu, que le atravesaron las entrañas; tan eficaces, que mostraron prestamente la fuerza de su virtud. Dejóle de tal manera herido y abrasado en las llamas del divino amor y con tan excesivo dolor de sus pecados, que acabando el sermón salió fuera de sí por las puertas de la iglesia, clamando y llenando el aire de voces, bañados en lágrimas los ojos, pidiendo á Dios misericordia, confesando públicamente sus pecados; y alcanzando en breve tiempo la alta ciencia del desprecio de sí mismo, se arrojaba por el suelo, dábase con la cabeza por las paredes, arrancábase las barbas y las cejas, dando saltos y corriendo; y prosiguiendo con las mismas voces, se entró por la ciudad haciendo tales extremos, que le tuvieron por loco, y como á tal le gritaban: llegó, seguido de los muchachos y de la inculta plebe, á su posada; comenzó luego á cumplir el arduo consejo evangélico de dejar todas las cosas, y pobre seguir á Cristo pobre; miren si estaba en su seso.

Sacó al punto el dinerillo que tenía, repartiólo á los pobres, dió luego tras los libros, y con un santo furor arremetió á los de caballerías y profanos; hízolos pedazos con las manos y los dientes, lo mismo hiciera con los de comedias si entonces los hubiera, y los de espíritu dió á los primeros que por Dios se los pedían; y como siempre hay muchos á recibir, en breve se halló con solo el vestido; despojóse de éste, y dióle; quedó con solos los calzones y camisa. Ya de todo punto pobre, desnudo y descalzo y sin sombrero, voló por los calles de Granada dan-

do las mismas voces; y seguido de la importuna cuadrilla de muchachos, llegó á la iglesia mayor, y arrodillado delante del Santísimo Sacramento, y atravesado del dardo del dolor de sus pecados, dando dolorosas voces, decía: "Dios mío, misericordia; Señor, misericordia; apiadaos de este gran pecador, que os ha ofendido„; y arrancándose la barba, y dándose de bofetadas y golpes, no cesaba de llorar y dar gritos y pedir á Dios perdón de todos sus pecados.

Llevan al Beato Juan de Dios á la posada del Venerable Maestro Ávila, y lo que con él pasó.

Hay dos maneras de contrición y dolor de pecados, dice tratando de este suceso el doctísimo Maestro Fray Luis de Granada: una común y ordinaria; otra extraordinaria, cual fué la de la Magdalena, que entró en medio del día, al tiempo que el Salvador estaba á la mesa con el Fariseo y otros convidados, sin hacer caso de tantas cosas como había que mirar, porque la violencia del dolor cerró los ojos á todo; de este principio nacieron los extremos que vemos en Juan de Dios; cosa rara, y que se ve pocas veces.

Algunas personas cuerdas, condolidas de lo que veían hacer, juzgaron que no era aquélla de todo punto locura; levantáronle del suelo, y con palabras blandas y amorosas le llevaron á la posada del Maestro Ávila, por cuyo sermón se había convertido: contáronle lo que había pasado después que salió de la ermita. Hizo salir la gente fuera de la pieza; quedaron los dos solos, y el bendito penitente, arrodillado á los pies del gran Ministro de Dios, le habló de esta manera: "Señor y Padre mío, veis aquí al mayor de los pecadores, que en este mundo sufre la bondad divina: veis aquí al que á mayores misericordias opuso más declaradas ofensas, correspondiendo á favores con pecados: aquí está el más ingrato que sustenta el suelo, y que más ha resistido á las divinas inspiraciones, á los soberanos llamamientos: de esta verdad será prueba la breve relación que haré del desbaratado empleo de mis años.„ Dióle cuenta de su vida, desde que tuvo uso de razón hasta aquel punto: remató así: "Pudiera, Padre mío, desesperarme, si no supiera que era mayor infinitamente la misericordia de Dios que mi malicia, y que más le ofendiera si desesperara; confío que no le ha de fal-

tar piedad; prendas son este dolor, este reconocimiento de su gran misericordia, que ha de extenderla á este vilísimo pecador; y pues fuisteis el medio de mi conversión, suplícoos que seáis el médico de mi enfermedad; aquí estoy á vuestros pies tan obediente como si estuviera á los de Dios, porque os tengo por profeta y embajador suyo: seguiré lo que me mandáredes hasta la muerte como si lo ordenara el mismo Dios.„

Alegróse en el Señor el santo Maestro Ávila con el nuevo hijo que le enviaba. Admiró tan al principio tan adelantado espíritu y tan grandes muestras de contrición en el nuevo penitente. Díjole: "Esforzaos, hermano Juan, en Cristo Redentor Nuestro: confiad en su misericordia, que le costasteis mucho: toda su sangre es vuestra, derramada con un amor infinito: esperad, que el que comenzó la obra la llevará hasta el cabo: sed fiel y constante en lo que comenzasteis: no volváis atrás, ni os dejéis rendir del enemigo: sabed que los que constantes pelean hasta el fin, como buenos caballeros, en la milicia del Señor, triunfarán con Él eternamente en la gloria; empero los que cobardes le volvieran las espaldas, caerán en manos de sus enemigos y perecerán con ellos para siempre; estad animoso, que estas misericordias prometen grandes aumentos. Dios es sumamente bueno; no faltó jamás al que de veras contrito aborrece su pecado, y con verdad le busca y se entrega á su servicio. En esta nueva milicia ha de haber tentaciones y trabajos, que suelen suceder á los que comienzan á pelear las batallas del Señor; mas animaos, que no os ha de faltar su Majestad piadosa. Aquí me tenéis por vuestro: veníos á mí, que sabiendo los golpes que más os dieron pena, y las asechanzas con que más os combate el enemigo, con la gracia y favor de Nuestro Señor llevaréis medicina saludable con que se cure vuestra alma, y nuevas fuerzas para pelear con vuestros enemigos. Id enhorabuena con la bendición de Dios y con la mía, que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia; yo os recibo por hijo, y os ofrezco mis oraciones y amor.„

Salió Juan de la presencia del varón de Dios grandemente consolado y animoso, y prosiguió de nuevo su locura, haciendo más desacostumbrados extremos. Por ventura este suceso es el que en el discurso de la vida del Venerable Maestro Avila descubre más la gran sabiduría de que estaba enriquecido este varón del cielo, y aquella ciencia ó don de discreción de espíritu,

de que escribiremos adelante. Porque si habló tan en juicio y conoció la obra de Dios en el nuevo penitente el conocimiento y dolor de sus pecados, ¿cómo le consintió que volviese á hacer locuras? ¿Quién no dijera que un yermo, un hospital ó monasterio aseguraban aquel arrepentimiento, comunes oficinas de la penitencia? No pasó así; antes en saliendo de la casa del Maestro, fué corriendo á la plaza de Vivarrambla; revolcóse en el lodo, y en presencia de multitud de gente decía cuantos pecados le venían á la boca asquerosa con el cieno, diciendo que era un traidor y merecedor de mayores ignominias; y con este mismo furor corría por las calles de Granada acosado de lo más vil del pueblo. Demás de que siendo cuerdo, ¿cómo podía sin pecado fingirse lo que no era? Y si no puede honestarse el mentir con las palabras, mucho menos con los hechos.

Conoció el sapientísimo Maestro el espíritu de Dios que gobernaba á su Juan, y no ser nuevo estas locuras fingidas en los grandes santos, que para alcanzar la importante ciencia del desprecio de sí mismos, y que los tenga en estimación vilísima, han buscado estas disimulaciones, con que encubren los dones y misericordias divinas; y en Juan de Dios, demás de esto, comenzó un nuevo género de una rigurosa y pocas veces vista penitencia, puerta común para las grandes santidades; porque viniendo á parar á la casa de los locos, no tomaba las disciplinas de su mano; sufrió el furor ó enojo de los ministros del hospital, que no les piden para el oficio más ciencia que tener muy buenas fuerzas; eran los azotes rigurosos y continuos; la comida el asco de un hospital; el retiro y soledad un aposentillo ó jaula; el crédito casi irrecuperable, pues raras veces sanea la opinión el que la ganó de loco. Redújose al más abatido puesto, á que no podía alcanzar el discurso humano no alumbrado del cielo; habilidades del amor divino. Están llenas las historias eclesiásticas de varones y mujeres santos, que fingieron la tontería y locura llenos de sabiduría verdadera con altísimos fines. Santa Domna, virgen, no hizo menores extremos que nuestro Juan porque la tuviesen por furiosa. Santa Isidora, virgen, se fingió tonta, sirviendo como tal en la cocina del monasterio de monjas. Simón Salo, que quiere decir loco, siendo varón sapientísimo, le tuvieron por simple; y otros muchos, cuya santidad aprobó el cielo con milagros. Este espíritu, esta vocación altísima penetró este sapientísimo Maestro en el santo Juan de

Dios, y que le gobernaba una moción superior. Sabía bien, como docto, que los hechos que no son de suyo malos ni en perjuicio de otros, el fin les da bondad ó malicia; y como los que pretendía el bendito Juan de Dios eran tan altos, no sólo no hubo que temer culpa, mas esperarse un grande merecimiento. Fueron éstos unos principios, raras veces vistos, de una santidad heroica. Es grande la diferencia, como dicen los teólogos, en el mentir de palabra, ó disimular ó fingir otra cosa con el hecho, que esto es lícito, con la circunstancia que hemos dicho de intención ó fin con que se hace.

Envía el Venerable Maestro Ávila á visitar al Beato Juan de Dios, y lo demás que pasó con el: un sumario de las virtudes de este Santo.

Los títulos de las cajas, botes y redomas de la botica de un hospital de locos se reducen á uno solo: el loco por la pena es cuerdo. Esta medicina aplicaron al bendito Juan de Dios sobradamente, como es de tan poca costa; él la admitía humilde en satisfacción de sus pecados; y como con el amor le parecían tan grandes, reprendía á los ministros del hospital de su descuido en curar los pobres, con que los irritaba, para que los azotes fuesen más crueles y continuos; que las verdades, aun dichas por un loco, escuecen y se vengan.

Luego que el Venerable Maestro Ávila supo que su Juan estaba preso por loco, y tratado como tal, se alegró por una parte, viendo tales finezas de padecer por Dios; compadecióse por otra, viendo pruebas tan arduas en tan reciente espíritu; teníale por constante, considerábale tierno. Envióle á visitar con uno de sus discípulos; díjole que se holgaba mucho de su bien, y que tuviese valor para padecer algo por amor de Jesucristo; que le rogaba de su parte, que pues en algún tiempo se preció de buen soldado, ahora lo pareciese, poniendo la vida por su Rey y Capitán, que iba con el estandarte de la cruz delante; que recibiese con humildad y paciencia los trabajos que su Majestad le enviase; que si considerase lo mucho que por su amor había padecido en su Pasión, cualquier tormento le parecería ligero; que se ensayase para cuando saliese por el mundo á pelear contra los tres enemigos, y que confiase en el Señor no le desampararía.

Quedó consolado Juan, y agradecido á la visita de su buen Padre y Maestro, estimando se acordase de él en prisión tan abatida y tan olvidado de todos. Admiró su caridad, que tuviese memoria de su vileza, enviándole á consolar en su trabajo; lloraba de alegría; agradeció á Dios esta merced; respondióle así: "Decid á mi buen Padre, que Jesucristo le visite y le pague tan buena obra de acordarse de este su humilde esclavo, ganado por buena guerra; que me conozco por siervo malo y sin provecho; mas que si no se olvidare de mí en sus santas oraciones, esperaré en la misericordia divina que me ha de favorecer; que le suplique crezca en mí alguna virtud, y él asegure el gusto de ver que no perdió en mí el fruto de sus trabajos."

El tiempo que duró en la prisión el bendito Juan de Dios le envió á consolar muchas veces el Venerable Maestro Ávila; y por ventura, si no fué á verle en persona, sería porque no se entendiese la inteligencia que entre los dos había; y que viendo á un hombre tan grave y conocido discurrir con él despacio, se deshiciese la traza. Lo cierto es que le esforzó y confortó mucho sin desampararle jamás.

Habiendo estado el Beato Juan de Dios en esta prueba tan dificultosa el tiempo que pareció conveniente, se le dijo de parte de su Maestro que bastaba la falsa opinión de la fingida locura para conservar la humildad; y que ahora convenía que diese á entender que estaba bueno, así porque no desacreditase las virtudes que Dios pusiese en su alma, como también para que le pudiese seguir á Montilla, para donde estaba de camino, para que allí más despacio tratasen lo que á sus cosas convenía.

Como la enfermedad se tomó de voluntad, no duró más de lo que quiso el enfermo. Los días que dió á la convalecencia sirvió á los pobres del hospital; y con certificación de salud, que le dió el mayordomo, partió á Montilla, flaco, roto, maltratado, descalzo, descubierta la cabeza; halló al santo Maestro Ávila, que le acogió con un amor paternal, en cuya compañía estuvo algunos días, en que gozó de su ejemplo, de su doctrina y consejos; hizo con él una confesión general; trazaron el discurso de su vida; formóse aquí como en planta el suntuoso edificio de las virtudes y empleos de Juan, del todo de Dios, porque Dios quiso.

Partió de Montilla á Guadalupe á visitar aquel religioso santuario y comenzar sus empresas con el patrocinio de María Santísima, como lo hicieron otros grandes Santos. Volvió á Granada, pasando por Baeza, donde á la sazón estaba el Venerable Maestro; no daba paso sin su acertada guía; fué grande el alborozo de hallarle; y habiéndole tenido consigo algunos días, le dijo estas palabras: "Hermano Juan, cumple que volváis á Granada, donde fuisteis llamado del Señor, y el que sabe vuestra intención y deseo os encaminará el modo como le habéis de servir. Tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando, y obrad como en presencia de tan gran Señor; y en llegando á Granada tomad luego un confesor que sea tal cual yo os he dicho, y sea vuestro Padre espiritual, sin cuyo consejo no hagáis cosa que sea de importancia; y cuando se os ofreciere cosa en que os parezca que habéis menester mi consejo, escribidme donde yo estuviere, que yo haré con vos en todo lo que soy á la caridad obligado en la ayuda de Nuestro Señor."

Partió á Granada; estuvo siempre dependiente de su santo Padre y Maestro; escribíale sus dudas. Dos cartas andan entre las del Venerable Maestro Ávila para el Beato Juan de Dios; la una comienza así: "Vuestra carta recibí, y no quiero que digáis que no os conozco por hijo, que por ser ruin decís que no lo merecéis; por la misma causa yo no merezco ser Padre; y así mal podré yo despreciaros á vos, siendo yo más digno de ser despreciado." Y otra de esta manera: "Vuestra carta recibí, y no penséis que me dais pena porque me escribís largo, que como el amor es mucho, no puede parecer larga la carta." Exhortóle en ambas á la perseverancia y cautela en el tratar con prójimos, en particular mujeres, y á que se aventaje mucho en el aprovechamiento de su alma. Iba muchas veces á Montilla á consultar y confesarse con el Venerable Maestro; y antes de entrar en la villa le enviaba á pedir licencia, diciendo: "Díganle al gran Maestro, á mi gran Padre, que aquí está aquel gran pecador Juan de Dios; que si le da licencia le irá á ver." Esperábala en el campo, descaperuzado muchas veces á lo ardiente del sol. En teniéndola, entraba en la villa; consolábase con él, y consultaba sus dudas. El tiempo que le sobraba gastaba en traer agua á cuestas de la fuente y venderla por la villa; lo que sacaba repartía á los pobres, ó daba el agua si se la pedían por

Dios. Tuvo rara veneración y respeto al santo Maestro Ávila, y de su comunicación tuvo grandes aumentos en su alma.

Estos fueron tan grandes, y correspondió de manera á la vocación de Dios y consejos de su Maestro, que vió el mundo en este santo varón extremos grandes, finezas nunca oídas del amor de Dios y de los prójimos, de los mayores que ha gozado la Iglesia en estos siglos.

Elocuencia divina, no rudeza humana podía dar cabal realce á las alabanzas, á las virtudes, á las hazañas heroicas de este varón admirable, de este hijo primogénito de la caridad cristiana, rayo del divino amor. Con el precio de unos haces de leña que traía del monte comenzó en Granada á juntar y regalar los pobres con un fervor y diligencia increíble.

Alquilóles una casa, donde juntó las miserias todas de los hombres: al que las ardientes calenturas le tienen hecho un volcán continuamente; al que falto de los principales miembros es tronco animado más que hombre; al otro hidrópico, que con el vientre hinchado anda como de parto de la muerte; aquél, podrido con la ictericia, sobrevive á su cadáver; éste, cargado de llagas con tantas bocas, pide remedio para su necesidad; otros, podridas las cabezas y los miembros, es el destrozarlos su remedio; del otro, lleno de males, se retira la medicina por haber vencido ya todas sus reglas; el ciego, que va extendiendo la mano, y muchas veces clama donde no hay quien le oiga; el otro, sin lengua y mudo, no tiene con qué pedir, pero ruega más eficazmente mientras no puede rogar. Si tuviera cien lenguas, si cien voces, pudiera apenas discurrir por los nombres de las enfermedades que abrazaba la caridad de Juan. Llevaba en sus hombros los enfermos; en ellos regalaba á Cristo; con sus miserias se enriquecía; acompañado de este ejercicio marchaba, y festejador de los pobres, y pretendiente con los necesitados, se apresuraba al cielo.

Habiendo gastado la mayor parte del día en recoger, en regalar sus pobres, salía después las noches á recogerles limosnas. Su traje de muchos años fué un capote de jerga ceñido, unos zaragüelles de frisa, descalzo de pie y pierna, rapada á navaja barba y cabeza: no la cubrió jamás, desde el día de su conversión, en los ardientes soles, en los hielos, asistiese en Granada ó caminase. Traía un esportón al hombro, y dos ollas en las manos, que sustentaba con una soga al cuello, diciendo

con voz tierna y lamentable, que quebrantaba las más duras entrañas: "Hagan bien para sí mismos." Lo que aquí recogía llevaba á sus queridos hermanos, de cuyas almas cuidaba más que de los cuerpos: hacía se confesasen y recibiesen decentemente los Sacramentos. ¿Quién podrá contar el número de almas que encaminó al cielo con un celo ardentísimo? Y no sufriendo su caridad estrechuras, no había necesidad en la gran ciudad de Granada cuyo remedio no corriese por su cuenta. La viuda pobre, á quien los huerfanicos piden lo que no les puede dar; la doncella, cuya necesidad ponía pleito á su honor; el enfermo, qne en un aposentillo perece por la vergüenza de no verse en un hospital; el que fué rico, y con doblado dolor padece con la memoria de la abundancia pasada y miseria presente una continua mengua; el anciano, que sólo le quedan fuerzas para padecer y pedir; el pleiteante, que el caudal gastado viene á ser ya su principal interés; el labrador perdido, tal vez de los continuos tributos; el soldado destrozado; el peregrino, é innumerables mujeres á quien sacó de pecado, y otras porque no cayesen, fueron materia todas de la gran caridad de este serafín abrasado, que, imitador de la divina Providencia, así cuidaba de cada uno como si fuera sólo amparado.

Los ángeles del cielo suplieron tal vez sus faltas, mejor diré, sus ausencias del hospital: sirvieron á su Señor en sus pobres, en cierto modo envidiosos (tal bien tiene servir los pobres de Cristo). Este Señor gustó en su misma persona participar del agasajo de Juan. Lavaba los pies á los pobres que recibía; y un día, habiéndolos lavado y limpiado á uno (que siendo rico se hizo pobre por su amor), mas él pensó que lo era, yendo á besarlos vió en ellos una llaga resplandeciente, reclamo de su Señor: alzó los ojos, y vió al rico de cielo y tierra, que le díjo: *Juan, á mí se me hace todo el bien que en mi nombre los pobres reciben. Yo soy el que extiendo la mano para tomar la limosna que se les da. Yo el que me visto de sus vestidos. Yo al que lavas los pies, cuando los lavas á un pobre.* Con este favor quedó consolado y animoso.

¿Quién sobre su continuo trabajar los días y las noches podrá describir su penitencia, la alteza de su oración, en que le vieron cercado de resplandores, las luchas con los demonios, el celo de la honra de Dios y de su gloria; sobre todo, su paciencia muchas veces provocada de aquellos á quien hizo ma-

yores beneficios, su castidad, su recato? Respetáronle los elementos: en el incendio del hospital Real de Granada salió libre de las furiosas llamas; las aguas en unas isleta que tuvo firme en Genil mientras estuvo en ella, llevándosela luego que le faltaron sus pies.

Habiendo sus incesables trabajos traídole la enfermedad postrera, sabedor de su tránsito, se hincó de rodillas, abrazado con un Cristo; y llamándole tiernamente, dió el alma á su Criador, quedando muerto hincado de rodillas, firme en aquella maravillosa postura, como el gran Pablo, primer habitador de los desiertos. Fué claro en milagros y en el don de profecía; y aunque sus virtudes nos hacían ciertos de su gloria, nuestro Santísimo Padre Urbano VIII nos lo asegura, declarando por Santo al fervoroso limosnero. Enjugáronse las lágrimas continuas que corrían de sus ojos por sus pecados y ajenos: y aquel pobrecito humilde, que andaba roto y descalzo por las calles de Granada, cargado de los enfermos, veneramos en altares. El que trabajaba día y noche por sustentar al menesteroso, ya descansa en el trono de la gloria, alaba á Dios en los siglos de los siglos. Allí conversa con su santo y buen Maestro; dale agradecido gracias porque así le gobernó, porque le incitó á que venciese. Recibid, glorioso Juan, este corto y mal compuesto elogio, demostrador de un ánimo estimador de vuestros méritos, deseoso de cantaros alabanzas.

CAPÍTULO XV

Sumario de la conversión de Doña Sancha Carrillo.

Hizo ilustre la asistencia en Écija del santo Maestro Ávila la reducción á más acertada vida de Doña Sancha Carrillo, hija de D. Luis Fernández de Córdova y Doña Luisa de Aguilar, señores de Guadalcázar, hoy Marqueses. Juntó en ella la naturaleza grande hermosura y discreción rara y cuantas partes hacen á una mujer perfecta; llegábanse á esto el brío que dan nobleza y riquezas cuando acompañan superiores prendas, el talle, la bizarría y la gala conforme á sus pensamientos, que se reducían todos á lo que aconsejan pocos años, lucir, valer, alcanzar un aventajado casamiento, gozar los intereses que los nobles y ricos logran comunmente en este

estado. Estaba recibida por dama de la Emperatriz Doña Isabel en el palacio de Carlos V; materia de levantados designios; todo era tratar de galas, joyas, vestidos, y prevenir la jornada, sin perdonar gastos, que muchas veces arrastran á los deudos.

Predicaba á esta sazón en Écija, donde vivían los padres de Doña Sancha, el santo Maestro Ávila, con aquel fervor y espíritu que hemos visto; seguíanle D. Pedro de Córdova, hermano de Doña Sancha, sacerdote de ejemplar vida y costumbres; deseaba mucho ver en su hermana más recogidos pensamientos; dolíase de su olvido de las cosas del cielo; persuadíala se confesase con el Venerable Maestro Ávila, que como con pasajero podía franquear sin empacho su conciencia. Valióse de las oraciones del Venerable Maestro Ávila, á quien sabía deberse las reducciones de muchas almas, tanto como á sus sermones. Dióle cuenta de los designios de Doña Sancha y de sus deudos, del estado de sus cosas, del divertimiento de su edad, que atiende poco á lo que más importa. Pidióle la encomendase á Dios de veras; encargóse el santo varón de este negocio, y alcanzó de Dios la maravillosa reducción de Doña Sancha.

Persuadióla al fin D. Pedro á que se confesase con el Venerable Maestro: aplazó el día, prometiéndose de aquellas vistas y oraciones un gran suceso. Partió Doña Sancha de su casa, acompañada de sus criados, con la gala y bizarría que si saliera á casarse, con más satisfacción de su hermosura que dolor de sus pecados. Esperaba el santo Maestro Ávila en la iglesia de Santa María, buen presagio de sus dichas; recibióla con agrado y suavidad; oyóla con paciencia; tratóla con mansedumbre; y en habiendo acabado su confesión, comenzó aquella elocuencia milagrosa y admirable eficacia que Dios puso en sus palabras con gran blandura á descubrirla los caminos de Dios y su servicio, la hermosura de la virtud, sus premios, la felicidad de quien la busca; representóla vivamente los riesgos, los peligros del siglo, la vanidad de sus bienes, si así merecen llamarse los que solamente tienen unas apariencias vanas. "Lastímame, señora—le decía—ver tantas partes como Nuestro Señor ha puesto en su persona, de nobleza, entendimiento y hermosura, dedicadas al mundo, á un tirano que paga servicios con olvidos, y después de largos años de seguir sus fueros corresponde con baldones. Otra cosa dan de lo que prometen los palacios.

¡Oh, cuántas vidas consumen con largas esperanzas, que dilatadas atormentan, cumplidas no satisfacen! ¡Cuántos servicios aun con advertirse no se pagan!

„¡Oh, si supiera lo que es la vida de los palacios, los disgustos, las rencillas, la emulación, las contiendas, las competencias y envidias! Alimentan la soberbia las galas, los adornos; la vanidad y el fausto es el cebo de los pensamientos; pásanse los años mejores de la vida en esperanzas inciertas. ¡Oh, si supiera lo que es esperar un casamiento que arrebata el pensamiento día y noche, pendiendo de quien no le da cuidado alguno! Y cuando todo suceda al pedir de su deseo, ¿qué hallará al fin de la vida más de haber perdido el tiempo que la ha dado Dios para negociar y alcanzar su salvación? ¿Qué olvido es este, señora, de lo que tanto la importa? La vanidad está apoderada de su corazón, ¿cómo ha de entrar en él Cristo? ¿Á pedirle perdón viene con un manto transparente, arrastrando los ojos de cuantos hay en la iglesia? Eso delinquir es, no arrepentirse. ¿Dice con el dolor de los pecados tanta gala, tanta joya, tantos vestidos ricos, tantas guarniciones? ¿Qué lágrimas ha vertido? ¿El tiempo de pensar las ofensas que contra Dios ha cometido ha gastado en aderezar el rostro? ¡Donoso arrepentimiento! ¡Buena disposición para llegarse á este Sacramento! Duélale su perdición; errados lleva sus pasos; mire no paren en el infierno, como temo. Alumbre Dios, por quien es, su entendimiento para que sepa á quién se debe dar toda.

„Tuerza, señora, el camino; mire que la espera Cristo con los brazos abiertos, dulce Esposo, que con diferente amor y caricias de los que lleva el mundo la tratará mientras viviere, y después le gozará en su gloria. Anímese, que por el trabajo breve le esperan premios eternos en compañía de innumerables vírgenes, que no están arrepentidas de haber servido á este Señor con limpieza de alma y cuerpo. Breve es todo lo presente, ó sea próspero ó adverso; aquel bien busque, señora, que el mal tema que ha de durar eternamente.„

Estas ó semejantes palabras le decía el gran Ministro de Dios, tan abrasado en su amor como deseoso que se abrasase su penitente. Las razones salían tan abrasadas del incendio de su pecho, que pusieron fuego en el de la doncella, tan eficaz y fuerte, que desde que comenzó él á hablar, comenzó ella á resolverse en lágrimas tan copiosas que regaban el suelo. Sintió

el santo Maestro la mano del Altísimo, y que su gracia iba obrando eficazmente en el alma de Doña Sancha, dándole una luz extraordinaria con una vocación muy rara; decíalo el semblante y ademanes; calló, dejó obrar al poderoso á trastornar corazones; levantóse de sus pies casi sin aliento, atravesada de un penetrante dolor de no haber antes conocido á Dios, y de haberle ofendido; y sin hablarle palabra echó el manto hasta los pechos, y dando profundos gemidos, volvió á su casa bien diferente de la que había venido. Entróse en un retrete, estuvo allí todo el día llorando amargamente sus pecados, condenando la vanidad de su vida, su olvido de Dios y de sus beneficios. Su comida aquel día fué dolor, las lágrimas su bebida, y arrojada á los pies de Cristo le pedía misericordia que la admitiese por suya, recibiese su dolor y sus deseos y dispusiese los ánimos de los suyos para que no le estorbasen sus intentos. Resolvióse con un firme propósito de servir á Dios toda su vida, y de no admitir ni aun pensar en otro esposo. Despojóse á toda prisa de sus galas; deshizo los tocados; arrojó de sí las joyas; lavó con lágrimas el rostro; cortó el cabello; cubrió la cabeza de unas tocas bastas, el cuerpo con una saya negra llana y sin guarnición, para que entendiesen sus padres y parientes la firmeza de su propósito, habiendo condenado al siglo con el vestido.

En este traje humilde, con un semblante modesto, muerto el brío juvenil, desfallecida de fuerzas, salió á la noche de su aposento, y como otra Demetrias se puso en presencia de sus padres y hermanos; quedaron todos atónitos con espectáculo tan raro y novedad tan extraña; concurrieron los deudos, y admirados todos á porfía procuraron divertirla de su intento, multiplicando razones, representando inconvenientes que traen resoluciones grandes ejecutadas aceleradamente. Estuvo de mármol á sus ruegos, de bronce á sus persuasiones; satisfízoles, aplacóles con una constancia más que humana. Quisiera retirarse á un monasterio donde acabar sus días, sin memoria de lo que había sido; sintiéndolo sus padres así, del acuerdo del Venerable Maestro Ávila tomaron una pequeña casita que estaba pegada á la suya, acomodáronla dos aposentos y un oratorio y un patio; diéronle puerta á su casa, y cerraron la de la calle.

Nueva vida y virtudes de Doña Sancha Carrillo.

Encerróse Doña Sancha en este retiramiento, tan muerta á todo lo humano, que no pudo hacerla estorbo la cercanía de la casa de sus padres; no admitió en su compañía doncella ó dueña que la sirviese, para hallarse más libre y poder dar á Dios todas las horas. Retirada vivió toda la vida desde el día que se consagró á Dios hasta que partió á gozarle al cielo. Tuvo la soledad por deleite, y como otra Asela, en medio de la ciudad halló la soledad de los monjes; encerrada en esta celda gozaba de las anchuras del paraíso. Amaba á sus padres y sus deudos, mas sin dejarse ver de ellos. Consagróse á Dios con voto de perpetua virginidad, y guardóla en cuerpo y alma con pureza de ángel; hizo preciosa su virginidad con la santidad de sus costumbres, que correspondieron á la grandeza de su propósito. Aspiró á la perfección incesablemente con el aliento y ardor que comenzó el día que mudó de pensamientos.

Comenzó con áspera penitencia á quebrantar la lozanía de dieciocho ó veinte años; afligía con extraordinarios ayunos el cuerpo, de suyo flaco y delicado. Los manjares viles y groseros, las naranjas exprimidas, los manojos ó desechos de las hierbas que arrojaban al muladar, recogía por una puerta secreta, y eran su más regalado plato á vista de las viandas preciosas de la mesa de sus padres. Era un corcho su cama, las almohadas unos libros, de que se ayudaba para la meditación ordinaria; el sueño muy poco y á deseo; las disciplinas cruelísimas, bañadas en sangre, y muy frecuentes. Su camisa un cilicio nudoso desde el cuello á los pies; sobre él una túnica basta, ceñida con unas cintas de cardas, tan apretadamente, que penetraban hasta la carne y la herían sin piedad. No vistió jamás lienzo, ni usó de otro refrigerio, multiplicando asperezas, acosando su cuerpo delicado y tierno, de su natural criado en tanto regalo. Halláronle, cuando la componían para la sepultura, carpido cruelmente por la parte que la ceñían las cardas, de manera que le entraba un grueso de un dedo por lo lastimado de la cintura.

Puso su principal cuidado en la guarda del corazón; aprisionóle dentro de su pecho con las leyes divinas, sin dejar que supiese más caminos que el del cielo, ni sus pies que el de la

iglesia. Fué la guarda de los sentidos rigurosa, en particular los ojos: traíalos tan compuestos y humildes, que mostraban bien la pureza de su alma. En los templos, adonde sólo eran sus salidas, no los apartaba del altar ó imágenes sagradas; en su retiramiento cerrados, porque no hiciesen estorbo en la ocupación del alma, ó levantandos al cielo, fijos en aquel Señor á quien amaba. Puso igual cuidado en los oídos y lengua, atendiendo vivamente que por estas puertas no entrase cosa que pudiese mancillar su pureza.

Dábale Nuestro Señor grandes alientos, y animaba á proseguir vida tan penitente. Estando una vez comiendo sintió un entrañable deseo de sentir algo de lo mucho que Cristo Nuestro Señor por ella había padecido; súbitamente se le apareció el Señor con su cruz á cuestas, cubierto de sudor, pero con un semblante blando y amoroso, que regalaba en mirarle. Arrojóse ella á sus pies, y díjole: "Señor, dadme vuestra cruz, y ayudaros he yo á llevarla.„ Miró al Señor con ojos muy regalados y amorosos, y respondióla: "No doy yo mi cruz á los perezosos„; y desapareció. Quedó regalada con el favor y herida con la respuesta, y animóse á proseguir su camino por las amarguras de la cruz.

Fué extremada su caridad para con Dios; amó á los prójimos como á hijos de este Señor y queridos de su Padre; costóle este amor la vida, como adelante veremos. Su fe fué heroica; la estima de los santos Sacramentos y veneración, admirable; sus fiestas eran cuando se publicaban indulgencias, viendo franquear la Sangre de Jesucristo. La devoción al Santísimo Sacramento no hay lengua que la explique. Comulgando gozó de inestimables favores. Vió muchas veces á Cristo crucificado en la hostia, diciéndola dulces y amorosísimas palabras. Yendo un día al convento de San Agustín, que estaba entonces distante de la ciudad algún trecho, hallóse cansadísima con el sol, que era muy fuerte, y grande su flaqueza; quiso volverse del camino; vió con los ojos interiores del alma á Cristo Nuestro Señor á modo de caminante, los pies descalzos, cubierto el rostro de sudor de sangre; miróla con amorosísima y dulce vista, y la dijo: "Hija, no me cansé Yo de buscarte hasta la cruz, y di mi vida por ti, ¿y tú te cansas de buscarme á Mí viviendo? "Con estas tiernas palabras se animó y llegó al convento tan descansada como si hubiera ido en palmas. Recibió á su Dios sacramen-

tado, y levantando los ojos á mirarle, le parecía que todo era un inmenso fuego que abrasaba el mundo con amor.

No la dieron estimación de sí tantas misericordias, porque su humildad fué rara, y grande la luz para conocer las manos de donde le venían las riquezas, y la miseria y pobreza propia; desconoció ser noble; sólo se conoció mortal; su trato fué muy suave y discreto; sus palabras encendidas en el amor de Dios, que ardía en el pecho.

Su oración y contemplación fué altísima, enajenándose del uso de los sentidos, engolfándose en el mar inmenso de las divinas misericordias; recibiólas grandísimas, en especial los días de la Encarnación, Nacimiento de Cristo, misterios de la Semana Santa y Santísima Trinidad. Y cuando oía hablar del amor de Dios, con cualesquier palabras brotaba el fuego. Era su ordinario manjar la meditación de la vida y muerte de Cristo bien nuestro; representáronsele con superior luz muchos de estos misterios con notables efectos en su alma. Sentía muchas veces en pies y manos dolores tan intensos que no podía moverse.

Las batallas y luchas con los demonios fueron continuas y crueles; no tiene pieza el infierno que no disparase contra la fortaleza de esta virgen, no ardid, no traza que no se ejecutase; pero siempre en vano. Acometióle un día el espíritu de la fornicación, soplando aquel fuego infernal con que hace arder las piedras con tal furia, que ardía en vivas llamas; esperó el demonio tener una gran victoria y rendir la inexpugnable fortaleza; tal fué el asalto del enemigo; peleaba la valerosa virgen con todas las armas que en estas ocasiones tenía usadas; ruegos, consideraciones, lágrimas, clamar al cielo; estábase en su mayor fuerza el combate; acordándose de lo que muchos Santos habían hecho en semejantes aprietos, movida de un impulso superior se arrojó desnuda en un tinajón de agua muy fría, que estaba en el patio de su cuarto; detúvose allí largo espacio; aseguró la entereza de su alma con gran menoscabo de su cuerpo. Huyó avergonzado el infierno; cantaron los ángeles la victoria; quedó á la Iglesia este ejemplo por este glorioso triunfo; por tan ilustre vencimiento la privilegió Nuestro Señor para no ser más molestada en esta parte; premio debido á tan heroica hazaña.

No se dió por rendido el enemigo, porque en tropas venían los demonios á espantarla y acosarla con horribles y formida-

bles figuras, usando de varios engaños y fingimientos; andaba á brazos partidos con los espíritus malignos; vivía trabajadísima. Contólo D. Pedro de Córdova, su hermano, al Venerable Maestro Ávila; él dijo Misa sobre una cruz, y enviósela, con que sintió grande alivio. En tan reñidas batallas tuvo favorable á Dios, que la defendió con su poder y amor de Padre; y á los ángeles santos, que como los imitó en la pureza, tuvo asegurado su favor, en particular el de su Guarda, con quien tuvo entrañable devoción; igual á las ánimas del purgatorio, á quien favoreció mucho. Tuvo frecuentes visitas de personas difuntas, pidiéndole socorro en sus terribles penas.

El don de profecía y visiones divinas fueron muchas; las que tocan á nuestro Venerable Padre fueron, que cuando predicaba veía sobre su cabeza un lucero de maravillosa claridad y hermosura, y que salían de su boca vivos rayos de luz, é iban á parar á las orejas de los oyentes; y cuando oía Misa veía en su cabeza muchos resplandores; y cuando volvía al pueblo á decir *Dominus vobiscum,* salían de su boca rayos resplandecientes; como, al contrario, en dos sacerdotes vió lastimeras señales de su mal estado.

El rigor de tan áspera penitencia, las vigilias tan continuas, las luchas y encuentros con los demonios, la hambre y sed, los continuos martirios con que atormentaba su cuerpo fueron causa de gravísimas y perpetuas enfermedades; padecía muchas fiebres, graves dolores, ordinarios desmayos, unos ardores interiores que consumían las carnes y la abrasaban, sin que se sintiese afuera. Crecían los males con los remedios, que como eran tan extraordinarios, más hacían los médicos experiencias, que aplicasen medicinas. Favorecíala Nuestro Señor en estas enfermedades con notables favores. Estando un día apretada oyó de lejos una capilla de dulcísimas voces; fuéronse acercando; entraron en su aposento gran número de vírgenes; y cantándola, cercaron la cama; la Reina de los Ángeles María Señora nuestra se puso á su cabecera; repartió una de sus damas velas á todas, y prosiguieron la música; al paso que las voces regalaban su alma, se partieron huyendo los males del cuerpo fatigado; fueron después saliendo, mirándola con unos rostros risueños, haciéndola con las cabezas señas que se fuese en su compañía. La Virgen Santísima la mostró mayor cariño, con una hermosa y extraordinaria luz, con cuya comparación

la del sol dijo le parecía obscura; quedó con esta vista buena; levantóse de la cama como si no hubiera tenido mal alguno.

El último año de su vida se agravaron sus enfermedades; arrojáronla en la cama, desfallecida de fuerzas; padecía continuos desmayos; veníanle sudores de un humor tan fuerte, que abrasaban la ropa de la cama, de manera que cuando la levantaban se hacía pedazos; el olor muy molesto, y como de sepultura de parroquia; llegaba á tanto la fuerza del mal humor, que con las manos sacaba las muelas de la boca, y se le deshacían entre ellas. Su paciencia fué heroica; á dos causas atribuyeron su temprana muerte. Amenazó un año estéril á Andalucía, y la falta de aguas obraba ya lastimosísimos efectos; en especial en los pobres se temían mayores: ofreció á Dios su vida por su remedio: el año fué muy fértil, y á Doña Sancha se agravaron sus enfermedades, en especial después de aquel hecho heroico, cuando con el agua helada atajó en el cuerpo que el fuego no pasase al alma. Uno de los accidentes de su mal era un frío tan grande, que cargándola cuanta ropa podía sufrir, no podía entrar en calor. Favorecida de Dios con haberla avisado un año antes que muriese de su día último, habiendo recibido una gran ilustración del cielo, en que con especial luz se descubrieron los misterios de nuestra redención, recibidos los santos Sacramentos, purificada aquella alma santa en tan continuos crisoles, abrasada en unas ansias ardientes de ver y gozar de Dios, partió á poseerle eternamente á los veinticuatro años y medio de su edad, con los méritos de una ancianidad de siglos.

Había pedido á Nuestro Señor la hiciese merced de que fuese ella arrastrada por Cristo: sucedió que llevando el santo cuerpo de Guadalcázar á Córdoba á depositarle en el convento de San Francisco, cuya capilla mayor es entierro de los señores de esta casa, acompañándola el Venerable Maestro Ávila, que hasta este último oficio le quiso ser buen Padre, al entrar en la ciudad se espantaron las acémilas: dieron á correr con ímpetu: descolgóse el ataúd, quedando colgado por la parte de los pies: desclavóse la tabla de la parte superior, y salió por allá la cabeza de la difunta: fué arrastrando por las calles hasta la puerta del convento, donde pararon las acémilas, no guiadas ni detenidas por hombre: hallaron el cuerpo sin lesión, sonrosado el rostro y los labios de risa, sin que el cuerpo y cabeza

hubiese recibido ofensa alguna. Maravilloso es Dios en sus Santos.

Este es, cristiano lector, un mal formado resumen de la vida de esta esposa de Cristo. Entre otros favores que la hizo Dios fué darle por cronista al P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, que con grave y elegante estilo escribió las virtudes de esta virgen, gran ejemplo en la Iglesia de lo mucho que importa que en el tribunal santo de la confesión usen los confesores de la entereza que pide su oficio: una gala profana reprendida con brío dió al cielo á Doña Sancha. Decía ella á su Maestro santo, como lo refiere el P. Fray Luis en su vida, después con mucho donaire, haciendo memoria de lo que pasó aquel día: "¡Cuál me paraste aquel manto!„ Porque haciendo de su parte lo que deben, estará muy presente la luz divina, que concurre pronta á nuestro aprovechamiento.

Si me he alargado fuera del intento, sobre haber quedado corto, respecto del gran sujeto, sea disculpa de todo la devoción de esta virgen; y para los que no alcanzaren el docto original, tengan siquiera esta noticia, y se muevan á buscarle y leerle.

A esta esposa de Cristo escribió el Venerable Maestro Ávila el libro de oro del *Audi Filia:* es muy acomodado al estado virginal: estimábale ella tanto, que le llamaba mi tesoro.

CAPÍTULO XVIII

Sumario de la vida de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, y la mucha parte que el Venerable Maestro tuvo en sus virtudes.

La obra que, mediante la divina gracia, más descubrió la grandeza del espíritu del santo Maestro Ávila, el primor y acierto de su magisterio, fué la virtud y santidad de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, hija primogénita de la enseñanza y dirección de este Venerable varón. Pudo decir con Séneca á su Lucilo, cuya virtud atribuía el filósofo á sus cartas: *Assero te mihi, meum opus es.* "Atribúyome tu virtud, obra eres mía.„ En esta proporción es cosa cierta que el ser espiritual de esta santa señora se debe en muy gran parte á la doctrina y documentos de este gran siervo de Dios; porque desde sus primeros años hasta que Nuestro Señor la levantó á tan heroico gra-

do de virtudes, la encaminaron siempre los documentos y avisos de este excelente Maestro.

Fué Doña Ana Ponce de León hija primogénita de D. Rodrigo Ponce de León, Duque de Arcos, y Doña María Girón, hija del Conde de Ureña, nobleza de las mayores de España; excedióla la de su rara virtud. Huérfana á los tres años de su edad, se encargó de su crianza la Duquesa Doña Mencía, su tía, mujer de D. Pedro Girón, Conde de Ureña, ejemplo del valor y piedad cristiana.

Las virtudes de la primera edad de la Condesa eran unos presagios de lo que en la mayor se aumentarían; llamábanla por su mansedumbre la Cordera. Comenzó á ser misericordiosa antes que pudiera saber qué era misericordia. Sus ventanas eran las tribunas, sus vistas el Santísimo Sacramento, á quien desde su niñez fué por extremo devota. Era en hermosura y gentileza un ángel, mas acompañada de tan rara honestidad que componía á cuantos la miraban. El cuerpecito inocente preservaba de pecados con la penitencia, con que recibió de Dios en este tiempo tiernos y dulces favores.

Quisiera de buena gana conservar el estado virginal; mas sus deudos la obligaron á admitir el matrimonio. Casó con Don Pedro Fernández de Córdova y Figueroa, hijo de D. Lorenzo Suárez de Figueroa, Conde de Feria, y Doña Catalina Fernández de Córdova, Marquesa de Priego, señor de excelentes virtudes, digno sólo de tan rica prenda. De Osuna la trajeron á Montilla el año de quinientos y cuarenta y cinco con alegría y estima universal de sus vasallos, que aumentaron conociendo sus virtudes. Estando un dia en el pasadizo que de la casa de los Marqueses va al convento de Santa Clara, la pidió un pobre limosna; quitóse de la mano la sortija de su desposorio, y arrojósela; admiróse ánimo tan generoso. Fué este hecho como prenda de lo mucho que dió después á los pobres; quebrantaba los collares de oro; hacia piezas las gargantillas y joyas para venderlas, sin que fuesen conocidas, para el sustento de los miserables; pudo decirse de esta gran señora lo que de Santa Marcela, nobilísima romana, refiere el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo. Repudió el oro, hasta el anillo del sello, guardándolo en los vientres de los necesitados antes que en los talegos y los cofres.

En el capítulo de la predicación de Zafra dejamos escrito

cómo estos Príncipes llevaron á esta villa al Venerable Maestro Ávila, año de mil y quinientos y cuarenta y seis, y cómo confesaron con él generalmente. Recibiólo desde este tiempo la Condesa por Maestro, veneróle por santo, reconoció sus heroicas virtudes, y que por sus oraciones y avisos le había de hacer Nuestro Señor muchas mercedes, y ya por este tiempo las recibía muy grandes y sobrenaturales y admirables sentimientos; mas con grande humildad y reconocimiento de su flaqueza, no dando á cosa ninguna crédito sin haberla comunicado y tenido aprobación del Venerable Maestro Ávila, á quien Nuestro Señor había dado gran luz y gracia para discernir espíritus y encaminar almas á la vida espiritual.

Escribió los sentimientos y favores que Nuestro Señor la hizo por este tiempo; hallaránse en el libro que de su vida escribió el P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús. Remitiólos á su confesor el Venerable Maestro Ávila; viólos, y al pie puso estas palabras: "Heme consolado con este cuadernico, y toda la doctrina de él es verdadera, y toda merced de Nuestro Señor, y debe ser muy agradecida, leída y obrada.„ Aconsejóla el santo Maestro que cuando entrase á rezar en su oratorio hincase las rodillas y pidiese á Dios limosna con el corazón; hízolo así, y libróla su Majestad de una tentación que le afligía contra la fe.

Habiendo tenido, entre otros que allí cuenta, un gran sentimiento del misterio de la Encarnación, en que se le representó vivamente el amor, la bondad, la sabiduría y largueza de Dios y deseo de la salvación de los hombres, dándonos á su Hijo por Redentor y sus amorosísimas y dulcísimas entrañas para con nosotros, espantada preguntó al Venerable Maestro Ávila: "¿Cómo es posible irse hombre al infierno teniendo Dios tanta misericordia?„ Respondió el Venerable Maestro: "Que porque eran los hombres malos y pecaban, y no se querían arrepentir ni tomar el remedio que Dios les había dado en los Sacramentos.„ Más adelante dice estas palabras:

"Mostróme Nuestro Señor que tuviese más recogimiento, y envióme al Maestro Ávila que me lo enseñase y mostrase de la manera que había de andar el ánima encerrada en su corazón y morir á todos los amores del mundo.„ Y en otro papel dice:

"Mostróme que á los grandes y fuertes salva Dios por otros

caminos de más trabajos, y con los chicos se comunica, porque esto es su condición, tratar con los pequeños; y para esto se hizo hombre; y mostróme que uno de éstos era el Venerable Maestro Ávila, puesto de rodillas ante él con gran reverencia, pidiéndole para sí muchos trabajos.„

Después de grandes favores, por una faltilla bien ligera, que calificada por nuestro docto Maestro Ávila no llegó á más que á pecado venial, se le ausentó el Señor, escondió su dulcísimo semblante por un año, pasó una gran tempestad y sequedad interior, no sintiendo en los ejercicios santos la dulzura y visitación antigua; mas aun en la mayor ausencia acudió con mayor fervor á sus ejercicios, oraciones y penitencia, recibiendo á tercero y cuarto día el Santísimo Sacramento hasta que volvió la misma serenidad.

Comenzó Nuestro Señor á labrar á la Condesa con trabajos, que son las mejoras de los hijos más queridos; llevóle la mayor prenda de su casa, quitándole al primogénito que le había dado, heredero de su nombre y de su estado; en esta ocasión la escribió una carta el santo Maestro Ávila, que guardó toda su vida para su consuelo; díjole así: "Si Nuestro Señor hiciere Rey en el cielo al que de sus entrañas salió, déle gracias y envíele con él muy cordiales encomiendas, y téngale allá en prendas, que ella no dará su amor á otro sino al Señor; y mire bien qué merced hace el Señor á esa criatura, que al primer abrir de ojos se halle viendo á Dios y gozándole para siempre.„

Poco después enfermó el Conde por tres años continuos con accidentes penosísimos; sirvióle la Condesa con gran puntualidad días y noches, sin desnudarse en tan largo tiempo, mostrando las finezas del verdadero amor que debe tener una casada, sin reparar en los antojos de un señor enfermo, en los ascos, las quejas y destemples; cuidaba mucho de la salvación del Conde, y para este fin hizo venir á Priego, donde á la sazón se hallaban, al Venerable Maestro Ávila, único consuelo suyo y luz de todo su estado.

Iba disponiendo Nuestro Señor á la Condesa para la muerte del Conde su marido con grandes sentimientos del valor de los trabajos y padecer por Dios. Pidióle Nuestro Señor que le ofreciese al Conde, á quien tenía un excesivo amor; hízolo, y fué tanto el dolor que sintió en darlo, que, como ella dijo al Venerable Maestro Ávila, le pareció que se le había arrancado el

corazón y sacádosele por la boca: no quiere Dios á los suyos insensibles; sujetos sí, y resignados y conformes.

La enfermedad del Conde fué agravándose, y lo penoso de los accidentes daba nuevas ciertas de su breve vida. Acosábanle unos vómitos con una flaqueza del estómago notable. Dió orden la Condesa le trajesen el Viático, y teniéndole en el oratorio de frente de la cama, le dijo: "Señor, ¡si supiésedes lo que os tengo! Allí está el Santísimo Sacramento á haceros compañía en este camino." Despidióse la Condesa; llegó en esto el Venerable Maestro Ávila, y dijo al Conde: "Comulgar quiero á V. S." Respondióle: "Si como su Majestad ha dado quietud á mi alma, se sirviese de dar sosiego á mi estómago y detener mis vómitos, sólo este consuelo me falta para esta jornada." "No tema V. S., replicó el santo Maestro, que quien de buena gana perdona sus ofensas, también suspenderá el castigo de ellas, que son las enfermedades. Yo comulgaré á V. S., y me quedaré aquí á acompañarle." Comulgóle, quedó con muy grande sosiego; aquietósele el estómago por las oraciones del Venerable Maestro Ávila; reconocióIo el Conde, de manera que al punto con un criado envió á decir á la Condesa: "Decidle que el Maestro Ávila me ha curado el alma y el cuerpo."

El día siguiente fué el último de la vida del enfermo; acompañóle hasta el postrer trance el buen amigo y Maestro, asistiéndole en aquella hora, de donde pende la eternidad de gloria ó pena. El llanto de los criados al expirar del Conde dieron nueva á la Condesa de la muerte; levantóse de donde estaba retirada, y á largo paso fué á entrar adonde estaba el cuerpo; mas atajóla en el camino el Venerable Maestro Ávila, á quien preguntó ella: "¿Cómo queda el Conde?" Llevaba en la mano el Crucifijo con que le ayudó á morir; y alargándosele, dijo: "Este es el Conde de V. S., que ya no tiene otro." Reportóse, y con un rendimiento grande á la voluntad divina recibió el Cristo que le daba el Maestro en lugar del Conde; y abrazada con él, se recogió á su tribuna, donde en los brazos de su nuevo esposo templaba el dolor de la ausencia del primero.

Prosigue esta materia.

Fué el dolor de la Condesa en esta pérdida tan grande, que hablando de ella el muy Rdo. P. Fray Luis de Granada, que se halló á la sazón en Priego, afirma fué la mayor que vió en su vida. Mereció el Conde cualquier demostración de sentimiento; fué señor de raro valor, entendimiento y virtud; gobernóle el santo Maestro Ávila, como su confesor, algunos años; estimó el Conde con notable veneración y respeto á su Maestro.

Templaba este acerbísimo dolor la Condesa con la presencia de Cristo Nuestro Señor crucificado, sin exceder los límites que pide una cordura cristiana. Acabadas las exequias del Conde, pasó de Priego á Montilla, villa principal del Estado; y por no estar sin cabeza á quien obedecer en una edad tan florida como de veinticuatro años, con parecer del santo Maestro Ávila, que nunca fué de opinión que confesores aceptasen obediencias de mujeres, dió la obediencia á la Marquesa su suegra, en quien resplandeció un alarde de las virtudes cristianas, una de las más queridas y aprovechadas hijas del Venerable Maestro Ávila, y que más gozó de su doctrina y consejos por su asistencia en Montilla en tantos años.

Los cuidados de la Condesa en este tiempo eran, como desembarazada del antiguo estado, entregarse más libremente á Cristo, ser santa en el cuerpo y en el alma, guardando eternamente el grado de continencia que tuvo los últimos tres años de casada. Trataba con el Venerable Maestro Ávila encerrarse en algun monasterio, aunque sin obligación y título de monja; estado desigual á sus fuerzas, quebrantadas con enfermedades suyas y del Conde. Recogíase algunos días en el convento de Santa Clara, de la Orden de San Francisco, donde se entregaba á la oración largas horas; consolaba su soledad Nuestro Señor con amorosas visitas. Pensaba un día cómo le había llevado Dios las prendas que más quería; vínosele á la memoria el hijo primogénito como primero amor. Estando en este pensamiento aparecióse el niño, y con grande alegría y orgullo le dijo: "Madre, vengo muy de prisa á verla, porque me quiero volver luego al cielo.„ Desapareció se al punto; quedó por una parte alegre de ver á su hijo glorioso, triste por otra de haber

sido tan breve la visita. Sacrificó á Dios su contento; ofrecióle de nuevo al hijo que ya le tenía dado.

Pagóle Nuestro Señor este servicio, porque estando el dia del Corpus en su tribuna en Santa Clara, entró la procesión del Santísimo Sacramento, de quien fué por extremo devota; y poniendo los ojos en la hostia sagrada, y la fe en Cristo que venía en ella, oyó que de allí le decía: "Con mi Cuerpo y Sangre te he sustentado la vida del alma, y con ellos te he mantenido; ábreme tu corazón, que quiero entrarme á descansar en él." Dijo al Venerable Maestro Ávila que le pareció que venía Cristo hacía su alma; *Saliens in montibus, et transiliens colles.* Y sintióse llena de particular dulzura, y más estrechamente unida por amor y soberana contemplación con el mismo Señor. Dió cuenta, como solía, al Venerable Maestro Ávila, y preguntóle qué quería significar Nuestro Señor en aquella manera de venir á su alma. Respondióle el Venerable Maestro que era como salvar sus culpas y disimular sus imperfecciones para llegar á unirse con su alma. Preguntóle cómo abriría su corazón á Dios para que en él descansase. Y ordenóle por particulares razones que en ella concurrían, sin nota de otras, que comulgase cada día, que hasta entonces no le había dado esta licencia, si bien tan santa casada; hízolo así hasta lo último de su vida.

Las grandes virtudes de la Condesa la fueron disponiendo para mayores favores de Dios; el mayor fué escogerla por esposa suya, trayéndola á la Religión Seráfica con una vocación maravillosa. Habíase recogido al convento de Santa Clara de Montilla para darse más á Dios algunos días, donde la llamó Nuestro Señor á la alteza del estado religioso: el modo y lo que pasó en esto lo escribió al Venerable Maestro Ávila, su confesor, para pedirle consejo si había de ejecutar determinación tan ardua. Sus palabras son éstas:

"Estando yo un día en mi aposento pasó por delante de mí Nuestro Señor Jesucristo vestido de una ropa morada y una cruz grande en el hombro; y vuelto el rostro á mí, me dijo: "¿Qué, no "has querido ayudarme á llevar esta cruz?" No respondí nada; mas dióme pena que no me contase Nuestro Señor por cruz los trabajos que había padecido desde niña, ni la enfermedad del Conde, ni la viudez presente, y quedé deseosa de entender qué quisiese hacer el Señor de mí. El sábado siguiente, estando oyendo á una monja, que cantaba el salmo *In exitu Israel de*

Egipto, púseme en oración; y entrando en el recogimiento de mi alma, preguntéle á Nuestro Señor qué era su cruz, y díjome: "¿Quieres mi cruz?„ Respondí: "Sí, Señor.„ Díjome otra vez más alto: "¿Quieres mi cruz?„ Respondí: "Sí, Señor, con „vuestro espíritu y vuestra gracia, y con el amor que vos la „llevasteis por honra de vuestro Padre y el bien de los hom„bres.„ Mostróme la cruz, y abrazándome con ella, comencé á gloriarme en ella, y dije: "¿Quién me despreciará y tendrá en „poco, viéndome tan honrada con la cruz de mi Señor Jesucris„to? Miré hacia arriba á ver la cruz, y ya no tenía figura de cruz, sino de palma, con su copa muy linda. De ahí á poco comencé á pensar qué sería una cruz tan grande en cosa tan pequeña. Y acordéme que pocos días ha predicó aquí el Venerable Maestro Ávila, y dijo que el hábito de las monjas era cruz, y clavos los votos; mas consideraba que yo no era para monja por la falta de salud, aunque holgara mucho vivir con ellas.

„Estando así en el recogimiento de mi oración, llegáronse cerca de mí los gloriosos Santos San Francisco y Santa Clara: dijéronme que les pidiese el hábito de su Religión; mas excusábame diciendo que no tenía fuerzas para los trabajos de ella, pero que hiciese Dios de mí lo que fuese servido. Tornaron segunda vez á alentarme, representándome su sagrada Religión en un navío, en que iba mucha gente al cielo. Dudaba todavía mucho darles el sí por el temor á los trabajos de la Religión; y díjome Nuestro Señor, que arrimada á Él podía llevarlos. Y ofreciéronme los bienaventurados San Francisco y Santa Clara que el uno me alcanzaría de Nuestro Señor la virtud de la humildad (por lo cual dije yo que daría cuanto hay), y la otra la virtud de la religión. Rindióseme con estas promesas el corazón, y dije: "Sea lo que Dios quisiere.„ Estuve en esta oración desde que comenzaron la Salve hasta las once de la noche, unas veces en pie y otras de rodillas, otras postrada en tierra; y cuando salí hallé á la puerta del coro á Sor Juana, y no supe si había oído algo de lo que había pasado. Escribí todas estas cosas al Venerable Maestro Ávila, para que me dijese lo que había de hacer ó creer en ellas.

„Domingo siguiente por la mañana fuí al torno, y nunca hallé criado del monasterio que llevase el papel al Maestro Ávila, y dije llamasen un paje de palacio que lo llevase; y nunca vino, ni hubo remedio que el papel se llevase. Estando yo con

este cuidado, díjome Nuestro Señor que sin dar más parte al Maestro Ávila tomase allí el hábito de monja, porque así convenía.„ Fué bien menester que Nuestro Señor se lo mandase tan expresamente, porque en todas ocasiones en nada se determinaba sin el parecer y consejo del santo Maestro Ávila, su confesor; y cuando de su oración resultaba algún impulso ó ilustración que la moviese á hacer algo, decía: "Mi Padre me dirá en esto lo que tengo de hacer„: tanto era el respeto que tenía á este gran varón. Y esta vez tuvo particular misterio el mandarle Nuestro Señor lo contrario, como adelante veremos. "Fuíme—prosigue la Condesa—á la oración para disponerme mejor á ir á pedir el hábito, y estuve más de una hora peleando con el demonio; y saliendo ya del aposento, llamóme Nuestro Señor y díjome: "Mirad que si tomáis el hábito, que no le ha„béis de dejar.„ Respondíle que nunca le dejaría con ayuda de su gracia.„

Conocida la voluntad de Dios y con tan preciso mandamiento, salió del aposento la Condesa tan arrebatada de su deseo, que se le conoció en el semblante que iba á ejecutar alguna grande resolución; pasó por delante de la Marquesa, su suegra, que estaba hablando con la Abadesa; iba tan en su negocio, que no les hizo ningún comedimiento; viéndola así la Marquesa, dijo: "¿Dónde va tan denodada la Condesa? Parece va á hacer alguna hazaña.„ Pidiendo á dos monjas el hábito, y dificultando el dársele, les rogó se le diesen para ver cómo le estaba. Creyendo ellas lo hacía por divertimiento de cuidados, le dió su hábito una Religiosa: la santa Condesa dijo: "¿No me está muy bien?„ Respondiéronla que sí. Replicóles: "¿No me darán ellas sus votos para ser monja?„ Respondiéronle que sí, con mucho gusto, no creyendo iba la cosa de veras. Concurrieron en lo mismo otras muchas Religiosas, y casi todo el convento para verla; ella declaró su voluntad, y que de ningún modo dejaría aquel santo hábito; esto con tan constante resolución y viveza en el semblante y palabras, que no dudaron del hecho; admiráronle alegres de verse con tal señora y Hermana, suspendiendo el ánimo á ver el paradero del suceso.

Lo que pasó al Venerable Maestro Ávila con la Marquesa de Priego.

Entendiendo la Marquesa Doña Catalina el hecho de la Condesa su nuera, partió al punto adonde estaba con el sentimiento que pedía el suceso; procuró con todos medios divertirla del intento; representó los grandes inconvenientes que de tan acelerada resolución se descubrían. Díjola cuán justo era no hacer mudanza de estado hasta dar cuenta al Duque de Arcos, su hermano, que la amaba y estimaba tanto, ya que había atropellado el respeto que la debía tener por madre y suegra, mayormente estando de por medio la obediencia, que con voluntad del Venerable Maestro Ávila la había dado. Advirtióla su delicadeza y pocas fuerzas, desiguales á la carga de una Religión tan áspera, pasando del regalo de un palacio á las descomodidades de un convento. Ponderó mucho el desamparo de una hija única que le había quedado de cuatro años, cuyas costumbres había de reformar su doctrina y enseñanza, dejando aquel estado sin gobierno, y tanto número de criados sin amparo.

Respondióla fácilmente la Condesa, satisfaciendo todas sus razones, que el grande amor de Dios la dió elocuencia y valor contra la autoridad de la Marquesa. Viéndola tan resuelta en lo intentado, dijo con gran sentimiento: "El Maestro Ávila es autor de esta obra, y bien se parece propia obra suya; él me dará cuenta del hecho." Replicó la Condesa: "Tan ajeno está el Maestro Ávila del hecho, como yo de dejar de proseguir lo comenzado; no lo supo, ni lo sabe, ni creo ha caído en su pensamiento." Previno la divina Providencia, con no llevarse el papel que dijimos al Venerable Maestro Ávila, la indignación que podía apoderarse en el pecho de la Marquesa contra el santo Maestro si fuera el autor del caso, ó si lo supo y no dió cuenta de ello, y era muy verosímil perder la gracia de esta señora, y la Condesa tal Maestro, y tal varón su estado, dichoso por haber tenido los Marqueses tal huésped y consejero.

Mandó al punto la Marquesa le llamasen al Venerable Maestro Ávila, y certificada que no tenía culpa alguna, dijo: "Si el Maestro no lo hizo, él lo podrá deshacer." Tuvo por cierto que si él ordenaba á la Condesa dejase el hábito, al punto obedecería; tal era el respeto que tenía á su Maestro. Vino el Venerable con el rigor de la siesta á los postreros de Junio, sin saber

para qué le llamaban; hablóle la Marquesa con declarado sentimiento, poniéndole delante á la Condesa con el nuevo hábito; multiplicó las razones; ponderó inconvenientes, valiéndose de los medios que le daban la indignación y dolor; concluyó con decir: "Hable V. R. á la Condesa; desengáñela, ó desengáñeme, que si lo que deseo no es justo, no quiero impedir su bien; pospondré mi gusto á su provecho."

Estuvo atento el Venerable Maestro Ávila á las razones, á los semblantes de la Marquesa, que no menos declaraban la voluntad que tenía de que se dejase el hábito. Lo que duró el razonamiento estuvo consultando con Dios en su interior la respuesta, y con gran serenidad la dijo: "Mucha pena me diera ver el sentimiento grande que tiene V. S. del hecho de la Condesa, á no tener conocido su grande entendimiento, sus cristianas costumbres y su celo de la honra de Dios, y sus deseos de darle gusto en todo, como lo hará en esta ocasión, sabiendo es voluntad suya. De este suceso vine muy ajeno, como lo estaba aun de pensarlo; mas persuádome que habiendo tomado tan ardua resolución la Condesa, ha tenido muy grandes fundamentos, y sin impulso grande de Nuestro Señor no se atreviera á hacerlo. En su virtud, en la luz que la ha comunicado el cielo, en su grande entendimiento y desengaño de las cosas del siglo fío mucho, y que no ha sido determinación de poco acuerdo. La acción de suyo es buena, como el haber abrazado la perfección evangélica, cumbre de la Religión cristiana. ¿Cómo puedo abalanzarme á reprobar una acción á que convida Cristo Nuestro Señor en su Evangelio? Tengo por premio de sus virtudes el haberla dado Dios mano de esposo y traídola á su casa, vistiéndola de aquel traje humilde, mas felicísimo, de que se honraron tantas Princesas y Reinas.

"No niego que podía ser buena en el estado de viuda en que se hallaba; mas hay grande diferencia de serlo en la grandeza de un palacio entre las rentas y regalos, multitud de criados y vasallos, gozando de la estimación y aplauso de los suyos, ó en la estrechura de una celda, en la pobreza evangélica, en penitencia y descomodidades, en el abatimiento de la cruz, pasando á súbdita de señora, de ser servida á servir, de ser señora de su voluntad á entregarla á la obediencia. No se alcanzan fácilmente los premios que á cada cosa corresponde; ella sin duda escogió la mejor parte; no se la ha de quitar V. S., que

así lo prometió Cristo á los que retirados de los cuidados de la vida pendieron de las palabras de su boca en oración y contemplación continua. Ningún agravio hace al Conde su primer esposo, si en su lugar ha escogido al mejor que hay en el cielo y en la tierra. Deja el estado de Priego, halla el reino de los cielos, y trueca el título de Condesa por el de Reina, porque su esposo es Rey, y Rey de los Reyes. Viviendo V. S., que sea por largos años, no hay que darle cuidado de la crianza de su hija; crecerá á vista de las virtudes de V. S. y de su ejemplo. Dios es el que ha hecho este concierto: pase por él V. S.: estime con su aprobación las bodas, no se agravie el desposado de que se hace menos estimación de su persona.„

Templó la Marquesa el sentimiento, mitigó el dolor del corazón con las palabras del santo Maestro, fué excusado de defensa á la Condesa, dióle ella razón de su resolución, la que podía darse en público, dejó lo particular para el secreto. Satisfecho el Venerable Maestro de su propósito, dijo á la Marquesa: "Señora, esto es hecho: *Quos Deus conjunxit, homo non separet.*„ Con esto se volvió á su posada, habiendo mostrado gran valor y entereza con una prudencia milagrosa, disponiendo el ánimo de la Marquesa, que halló lleno de indignación y dolor, á que llevase con cristiana conformidad el mayor golpe que tuvo después de la muerte de su hijo.

La Condesa santa se retiró á su celda, donde estuvo desde los últimos de Junio del año de 1553 hasta Julio del año siguiente, en que el día de Santa Magdalena tomó el velo de monja, y dióle el parabién de las bodas el Venerable Maestro Ávila con un sermón dulcísimo, en que tomó por intento declarar que este suceso fué empresa del amor que tuvo Dios á la Condesa, conocido y correspondido por ella: oyóle con mucho gusto: cobró bríos y deseos grandes de agradar al nuevo Esposo.

Sumario de las virtudes de la Condesa de Feria.

Las virtudes, la santidad, las hazañas de Sor Ana de la Cruz, que así quiso llamarse la Condesa; los favores y misericordias que Nuestro Señor la hizo, la grande perfección á que llegó, tienen por cronista al P. Martín de Roa, de la Compañía de Jesús, varón docto, cuya erudición y elocuencia igualó la grandeza del sujeto en la proporción que puede haber en lo divino

y lo humano: fuera el referirlas deslustrarlas; sólo pondré algunas acciones de esta santa señora, que tocan á la estimación de su confesor el Venerable Maestro Juan de Ávila, que le fué guía y maestro en el arduo camino de la santidad y perfección á que la levantó la bondad divina.

Fué rara su humildad, grande por sangre, hija y mujer de grande, mayor por las perfecciones de alma y cuerpo, favorecida de Dios con grandes ilustraciones y mercedes; llegó á desconocerse, sólo conoció que era de frágil barro; lo demás tuvo por ajeno.

Dióle Nuestro Señor grandes sentimientos cerca de esta virtud, que puso por escrito, para comunicar con el Venerable Maestro Ávila; que aunque el deshacerse es tan seguro, quiso que fuese por parecer de su Maestro, que si no era á él, no daba á otra persona parte de sus sentimientos; fué profundo su silencio, en especial en las cosas sobrenaturales.

Había en aquel convento una monja muy sierva de Dios, devotísima de Nuestra Señora; quiso esta divina Madre de misericordia favorecer á esta Religiosa por medio de la Condesa, á quien estando en oración la dijo la Reina de los ángeles: "Mira que amo á Fulana como una señora á una doncella de su casa; díselo, porque de hoy más se adelante en mi servicio.„ Disimuló la Condesa el decírselo, esperando la venida del Venerable Maestro Ávila, por no hacer cosa sin su consejo. Vino el Venerable Maestro á confesarla, y díjola: "Señora, ¿hanla mandado que haga ó diga algo que no haya hecho? Porque algunos días ha que siento gran sequedad cuando me pongo á rogar á Dios por ella.„ Declaróle la Condesa lo que pasaba. Tan correspondientes andaban en el espíritu; es muy probable tuvo el santo Maestro revelación, ó en general ó en particular, de lo que la Virgen Santísima había mandado á la Condesa.

La Serma. Emperatriz Doña María, estando en Lisboa, envió á la Condesa una reliquia del *lignum crucis*, engastada preciosamente, pendiente de un rosario de valor, por mano del P. Fray Luis de Granada; pidióle en retorno le enviase alguna cosa suya; la humildad hacía sentimientos que se le pidiese prenda como de persona santa, teniéndose con gran sinceridad por pecadora. El ingenio de la humildad halló un excelente medio; envióle el sermón que el Venerable Maestro Ávila había predicado treinta años antes el día de su profesión, con que

resguardó su humildad y estimó las cosas de su Maestro.

¿Quién podrá dar fondo á su mortificación? ¿A los afectos humanos? Grandes cuando interviene carne y sangre, y más de descendientes. A la Marquesa su hija, vivo retrato suyo, no la veía sino muy de tarde en tarde. Criaba dos nietas en el monasterio; por milagro las hablaba. Recogióse allí la Marquesa su suegra por algún tiempo; pasáronse once meses sin hablarla, hasta que por obediencia se lo mandó el Venerable Maestro Ávila; y fué menester expreso mandato suyo para dejarse visitar del Marqués D. Alonso de Aguilar, su yerno, después de cuatro años de pretensión y deseos. Habiendo nacido el Marqués D. Pedro, su nieto, escribió al P. Maestro Fray Luis de Granada: "El idolillo ha nacido; ruegue Vuestra Reverencia á Dios que no tenga más lugar en mi corazón del que ha de tener." Y cuando le trajeron de bautizar, no quiso tomarle en los brazos. Murió la Marquesa de Priego, su hija, señora de las virtudes que diremos; fué el sentimiento de criados y vasallos el mayor que se vió en aquel Estado; entre los gemidos y llantos de toda suerte de gente no se le conoció tristeza en el semblante, ni desaliento en el corazón, ni palabra que mostrase sentimiento; antes con gran serenidad de ánimo alabó á Dios, y consolaba las monjas.

Llevó los ojos esta abstracción tan rara al Venerable Padre Fray Luis de Granada, el cual en la dedicatoria de la adición al libro del *Memorial*, que dirigió á la Condesa, á quien estimó sobremanera, entre otras virtudes suyas que refiere, pondera este desasimiento de los suyos, tan digno de admiración. Dícele así: "San Jerónimo escribe de una señora romana, que entre los desasosiegos de las ciudades había hallado el desierto de los monjes; mas Vuestra Reverencia, en medio de toda esa esclarecida familia y de la hija y nietos que Nuestro Señor le ha dado, ha llegado al desierto y soledad de los monjes, y dado á entender al mundo que la verdadera y perfecta soledad no la hacen los lugares, sino los corazones. Solo está quien está con Dios; y solo está quien vive dentro de sí mismo; y solo está quien cortó y despidió de su corazón todas las aficiones del mundo; porque fuera está del mundo quien no quiere nada de él, ni tiene por qué recibir pena ni gloria de las cosas que no ama; pues donde no hay amor, no hay pena, ni cuidado, ni alegría, ni turbación." Hasta aquí el gran orador cristiano.

Su penitencia sobrepujó á sus fuerzas; mas alentólas la gracia y un fervoroso amor de Dios. Regaba el suelo con sangre cada día con disciplinas rigurosas, además de las que hacía en la Comunidad. Igualó su abstinencia y rigor con que trató su persona á los antiguos moradores del desierto. Admirable fué su paciencia, acrisolada con treinta años de enfermedades continuas, mostrando entre agudísimos dolores igualdad de ánimo y semblante, sin mostrar el más ligero sentimiento.

Su pobreza y obediencia religiosa fueron sus más preciosas joyas; fué tan pobre como había sido rica; acompañó estas virtudes con oración casi continua, siempre delante del Santísimo Sacramento en una tribuna que tenía, ó en el coro; pasábansele las noches enteras en aquel sueño dulcísimo donde el alma siempre vela. Sus luchas con el demonio fueron terribles; érale intolerable á esta bestia infernal tan heroica virtud; permitióle Nuestro Señor la atormentase para mayor corona de su paciencia, y que vencidas las cosas de esta vida, triunfase también de los poderíos del infierno.

No padecía á solas la Condesa ni peleaba sin ayuda; tuvo la del omnipotente Dios muy favorable; así lo escribió al Maestro Ávila, su confesor y Maestro, por estas palabras:

"Díjome Nuestro Señor: "Yo soy tu luz y tu paz; estáte „conmigo en el corazón, y tendrás paz.„ Dióme Nuestro Señor Jesucristo á su Madre por verdadera Señora, y díjome que la debo mucho, porque dió de voluntad por mí á su Hijo á la cruz; y que como por el cuello pasa el mantenimiento al cuerpo, así por las manos de Nuestra Señora pasan las mercedes que Dios nos hace. Mostróme que tengo un Padre en el cielo todopoderoso, que dió su vida por mí, y nunca me faltará Él ni su Madre, que lo es mía. Mostróme que está en su cuidado mi camino, y que en el mío es hacer su santa voluntad, y que me presente delante de su misericordia, y que le pida lo que hubiere menester, y desconfíe de mí, y confíe mucho de Él; que como se deshace el hielo con el fuego, así las tinieblas del alma se deshacen poniéndonos delante de Él en la oración. Mostróme el Señor el amor entrañable con que nos da todas las cosas y los azotes, y lo menos y lo más.„

Habiendo puesto los ojos en una imagen antigua de la Santísima Trinidad, le habló desde allí la persona del Padre, y la dijo: "¿Cuándo nos hemos de ver?„ Humillóse tanto y gozóse con

esta merced, que dijo á su confesor y al P. Villarás: "No pensé, Padre, que era Dios Padre tan humilde."

Esta palabra tan blanda y amorosa se la cumplió la Majestad divina á los veintiséis de Abril del año de seiscientos y uno: á los setenta y cuatro años de edad pasó al descanso eterno, como piadosamente debe creerse de tan santa y religiosa vida, á que correspondió su muerte dulce y suave, recibidos fervorosamente los santos Sacramentos.

Remate este discurso el P. Martín de Roa con una ponderación con que prueba la santidad de la Condesa, que igualmente convence la de su santo confesor y Maestro. Dice así: "Quiero acabar con una muy clara muestra de la grande estima que hizo, y del tierno amor que tuvo el mismo Señor á esta su fiel esposa; pues habiendo encendido en aquellos tiempos una antorcha tan hermosa y resplandeciente como el Venerable Maestro Ávila, que puesta sobre el candelero pudiera dar muy copiosa luz en la Iglesia con los rayos de su doctrina, la encerró en el lugar de Montilla para que fuese guía y maestro de la vida espiritual de la Condesa. Declaró él este secreto al santo varón el Arzobispo D. Pedro Guerrero, que por no saberlo le importunaba mucho se pasase á la ciudad de Granada, donde confiaba en Nuestro Señor haría gran servicio á su Majestad, y tenía ricos empleos en las almas; ofrecíale su casa, su mesa y su compañía, sola por sí muy apetecible y verdaderamente preciosa por la santidad y ejemplo de tal Prelado, espejo de Príncipes eclesiásticos, retrato de aquellos primeros Padres de la Iglesia y dechado de los postreros. Agradecióle mucho el varón apostólico el ofrecimiento y voluntad como de padre y amigo; significóle con palabras graves y humildes lo mucho que estimara el poder gozar de su presencia y conversación; pero que le había mandado Nuestro Señor que no dejase á la Condesa; favor, por cierto, de mucha estima para su sierva, pues tuvo en él Padre y Maestro, y único refugio y descanso en sus tribulaciones, en lo cual mostró también Nuestro Señor la mucha confianza que del Venerable Maestro Ávila hacía, pues de sólo él fiaba su esposa. Bien que suele su Majestad sujetar á la dirección y enseñanza de otros hombres aun á los que enseña por sí mismo, porque con esto se enfrena el viento de la soberbia, que arruina el edificio de las virtudes, y se aseguran las almas en el fundamento de la humildad." Hasta aquí el P. Martín de Roa.

Fué también fruto de la asistencia en Montilla del santo Maestro Ávila la buena educación y medras en las virtudes cristianas de la Marquesa de Priego, Doña Catalina Fernández de Córdova, hija de la santa Condesa de Feria. Fué tan santa como gran señora; encaminóla desde niña en una vida ejemplarísima; confesóla el tiempo que vivió el Venerable Maestro Ávila; ocupara ella la admiración y lenguas de sus vasallos á no haber concurrido con su madre. Diferénciase en la claridad una estrella de otra estrella; mas fuéronlo ambas lucidísimas en el cielo de la Iglesia; solos veintisiete años fueron el término de su vida, mas empleada toda en ejercicio continuo de virtudes y obras maravillosas; la religión y amor á Dios y piedad cristiana, la observancia de la ley divina, eran sus más preciosas joyas.

Cubría el jubón de tela de oro, que por agradar al Marqués su marido se vestía, otro de cerdas y cardas, con que maceraba su cuerpo enfermo y delicado; las disciplinas unas más ásperas que otras, hasta bañarse en sangre. Dormía vestida las veces que podía sin nota; la humildad, entre los resplandores de su grandeza, halló su punto sin faltar á su decoro; su mortificación de una perfecta religiosa. Comulgaba dos veces cada semana, los domingos y los jueves; no en su oratorio, de ordinario en la iglesia de la Compañía; y porque la gente común no se apartase de la barandilla ó dejase de llegar por su respeto, aguardaba que las mujeres subiesen; poníase luego entre ellas con una humildad profunda.

Viéronla sus vasallos muchas veces tres horas continuas de rodillas en las iglesias públicas; era esta virtud de la oración el sustento de su alma; enriqueció los templos, sustentó los conventos de religiosos; fué consuelo universal de los pobres, á quien socorrió con larga mano, y más madre que señora de sus vasallos; y para recopilar sus alabanzas, fué un vivo retrato de su madre, parecida en las costumbres, imitadora de sus virtudes; cogióla el cielo en agraz por sus pocos años, pero en una ancianidad por sus virtudes. Estimó tanto á su santo confesor y Maestro el Venerable Ávila, que quiso enterrarse á sus pies, dejando el entierro antiguo de sus padres, y mostró tanto afecto en esto en la acelerada enfermedad que tuvo, que habiéndolo mandado, dijo al Gobernador de su Estado: "¿Qué quiere decir inviolablemente?„ Él respondió: "Que en ninguna manera

se haga otra cosa.„ Replicó ella: "Pues así lo digo.„ Cumplióse inviolablemente.

Fueron verdaderamente dichosos los señores de esta casa en haber alcanzado tal Maestro, cuyo espíritu fué tan grande que hizo á los señores santos, sin que el trato continuo de señores le estragase, como sucede las más veces.

CAPÍTULO XVII

De los ministerios en que el Beato ocupaba sus discípulos, y en particular de las misiones [1].

Puso Nuestro Señor en su Iglesia al Venerable Maestro Ávila por un perfecto dechado del estado sacerdotal, por capitán y guía de otros muchos á quien cupo esta dichosa suerte, y la habían de imitar en los siglos venideros. En dos cosas consiste principalmente la obligación de este estado, como consta de la carta que escribió el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo á Nepociano, en que trata de la vida de los clérigos. La primera, la perfección de la vida, excelentes virtudes, la santidad que pide traer entre las manos la Sangre de Jesucristo en los santos Sacramentos. La segunda, aprovechar al prójimo la enseñanza de los pobres en las cosas de la religión y virtüd, en cuyo número entran muchos ricos de bienes temporales. El haber florecido eminentemente en estas dos partes el santo Maestro Ávila consta en lo que habemos escrito y resta de ver en esta historia. Su magisterio y predicación hasta humillarse á instruir á los niños en los principios de la religión cristiana, y subiendo desde este extremo hasta los que en la Iglesia ocupaban el grado de mayor perfección en todo género de estados.

No fué su espíritu limitado; difundióse en sus discípulos, en cuyos elogios hemos visto la excelencia de vida y doctrina y celo de aprovechar los prójimos, cada cual en aquel ministerio á que respondía su talento y letras y le ocupaba su Maestro.

Una de las cosas en que más procuró se ejercitasen fué en las misiones, que parece que en su tiempo tuvieron principio;

1 Con buen intento y gusto singular se da remate al presente volumen con este luminoso capítulo, ya porque pueda servir de modelo y guía á los Prelados ordinarios y regulares en la forma y manera mejor de enviar y predicar la divina palabra evangelizando á los pueblos, y ya porque nos muestra más y más de relieve el admirable y santo espíritu de nuestro Beato y de su escuela.

traza divina que le enseñó su celo para bien de innumerables almas. Este santo ejercicio de discurrir por los pueblos, predicando, enseñando, administrando los santos Sacramentos, es la imitación más propia de la vida y peregrinaciones de los Apóstoles, que siguiendo á Cristo nuestro bien, anduvieron por el mundo evangelizando el reino de Dios; y aunque ellos dieron las primeras nuevas de la venida de Cristo, en el tiempo del Venerable Maestro Ávila estaban en muchos pueblos, mayormente en sierras y montañas, tan poco conocidas las verdades evangélicas, y menos practicadas, que pudieron llamarse á boca llena varones apostólicos los que se ocuparon y ocuparen en estas misiones. Son sus utilidades grandes para la enseñanza de los rudos, sacar almas de pecado; hácense confesiones bien hechas, de ordinario generales; suéldanse muchas hechas sacrílegamente por el empacho que muchas personas tienen, mayormente mujeres, de confesarse con sus curas; frecuéntanse Sacramentos, y otros innumerables bienes que ha mostrado la experiencia.

Tuvo noticia el Venerable Maestro Ávila que en Fuente-ovejuna y toda Sierra Morena y otras partes se padecía mucho por falta de sacerdotes que enseñasen los pueblos, por la pobreza de la tierra. Para remediar estos daños juntó en Córdoba á sus discípulos; pasaban de veinticuatro; muchos de los referidos y otros, cuyos nombres y virtudes, si los ha borrado el tiempo, gozan de la eternidad, y desconocidos en el mundo, son nombrados en la corte del cielo. Hízoles varios razonamientos, con aquellas sus palabras encendidas, para poner en sus corazones un ardor grande y celo de la salud de las almas; representóles la ignorancia de los pueblos, las ofensas de Dios tan sin remedio, tan pocos los que con lágrimas vivas las llorasen; oficio que juzgó siempre propio de los sacerdotes. Animóles á que procurasen el remedio; díjoles era su intento que se repartiesen por diferentes partes, predicando la palabra divina; moviesen los pueblos á penitencia, contrición y lágrimas; les oyesen de confesión, y administrasen el Sacramento de la Eucaristía; finalmente, les ayudasen en todas las cosas de su salvación.

La instrucción fué ésta: que fuesen de dos en dos; que no aceptasen posada en los lugares de los legos ni eclesiásticos; que se recogiesen en los hospitales ó sacristías de las iglesias; que no recibiesen limosna de Misas ni regalos; que en la absti-

nencia, en la comida y todo el trato diesen buen olor de hombres desinteresados; que si la autoridad de la persona y otros respetos corteses obligasen á recibir algún presente, llamasen al cura ó algún ministro de justicia, ó señalado por ella, y lo repartan entre los pobres vergonzantes más necesitados y enfermos; que diesen buen ejemplo, no visitasen mujeres, y evitasen otras cualesquier visitas que no sirviesen al intento que llevaban; que á las mujeres las confesasen de día, y á todas de manera que no hiciesen falta á sus maridos; que los pareceres que diesen fuesen en la iglesia; que trabajasen de noche y las fiestas, confesando los labradores y demás gente del campo, y que so color de esto vendrían algunos hombres de lustre embozados; los acogiesen y despachasen con agrado; que si hubiese algunas enemistades las compusiesen, procurando quedasen todos concordes.

Señalóles las partes donde habían de ir: el Maestro Hernán Núñez con otro compañero fueron á las Alpujarras; el P. Centenares y otro sacerdote á las almadrabas de los atunes y tierra de Sevilla, y en haciendo aquella misión tornasen á las ermitas; otros á Fuenteovejuna y sus sierras. El obispado de Jaén cupo á los Doctores Medina, Ávila, Pedro de Ojeda, y señaló lugares al Dr. Gonzalo Gómez, P. Barajas y á los dos hermanos Carlovales. En Córdoba y sus contornos se quedaron Don Diego de Guzmán, Dr. Loarte, Dr. Juan Ramírez, D. Pedro de Córdova, el P. Alonso de Molina, el Maestro Juan Díaz; otros repartió por otras partes donde entendió había necesidad.

Llevaban un jumentillo que les aliviaba á ratos: en éste iba la recámara: contenía los manteos, unas alforjas con una caja de hostias para decir Misa en las ermitas, porque no faltase el pan que alentaba aquellos pasos; cilicios, rosarios, medallas, estampas, tenacillas con alambre para hacer cadenillas, que labraban con sus manos, y repartían entre los que hallaban capaces de estas armas con que pelean los cristianos contra los enemigos invisibles; no llevaban cosa de comer, expuestos á la Providencia divina y lo que los fieles ofrecían voluntariamente; raras veces comían carne, ni más que pan y algunas frutas secas.

Partieron en esta forma: con licencia y gran potestad de los Obispos fueron ejecutando sus misiones, yendo por todos los pueblos evangelizando el reino de los cielos, haciendo grandes bienes álas almas.

El capitán y guía de esta empresa fué el santo Maestro Ávila, que en compañía de algunos de sus discípulos partió ejecutando puntualmente la instrucción que dió á los suyos; corrió gran parte del Obispado de Córdoba, hasta tocar en los confines que le dividen del Arzobispado de Toledo y Campo de Calatrava, visitando innumerables poblaciones, sin que su celo dejase despoblados, durmiendo en ventas, chozas y cabañas. Predicaba, confesaba, encaminaba las almas en el camino del cielo; padeció mucho, no en las incomodidades del camino, aunque fueron grandes, mas en ver tanto número de almas tan faltas de doctrina y conocimiento de las cosas más precisas de nuestra sagrada Religión; tocó con larga experiencia cuán necesarias son las visitas personales de los Prelados eclesiásticos, que cuando se hacen en esta forma de misiones, como las hicieron los Obispos santos, descubren innumerables lástimas, que remedian con su presencia y poder.

Habiendo llegado cerca de Almadén, alabáronle un sitio donde está una ermita, no lejos de esta villa; llámanla Nuestra Señora del Castillo; venérase en ella una imagen de Nuestra Señora Milagrosa; está en una sierra altísima; descúbrese de ella la Sierra Nevada, el puerto del Pico, montañas de Guadalupe á distancias grandísimas; en esta ermita confesó muchas personas, que iban en seguimiento de las partes donde había predicado por oir sus consejos y recibir de su boca la absolución sacramental.

Desde esta ermita descubrió la fábrica del azogue y aquella gran multitud de miserables que, trabajando en las minas, pagan intolerablemente sus delitos. Enternecióse oyendo los trabajos de los forzados de todas las naciones; cavan unos, sacan otros el metal para sacar el azogue, traen leña gran número de carretas para los hornos, cuyo humo parece cosa infernal. Viendo tanta multitud de gente, que parte libre á jornal, y parte forzada se emplea en tan penoso trabajo, preguntó con gran humildad: ¿Cuántos son los curas que administran estas almas? Respondióle un sacerdote, que uno solo. Respondió con gravedad notable, los ojos en el suelo: *Messis quidem multa, operarii autem pauci. Si él llora los pecados como buen pastor de sus ovejas, é imita á Cristo en el amor, y gime con los gemidos de San Pablo, mucho premio tendrá con Dios.* Palabras dignas que las ponderen todos los que cuidan de almas. Con-

tradicciones hechas á sus discípulos le impidieron entrar en Almadén; vió algunos azogados con tierno sentimiento de su corazón; admiróse no hubiese hospital para curar los enfermos; dijo era falta de hombres píos, que lo advirtiesen á los Reyes, pues como católicos mandan dar hospitalidad en los puertos y galeras, y para los de las ciudades hacen tantas mercedes; deseó mucho hubiera gran cuidado de aquellas almas, y consuelo espiritual para tan gran número de personas, que á jornal y forzados sirven en esta fábrica. Acabada su misión volvió á Córdoba, donde cosas del servicio de Dios requerían su presencia.

Casi toda la vida del Venerable Maestro Ávila fué un continuo caminar de unas partes á otras, hasta que Nuestro Señor le recogió en Montilla. En las ciudades grandes le detenía la más copiosa mies: lo demás era andar por los pueblos evangelizando el reino de Dios. Consta esto de muchas de sus cartas, donde promete ir en persona á esta ó aquella parte, dice las ocupaciones que le detienen en otras; en la epístola primera al Arzobispo D. Pedro Guerrero le dice: "Yo tengo tantas trampas, que así llamo á mis ocupaciones, que no así luego puedo desembarazarme, y esme necesario visitar unos pueblos, aunque no creo me detendrán mucho; y el cuándo será, no lo sé: señalar tiempo en que vaya, nunca lo suelo hacer, por no decir cosa que después no pueda cumplir, de lo cual huyo mucho: á lo que más me extiendo es decir lo que pienso hacer, dejando el efecto de ello á la voluntad del Señor, sin que me quede cerrada la puerta para hacer lo que más conforme á ella me pareciere.„ De que se colige claramente la ocupación continua de andar discurriendo por los pueblos, el modo de prometer y cumplir; y como éste se hallarán otros lugares.

Esta santa y provechosa ocupación ejercitaron, aun después de la muerte del Venerable Maestro Ávila, los Padres Juan de Villarás, Juan Díaz y otros discípulos suyos, y sobre todos el Venerable Maestro Hernán Núñez, dejando sus casas y sus tierras por ir á predicar y enseñar la doctrina cristiana á los fieles, aunque estaban enfermos ó con muy corta salud, viendo que esto no fué causa para que el Venerable maestro Ávila dejara de acudir á este ejercicio, y así lo hacían á su imitación. Y aquellos santos doctores y Maestros de las Escuelas de Baeza, que bebieron el espíritu del Venerable Maestro Ávila, salían muy de ordinario á estas misiones; y como dijimos, no admi-

tían á persona al grado de Doctor ó Maestro sin que hubiese algún tiempo andado en ellas.

Y generalmente en el Obispado de Jaén ha habido muchos clérigos ejemplares y de mucha virtud que, á imitación del Venerable Maestro Ávila, han salido por todo aquel Obispado á predicar y confesar, y enseñar la doctrina, de que se ha seguido grande aprovechamiento.

Donde más ha durado este espíritu ha sido en Córdoba, donde se conservaron muchos sacerdotes, discípulos del Venerable Maestro Ávila, y discípulos de éstos, que fervorosamente acudieron á este ministerio. Halló algunos D. Francisco de Reinoso cuando vino á gobernar la Iglesia de esta ciudad el año de mil quinientos noventa y siete, y se aprovechó de su industria para esta misma ocupación. Y porque es insigne el testimonio que de esto da el P. Fray Gregorio de Alfaro, de la Orden de San Benito, en el cap. III, del lib. III, de la vida de este gran Prelado, pone sus palabras; dice así: "Uno de los más insignes varones que ha tenido la Andalucía fué el Venerable Maestro Ávila, predicador famoso y muy diestro en esta facultad, que fuera de la doctrina que enseñó en los púlpitos y dejó escrita en sus libros, con que ha mejorado el partido de la virtud, trabajó por instruir y enseñar á los sacerdotes y otras personas devotas que se juntaron á él en los mismos ejercicios de la predicación que él había usado; y uno de ellos y el más principal fué el de estas misiones, en que halló siempre conocido provecho; y así las ejercitaba ordinariamente y encomendaba á sus discípulos, y en ellos se fueron continuando hasta el tiempo de nuestro Obispo. Pues aún había en Córdoba muchos clérigos de gran virtud, en quien, como por sucesión, se conservaba la doctrina y celo del Venerable Ávila, el Obispo se aprovechó de la industria de ellos, enviando por los lugares del Obispado á algunos; y con la buena relación que tuvo de su diligencia, se alegraba mucho, y con obras y palabras les daba las gracias por aquel trabajo." Hasta aquí el P. Fray Gregorio de Alfaro, que prosigue lo mucho que el santo Obispo fomentó esta ocupación.

El Venerable Maestro Ávila juzgó por una de las principales partes del oficio episcopal estas misiones; porque ya que los Prelados, por sus ocupaciones y otras causas, no pueden por sus personas instruir á tanto número de almas en las cosas

de la fe, ni guiarlas en el camino del cielo, ni tener especial noticia de cada particular, suplen grandemente esta obligación enviando personas de gran espíritu y celo por todos los lugares de la diócesis, que ejerciten esta parte de su ministerio. En una carta que escribió á D. Pedro Guerrero, Arzobispo de Granada, que es la segunda del primer tratado, dice estas palabras: "Lo que he deseado decir á V. S., movido con deseo de verle aliviada su carga, que tanto le aprieta, es que convenía que V. S. enviase por su Arzobispado, á lo menos por los lugares donde moran cristianos viejos y de los moriscos, si entienden nuestra lengua, á predicadores y confesores tales que se pueda decir de cada uno: *Confidit in eo cor viri sui;* porque estos tales son los que hacen guerra al demonio, armados del celo de la honra de Dios, que tan despreciada está hoy, y de la salud de las almas, por quien Él dió su sangre: *Et non est qui recogitet.*„

Y en la carta primera dice al mismo Prelado: "Menester era predicadores devotos y celosos para discurrir por el Arzobispado á ganar almas, que tan perdidas están; mas ¿dónde los hallaremos? Saúl llamaba á su compañía á cualquier caballero fuerte de quien tenía noticia; hágalo así V. S. para que sea en su tiempo *Bellum forte adversus Philisthaeos;* pues sin caballeros no se puede hacer la guerra.„ Lo mismo escribió y consiguió de D. Juan de Ribera, Obispo de Badajoz, y después Arzobispo de Valencia y Patriarca; dícelo así en la carta segunda que alegamos: "El Obispo de Badajoz ha enviado seis predicadores por el Obispado, según él me ha escrito, y da á cada uno cuarenta mil maravedís y cuarenta fanegas de trigo; y aun si yo le enviara algunos, dijo que daría más, si tuviese necesidad de socorrer madre ó hermanas.„

Este consejo le admitió el santo y gran Prelado D. Pedro Guerrero buscando, enviando estos obreros evangélicos; califica cuáles son á propósito en la tercera carta que le escribió el Venerable Maestro Ávila; dice así: "Pláceme que á V. S. le ofrezcan muchos religiosos para la obra de doctrinar los pueblos; mas mucho temo que son pocos los que para este ministerio son aptos; porque la experiencia nos enseña que son menester hombres de mucha virtud, porque los peligros son mayores, y que tengan celo y humildad para andar por las calles con los niños y por las plazas, y otras cosas de este modo de vivir,

que hay pocos que las tengan, y los que las tienen no han de estar ocupados en otros ministerios. Por tanto, si V. S. hallare de estos hombres libres, acéptelos, y los religiosos serán, para la temporada del año, ayuda.„

De lo referido en el discurso de todo este capítulo se conoce el grande aprecio que el santo Maestro Ávila tuvo de estas misiones, de su grande importancia, lo que las practicó en su persona, cuánto las persuadió á sus discípulos, lo mucho que las encomendó á los Prelados.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Págs.

Nota..... v
Algunas cartas del autor, no impresas por el Ldo. Martín Ruiz de Mesa..... vii
Prólogo al segundo tomo..... xli
Prólogo del autor..... lix

TRATADO DEL AUDI FILIA

Capítulo primero.—En que se trata cuánto nos conviene oir á Dios, y del admirable lenguaje que nuestros primeros padres tenían en el estado de la inocencia, el cual, perdido por el pecado, sucedieron muchos muy malos..... 1
Cap. II.—Que no debemos oir el lenguaje del mundo y honra vana, y cuán grande señorío tiene sobre los corazones que la siguen, y lo será el castigo de los tales..... 3
Cap. III.—De qué remedios nos habemos de aprovechar para despreciar la vana honra del mundo, y de la grande fuerza que Cristo da para la poder vencer..... 5
Cap. IV.—En qué grado y por qué fin es lícito desear la buena honra, y del grandísimo peligro que hay en los oficios honrosos y de mando..... 7
Cap. V.—De cuánto debemos huir los regalos de la carne, y cómo es peligrosísimo enemigo; y de qué medios nos habemos de aprovechar para vencerlo..... 11
Cap. VI.—De dos causas de las tentaciones sensuales, y qué medios habemos de usar contra ellas cuando nacen de la impugnación del demonio..... 13
Cap. VII.—De la grande paz que Dios Nuestro Señor da á los que varonilmente pelean contra este enemigo, y de lo mu-

cho que conviene para lo vencer huir familiaridad de mujeres 16
CAP. VIII.— Por qué medios suele engañar el demonio á los hombres espirituales con este enemigo de nuestra carne, y del modo que se debe tener para no dejarnos engañar 17
CAP. IX.— Que uno de los más principales remedios para vencer este enemigo es el ejercicio de la devota y ferviente oración, donde se halla el gusto de las cosas divinas, que hace aborrecer las mundanas 20
CAP. X.—De muchos otros medios que debemos usar cuando este cruel enemigo nos acometiere con estos golpes primeros 23
CAP. XI.—De algunas causas, allende de las dichas, por las cuales vienen algunos á perder la castidad, para que huyamos de ellas, si no la queremos perder; y con qué medios nos debemos animar 26
CAP. XII.—Que suele Dios castigar á los soberbios con permitir que pierdan la joya de la castidad para humillarnos; y de cuánto conviene ser humildes para vencer á este enemigo 29
CAP. XIII.--De otras dos peligrosas causas por las cuales suelen perder la castidad los que no las procuran evitar .. 31
CAP. XIV.—De cuánto se debe huir la vana confianza de alcanzar victoria contra este enemigo con sola industria y trabajo humano, y que debemos entender que es dádiva de Dios, á quien se debe pedir, poniendo por intercesores los Santos, y en particular á la Virgen Nuestra Señora 33
CAP. XV.—Cómo el Señor reparte el don de la castidad, no igualmente á todos, porque á algunos lo da solamente en el ánima; y de lo mucho que las tentaciones contra la castidad aprovechan, si se saben llevar 35
CAP. XVI.—De cómo el don de la castidad es concedido á algunas personas, no sólo en lo interior del ánima, mas también en la sensualidad, y esto por una de dos maneras 37
CAP. XVII.—En que se comienza á tratar de los lenguajes del demonio, y cuánto los debemos huir, y que uno de ellos es ensoberbecer á un hombre para le traer á grandes males y engaños, y de algunos medios para huir este lenguaje de la soberbia 40
CAP. XVIII.—De otro lazo contrario al pasado, que es la desesperación con que el demonio pretende vencer al hombre, y cómo nos habremos contra él 45
CAP. XIX.—De lo mucho que nos dió el Eterno Padre en darnos á Jesucristo Nuestro Señor, y cuánto lo debíamos agradecer y aprovecharnos de esta merced, esforzándonos con ella para no admitir la desesperación con que el demonio suele combatirnos 47
CAP. XX.—De algunas cosas que suele traer el demonio con-

tra el remedio ya dicho, para desmayarnos, y cómo no por eso debemos perder el ánimo, antes animarnos más, mirando la infinita misericordia del Señor..... 49
CAP. XXI.— En que se prosigue la grandeza de la misericordia de nuestro Dios, que usa con los que humillados le piden perdón de corazón. Es una consideración bastante para vencer toda desesperación..... 49
CAP. XXII. — Donde se prosigue el tratar de la misericordia que el Señor usa con nosotros, venciendo en su Majestad nuestros enemigos por admirable manera..... 54
CAP. XXIII.—Del grande mal que hace en el ánima la desesperación, y cómo conviene vencer este enemigo con espiritual alegría y diligencia, y fervor en el servicio de Dios... 56
CAP. XXIV. — De dos remedios para cobrar esperanza en el camino del Señor, y que conviene no acobardarnos aunque el remedio de la tentación se dilate; y cómo hay corazones que no se saben humillar sino con golpes de tribulaciones, y por eso les conviene ser así curados..... 60
CAP. XXV.—Cómo el demonio procura traer á desesperación, poniendo tentaciones contra la fe y cosas de Dios; y de los remedios que habemos de usar contra estas tentaciones... 62
CAP. XXVI.— Cómo pretende el demonio en las sobredichas tentaciones apartarnos de la devoción y buenos ejercicios, y que el remedio es crecer en ellos, dejando la demasiada codicia de los dulces sentimientos del ánima, y por qué fin se pueden éstos desear..... 65
CAP. XXVII.—Que el vencimiento de las tentaciones dichas está más en el tener paciencia para las sufrir, y esperanza en el favor del Señor, que en la fuerza del querer hacer que no vengan..... 68
CAP. XXVIII.— Del gran remedio que es contra las tentaciones buscar un confesor sabio y experimentado á quien se dé entera cuenta y crédito: y lo que el confesor debe hacer con tales, y del fruto de estas tentaciones..... 69
CAP. XXIX.— Cómo el demonio procura siempre con medios exteriores quitarnos de los buenos ejercicios, y cómo conviene confortar el corazón con la confianza del Señor para lo vencer, y de otras cosas que ayudan mucho para quitar este miedo, y del fruto que se saca de esta tentación... 71
CAP. XXX.— De muchas causas que hay para confiar que el Señor nos librará en toda tribulación, por grave que sea, y de dos significaciones que tiene esta palabra creer..... 77
CAP. XXXI. — Que lo primero que debemos oir es la verdad divina, mediante la fe, que es principio de toda la vida espiritual, y nos enseña cosas tan altas que exceden toda humana razón..... 82
CAP. XXXII.— De cuán conforme es á razón creer las cosas de nuestra fe, aunque ellas exceden toda humana razón... 84

CAP. XXXIII.— De cuán firmes, constantísimos y abonados testigos ha tenido siempre nuestra fe, los cuales han puesto su vida por la verdad de ella..... 86
CAP. XXXIV.—Que la vida perfecta de los que han creído nuestra fe, es un testimonio de su verdad; y de cuánto han excedido en bondad los cristianos á todas las demás gentes. 88
CAP. XXXV.—Que la propia conciencia del que quiere seguir la virtud, le da testimonio de ser nuestra fe verdadera, y cómo el amor de la mala vida es impedimento para la recibir, y grande parte para la perder..... 91
CAP. XXXVI.— Que la admirable mudanza de los corazones de los pecadores, y favores grandes que el Señor hace á los que siguiéndolo con perfecta virtud le llaman en sus necesidades, es grande testimonio de la verdad de nuestra fe. 93
CAP. XXXVII.—De los muchos y grandes bienes que Dios obra en el hombre que sigue la perfecta virtud, la cual es grande prueba ser verdad nuestra fe, pues ella nos enseñó los medios para alcanzar aquellos bienes..... 95
CAP. XXXVIII.—Que si se pondera la virtud y grandeza de la obra del creer, hallaremos grande testimonio que testifique ser mucha razón que el entendimiento del hombre sirva á Dios con recibir su fe..... 98
CAP. XXXIX.—En que se responde á la objeción que pueden poner contra nuestra fe, diciendo que enseña Dios cosas muy altas..... 99
CAP. XL.—En que se responde á los que ponen por objeción para no recibir nuestra fe, que enseña de Dios cosas muy humildes ó bajas, y cómo en estas cosas humildes que de Dios enseña está altísima gloria..... 101
CAP. XLI.—Que no sólo resplandece la gloria del Señor en las cosas humanas que la fe nos enseña de Dios, mas también nuestro grande provecho, valor y virtud..... 104
CAP. XLII.—En que se prueba ser la verdad de nuestra fe infalible, así por parte de los que la predicaron, como de aquellos que la recibieron, y del modo con que fué recibida. 105
CAP. XLIII.—Que es tan superior la grandeza de nuestra fe, que ninguno de los motivos dichos, ni otros que se pueden decir, bastan á que un hombre crea en esta divina fe, sin que el Señor le dé para creer su particular favor..... 108
CAP. XLIV.— Que se deben al Señor muchas gracias por el don de la fe, y que de tal manera habemos de usar de ella, para lo que fué dada, que no le atribuyamos lo que no tiene, y cuál es lo uno y lo otro..... 112
CAP. XLV.—Por qué el Señor ordenó salvarnos mediante la fe, y no por humana razón, y de la grande sujeción que debemos tener á las cosas que la fe nos enseña, y de la particular devoción que especialmente debemos á lo que el Señor Jesús enseñó por su boca..... 116

CAP. XLVI.—Que la Escritura santa no se ha de declarar por cualquiera seso, *sino por el de la Iglesia romana:* y donde ella no declara, se ha de seguir la conforme exposición de los Santos, y del grande crédito y sujeción que á esta Iglesia santa debemos tener..... 119
CAP. XLVII.—De cuán terrible castigo es permitir Dios que uno pierda la fe, y cómo justamente es quitada á los que no obran conforme á lo que ella enseña..... 121
CAP. XLVIII.—En que se prosigue más en particular lo ya dicho, y se declara lo que se requiere para entrar á leer y entender las Divinas Letras y Doctores Santos..... 124
CAP. XLIX.—Que debemos no ensoberbecernos viendo que otros pierden la fe que nosotros no habemos perdido, antes humillarnos con temor, y de las razones que para ello hay..... 127
CAP. L.—De cómo suelen ser muchos engañados dando crédito á falsas revelaciones, y declárase en particular en qué consiste la verdadera libertad de espíritu..... 130
CAP. LI.—De cómo nos habemos de haber para no errar en las tales ilusiones, y cuán peligroso sea el deseo de revelaciones ó cosas semejantes..... 133
CAP. LII.—En que se ponen algunas señales de las buenas, y de las malas y falsas revelaciones ó ilusiones..... 136
CAP. LIII.—De la oculta soberbia en que suelen ser muchos gravemente engañados en el camino de la virtud, y de cuán en peligro están los tales de ser enlazados en ilusiones del demonio..... 138
CAP. LIV.—De algunas propiedades que tienen los que en el capítulo pasado dijimos ser engañados, y de cuánto conviene recibir parecer ajeno, y de los males que trae el amor del propio juicio..... 140
CAP. LV.—Que debemos grandemente huir el propio parecer, y escoger persona en su vida y costumbres á quien por Dios nos sujetemos para ser de ella regidos; y qué tal ha de ser ésta, y cómo nos habremos con ella..... 143
CAP. LVI.—En que se comienza á declarar la segunda palabra del verso, y cómo habemos de mirar las Escrituras, y que conviene tener recogimiento en la vista corporal para ver mejor con los ojos del ánima, los cuales, cuanto más limpios de las criaturas, miran mejor á Dios..... 146
CAP. LVII.—Que lo primero que ha de mirar el hombre es á sí mismo, y de la necesidad que tenemos *del propio conocimiento*, y de los males que nos vienen por falta de este conocimiento propio..... 148
CAP. LVIII.—Que debemos poner diligencia en el propio conocimiento, y en qué cosas lo podremos hallar, y que conviene tener un lugar apartado donde nos recoger un rato cada día..... 152

CAP. LIX.—En que se prosigue el ejercicio para hallar el propio conocimiento, y de cómo nos habemos de aprovechar en la lección y oración 154
CAP. LX.—De cuánto aprovecha para el propio conocimiento *la meditación de la muerte,* y del modo de meditar en lo que toca al cuerpo 156
CAP. LXI.—De lo que se ha de considerar en la meditación de la muerte *acerca de lo que sucederá al ánima*, para aprovechar en el propio conocimiento 157
CAP. LXII.— Que el cotidiano examen de nuestras faltas ayuda mucho para el propio conocimiento, y de otros grandes provechos que este ejercicio del examen trae, y del provecho que nos viene de las reprensiones que otros nos dan, ó el Señor interiormente nos envía 160
CAP. LXIII.—De la estimación que habemos de tener de nuestras buenas obras, para no faltar en el propio conocimiento y verdadera humildad, y del maravilloso ejemplo que Cristo Nuestro Señor nos da para lo dicho 163
CAP. LXIV.—De un provechoso ejercicio del conocimiento del ser natural que tenemos, para con él alcanzar la humildad. 165
CAP. LXV.—Cómo ejercitarnos en el conocimiento del ser sobrenatural de gracia, aprovecha para alcanzar la humildad. 167
CAP. LXVI.—En que se prosigue más en particular el sobredicho ejercicio de que se ha tratado en el capítulo pasado. 170
CAP. LXVII.—En que se prosigue el sobredicho ejercicio, y de la grande luz que el Señor, mediante él, suele obrar en las almas, con la cual conoce la grandeza de Dios y la nada de su pequeñez 173
CAP. LXVIII.—En que se comienza á tratar de la consideración de Cristo Nuestro Señor, y de los Misterios de su vida y muerte, y de la mucha razón que hay para nos ejercitar en esta consideración, y de los grandes frutos que de ella nos vienen 175
CAP. LXIX.—En que se prosigue lo dicho en el capítulo pasado, declarando de la Pasión de Cristo un lugar de los Cantares 179
CAP. LXX.— Que es muy importante el ejercicio de la oración, y de los grandes provechos que de ella se sacan 182
CAP. LXXI.— Que la penitencia de los pecados es el primer paso para nos llegar á Dios, teniendo de ellos verdadero dolor y haciendo de ellos verdadera confesión y satisfacción. 188
CAP. LXXII.—Que el segundo paso para nos llegar á Dios, es el hacimiento de gracias que le debemos dar por nos haber así librado; y del modo que en esto se tendrá mediante diversos pasos de la Pasión en diversos días 189
CAP. LXXIII.—Del modo que se ha de tener la consideración en la vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo 191
CAP. LXXIV.—En que se prosigue más en particular el modo

de considerar la vida de Nuestro Señor Jesucristo, para que sea con más provecho 192
CAP. LXXV.—En que se dan algunos avisos necesarios para más aprovechar con el sobredicho ejercicio y evitar algunos daños que en los ignorantes pueden suceder 195
CAP. LXXVI.—Que el fin de la meditación de la Pasión ha de ser la imitación de ella, y cuál es lo primero y principio de cosas mayores que habemos de mirar 198
CAP. LXXVII.—Que la mortificación de las pasiones es lo segundo que se ha de sacar de la meditación de la Pasión de Cristo, y cómo se ha de usar este ejercicio para sacar este admirable fruto 120
CAP. LXXVIII.—Que lo más excelente que habemos de meditar é imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre 205
CAP. LXXIX.—Del abrasado amor con que Jesucristo amaba á Dios y á los hombres por Dios, del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció, y que fué mucho más lo que padeció en lo interior 209
CAP. LXXX.—En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida 212
CAP. LXXXI—De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor, y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener, y de algunos avisos para los que no pueden fácilmente seguir lo ya dicho .. 215
CAP. LXXXII.—De cuán atentamente nos oye y piadosamente nos mira el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe, y cuán pronto es á las sanar y hacer otras muchas mercedes 217
CAP. LXXXIII.—De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional, y de dos géneros de promesas, semejantes á las amenazas, y cómo nos habremos cuando sucedieren 221
CAP. LXXXIV.—De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo Nuestro Señor. 222
CAP. LXXXV.—De cuán fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor, y con cuánta presteza oye su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes 227
CAP. LXXXVI.—Del grande amor con que el Señor mira á los justos, y de lo mucho que desea comunicar á las criaturas y destruir en nosotros los pecados, los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia 231
CAP. LXXXVII.—De los muchos y muy grandes bienes que vienen á los hombres por mirar el Eterno Padre á la faz de Jesucristo su Hijo 234

CAP. LXXXVIII.—Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos á caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es Justo..... 237
CAP. LXXXIX.—Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruída la culpa y quedan ellos limpios, y como tales, agradables á Dios..... 240
CAP. XC.—Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más..... 243
CAP. XCI.—Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, ó cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos precedentes..... 245
CAP. XCII.—Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece, y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación..... 247
CAP. XCIII.—Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capítulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar á las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias..... 251
CAP. XCIV.—Que del amor que tenemos á nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener á los prójimos..... 252
CAP. XCV.—Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo habemos de sacar el amor que debemos tener á los prójimos..... 253
CAP. XCVI.—De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos..... 255
CAP. XCVII.—Comiénzase á tratar de la palabra del verso que dice: "Olvida tu pueblo„; y de dos bandos que hay de hombres buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos..... 258
CAP. XCVIII.—Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo, y de cuán mal trata á sus ciudadanos; y del espantoso fin que todos ellos tendrán. 261
CAP. XCIX.—De la vanidad de la nobleza de linaje, y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo..... 265
CAP. C.—En que comienza á declarar la otra palabra: "Y olvida la casa de tu padre„; y de cuánto nos conviene huir la propia voluntad por imitar á Cristo y por evitar los males que de la seguir vienen..... 268
CAP. CI.—De un ejercicio para negar la propia voluntad, y de la obediencia que se debe tener á los mayores, la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad, y cómo se habrá el superior con los súbditos..... 270

Cap. CII.— Que no todo lo que deseamos ó pedimos se ha de llamar propia voluntad, y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros 273
Cap. CIII.—En que se comienza á declarar la palabra que dice: "Y codiciará el Rey tu hermosura„ ; y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre, y que no es esta hermosura la corporal, y de cuánto ésta sea peligrosa..... 274
Cap. CIV.—Que la dignidad de ser esposa de Jesucristo pide grande cuidado en todas las cosas, y el ejemplo que deben mirar en lo exterior y lo interior del ánima las que de ellas quieren gozar..... 278
Cap. CV.—Que no debe desmayar á las doncellas la grandeza del estado, porque el Esposo, que es el Señor, da lo necesario; y del consejo con que se debe tomar, y del alegría con que se debe guardar, y de los grandes bienes que en él hay..... 279
Cap. CVI.—De cuatro condiciones que se requieren para ser una cosa hermosa, y cómo al ánima que está en pecado le faltan todas cuatro..... 281
Cap. CVII.—Cómo la fealdad del pecado es tan mala, que ningunas fuerzas naturales, ni ley natural ó de Escritura, bastaban á la quitar, sino Jesucristo, en cuya virtud se quitaba en todo tiempo y daba la gracia..... 282
Cap. CVIII.—Que Cristo Nuestro Señor con su Sangre quita la fealdad del ánima y la hermosea, y que fué más conveniente que el Hijo se hiciese Hombre que no el Padre, ni el Espíritu Santo; y de la grande fuerza de la Sangre de Cristo... 284
Cap. CIX.—Que la sacra humanidad de Cristo fué figurada en la ropa del Sumo Sacerdote y en el velo que Dios mandó hacer á Moisés; y qué era lo que David pedía cuando pidió ser rociado con hisopo para quedar limpio..... 286
Cap. CX.—De cómo Cristo disimuló todas las cuatro condiciones de la hermosura por nos hacer hermosos, para lo cual se declara un lugar de Isaías 288
Cap. CXI.—De las muchas y grandes maravillas que sacó el Señor de los mayores males que los hombres han hecho en matar á Cristo, y de la diversa operación que esta palabra "mirad á este hombre„ ha obrado en el mundo, dicha de Pilato y predicada de los Apóstoles..... 292
Cap. CXII.—De cuánta razón es que nosotros miremos á este hombre Cristo con los ojos que lo miraron muchos de aquellos á quien lo predicaron los Apóstoles, para quedar hermosos, la cual hermosura se nos da por su gracia y no por nuestros merecimientos..... 295
Cap. CXIII.— En que se prosigue el modo cómo debemos de mirar á Cristo, y cómo en El todo cuanto hay es hermoso; y que lo que en el Señor parece feo á los ojos de la carne, como son tormentos y trabajos, es grande hermosura. 298

PLÁTICAS PARA SACERDOTES

Introducción, por el Ldo. Luis Muñoz 303
Plática primera 305
Idem segunda 312
Doctrina admirable y de suma importancia que dió nuestro Beato á un mancebo 325
Exposición breve de las Bienaventuranzas que predicó en el monte Nuestro Señor 341
Reglas muy provechosas para andar en el camino de Nuestro Señor 343
Los diez documentos que dió el Beato Avila á otra persona. 349
Avisos á D. Diego de Guzmán y al Dr. Loarte para entrar en la Compañía de Jesús 353

LOS DISCÍPULOS DEL BEATO

Elogios y vida de algunos discípulos del Venerable Maestro Juan de Ávila.—Introducción 360
Capítulo primero.—De los Padres Juan de Villarás, Dr. Bernardino de Carleval y Dr. Pedro de Ojeda 361
Cap. II.—Del Maestro Hernán Núñez 365
Cap. III.—De otros ejemplares sacerdotes, discípulos del Venerable Maestro Ávila 368
Cap. IV.—Elogios de los Venerables Padres Maestros Luis de Noguera, Hernando de Vargas y Juan Díaz 373
Cap. V.—De otros discípulos del Venerable Maestro Ávila, de singular santidad.—Del P. Esteban de Centenares 381
Cap. VI.—Resumen de la vida del P. Mateo de la Fuente, discípulo del Venerable Maestro Ávila 387
Cap. VII.—Del P. Diego Vidal 396
Cap. VIII.—De algunas personas religiosas, discípulos del Venerable Maestro Ávila, en particular del P. Maestro Fray Luis de Granada, su grande amigo 399
Cap. IX.—De los Religiosos de la Compañía de Jesús que fueron discípulos del Venerable Maestro Ávila.—De los Padres Diego de Guzmán, Gaspar Loarte y Antonio de Córdova.—Del P. Diego de Guzmán 480
El Dr. Loarte 410
El P. D. Antonio de Córdova y D. Pedro de Córdova 411
Cap. X.—Prosigue la materia del capítulo pasado: de los Padres Francisco Gómez y Alonso de Bárcena, y Hermano Gaspar Pereira.—El P. Francisco Gómez 414
El P. Alonso de Bárcena 417
El Hermano Gaspar Pereira 418
Cap. XI.—Sumario de la vida del P. Juan Ramírez 420

Capítulo XII.—Vida y virtudes del Venerable Padre el Doctor Diego Pérez de Valdivia..... 425
Pasa á Barcelona: queda de asiento en esta ciudad..... 432
Prosigue la materia anterior: sus escritos y virtudes..... 439
Cap. XIII.—Vida y virtudes del siervo de Dios el P. Hernando de Contreras..... 447
Cap. XIV.—Conversión del Beato Juan de Dios. Breve discurso de su vida antes de ella..... 456
Llevan al Beato Juan de Dios á la posada del Venerable Maestro Ávila, y lo que con él pasó..... 460
Envía el Venerable Maestro Ávila á visitar al Beato Juan de Dios, y lo demás que pasó con él: un sumario de las virtudes de este Santo..... 463
Cap. XV.—Sumario de la conversión de Doña Sancha Carrillo..... 468
Nueva vida y virtudes de Doña Sancha Carrillo..... 472
Cap. XVI.—Sumario de la vida de Doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria, y la mucha parte que el Venerable Maestro tuvo en sus virtudes..... 477
Prosigue esta materia..... 482
Lo que pasó al Venerable Maestro Ávila con la Marquesa de Priego..... 486
Sumario de las virtudes de la Condesa de Feria..... 488
Cap. XVII.—De los ministerios en que el Beato ocupaba sus discípulos, y en particular de las misiones..... 494